

Zoé Oldenbourg

Por la autora de *La piedra angular*

Barro
y cenizas



NOVELA HISTÓRICA

betel

Zoé Oldenbourg

Barro y cenizas

Traducción de Francisco J.
Alcántara

Ediciones Destino

Título original: *Argile et Cendres*

© Éditions Gallimard, 1946

© de la traducción, Francisco J.
Alcántara, 2003

© Ediciones Destino, S. Á., 2004

Avenida Diagonal 662, 6.^a planta.

08034 Barcelona (España)

Ilustración de la cubierta: Miniatura
del *Codex Manesse*.

© Biblioteca de la Universidad de
Heidelberg. Foto AKG Berlín

Primera edición en Colección
Booket: setiembre de 2004

Depósito legal: B. 33.583-2004

ISBN: 84-233-3591-7

Impresión y encuadernación:
Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain — Impreso en
España

Biografía

Zoé Oldenbourg (1916-2002). A los nueve años se trasladó con su madre desde su ciudad natal, San Petersburgo, a Francia. Allí cursó sus estudios primero en el Liceo Molière y después en La Sorbona. Posteriormente residió durante un año en Inglaterra. A su regreso a Francia inició la publicación de sus obras. Entre sus novelas cabe destacar, además de *Barro y cenizas* (1946), *La piedra angular*, que obtuvo el prestigioso Premio Femina en 1953 y *Las ciudades carnales*. También ha escrito numerosos libros de historia como *Las cruzadas*, *Catalina de Rusia*

o Masacre en Montségur: Una historia de la cruzada albigense.

I

LAS BODAS

Habían colocado unas velas de cera roja.

Además, sobre el altar y los pilares, y colgadas de las ventanas de la iglesia, ramas de majuelo y de manzano en flor.

Y dos anillos de oro cincelado, de Siria.

Ellos estaban conmovidos, como deben estarlo unos chiquillos a quienes

acaban de lavar, peinar, pasar revista y colocar sus propios padres frente al altar y ante todos los invitados, los hermanos, las hermanas, los tíos y los compañeros de juego.

Se parecían muy poco. Pero él era un muchacho y ella una chiquilla.

Desde Navidad, los padres estaban de acuerdo en cuanto a la dote y lo demás. El padre del novio era anciano y tenía ansia de ver nietos de su raza y de su linaje. Tal era la razón de que Aalais de Puiseaux se viera obligada a acostarse con un muchacho aquella misma noche.

En Hervi-le-Château (a medias Champaña y Borgoña) la maciza iglesia

cuadrada dominaba la aldea y las hosterías; allí, según se decía, habíase encontrado en los tiempos del rey Roberto unos huesos que todos creyeron eran las reliquias de un santo llamado Thiou, cuya historia nadie conocía. En el lugar fue edificada la iglesia, que recibió el título de Santa María de los Ángeles —y el nombre de san Thiou pasó a formar parte de los juramentos de la comarca—. El camino comarcal de Troyes-sur-Tonnerre pasaba por Hervi, donde los condes de Champaña poseían un bosque.

Aquel año de gracia de 1171, cuando el rey Luis el Joven reinaba en Francia y Enrique el Liberal regía la

Champaña, Linnières, en el sur del país de Othe, era un castillo como otro cualquiera, ni más fangoso ni más ahumado que los demás; de Hervi se tomaba un senderillo que atravesaba el bosque de hayas y abedules; el sendero aparecía cortado sin cesar por innumerables arroyos; ramas secas y troncos medio podridos parecían tirados a uno y otro lado; aquel día, en honor de la recién casada, se había tendido una alfombra de hojas jóvenes, amarillas como pecas. El bosque era transparente. Grandes pájaros sombríos batían las alas por encima de las cabezas de la gente, en las ramas aún casi desnudas.

El cortejo se detuvo ante la pequeña

torre de Seuroi, cuadrada, gris, rodeada de postes desparejados. Quedaban aún dos leguas largas hasta Linnières, la casa del prometido. Era mediodía. A partir de Seuroi, el camino se hacía fangoso; el bosque de Linnières estaba lleno de amplias zonas verdes en las que no crecían árboles y los juncos disputaban el espacio a los raquíuticos arbustos y a los jóvenes sauces agrupados. Era un bosque húmedo, rico en caza.

Aalais tenía catorce años. Era una niña rubia, con el cabello cuidadosamente lavado con manzanilla, un cabello que prometía hacerse castaño con el tiempo. Grandes labios todavía

blandos, pestañas abundantes, ojos de color gris azulado, pequeños pero de línea correcta, rostro alargado y mejillas de intenso color rosa. Aalais pasaba por ser bonita y lo sabía. Alta, enjuta, musculosa, parecía siempre dispuesta a saltar, a correr, a estirarse como una gata. Sabía cuanto debe saber una muchacha noble: cosía, hilaba, bordaba, sabía danzar y cantar, montar a caballo, disparar el arco, enderezar los halcones.

Y he aquí que había que salir de Puiseaux. Aalais pensaba que se habría enamorado de aquel joven, puesto que así tenía que ser. En Navidad, en Puiseaux, sobre el arquibanco tras la cortina de lana, habíase dejado besar en

los labios y tocar los senos, entre la túnica y la camisa; eran gestos de cortesía, que ya había permitido a otros muchachos. Pero éste era más cálido que los demás, se ruborizaba y le salían las lágrimas en los ojos. Con todo, había que desconfiar: estos curiosos animales os lloran y gimotean por nada, son peor que las muchachas y se dice que se hacen duros como la piedra una vez que han obtenido lo que deseaban. Para Aalais, casarse era ante todo acostarse con un muchacho: hasta ahora no había dormido más que con sus hermanas en las yacijas de la inmensa alcoba del padre.

Aalais tenía cuatro hermanas

mayores; tenía muy claros los cánones de belleza masculina: decididamente, su prometido no era guapo; lo había encontrado encantador al salir de la iglesia: contaba entonces diecisiete años (y decíase de él que era virgen); alto, cuadrado de hombros, caballero desde hacía ocho días. Pero de rostro, desde luego no es que fuera un san Jorge. Una espesa pelambre oscura con reflejos rojizos, una cabeza grande, un rostro muy simple, alargado todo él, con pómulos achatados y frente baja, grandes ojos de caballo y una enorme sonrisa que dejaba al descubierto Dios sabe cuántos dientes. Aún no le nacía la barba y no picaba al besar. Lo que era

aceptable era su manera peculiar de echar la cabeza atrás para apartar el mechón de cabello que le caía sobre la nariz: al verle hacer ese movimiento hubiérase dicho que parecía un potrillo huraño. Pero el cabello le volvía siempre sobre la cara y una y otra vez repetía el curioso gesto.

Llamábase Ansiau —un nombre bastante vulgar—; pero también su padre se llamaba Ansiau y su hijo mayor —decía la gente— llevaría ese nombre, ya que así lo quería el abuelo. Aalais había visto de cerca a ese futuro abuelo en el atrio de la iglesia. Le había abrazado, inmenso, de escasa barba, bolsas bajo los ojos y éstos se abrían,

amarillos, como de halcón. Decía: «En nueve meses, ¿eh?» y guiñaba un ojo.

El patio de Linnières, oscuro y fangoso de ordinario, estaba flanqueado de montones de ramas y manojos de paja. Los tíos y primos del esposo descendieron de sus caballos y dieron la bienvenida a la esposa y a su familia con grandes gritos y batir de palmas. Seis muchachas con vestidos claros estaban junto al pozo con un gran cesto cuando Aalais descabalgó; en ese momento abrieron la cesta y de ella escapó una bandada de palomas con gran movimiento de alas y entre las voces de júbilo de todos los presentes.

El castillo de Linnières era una

construcción vasta y sombría. La luz del día penetraba a duras penas por sus estrechos ventanucos. Dos corderos y un becerro se asaban en el espetón en la gran chimenea... sin contar con las numerosas aves de corral. La gran habitación sombría y renegrida por el humo servía a la vez de sala de recepción, de cocina y de capilla, aunque esta última, a decir verdad, estaba separada del resto de la estancia por una cortina. Sobre la mesa, largos escudos groseramente pintados, lanzas y pieles de animales adornaban la pared mal encalada. Las largas mesas estaban cubiertas con manteles blancos y el suelo aparecía alfombrado de hierba. A

lo largo de los bancos y entre los pilares colgaban guirnaldas de flores silvestres.

Una vez que se hubo lavado y refrescado después del viaje, la esposa fue conducida a la mesa. Sus hermosos cabellos, habituados a las trenzas, descendían en pequeñas ondas regulares a lo largo de la espalda y el pecho y llegaban a tocarle las rodillas. Cubríale la cabeza un velo de seda roja, sujeto por una diadema de plata, adornada de rubíes —diadema que todas sus hermanas mayores habían llevado el día de su boda—. Entre el rojo violento de la túnica y del velo, el rostro de la joven esposa parecía claro y transparente como una flor. Avanzaba lentamente,

rodeada por sus compañeras; y era bonito ver el cortejo de jovencitas esbeltas, delgadas, vigorosas como potrancas; movían las caderas al caminar y dejaban ver el juego de los músculos de los muslos y las caderas, mientras los extremos de sus largos cinturones danzaban y chocaban entre sí.

Cuando la gente se disponía a sentarse a la mesa era para permanecer allí horas enteras. Los padres de los esposos y los huéspedes de nota contaban con almohadones y pieles dispuestas sobre los bancos. El agua, en la jofaina destinada a lavarse las manos, donde todos los hombres las sumergían por turno, se había vuelto oscura y

grasienta: tantos eran los invitados. Las damas se colocaban al lado de sus maridos, cuidando bien de que no les rozaran los velos de bordados galones.

Bajo el gran escudo de Linnières, en la doble silla de dosel, los dos nuevos esposos eran el centro de las miradas de toda la sala; desde todas las mesas y bancos los invitados se volvían, estiraban el cuello para verlos bien. Los hombres se enjugaban sus barbas manchadas de salsa, las mujeres empezaban a aflojarse sus cinturones; un vaso de vino tras otro, un plato a continuación de otro, el banquete llevaba su marcha y sólo los dos casados, en su puesto de honor, apenas

tocaban los manjares que les iban presentando —porque así lo pedía la costumbre—. El guapo mozo, de tez oscura, rojo y violado en sus vestidos del color de la borra con galones dorados, inclinaba su pesada cabeza y sus grandes y redondos ojos se deslizaban sobre las manos blancas de la esposa. Esas manos, sabiamente cruzadas sobre el vientre, le hacían pensar en cosas que le urgía conocer, y su frente, sus orejas y hasta su cuello enrojecían; y al sentirse enrojecer se ruborizaba aún más. No le gustaba sentirse observado; deseaba abandonar la mesa cuanto antes. Aalais, más paciente, se aplicaba en mostrar a los

convidados un rostro plácido y sonriente; manteníase rígida, inmóvil y de vez en cuando bajaba los ojos. Sentía hambre y le dolía que la costumbre la obligara a comer tan poco.

Se les trataba como a dos jóvenes animales de raza a los que había que emparejar lo mejor posible, y así se veían ellos mismos, en el fondo, porque no eran seres orgullosos. El asunto era importante: había sido necesario elegir un buen día y calcular a la perfección, de acuerdo con las fases de la lima y las reglas de la joven, la fecha oportuna, haciendo de modo que no se tratara ni de un viernes ni de un miércoles: y después aguardar a que las lilas marchitaran y

que la pastinaca creciera. La víspera misma, Aalais había sido sumergida por su señora madre en una gran tinaja de agua de lluvia recogida cerca de la capilla de Sainte-Anne-en-Forêt. Santa Ana en Forêt protegía a todo elemento hembra del país en cinco leguas a la redonda y hacía fecundas a las jumentas, a las becerras y a las mujeres casadas. Era muy joven y bien sabido es lo que suele ser un abuelo ya viejo que espera impaciente unos herederos.

Cuando el sol hubo desaparecido del patio, el viejo dueño juzgó que había llegado el momento de conducir a los recién casados a la cámara nupcial e hizo una señal a dama Adela, su cuñada,

que se levantó de la mesa y se acercó a Aalais. Ésta se irguió, roja como una amapola, y separó sus pequeñas manos entumecidas. Bajo un verdadero trueno de gritos: «¡Víctor! ¡Larga vida a los esposos!» los dos jóvenes bebieron una copa de vino a la salud de los invitados; después, las muchachas rodearon a Aalais y la condujeron de la mano a lo largo de todas las mesas, mientras los jóvenes criados empujaban al pasar a los perros y a los niños que bullían entre las mesas.

El joven esposo no se atrevía a mirarla con insistencia, pues estaba enamorado de ella y le daba miedo hacerlo notar. Tranquilo y erguido,

sonreía a las bromas de sus camaradas con una benignidad real: a los dieciséis años tenía ya esa dignidad natural que suelen dar una elevada estatura y una gran resistencia física. Su cuerpo era hermoso: tenía un talle tan fino que lo rodeaba por dos veces con su cinturón de cuero blanco; y sus piernas, largas y macizas, parecían arrancar directamente del talle. Sus espléndidos hombros cuadrados hacían soñar a más de una joven, noble o aldeana; pero él prefería sus caballos y sus jabalinas... ya que las mujeres no eran para él más que unos hombres con falda y sin barba. A las gruesas bromas de sus camaradas acerca de su doncellidad, respondía riendo:

aquello no le tocaba ni de cerca ni de lejos, y además, él mismo había dicho otro tanto a algunos amigos la noche del matrimonio de aquéllos. Hubiérase dejado matar allí mismo antes de dar señales de que tomaba la cosa en serio.

Los «baños de Linnières» eran una pequeña edificación cuadrada hecha con piedra caliza y arcilla parda; erguía-se ante las caballerizas y no difería mucho de éstas en tiempos normales. Pero aquel día, las guirnaldas de botones de oro y miosotas adornaban su puerta y sus dos ventanas, y en todo el camino desde la torre a los baños habían dispuesto tablas a manera de puente sobre el fango del patio y las planchas de madera

estaban jalonadas de heno y de hierba fresca. Construido hacía apenas unos cuarenta años, el pequeño edificio servía para todos los grandes acontecimientos de la vida de los castellanos, como las bodas, los nacimientos, las purificaciones, porque aquél era el único sitio del castillo en el que, en un determinado momento, podía evitarse estar a la vista de toda la servidumbre de la casa.

Una amplia cama baja aparecía dispuesta en medio de la pequeña estancia bien fregada y cubierta con una alfombra de lana rayada. Sobre la colcha había dispuestos, a lo largo de los bordes del lecho y de las almohadas,

unos ramitos de lavanda seca, de violetas y de muguetes. Poco a poco, la cámara se llenaba de invitados, encantados de poder abandonar por un instante la mesa y estirar las piernas; el hedor de vino mal digerido y de sudor hacía el aire irrespirable; y el ruido de las voces era tal que apenas podía entenderse palabra. Los dos padres de los esposos, sentados en su puesto de honor, junto al lecho, se enjugaban la frente y se preguntaban si la recién casada tardaría mucho en estar dispuesta. En un rincón de la estancia, las jóvenes desnudaban a Aalais y trenzaban sus cabellos para la noche; las menores formaban un semicírculo en

torno a las mayores y con los brazos alzados sostenían dos grandes abrigos de lana a guisa de cortinas. Todas parloteaban alegremente. «¿Vendrás a la pesca de la carpa en Plassis, Bérengère?», preguntaba una; y la otra farfullaba: «Creo que he comido demasiada pava rellena. ¡Oh, Milessant, ¿quieres meterme ese palo en la boca para obligarme a devolver? ¡Eh, Girard!» Esta exclamación se dirigía a un joven paje que había introducido su oscura cabeza entre las improvisadas cortinas. Las compañeras de la recién casada expulsaron al indiscreto a puntapiés y mojicones. Después, oyéronse gritos furiosos en el fondo de

la estancia. Aalais dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo con gesto cansado: «Otra vez Baudouin ha bebido un poco de más; podría haber esperado a que me metiera en la cama...» «¿Es peligroso cuando bebe?», preguntó Brigitte du Plassis. «Ya lo creo. En la boda de Hermenjart estuvo a punto de dar una cuchillada al tío del novio, y eso ocurrió precisamente mientras Hermenjart se desnudaba... ¡Imaginaos si la pobre tendría miedo de verse abandonada allí tal como estaba!» Las muchachas dejaron escapar una risa sonora. «¡Dios, Aalais! ¡Qué cuerpo tan blanco! ¿Cómo haces para quitarte las picaduras de las pulgas?»

Aalais tenía el hermoso cuerpo de todas las jovencitas que más tarde serán robustas; nada de débil ni de raquítico: formas severas y ya plenas, miembros largos, caderas abruptas. El largo camisón de fina tela que no debía quitarse hasta que se hubieran apagado las lámparas, era tan transparente que dejaba ver el color cálido de los hombros y de los senos sonrosados por el calor y la emoción. La condujeron hasta el lecho, la sentaron de espaldas a la almohada y sus hermanas menores arreglaban los pliegues de la camisa sobre los brazos y el pecho.

Ansiau vino a sentarse a su lado y estiró las largas piernas sobre la

cubierta de lana gris. Ruborizados, tranquilos, bajaban los ojos y sabían que aún les quedaba mucho tiempo para responder a los saludos y felicitaciones de la parentela. La vieja dama Adela, cuñada del señor de Linnières, les trajo una gran copa de vino cocido con hojas de menta y de pastinaca que, según se dice, son aptas para excitar el amor entre hombre y mujer. Mientras los recién casados bebían, los muchachos y las damiselas de honor batían las manos y cantaban:

*Ya mutuamente se aman Aalais y
Ansiou,*

*¡Ansiou ama a Aalais y Aalais ama
a Ansiou!*

Entretanto, la habitación iba vaciándose poco a poco, y por la puerta abierta de par en par entraba el aire fresco de la noche y hacía temblar las llamitas de las velas; las damas de Linnières cerraban las ventanas con plaquitas de madera y pieles de ciervo. Joceran y el viejo Ansiau, los dos un poco bebidos, inspeccionaban juntos todos los rincones de la estancia, levantaban las cortinas y los cojines junto al lecho para comprobar y mostrarse el uno al otro que no había engaño posible. Fueron los últimos en salir de la habitación y el viejo Ansiau cerró la puerta dando doble vuelta a la llave.

Una vez solos, los dos jóvenes siguieron con los ojos bajos, sin atreverse a alzarlos. Dos candelas de sebo crepitaban a sus espaldas en el borde del lecho. Desde el torreón seguían llegando gritos y cantos impregnados de vino, dedicados a la salud de los nuevos esposos; y cerca de la puerta del dormitorio se oían risas ahogadas y un ruido de empujones de gente que se apretujaba. Una voz ronca imitó: «Kikirikiiii...». Aalais sintió ganas de llorar y de llamar a su madre. Estaba temblando. Ansiau, un poco intimidado, acariciaba suavemente las puntas de las largas trenzas rubias. Después, sujetó entre sus manos las

caderas de la joven. «Apaga la vela», dijo la muchacha.

Se encontraron en la sombra, acostados el uno junto al otro; Aalais se negó por tres veces a quitarse la camisa, según se lo había recomendado encarecidamente su madre la víspera misma de la boda. Y a la cuarta solicitud del marido se desnudó, echó los brazos atrás y no volvió a moverse. En torno a ella, sobre ella, el gran mozallón daba vueltas, jadeaba, como una jauría de perros en tomo al ciervo herido. Después, Aalais lloraba y él dormía, como sucede siempre la primera vez, según cuentan las hermanas mayores...

Por primera vez en su vida, Ansiau

se despertó tarde aquella mañana. En la habitación reinaba la oscuridad. Unos hilillos de sol entraban por las hendiduras de la puerta. Ansiau pensó que bien podría ser mediodía. Fuera, las gallinas cloqueaban, los mozos llamaban a los caballos. Ansiau sintió en su mejilla un ramillete de violetas marchitas y sonrió. La muchacha estaba allí, respiraba suavemente como un niño; en la oscuridad distinguía sus trenzas, que cruzaban la almohada como dos gruesas cuerdas, y la cadena de la cruz y los amuletos que Aalais llevaba al cuello. Después, la gran mancha sombría de la boca entreabierta. Estar allí, tan tranquilo, con flores y una

joven, para un muchacho que sólo había dormido sobre paja, era como estar en el Paraíso. Por tres noches se les concedía aquel lecho con sábanas — esas sábanas y esa tranquilidad— para que recordaran durante toda su vida que Dios los había unido para fundar una nueva familia y una nueva raza.

Se abrió la puerta con un chirrido; abrieron las ventanas y el viejo Ansiau, Joceran y su mujer fueron los primeros en entrar para desear los buenos días a los dos jóvenes. Aalais, deslumbrada por la claridad del día, se frotaba los ojos y no conseguía recordar lo que su madre le había dicho que debía hacer la mañana de sus bodas. Ya sus hermanas y

sus primas la rodeaban y le pasaban la camisa y le destrenzaban el cabello; cansada y somnolienta, volvió la cabeza hacia Ansiau que, todavía acostado, le sonrió con amplia beatitud y como mal despierto. Aalais comprendió entonces hasta qué punto se trataba de un simple y buen muchacho, cosa que la enterneció y la hizo suspirar.

Los jóvenes encargados de la ceremonia se llevaron en seguida a Ansiau y ella no volvió a verlo en todo el día, pues por el momento todo el mundo parecía haberse desinteresado de él. Se fue a cazar con el halcón en compañía de sus primos y no volvió a hablar de su esposa, como si en vez del

marido fuera uno de tantos en aquellas bodas. Era la primera vez y sentía vergüenza. El solo pensamiento de la joven parecía meter plomo en sus venas y le producía vértigo, de manera que lo mejor sería no pensar en ella hasta que llegara la noche.

En la habitación de los «baños», dama Hodieme de Puiseaux y las señoras de Linnières examinaban las sábanas del lecho e interrogaban a la recién casada: tratábase de saber la hora y la duración del acto para conocer si se había concebido un hijo o no. Dama Irma, cuñada de Aalais, juraba que la recién casada había concebido y que debía ayunar hasta mediodía y descansar

durante toda la jomada, porque el fruto tenía que ser aún muy frágil.

—No es como con nosotras —decía—, que nos sentiríamos tan satisfechas de poder echarlo cuanto antes, el mismo día, si fuera posible. Si el primer fruto se estropea, los otros no serán tan bellos.

Aalais sentía un gran respeto por la ciencia de Irma, que pasaba por ser un poquitillo bruja. Escuchaba con mucho interés a las señoras que de buena gana recordaban sus propias noches de bodas y las de sus hijas. Pensaba en la noche venidera y en lo que iba a decir a su Ansiau, ahora que lo conocía bien. No iba a estarse callada como la víspera: su

hombre no debía creerla estúpida. Le diría: «Soy de noble linaje y no debéis menospreciarme. Soy igual a vos. Os amaré si me amáis. Pero debéis amarme durante toda vuestra vida, siempre, sin abandonarme por unas criadas, ni siquiera cuando yo haya engordado, ni cuando vayáis a la guerra; entonces veréis qué bien sé servirlos, cómo os lavo los pies y os rasco la cabeza y curo vuestras heridas: porque me han enseñado todo eso». Y se enternecía consigo misma, comprobando qué perfecta era. «También sé llevar los halcones y lanzar jabalinas y bordar e hilar y danzar y cantar: no os aburriréis conmigo.»

En la sala del torreón, la fiesta seguía su curso y los caballeros apenas se ocupaban ya de la alcoba de los recién casados: ése era asunto de las mujeres. Así pues, los nuevos esposos tuvieron una tarde tranquila. Las damas se retiraron temprano. Ansiau había pasado la jomada en el bosque y llegó tarde a la cena en la que, por lo demás, su presencia ya no era necesaria: era su padre, el viejo señor, quien recibía las felicitaciones en su lugar; Además, el mozo había tenido tal urgencia en ir en busca de su mujer, que ni siquiera se había asomado por el salón. Sentado en el suelo, junto a la cama, apoyaba sus mejillas entre las rodillas frescas y lisas

de la joven. Y ella le pasaba tímidamente la mano por entre el cabello. Era un cabello espeso, rizado, enmarañado. Aalais tomó un peine y se puso a desenmarañar aquella cabellera poco a poco, y no le dijo nada de lo que había preparado para decirle, sino que sacó de bajo la almohada un pedazo de tarta de miel que había escondido en su amplia manga durante la cena y lo ofreció al muchacho. Ansiau lo devoró sin decir una palabra, tan rápidamente, que a ella le dio miedo. Después comenzó a acariciarla, con rudeza, como un mozo que no sabe dominarse; y Aalais lo apartaba, pudibunda. Ansiau decía:

—¡Te amo tanto! ¡Tanto! Si lo supieras. Es tan agradable estar contigo... Haría lo que quisieras, sería tu criado.

Y Aalais pensaba que lo hubiera amado mucho más si fuera más tranquilo, más prudente, menos caluroso. Y decía:

—¡Ah, los hombres...!

Ansiau no había tenido madre, había muerto cuando él contaba nueve meses. Su nodriza había muerto también al llegar el niño a la edad de dos años. Así pues, había vivido la ruda existencia del castillo en medio de primos y escuderos: a los cuatro años, un niño es como un criado si no cuenta con una

madre lo suficientemente dura para protegerlo. Se le trata con rudeza, se le empuja: «¡Ansiau, mi cuchillo! ¡Ansiau, mi cinturón! ¡Apresúrate!». Los papirotazos y los pescozones os llueven encima y muy a menudo vuestros camaradas mayores os quitan incluso el pedazo de pan. Después viene el aprendizaje —los caballos, el manejo del arco—. Ansiau niño era como una pequeña bestezuela tan acostumbrada a los golpes que se piensa que ya no los siente siquiera. Era muy robusto. Entre los siete y los diez años, la piel de sus nalgas y de su espalda estuvo siempre desgarrada y sangrante, resultado de los vergajazos paternos. El viejo señor se

ocupaba de su hijo a su manera. Cuando veía que el muchacho no era el primero en los juegos o en el tiro, la emprendía a latigazos con él. «El castellano debe ser siempre el más fuerte —le gritaba—, no lo olvides, hijo de perra, porque tú serás el castellano cuando yo haya muerto». Pero Ansiau no sabía qué era eso de ser castellano y la cuestión le importaba bien poco. Era muy niño, sus ambiciones no iban más allá de la posesión de un caballo: los caballos eran su pasión y soñaba con ellos incluso despierto.

La costumbre de los golpes lo había endurecido; nunca el dolor le hizo vacilar o retroceder. Ni se le pasaba por las mientes enfadarse con quienes lo

golpeaban, pues aquello de recibir palos sin razón alguna le parecía la cosa más natural del mundo; la vida estaba hecha así y los niños habían sido hechos para recibir golpes.

Siguieron los seis años de servicio en Troyes, en casa del señor de Nangi. Era algo muy duro. Exigíase al niño el trabajo de un hombre, porque era robusto y aceptaba de buena gana todos los encargos. Era despreocupado por carácter, le gustaba escuchar a músicos y narradores de historias, por la noche, después de la cena; tan fáciles eran sus lágrimas como su risa, siempre que se tratara de bonitas historias; pero jamás había llorado por sus propias desdichas

y penalidades. Adoraba los torneos y siendo aún un chiquillo se le admitió a participar en ellos, a llevar la lanza y el escudo y a veces hasta a combatir. Era su vida. Nadie entendía más de caballos y de armas que Ansiau de Linnières. Tenía amigos. Amaba a su señor Guillaume de Nangi —pues un padrino de armas suele ser más que un padre—, gustábanle los prados, los bosques, la caza y la guerra. ¡No, no era un mozo exigente! Y he aquí que ahora le venía a las manos esto otro que, sin haberlo pedido ni merecido, le hacía más rico que un rey.

Aquello había ocurrido, de un golpe, en Navidades, cuando fue a Puiseaux

con su tío Herbert para cambiar su sortija de desposorios con la hija de Joceran. No pensaba en nada por entonces... ¡Ah! No, creía que sería una joven como las demás, ni siquiera demasiado bonita; y después, quedaron a solas sobre un arquibanco, tras una cortina —se jugaba al escondite— y la joven dijo con tanto vigor que no quería ser abrazada, que él recogió el desafío; y entonces ocurrió aquello: sintió que sus piernas flaqueaban, que la sangre le cantaba en los oídos, de manera que le fue imposible oír nada. Ignoraba qué era —bajo sus labios, muy lejos, una vocecilla ahogada decía: «¡Basta, me hacéis daño!»). Había querido tenerla

toda para sí, allí, sobre el arquibanco; pero ella le dijo y le juró que no permitiría semejante cosa antes de la noche de bodas; era de linaje demasiado bueno y no echaría tal vergüenza sobre su familia. Ansiau se puso a encontrar bueno todo lo que la muchacha decía. La adoraba; adoraba a su padre, el señor de Puiseaux, a su mujer, a sus hijos e hijas. En público era rígido y digno como siempre, no hablaba de su prometida, ni para bien ni para mal, porque así convenía proceder a un caballero.

Y he aquí que había llegado el momento en que su padre y el señor de Puiseaux y el sacerdote de Hervi le concedían la damisela, toda adornada,

con una sortija en el dedo y un vestido rojo; y le decían: «Toma, es para ti; todo esto es para ti, para ti sólo y para siempre; toma cuanto quieras, sáciate, tú eres el único dueño». Y Ansiau no se lo hizo repetir dos veces.

Concluidas las fiestas, hubo que volver a dormir sobre paja cerca del gran lecho del padre. Y por primera vez en su vida Ansiau encontró la paja picante, la sábana demasiado rugosa y el olor de las mantas agrio y fuerte. Los primos y los escuderos hacían demasiado ruido; los perros ladraban con demasiada fuerza. Le hubiera gustado ofrecer a su damisela una torre cuadrada, con una bella alcoba y un

jardín; era tan poco haber estado solos tres noches... Tenían un rincón en el que podían estar a solas, una hondonada en el gran jergón; Aalais parecía reducirse de tamaño y no se movía; él pasaba sus delgados brazos en torno al cuello de la joven y hablaba en voz muy baja. «Ya sabéis —decía Ansiau—, cuando padre haya muerto yo seré el señor del castillo y tendré el lecho de mi padre. Y todos los edredones. Y las sábanas. Tendremos sitio suficiente para jugar y para todo... ¿Me amáis de veras? ¿No añoráis demasiado vuestra casa?» «¡Oh, sí!», suspiraba la joven. Con Ansiau no sabía mentir. Lloraba al pensar en su madre y en sus hermanas.

Aalais sabía que las primeras semanas son siempre duras: dama Hodieme lo había dicho bien claro. Aalais se portaba bien: entraba en su nueva familia con la cabeza erguida y sus buenas armas en la mano. No en vano era noble; sabía a la perfección las buenas maneras. Empezó por ser buena y dulce con todo el mundo; con las alhajas de su dote hizo regalos a todas sus nuevas tías y primas. Las besó y las llamó hermanas y amigas; ante aquellas que ya eran madres, se extasiaba en presencia de sus hijos, hasta cuando se trataba de chiquillos feúchos. En general, lo admiraba todo: las alfombras, los cofres, la vajilla, los

caballos y los perros. Decía: «¡Qué bonita alfombra! ¡Qué hermoso lecho! ¡Qué magnífico caballo!», con aquel aire convencido que solía adoptar para mentir. (Estaba lejos de admirarlo todo y le parecía que sólo en Puiseaux había bonitas cosas. De Puiseaux no conservaba consigo más que a su hermana de leche, Catherine; y las dos jovencitas se intercambiaban a hurtadillas muecas y miradas irónicas al ver que en Linnières el vino caliente se preparaba de manera diversa que en Puiseaux.)

Aalais era una muchacha viva y cálida, inclinada a la cólera. Mas las caricias de aquel mozallón que le habían

dado por esposo la ablandaban y suavizaban por entonces. Habíanle dicho que el amor era una magnífica cosa. En la mesa dejábase pellizcar el talle y apretar la mano y con ello se ponía pálida y rubicunda de placer. Durante el día aguardaba a la noche para aquel juego que le producía tan fuerte vértigo; era eso, el amor, pensaba. Y aún había al menos tres días por semana —los miércoles, viernes y vísperas de fiesta — en que las mujeres debían dormir separadas de sus maridos, sobre todo las jóvenes. Dama Adela las hacía acostarse en el ángulo izquierdo del gran dormitorio, tras la cortina, con las más jovencitas. Una vez, la noche de un

viernes, Aalais había cedido a los ruegos del marido, a pesar del temor al pecado, y fue a encontrarse con él detrás de un banco junto a la gran chimenea; y bien castigada quedó, pues en la oscuridad se hizo daño en los riñones al chocar con un escabel. Y al día siguiente por la noche, la vieja dama Adela acudió a anunciar a su anciano señor que su nuera mostraba manchas de sangre en la camisa. El viejo señor montó en cólera, convencido de que ya debía de estar preñada, abofeteó a la joven y la amonestó que en adelante se cuidara más: otras mujeres ya son madres a los catorce años. Hasta entonces el señor se había mostrado bueno con ella: ahora

empezaba a ser duro.

El anciano permanecía de la mañana a la noche en un sillón, al pie de la ventana, con sus pies gotosos, enormes, posados en dos almohadones. Le pesaban los párpados, sentíase muy cansado. Demasiado vino, demasiada carne, demasiadas mujeres; aparte de esto, una larga vida de soldado y de cazador, aburrida a par de muerte. ¿Puede decirse que sea un gozo para un hombre con sentido común un hijo que es un mozallón y no tiene más seso que una liebre? Dios sabía bien que no amaba a aquel mozo; pero lo que debía crecer y desarrollarse en el seno de su joven nuera le hacía latir el corazón con

más fuerza, porque aquello era carne de su carne.

El viejo era impaciente. Dos meses después del matrimonio ya llamaba a su nuera con todos los epítetos habidos y por haber y le reprochaba su pobreza. «¿Sabéis que vuestro padre no me ha dado más que treinta marcos por vos? Mi hijo debía haber tomado a la heredera de Bercenay, pero no tiene más que diez años. Os he admitido en consideración a vuestra raza y vos no hacéis nada.» Y amenazaba con devolverla a su padre o unir al hijo con una criada, para tener al menos algún bastardo. Aalais ignoraba aún que su suegro hablaba por hablar y lloraba por

las noches entre los brazos de Ansiau: a él, al menos, le preocupaba tanto ser padre como ser obispo y consolaba a su amiga, diciendo: «El viejo ya no tiene mucho tiempo por delante».

El bosque de Linnières. El prado ante el castillo. El calor de julio y la hierba cortada esparcida sobre el suelo. El cielo es de un azul espeso, casi oscuro, ininterrumpido: ni una sola nube. El sol cae vertical, aplastando con su pesada luz el prado cubierto de hierba seca. En esa hierba se sientan Ansiau y su amiga después del descanso de mediodía; Aalais tiene el aspecto de una joven aldeana, con su vestido de lino y la cabeza cubierta con un simple pedazo

de tela blanca. Se oye a los grillos cantar en el campo de alforfón y a los soldados llamarse a gritos sobre las murallas. El aire cálido está impregnado de olor a menta.

Una ligera brisa mueve los sueltos mechones de pelo sobre la frente de Aalais, su rostro está bañado por una luz rubia y las aletillas de su nariz se dilatan lentamente con aire tan apacible y feliz que Ansiau se siente absorto. «Es hermosa.» ¿Por qué sólo esas palabras que ya todo el mundo conoce desde siempre? Y no hay otras. Aquel día, Ansiau permaneció largo rato divagando y acariciando el brazo de su amiga, acariciándole las pestañas y

contemplando sus dientes, tocaba todo su cuerpo como una cosa, sorprendido al descubrir de pronto esa belleza nueva, demasiado fuerte para él; nunca pudo pensar más tarde con serenidad en la blancura de una mujer.

Estaban casados hacía tres meses. Ella se había acostumbrado a él, lo amaba. Decíale: «¡Dios, qué bellos ojos tenéis!»; y también: «Una hermosa boca»; y después: «tenéis hermosas manos» y «vuestro bonito cabello» y «vuestra hermosa nariz» —todo era hermoso para Aalais— y abrumaba a Ansiau a besos y caricias bruscas y torpes, olvidando todas las lecciones de su madre. Servíale como hubiera podido

hacerlo un pajecillo. Con eso creía ser muy feliz.

Aquel mes, dama Adela y dama Richeut, su nuera, contaban los días con los dedos de las manos y decían: «Bueno, parece que va a llegar». Aalais estaba obligada a comer tantos puerros que parecía ir a ahogarse, porque decían que el puerro hacía engordar; al mismo tiempo, rezaba sus novenas a Sainte-Anne-en-Forêt: «Santa Ana, buena señora, haced que mi suegro no me odie más». El día de la Asunción se desvaneció en la capilla y desde aquel día su suegro no volvió a odiarla. La hizo venir ante él y la miró largamente, con el mentón arrugado y los labios

temblorosos: «Bueno, bueno —le dijo —, ahora nada de tonterías, y que sea un niño, ¿eh?».

Ansiau había ido a cazar aquel día y regresó muy tarde. Su prima Mahaut le anunció la buena nueva y Ansiau dejó escapar un suspiro de alivio, pensando: «Al menos el viejo ya no mostrará más su enojo a mi amiga». Y subió a la sala de arriba para ver a Aalais. Por esa vez, la joven, dolida y debilitada por los cuidados de que la rodeaban, fue admitida a acostarse en el lecho del viejo Hue y de dama Adela; descansaba, tendida al borde de la cama; el viejo tío Hue, ya dormido, respiraba con fuerza. Ansiau se sentó en el lecho y *Veillant*, su

gran perro negro, saltó sobre los edredones y apoyó su cabeza en la pierna del joven. Aalais, con las manos tras la cabeza, contemplaba a su marido con aire triste y grave. Ansiau sonrió: «¡Qué! ¿Va bien...?». Aalais hizo una mueca. «Bien —dijo—. Vos no sabéis en qué consiste. Ahora me hincharé como una vaca que ha comido alfalfa verde.» A Ansiau le pareció cómica aquella imagen y dejó escapar una carcajada; eso molestó a la joven. «Os parece alegre —dijo, malhumorada—. ¿Y si me muero?»

—Nadie se muere por eso —dijo Ansiau, acariciando las orejas del perro *Veillant*.

—¡Ah! ¡Ya lo creo que sí! —
exclamó Aalais indignada. Y añadió con
voz más suave—: ¿Y cómo llamaremos
al pequeñín...?

—Supongo que Ansiau, como mi
padre —dijo su marido.

—¿Y si es niña?

—No os asustéis por eso —dijo
Ansiau—, si es niña, el viejo no os hará
nada; yo os defenderé.

Al día siguiente, las mujeres jóvenes
de Linnières se dirigían a caballo hacia
el Armangon, para bañarse en sus aguas,
porque hacía mucho calor. El viejo
castellano declaró que su nuera no
saldría del castillo: no estaba en
condiciones de cabalgar ni de tomar

baños fríos. Y Aalais tenía tanto deseo de bañarse... En el castillo era imposible: el patio olía a letrina. «¡Ah, no quiero! ¡Las otras podrán meterse en el agua fresca y yo, en cambio...!» Resultaba tan injusto, que le parecía ahogarse; nadie tenía tanto deseo de bañarse como ella. Se abrazó al cuello de Ansiau, que perdía la cabeza al verla llorar. Corrió a encontrar al viejo señor ante su ventana; su mujer era su mujer y tenía derecho a bañarse si así lo quería y el viejo nada tenía que ver en aquello: si quería mandar, que se casara y dejara en paz a las mujeres de los demás. Era la primera vez que hablaba así y ni siquiera se dio cuenta de ello, pues sólo

pensaba en el gran deseo que Aalais tenía de bañarse. Y con sorpresa de toda la casa, el viejo no se enfadó y se conformó con fruncir el ceño con aire cansado. Por último, dijo: «Id a ver a dama Adela y que ella os lo explique».

Dama Adela dio en seguida buena cuenta del joven. Díjole que las serpientes que viven bajo el agua huelen inmediatamente y atraen al fondo a las mujeres encintas y que una mujer que lleva un niño en su seno se hace mucho más débil y está más expuesta al mal de ojo y a los espíritus; no debería atravesar el bosque, sobre todo en un día de verano después de la Asunción, ni montar a caballo, porque un mal

espíritu podía impulsar a la bestia a desmandarse. De todo aquello, Ansiou sólo entendió una cosa: dama Adela y el viejo querían impedir que Aalais fuera a bañarse; y si la joven no obedecía, amenazaban con atraer sobre ella serpientes de agua, espíritus y Dios sabe qué catástrofes desconocidas. Por primera vez en su vida sentíase débil y solo ante un mundo lleno de seres más fuertes que él; un mundo que le resultaba incomprensible. Entonces, ¿de qué servía tener una esposa si no podía siquiera impedir que los demás la hicieran llorar? Era culpa del viejo el que Aalais estuviera tan gruesa —ahí tenían a lo que llevaba el comer tanto

puerro— ¡y a él le hubiera gustado tanto verla pequeña y delicada toda su vida!

Aalais le dijo: «No amo a vuestro padre. Me ha golpeado en el rostro y me ha dicho palabras soeces. Creí que todo iría mejor cuando viera que llevo un niño en mi seno. Y ahora quiere encerrarme en el castillo. No quiere que me acueste con vos... ¡Y aún me quedan siete meses! Para desgracia mía entré en esta casa. Veréis cómo este hijo me mata; al fin y al cabo, yo misma maté a mi verdadera madre».

—El viejo puede estar tranquilo —dijo Ansiau—; si vos morís, yo mataré al niño: lo arrojaré al pozo.

—¡Oh, no! —dijo Aalais—. ¡No!

¡Qué pecado! ¿Me prometéis que no lo cometeréis nunca?

El aire del castillo era pesado y acre y el patio olía a estiércol y a paja húmeda. Moscas y mosquitos se posaban y se pegaban en todas partes. Mientras subía al tejado de la torre, Ansiu miraba las nubes blancas que se escalonaban en un cielo azul vivo y el bosque alrededor del castillo, tembloroso en una neblina azulenca. El aire permanecía inmóvil y las piedras del parapeto estaban blanquecinas y quemaban. Los soldados de la torre cuadrada gritaban de vez en cuando a los de las murallas; después, todos se sumergían de nuevo en el silencio. Y los

grillos cantaban en la hierba quemada del prado; el canto era tan prolongado, tan incesante, que Ansiau acababa creyendo que era su misma sangre que le cantaba en los oídos. Se le había insinuado una nueva tentación, hasta entonces desconocida: Gisèle, la hija del cazador de venados, era blanca y rubia y le rozaba siempre en los establos o cuando pasaba a su lado entre dos bancos de la sala. Un día en que se encontraron a solas tras la torre sobre la muralla, la joven le dijo: «Podéis hacer cuanto queráis. Venid, ahora no nos ven». Y se levantó su saya gris, de manera que dejó al descubierto sus piernas y sus muslos blancos. Ansiau

escupió y pasó de largo, sin tocarla siquiera. Esa joven le disgustaba: creía que una joven que se ofrece es como el mercader demasiado premuroso en desembarazarse de su mercancía, porque sabe que no vale nada. Desconfía. Sólo que Gisèle seguía allí; se abrió el cuello del vestido, para mejor tentarle, y mostraba sus cabellos bajo el gorro blanco. Hasta que un día, en vez de escupir, la derribó al suelo, contra la empalizada, detrás de las granjas. Pero después de aquello tuvo vergüenza de sí mismo, ensilló su caballo y se fue sin decir nada a nadie.

Nadie le había enseñado nunca que un hombre debe ser fiel a su mujer: ése

era un artículo del contrato que no concernía más que a la esposa; una mujer casada no debía ser una mujer para él, pero una joven era algo que podía cogerse, como una manzana madura o un pan bien cocido. Con respecto a Aalais, no sentía remordimientos, puesto que no establecía comparaciones. Pero sabía que podía tener a Gisèle diez veces al día si lo deseaba; y eso era precisamente lo que le disgustaba de ella y de sí mismo: era demasiado fácil.

Todo estaba tranquilo en el camino. Sólo los grillos y las cigarras cantaban en la hierba seca. Y el cielo era azul, azul, azul. Ansiau cabalgó hasta

mediodía sin sentir hambre ni cansancio. Tras haber adquirido un poco de pan en la aldea de Bernon, se adentró en el bosque. El lugar era muy salvaje, sin veredas ni senderos y Ansiau pensaba ya en abrirse camino entre la maleza, cuando unas huellas en el musgo y las ramas cascadas de los matorrales le denunciaron la presencia de un jabalí; la bestia acababa de pasar por allí hacía poco, Ansiau sentía aún su olor, tenía el olfato tan fino como el de un perro. No tenía a mano más que un cuchillo y una lanza delgada como un dedo. Pero ante las huellas de un jabalí ya no razonaba. Pensó que quizá podría sorprender a la bestia en plena siesta y siguió las trazas.

Éstas se volvían a una parte y a otra, desaparecían, reaparecían de nuevo: frescas, pero de la bestia, nada.

Y tanto se puso a buscar que hubo de pasar la noche en el bosque, encaramado a un árbol. Durmió mal: el bosque estaba lleno de ruidos. Gritos, piopíos, crujidos de ramas se alzaban de todas partes; el caballo de Ansiau, atado al tronco del árbol, se ponía a temblar convulso al escuchar los aullidos del lobo.

A la mañana, Ansiau buscó en vano las huellas que lo habían llevado hasta allí. Podía buscar a más y mejor en torno a sí; pero no veía más que sitios desconocidos, extraños y reducidos

claros, follaje espeso, viejos árboles de ramas retorcidas; cuanto más avanzaba, más seguridad tenía de no haber pasado nunca por allí. Dejando su caballo se encaramó a un inmenso alerce y, llegando a las ramas superiores, no vio en derredor más que un mar desigual e inmóvil de cimas, en un silencio amenazador. Dos buaros hendían el aire con sus gritos roncós. Ansiau bajó del árbol y caminó al azar, conduciendo a su caballo tras él e invocando a san Cristóbal.

Sintió hambre. Tras haber hallado para su caballo un claro cuya hierba le pareció inofensiva, se puso a buscar alimento. Encontró un verdadero campo

de murtilla, de la que cogió cuanto pudo y después tenía manos y bolsillos negros. Pero no encontró agua. A veces le parecía oír el rumor de un curso de agua, pero debía tratarse de manantiales subterráneos.

Pasó otra noche en el bosque. La sed y el calor le impedían dormir. Sentía en tomo a sí cien jadeos angustiosos; no sabía si eran animales o espíritus. Los mismos árboles parecían suspirar. Cuando despertó, un sol de plomo le aplastaba la cabeza. Sentía un vago dolor en las sienes. Con un gran esfuerzo consiguió bajar del árbol y hacerse con las riendas del caballo: no quería cabalgar, para no fatigar al animal, pero

él mismo caminaba a duras penas. Debía de ser mediodía cuando llegó a un amplio claro cubierto de altas hierbas secas. En medio del claro del bosque yacían enormes piedras blancas, tan blancas bajo aquel sol despiadado que hacían daño a los ojos. Comprendió así que se hallaba en el claro de las hadas, el sitio al que acudían los paganos en otras edades para adorar a sus ídolos. Aquellas piedras habían sido colocadas allí por los paganos; después fueron derribadas, pero los espíritus seguían habitando el claro.

Unos cuervos se posaron pesadamente en la blancura árida de las piedras. El aire era inmóvil y ardiente;

no temblaba ni una brizna. Ansiau sentía como si unas barras de hierro al rojo le ciñeran las sienes. Agotado, se echó en tierra, entre la hierba, sin cuidarse siquiera de protegerse del sol. Era la primera vez en su vida que se sentía tan mal y creyó que iba a morir allí mismo, en aquel lugar. Cosa extraña: no experimentaba miedo ni lástima. Amaba esas hierbas secas y amarillentas que cosquilleaban en sus mejillas y se balanceaban contra el cielo, por encima de su cabeza —le gustaba ese cielo azul sin mancha, ancho y, de pronto, tan próximo— en los largos graznidos de los cuervos, que llenaban sus oídos y su cerebro, había tanto calor y tanta paz

que Ansiiau se sentía feliz, ya no pensaba en la muerte, ya no sabía quién era él mismo: no conocía más que ese cielo y aquellas briznas de hierba. Ignoraba cuánto tiempo llevaba así. Vio que las hierbas se apartaban y una mujer desnuda se inclinaba sobre él. Vio primero sus senos, que se destacaban sobre un cuerpo amarillento como dos bolas blancas, adornadas con dos botones oscuros. Los cabellos negros caían en mechones regulares a los lados de un rostro redondo y blanco y los ojos negros, muy brillantes, tenían un relámpago aceitoso y como extinguido y daban deseos de dormir. Fascinado por esos ojos y por aquellos senos, Ansiiau

no se movía; estaba seguro de que era el hada, pero no sentía miedo. La encontraba hermosa y buena. Y se lo dijo —o al menos creyó habérselo dicho—, pero la mujer no oía, hacía extrañas señales con las manos por encima de la cabeza, hubiérase dicho que anudaba y soltaba hilos que sólo ella veía; después se alejó y Ansiau, levantando la cabeza, la vio subir por una de las piedras blancas y alzar los brazos. Después, no vio nada. Cuando despertó, el hada había desaparecido.

Se encontraba tan quebrantado que apenas podía alzarse. Su caballo se había ido. Las hierbas en tomo a las piedras aparecían pisoteadas y holladas

y sobre la piedra a la que se había subido el hada había manchas de sangre y plumas de cuervos.

El sol estaba ya tras los árboles cuando Ansiau salió por fin del bosque. Hallábase ante un poblado de una veintena de cabañas, a lo más; unas jóvenes lavaban la ropa en un arroyo. Se pusieron en pie, como por un resorte, gritando: «¡Un hombre, un hombre!», pero como el hombre en cuestión no parecía peligroso, quedaron donde estaban. Ansiau les contó que había visto a un hada en el claro del bosque y ellas se santiguaron en medio de grandes gritos.

Ansiau dijo que deseaba quedarse

allí, junto al arroyo; no podía ir más lejos. Tendióse en tierra, sobre la hierba húmeda y fue presa de violentas náuseas que no terminaron hasta la noche; las muchachas, asustadas al verlo morir, habían escapado. Una de ellas tuvo la caridad de ponerle sobre la cabeza un lienzo mojado.

Ansiau abrió otra vez los ojos. Era de noche. El cielo estaba muy claro, el aire era tibio. Su caballo estaba allí, a unos pasos de él, apacentándose de la hierba del prado; sus campanillas tintineaban. Ansiau se arrastró hasta el arroyo, metió el lienzo en el agua y volvió a ponérselo en la cabeza. Después, permaneció inmóvil. Sentíase

enfermo, quebrantado, triste hasta la muerte. A la mañana, las lavanderas acudieron a visitar al joven, estaban seguras de que moriría durante la noche, puesto que había visto un hada. Y al verlo vivo dejaron escapar gritos de júbilo y le ofrecieron pan y ajo. Ansiou comió, no sin fatiga, y preguntó dónde se encontraba. Supo que la aldea pertenecía al señor de Vanlay, a tres leguas de Linnières.

Ansiou nunca había estado enfermo, y si lo estuvo alguna vez no se dio cuenta de ello; permanecía dos o tres días echado en la paja, sin moverse y sin comer y un camarada le traía a veces agua para beber y después se levantaba

y volvía al trabajo. Pero debe creerse que hay alguna diferencia entre un mozo y un hombre casado. Aalais se alarmó en cuanto lo vio regresar con las mejillas hundidas y las manos febriles. El joven dijo que estaba cansado y se echó sobre el jergón: sólo deseaba reposo. Pero Aalais fue a sentarse a su lado, le frotó las sienes con hojas de menta, le hizo beber unas tisanas y le frotó piernas y pies para que le pasara el cansancio. Él, poco habituado a semejante trato, refunfuñó un poco al principio y dijo que aquello no era oficio de una dama noble como ella y que no debía ocuparse de un hombre enfermo. Pero inmediatamente se sintió mejor y se

durmió, con la cabeza apoyada en el vientre de la joven esposa. Dos dedos levísimos iban y venían sobre su frente, calmando y engañando el dolor que la ceñía y una vez él atrajo una de las pequeñas manos hacia su boca y la besó humildemente, como se besa la mano de un maestro, y Aalais se ruborizó un poco, retiró su mano y dijo:

—No hagáis tonterías.

Y cuando él se levantó, cinco días después, y se acercó a la ventana, Aalais lo miró bien a la cara y gritó asustada:

—¡Dios mío! Os está creciendo la barba. Ahí, en el mentón, y ahí. ¡Oh, no! Es demasiado feo; no quiero veros barbudo.

Ansiau dijo que él no era un trovero para hacerse rasurar y que era un hombre y por lo tanto algún día tendría que tener barba. Aalais movía la cabeza:

—Me gustabais más antes. No quiero que os hagáis viejo.

De creer al viejo Ansiau, Aalais era la única mujer en el mundo que tenía la suerte de ser madre; y el hijo que ella esperaba sería emperador o papa. Abrumábala a fuerza de consejos y cuidados: no debía comer demasiado aprisa, no debía agacharse, no debía comer cerdo, no debía correr. Después estaban los ciento y un remedios de las buenas mujeres, los brebajes de extractos de hierbas y de entrañas de

animales fabricados por Flora, la bruja de Mont-aux-Fées. (El anciano las hacía buscar por Lambert, su escudero, sin que lo supieran dama Adela y el capellán.) Aalais bebía esos extraños líquidos con el miedo mortal a envenenarse o a atraerse la cólera de Dios; pero no se atrevía a desobedecer a su suegro.

No podía dar un paso sin que el viejo se metiera de por medio: no debía mirar tal cosa, no debía volverse de tal manera; si miraba los cuchillos, el niño moriría al primer día; si contemplaba los perros, el niño llegaría deforme; si se sentaba a la izquierda de un monje, el niño nacería muerto. Aalais terminaba por no saber dónde ponerse. Comenzaba

a ver por todas partes presagios de desgracia y a espantarse de todo: no sabía qué podría hacerle su suegro si al niño le ocurría alguna desgracia. Y con todo eso no se sentía bien. Estaba cada vez más pálida y delgada; sus cabellos caían y con el peine se le iban verdaderos mechones. Ansiau se enfadaba porque su esposa se negaba a ir a pasear con él al prado o a ayudarle a adiestrar los halcones. Decíale: «Estabais bastante mejor antes, ya lo sabéis»; y también: «¿Sabéis?, de nada os vale estar sentada en ese banco, os habéis hecho fea como una vieja». Aalais miraba cómo ardía el fuego en la chimenea y cómo los troncos se hundían

y dejaba caer sobre el regazo la labor que estuviera haciendo y en seguida las lágrimas le salían a los ojos y ya no veía más que una niebla roja. «Vaya, mi querida nuera —decíale entonces dama Adela—, si trabajáis de ese modo vuestro hijo nacerá desnudo. ¿Queréis que las siervas os hagan el trabajo?» Aalais volvía a su labor, pero nunca hasta entonces había cosido y bordado con tanta repugnancia.

Por si fuera poco, Ansiau la atormentaba continuamente. Pasaba de las cóleras sin razón alguna a las caricias demasiado bruscas. En algunos momentos no podía tomar sus manos sin estrechárselas hasta hacerle crujir los

dedos. Aalais soportaba todo esto con bastante indiferencia y resignación, diciéndose: «Todos los hombres son así». Seguían encontrándose a escondidas, por la noche, en un rincón tras un gran arquibanco de madera; pero la joven esposa ya no estaba allí con su ánimo y acudía por compasión para con su marido; éste decía: «Moriría si no os tuviera de vez en cuando». Y en el fondo, se aburría. El otoño había pasado, con la época de la caza y en el mal tiempo Linnières era gris a más no poder. El patio no era más que un lodazal inundado, los caminos del bosque se convertían en arroyos, en estanques o pantanos; en el castillo la

humedad era tal que la empalizada sobre las murallas se pudría cada año y en las salas el agua se deslizaba por las paredes en hilillos ininterrumpidos y todos los muebles olían a moho. Ansiaba deseaba volver a casa de su padrino, en Troyes. Era caballero desde hacía ocho meses y aún no había tenido ocasión de probar las armas; y no pensaba más que en la primavera y en los torneos de la Pascua.

Cinco días antes de Navidad comenzó a nevar. El bosque se puso blanco y negro como el plumaje de una urraca. Y el riachuelo ceñido de sauces se estiraba como una delgada cinta negra entre orillas blancas. Una espesa capa

de nieve cubría los tejados de las caballerizas y el patio en el que se aseaban los cuervos. En el castillo casi reinaba la claridad: hasta tal punto estaba todo blanco fuera. En la gran sala, los escuderos y las jóvenes de la cocina comenzaban ya los preparativos de la cena de Navidad. Aves y liebres, encerrados en una cesta, se movían con ruido y los siervos los cebaban con trigo y hierbas. Otros limpiaban los platos de cobre con las cenizas de la chimenea; los pajecillos afilaban unos cuchillos contra otros.

Como hacia Navidad los fríos eran rigurosos, peregrinos y viajeros se apartaban de su ruta para hallar asilo en

el castillo cuyo humo se alzaba tras el bosque de Seuroi y en el que se les dejaba entrar. Al viejo Ansiau no le gustaba la cosa; Solía decir: «Estos mendigos no traen más que enfermedades y fango». Pero dama Adela gobernaba la casa como dueña absoluta. «Es fácil —decía a su cuñado — quedaros a calentaros ante un buen fuego y dejar que revienten de frío las pobres gentes que valen más que vos, que sois un holgazán que sólo sirve para beber, comer y matar, como hacen las bestias. ¿Tan cansado estáis de no poder matar a más hombres por el hierro que ahora queréis que mueran de frío?» A lo que el viejo decía: «Paz, paz...».

Los peregrinos acudían a sentarse en el suelo del gran tinelo, peleándose entre sí por conseguir un sitio cerca del hogar. Casi siempre eran pobres mal vestidos, monjes viajeros, pequeños burgueses, simples campesinos. Dama Adela les daba un poco de pan y dinero para el camino y les pedía que rogaran por ella a los santos cuyos santuarios iban a visitar.

Aalais dio a luz a finales de la cuaresma, en el mes de marzo, en plena estación de las lluvias, en aquella misma alcoba en la que pasara su noche de bodas once meses antes. Irma, su cuñada, había acudido desde Puiseaux para ayudarla en el parto —Irma

aprovechaba cualquier ocasión para salir de Puiseaux y perder de vista a Baudouin— y con ella Aalais sentíase un poco más segura, porque no gustaba mucho de las damas de Linnières. El viejo castellano, desde su butaca próxima a la chimenea, enviaba cada cinco minutos a un criado para preguntar en qué momento estaba el parto y cómo iba. La puerta batía continuamente porque el viento era fuerte; el patio era un charco de estiércol y los criados y siervas corrían de los baños al castillo y del castillo a los baños, salpicándose de fango hasta la cara.

En tomo a la parturienta, dama Adela, dama Richeut, Irma y dos

mujeres expertas se afanaban, rojas por el esfuerzo y el miedo: el parto era difícil, porque la parturienta era demasiado estrecha de caderas. Dama Adela, corpulenta y fuerte, la sujetaba por los hombros para impedir que se agitara. Aalais gritaba a voz en cuello y en los intervalos decía con voz aguda: «¡Dejadme! ¡Os detesto! ¡Queréis hacerme morir!», y gemía: «¡Madre..., madre! Venid..., me encuentro tan mal...», e intentaba coger con sus dientes las manos de la anciana señora para mordérselas. Después, el dolor fue creciendo más y más hasta sofocarla, hasta el grito de sorpresa, hasta el pasmo, sin siquiera un pensamiento de

rebeldía. Era la muerte.

Irma acabó sacando al niño con sus propias manos; y Aalais dejó de chillar, sorprendida de hallarse aún con vida. Entre las delgadas y largas manos de Irma se estremecía algo de color rosa; Aalais no había visto nunca un rosa tan puro y tan vivo: era un color completamente nuevo. Además, aquello gritaba de un modo muy diverso a como gritaban los hombres y los animales. Qué grises, qué borrosos y sin vida parecían los rostros de Irma y de las otras mujeres —no sabían qué es sentirse liberada, estar tranquila, vivir... —, aturdida cerró los ojos. Era demasiado bello. Apenas podía creerlo.

Frotó su mejilla contra la fresca almohada que dama Adela le ponía bajo la cabeza y nunca había conocido un placer tan grande como el del contacto de la tela fina con su mejilla sudada. Le gustaba esa almohada. Hubiera querido besarla.

Pensó que había pasado mucho tiempo y abrió los ojos; las mujeres seguían allí y lavaban aquel pequeño y nuevo objeto que seguía chillando. Aalais pensó: «Van a hacerle daño», y su corazón se angustió. Sólo entonces se dio cuenta de que estaban hablando y comprendió el sentido de sus palabras. Decían que era un varón —a Dios gracias— que no tenía aspecto muy

robusto, pero que podría vivir. «Sí — decía dama Adela—, en nuestra tierra se les frota con agua salada y eso los hace más fuertes.» Irma envolvió al recién nacido en largas y finas vendas de lienzo. «Creo que será rubio —iba diciendo— y se parecerá a su madre.» «¿Está preparada la capilla?», preguntó dama Richeut. Sólo entonces comprendió Aalais que estaban hablando de quitarle el niño para llevarlo a bautizar y de pronto volvió a ver la lluvia, el viento, las corrientes de aire, las grandes manos del anciano suegro, el futuro padrino, y le sorprendió cuán terribles se volvían esas cosas: esto la dejó abrumada. Y

cuando dama Adela tomó al niño en sus gruesas manos callosas, Aalais le dijo: «Tened mucho cuidado». Dios sabe de dónde le venía ese valor, porque la dama le daba miedo. Se le contestó que no tenía que preocuparse por eso. «Tengo más de cincuenta y cinco años, querida sobrina y, por la gracia de Dios, he tenido veintidós hijos y los he cuidado a todos por mí misma, sin contar a mis sobrinos, a mis nietos y a mis sobrinos nietos; fui yo quien recibió a vuestro esposo el día en que salió del vientre de su madre. Podéis estar segura de que entiendo más que vos en esto de cuidar a los niños.» Aalais no tenía más remedio que callarse, pero nada de eso

le devolvía la confianza. Hubo que retenerla por la fuerza para impedir que se levantara y corriera a la capilla donde tenía lugar el bautismo.

El anciano abuelo estaba tan orgulloso que parecía diez años más joven. Habíase puesto su balandrán verde, que ahora le estaba más estrecho, y tenía al pequeño muñeco enfundado en fajas como podría haber tenido la corona real en cojín de oro. «Sabía bien —repetía— que una muchacha de tan buena raza no podía hacer más que un buen mozo.» Y preguntaba a su hermano Hue: «¿Creéis que se parece a mí?». Ansiau no estaba en el castillo. Dos días antes del parto, el viejo señor lo había

enviado a Bernon, una aldea que él poseía a la otra parte del bosque, para liquidar un litigio pendiente con el alcalde. En realidad, el viejo Ansiau pensaba que un marido que se inquieta y pierde la cabeza en momentos así puede traer desgracia a la parturienta. Ansiau sólo regresó de Bernon para saber que tenía un hijo ya de tres días de edad. El niño había recibido en el bautismo el nombre de Ansiau, pero el abuelo lo llamaba Ansiet, para distinguirlo de su hijo.

Ansiau quedó sorprendido por aquel brusco cambio de situación: casi había desesperado de volver a ver a su esposa otra vez pequeña y bonita. Ahora que

estaba desembarazada del niño, pensaba que volvería a ser suya como antes. La encontró en la cámara de los baños, sobre su lecho, vestida con su bella túnica roja, con las trenzas bien formadas y las mejillas rosa. Corrió a ella para besarla, pero Aalais lo apartó y dijo que había que aguardar la misa de parida, así se lo había dicho dama Hodieme. Después, con voz muy cambiada y amplia sonrisa, preguntó: «¿Habéis visto al niño?». El recién nacido era largo y estaba todo él enfajado, con su cabecita redonda cubierta por un gorro blanco. A Ansiau le pareció que tenía un rostro bastante común y más bien feúcho. Pero Aalais

parecía un ángel. Había colocado sobre sus rodillas el pequeño bulto y le sonreía con aire tan misterioso y tierno que Ansiau no pudo dejar de sonreír también. «¡Es tan hermoso! —dijo ella—. Hace tres días que lo tengo y aún no he dejado de mirarlo.» Levantó los ojos hacia su marido para ver lo que éste pensaba del niño. En ese momento, Ansiau no era para ella más que un recién llegado al que podía presentar su pequeñuelo. Pero como los ojos de Ansiau sólo expresaban una pizca de admiración, se sintió decepcionada y se apartó de él.

Durante la semana santa, el viejo Ansiau se preparó para morir: era lo que

hacía al término de cada cuaresma desde cerca de diez años; el ayuno le producía siempre ese efecto. Pero esta vez se hallaba más triste que de costumbre. Decía: «¡Ah! Así pues, voy a morir con todos mis pecados. Mejor me hubiera sido morir cuando aún era un niño. ¿Es que alguien cree que esos perros de sacerdotes pueden hacer algo por nuestra salvación? Serán ellos los primeros en ir al infierno: así que no pueden en absoluto hacer creer a las gentes que pueden salvarlos». Y en seguida se declaró moribundo. Llamó a sus hermanos y sobrinos y comenzó a pedirles perdón por sus ofensas, y lo hacía con aire tan altanero y con gesto

tan gruñón que más bien parecía estar dándoles órdenes. A continuación les hizo jurar que tras su muerte obedecerían a su hijo; el muchacho era ya lo suficientemente crecido. Hizo poner por escrito la larga enumeración de los diversos legados que hacía a título de reparación a aldeas a las que había saqueado o a familias a cuyos hombres diera muerte en otros tiempos.

Con esto permaneció dos días en la cama, muy abatido y triste. Después, volvió a beber y a comer, como si ya no se estuviera en cuaresma. Por mucho que dama Adela se indignara, no conseguía más que ver cómo el viejo levantaba los hombros: estaba enfermo y un enfermo

no está obligado a ayunar; no quería morir.

Ansiet, el rubio y sonrosado pequeñuelo, de boca grande y fina, era una cosa muy curiosa de ver, como suelen ser todos los nenes cuando se les mira con atención. Movía los ojos, arrugaba la frente, abría la boca como un pajaruelo hambriento y frotaba sus mejillas cubiertas de un vello casi blanco contra los bordes de su gorrito. Aalais estaba como perdida, anegada: no veía más que aquellos dos ojuelos redondos y oscuros; moría cada vez que el niño lloraba, lo sacudía, le daba el pecho treinta veces cada día. Los consejos y reproches de dama Adela

nada conseguían. Y sin embargo, Aalais tenía los pechos tan sensibles que se mordía los labios cada vez que daba de mamar; pero sentía un íntimo placer, estaba orgullosa de que su pequeño tuviera las encías tan fuertes. No era un niño ordinario, oh no, era el nieto de Joceran de Puisseaux y el biznieto de Gui de Marseint y heredero de Linnières: un día poseería toda la tierra, de Hervi hasta Flogny-Seuroi y Bernon, el bosque y los campos: ahora, Aalais estaba orgullosa del castillo y del dominio de Linnières. Y el viejo castellano, más impotente que nunca, dejábala venir a él con su hijo y decía con aire enternecido: «Ya se ve que ella es de buena raza. Ved

el hermoso niño que me ha hecho. Ea, querida mía, acercadme la mejilla para que la pellizque». Pronto empezó a preocuparse: el niño no engordaba, gritaba demasiado, comía poco. Era muy supersticioso y veía por todas partes conjuras contra la salud del niño, su propia raza.

Ansiau de Linnières —el viejo— había sido siempre de humor sombrío. Dios sabe qué inquietud lo roía. Era valeroso; era astuto y hábil en sacar el oro donde lo encontraba. En vida de su padre habíase encargado del dominio: tenía veinticinco años cuando su padre se hizo cruzado para ir a Palestina con la tropa del conde de Champaña. El rey

Luis de Francia había tomado la cruz después del incendio de Vitry. Muchos caballeros partieron a aquella guerra y mal les fue en ella, puesto que fueron bien pocos los que regresaron. Galón le Velu, de Linnières, llevó a todos sus hijos en edad viril y dejó a Ansiau, el mayor, para guardar sus tierras. Galón volvió enfermo; dos de sus hijos habían muerto, otros dos regresaron salvos pero enfermos para toda su vida por el sueño de viajes y aventuras. Y Ansiau conservó para siempre la amargura de haberse quedado a cuidar de la casa como un perro.

Nunca había amado a mujer. Se casó cuatro veces. Se empeñaba en tener

hijos y sus mujeres le daban sólo hijas; las odió y se deshizo de ellas en cuanto pudo. Tenía cuarenta años cuando su tercera esposa, Laurence du Mahiet, dio a luz un hijo, que iba a ser único varón. Laurence murió poco después y la siguiente esposa, Agnés de Vanlay, tuvo cinco hijas que nacieron muertas. (Ansiou la repudió después del quinto parto.)

En el gran nido de Galón le Velu se formaron muchas generaciones en el oficio de las armas y de la caza, y de esa familia vivían aún cinco hijos, sin contar a las hijas que habían partido a otros castillos para procrear nuevos caballeros. De la primera mujer de

Galón quedaban aún Ansiau y Hue, los dos casi de la misma edad, la misma talla, idéntica corpulencia, iguales cabellos rubios; pero Ansiau tenía el rostro más viejo que su cuerpo, mientras Hue, a los cincuenta y cinco años, mostraba uno de esos rostros en los que arrugas y canas parecen un maquillaje, un truco; su mirada era joven y azul, viva era la sonrisa; por lo demás, como su hermano, padecía incurable pereza y le gustaban demasiado vino y mujeres. Casado a los quince años con la virtuosa Adela —dos mayor que él— dejábase gobernar por su esposa en todo: por descuido y por bonachonería a la vez.

Diversos eran Herbert y Rainard,

nacidos del segundo matrimonio de Galón le Velu; su madre era Hermeline de Jeugny, hija de una buena familia del país, y se mostraban muy orgullosos de ello. Herbert era pelirrojo, Reinard, cojitranco. Debían sus sobrenombres a esas peculiaridades. Menos altos que los dos mayores, secos y nerviosos, los dos tenían larga nariz, perfiles afilados que les daban una vaga semejanza con lobos o jabalíes. Los ojos de Herbert eran muy azules y el rostro muy rojo; rojo intenso cabellos y barba: lo que le hacía decir que en su rostro llevaba azul y rojo: los colores de Linnières. Rainard, moreno y pálido, renqueante, con la mirada glauca, turbia, huidiza, la

barba rala, había perdido todos los dientes de delante y dos caninos, negros y podridos, le salían de la boca, acabando así su parecido con una bestia salvaje.

Herbert había ido a la cruzada. Frecuentó mucho los torneos, tanto en Borgoña como en Champaña y en Francia. Sabía cantar, recitar versos, vestirse con riqueza; tenía fama de ser valiente y lo era, y gustaba a las mujeres sin ser hermoso. En Linnières no paraba nunca quince días seguidos: era un ser inquieto y movedizo, vanidoso y lleno de curiosidad; gran seguidor de mujeres. Pero ahora había alcanzado los cuarenta y un años y ya no iba más allá de

Troyes, donde siempre tenía algún proceso que defender o deuda que pagar.

Su hermano Rainard era la oveja negra de la familia; vivía apartado de sus hermanos en la pequeña atalaya de Seuroi, a dos leguas de Linnières. Nunca se presentaba en las fiestas ni en las reuniones públicas, pero en cambio se aventuraba con frecuencia en las tierras de los vecinos y en la carretera condal y desvalijaba a mercaderes y viajeros que no llevaban suficiente escolta. Tenía vicios contra la naturaleza y practicaba la brujería para conseguir éxitos en sus golpes. Hasta tal punto que estaba más o menos excomulgado —no lo estaba oficialmente—, pero de hecho nunca se

hubiera atrevido a aparecer en una iglesia. Su salud era mala; llevaba al cuello un collar de amuletos, de reliquias, de cruces, de piedras para el conjuro de maleficios. Casi iba vestido de harapos. Su risa, sin alegría, tenía algo de relincho y de cloqueo; bromeaba sin cesar. Por lo demás, era buen hermano y buen pariente.

La tercera familia de Galón sólo estaba representada por Girard le Blond, hermoso hombre de treinta y cinco años, hijo mimado de su padre y muy niño a pesar de la edad; gustaba a las mujeres y disgustaba a los hombres, y sus hermanos no lo amaban.

Los cinco hijos formaban una bella

mesnada, porque, si Ansiau el mayor no tenía más que un hijo, Hue tenía ya seis en edad viril y tres en aprendizaje; Herbert tenía cuatro hijos, de ellos dos caballeros; Girard tenía tres hijos, y los hijos mayores de Hue tenían a su vez mozos ya crecidos. Como de costumbre, las hijas no contaban, las mayores, apenas podían esperar un buen matrimonio; las otras tenían que conformarse con escuderos o caballeros pobres a sueldo de algún castellano del país. El oficio de las armas requiere más dinero del que da, y de los cinco hermanos el viejo Ansiau era el único que sabía reunir y guardar el dinero.

Y el viejo murió.

Sucedió una noche, un sábado antes del domingo *in Albis*, quince días después de la Pascua.^[1] Murió como había sido, en todos sus pecados, presa de congestión después de una buena cena; la muerte normal de los caballeros que no se han hecho matar antes. El rostro azulado y violeta, los ojos sangrientos, las manos rígidas, como de madera. Seis hombres apenas pudieron trasladarlo a su gran cama. Duró aún tres días, pero no recuperó el conocimiento. Sus hermanos y Ansiau lo velaron por turno, como se hubiera

hecho con un muerto. Durante tres días jadeó sin descanso; y su cuerpo inmenso, con rapidez estremecedora, se borraba, se cubría de llagas purulentas en los pliegues y en toda la espalda; los ojos se hundían, se anegaban en un líquido amarillento; los labios, secos e hinchados, se agrietaban. Y el jadeo amenazador y monótono volvía a empezar. Ansiau no había amado a su padre; desde su matrimonio tenía abundantes razones para desear su muerte; sentía deseos de ocupar su puesto; además, sabía que desde algún tiempo vejaba a Aalais porque el niño no engordaba y Aalais ya no sabía qué hacer para escapar a la cólera del

anciano; la mujer de un escudero, Haumette, se había ofrecido a veces para amamantar al niño, que digería aquella leche aún peor que la de la madre; la joven temblaba al ver que su suegro podía descubrir la trampa y acusarla de haber envenenado al pequeñuelo.

Ahora, Aalais ya no tenía por qué sentir miedo.

Todo se arreglaba de manera muy sencilla. Demasiado sencilla. Ansiau no comprendía. Porque el viejo había bebido de más ya no era el viejo, iba a convertirse en carroña, a pudrirse; y su alma iría Dios sabe dónde —al Paraíso, no, probablemente— y no había nada

que hacer, nada podía cambiarse por toda la eternidad. Vulgrin, el clérigo médico que periódicamente sangraba a toda la familia de Linnières, había dicho que el enfermo ya no recobraría el sentido: la sangre, caliente, había empezado a hervir y había entrado en el cerebro, de manera que andaban mezclados los sesos y la sangre, quedando el cerebro destruido; y si el enfermo respiraba aún, eran restos de su vida de antes. De todas maneras, había que esperar a la muerte completa para enterrarlo.

Al final del tercer día, el viejo se rindió. Dejó de respirar y la boca se le abrió de par en par. Vulgrin pasó una

cinta de lino alrededor del rostro y la boca del viejo Ansiau se cerró para siempre en una mueca desdeñosa; el labio inferior avanzaba como nunca lo hiciera antes.

El cuerpo, lavado y dispuesto, fue trasladado a la capilla y colocado en el ataúd abierto, sobre la gran mesa de roble. Nunca se le había visto tan corpulento. La caja, más ancha que la mesa, parecía llenar toda la capilla. Ésta estaba separada de la sala por una cortina de lana solamente y la voz lenta y plañidera del padre Arnoul que salmodiaba el oficio de difuntos llegaba hasta la cocina donde se preparaba la cena de funerales. El patio y las

escuderías se iban llenando de parientes y amigos del difunto, que llegaban con sus caballos, sus mujeres y criados y pensaban instalarse en Linnières al menos por ocho días: no era poca cosa la muerte de un castellano, sobre todo de un viejo, de un hombre que había regido duramente sus tierras durante veinticinco años. El joven, que heredaba sus dominios, tendría que hacer sentir que había un nuevo dueño en Linnières.

Vestido con su balandrán rojo oscuro, su único vestido de gala, Ansiau permanecía en la sala, bajo los escudos, entre sus tíos Hue y Herbert, y respondía con buena gracia a los besos y abrazos de los parientes. No lloraba, pero se

retorcía las manos y se golpeaba la frente concienzudamente cuando se acercaba al ataúd, tal como lo requería la costumbre. No fingía tristeza y nadie se extrañaba de ello: tenía demasiado que ganar con aquella muerte.

En el momento en que dejó de respirar el viejo, Ansiau se convirtió en castellano de pies a cabeza y se daba cuenta de ello: no era hombre que desconociera sus derechos. Mientras fue uno de tantos hijos nobles, no intentó poseer más de lo que le daban. Pero ahora era el dueño, sus tíos le habían prestado juramento y no es poca cosa la palabra de un caballero.

Comenzó haciendo matar dos bueyes

y tres temerosos y la mitad de las aves del corral y hacer subir tres toneles de vino; después abrió las arcas del viejo para regalar a cada uno de sus huéspedes un vestido, una joya o una pieza de la vajilla. El entierro tuvo lugar en la iglesia de Hervi y en el patio Ansiu hizo repartir piezas de cobre, grandes y menudas, a todos los pobres y campesinos de las vecinas aldeas que habían acudido al entierro. Aquella limosna era para que rogaran por el alma de su padre. Inmediatamente proclamó que invitaba a la cena de funerales a quien quisiera acudir, joven o viejo, pobre o rico; su casa estaba abierta a todos y podrían comer hasta

saciar el hambre. Durante dos días, largas filas de campesinos, pobres y vagabundos se arrastraron por los caminos que llevaban a Linnières y en el patio del castillo los escuderos y mozos iban y venían entre la muchedumbre con sus pedazos de pan moreno y sus trozos de carne asada. En la torre del homenaje, los huéspedes estuvieron a mesa y mantel durante tres días seguidos. Ansiau, sentado en el puesto de honor, daba órdenes a la vieja dama Adela que, colorada, sin aliento, casi sin fuerzas, chillaba a los criados y vigilaba la marcha de la cena. Aalais, sentada junto a su marido, con una cinta bordada en oro en tomo a su frente, conservaba

un aire digno y severo, como debe ser en una cena de funerales; pero sentíase muy orgullosa de ser ahora la dama del castillo. Y Ansiau la miraba de vez en cuando con beatífica sonrisa; estaba orgulloso de mostrarla a su parentela.

Ansiau sabía que al menos no se le reprocharía el no haber honrado dignamente la memoria de su padre: la mitad de sus haberes, tanto en dinero como en vestidos y objetos de valor, los había empleado en ello. Dama Adela le dijo: «Si seguís a ese paso, en diez años vuestros hijos estarán echados en la paja». Pero Ansiau se decía que el dinero va y viene y no está hecho para guardarlo en arcas, lo que se guarda es

la tierra y los buenos brazos para llevar buenas armas. Con las armas se tendrá siempre dinero.

En el cementerio de Hervi, el viejo Ansiau dormía en la tierra caliza y blanca junto a su anciano padre y sus hermanos muertos antes que él, y sus tres esposas. Ocho días después de los funerales, ya nadie pensaba en él, salvo su hermano Hue, que se decía: «Pronto me toca a mí». Y sin embargo, no terminaría tan pronto.

En junio recibieron los de Linnières la orden de ir a Paiens con los demás vasallos de la castellanía para dirigirse después a Troyes dirigidos por el vizconde Arembert de Reuilli. El conde

partía para la guerra; decíase que debía reunirse con el ejército del rey que estaba en guerra contra el duque de Normandía, su vasallo, y había pedido ayuda al conde Henri.

Ansiau sentíase obligado a marchar, lo mismo que su tío Herbert y Girard el joven, que reemplazaba a su padre Hue, demasiado viejo para ir a la guerra. Ansiau hizo preparar y limpiar sus armas, su cota de malla; no le dolía mucho abandonar el castillo y ver tierras. Había oído hablar mucho de Henri Plantagenet, rey de Inglaterra y duque de Normandía y la guerra prometía ser hermosa. «El rey Luis —decía Herbert—, no vale un pulgar del

rey de Inglaterra y es lástima que el duque de Champaña sea su hombre. Por ver luchar al rey de Inglaterra daría un dedo de mi mano derecha.»

Ansiau, que ahora ocupaba el gran lecho de su padre, pasó la última noche con su dama; era triste separarse de ella por tanto tiempo. Estaban casados desde hacía trece meses y ya no concebía la vida sin ella. Sentía celos del niño, tenía ganas de llevarse a su dama con él, a caballo, y tenerla entre sus brazos en todas las etapas, durante las noches, bajo la tienda de campaña; era buena como el pan, tan fresca, tan lisa; le hacía bien acurrucarse en su regazo y recogerla entre sus brazos (nunca nadie

se había cuidado de él; ella, su dama, lo hacía todo sencillamente, como si se tratara de comer y beber). Ansiau veía el mundo desde esas pupilas azules, quietas y fijas entre sus pestañas umbrosas. Ese rostro era el primero que él había deseado mirar cara a cara, como ahora lo hacía, sin más intención que la de conocerlo mejor.

Al marcharse dejó a su esposa la gran cama (con permiso de dejar dormir a quien quisiera, siempre que se tratara de una mujer, naturalmente) y pidió a dama Adela que cuidara a su joven mujer, porque, en realidad, era dama Adela quien quedaba como dueña del castillo.

Muy de mañana ensillaron los caballos, dispusieron las armaduras y las ordenaron en sus cajas. Cinco escuderos y diez soldados acompañaban a los caballeros. Todos, al partir, decían adiós a sus familias. El patio estaba a medias sombrío y el aire era fresco. Aalais había descendido con las otras mujeres, llevando a su hijito en brazos. Llevaba la cabeza descubierta y un rostro pálido y embotado por el sueño. Ansiou la besó repetidas veces en los ojos y en la boca; después, de pronto, sin saber por qué, besó también la mejilla del niño.

Los tres hombres montaron a caballo. Richeut, la esposa de Girard el

joven, lloraba; también Aalais lloró. Pero cuando el niño que tenía en sus brazos empezó a chillar, secó inmediatamente sus lágrimas y se puso a canturrear una nana. A los gestos de adiós de su marido respondió con esa mirada de indiferencia contrariada que solía mostrar por todo lo que no fuera su hijo.

Y Ansiau franqueó la puerta. Cuando estuvo a la otra parte, sintió que su tristeza se disipaba poco a poco. El paso medurado del caballo y el frescor de la mañana le traían el goce de vivir y entonó un alegre estribillo.

Paiens. Y después Troyes y los cientos de yelmos y de escudos pintados

y de banderas flotantes al viento, y los gritos de guerra que resuenan por todas partes. Después siguieron las largas jornadas a caballo, todas iguales. Ya no eran tierras conocidas. Caminos nuevos, bosques nuevos, pero todos semejantes entre sí, porque ya no eran los caminos ni los bosques de Champaña. Campos y más campos tendidos sobre las bajas pendientes, y de nuevo bosques, castillos y bosques otra vez. Y el curso tranquilo y lento del Sena. Y el camino daba vueltas y subía, siempre el mismo, y el horizonte huía continuamente, a veces bordeado de árboles, a veces azul e impreciso, desapareciendo en la bruma dorada del crepúsculo.

El viaje era fatigoso y monótono. Ya no se sentía el pasar del tiempo. El calor tan grande como la sed. Ansiau no desea quejarse de nada; no está triste, ni fatigado. Cabalga al lado de Herbert, balanceado por el medido paso del caballo; y sus ojos, a fuerza de mirar siempre los mismos campos y bosques, ya no ven nada.

De vez en cuando, una cruz de piedra. Se santigua. También los otros. El cielo es muy azul, el camino tranquilo, la cruz blanca. De vez en cuando, un puente de piedra cabalgando sobre un río de orillas llanas. Y después sigue el camino, da vueltas, sube, interminable. Y Ansiau siente ante sí, al

cabo de aquel sendero, Dios sabe qué aventuras, qué batallas, qué estupendos golpes de espada. No piensa en nada. Su rostro empieza a tomar una máscara de indiferencia y de dureza altanera y a hacerse semejante a otros, a tantos otros. Y el camino sigue huyendo hacia el horizonte.

La gran hueste con banderas de flor de lis se arrastra por caminos, montes y valles de la Isla de Francia, multicolor, informe, infinita. Los caballos avanzan por parejas sobre el fango del sendero; hombres a pie, carretas de municiones se despliegan sobre campos y prados; y cuando el sendero se hace impracticable, batallones completos se

desbordan por los campos cultivados, los surcan como un rastrillo monstruoso. Todos los colores están allí: la bandera azul y blanca con los lises de oro del rey de Francia, al frente; después, las barras azul y plata de Champaña y las armas de Orleans, de Brienne, de Dreux, de Beauvais. La gran carretera pasa por Chartres y París; la otra, por el sur, desciende a Melun. Varias leguas tras ellos avanzan convoyes de heridos, de soldados dedicados al pillaje, de rezagados. El cielo es gris y los bosques, como pacas de plomo, se extienden hasta donde llega la mirada, bordeando los campos de Beauce y la inmensa catedral de Chartres, de

pesadas torres cuadradas, que queda a lo lejos, a sus espaldas, sigue dominando el horizonte, inmóvil y siempre presente como un sol.

Las pezuñas de los caballos se hunden completamente en el barro y salpican y enlodan armaduras y escudos. Los cuerpos están entumecidos y rígidos por haber llevado tanto tiempo la cota de malla y el polvo amontonado en las arrugas de los rostros hace un todo con la piel.

El rey Luis, con su camisola azul bordada con flores encima de la armadura de viaje, se desentumeció los dedos y se frotó el ojo con la mano desenguantada. Ante él se balanceaban

las grupas con arneses bordados en oro de los caballos de sus portaestandartes, y el caballero abanderado que lleva el pendón con flores de lis hace resplandecer su yelmo plateado volviendo la cabeza de un lado a otro. Erguida en su lanza, la bandera cuelga como un jirón y el viento la mueve.

El cielo se nubla y las masas grises de los bosques se hacen aún más borrosas. Tras el rey, su primer escudero lleva el blanco corcel árabe que olfatea el aire, rezonga y cambia relinchos con el caballo del escudero. Su jaez de combate brilla con las placas de hierro dorado. Otros tres escuderos llevan detrás otros tres caballos reales.

El convoy de municiones y de tiendas se alarga después de la caballería y de las tropas de Francia; los heraldos y portaestandartes del rey están ya lejos, en el bosque, cuando los colores champañeses aparecen en el horizonte y descienden lentamente por el camino bajo la fina y gris llovizna beaucerona. Veinte jinetes abanderados avanzan al paso de sus caballos, seguidos de sus escuderos; vienen después las armas del senescal, del conde y toda la senescalía, caballeros y escuderos que conducen los corceles. El conde Henri, corpulento y grueso en su enorme cabalgadura, con su dorado yelmo ceñido de rubíes, avanza

lentamente; sus pesados guanteletes plateados ciñen las riendas de franjas de seda. Su mirada es sombría y cansada bajo las espesas cejas rubias. Detrás de sus escuderos desfila su casa, vasto cortejo de abigarradas túnicas; y el chapoteo de las pezuñas en el barro, mezclado al chirrido de los arneses, al crepitar de las armas y a los juramentos de los criados forman un alboroto confuso cuyo eco se prolonga por varias leguas en el camino por el que pasan las tropas en retirada.

La castellanía de Paiens avanza bajo las banderas del vizconde. Después de la casa del vizconde, seguida de un centenar de hombres de armas con

cortas lanzas, vienen los castellanos en grupos de tropas que se distinguen unas de otras por los colores de sus escudos y banderas. Hasta donde llega la vista, los caballeros se diseminan en los campos en torno al camino; los escuderos se arrastran, suenan los cuernos, los cientos de pezuñas bien herradas baten cadenciosamente el húmedo suelo; caballos pesados que llevan a pesados caballeros bajo sus vestidos de campaña, erguidos en sus sillas, sus caras fatigadas emergen de las aberturas redondas o cuadradas de sus yelmos. Los escudos amarillos con rayas rojas de Puiseaux desfilan a continuación de las cruces verdes de

Monguoz; vienen después los lobos azules sobre fondo rojo de Linnières y los dos osos negros de Breul.

Los de Linnières son, como en el instante de partir, tres caballeros y nueve caballos, más quince hombres a pie; la pequeña tropa de Rainard se ha perdido en las retaguardias y ya no lo habían vuelto a ver desde hacía diez días.

Ansiou cabalga al frente de los suyos; ese retener las riendas, esa disposición de las piernas separadas se le han hecho tan naturales que se siente como fatigado cuando no cabalga. El balanceo monótono al ritmo de la cabalgadura lo adormece y acaba

haciéndole creer que es el horizonte lo que se balancea en tomo a él. Por la abertura cuadrada del yelmo se ve su rostro, desde las cejas a la boca. Las cejas son espesas y los ojos grandes, largos, hendidos a flor de cabeza como los de un halcón. Su nariz tiene orificios fuertes y sensibles; la boca es hermosa, con grandes labios firmes y dulces; un fino bigote oscuro ha tomado forma sobre su labio superior y se mezcla en las mejillas con una corta barba que rodea su rostro. El polvo se le ha metido en los pliegues de los párpados de la nariz, en las comisuras de los labios y excava las arrugas. Los vientos y el sol han curtido esa cara para darle un color

ocre parecido al de los demás. Los soberbios ojos castaño están vacíos. Pero saben ser terribles cuando llega el caso y eso se nota.

La guerra no le ha dado lo que esperaba. Cabalgadas sin fin, fatigosas e inútiles; escaramuzas sin importancia con pequeñas tropas inglesas, el asedio de Gisors, donde los hombres del rey de Inglaterra forzaron al ejército del rey Luis a batirse en retirada por montes y valles, con gran indignación de todos los champañeses. En la retirada había habido aldeas saqueadas y entregadas al pillaje, disputas entre los hombres del rey y los del conde Henri. No se llevaba ni botín ni prisioneros. Ni siquiera había

habido bonitos combates. Un simple gasto de fuerzas y de dinero por nada. Ansiáu no estaba cansado, sino decepcionado. Se abría un vacío en su corazón; y por las noches, cuando se acostaba en tierra bajo su tienda de campaña, a pesar del cansancio de su cuerpo, esa angustia oculta y secreta, insidiosa como un pequeño gusano destructor, subía, subía y le hacía odiar la vida. Después, poco a poco, se hundía en el sueño y a la mañana siguiente todo había pasado.

El descanso en el bosque en tomo al fuego: la noche negra y el fuego que crepitaba y pintaba sombras profundas y duras placas de luz sobre esos rostros

cansados sumidos en la ensoñación o en la somnolencia. A través de los párpados entreabiertos, Ansiau observaba la nariz prominente de Girard el joven, su grandes ojos francos y su barba anegada en la sombra, el largo rostro de Joceran, iluminado desde abajo por el fuego; esa inmensa cicatriz, esas cejas, esos orificios nasales violentamente iluminados, las negras sombras bajo los ojos y sobre la frente daban a aquella cara, habitualmente tan afable, un aspecto doloroso y casi lúgubre; alguna cosa brillaba en sus pupilas entrecerradas. Ansiau se hallaba en un estado de duermevela, no sabía exactamente si todo lo que veía y oía

estaba ocurriendo en realidad. Lenguas de fuego se estiraban y se encaramaban a los árboles; encendíanse montones de hojas; otras, en masas negras, caían desde lo alto para extinguir el fuego. Las cabezas de Girard y Joceran formaban parte de la hoguera. Un ronquido furioso —«¡Dios!, ¡Dios!»— rompió en seco el juego de las llamas. Ansiau volvió a ver el fuego de la leña, los árboles, las masas sombrías de los hombres echados por tierra. «Por el cuerpo de san Thiou, tío, no os desearía a nadie como compañero de cama» «¿Por qué? Las damas me aprecian mucho —dijo Herbert—. En cuanto a lo que ahora me pasa, es como una enfermedad, pero no

la padezco siempre. También vuestro padre la tenía a veces.»

—¡Me aburro! ¡Dios, si me aburro! —desde que se acostaba junto a su tío, Ansiáu se había acostumbrado a esa queja monótona, que hallaba una resonancia familiar en su propio corazón —. Decid un rosario a Nuestra Señora, tío, y eso os pasará.

—Lo he intentado mil veces —dijo Herbert—, pero ya no sé rezar, como si tuviera una piedra en vez de corazón. ¿Es que esto es una guerra? Es lo necesario para que un hombre languidezca como una carpa tendida al aire seco. Para esto, prefiero un torneo: se gasta menos y se gana más. ¡Señor

Dios! Esto me vacía el corazón como si ya no me quedara nada dentro. No vale la pena cabalgar todo el santo día para poder dormir por la noche.

—¿Y sabéis de qué viene eso? — preguntó Girard el joven.

—Qué voy a saberlo. —Herbert volvió a poner su pelambre roja en la silla de montar que le servía de almohada—. Viene y os coge las entrañas, como *un* cólico. Es la tristeza: ¿sabe alguien de dónde viene? Sucede porque la vida ya no es como antes. ¡Las hermosas guerras que solía haber cuando estaba en vida el buen conde Thibaut! Pero ahora a los hombres se les impide hacer la guerra como ellos

quisieran...

Joceran de Puiseaux se puso en pie y se acercó al fuego para calentarse las manos.

—Cada uno tiene su hora —dijo, soñador—. Hay quien se deja llevar a causa de una mujer; otros, por el temor de Dios.

—Eh —dijo Girard—, no estaría mal que muchos hombres tuvieran ese temor de Dios.

—Conocí a Osmond de Buchie —dijo Herbert— que vendió sus bienes para ir en peregrinación a Jerusalén. Dicen que murió en el camino.

—Y sus hijos sirven de escuderos en casa de hombres que no valen lo que

ellos —dijo de pronto Baudouin de Puiseaux, con ese tono invariablemente agresivo que le era propio. Joceran se tendió cerca del fuego, con las pupilas fijas en las llamas.

—Cuando perdí a mi compañero Gui de Marseint —dijo—, se adueñó de mí tal tristeza que no deseaba vivir. Para comer tenían que forzarme; para dormir, tenía que cansarme. Es verdad que entonces era joven.

—A veces, un compañero es más que un hermano —dijo Herbert.

—Os diré —prosiguió Joceran— que no es justo que dos compañeros que se aman sean separados. ¿Por qué tenía que morir cuando era aún tan joven?

¡Dios! Me arranqué la mitad de la barba, cabalgué como *un* loco por el bosque, lo llamaba, hablaba con él en voz alta. Mi vista era turbia a fuerza de llorar.

Asaltábanle los recuerdos, con tanta mayor fuerza cuanto que nunca hasta entonces los había evocado delante de otras personas; y un pasado olvidado hacía tiempo volvía de pronto para apresurar aquellas memorias lentas y fatigadas. Y Ansiau no tenía aún otro pasado que el cuerpo blanco y las trenzas rubias de su dama y cerró los ojos para mejor verlos.

El camino descendía hacia París. A la noche siguiente se echaron bajo las tiendas en un campo. Herbert invitó a

Joceran de Puiseaux y a su hijo, y a Geoffroi de Monguoz y su sobrino Mathis a pasar la velada en la tienda de Linnières. Todos aquellos hombres cabían con cierta estrechez; pero ciñéndose unos a otros llegaban a acomodarse, mejor o peor, sobre las balas de paja colocadas en círculo apoyadas en la tela de la tienda. En medio, cerca del mástil, Herbert había colocado una pequeña lámpara de aceite y su escudero Gervais servía a sus dueños y a los huéspedes un vino de España cuyos honores quería Herbert hacer a sus camaradas de armas. Aquel vino era un regalo que le hiciera Rainard el mismo día. Rainard se había

reunido con los suyos, provisto de un botín de oscura procedencia y que él procuraba no mostrar demasiado. Dos odres de dicho vino formaban parte del botín y Rainard, como buen hermano, lo ofreció a Herbert. Por lo demás, no se presentó entre los invitados reunidos en la tienda: la humildad era una de las raras virtudes de aquel extraño caballero; no quería, con su presencia, avergonzar a su hermano y a sus sobrinos ante unos vecinos que lo conocían demasiado bien.

Desde hacía casi diez días aquellos hombres no habían gustado el vino. Caminos solitarios, pobres aldeas fueron las encontradas; pasaron al sur de

Chartres y sólo los hombres del rey tuvieron autorización para entrar en la ciudad. Pero, en desquite, el vino traído por Rainard era excelente y la copa pasaba de mano en mano, llena a cada momento por Gervais y por Thierrí.

Ansiau estaba sentado junto al joven Mathis de Monguoz, antiguo compañero suyo de servicio; antaño, Ansiau y Mathis se habían jurado amistad y fidelidad eternas; pero ahora se habían hecho tan extraños el uno al otro que ya no tenían mucho que decirse. Mathis era un ambicioso, un hipócrita; Ansiau lo encontraba aburrido. Aquella noche, sentados uno junto al otro mientras bebían de la misma copa, estaban menos

dispuestos que nunca a hablarse. Cuando bebía, Mathis resultaba más sombrío y taciturno que de costumbre; y Ansiau charlaba con Thierry. Thierry era un ser encantador a quien resultaba difícil no amar. Un año más joven que Ansiau — acababa de cumplir los dieciséis— era ya muy alto; moreno, de nariz un poco pronunciada, su sonrisa era ancha y dulce e iluminaba un rostro atezado y lleno de pecas. Cuando el viejo Ansiau lo escogió para el servicio personal de su hijo sabía bien lo que hacía. Thierry era un camarada y un servidor a toda prueba y mostraba para con su señor la adhesión de un perro. Hay que añadir que Ansiau le pagaba en buena moneda:

nunca sus cóleras y malos humores llegaron a Thierrí y era capaz de dejarse partir en pedazos antes que tolerar que se ofendiera a su escudero.

—... Sabéis que hay hadas en el prado —decía a Thierrí—. Así dicen.

—También me lo parece —contestaba Thierrí, soñador—. Mientras colocaba los soportes de la tienda, vi como unas mujeres blancas en los vapores que subían del río.

—Poned atención, Thierrí. Sobre todo, no conviene verlas de cerca.

Thierrí inclinó su cabeza hacia la entrada.

—Escuchad los grillos —dijo—. No cantan como en nuestro país.

Fuera resonaba el canto triunfal y estridente de los grillos en la hierba cortada y marchita. Ni las voces ni las risas de los caballeros sentados en la tienda, ni los difusos ruidos nocturnos del campo en reposo podían sofocar aquella melodía dulce y aguda. Al escucharla, Ansiau olvidó de pronto la guerra y sus vestidos de campaña y la compañía de su tío y de sus invitados, sintió deseos de abandonar la tienda y marcharse lejos, muy lejos, en medio de aquel campo, en otros campos, hasta el infinito, llenos de ese canto aplastante e inmenso como la noche. Las estrellas en el cielo, como otras tantas cigarras, cantan con sus oscilantes rayos. Las

voces de Herbert y Joceran se pierden a lo lejos, sordas y vacías.

Tras haber llevado una copa de vino a Baudouin de Puiseaux, Thierry se sienta al lado de Ansiau. El vino y el cansancio lo sumen en dulce entorpecimiento. El pálido resplandor de la lámpara de aceite oscila y proyecta sombras deformes en los lienzos de la tienda. Los rostros de los caballeros quedaban a medias en la sombra. Las voces se hacen más animadas a medida que se vacía el odre de vino.

—... Durante todo el día —afirmaba Joceran, prosiguiendo un relato ya empezado— los he mantenido a raya con

mi espada, pegado al muro como me hallaba y con mi escudo hecho pedazos. Hubieran podido conmigo si no acude en mi ayuda Gui de Marseint.

—Gui de Marseint era un hombre de los que ya no hay —dijo Geoffroi de Monguoz—. Y cuando daba una garantía, sería capaz de morir antes que faltar a su palabra.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó de pronto Baudouin de Puiseaux, con su voz eternamente amenazadora, endurecida aún más por el vino. Baudouin, un corpulento y hermoso hombre de veinticinco años, era el terror de su familia y de sus amigos.

—El señor Geoffroi, hijo mío, no ha

querido decir nada que pueda ofenderos —dijo su padre—. ¿Conocéis a alguien entre vuestros amigos que haya faltado a su palabra?

—No —replicó Baudouin—, pero no quiero que se insinúe.

En presencia de Baudouin, el aire parecía espesarse y cargarse de relámpagos, como en un día de borrasca. Herbert lo sabía y se apresuró a cambiar de tema.

Se habló del rey Luis y de Enrique Plantagenet y de la condesa de Champaña, personajes que en modo alguno podían irritar la susceptibilidad de Baudouin. Herbert no podía perdonar al rey Luis el que hubiera hecho fracasar

la cruzada.

—El rey —decía— perdía el tiempo en oraciones, cuando era necesario actuar; y actuaba cuando hubiera sido mejor quedarse tranquilo y orar. ¿Cómo iba a atacar al rey de Inglaterra? Era como si una liebre atacara a un jabalí.

—No habléis mal del rey Luis —dijo Girard el joven, su sobrino—. No olvidéis que estamos a su servicio.

—Nada le hemos jurado —argumentó Herbert—. Si mañana el conde quisiera servir al emperador, estaríamos al servicio del emperador.

—Prefiero al rey de Francia —observó Girard. Iba a entablarse una discusión. Herbert sentía debilidad por

el rey de Inglaterra, al que consideraba modelo de reyes y caballeros. No se cansaba de oír contar sus hazañas; pero lo admiraba sobre todo porque era pelirrojo.

—Si estuviéramos al servicio de un hombre así, nunca nos hubieran derrotado.

La cruzada era uno de los temas favoritos de Herbert. La veía aún con los ojos de sus quince años.

—¡Ah! Quien no la ha visto no puede imaginarla —decía—. El mar, de la parte de Constantinopla es azul como un gran zafiro engarzado entre dos orillas de oro y de bermejo. Y cuando el sol brilla encima, es como el oro

fundido que se estremece y fluye. Y todos los navíos con sus velas blancas y rojas, tantos que ya no pueden contarse. Nunca he visto algo tan bello en mi vida, ni creo volver a verlo. En aquel país, el cielo es tan azul que el aziano, en nuestros trigales, no lo es tanto. Y cuando el sol se pone, ¡Dios!, es tan rojo que se diría que el mar está ardiendo. Por más tiempo que viva no lo olvidaré. Atravesamos el Bósforo cuando el sol estaba bajo en el horizonte y el mar era rojo como el bermellón y nuestras velas eran un campo de tiendas en oro y brocado. Todos nuestros pabellones flameaban al viento como alas de pájaros; y los escuderos sonaban sus

cuernos y trompetas que era un gozo oírlos.

—¡Qué bien habláis, compañero! —dijo Joceran, nostálgico—. Dios sabe que también estuve yo... y cuando habláis vuelvo a verlo como si me hallara allí.

—¿Pasasteis por Constantinopla, señor caballero? —preguntó Mathis de Monguoz y sus profundos ojos negros brillaban por la curiosidad.

—Ya lo creo. Pero no nos quedamos mucho tiempo.

—No hay en el mundo ciudad más bella —dijo Joceran.

—Ni más rica. Las casas son de piedra tan blanca que os hace daño a los

ojos por el brillo. Y los campanarios y las cúpulas de las iglesias son de oro. En las iglesias hay una belleza que no se encuentra en Francia, ni en otro lugar de la cristiandad. Los cofres son de oro puro y pedrería; las imágenes y cruces, tan cargadas de pedrería y de diamantes que brillan a lo lejos con mil colores rojos y verdes. Y los ornamentos de los obispos están tejidos en oro y bordados con flores y cruces y todo es tan hermoso que uno se pasma de verlo. Los coros cantan como ángeles en el Paraíso, en varios tonos, y una música tan bella que nunca después he oído algo semejante... Sabía cantarla de memoria, pero ahora la he olvidado. Cantan en

griego y es imposible entender sus cánticos.

—Y los hombres y las mujeres van vestidos como reyes y reinas —dijo Joceran—. Con largas túnicas bordadas y de hermosos colores.

—Las mujeres van veladas como paganas. Los hombres se rasuran la barba y el bigote. Es posible ver bonitos frutos, como manzanas bermejas, en árboles de un verde tan oscuro que parece negro, y los frutos son grandes como enormes manzanas; y cuando las muerdes son amargas por dentro; pero si se les quita la corteza son buenas para beber y comer, porque ya no sientes ni hambre ni sed después de haber probado

aquellas frutas. Las llamábamos frutas del Paraíso.

Joceran suspiró:

—Bien sabe Dios que no comimos muchas. Cerca de Damasco nos vimos forzado a comer otra cosa bien diversa.

—Mi hermano Garin murió allí de una fiebre maligna; Dios tenga su alma —dijo Herbert—. De no haber sido por la estupidez del rey, hubiéramos conquistado Damasco y cada uno de nosotros sería rico para toda su vida.

—Si al rey pluguiera tomar la cruz otra vez, yo iría como a una fiesta —exclamó Mathis de Monguoz—. Y mataría a tantos paganos que acabaría haciéndome una baronía en país turco.

En Champaña estamos atados de pies y manos. Se nos fuerza a prestar tantos juramentos que ya no podemos movemos sin encontrarnos con un conde, un vizconde o un senescal.

—No hacéis bien en decir eso, sobrino —replicó Geoffroi de Monguoz, a quien parecía que el joven había bebido demasiado y hablaba con excesiva libertad.

—No quisiera morir sin haber visto Jerusalén —dijo de pronto Ansiau—. Uno debe llorar de emoción con sólo pisar la misma tierra por la que caminó Nuestro Señor.

—Tenéis razón —dijo Herbert—, creo que no hay lugar más santo en el

mundo. No había hombre entre todos nosotros que no llorara al ver el Santo Sepulcro.

—Pero Dios sabe que no todos los cristianos viven allí santamente — observó Joceran riendo.

—¿... Habéis visto a la reina Aliénor, mi señor Herbert? —preguntó de pronto Thierrí con suave voz; el joven se ruborizó inmediatamente por su atrevimiento y se ocultó el rostro con la manga.

—Sí, claro que la he visto — respondió Herbert con un profundo suspiro en el que se mezclaban nostalgia y admiración; era muy fácil hacerle hablar—. La he visto en Maguncia; nos

habíamos reunido todos para saludar al rey y a la reina. ¡Por san Thiou! Era una hermosa mujer en aquella época. Estaba en pie en el atrio de la iglesia, junto al rey, y saludaba con la mano a los caballeros. La veo aún como si hubiera ocurrido ayer. Me hallaba a treinta pasos de ella. Hermosa mujer. Ojos de águila. Y una boca pequeña y roja como flor de espino; las manos, como dos palomas blancas y las movía con tanta gracia que daba gusto verlas. Llevaba túnica blanca tejida con hilo de oro y en la capa una gran cruz roja. Apenas había hombre que no se enamorara de ella aquel día.

—¿Es verdad que en Antioquía se

acostaba sobre pétalos de rosa? — preguntó Girard el joven.

—No lo sé; nunca llegué hasta su lecho. Pero se decía. Y decían otras cosas.

Herbert calló, recordando que la reina Aliénor era madre de la condesa María de Champaña. Siguió un breve silencio. La imagen de una hermosa mujer, toda perfume, alegría, nobleza, lujo, orgullo, pasó por un instante por los espíritus de aquellos humildes caballeros y una llama fugaz brilló en los ojuelos duros de Mathis, vació en la vasta mirada oscura de Ansiau, se fijó en los vacíos, grises y fijos de Baudouin, deslizóse en las limpias

pupilas de Thierry. Girard el joven se rascaba la barba; Herbert, con los ojos bajos, jugaba con una sortija.

Troyes está rodeada por murallas de piedra rubia y de caliza; la lluvia dibuja en los muros rayas y manchas oscuras. Los soldados se llaman unos a otros en las torres, a través de la niebla matinal y sobre la gran puerta el escudo con las armas de Champaña, protegido de la lluvia por una pequeña comisa, está sumido en sombra. En la ciudad, los caballos se deslizan en la arcilla resbaladiza y hunden sus cascos en las corrientes de agua, salpicando casas y jinetes. Tan estrechas son las calles que dos hombres a caballo no pueden pasar

por ellas el uno junto al otro y el avance de los caballeros se ve frenado por una carreta de heno que va barriendo las fachadas de las casas, al lento caminar de un corpulento buey rojizo, mientras las rechinantes ruedas dejan tras de sí profundos surcos llenos de agua pardusca. El carro está todo lleno de estiércol amarillento, la calle huele mal; los olores de rancio, de húmedo, de fosas de letrinas asaltan al viandante, que poco a poco se acostumbra a ellos. Las casas están estropeadas, como amontonadas unas sobre otras, con sus piedras pardas y grises y sus pequeñas ventanas cuadradas tapadas con lienzos. Ansiau conocía bien Troyes de la época

de su servicio en casa del padrino. Lo más alegre de Troyes es su plaza y su mercado; se oye el alboroto por toda la ciudad, desde la gran puerta.

Por Troyes van y vienen rebaños de bueyes y grupos de caballos, mercaderes de armas y de telas, de cuero y de joyería, grupos de cómicos ambulantes y de bohemios. Ansiau conserva aún, de su adolescencia, el maravillado recuerdo de esta arca de Noé y torre de Babel que es la gran plaza del mercado, chillona y abigarrada, llena del cloqueo y el pío-pío de las aves, del relincho de caballos, del mugido de los bueyes y de los gritos y risas de la gente. Monos vestidos de rojos oropeles, osos

danzantes con anillas en el hocico; juglares con sus vestidos a rayas, retorcidos como anillos o estirados como bastones, enanos, gigantes, jorobados, gitanas con collares de latón y brazos desnudos.

Todavía conserva la plaza su aspecto de kermesse perpetua, a pesar de la fina lluvia que cae incesantemente. Los mercaderes, refugiados bajo sus tenderetes de lona, exponen sus mercancías a los ojos de los viandantes. Los caballos se impacientan y piafan. Las vacas mugen mientras lamen a sus temerosos; un enorme toro, encerrado en un recinto, con las patas atadas con cadenas y sujeto a la valla por una anilla

al hocico, resopla y jadea, con los ojos inyectados en sangre y el belfo espumoso; las mujeres se santiguan y se aprietan a sus hombres al pasar cerca del recinto. El mar de lomos grises de corderos parece aún más gris por la lluvia. Arroyos de fango oscuro y amarillento fluyen y se extienden en torno a las bestias, de manera que quienes caminan a pie deben avanzar sobre estrechas planchas dispuestas aquí y allá en la gran plaza, para no hundirse en aquella inmundicia y las mujeres levantan sus faldas todo lo alto que permite la decencia.

Ansiau se extasía en la contemplación del mercado de aves y a

punto está de aplastar al vendedor de ocas; tras las lisas figuras de las ocas asoman los cisnes blancos y negros, que agitan sus innumerables cuellos gráciles y los picos rojos, parece una extraña danza de serpientes; algunos duermen, con el cuello doblado sobre las alas; otros buscan con el pico algo que comer entre el barro. Más allá, los faisanes rojos brillan con el oro de sus colas y el penacho de plumas, y los pavos hacen la meda, sacudiendo los irisados pechos; sus miles de ojos en forma de corazones, azules, verdes, oro, manchados de negro, sumen a Ansiau en un éxtasis que sigue siendo el de su infancia.

Pasan los animales salvajes en

jaulas de hierro, tres leopardos, un león, dos osos negros, dos grandes monos. Multitud de mujeres y niños rodean las jaulas, de manera que casi hay que pisotearlos para abrirse paso hacia los comerciantes de paños. Allí, el mercado es más tranquilo. Los criados armados de palos alejan a golpes de los tenderetes a los mendigos y curiosos, el gentío no es tanto, las planchas sobre el suelo son más espaciosas y muchas están alfombradas. Acomodados burgueses pasean por allí con sus esposas, vestidas con trajes de lana de colores. Algunos caballeros se detienen ante las tiendas y compran piezas de paño y de tela. Los puestos de mil colores suceden a los

grises y pardos. Los tres caballeros llegan por fin al puesto de un sastre que vende capas, balandranes, en tela de lana y seda, con galones bordados, pasamanería y hasta incrustaciones de piedras preciosas. El puesto es una tienda bastante amplia en la que los clientes, instalados sobre cojines, examinan detenidamente los géneros. Herbert y Ansiau descabalgan y dejan sus caballos a Thiéri. Herbert deseaba adquirir nuevos vestidos, con parte del dinero ganado por Rainard. Su equipo de campaña no era elegante: se trataba de viejas túnicas de gruesa lana teñida, ya bastante usadas y remendadas.

Tío y sobrino tomaron asiento en los

altos cojines de lana blanca, dispuestos en la tienda, y el mercader, un hombre grueso de barba rasurada, les presentó algunos abrigos de paño y balandranes de lana. Herbert quería un abrigo de tela azul vivo, porque el azul realzaba el color de sus ojos, cosa de la que se sentía muy orgulloso; realmente, sus ojos eran aún de un azul tan intenso que se los hubieran tomado por los ojos de un joven. Sin haber sido un hombre hermoso, Herbert estaba tan ufano de su cara como si fuera el mismísimo Apolo. Sus cabellos y su barba de color cobre rojizo le inspiraban un peculiar orgullo y ahora que las canas empezaban a platear, se los hacía teñir.

Acabó escogiendo un abrigo azul con galones dorados cuyo complicado dibujo representaba pájaros de cabeza de mujer y leones con cabeza de pájaro, entrelazado todo con pequeñas cruces rojas, porque Herbert tenía buen cuidado de pertrecharse contra maleficios y jamás hubiera comprado el vestido más bello del mundo sin alguna señal sagrada en los galones bordados o en el mismo tejido.

El caballero sentado cerca de los de Linnières en la tienda del mercader, un hombre sólido y gallardo de tez bronceada y larga cabellera rubia que le descendía sobre los hombros, atrajo la atención de Herbert por su extraña

manera de pronunciar las palabras y su voz gutural. «Perdonadme, señor caballero —le dijo—, ¿puedo preguntaros en qué país nacisteis? ¿No seréis por casualidad del Imperio?»

El hombre, que parecía aburrirse, se mostró encantado de encontrar con quien hablar y respondió sonriendo que, efectivamente, era del Imperio y nacido en Westfalia y que su hermano poseía un castillo en aquella región.

—Estimo mucho a vuestro emperador —dijo Herbert con cortesía—. Estoy seguro de que debéis servir a algún noble barón, porque se ve que no os faltan dineros. ¿Sería descortés si os preguntara cómo os halláis aquí y cuál

es vuestro nombre?

—Oh, no —replicó el alemán—, me siento dichoso de encontrarme con vos, pues se os conoce mucho en el país. No os ocultaré nada: mi nombre es Gautier de Trauenburg y sirvo al conde de Lorena. Y me hallo aquí por el torneo que organiza el conde para después de la septembrada.

Al salir de la tienda del sastre, los tres hombres eran ya excelentes amigos y Herbert invitó al caballero Gautier a reposar con ellos en la hostería de l'Oie Vermeille, porque nada le gustaba tanto como los relatos de los países extranjeros y pensaba oír de labios de su nuevo amigo algunas interesantes

aventuras. Antes de encaminarse a la hostería, los caballeros pasaron por la casa de baños, ya que en todo el viaje no se habían bañado más que una sola vez. Gran trabajo le costó a Herbert que lo admitieran en los baños, porque ya estaban llenos de gente. Porque visitaba tales establecimientos dos o tres veces al año, Herbert se creía con derechos permanentes a entrar en ellos como dueño y señor. Se enfureció y gritó tanto que acabaron por dejarle entrar, a él y a sus compañeros. En la gran sala de baños, con el suelo cubierto por una alfombra de lana, el vapor era tan espeso que no se veía nada; en aquel calor húmedo, aplastante y abrasador,

percibíase un bullicio, un jadeo de cuerpos blandos y sudorosos, un olor salvaje de sudor, mezclado a olores de almizcle, de hierbas del campo, de aceites perfumados. Oíanse risas, canciones, batir de palmas contra mojadas espaldas, rumor de agua corriente en las piscinas. Herbert, abriéndose paso a través del vapor asfixiante, entre hombres sentados o tendidos que ocupaban el suelo de la sala, consiguió dar con el jefe de los baños y le rogó que se ocupara de él y de sus compañeros. Como hablaba con tono que no admitía réplica, el jefe de los baños se excusó ante el cliente al que se disponía a dar masaje y corrió a

buscar a dos mozos y una criada para el lavado de cabeza, a cuyos cuidados confió a los tres caballeros.

Al salir del baño algunas horas después, Ansiau sentíase resucitado, tal era la sensación de tener el cuerpo limpio, blanco y perfumado: y eso le llenaba de alegría. Sus cabellos lavados, peinados, ungidos, estaban dispuestos en ondas regulares desde la cabeza al cuello. Sus manos eran tan blancas y limpias que ni en las uñas quedaba nada negro.

Por la noche, Ansiau, su tío, el caballero alemán y Thierry, con los señores de Chalmiers —dos amigos de Herbert— y dos mercaderes loreneses,

fueron colocados en una reducida cámara del albergue en la que, como pudieran, habrían de disponerse en dos grandes camas bastante desquiciadas y comidas por las chinches. Los señores de Chalmiers eran muy corpulentos los dos y se acostaron con un mercader; los otros tres caballeros y el segundo mercader ocuparon el otro lecho. Los criados prepararon sus cuchillos, para caso de alarma, y se instalaron a los pies de las camas y cerca de la puerta. Todo estaba oscuro y el calor hacía menos soportable el hedor del vino y de las chinches. Thierry abrió la ventana, pero era tan pequeña que apenas cambiaba el aire de la habitación. Fuera,

la lluvia fluía por los aleros y los vigías nocturnos paseaban de un extremo al otro de la plaza.

Ansiau, sumido en feliz estado de duermevela, metido entre su tío y el mercader que roncaba, vivía las más extraordinarias aventuras oyendo la voz dura y ronca del caballero de Trauenburg, que contaba a Herbert la historia de su vida. Veíase llevado sobre las olas en una barca de quilla redonda y el mar mugía en derredor; los paganos blandían resplandecientes espadas; el sol iluminaba inmensos castillos de color blanco y oro y los barcos de velas rubias. Ricos señores venecianos vestían abrigos verdes con flores rojas;

hermosas damas paganas lo contemplaban con sus ojos negros sobre el velo blanco que cubría la parte inferior de sus rostros.

Gautier de Trauenburg había estado en tierra pagana. Naufragó durante un viaje a Tierra Santa, emprendido por su señor el conde de Mantua. Fue vendido como esclavo a un rico emir de Alejandría y se había evadido en una galera veneciana; durante cinco años fue grumete en un navío mercante veneciano. Yendo en peregrinación a Provenza, a la Magdalena, después de la muerte de un camarada, conoció a cierta dama viuda y muy rica, con la que vivió un año y que le dio dinero para comprarse armas y un

caballo. Después permaneció algún tiempo en Aquitania, al servicio del rey de Inglaterra. Habiendo dado muerte, durante una disputa, a un caballero de aquel país, no tuvo más remedio que huir y terminó, tras alguna otra peripecia, al servicio del conde de Lorena, donde, al presente, se ganaba bien la vida en rapiñas y torneos.

Herbert escuchaba ávidamente a su compañero, haciéndole mil preguntas sobre la vida en Venecia, las costumbres de los musulmanes de Alejandría, las guerras en Aquitania. «Es bueno conocer alguien que ha visto mundo —decía— y puede contar lo que pasa en él. Uno se aburre mortalmente en la Champaña.

Sois todavía joven, no podéis saber de la buena vida que antes se hacía aquí.» Gautier de Trauenburg sentía a su vez curiosidad por conocer los hechos y aventuras de Herbert el Rojo y no dejó de saberlas, porque a Herbert le gustaba contarlas. Era tarde —las campanas habían sonado maitines hacía tiempo— cuando Herbert se dio cuenta de que su compañero dormía y roncaba. Un poco triste, pero también cansado, cerró los ojos. El mal habitual comenzaba a surcar su corazón y sus entrañas y se preguntó cómo el vino y la hora avanzada podían surtir tan poco efecto.

Demasiado fatigado para tomarse el trabajo de despertar a sus compañeros,

contentábase con agitar la cabeza de un lado a otro para alejar la lancinante angustia que se adueñaba de él. La lluvia seguía cayendo de los canalones; en algún sitio, muy cerca según le parecía, una gota caía sobre la piedra — un-dos-tres, un-dos-tres— y ese ruido se hacía tan exasperante que creía no poder soportarlo. Los señores de Chalmiers roncaban a coro; uno de los criados hablaba en sueños. El aire era pesado y gravitaba como una piedra sobre el pecho. ¿Cómo Dios podía abandonar a un cristiano hasta ese punto? Herbert veía poco a poco desaparecer a sus dormidos compañeros, hundirse bajo tierra, y se decía que hay hosterías

edificadas precisamente sobre el infierno, cuyo suelo se abre para que los huéspedes dormidos se hundan en las llamas infernales. Lo que era cierto es que se hallaba solo en la estancia. A su alrededor, el desierto. Ningún ser vivo; nadie que lo sostuviera. De todas partes empezaban a elevarse gemidos que causaban piedad; cogido en las entrañas por un terror frío, Herbert permanecía quieto, sin atreverse a hacer un movimiento. «Ay, señor Jesús, señor san Miguel, señor san Jorge, al que estoy consagrado... si me sacáis de esto, juro no volver a matar, ni beber, ni conocer mujeres en el resto de mi vida. Edificaría una capilla en el lugar de esta

hostería y en ella haría de sacristán, con los pies descalzos, en camisa, con una cuerda al cuello. Santa Virgen, que pueda ver vuestro hermoso rostro para curar de todos mis pecados. Señora, reina coronada, si pudierais mostráros a mí, concededme veros y suplicaros que me libréis.» Con un gran grito, Herbert se despertó y sentóse en el lecho, chocando ruidosamente con Gautier de Trauenburg. Un cuadrado de luz blanca dibujábase ante sus ojos; comprendió al cabo de un rato que se trataba de la ventana. Amanecía. Ansiau, al que el grito había despertado, despegaba a duras penas sus párpados grávidos de sueño. «Thierri —dijo, con voz pastosa

—, Thierry, ¿es de día?» «Debe haber sonado ya la hora de prima...», dijo lentamente Herbert, volviendo en sí. Era hermoso comprobar que una noche más había pasado.

—Vayámonos de aquí, sobrino — dijo—. Es mal lugar. Creo que no volveré a casa de Abner hoy, porque he pasado la peor noche que un cristiano pueda pasar; no es buen momento para ir a ver a un judío.

Despidiéronse de Gautier de Trauenburg y tío y sobrino, vestidos con sus trajes nuevos, se dirigieron a oír la misa, que aquella mañana se cantaba muy temprano. Ansiau se ocupaba en mirar a los caballeros reunidos y a las

nobles damas cubiertas con sus velos blancos y rojos; pero Herbert, aquella vez, oraba con mucho fervor, golpeándose el pecho y besando las losas cubiertas de paja. «Señora, Emperatriz, Noble Reina —rogaba—, socorredme, ayudadme, que soy pecador; y haré edificaros una capilla de piedra con ventanas de vidrio pintado. Haré adornar la puerta con capiteles con flores y follaje a la manera de la iglesia de San Pedro. Buena Señora, vos que sois poderosa ante vuestro Hijo, salvadme, porque sabéis bien que nunca he renegado vuestro nombre. Sabéis bien que siempre os he rogado y honrado.»

Y mientras rezaba creía sentir nacer una gran calma en su corazón y la seguridad de que sus súplicas serían oídas lo ganaba poco a poco. Pero al salir de la iglesia y después de la comida, olvidó pronto su piadosa exaltación. Incluso propuso a Ansiau ir a pasar la velada con algunas mujeres, porque conocía en Troyes un albergue en el que las había muy hermosas y hasta bien lavadas. Ansiau sentía un desdén innato por las mujeres de baja condición.

—Dentro de dos días estaremos en Linnières —dijo—. No tengo tanta necesidad como para no poder esperar dos días.

—Ya se ve que sois demasiado joven —dijo Herbert, alzando los hombros— y que no conocéis la vida. ¿Es que sois un campesino, para conformaros con una sola mujer? Podéis tener tantas como os plazca. Vuestra dama no perderá nada y vos ganaréis mucho.

* * *

Aalais se llamaba realmente Aelis, pero había en el castillo de Puiseaux tantas Aelis, Allis y Ala, que impusieron a la niña el nombre de una parienta política, nacida en Picardía. No estaba orgullosa de su buena casta; su abuelo

materno era Gui de Marseint que, veinte años después de su muerte, despertaba aún en los rostros de quienes hablaban de él una sonrisa de ternura y nostalgia. Un compañero como él, tan leal, tan justo, tan bueno, no volvería a aparecer en el país ni en parte alguna. Sólo había sido un pequeño caballero, sin tierras ni bienes, al servicio del vizconde de Saint-Florentin; pero hablando de él, solía decirse: el noble Gui de Marseint; y noble, lo había sido tanto como conde o marqués. Y el viejo Ansiau, al buscar una nuera de buena casta, no vaciló: la nieta de Gui de Marseint daría buenos caballeros a la casa de Linnières. Gui de Marseint había muerto joven. Sólo

dejaba una hija. Al morir, la confió a Joceran de Puiseaux, su hermano de armas. Joceran estaba casado y tenía tres hijos y cuatro hijas de su mujer, hija de un vasallo. Después, cuando la pequeña Aubrée de Marseint llegó a los doce años, la encontró bonita y le hizo un hijo; más tarde, repudió a su esposa y se casó con Aubrée: pero el matrimonio no duró. Aubrée murió al dar a luz. Pero su hija estaba viva y era fuerte: era Aelis.

Tres meses después de la muerte de Aubrée, Joceran volvía a casarse con Hodieme de Hervi, que no era hermosa, pero sí rica heredera y de buena casa; y fue ella quien hizo las veces de madre a

Aalais; y tuvo sus propios hijos, uno cada año, pero sólo los cuatro primeros vivieron.

Hodieme había nacido de madre provenzal: Boémond de Hervi, su padre, durante una peregrinación había conocido y amado a una damisela de Tourves, a la que arrebató de la casa de su padre para llevársela a la Champaña. Hodieme de Tourves había sido una beldad, pero su hija sólo heredó de ella su cabellera oscura, sus ojos negros y su delgadez —además de su gran piedad—. Joceran de Puiseaux creía haberse casado con una monja. En Puiseaux, Hodieme pasaba por santa: todos la amaban. Pequeña, seca, de piel muy

oscura a causa de una enfermedad que le roía las entrañas; iba y venía por el castillo, con diligencia pero sin apresurarse; vigilaba, daba órdenes, contaba, medía, con una mano en su manojito de llaves y la otra en el rosario de ébano. Nadie podía comprender de dónde sacaba el tiempo para hacer todo lo que hacía, porque pasaba en la capilla la mitad de su tiempo. Bordaba también casullas, estolas, manteles de altar para las iglesias pobres, y eso era su mayor distracción: nunca se sentía tan feliz como cuando acababa una bella obra de bordado. «Otra casa de Dios que estará más hermosa —decía—, los santos y ángeles se regocijarán por

ello.»

Nunca señora alguna había amado tanto a Dios: cuando entraba en una iglesia o, simplemente, veía una cruz, su rostro rejuvenecía y sus ojos parecían dos carbones ardientes; no podía contenerse y se arrodillaba, besaba las losas y la tierra y el pie del crucifijo. Ayunaba cuatro días a la semana, todos los domingos recibía a tres pobres en su mesa... a pesar de la cólera de Joceran.

Aalais comprendió pronto que su madre no era feliz. No se puede ser feliz cuando se está continuamente encinta, enferma, agobiada de trabajo y cuando se tiene un hijo que muere cada año diez o quince días después de su nacimiento.

De los hijos vivos, Hodieme no se ocupaba demasiado; más bien hacía otra cosa: oraba por ellos. No era capaz de castigar ni abofetear a sus hijas. Eran las siervas quienes se encargaban de ello; y más tarde lo hacía Joceran. Aalais adoraba a dama Hodieme y, aunque nunca la había golpeado, la obedecía a la primera mirada. Y dama Hodieme no la acariciaba; no tenía más que mirarla con sus inmensos ojos negros manchados de castaño, para que Aalais olvidara todas sus tristezas.

Aalais amaba también a su padre. A su lado sentíase al abrigo de todas las desgracias de la vida. ¿Qué puede temerse cuando se es hija de Joceran de

Puiseaux? Joceran pasaba por ser el hombre más vigoroso de la castellanía y también el más astuto y amado por las mujeres. De sus éxitos con las damas nobles y las burguesas sacaba tanto provecho como de sus actuaciones en torneos. Nadie sabía si dama Hodieme lo encontraba o no a su gusto. Pero cuando él decidió darle una rival en una sierva y llevar a ésta al lecho conyugal, Hodieme no dijo una sola palabra de queja y quedó aún más delgada y oscura que de costumbre; cuando cuajaba la leche, las lágrimas se deslizaban de sus ojos sin que pudiera evitarlo. Y al verla tan resignada, Aalais sentía hervir su sangre, por más que entonces sólo

contara doce años de edad. «Señora, madre —le dijo—, vos no debierais sufrir esta vergüenza. Si yo estuviera en vuestro lugar, haría azotar a esa mujer, desnuda, en medio del patio: al menos el barón podría matarme por eso.»

—Si yo estuviera en vuestro lugar —dijo la dama—, no hablaría de cosas que no son de niños.

Aalais se indignó: ella no era una niña; había hecho ya su comunión. Sabía que una mujer noble no debe dejarse suplantar por una sierva. «Deberíais vengaros —dijo—. Esa mujer os ha escupido a la cara; es como si os hubiera dado más de cien bofetadas: eso es lo que os ha hecho.»

Entonces dama Hodieme pareció endurecerse y sus labios parecieron hacerse más finos. «Me lo he merecido —dijo—. No habléis más de eso.» Aalais vio que sus manos temblaban cada vez con más fuerza. Se ofendió mucho con la dama; pero no juzgó a su padre.

Ese hombre de cara picada de viruelas, casi cortada en dos por la famosa cicatriz, de ojos azules bajo cejas revueltas, ese hombre ancho y corpulento, sin ser grueso, seguro y rápido de movimientos aun sin perder la calma, ese hombre era uno de los que cogen lo que se encuentran sin preguntarse nunca si tienen derecho a

ello: tenía todos los derechos, era Joceran de Puiseaux, de la castellanía de Paiens, patrimonio del conde de Champaña. Decíase que Joceran se acostaría en la cama de Dios, si fuera al Paraíso. Con todo esto, era un hombre humilde y bueno; tan afable que hacía sonreír a sus mismos enemigos cuando les hablaba. Y Aalais, niña que jugueteaba con sus barbas y su melena, lo adoraba sin preguntarse siquiera si se equivocaba o tenía razón; ni si podía ser diverso de como era.

Como todas las jóvenes educadas en un castillo, Aalais había pasado por una dura escuela antes de su matrimonio. El aprendizaje de los deberes de mujer no

es siempre fácil, pero la joven era orgullosa y siempre podía cogérsela por el amor propio: la futura suegra y las futuras cuñadas no podrían decir nunca que en Puiseaux no trabajan las jóvenes. Además, Aalais tenía hermanas y hermanos, cuñadas y primas. No es que amara a sus hermanos: el mayor, Baudouin, era considerado en la familia como una especie de toro furioso al que no conviene acercarse y que, en cualquier momento, puede romper su cadena. Jugaba con demasiada facilidad con su cuchillo; pero en lo demás era bueno. Y los otros hermanos, Thibaut y Arnoul, la habían torturado cuando era muy pequeña: era lo único que sabía

Aalais. Después, partieron para Troyes. Arnoul murió a causa de un accidente. Thibaut había vuelto y estaba casado. Por sus cuñadas, Aalais sabía que la vida de matrimonio, para una mujer noble, era cosa amarga. Ima, la esposa de Baudouin, vivía de drogas y de filtros: los daba a su marido para hacerle dormir y a otros para hacerlos velar. Aalais lo sabía y pensaba que bien empleado le estaba a Baudouin.

Después había llegado la juventud, con los mozos que os corren detrás de las faldas. Aalais tenía buen cuidado de sus faldas, porque sentía gran miedo por la vergüenza; pero no sabía guardar tanto sus labios y el cuello de su camisa.

Tenía la sangre caliente y a los doce años ya le había proporcionado más de un tormento. Ansiau no podía saber cuántos jóvenes la habían abrazado y besado y hecho cosquillas: estaba convencido de que era el primero; Aalais se lo juraba, diciendo un «no» muy bajito, a flor de labios; además, los besos son cosa que no cuenta.

Divertida soy y bonita cuando amo.

Madrugo a la mañana en cuanto el día empieza;

Entro en el vergel de mi padre, lleno de flores.

A mi dulce amigo cien veces deseaba

Divertida soy y bonita cuando amo.

Amaría a mi dulce amigo, que en su pensamiento me lleva.

Es fino y cortés y en todo me ha servido.

A pesar de padre y madre, mi tierno corazón le doy.

Divertida soy y bonita cuando amo.

A los finos amantes, cancioncilla yo te envío,

Que bien se guarden de los maldicientes,

Pues amo tanto bien que no podría ocultarlo.

Divertida soy y bonita cuando amo.

Una vez que hubo perdido su leche y que el niño fue confiado a los cuidados de Haumette, Aalais quedó como

desamparada, sin saber qué hacer de sí misma. Su amigo había partido para la guerra; quedaba rodeada de seres extraños. Y ahora que también vivía separada de su hijo y que ya no se sentía anegada por sus ojos, desgarrada por sus gritos, sentíase transformada más allá de todo poder de regreso a su vida de antes.

Deslizábanse los días del estío, monótonos y pesados. No había fiestas ni cacerías. Permanecían en el castillo jomadas enteras, paseando por la muralla o descansando en la sala o en los baños, cuando hacía demasiado calor. Como antes, Aalais se divertía pasando mucho tiempo entre los

halcones, con los que se divertía enderezándolos y haciéndoles rabiar. Ponía toda su buena voluntad en coser y en bordar vestidos y faldones para su niño y preparaba cuidadosamente una cintura con pasamanería para ofrecérsela a Ansiau a su regreso. Pero nada de esto la ocupaba como antes. A veces era distraída y negligente en su trabajo... cosa que jamás le ocurriera antes.

Terminaba dándose cuenta de que hasta de cuerpo había cambiado: desde su matrimonio había crecido y se hizo necesario alargar todos sus vestidos. Cuando se lavaba empezaba a complacerse en mirar sus blancos

brazos, sus largas piernas, que empezaban a tornearse, sus senos que se redondeaban. En invierno iba a cumplir dieciséis años.

En el castillo de su padre habíase sentido protegida de todas las desgracias de la vida. Nada le gustaba tanto como los relatos terroríficos, las historias de las grandes matanzas, de incendios, de violaciones, de torturas, pero era porque se sentía segura de que nada de aquello podía alcanzarla ni darle miedo. Sólo la muerte la atemorizaba; pero la sabía aún tan lejos y prefería no pensar en ella. Verdad que había visto morir a su tío Gervais y a un criado destrozado por un toro, y a su

prima Raymonde, muerta de sobrepeso, pero estaba convencida de que nada de eso la tocaba directamente. Eran de otra pasta diversa de la suya, eso era todo: estaban hechos de tal forma que la sangre podía enfriarse en sus cuerpos, que pudieron hacerse blancos, duros, pesados; habían dejado que la podredumbre se adueñara de ellos, que la tierra los cubriera. Pero Aalais estaba hecha de una carne tan llena de vida, de luz, de calor, que semejante aventura no la alcanzaría nunca, o le llegaría en una época en que ya no sería más que otra Aalais.

He aquí que había pasado un año desde su matrimonio. La tristeza brutal

de la noche de bodas había abatido ya un poco de su bello orgullo. Después vino el abultamiento y el miedo a morir, y el parto con sus dolores, que casi habían sido una muerte. Y ahora que toda esa tormenta había pasado, Aalais se encontraba de nuevo a solas consigo misma en una vida que ya no reconocía, entre extraños, en una casa ajena, que iba a ser su casa hasta la muerte.

Cada vez se entendía menos con dama Adela. La anciana señora, desde la muerte de su hijo Geoffroi, se mostraba más irritable que nunca. Llegaba hasta golpear a criados y siervas casi sin motivo alguno y hasta a levantar la mano contra sus nueras. Un

día, por una respuesta insolente, fustigó a Catherine, la hermana de leche de Aalais, con su cinturón de cuero. Aalais, fuera de sí por la cólera, se fue a encontrar a la dama y le dio un puñetazo en plena nariz. Aunque era tan alta como dama Adela, no tenía la fuerza ni la corpulencia de la vieja señora, que rápidamente la sacudió y derribó por tierra. Después, pasado el primer movimiento de cólera y sorpresa, dama Adela se limpió con la mano la sangre que le fluía de la nariz y dijo a su sobrina: «¿Quién os ha enseñado en Puiseaux a ser grosera con los ancianos?». Aalais se levantó, jadeante, roja, sacudiendo con las manos el polvo

de su falda. «Ante todo —replicó—, es mi marido el barón aquí, y el vuestro y todos los demás le han prestado juramento, bien lo sabéis. No teníais derecho a golpear a Catherine, porque me pertenece y no está a vuestras órdenes. Y aunque fuerais vieja, débil y estúpida, no os respetaría y os haría comer con los criados y dormir en la paja, y os vestiría con harapos, como una pobre, para que os enterarais de quién es aquí la dueña». La dama respondió con dignidad que tenía cuatro hijos en Linnières y nada que temer. «¡Oh! Os odio —dijo Aalais—, os odio.»

—Sois una pequeña perra rabiosa

—dijo la dama— y vuestro barón haría bien en dominaros con látigos cada viernes cuando vuelva. Pero es un blandengue que no tiene mejor sentido que vos misma.

—Eso no le impide ser el barón — replicó Aalais—, y mejor es ser estúpido porque se es joven que serlo porque se es viejo, como vuestro marido.

Aalais no deseaba en absoluto injuriar a su viejo amigo, el tío I lúe, ni perseguía otro fin que pinchar el orgullo conyugal de la dama Adela; y hay que reconocer que lo consiguió, porque dama Adela, aunque no fuera muy dulce con su esposo, no toleraba que se dijera

nada malo de él. Y no se lo perdonó a Aalais.

Aalais se aburría demasiado y pasaba el tiempo en interminables conversaciones con Catherine. Ésta se hallaba obligada a saberlo todo y tener respuesta para todo; de lo contrario, Aalais se enfadaba. Catherine era una joven inteligente y salía bien de aquel doble oficio de oráculo y confidente. «Catherine, hija mía —decíale Aalais con suficiencia—, no te cases nunca, hazme caso. Es mucho mejor quedar soltera. Daría dos dedos de mi mano izquierda por ser otra vez soltera y vivir en la casa de mi padre.»

—¿Y vuestro hijo? —preguntaba

Catherine—. ¿Preferiríais que no existiera?

Aalais reflexionó y de pronto se puso a llorar. Las lágrimas hinchaban sus párpados y desbordaban sin que pudiera contenerlas...

—Ama más a Haumette que a mí —dijo—. Me echaron un sortilegio para que cesara mi leche. Resulta alegre haberlo llevado en el seno y dado a luz para no poder ocuparse de él después.

—¡Bah! —dijo Catherine alzando los hombros—. Tendréis otros. Y así estáis más libre. El dar vuestra leche más tiempo os afea; os saca todos los humores del cuerpo.

Aalais suspiró, secándose las

lágrimas.

—Santa Virgen, qué triste. Hay que ver el lado bueno del asunto. Pero ¿qué necesidad tengo de divertirme y de ser bonita? Antes de casarme no pensaba en otra cosa. Pero ahora envejezco.

Otro día se entretenían las dos en tirar pequeñas flechas en un círculo de madera colgado en el patio, en compañía de dos pajes y de Mahaut, hija de Herbert. Aalais debía comprobar con despecho que se sentía menos hábil en ese juego de lo que había sido en Puiseaux. Mahaut daba regularmente en el blanco y ella, Aalais, erraba el tiro dos de cada tres veces. Acabó tirando al suelo las flechas y yendo a sentarse en

un banco cerca de la empalizada.

—¿Qué os pasa, prima? —exclamó Mahaut—. ¿Os habéis enfadado porque doy en el blanco más veces que vos? Si eso os enoja, procuraré equivocarme cuantas veces queráis y así tendremos el mismo número de aciertos cada una.

Aalais quedó sorprendida por tanta cortesía.

—No, prima. Eso no sería un buen juego. Dad tantas veces en el blanco cuantas podáis mientras sois joven. Dios os conceda errar el golpe menos veces que yo cuando estéis casada. Ya veo que no es cosa que me vaya el jugar.

—¡Mi bella prima! —exclamó la buena Mahaut, acudiendo a sentarse al

lado de Aalais—. No tenéis por qué estar triste. Todas nuestras damas os envidian que os hayáis casado con un castellano: por eso son malignas con vos.

—Sois buena, Mahaut —dijo Aalais, mirando con atención el gastado y largo rostro de la joven, cuya lechosa blancura se acentuaba por la aureola de rizos de rojo cobrizo. Con sus ojos pequeños y móviles, sus gruesos labios, sus anchos y delgados hombros, Mahaut no era bonita, mas poseía un aire de dulzura y de franqueza que la hacía amable. Hasta entonces, Aalais la había tratado con desdén por su falta de gracia y sus maneras ruidosas. Hoy sentía en el

corazón, por aquella joven, una dulzura desconocida.

Sonrió.

—Mahaut —dijo, tendiéndole la mano—, ¿queréis que seamos amigas? Creo que os amaré lealmente, si vos me amáis también.

Mahaut sonrió, mostrando sus grandes y bellos dientes y tomó la mano que le tendían.

—Por san Thiou, sí que lo quiero, prima. Sois noble y de buen linaje y todas se sentirían orgullosas de ser amigas vuestras. Pero también yo soy hija de buen padre y podéis contar conmigo.

—Os prometo ser gentil con

vuestros hermanos y vuestra hermana, todo lo que me sea posible —prosiguió Aalais, en vena de humildad.

—En cuanto a eso —exclamó Mahaut riendo—, me es lo mismo. No soy más amiga que vos de Izembard, ni de Ogier. Podéis decirles lo que os parezca. Sólo Simon es bueno y André también, pero nunca están aquí.

Aalais parecía haber olvidado a su marido. Los meses de espera del parto y las semanas que habían seguido al acontecimiento no había sentido la presencia de Ansiau, que había desaparecido de su vida; y tras la misa de parida, sólo maquinalmente había respondido a las caricias de su esposo.

Ahora se acostaba con Catherine y Mahaut, que se había instalado con ella desde el comienzo de su «»mistad; y sentía un poco que ese estado de cosas no fuera permanente. Se vivía con más libertad y con más calma entre mujeres solas. Sentía un verdadero afecto por Mahaut; nunca había sentido ternura por amigas de su edad; con sus hermanas se trataba de una camaradería batallera y áspera y Catherine, su confidente y amiga íntima, formaba parte de ella misma, como el vestido que se ponía cada día. Pero Mahaut, de familia diversa de la suya; Mahaut, que era de otra raza y a la que no estaba acostumbrada, Mahaut era para Aalais

un ser nuevo, un descubrimiento — enrollaba en tomo a sus dedos los rizos sueltos que daban vueltas y rozaban en la frente de su amiga; la miraba en los ojos para ver de qué color eran, admiraba la blancura de su piel— y era cada día un nuevo goce. Por las noches se estrechaban la una contra la otra, acariciándose como dos verdaderos amantes, porque Aalais, cuando amaba, no sabía hacerlo a medias. Decía francamente a Mahaut que le gustaría que su marido se quedara en la guerra otros seis meses. «Con un hombre, querida prima, no se hace más que pecar y tener hijos; entre mujeres se está más tranquila. Ignoraba que pudiera haber

una bella y cortés amistad como la nuestra.»

Mahaut la admiraba en todo instante: «¡Dios, mi bella prima, qué bien sabéis bordar! ¡Dios, prima, qué hermoso es vuestro cabello!»

Era brusca y ruda de movimientos y con frecuencia estaba a punto de dar un buen golpe a Aalais en el hombro o de ensordecerla con su risa ruidosa y jovial. Pero era mucho menos violenta y arrebatada que Aalais, y con frecuencia reía las cóleras de su amiga. Muy independiente, sin ser en nada orgullosa, humilde sin ser servil, Mahaut era una joven a la que no podía menos de amarse. Pero esa amistad no iba a durar

mucho: Mahaut se casó aquel año y murió al dar a luz diez meses después.

Aquel día se esperaba el regreso de los caballeros. Aalais y Mahaut estaban en pie en lo alto de la torre, una junto a la otra, enlazadas como dos hermanitos gemelos, pierna contra pierna y mejilla contra mejilla. Los ojos grises de Mahaut brillaban de impaciencia; los de Aalais eran soñadores y un poco tristes. Ante ellas, a lo largo del riachuelo, caminaba la ruta amarillenta, jalonada de surcos. En el bosque veíanse aquí y allá manchas parduscas en el verdor grisáceo de la masa de árboles. Los campos amarillentos alternan con los negros. A lo largo del camino avanzaban

los caballeros y sus vestidos rojos, azules y verdes brillaban al sol como flores en la hierba. Dos mulos arrastraban detrás un carro con los bagajes.

—Mi padre es el de azul —decía Mahaut— y vuestro barón, ¿lo reconocéis? Tenéis mejor vista que yo.

—Va delante de vuestro padre; y a su lado veo a vuestro hermano André y un poco detrás a Thienni. —Aalais suspiró—. Ya no volveremos a acostarnos en el mismo lecho, amiga mía. Y estábamos tan bien juntas...

—Estaréis aún mejor con vuestro marido —dijo Mahaut.

—No lo sé —suspiró Aalais,

frotando su mejilla contra la de su amiga —. Con vos me siento más libre. Un hombre nunca se sabe lo que quiere.

Cuando los caballeros entraron en el patio al toque de sus cuernos, las damas estaban ya en pie junto al pozo; al borde del pozo había colocada un ánfora con vino y el viejo escudero Robert estaba ya dispuesto a escanciar el vino en una copa que tenía en su mano. El pozo estaba adornado con follaje verde y ramas de manzano con sus frutos. El suelo del patio aparecía alfombrado de hierba verde.

Tras un breve encuentro de cortesía entre sobrino y tío, Herbert descabalgó el primero, ayudado por Gervais que

tenía el estribo. Ansiáu descabalgó inmediatamente después y los dos se acercaron a las damas. Dama Adela tomó la copa llena por Robert y la ofreció a su cuñado, que la vació con un gesto de brindis y la tendió al escudero. Robert volvió a llenar la copa y ahora le tocó a Aalais tomarla y ofrecerla a Ansiáu, mientras los demás caballeros descabalgaban con gran ruido y todo el patio se llenaba de un alegre alboroto.

—Bebed, señor —dijo Aalais.

—No antes de haber tocado vuestros labios.

«Cuánto ha crecido», piensa Ansiáu al bajar la cabeza para tocar la gran boca rosada que se tiende hacia él. Entre

las abundantes pestañas, sus pupilas azules y tranquilas lo miran con esa franqueza un poco orgullosa que él conoce muy bien. Esos ojos tan bien colocados, tan sólidamente metidos en sus órbitas, tan bien protegidos por sus claras cejas espesas como el dedo; esos bellos ojos tan justos y valientes... no dejaría nunca de mirarlos, de reencontrarlos, de besarlos. ¿Cómo olvidar ese rostro que es el único verdadero rostro que realmente ha conocido? Sabe cómo cierra los ojos al sol, cómo se moja los labios con la punta de la lengua; conoce el pequeño lunar bajo su labio inferior, el vello dorado de sus mejillas, el pequeño

remolino de sus cejas en el nacimiento de la nariz y los mil colores de sus pupilas, que varían con los vestidos, las horas y los cambios de humor.

Tras haber bebido y devuelto la copa a Robert, Ansiau aprovecha unos instantes de libertad que le quedan antes de la comida para hablar con su dama. Instálanse juntos al borde del pozo. No encuentran nada que decirse. Aalais juguetea con el extremo de su cinturón entre los dedos, un poco incómoda —a pesar de sí misma— al sentir las pesadas manos de su marido en sus hombros.

—Habéis crecido y estáis más bella —dijo por fin Ansiau, humildemente.

La joven se echó a reír, volviendo la cabeza.

—¡No! Os estáis burlando de mí, señor. Me he oscurecido al sol.

—¿Está bien vuestro hijo? — preguntó Ansiau, recordando lo preocupada que Aalais estaba por el niño en el momento de partir él para la guerra.

Aalais bajó la cabeza y se ruborizó, mordiéndose los labios. ¿Era necesario que Ansiau le recordara, precisamente en ese momento, que no servía para criar a su hijo y que habían tenido que confiárselo a otra? ¿Pero no era absolutamente natural que le preguntara por su hijo? Sentía tal vergüenza de

confesar su insuficiencia, que no respondió a la pregunta y trató de desembarazarse de los brazos del marido.

—Voy... voy a buscarlo —dijo.

—Oh, no, quedaos. No tendréis tiempo. Ya veis: todos mis primos han bebido ya y estamos a punto de subir a la sala para comer.

Aalais, siempre con la cabeza baja, mordisqueaba el extremo de su cinturón, canturreando entre dientes una cancioncilla de ronda.

Ya en la mesa, a Ansiau se le sirvió siempre el primero; mas él no comenzaba a comer hasta haber ofrecido la mejor porción a su dama. Así pues,

Aalais sentíase aquella noche la primera persona del castillo y no era ésa una pequeña satisfacción para una joven que, en el castillo de su padre, había estado siempre al pie de la mesa, entre una multitud de hermanas y primas.

Sentía que sus mejillas estaban ruborizadas y que sus ojos brillaban; sonreía, descubriendo sus dientes y movía los hombros y las manos con soltura. Sabía que Ansiau no era el único que la admiraba aquel día; y cuando le ofrecía su copa de vino antes de llevarla a sus labios, Aalais le sonreía, indiferente y radiante, con los ojos chispeantes y la boca estremecida: nunca la había visto así. La joven reía

con tanta gracia que el mismo Hue, sacado de su sopor, insinuaba una sonrisa entre su barba blanca; pero cuando los ojos azules de Herbert se posaron sobre ella, ardientes y duros, Aalais se apresuró a volver los suyos a Ansiau.

Aquel corpulento caballero, enjuto y ancho de espaldas, curtido, bronceado y casi barbudo, de mirada firme y labios cerrados, era un desconocido para ella. Sus recuerdos de ternura y de deseo iban unidos al adolescente, desarrollado con demasiada precocidad, que tenía aquellos grandes ojos de niño sorprendidos, vello dorado en la mejilla y labios móviles y cálidos. El recién

llegado no ofrecía en sí más que vestigios, señales fugitivas del amante de antaño: sus ojos alargados, su gesto impaciente de apartar los mechones de su frente sacudiendo la cabeza. Pero nada de esto bastaba para devolver a Aalais su antigua confianza, el abandono de los primeros días. Era como un extraño el hombre a quien tenía que entregarse esa misma noche, después del festín; y Aalais experimentaba una vaga inquietud mezclada con curiosidad. «¿Es posible volver a amarlo? —pensaba, mirándolo a hurtadillas, con los ojos entrecerrados para verlo mejor—. Estaba mejor sin barba. Y bebe tanto que estará embriagado al terminar la

cena. Comenzará a reír y cantar hasta no acabar nunca y no habrá manera de calmarlo. Con toda seguridad voy a pasar la noche en blanco. ¡Ah, los hombres!»

Aunque ya resignada a lo que pudiera ser, le daba miedo la embriaguez de su marido: veía sus ojos brillantes, su boca dura; oía su voz ronca. «¡Santa Virgen! ¿Qué han hecho de él? Me lo han cambiado, y habrá adquirido la costumbre de matar a hombres... Si está lo bastante bebido para olvidarme, me las arreglaré para acostarme con Mahaut».

Pero no la olvidó. Al contrario. Tuvo que acompañarlo arriba; y la

llevaba de la mano, por miedo a que se le escapara. Había bebido; los peldaños de la escalera, las paredes de la sala daban saltos y se hundían en torno a él; y la lámpara de aceite, encendida a la cabecera del lecho, danzaba como un fuego fatuo.

Ese lecho, el más grande y hermoso del castillo, estaba instalado en el rincón más caliente de la estancia, no lejos de la chimenea; y la pared que daba a él aparecía cubierta de madera. Sobre una piel de oso colgada encima de la cabecera se cruzaban dos viejas espadas. La cama, inmensa, con anchura y longitud iguales, tenía a los pies y a la cabecera espesos montantes en madera

de encina que podían servir de mesa y de colgador. Aalais, ayudada por Catherine y dos criadas, pasó dos horas preparando ese lecho, extendiendo bien las sábanas, disponiendo las grandes almohadas, tapices y cubiertas, colocando ramitos de menta y hierbas del campo entre sábanas y limpiando rebordes y candeleros. Ay, esa cama tan blanca, tan fresca, con tan buen olor... ojalá pudiera gozarla a solas esta noche que se encontraba tan cansada.

La noche pesaba. En la sala oscura oíase el ruidoso ronquido del tío Hue, alternando con el de dama Adela; las injurias con que se abrumaban Izembard el Rojo y su esposa Angnés, suspiros,

jadeos, lloros de niño —es la pequeña de Richeut, que le duelen los oídos—. «Ay, mi Ansiet que duerme junto a Haumette.» Aalais sentía deseos de alzarse e ir a la habitación de las criadas, donde la gruesa Haumette dormía con su marido y sus hijos. Su pequeña voz balbuciente que aún no sabe modular palabras, su mejilla más suave que la seda, sus bellos ojos redondos y claros, sus deditos tan finos... El corazón de Aalais se llenaba de ternura por su hijo; creía no poder soportarlo; imaginaba inclinarse, besar al pequeño al borde de su propia cama... Se ahogaba. ¡Oh! ¡Tenerlo allí, entre sus brazos, sobre sus rodillas, sentir la

pequeña boca en el pecho...! Pero Dios sabía cuánto daño le habían hecho aquellos labios en el seno. «Nunca podré —pensaba—. Nunca podré... ¿De qué me sirve tener otros hijos si aquel a quien yo amo ya no es mío?» Crispaba sus puños, sentía deseos de romperse la cabeza contra el borde del lecho. «Lo quiero, lo quiero, lo quiero... A él, nada más que a él.»

Ese otro hombre que dormía a su lado, casi de través sobre la cama, con los brazos separados y la respiración bronca, ese hombre era otro ser difícil de amar. Olía demasiado a vino. Resultaba duro al tacto. Y había tenido que dormirlo como a un niño, acunarlo,

acariciarle el cabello... «No os afanéis, mi buen amigo..., está bien, no me voy, estoy aquí, cerrad los ojos.» Su cabeza pesaba tanto, su aliento era rudo, todo él era como un gran río que os arrastra en una barquilla a través de rápidos y de remolinos. Había despertado en ella una ternura que le parecía extraña; sentíase parte de él mismo, tan pobre, tan humillada por él, tan triste...

¿Por qué no sería un niño al que pudiera ocultar en sus brazos, socorrer y protegerlo? Era demasiado grande, demasiado pesado; una roca suspendida sobre su cabeza.

Recordaba tristemente a su padre, a su hermano Baudouin, a sus primos de

Puiseaux; y se decía: «¡los hombres son siempre así!».

«Siempre así, pobre de mí. Y no tiene más que diecisiete años», pensaba. Y entretanto no conseguía dormir. La cama era tan grande que podrían acostarse cuatro personas en ella; pero Ansiau había hallado modo de ocuparla del todo, porque dormía abriendo sus brazos como un crucificado y a Aalais no le quedaba más que un rincón reducido, en el que se acurrucaba envuelta en las sábanas. Su fiebre por el niño se había calmado un poco; trataba de tranquilizarse y pensar en otra cosa. Habíansele cubierto de sudor las sienes; los párpados le ardían. «Thierri —dijo

en voz baja—, Thierrí.» El joven estaba acostumbrado a despertarse sobresaltado al oír su nombre, aunque fuera en un susurro. «Aquí estoy, señor», dijo.

—Soy yo, Aalais. Escuchadme, Thierrí, ¿podrías buscarme un poco de agua para beber en la jarra próxima a la puerta? He debido comer y beber mucho esta noche y no consigo dormirme.

—En seguida, señora.

Y vino a posar la jarrita llena de agua fresca en el reborde del lecho y volvió a echarse. Aalais bebió unos sorbos y se humedeció la frente y las mejillas.

—¿Estáis ahí, Thierrí? Habladme un

poco, si no os molesta. Está todo muy oscuro y siento miedo.

—¿De qué, señora? El barón y yo estamos aquí para defenderos. No hay más que amigos en la sala.

—Todo el mundo duerme —suspiró Aalais—. Tengo miedo de la oscuridad. Decidme Thierrí, ¿habéis visto bellos países durante la campaña?

—Siempre es lo mismo, señora. Bosques, campos; y no más hermosos que aquí.

—Pero habréis pasado por hermosas ciudades —dijo ella, soñadora.

—Eso sí. París es una hermosa ciudad.

—Contadme cómo es, Thierrí.

—Hay casas. E iglesias. Como en Troyes.

—Thierri... ¿habéis visto a mi padre?

Al despertar, Ansiau se dio cuenta de que había bebido demasiado la víspera: era algo que no le ocurría a menudo. Aalais le dijo:

—Dios os guarde, amigo. ¿No os duele demasiado la cabeza?

—No más de lo que debe dolerle a un hombre que ha bebido cinco copas la noche anterior. Lamento haber sido tan estúpido, amiga —añadió en voz baja.

Aalais no pareció prestar atención. En un abrir y cerrar de ojos se había puesto su camisa y, sentada en el borde

del lecho, deshacía sus largas trenzas. Ansiáu, pensativo, deslizaba sus dedos entre las ondas sedosas y regulares de la opulenta cabellera; la joven seguía peinándose sin mirarlo y se estremecía cada vez que los dedos que acariciaban su pelo se hundían demasiado.

—Dejadme, barón. Tengo prisa y es tarde.

No abandonó ese tono de indiferencia cortés que desde el principio asumiera en presencia del marido. Aquel mismo día le confesó que había tenido que dejar a su hijo al cuidado de Haumette.

—Han debido de echarme un sortilegio —explicaba—, porque nunca

me faltó la leche en las tres primeras semanas, bien lo sabéis. Y Haumette es una buena nodriza; no encontraréis otra como ella en todo el país (era costoso para Aalais hacer el elogio de Haumette, de la que tan celosa se sentía). Además, su propio hijo ha muerto y puede dar toda su leche al nuestro.

—Sí, está muy bien así —dijo Ansiau—, al menos el niño no nos molestará.

Aalais no se esperaba en absoluto ese modo de enjuiciar lo que para ella era motivo de tanta tristeza; pero pensó que era mejor no discutir: después de todo, era justo que Ansiau no la tratara de mala madre, ya que no tenía culpa

alguna en todo aquel asunto.

Los siguientes días, Aalais estuvo tranquila y de buen humor; sentíase contenta por volver a cazar en compañía de Ansiau y de sus primos y vivía a la espera del matrimonio de Mahaut, que tendría lugar después de Todos los Santos. Mahaut se casaba con un tal Geoffroi de Chesley, al que apenas conocía y, desde luego, no amaba.

—Como soy fea, mi hermosa prima —decía con su sencillez de siempre—, no puedo pedir gran cosa en punto a marido. Éste no es demasiado viejo y tendré hijos. Además, Chesley no está lejos: nos veremos de vez en cuando.

—Dios mío —suspiró Aalais —,

cómo voy a aburrirme sin vos...

Después le ocurrió algo que no se esperaba: un buen día Catherine le contó —entre otras parlerías— que el barón, durante la campaña de Normandía, se lo había pasado bien con mujeres propias para soldadesca. Aalais ya se había resignado a tales cosas; cuando un marido pasa la mitad de su tiempo fuera de casa, no puede permanecer fiel a su mujer: así se lo habían dicho siempre. Pero cuando Catherine le contó que Gervais, el escudero de Herbert, había visto al barón con una mujer libertina como la Tronche, recibió como un golpe seco en la cabeza. Se ruborizó intensamente, levantóse del banco,

arrojando por tierra sus madejas de lana; y antes de haber podido reflexionar en lo que estaba haciendo, abofeteó a Catherine en las dos mejillas y la hizo caer del banco y rodar por tierra...

—Bribona —gritó—, bribona, bribona...

—Estáis loca —chilló Catherine—. Dejadme en paz; yo no os he hecho nada. Id a pegar a vuestro barón, si queréis.

Un poco más serena, Aalais se pasó la mano por la frente. ¿Qué había sucedido? Recordó lo que Catherine acababa de contarle, rechazó a golpes a las damas que habían acudido a ver qué ocurría y se precipitó a la sala donde los hombres estaban sentados en tomo al

fuego.

Se arrojó sobre Ansiau con un aspecto tan turbado que él creyó que algún mal había sucedido al niño. Aalais se sentó en el banco, junto a él, demasiado jadeante para hablar, y le puso las manos en los hombros, devorándolo con los ojos. Lo miraba y examinaba con insistencia, como si buscara algo en su rostro; como una madre busca síntomas de enfermedad en la cara de su hijo. Estaba tan abstraída en sus propios pensamientos que ya no sabía lo que iba a decirle. Ansiau, viendo que todo el mundo los miraba, preguntó:

—Pero, señora, ¿qué ha sucedido?

—Ya..., ya os lo diré —murmuró Aalais jadeante.

Volvía en sí poco a poco. Hubiera querido decir tantas cosas que ya no sabía qué decir. Pero dijo una, demasiado simple y también demasiado estúpida:

—¿Es verdad que os habéis acostado con mujeres durante la guerra?

Esa pregunta provocó la hilaridad general y ruidosa de todos los presentes, comenzando por el viejo tío Hue y terminando por los pajes. Aalais no prestaba atención. Hundía sus dedos de hierro en los hombros del marido, sacudiéndolo y repitiendo:

—¿Es verdad? ¿Es verdad? Decid,

¿es verdad?

Él, furioso contra la mujer, porque lo ponía en ridículo y además le hacía daño, la cogió brutalmente por las muñecas para obligarla a dejarle, y gritó:

—¡Sí, sí, es verdad! Dejadme en paz ahora.

Aalais se llevó las manos a las sienes, lo miró unos instantes, con la boca abierta y aire como extraviado; después, se levantó bruscamente y salió corriendo de la sala entre las risas burlonas de los presentes.

Corrió hacia la puerta, se tambaleó por la escalera de madera que llevaba al patio, pasó las escuderías, el atrio y los

establos, escaló el paño de muro hundido tras la torre, corrió a lo largo de la muralla y por fin se detuvo, extenuada, casi sin fuerzas... No sabía por qué tenía miedo ni por qué corría. La sangre le latía en las sienes hasta romperle el cráneo; círculos rojos se abrían y cerraban ante sus ojos, como tenazas sangrientas. No tenía más que un pensamiento: que no la siguieran, que no la encontraran; poder estar a solas. Por una parte se erguía ante ella el muro maloliente en el que piedras rotas y arena se mezclaban con toda clase de restos e inmundicias. Por otra parte, la muralla, bastante alta, daba al jardín y a la otra parte de éste la empalizada,

rodeada de un foso ancho como dos saltos de hombre. Con rápida resolución, Aalais se descalzó las sandalias y las arrojó a la otra parte, al jardín. Después, recogió su larga falda a la cintura, comenzó a descender por la muralla. Era más ágil que una ardilla para encaramarse a los muros; después, no era difícil descender, ya que la pared ofrecía no pocas grietas y descendía en talud. Lentamente, cogiéndose a los matorrales y a las grietas de la piedra, llegó a tocar el suelo; al pie de la muralla crecían las ortigas y las zarzamoras. Con el vestido sucio y mojado y las piernas cubiertas de arañazos y quemadas por los roces

de las ortigas, Aalais llegó a salir de los matorrales y se sentó en la hiera, exhausta. No sabía dónde estaban sus sandalias, ni quería buscarlas entre la maleza. Era la hora de cenar y el jardín estaba vacío. Pensó que, sin el tocado y descalza como estaba, podría ser tomada por una merodeadora si algún soldado desde lo alto de la torre llegaba a verla. Pero le daba lo mismo: si Ansiau podía haber hecho cosas vergonzosas, era justo que su mujer también las hiciera; aunque la expusieran desnuda en el patio no llegarían a avergonzarla. No, no había que quedarse allí. Había que salir del jardín, marcharse; ¿dónde? No importa.

El jardín daba al bosque; Aalais conocía un sitio en el que el foso estaba cubierto por la paja podrida y la cal del edificio; sólo lo limpiaban en primavera. Deslizóse entre dos postes de la empalizada, mojó sus pies descalzos en el barro y la creta y atravesó el foso. ¡Qué mal olía allí! Sus pies estaban negros y mojados; los secó como pudo en la hierba y comenzó a correr por el bosque hacia el sendero que lleva a la carretera de Vanlay.

Así llegó hasta el riachuelo y allí se detuvo para reflexionar un poco. Sentóse al pie de un árbol, con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados. ¡Que no tuviera allí a Catherine para decirle todo

lo que pensaba! Cuando se encontraba sola, todo se le oscurecía en la mente; y tenía miedo de hablar en voz alta. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo? ¿Por qué? Mujeres alegres. Evidentemente, es un pecado. Pero está permitido en tiempos de guerra. ¿Entonces? Así pues, esa otra mujer, la Tronche, sabía también cómo se despertaba Ansiau y cómo dormía con los brazos abiertos. Sabía también cómo decía «Amiga», y cómo farfullaba cosas en sueños. «Pero, dime, Catherine... ¿cómo es posible semejante cosa?» «¿Cómo había hablado a esas mujeres, cómo les había sonreído...?»

«Son cosas que ocurren. Mi padre hizo bastante peor. Pero dama Hodieme

es vieja y está acostumbrada. Si yo fuera vieja...» Joceran, dama Hodieme, Baudouin, Thibaut, Herbert... desfilan ante sus ojos distraídos y ella se deja llevar a una estúpida ensoñación. En seguida siente frío en los pies y levanta la cabeza para mirar en derredor. El día está descendiendo. En algún sitio, a través de los árboles, se ve un jirón de cielo enrojecido. El riachuelo murmura y susurra entre las piedras. ¿Qué hacer ahora? La primera idea de Aalais es volver a Puiseaux. Siguiendo la orilla del riachuelo llegaría fácilmente a Vanlay; desde allí, el camino sigue derecho a Puiseaux. Pero Aalais sabe bien que Joceran, por bueno que sea, no

puede aprobar en absoluto semejantes fugas y la devolvería seguramente a Linnières con un buen correctivo. Y tampoco tiene ánimos para volver a Linnières con la ropa destrozada y los pies sucios.

Inmediatamente sus pensamientos vuelven de nuevo a Ansiau y la ciñe tal angustia que tiene que morderse los labios para no gritar. ¡Ah! No verlo más, marcharse, encerrarse en un convento; morir y ser enterrada. «Si muero, tomará otra mujer. Eso me da lo mismo, puesto que ya ha tenido otras mujeres. Catherine, veamos, Catherine... Estoy loca, aquí no hay Catherine que valga...»

Se dio cuenta de que estaba a punto

de hacerse daño en la cabeza contra el árbol a cuyo pie se había sentado. Se echó sobre su vientre, hundió la cabeza entre los brazos y se estuvo quieta, esforzándose por calmar los nervios sobresaltos de su corazón. Pero la calma no llegaba. Ahora tenía los ojos cerrados y veía pasar en medio de una niebla roja imágenes que le hacían hervir la sangre. Veía inclinarse sobre ella el rostro de Ansiau, ya no el de antes, sino el Ansiau que había regresado de la guerra; al sonreír mostraba los dientes y sus ojos brillaban. «Amiga, abrid vuestros bellos ojos.» Pero ella sabía que sólo se trataba de un engaño. No se lo decía a

ella. Sentíase convertida en otra; una, dos, tres mujeres diversas. Era como para volverse loca. Sobre todas esas otras mujeres, Ansiau inclinaba sus grandes ojos oscuros y el mechón de sus cabellos. A menos de matar a esas mujeres, Aalais no podría vivir en paz. Pero de nada serviría, porque habría otras. Nunca podría matarlas a todas. En una visión horrible veíase transformada en un rebaño de mujeres perversas, feas y pintarrajeadas; y Ansiau las besaba a todas en la boca. «No —gritó—, no, no. No quiero. No quiero. No quiero.» Sacada de su sopor por sus propios gritos, se sentó de nuevo y miró el cielo. Estaba blanco y el bosque se oscurecía.

Un cuerno, de la parte del castillo, sonaba la alarma. «Me buscan», pensó.

Las ardillas saltaban de un árbol a otro y hacían caer las bellotas. Sentíase el ruido de alas en los nidos de los cuervos. Una culebra se deslizaba entre las hojas muertas. Aalais, presa del miedo y temblando de frío, se puso en pie y comenzó a caminar a lo largo del riachuelo. «Después de todo, es mejor que me encuentren —razonaba—; el bosque está lleno de bandidos y ni siquiera tengo un puñal. Además, si me quedo aquí hasta muy tarde, corro el peligro de encontrarme con espíritus y moriré de miedo con sólo ver uno. Preferiría toparme con cien bandidos.»

Caminó al borde del arroyo por algún tiempo, transida y con los pies heridos y doloridos; sentía que las lágrimas cálidas se deslizaban por sus mejillas. «Santa María, san Thiou, santa Catalina, santa Magdalena», repetía maquinalmente, sin poder hallar las palabras de una plegaria. Estaba tan cansada que ya no sentía nada. Tenía tan vacíos el corazón y la cabeza como campanas sin badajo. Las ranas croaban en los cañaverales.

Los toques del cuerno se hacían cada vez más próximos. Pero Aalais ya no tenía fuerzas para caminar más aprisa. Unos pasos la estremecieron a cien metros de ella, o más próximos. «No es

un jabalí —pensó—, no se le oye respirar. Muerta de miedo se escondió tras un árbol y lo hizo con el tiempo justo. El hombre caminaba junto al arroyo, avanzando a través de matorrales y de ramas muertas.

Cuando pasaba a su lado, Aalais reconoció a Ansiau; sus cabellos estaban en desorden, la boca crispada, el ceño fruncido. Sólo tras haber dejado que pasara, Aalais se dio cuenta de que debía de estar mortalmente intranquilo. Entonces salió de su escondite y lo llamó por su nombre.

Él se volvió con un movimiento terrible; después, tras un segundo de vacilación, se echó sobre ella con un

grito animal, o un sollozo. Aalais se agarró a él con las dos manos. Ansiau hablaba rabiosamente, con voz temblorosa. «Queréis matarme. Habéis perdido la razón. Estáis loca. Os haré encerrar en la bodega. ¿Qué os he hecho? Sois una estúpida, una idiota..., debería echaros...»

Y acompañaba esas palabras con una lluvia de besos; Aalais, débil y abrumada, no se resistía; apretábase a él y le devolvía los besos con sus labios temblorosos y húmedos. Volvieron juntos a Linnières; Ansiau la llevó en sus brazos la mitad del camino. Una vez en el castillo, la hizo sentar en el asiento cerca de la chimenea, le llevó él mismo

vino caliente y pan blanco y prohibió a dama Adela que dijera una sola palabra ante él acerca de la fuga de su mujer.

Cuando por fin se hallaron juntos en la alcoba, cuando todo el mundo dormía ya, Aalais, un poco enajenada, se estrechaba a su hombre y lloraba cálidas lágrimas. «¿Cómo, habéis podido...? —preguntaba—. ¿Cómo las habéis mirado? ¿Qué les habéis dicho? Todo lo hubiera soportado de vos sin quejarme. He sido cortés y leal, todo lo que se puede ser. Pero no quiero que améis a otras mujeres.»

—¿Así pues, me amáis? —preguntó él, feliz y enternecido.

—¡Si os amo! —decía la joven—.

No tengo más que a vos en el mundo. Os amo más que a mi vida.

Y así reconquistó Ansiau el corazón de su mujer. Ella le perdonó de tal modo su falta que no volvió a hablarse al día siguiente. Y él mismo declaró en voz alta que no consentiría la menor alusión al incidente de la víspera, aunque viniera de parte de sus tíos. Y se le obedeció.

No fue difícil desarmar a Aalais. Se abandonó enteramente y sin reservas; era como si hubiese querido recuperar el tiempo perdido mientras lo esperaba. Ansiau no encontró ya a su amiga de los primeros días de matrimonio; igual que su cuerpo, su corazón parecía haber

crecido y madurado. Aalais parecía haber olvidado el reír y el parlotear; grandes suspiros, largos silencios, miradas graves, tan cargadas de ternura que se hacían difíciles de soportar: una madre no miraría de otro modo a su hijo en peligro de muerte. Hubiérase dicho que sus ojos no podían dejar de mirar al amado: tomábale la cabeza entre sus dos manos y podía quedar contemplándola sin acabar nunca, comiéndoselo con los ojos, sin decir una palabra, grave, tensa, inquieta.

A veces se volvía y suspiraba largamente, como si un peso demasiado fuerte gravitara en su corazón. Si Ansiau le preguntaba qué le ocurría, movía la

cabeza, como si hubiera perdido el uso de la palabra y terminaba diciéndole que lo amaba demasiado. Y durante quince días Ansiau fue más feliz de lo que había sido en toda su vida. Amaba. Estaba tranquilo y seguro de sí y no dependía de nadie. Había entre él y Aalais una unión tan profunda que ya no necesitaban hablarse ni siquiera mirarse para comprenderse: todo el mundo estaba sorprendido de su bondad y de su dulzura repentina, de la que se beneficiaban todos los habitantes del castillo, desde sus tíos a sus perros. Por la noche se esforzaba por dormir con brazos cruzados; o velaba para no turbar el sueño de su dama. Al sentirla dormir

con la cabeza sobre su hombro, sentíase el hombre más fuerte y dichoso de la tierra. Y nunca olvidó que lo debía a Aalais.

Avanzó el otoño y los días se hicieron cortos y sombríos. Los hombres, obligados a cazar al lobo y al jabalí, pasaban buena parte de su tiempo en Seuroi, que estaba más cerca que Linnières de los lugares de las grandes batidas. La pobre Aalais sufría demasiado por la separación de su marido, pero Seuroi no era lugar conveniente para una dama. Por su parte, el mismo Ansiau llevaba muy mal esa separación; y su primo André, que lo amaba mucho, no dejaba de bromear.

—Diríase que vuestra dama tiene los brazos y las piernas y el resto del cuerpo hechos de manera distinta al de las otras mujeres. ¿Es que es de oro o de plata?

Ansiau estimaba a su hermoso primo y no se molestaba por sus bromas. Por lo demás, la caza lo ocupaba bastante y acabó por olvidar un poco a su dama.

Y Aalais se dio cuenta bien pronto de que se hallaba de nuevo encinta. Ya la primera vez había tenido miedo, cuando aún no sabía lo que suponía aquello. Pero ahora estaba simplemente aterrorizada. Pensar que cada invierno iba a sufrir esos meses de enfermedad y que a cada primavera iba a correr el

riesgo de morir; qué horrible vida. Era mejor no casarse nunca. Comunicó la novedad solamente a Catherine y las dos comenzaron a usar todos los resortes de su imaginación y de su experiencia para hallar un medio de abortar. Pero el tiempo era demasiado malo para las largas caminatas a caballo y para los baños en el río; calentarse en los baños y deslizarse por las escaleras se revelaron medios ineficaces; y Aalais no sacó más que un buen cardenal en la pierna izquierda. Si por lo menos hubiera estado allí Irma...

Así pues, Aalais tuvo que resignarse a confesar su estado al barón cuando éste regresó de Seuroi. Él no quedó muy

satisfecho, pero tuvo la generosidad de consolarla, diciéndole: «Después de todo, no es culpa vuestra». Y por primera vez en su vida, Aalais sintió la desaparición de su suegro que, al menos, no hubiera considerado al niño que iba a nacer de ella como un peso inútil y un contratiempo; para él, al menos, el acontecimiento hubiera sido una gran alegría. En cambio, ahora, nadie se interesaba más por ella, ni por su salud, ni por el futuro niño. Sentíase sola, abandonada y ni siquiera tenía el valor de reprochar a Ansiau su indiferencia, tan grande era la ternura que sentía por él.

Muy a su pesar, Ansiau se apartaba

de ella cada vez con mayor frecuencia y prefería pasar el tiempo en Seuroi con André, Thierry, Simon y con Rainard, al que había terminado por estimar. Aquel desagradable personaje, la vergüenza de la familia, la peste del país, había conservado cierta gracia en sus maneras: Herbert y él eran hijos del mismo matrimonio y eso se notaba. Cojo, desdentado, con los ojos hundidos y la barba rala, hallaba siempre manera de presentarse bien y llevaba su túnica sucia y zurcida como Herbert llevaba su balandrán de seda.

Durante todo el invierno en Seuroi se organizaban las batidas al lobo y al oso. Por las noches, después de la caza,

dormían sobre la paja cerca de la gran chimenea. Esa mansión sin mujeres iba bien al humor de Ansiau, que cada vez sentía mayor inclinación al desorden, la ociosidad, la vida simple. Contentábase de buena gana con un gran pedazo de pan y ajo por toda cena y permanecía semanas enteras sin quitarse su tunique de cuero y sin lavarse la cara. Y cuando regresaba a Linnières, Aalais juntaba las manos.

—¡Dios mío! ¡En qué estado venís!

Lo lavaba y peinaba como a un niño, a pesar del trabajo que le costaba moverse, pero era demasiado celosa para dejar ese cuidado a otras mujeres. Y por las noches, el niño que llevaba en

el seno le impedía dormir con sus saltos y movimientos. Comenzaba a pensar en él con ternura y se decía: «Será un guerrero».

II

LOS PARIENTES

LA MARCA DE PUISEAUX

Cerca de Troyes, donde se han preparado para los juegos numerosos recintos y campamentos, se disponen las tiendas plantadas en la hierba gris. Grupos de gente que van llegando — caballeros con sus escuderos, mirones,

mercaderes, mendigos— bullen entre los reales y sus alrededores y en tomo a los campos del torneo. A una legua de distancia llegan el mido y las voces. Las posadas y tabernas de la ciudad están llenas de gente festiva con sus vestidos abigarrados; el atrio del castillo condal permanece con luz toda la noche.

Los tres primeros días son los dedicados a las visitas oficiales entre parientes y amigos que no se han visto desde las últimas fiestas. Entretanto, se han acordado treguas e incoado procesos. Los aficionados al juego se apretujan en tomo a las mesas de dados o de ajedrez; otros hacen apuestas sobre los resultados de las justas. Y la

animación sube de punto cuando van a empezar los combates; primero, singulares; después, en reducidos grupos; y por último, al tercer día, la verdadera batalla en la que intervienen todos los caballeros todavía válidos, repartidos en dos campos contrarios.

Entre esa muchedumbre ruidosa de hombres de barbas cuidadas o crespas, de cinturón blanco sobre túnicas coloridas, Ansiau paseaba con la cabeza alta, seguro de la estima de todos y dispuesto a conceder la suya a quien la mereciera. No conocía, ni de vista ni por sus nombres, a la mitad de los caballeros llegados al torneo, pero no se sentía aquí más extraño que en

Linnières. Como no tenía hermano, acabó adoptando por suya a la familia de Herbert, su tío; y en todas partes se le veía con sus primos, sobre todo con André, su mejor amigo.

Una imagen de Herbert: paseaba siempre con sus cuatro hijos, Simon, André, Izembard y Ogier. Sentíase orgulloso de su descendencia y no le faltaba razón, porque eran mozos bien plantados y robustos, más altos que él, de soberbia estampa y bravos de corazón. Cuando paseaba por el campamento con su cabellera roja al aire, su gran capa de color azul vivo echada sobre los hombros y rodeado de sus cuatro espléndidos muchachos,

esbeltos en sus largos balandranes de lana roja y blanca —y Ansiau, el quinto, el más corpulento de todos—, las damas se volvían a su paso y los hombres los acogían con respeto. Todos los hijos de Herbert eran tan pelirrojos como el padre, excepto André: los cabellos de lino de su madre debieron de desteñir el rojo cobrizo del cabello paterno; y su pelo y su barba parecían oro puro. Aunque bastardo, André era, de todos sus hijos, el que más halagaba el orgullo paterno; de belleza más radiante cada día, hábil en las armas, la caza y el fuego, tan astuto como valeroso y tan leal como alegre, André era un hijo del que podía estarse justamente orgulloso.

Herbert lo amaba tal vez más que a los otros; pero respetaba los derechos de sus hijos legítimos y había decidido, de acuerdo con el mismo André, Simon, Izembard, Ogier y Hue de Baudemant, tío de sus tres hijos, que Simon recibiría (una vez muerto él, Herbert) sus armas, su vestuario y su gran cofre; Izembard y Ogier heredarían las otras dos arcas que Herbert poseía en Linnières; el joven Garin, hijo de Bone de Traignel, tendría la mitad de la dote de su madre y la otra mitad se repartiría entre sus hermanas; en cuanto a André, no tendría parte en la herencia. En cambio, Herbert — mientras viviera en este mundo — concedía a André más señales de afecto

y de confianza que a ninguno de sus otros hijos; y era tal el encanto personal del joven que ninguno de sus hermanastros sentía celos.

Aquellos días, Herbert estaba muy ocupado en concluir el asunto de los señores de Chalmiers, por los que sentía simpatía. Herbert tenía a menudo esas pasiones repentinas que nunca duraban demasiado; pero hay que añadir que pocas veces traicionaba a sus amistades.

Los señores de Chalmiers querían a toda costa adquirir de nuevo las tierras de su padre, que consideraban usurpadas por su madrastra. Pero ésta había obtenido del vizconde el reconocimiento de los derechos de su hijo y prestado

homenaje en su nombre. Sus derechos eran discutibles y todo el mundo acusaba de parcialidad al vizconde. Los dos hermanos de Chalmiers eran pobres. Pero Herbert de Linnières se puso de su parte con el calor que siempre ponía al ocuparse de asuntos ajenos. Hallábase en buenas relaciones con el judío Abner, uno de los ricos usureros de Troyes, y se comprometió —él con varios amigos— a dar garantías a los señores de Chalmiers para un préstamo de dos meses al 1,5 por ciento al día.

La tienda de Abner estaba algo apartada de las demás, con las de los mercaderes, y allí desplegaba un lujo a propósito para deslumbrar a sus

clientes, acostumbrados a gastar más dinero en armas que en alfombras y cortinajes. Él mismo, vestido de terciopelo bordado en oro tocado con enorme turbante de brocado sujeto por un broche de diamantes, parecía más un emir que un simple usurero. Herbert aseguraba que era una verdadera lástima el que el dinero de honestos cristianos se empleara en adornar a un perro judío; pero en el fondo, Abner no le disgustaba. Lo conocía hacía años y mantenía con él relaciones tan amistosas que eran motivo de que se le acusara de impiedad.

Obtenido el dinero, los señores de Chalmiers abandonaron el torneo para ir

a buscar en Troyes armas y hombres; pensaban caer de improviso sobre el castillo de Edith para desalojar de él a la madrastra, antes de que ella pudiera cerrar las puertas. Desgraciadamente, uno de los hermanos de Edith, Robert de Lorgi, había notado su desaparición y envió a un escudero a Chalmiers para avisar a su hermana.

Edith de Lorgi, viuda del señor de Chalmiers, era mujer joven y la primera belleza del país. Casada a los catorce años con el barón de Chalmiers, que tenía sesenta, quedó viuda cuatro años después; y como su marido vivía enemistado con sus hijos (a los que había expulsado del castillo) aprovechó

esa circunstancia para investir del dominio a sus propios hijos, con detrimento de los hijastros. Era la época en que, delicada y blanda bajo su blanca cofia de viuda, acudiera a pedir ayuda al vizconde Arembert: en esa ocasión la vio por primera vez Herbert en las fiestas de Paiens, donde él mismo había acordado los desposorios de Ansiau con Aalais de Puiseaux. Sintió por la viuda aquel deseo violento que en general sentía por todas las mujeres muy bellas y admiradas; y Edith, de haberlo conocido mejor, se hubiera decidido a complacerle por unas horas, por unos días a lo más, porque Herbert prometía el secreto seguro. Pero la mujer era

joven, valerosa y sin experiencia; se conformó con reírsele en su misma cara al enamorado exuberante de suspiros y tan seguro de sí mismo; con lo que no hizo más que crearse un enemigo mortal.

Ansiau no compartía el odio de su tía la bella Edith, a la que, además, no conocía; pero bastábale saber que su tío Herbert tomaba el partido de los dos hermanos de Chalmiers y la querrela de éstos se convertía para él en cosa propia.

Durante los días anteriores al torneo, Ansiau tuvo que visitar a sus hermanas, o mejor dicho, hermanastras, Marsan, Mahaut y Ala; Marsan, viuda de un señor de Breul; Mahaut, esposa de Jean

de la Châtre; y Hue de Baudemant. Sus otras hermanas, Marie y Bella, no habían acudido, lo mismo que la más joven, Ida, religiosa en el convento de la Santísima Trinidad. Ansiau no sentía ningún lazo de parentesco con aquellas mujeres maduras, altaneras y sin belleza, a las que casi no había visto nunca: Marsan tenía los ojos incoloros, el gesto desdeñoso y la papada del viejo barón de Linnières; y Ansiau, pensando en su padre, se extrañó al observar que sólo había pasado un año desde la muerte del viejo señor del castillo. En esos doce meses él mismo había pasado de joven a hombre, a soldado, a barón estimado y conocido en toda la baronía. Trataba a

sus hermanas y a sus cuñados por igual y eso le parecía naturalísimo. En cuanto a sus hermanas, seguía siendo para ellas siempre y ante todo «el hijo de la Laurence» y sólo de mala gana lo reconocían heredero legítimo del castillo en que ellas nacieran. No se ofendía por ello Ansiau, sabiendo perfectamente lo que suelen ser las relaciones entre madrastra e hijastra. Además, casi había olvidado la existencia de aquella Laurence: tuvo una madre, como tuvo su primera cuna, sus primeras palabras, su primer juguete. En el cementerio de Hervi yacía, junto a las demás mujeres del viejo Ansiau, una cierta Laurence du Mahiet; y para

Ansiau no había diferencia entre ella y las otras tres: hubiera podido nacer de cualquiera de ellas; sus tíos maternos eran borgoñones y nunca los veía.

El torneo proporcionó a Ansiau éxitos completamente inesperados: después de meses de ocio, estaba seguro de no poder batirse tan bien como los hombres que habían pasado el tiempo ejercitándose en Troyes o en los grandes castillos; por otra parte, su cota de malla estaba ya bastante usada, le venía estrecha y no tenía con qué comprar otra. A pesar de todo, se hizo notar por su habilidad y sobre todo por su empuje, ya que llegó a derribar a tres caballeros en los tres días de justas. Y como no

tenía ambición alguna, era el primer sorprendido de su propio triunfo; gustábale el combate por sí mismo, no por el provecho o la gloria. Ansiau fijó, con ayuda de André, el precio de rescate de sus prisioneros y pasó en su compañía una excelente velada; les ofreció bebida, les trajo para comer los restos de la cena servida en el castillo del conde, curó sus heridas y se esmeró en ser un anfitrión agradable. Se convino que los rescates podrían pagarse en un plazo de tres meses y Ansiau se encargó de proporcionar a cada uno caballo y capa para el viaje de regreso.

Aquella noche, en el campamento casi sumido en la niebla, las antorchas

ardían entre las sombrías tiendas; al son de pifanos y oboes, muchachos y doncellas danzaban en la hiera húmeda, cantando farandolas. El cielo estaba muy claro y a través de la niebla que subía del valle las estrellas parecían mojadas. Las sombras de los danzarines dejaban de ser rojas, verdes, azules, y poco a poco se hacían blancas y grises. Gritos y risas fueron amainando. De todas las tiendas se elevaba un alegre alboroto.

Ansiau, perdido entre la gente y la niebla, se estremecía ante cada silueta femenina de largas trenzas, seguro de encontrarse con Aalais. Pero no la vio en ningún sitio; era víspera de fiesta y la joven descansaba aquella noche en la

tienda de sus hermanas y parientes.

A la puerta de la gran tienda cuadrada, de la que salían risas frescas de muchachas, gritos agudos y nuevas risas, Ansiau se detiene a escuchar. Aunque no le estuviera vedado el ingreso, no se arriesgaría a entrar, porque ése es un mundo que él no conoce y le parece hostil y extraño. Las muchachas se ríen de tantas cosas de las que a un hombre no se le ocurriría reírse, y hablan de amores, de amistades, de vestidos y cintas y se burlan de uno sin que haya dado motivo para ello. Ha pasado el tiempo en que él las trataba como si fueran mozos. Allí está, esperando a la única que no le

infunde temor. Aalais, advertida por la sierva, acude a hablar con él a través de la abertura que hace de entrada.

—No se puede entrar, amigo mío, porque todas las muchachas están desnudas.

—Quisiera veros, señora.

—No puedo, amigo mío; me he desvestido ya.

—Podéis echaros un manto sobre el hermoso cuerpo, señora, y salir de la tienda. No hace frío alguno.

—Voy, amigo mío —dijo con un suspiro la dulce vocecilla.

Arrebujada en su manto de lana, ágil y menuda como una llamita, Aalais está allí, ante él, estatua sin brazos,

dejándose acariciar por sus manos, sin responder, inmóvil y dulce... Otra vez está allí, igualmente bella al cabo de tres semanas, porque ahora tiene otro niño que duerme en su misma almohada, un pequeño ser de cabeza sin cabello, que chilla sin descanso; Aalais cree que es aún más bonito que su hijo mayor; se llama Herbert.

—¿Estáis contenta de mí, querida?

—Muy orgullosa; todas mis amigas me envidian.

—Mirad: con los rescates de mis prisioneros os compraré brocado de oro.

—¡Oh! —Aalais ríe de placer—. Sabéis que no os amo más o menos por

eso. Lo que deseo sobre todo es que no miréis a las demás mujeres; en el torneo os contemplarán todas con simpatía...

—Entonces, venid a pasear conmigo por el prado.

—No, no. Eso es pecado.

Le dio un beso y se arrancó de sus brazos para desaparecer en la tienda.

Aalais estaba muy contenta de encontrarse con sus hermanas menores —Aliénor y Milessant— y orgullosa de mostrarles sus dos pequeñuelos. «Y si supierais cómo me ama mi marido —les decía—. No hay cosa en este mundo que él me niegue; ya veréis: pedidme lo que queráis que él haga por mí y lo hará.» Las dos jovencitas echáronse a reír y

Aliénor dijo: «Pedidle que vaya completamente desnudo hasta el castillo del conde». Pero hubo de arrepentirse de sus palabras, pues al día siguiente halló a Aalais hablando con André, el hijo de Herbert.

No había en toda la baronía hombre más hermoso que André, bastardo de Herbert el Rojo. Era alto y ancho de hombros, ceñido de talle y poderoso de pecho. Los rasgos de su cara parecían tallados en duro mármol blanco, sus grandes y alargados ojos brillaban entre pestañas de oro como dos zafiros de agua pura: eran de un azul intenso, ni violáceo ni verdoso, sino azul como las pervincas y el aciano; y tan vivos y

brillantes que parecían despedir chispas. Pero lo más bello de André era su cabello, que le bajaba hasta los hombros, ondulado, sedoso, brillante, color trigo maduro y oro fundido. Separados en lo alto de la cabeza por una raya recta, sus cabellos descendían a ambos lados del rostro, formaban finos anillos en las sienes y se ondulaban en sus extremos. Su barba, corta y espesa, estaba rizada y recia como la lana de un cordero y brillaba con reflejos de oro rojo y pardusco. Vestido con una simple túnica de lana gris, ceñida por un cinturón de cuero, André tenía mejor aspecto que un conde. Llevaba erguida la cabeza y no bajaba los ojos ante

nadie.

André regresaba del campamento, en el que los hombres hacían ejercicio de tiro, y se apoyaba en los caballetes de madera donde Aalais estaba sentada con otras damas jóvenes del vizcondado. Aliénor llegaba corriendo en ese momento para decir a su hermana que había una vendedora con un gran cesto de fresas. Pero en seguida se detuvo, abrió la boca y palideció; André echó hacia atrás su cabellera de oro y dijo:

—Salud, hermosa prima; Dios os conserve siempre tan bella.

A lo que Aliénor nada replicó y, de blanca que estaba, se puso colorada. André saludó a las dos jóvenes y se fue.

Aalais se echó a reír al ver a su hermana muda, con los ojos de par en par, y preguntó:

—¿Acaso habéis visto a un fantasma?

Aliénor se cogió a su brazo:

—Por Dios, hermanita, ¿quién es ese caballero?

—André, el primo de mi esposo —dijo Aalais—. El hijo de Herbert el Rojo. Bastardo.

—¿Casado...?

Aalais rió:

—¿André? No.

—Hermanita, mi vida, mi blanca perla —dijo Aliénor, ciñéndose a su hermana—, presentadme a ese

caballero: os amaré y serviré durante toda mi vida.

Aalais frunció el ceño; reflexionó y por fin dijo:

—Ni lo penséis, hermana. No seríais feliz con él.

Al momento, Aliénor se mostró agresiva:

—¿Cómo lo sabéis?

—No le gustan las mujeres.

—¡Vaya! —dijo Aliénor desolada—. ¿Acaso ama a los hombres?

—Oh..., no lo sé. Sólo creo que..., que no le gustan las mujeres nobles. Se burla de todas las que lo aman.

—Nada me importa, con tal de que sea mío —dijo Aliénor.

—No —insistió Aalais—. No penséis en eso. Os hará llorar demasiado.

—Bien: diré entonces que no os atrevéis a pedirselo a vuestro marido —exclamó la joven—. Presumíais sin razón. No podéis arreglar una boda así y me venís con que no lo piense. Sé bien que si vuestro hombre se lo manda, su primo se casará conmigo.

—Es necesario que lo quiera su padre —dijo Aalais.

—Conozco bien al padre: querrá si vuestro esposo se lo pide.

—Pero todo esto es estúpido: ni siquiera sé cómo pedir una cosa así a mi marido.

Aliénor gritó:

—¡Orgullosa! ¡Mentirosa! Sé muy bien que no podéis nada. Pero si no lográis que ese hombre se case conmigo, me entregaré a él tal como soy y eso constituirá una vergüenza para toda la familia.

—¡Dios mío! ¡No! —dijo Aalais—. ¡Dios os libre! Hablaré. Haré lo que pueda. Pero no hagáis tal cosa.

Aquella noche citó a Ansiau en el prado, bajo el olmo, y le dijo que tenía que pedirle un gran favor.

—Si no me lo concedéis, pensaré que ya no me amáis.

A lo que respondió él con naturalidad:

—Lo haré todo.

—Juradlo.

—Lo juro, lo juro.

—Y yo, amigo mío, juro que no volveréis a tocarme hasta que me lo hayáis cumplido.

Ansiau hizo un mohín:

—Veamos... ¿es demasiado largo?

—No —dijo ella—. Sólo se trata de que André prometa hacer lo que voy a deciros.

—André me aprecia mucho —contestó Ansiau— y hará cualquier cosa por servirme. De ello estoy bien seguro.

—Pues bien..., pero no se lo digáis a nadie más que a él. Mi hermana Aliénor está muy enamorada de él y lo quiere

por marido; es preciso que la pida a mi padre: no os la negará.

Ansiau dijo:

—¡Diablo! Vuestra hermana tiene buen ojo. Pero os digo que si André accede será por darme gusto, pues no lo creo con prisas por casarse.

—Aliénor es muy bonita —dijo Aalais—, bastante más que yo, aunque sea morena; y de buena casta. André podrá estar orgulloso de ella.

Ansiau tenía sus razones para apresurarse en arreglar aquel matrimonio; habló de ello con André y con Joceran. André aceptó; ¿por qué no hacer un favor a un amigo? Y Joceran amaba a su yerno y no estaba de humor

para negarse. André era bastardo, pero hombre brillante; todas las mujeres se lo envidiarían a Aliénor. Se acordaron los desposorios durante el torneo y el hermoso André puso una sortija en el delicado dedo de la joven morena que lo devoraba con los ojos y no veía más que a él. Aliénor era más hermosa que bonita; su rostro era muy fino y regular, con una boca pequeña, grandes ojos oscuros, dos largas trenzas negras y estrechas. Pero no era el tipo que gustaba a André. El joven fue un prometido frío y mesurado, aunque lleno de benevolencia. Sólo Aliénor hizo el gasto de su romance de amor, y tenía imaginación por los dos, pues era una

cabecita inflamada aquella hija menor de dama Hodieme, que por algo era nieta de una provenzal. Durante las breves visitas de cortesía que André hacía a las señoras de Puiseaux, Aliénor le recitaba gravemente su catecismo de galantería y aceptaba las menores sonrisas del hermoso caballero igual que si fueran dones del mismísimo cielo. Con los hombres, André hablaba mucho y bien; pero era incapaz de hilvanar tres palabras seguidas en presencia de una damisela. Con las mujeres era generalmente tosco, porque había pasado tres años en un convento, ya que su pare meditaba hacerlo hombre de iglesia.

Los padres decidieron que las bodas se celebrarían en Pentecostés, pues se trataba de arreglar antes la querrela de los señores de Chalmiers; y Aliénor palidecía y adelgazaba a la espera del gran día. Pasadas las fiestas, hubo de regresar a Puisieux con sus hermanas y dijo adiós a su caballero bajo la tienda de Joceran; estrechó su frente y sus mejillas contra el pecho de André —él era mucho más alto que la joven— y le pidió que no la olvidara.

—No, claro que no —dijo André.

Y ella:

—Moriré esperando a Pentecostés.

El mozo rió:

—Vamos, vamos...

—Suceda lo que suceda —añadió Aliénor— os juro por mi cruz que no seré de otro que de vos.

Pero André no era capaz de jurar lo mismo.

Los hermanos de Chalmiers sabían que era imposible desalojar del castillo a su madrastra por la fuerza. Así decidieron, de común acuerdo, hacer entrar en razón a la dama mediante promesas y amenazas. Debería ceder a sus hijastros, si no el castillo, por lo menos la mitad de las rentas del feudo y ellos consentían en servirla, si así lo deseaba. «Lina vez dentro —decía Auberi de Chalmiers— sabremos arrancarle dientes y garras.»

El castillo de Edith, llamado en el país castillo de Javernant, sólo distaba dos leguas de Puiseaux. Joceran invitó a los señores de Chalmiers y de Linnières a que acudieran a su casa y, desde allí, a la aldea de Chalmiers, a los confines de su dominio y el de Edith. Allí plantaron sus tiendas en el prado y enviaron un mensajero a la señora de Javernant: si la dama quería salir del castillo y venir a plantar sus reales al otro extremo del prado, acudirían a hablar con ella para arreglar sus diferencias. Los caballeros de Linnières y Puiseaux garantizaban la lealtad de los señores de Chalmiers.

Edith acudió, en efecto, con una escolta de hombres armados; y sus

adversarios vieron en seguida destacarse sobre el bosquecillo de hayas tres tiendas blancas rayadas de azul. La dama ordenó izar en la más alta de las tiendas su pabellón blanco y rojo y envió a un jinete para dar comienzo a las conversaciones. Auberi y Gautier declararon que no acudirían: sería como meter la mano en la boca del lobo. Edith —aseguraban— haría apuñalarlos por la espalda. Podrían ir en su lugar los señores de Linnières. Herbert dijo que él no iría: detestaba demasiado a aquella mujer y no deseaba verla. Más bien correspondía acudir a Joceran de Puiseaux: era vecino de la señora y nada tenía que ganar en el asunto; además, de

que hablaba mejor que ningún otro. A lo que dijo Joceran:

—Está bien. Es mi cruz. Tomaré conmigo a diez hombres armados y os dejo en rehén a mis dos hijos; si no actúo como es mi deber, tenedlos prisioneros.

La tienda de Edith está bien provista de cojines de lana a rayas blancas y rojas. La dama aparece sentada en el centro; un largo velo blanco cubre su cabeza; tiene los ojos bajos y las manos juntas; parece inmóvil, como una estatua. A sus dos lados se sientan sus hermanos, Enguerrand y Robert de Lorgi; y tras ellos, en pie, están los vasallos de la señora.

—¿Nos traéis paz, señor caballero?

—Sí, si hacéis nuestra voluntad, señora.

Edith invitó a Joceran a sentarse a su derecha y le pidió que le explicara qué pedían sus hijastros. «Es un placer —añadió— que nos hayan enviado como mensajero a tan noble varón, famoso y valiente.» Joceran se irguió, carraspeó un poco y se alisó la barba para lucir las sortijas de sus dedos. Palpitaron las aletillas de su nariz y las comisuras de sus labios se elevaron, mientras los párpados de Edith se movían sin lograr esconder el brillo de sus ojos.

Joceran comienza a contar, uno tras otro, sus hechos de guerra, bajo la atenta

mirada de los señores de Lorgi; pero su sonrisa habla de algo bien diverso de los golpes de espada, porque está viendo cómo el pecho de la dama se agita cada vez más bajo la delicada mano cubierta de anillos.

Cuando Edith se levanta para despedir a sus hermanos y sus huéspedes, Joceran deja pasar delante a los señores de Lorgi y a los vasallos y deja caer tras ellos el tapiz que cierra la entrada. Con risa gutural, Edith echa por tierra su velo, el manto que cubre sus espaldas, su pesado cinturón. Por un momento, Joceran queda tan sorprendido por la belleza fulgurante de la mujer, que no osa moverse y está como pasmado.

Después, con un fuerte empujón, hace rodar a la dama sobre los almohadones de la tienda.

Al día siguiente, en presencia de los señores de Lorgi, de la dama y de Joceran de Puiseaux, el escribano de Edith de Chalmiers, redactó un convenio por el que Edith se comprometía a reconocer a sus hijastros como herederos en el caso de que murieran sus propios hijos y a pagar a cada uno de ellos veinte marcos de plata anuales.

Pero cuando el documento firmado por Edith fue leído por el clérigo Jehan en la tienda de Ansiau de Linnières, Joceran fue el primero en darse cuenta de que las cosas no eran tan sencillas

como él había creído. Auberi de Chalmiers dijo:

—¿Acaso somos unos mendigos? ¿Qué vamos a hacer con esos veinte marcos? ¿No hemos pedido prestados a Abner diez veces más?

Y su hermano exclamó que, a menos de ir a dar muerte a los bastardos de Edith en el castillo de Javernant, no habría medio de heredar de ella.

—¡Por el cuerpo de san Thiou, compañero! —gritó Herbert, sorprendido—, ¿qué es lo que habéis jurado por vuestra cruz?

—¿Acaso os habéis vuelto loco, padre, para traicionamos de ese modo? —lanzó Ansiau.

La palabra estaba dicha y todos los caballeros saltaron en pie en menos de un segundo. Joceran, muy colorado, se llevó la mano al cinturón:

—¿Quién se permite insultar a sus huéspedes en su propia tienda? —dijo.

—Bueno —intervino Herbert, conciliador—, explicaos los dos. Sois parientes próximos y no debéis hablar sin reflexión. Sobrino mío, sois joven y habéis dicho algo que no pensáis.

—¡Sí lo pienso, por el cuerpo de la Virgen! —dijo Ansiau, apartando a su tío—; este hombre se ha dejado embriagar como un bruto, o bien ha traicionado a plena conciencia: esas cosas no se hacen.

Una explosión de voces furiosas y de gritos amenazadores, seguida de un altercado en el que Joceran y sus dos hijos tuvieron que defenderse contra doble número de caballeros: Baudouin, rojo de furor, se lanzó sobre Ansiau y, estrechándolo contra el mástil de la tienda, le arrancó la aletilla derecha de la nariz con la punta del puñal, diciéndole: «¡Ah, oso, ya estás marcado!». Los de Linnières lo cogieron por los brazos e iban a hacer en él un escarmiento, pero Joceran y Thibaut consiguieron librarlo a fuerza de puñetazos y cuchilladas; con lo que los tres abandonaron la tienda, caminando de espaldas y con los puñales en la

mano, llamando en su ayuda a sus propios hombres.

Aquel mismo día, Joceran y los suyos estaban en el campamento de Edith.

Los de Linnières, obligados a retirarse por bosques y pantanos, perseguidos por los hombres de Joceran y de los señores de Lorgi, albergábanse en las espesuras, en torno a hogueras de ramas mojadas que se negaban a arder. La fina lluvia calaba poco a poco sus ropas y no les quedaba ni tiempo ni lugar para plantar las tiendas.

Ansiáu, echado por tierra, con la cabeza hundida entre hojas frescas y hierba mojada, lloraba cálidas lágrimas

de furor y vergüenza, repitiéndose: «Voy a castrarlo... voy a castrarlo...». Su herida se había infectado y le hacía sufrir; y las lágrimas la irritaban más.

¡Ay! ¡Todo ha terminado! Ya no tendrá derecho a mirar a nadie a la cara. Las mujeres volverán sus ojos a otra parte, riendo, cuando él pase. ¡Ya no tendrá su hermoso rostro... a los dieciocho años! Los hombres, al verlo, dirán: «Ése se ha dejado marcar por otro más fuerte que él»; y se reirán moviendo los hombros y diciendo: «Lleva en su cara la marca de Puisieux». Baudouin debe de estar ufanándose ante la dama de Chalmiers y sus hermanos y les contará: «El señor de

Linnières no volverá a olvidarse de mí en su vida; y quien lo mire pensará en mí y en mi cuchillo».

Entretanto, Joceran vivía alegremente en Javernant, cuyo dueño y señor era de hecho. Hacíase servir en el baño por las sobrinas de Edith; vestíase de seda y brocado; hacía beber a sus soldados y vasallos los vinos más añejos de las bodegas del castillo; se acostaba con la señora (aunque no desdeñaba a las siervas) y tenía encendidas las antorchas noche y día. Edith estaba tan enamorada de él que le dejaba hacer todo y no se cansaba de admirarlo y aprobarlo en todas sus extravagancias.

Enguerrand y Robert de Lorgi, indignados por la desvergüenza de su hermana, intentaron hacerla entrar en razón, pero ella no hizo más que reírse de sus preocupaciones. Y un día, cuando se hallaba a la mesa con Joceran, Baudouin y Thibaut, en su pequeña sala del torreón, Robert fue a visitarla y la abrumó de groseras injurias, porque estaba embriagado. Roja de cólera, Edith se alzó de la mesa, cogió el caldero de sopa que se calentaba al fuego y antes de que Joceran pudiera evitarlo, derramó el hirviente líquido sobre la cabeza de su hermano. A los gritos de dolor del herido, Enguerrand acudió con su hijo y sus vasallos; a

Robert se lo llevaron desvanecido, y aquel mismo día los señores de Lorgi salieron del castillo con todos sus hombres y parte de los vasallos de Edith, indignados contra su señora. Robert, cubierto de sangrientos vendajes, fue arrastrado sobre unas parihuelas por el patio de Javernant. En pie junto a la ventana del torreón, Joceran veía alejarse el triste cortejo y sentía que las lágrimas le asomaban a los ojos a la idea de que Robert de Lorgi había sido uno de los más bellos hombres del condado. Y cuando Edith se acercó a él para abrazarlo, le escupió a la cara y le dijo:

—¿Quién podrá amarte, ramera,

después de lo que has hecho al hijo de tu madre?

—Más haría por vos, amor mío. Prefiero vuestros salivazos a los besos de cualquier otro. Cuando os hayáis ido de mi lado podréis ufanaros de haber hecho de Edith vuestra sierva. No hay otro hombre que pueda decir lo mismo.

Joceran de Puiseaux pasó un mes entero en Javernant, sin cuidarse demasiado del peligro a que se exponía: los de Linnières no pensaban más que en el modo de vengarse y se disponían a caer sobre el castillo indefenso y para ello se pusieron de acuerdo con sus vecinos, los señores de Hervi. Por otra parte, Robert de Lorgi, desfigurado,

ciego, cubierto de llagas, hacía llevar de un castillo a otro para incitar a la caballería del país contra su hermana y Joceran.

Por su parte, Joceran empezaba a cansarse de Edith: no le gustaba en absoluto ser el décimo o duodécimo amante de la dama y suceder en tal oficio a vasallos y palafreneros; además, repugnábale vivir en adulterio a la vista de todo el mundo. Y un buen día manifestó a la señora de Chalmiers que tenía que volver a Puiseaux.

—Sí, sí —dijo ella—. Os he hecho mal, no lo niego: partid y que Dios os guarde.

Y estalló en sollozos. Enternecido,

Joceran la besó por última vez en los ojos y fue a ordenar que ensillaran sus caballos. Aquel mismo día dejó el castillo, con sus hijos y vasallos y cargado de rico botín de telas preciosas, oro y pieles que Edith le regalara antes de su marcha.

El regreso de los hombres a Puiseaux fue celebrado con un gran festín. Joceran repartió entre su esposa, sus hijas y sobrinas las joyas que Edith le regalara; y todos los hombres, hasta el último gañán, recibieron un presente. Dama Hodieme, sentada a su derecha, con la frente ceñida por una diadema de perlas y corales —tocado de la bella Edith— mostraba un rostro más oscuro y

estúpido que de costumbre; sus mejillas eran de color terroso y las ojeras le llegaban hasta la mitad de la cara. Era una mujer en la picota.

Al día siguiente, Joceran tomó consigo a su hijo Thibaut y una veintena de hombres armados y fue a ver a su vecino Fromond de Buchie, de quien pretendía hacer un aliado. Joceran lo encontró en el patio del castillo, ocupado en beber en una copa de madera la sangre de un toro al que acababa de hacer matar. A los treinta años, Fromond era poderoso de cuerpo, rojo de rostro; su barba era fuerte y rubicunda y la ceja izquierda aparecía hendida por una gran cicatriz.

—¿Queréis ayudarme en la guerra contra Ansiou de Linnières? Me ha desafiado varias veces y lo espero de un momento a otro en mis tierras. Se ha aliado a los de Hervi. Y tendrán que pasar por Courtelon para venir a Puisseaux y Courtelon es de vuestra sobrina.

—No quiero perjudicaros, ni quiero perjudicarme. Pero ¿qué recompensa me ofrecéis?

—Soy vuestro amigo —dijo Joceran—, no hay hombre a quien considere igual a vos en fuerza. Como garantía os prometo la mano de la hija a quien más amo, Aliénor; si os gusta, será vuestra antes de que vayamos a la guerra.

—Sí —dijo Fromond—, necesito mujer, puesto que la mía ha muerto hace tres semanas. Pero creí que esa hija de quien me habláis estaba ya prometida.

—Ya no lo está —replicó Joceran con la mayor calma—, puesto que estoy en conflicto con los Linnières. He jurado no darla sino al más valeroso caballero de la castellanía. Preferiría verla en un convento a que se casara con un cobarde.

Dos días después, Joceran regresó a Puiseaux, acompañado de toda la guarnición de Fromond; éste llevó consigo a sus sobrinos, diez hombres de armas, sus vasallos, unos treinta soldados, caballos y armas. Él mismo se

había revestido, para entrar en Puiseaux, con sus mejores ropas; llevaba una larga tónica de lana roja y un manto recamado. Joceran dio la orden de encender cirios en la capilla y preparar la cámara nupcial en el torreón izquierdo de la fortaleza.

—¿Es que vais a casar a nuestra Milessant? —preguntó la señora.

—Milessant puede esperar. A Fromond le he prometido a Aliénor; que se arranquen la barba por la rabia los de Linnières.

—Es un pecado, barón: y no lo haréis.

Sin prestar oídos a su esposa, Joceran volvió al patio, hizo

descabalgó a su huésped y lo acompañó a la sala.

Aliénor se encontraba en el dormitorio con sus hermanas; desde la ventana había visto llegar a su padre con Fromond y sus soldados.

—Miessant —dijo—, ahí tenéis a un hermoso caballero para vos. Apostaría a que se ha vestido así para una boda.

Milessant, que sólo tenía trece años, se santiguó con espanto y sacudió su oscura cabeza.

—Dios no lo quiera —dijo—. Tengo miedo... Es Fromond de Buchie.

—Si no amara ya a otro —comentó Aliénor—, yo no diría que no: lo he

visto pelear...

Después, vio a su padre entrar en la estancia y avanzar hacia ella: «Venid, mi tortolica —le dijo—. No tengáis miedo. Venid, os lo diré todo».

Aliénor sintió que el corazón se le hacía más pesado que el plomo dentro de su pecho; le pareció que las piernas le fallaban. Y siguió a su padre sin replicar.

Vio en medio de la sala a Fromond de Buchie, todo rojo y oro, rodeado de sobrinos y vasallos.

—Aquí tenéis a mi hija —dijo Joceran—. Os desafío a que encontréis otra más bella y más noble en toda la región.

Fromond pasó del rojo al carmesí y descubrió sus fuertes y blancos dientes.

—¡Por san Jorge y san Miguel! — dijo—. La quiero.

Y no pudo decir más. Pero sus grandes ojos amarillos miraban a Aliénor, vacíos y ásperos.

—Padre mío —dijo Aliénor, turbada—, aquí no hay más que hombres: permitidme subir arriba.

—Id —respondió Joceran—. Y poneos vuestro mejor vestido para la cena.

—Bien —dijo Fromond cuando la joven se hubo ido—. ¿Está dispuesto el sacerdote? ¿Tendrá tiempo de echamos la bendición antes de la cena?

—Temo que no —dijo Joceran—. El sol ya está muy bajo; y es mejor dejarlo para mañana. No hay prisa.

—¡Perro sol! —dijo Fromond, furioso—. Compañero, hermano: si me dais a vuestra hija, os serviré el tiempo que sea y gratis.

Al día siguiente, un muchacho, cubierto de sangre, se cogió a las barras de la puerta de entrada de Puiseaux. Era el hijo del molinero de Bercy, tierra que Joceran poseía a la parte de Hervi.

—Han matado a mi padre —decía el muchacho—, han saqueado el molino... Arrojaron las piedras de moler agua y rompieron las compuertas. Han puesto la cabeza de mi padre entre las muelas del

molino.

—¡Perros! —gritó Joceran—. Vamos a echarlos antes de que lleguen aquí.

—Hermano —intervino Fromond—, es justo que os recuerde vuestra promesa. Me prometisteis concederme a vuestra hija antes de partir.

—Y mantendré lo prometido. Saldremos al amanecer y esta noche celebraremos las bodas.

El castillo resonaba de arriba abajo con el choque de hierros, martillazos contra los escudos y los yelmos estropeados, que había que dejar de nuevo en uso. Las mujeres reparaban y zurcían apresuradamente mallas,

gualdrapas y hopalandas y reforzaban las hebillas de los cinturones y las pieles.

En la pequeña capilla, dos monaguillos y el sacerdote disponían los cirios blancos y cubrían los bancos de hojas verdes. Joceran iba y venía de un lado a otro, con el cabello en desorden, la frente sudada, nervioso, pasando incesantemente de la alegría a la cólera:

—¡Vaya! ¿Así se arregla un escudo? Ahora está más abollado que antes. Jacques, si el ternero no está aún adobado, haré que te pongan a ti en adobo en su lugar. Señora, id a quemar benjuí en la sala redonda y no olvidéis poner hierbas aromáticas entre la ropa.

La boda se celebró hacia la hora sexta, sin gran pompa. Aliénor, pálida bajo su velo de seda roja, manteníase en pie frente al sacerdote, dando la mano a Fromond, vestido con capa escarlata, y cuyo rostro carnosó pasaba por todos los matices del rojo; no apartaba los ojos de su prometida y ni siquiera lograba contestar convenientemente a las preguntas del sacerdote.

—¡Ay, señora, madre mía! ¿No puedo hacer nada por escapar a ese hombre? Mi alma está muerta; mi corazón se hiela en mi pecho. Defendedme, decid a mi padre que estoy enferma.

—Hija mía, os esperan abajo. Iré a

decirles que os sentís mal. Pero temo que no me creerán.

—Id, id y decídselo de todas maneras.

Aliénor besó con fervor las manos y los labios de su madre. Abajo, el ruido se hacía cada vez más intenso.

—¡Señora! —gritaba Joceran—. ¡Piden a la recién casada! ¡Traedla aquí!

La endeble silueta de dama Hodieme se dibujó en el umbral de la sala.

—Barón, nobles señores, mi hija no puede bajar; se siente mal y pide la excuséis.

A un mismo tiempo, Fromond, sus sobrinos y Joceran saltaron en pie, derribando sus escabeles.

—¡Ah! —gritó Fromond—. ¡Vos no mantenéis vuestra palabra, hermano!

Joceran enrojeció de cólera.

—¿Yo? ¡Lo veréis! Subiré y os la traeré de grado o por fuerza!

—Por el amor de Dios... — imploraba su esposa, tratando de detenerle.

—Dejad, señora. Si mi hija se permite afrentarme así ante mi huésped, yo sabré castigarla como se merece.

—Subo con vos —dijo Fromond—. Es mi esposa y también tengo mis derechos. No permitiré que nadie los menosprecie.

Al oír aquel ruido en la escalera, Aliénor creyó enloquecer de terror.

Corrió a ocultarse tras el lecho de su hermano Thibaut; después, como no podía quedarse allí, corrió a la ventana y después a la escalera que conducía a las habitaciones de las criadas. Después, una gran luz roja cayó de golpe sobre ella y su agitación desapareció. Con una especie de sombrío júbilo, se acercó al cofre de Irma, colocado junto al lecho de Baudouin. En ese cofre, Irma guardaba toda clase de hierbas, plantas, tinturas e ingredientes de los que se servía en las más variadas ocasiones. Abrió el cofre y empezó a devorar apresuradamente todo lo que venía a sus manos con aspecto comestible: un licor negro, una crema roja, polvos, una raíz

azul de olor muy fuerte; después, mientras la puerta se abría bajo un furioso empujón, cerró de nuevo el cofre y se irguió.

Joceran y Fromond estaban ante ella, rojos y jadeantes.

—¡Ah, la bella damisela! —gritó Fromond—. ¿Creíais que es tan fácil engañarme?

—Venid —decía Joceran a su hija—. Habéis debido olvidar el sabor de los látigos. Os he prometido y dado ante un sacerdote y no quiero caprichos.

Aliénor se llevó la mano al vientre y susurró: «Me muero...»; en seguida cayó al suelo entre violentas convulsiones. Fromond la levantó y acercó a la

ventana; el rostro de la joven se había puesto azul; sus manos estaban frías. Joceran, muy preocupado, cortó con su cuchillo el cinturón y el cuello de la túnica y corrió a buscar agua y a llamar a las criadas.

Durante varias horas, Aliénor luchó entre la vida y la muerte. Toda la noche la pasó entre vómitos de sangre y convulsiones. Joceran y la señora velaban a la cabecera del lecho; en cuanto a Fromond, Joceran logró convencerlo de que se trataba de mal de ojo y que aquella inesperada enfermedad nada tenía de grave; por lo demás, le cedió para aquella noche una hermosa y joven sierva, a fin de reparar

en parte el mal causado por la enfermedad de la recién casada.

—Estoy segura de que la niña ha tomado algo para ponerse enferma —decía dama Hodieme—, y si muere será porque vos lo habéis querido.

—¿Qué podía saber yo? —refunfuñaba Joceran—. Fromond es todo un hombre y de noble linaje.

Al amanecer del día siguiente, Joceran de Puisieux y Fromond de Buchie salían del castillo con sus tropas y armas para encontrar al enemigo en el camino de Bercy. Aliénor, todavía muy débil, quiso bajar al patio a decir adiós a los caballeros. Tenía miedo a excitar el odio de Fromond contra André y por

ello le sonrió con toda la buena gracia que le fue posible.

—Después de todo —dijo Joceran a su hijo—, la niña ha obrado prudentemente, supuesto que su salud no se haya quebrantado en exceso. Fromond no hará sino desearla más y más y así lo tendré con mayor seguridad en mis manos.

Los de Linnières y de Hervi habían llegado ya al bosque de Puiseaux cuando Joceran cayó sobre ellos por la espalda, estrechándolos contra el bosque y cortándoles la retirada. Los de Linnières eran, en total, quince caballeros, contando con Rainard y los hermanos de Hervi, y tenían cien hombres armados, a

pie y a caballo. Joceran no contaba más que con diez caballeros y sesenta hombres; pero iba bien armado y había conseguido sorprender al enemigo por la espalda. La lucha fue ardiente, sobre todo en tomo a Baudouin, Ansiau y Fromond.

Ansiau quería a toda costa desmontar a Baudouin, mas para llegar hasta él había que subir una cuesta y derribar a los dos sobrinos de Fromond, que obstaculizaban el paso con sus lanzas. Todo el talud resonaba de gritos y mandobles y las gentes de las aldeas vecinas corrían apresuradamente al castillo, llevando consigo rebaños y provisiones.

Ansiau, con un rápido salto, se deshizo del cerco de los dos señores de Buchie y cayó por el flanco sobre Joceran, para apartarlo de Herbert, que había perdido lanza y escudo; Joceran apenas tuvo el tiempo de protegerse; el golpe fue tan fuerte que el caballo se tambaleó y un hombre menos sólido y hábil que Joceran hubiera caído de su montura. Volvióse para ver a su agresor y reconoció a su yerno por el yelmo pintado de azul y rojo y por sus anchos hombros.

—¿Eres tú, bellaco? —gritó, volviendo su lanza contra él—. ¡Has hecho bien en bajar tu visera, pues no volverás a levantarla después de los

torneos!

Ansiu detuvo el golpe e hizo dar a su caballo un salto atrás para coger nuevo impulso. Joceran, conteniendo con su escudo los nuevos golpes de Herbert, reía a más y mejor en las propias barbas de Ansiu:

—¡Ya no sabes batirte, palurdo! — gritábale—. ¡El poco seso que te quedaba ha debido de escapársete por la nariz!

Ansiu le descargó un golpe que rompió su lanza y el caballo de Joceran fue rechazado varios pasos atrás.

—¡Una lanza! ¡Una lanza! — gritaba Ansiu—. ¡Ya tengo cogido a este traidor, a este zorro maloliente! ¡Voy a

esparcir por tierra sus entrañas y sus sesos!

—Este golpe ya no es broma —dijo Joceran; y agachándose, con la cabeza erguida, se lanzó derecho contra Ansiau y le dio con todo su peso un encontronazo tal que corcel y caballero rodaron por tierra, cuesta abajo, piernas por alto.

Tres vasallos de Joceran se lanzaron tras el caído con ánimo de apresarle, pero André y Hagenier de Hervi se les adelantaron y lo libraron.

Ocho días después de este combate, un criado de Puiseaux fue al campamento de Joceran para anunciarle que lo aguardaba en el castillo un

mensajero de Paiens: había que reunir hombres, armas y caballos para acudir a Paiens: el conde enviaba sus huestes contra el rey de Francia y convocaba a los caballeros de todas las baronías próximas a Troyes.

—¡Vaya! ¿Tengo que abandonar mis campos y mis viñas a esos puercos? — exclamó Joceran—. Esperaré a que ellos vayan primero: seguramente los habrán llamado como a mí: el vizconde no va a hacerme traición semejante.

Los de Linnières y Hervi no recibieron la nueva hasta tres días más tarde. Ansiau envió un hombre de armas al campamento de Joceran para pedir una tregua hasta el término del servicio

y para negociar el canje de prisioneros.

* * *

Al este de la castellanía de Paiens vuelven a encontrarse amigos y enemigos, con sus armas reparadas, los heridos bien o mal curados, los escudos pintados de nuevo y las banderas al viento. Sus rostros están tan ocultos en las sombras de los yelmos que es difícil saber si se aman o se odian. Desfilan ante la iglesia, unos junto a otros. Los señores de Chalmiers están allí; y los de Lorgi; también los de Breul, Hervi, Monguoz, de Buchie, de Puiseaux, de Baudemant, de Linnières y otros

muchos: toda la caballería del país de Othe.

Durante la breve campaña de estío son muchos los que mueren de insolación o de fiebre, o enferman por haber bebido agua demasiado fría. El camino es duro. Estallan tormentas. En la batalla, en la que los hombres del rey son mucho más numerosos, la castellanía pierde muchos, que caen prisioneros, pero consigue algunos pequeños éxitos en escaramuzas.

La tropa planta sus reales al este de Reims, para un descanso de algunos días. Más de un hombre acostado junto al fuego en el campo seco piensa en sus propios campos, en sus bosques, en el

ahumado tinelo de su castillo. Muchos sueñan en querellas y procesos que habrá que concluir al regreso. Algunos, en otras campañas más remotas, en otros ejércitos más grandes que éste, en mares de tiendas, en hogueras de campamentos que se extienden hasta el horizonte — hasta el mar azul y verde cuyas olas rugen y se cubren de espuma— y que muy pocos de ellos han visto con sus propios ojos.

La muchedumbre abigarrada de caballeros y soldados sentados en torno al fuego en el crepúsculo rojo de una tarde de agosto. El cielo es pesado. Por todo el campamento cunde el olor de humo y de la carne asada. Aquí y allá

algún trovero hace cabriolas y profiere chistes atrevidos; en tomo a él, un eco, un círculo de risas guturales, de relinchos ruidosos rompen el silencio gris de la masa embrutecida por el cansancio y el aburrimiento.

André, el bastardo, está allí, con el yelmo sobre las rodillas y su hermosa cabeza de oro que brilla al sol poniente y a los reflejos de la hoguera.

—Es extraño y maravilloso, hermano, pensar que bajo este mismo sol nació y murió Nuestro Señor. Lo vio con sus ojos verdaderos de hombre, tal y como vos lo veis ahora. ¿Podrá ser que haya caminado sobre la tierra, como vos y como yo, y que la tierra, el sol y la

luna no hayan cambiado?

—No lo sé, hermano. Pero si me fuera dado ver la tierra por la que caminé, creo que no volvería a pecar en mi vida. —Ansiou suspiró y liberó su larga cabellera del cuello de hierro—. ¿Por qué permanecemos aquí cuando aún hay tantos paganos en la tierra? ¿Por qué peleamos los cristianos entre nosotros mismos y quemamos nuestras propias iglesias? ¿Y por qué arrasar los campos de Francia cuando hay países mucho más ricos que Francia? Pueblos cuyas casas tienen paredes de oro y pedrería... El rey, el conde y el rey de Inglaterra deberían hacer las paces y marchar juntos contra los paganos.

—El rey no sabe nada de eso, sobrino —intervino Herbert—. Si el conde lo deja a su albedrío, se acabará la libertad en este país. Es mejor conservar nuestra tierra de Champaña tal cual es, libre y franca, sin que los senescales y prebostes del rey se metan en nuestros asuntos.

—¡Psé! —hizo Ansiau, alzando los hombros—, son mejores que los del conde, puesto que nada saben. Al menos, mientras la emprenden sólo con el conde de Champaña, dejan en paz a los barones.

—¡Gran locura decir eso! —replicó su tío, muy sorprendido—. Aunque por vuestra madre seáis borgoñón, sois

champañés de buena raza y todos hemos prestado juramento al conde.

Herbert profesaba al conde una gran lealtad... que no iba más allá de sus palabras. Pero al menos en las palabras era muy estricto.

Un tanto apartado, Joceran se había establecido con su familia, los señores de Buchie y sus tíos y los señores de Chalmiers, con los que había hecho las paces, para mejor defenderse de los de Linnières. Desde que eran enemigos no se dirigían la palabra y evitaban encontrarse. No era cuestión de empezar otra vez, en plena campaña, una guerra por cuenta propia. Tal era la fuerza de la costumbre que allí, bajo las tiendas y las

banderas de Champaña, las disputas y los odios perdían importancia. Revivía en la memoria el recuerdo de antiguas campañas, de otras disputas y de otras paces concluidas después de alegres festines de reconciliación.

Para Herbert, Joceran seguía siendo el cruzado, el viejo compañero de más de un torneo, de más de una febril batalla. Nunca había odiado a Joceran de Puiseaux y no sabía cambiar de sentimientos a cada brusco cambio de humor de su viejo camarada; no es que lo hubiera amado alguna vez, pero lo tenía por hombre bueno y sensato, combatiente de gran valor, champañés de pura cepa. Aun guerreando contra él,

estaba dispuesto a firmar la paz en cualquier momento.

Ansiau era de humor totalmente diverso y no hablaba más que de matanzas, de cráneos destrozados y de entrañas derramadas por tierra. La primera humillación se le había subido a la cabeza; no conseguía aceptarla y sentíase enfermo con ella: tenía que vengarla a toda costa. Aseguraba que mataría a Joceran y castraría a Baudouin. En cuanto a Fromond de Buchie, había que matarlo también, porque se había quedado con la prometida de André. Éste, por su parte, era el último en preocuparse por tamaña ofensa: no pedía más que verse

desembarazado de una servidumbre inútil como aquel matrimonio.

André ignoraba hasta los nombres de amor y celos y cedía sus mujeres como cedía sus vestidos, sus armas o sus caballos: nada se le quedaba entre los dedos. A veces compraba una capa en una feria y el mismo día se la daba al primero que se la pidiera. No se aficionaba a sus caballos y estaba siempre dispuesto a cambiar su corcel por otro que en el momento le gustara más. Vestíase con extrema negligencia, olvidaba cambiar de ropa cuando sus vestidos estaban sucios o rotos y se ruborizaba como un niño si su padre se lo hacía notar. Su único punto flaco en

cuanto a vanidad era el cabello y la barba: se los lavaba y perfumaba con harta frecuencia y solía peinarse dos veces al día.

Ansiau adoraba a su primo —André, todo bondad, cortesía y prudencia—, parecía modelo de caballeros, André poseía espíritu tan claro, hablar tan franco; parecía exento hasta de los defectos más inevitables. No se arrebatava nunca, ni se embriagaba jamás, ni se agarraba a las mujeres.

—Para el amor —solía decir André — todas las mujeres son iguales: lo mismo las nobles que las siervas. Si las nobles son más fieles, es porque temen la vergüenza pública. Conozco a más de

una a la que todos creen honesta y no lo es. Todos fuimos hechos de la costilla de Adán y nos pudrimos en tierra lo mismo que los campesinos; valen todas igual y es una locura creer que no existe más que una que pueda daros placer. Os aseguro que si mañana os llevara por la noche una muchacha talludita, un poco delgada y de larga cabellera y os dijera que se trata de vuestra dama, caeríais en el engaño.

«Una bestia sabe reconocer a su dueño y diferenciarlo del extraño por el olfato. Pero nosotros, en el amor, valemos menos que las bestias; pues os aseguro que la reina de Francia no establecería diferencias entre el rey y su

ayuda de cámara con tal de que se lavara y perfumara como el rey. Fijaos, una vez conocí a una dama que estaba tan loca por mí y me solicitaba con tanta insistencia que acabó cansándome; entonces le envié una noche a Garin, mi escudero; y cuando al día siguiente me topé con ella me aseguró que nunca hubiera imaginado que yo fuera tan dulce con una mujer. Podéis imaginaros lo que me reí.

—Al menos —dijo Ansiau— podríais haber cedido vuestro puesto a un caballero. No es lícito jugar semejante burla a una dama...

André reía de buena gana.

—¿Por qué? Los dos hallaron su

placer aquella noche. Y Garin no volverá a aprovecharse, puesto que la dama en cuestión se ha casado.

A mediados de septiembre, la hueste pasaba por Troyes para dispersarse en seguida por los caminos de la Champaña. Habíase organizado un gran torneo para la fiesta de la Natividad de la Virgen y los que volvían de la guerra llegaban a tiempo para participar en él. Aunque bastante fatigados y con sus armaduras estropeadas, buen número de caballeros decidieron quedarse y probar suerte.

Los de Linnières plantaron sus reales en el prado, porque no había más sitio en las hosterías y se creyeron en el

deber de reparar sus cotas y pintar de nuevo sus escudos. Poseían todos excelentes caballos y ninguno de ellos había recibido herida de importancia. Ansiau, que pasaba por buen luchador de torneos, esperaba sacar buen provecho del combate y tenía necesidad de dinero para proseguir su guerra contra Joceran.

El campo del torneo estaba rodeado por tribunas en tres de sus lados; por el cuarto daba a la muralla de la ciudad, desde donde los burgueses y los vagabundos acudían a admirar a los combatientes. Las tribunas aparecían cubiertas de tapices, alfombradas de flores; habíanse instalado baldaquinos

de seda roja sobre los asientos de los espectadores de más categoría. Las banderas de Champaña, de la ciudad de Troyes y de las otras grandes ciudades del condado adornaban los postes que sostenían el cordón. Al pie de las tribunas, los músicos sonaban zampoñas y oboes y entonaban canciones guerreras. Heraldos vestidos de azul y amarillo paseaban a lo largo y ancho del campo con sus trompetas en la boca.

* * *

Concluido el torneo, quienes no han sido derribados una sola vez desfilan jubilosos y cansados ante la tribuna

dispuesta frente a la muralla, en la que se hallan el conde, la condesa y las damas. En pie y sonriente hay allí una mujer que destaca entre otras mujeres tan ricamente vestidas y tan nobles como ella, pero a las que casi no se ve. La dama que sonrío tiene un rostro tan resplandeciente por su blancura que todos los otros rostros parecen borrosos y grises; cejas tan arqueadas que parece estar viendo dos halcones salvajes lanzados en vuelo; su risa es tan fresca y poderosa que uno cree ver en ella una lluvia de primavera sobre las hojas verdes. Esbelta como un alto olmo, parece estremecerse toda ella bajo la fina túnica blanca bordada en verde y

oro. Sus rubios cabellos recogidos en largas trenzas descienden hasta sus rodillas y danzan como dos serpientes cuando la dama se yergue o se vuelve.

Es una mujer tan bella que todos los que pasan delante se detienen sin querer, aminoran la marcha de sus caballos y no pueden apartar los ojos de ella.

Ansiu y André, que cabalgan juntos, quedan con la boca abierta y hasta olvidan su saludo al conde. Después, pasan y abandonan el campo como los demás.

Ansiu ha hecho cinco prisioneros, André tres, Herbert cuatro. Descansan en la tienda a la espera del festín. André, por primera vez en su vida,

parece soñador; tiene los ojos dilatados, el aire absorto.

—¡Qué mujer, por el cuerpo de san Thiou! ¡Qué mujer! ¡Ah, por el cuerpo y las entrañas de la Virgen! ¡Jacquet! — dice a su paje—, procura enterarte del nombre de la dama que estaba bajo el escudo de Reims a la derecha del conde.

—La conozco —dijo Herbert, que entonces entraba en la tienda—. Es de nuestra castellanía. Y conocéis bien su nombre: es la dama de Chalmiers.

—¿Edith? —exclamó André, sorprendido—. ¡Vaya! Perdono a Joceran todas las locuras que haya podido hacer, si las hizo para ganar a hembra semejante. Por san Thiou, que

me haría pelar las barbas y pasearía desnudo con las piernas hacia arriba, si eso fuera necesario para poseerla. Supongo que sigue viuda...

—Tan viuda como una viuda pueda serlo. Sin marido, ni hermanos, ni tíos. Pero no os acerquéis demasiado a ella, es peligroso...

Ansiau se sorprendió al ver, por primera vez en su vida, a André ocupado en frotarse y limpiarse los vestidos, en alisarse las cejas y mirarse en la hoja de su puñal y perfumarse manos y pies. Después, desapareció por toda la velada.

Al día siguiente, por la mañana, una mano que sacudía su hombro sacó a

Ansiau de su sueño bienaventurado. Abrió los ojos y vio a su amigo sentado junto a él, con la cabeza descubierta, radiante, con una sonrisa que le temblaba en las comisuras de los labios.

—¿Qué os sucede? —preguntó Ansiau medio dormido. André echó ante él una cinta verde y una bolsa con las armas de Chalmiers.

—¿La dama de Chalmiers? —gritó Ansiau, consternado sin saber por qué.

—La misma. He pasado toda la noche en su tienda. Apenas he cerrado ojo. ¡Ah, hermano, qué hembra! ¡Por las entrañas de san Thiou!

Reunió sus trofeos y se puso a contemplarlos con aire absorto.

La víspera, Ansiau había hallado tan hermosa a la dama de Chalmiers que ni siquiera se le había pasado por la cabeza desearla. Nadie piensa en acostarse con el sol. Pero ahora, ante aquella cinta verde y aquella bolsa bordada, tuvo como la repentina visión de un hermoso cuerpo esbelto, blanco como la nieve, entrelazado por dos trenzas oscuras y duras como dos serpientes vivas. Y se vio a sí mismo asido a ese cuerpo y dueño de tanta belleza. Y de pronto sintió que en el mundo no había más que una sola desgracia digna de ese nombre; y era la de no poseer a la dama de Chalmiers.

No podía decir nada de sus

sentimientos a André y se conformó con felicitarlo por su éxito. Pero el cielo se le había hecho negro, el aire infecto, la comida amarga. No deseaba ver a nadie ni nada, pretextó un violento dolor de estómago y se echó en su tienda, boca abajo.

Su visión no lo abandonaba y a ella añadíanse otras, brillantes y terribles como relámpagos en cielo borrascoso. Los ojos, los labios, las manos de la dama de Chalmiers.

«¿Cómo? —pensaba—. Otros la han poseído... ¿y podrá decirse de mí que nunca he sido feliz? En todo el mundo hay una mujer como ella... ¿y tengo acaso la culpa de que también la ame

André?»

Pero se repetía que era mejor morir antes que traicionar a André. «No hay nada que hacer y es mejor morir. Porque sin esa mujer no tengo camino por donde salir. Aunque viva cincuenta años, aunque haga veinte prisioneros en cada combate, de nada me servirá si no puedo poseer el único goce que deseo.

Y Aalais estaba tan ausente de su pensamiento como si jamás hubiera existido.

Durante las dos noches y los dos días siguientes permaneció echado en su tienda, sin moverse, negándose a comer y sin beber más que agua. André estaba demasiado ocupado en su dama para

pensar en él; sólo aparecía por la tienda a la mañana o a la noche, para saber cómo estaba su amigo.

Al término del tercer día, Ansiau no resistió más, pidió pan y vino, se peinó, se lavó la cara y las manos y se dijo que en realidad era demasiado joven para morir.

Cuando André pasó a verlo se sintió feliz al encontrárselo en pie y con el rostro de buen color.

—¡Bueno! —le dijo—, ¿podréis participar en el segundo combate pasado mañana?

—Creo que sí. —Y cuando André se alzaba para marcharse, añadió—: Hermano.

—¡Qué! ¿Os encontráis mal otra vez?

—Hermano, no puedo más. Dejadme ir a la dama de Chalmiers en vuestro lugar. Moriré si no voy.

André apretó los labios y quedó inmóvil por unos instantes.

—Naturalmente —dijo por fin—. No hay en el mundo mujer que pueda separar a dos amigos. Podéis ir cuando la noche esté un poco más oscura. Su tienda es la tercera a la izquierda del cerco. Pasáis por detrás y apartáis dos planchas de madera que sostienen la lona. Hay una hendidura por la que deslizaros; pero tened cuidado, porque la tienda está llena de pájaros.

—¿De pájaros?

—De todos los colores. Los ama mucho.

Su prisa es tanta que a punto está de derribar las planchas, de desgarrar la tela, de caer al entrar en la tienda... negra como un horno, olorosa como un cofre de especias, llena de aleteos, de jadeos, de suspiros.

—Por fin —dice una voz clara —; ¡cuánto os habéis hecho esperar!

Se desliza sobre un lecho tan blando que cree hundirse en él. Dos pesadas trenzas están allí como una barrera que los separa. Comienza a hablar, balbuce: «... mi gozo, mi felicidad, mi sola amada, mi corazón, mi amada». Edith

pregunta, con la voz estremecida de cólera:

—¿Quién sois? ¿Cómo estáis aquí?

—Déjalo, bella mía; no preguntes más. Muero por ti.

—¿Y yo? Esperaba a André de Linnières, hijo de Herbert el Rojo. Vos no sois él, seguramente. ¿Quién sois vos?

—No temáis. No soy menos que él. Soy su primo, Ansiau, el castellano.

—Encantadora familia —dijo Edith—. Os cambiáis el uno por el otro. ¿Es a vos a quien Baudouin hizo el corte en la nariz?

—No os riáis de mí, señora. No sabéis quién soy. Me vengaré de tal

suerte que os aseguro que no será de mí de quien se rían después.

—Bien, amigo: os he visto combatir. Estoy contenta con vos, me gustáis. Debéis saber ya que de no haberme gustado, haría que mis hombres os degollaran. No soy una mujer cualquiera. Pero me gusta que me amen. Decidme palabras dulces: André nunca decía nada.

Por las hendiduras de la tela el sol introducía mínimas rayas de luz que paseaban sobre la alfombra, los cojines, el lecho de pluma, las alas multicolores de papagayos y aves del paraíso atadas a una barra de hierro en un rincón de la tienda.

—¡Virgen santa! —dijo Edith, despertándose sobresaltada—. Es tarde. Marchaos, antes de que se oiga a alguien por los alrededores.

—No, señora mía. Os tengo y os retendré. No me quedan más que tres días de permanencia aquí. Quiero gozar de vos todo ese tiempo. Ya que os gusto, pertenecedme a mí solo.

—Sois atrevido —suspiró Edith, saltando de la cama—. Quedaos aquí. Diré que estoy enferma y sólo dejaré entrar a mi sierva, que nos traerá las comidas.

Aquel día, Ansiau se permitió usar y abusar de las bondades de la dama y Edith se prestó a todas las fantasías de

aquel extraño amante cuya hambrienta mirada parecía ir siempre demasiado lejos y buscar algo más grande que ella misma. Hablaba menos que la víspera; sólo decía a cada momento: «qué bella eres... qué bella eres...». Por la noche se tendió a sus pies, cansado, silencioso, humilde. De noche podía hablar mejor. Y habló con la cabeza en las rodillas de la dama.

—Ya lo veis: vos no querriáis casaros conmigo. Ni yo lo quiero. Tengo mis tíos, mis primos y mi tierra. Os amo hasta perder la cabeza por vos. ¿Crees que todo esto pasará?

—Vosotros los hombres —dijo Edith— no sabéis amar. Todos tenéis vuestros

tíos, vuestros primos, vuestros señores y vuestros vasallos; os haríais matar por ellos. Pero en una mujer no buscáis más que vuestro placer. Me olvidaréis en cuanto os hayáis separado de mí.

—¿No quisierais amar más que a un solo hombre?

—No, amigo mío. Amo demasiado mi libertad. Pensad que el matrimonio no es fácil para una mujer noble. Mientras soy libre, amo a quien quiero, hago la guerra contra quien me parece, no tengo que rendir cuentas a nadie. Mientras el vizconde no me obligue a casarme, prefiero permanecer viuda.

—Si fuerais mi mujer os mataría. Decidme, ¿habéis amado a Joceran de

Puiseaux?

—Más que a mi vida.

—Y sin embargo, es viejo.

—No sólo los jóvenes saben hacer el amor.

—¿Y también habéis amado a André? ¿Más que a mí?

—André es hermoso. Pero es duro como una roca. No, amigo mío: sois vos a quien más amo hoy.

—Me quedan dos días para amaros. Quiero estar todo lo seguro de vos que pueda. Después no os preguntaré más.

Supo por Edith que hay mujeres que se frotan los dientes con hierbas para hacerlos brillar, que se perfuman los cabellos con esencias de Arabia; que se

lavan el cuerpo y la cara con leche y aceite y llevan ramitos de hierbas aromáticas entre los senos. Edith entremezclaba sus cabellos con hilos de oro y perlas; tenía camisas blancas de seda bordada; pasaba horas enteras blanqueándose las manos y arrancándose el vello. En sus manos de uñas blancas y limpias, Ansiau vio por primera vez un verdadero espejo de plata, en el que se reflejaba el rostro de la dama, que hubiera podido tomar por otra Edith viva. «¡Ay!, si pudiera conservar siempre tu imagen y yo pudiera llevármelo. ¿Por qué no quedarás siempre en él?»

Ansiau había olvidado incluso su

asistencia al segundo combate. Al término del tercer día besó a Edith en los labios y en los ojos, en la frente y en el pecho, y dijo:

—Gracias, señora. Os he amado mucho.

—También yo —dijo Edith riendo—, también os he amado, señor castellano. ¿Me haréis la guerra cuando estéis en vuestra casa?

—Nunca más os haré la guerra.

—¿Vais a ufanaros ante vuestra esposa de haber tenido por amante a Edith de Chalmiers?

Ansiau pensó, no sin tristeza, que no sería ante Aalais ante quien pudiera ufanarse de tal cosa. Miraba sin deseo,

pero con nostalgia, los bellos hombros y las mejillas redondas de la dama. Era hermosa. Y había sido suya.

—Señora, si tuvierais un hijo mío...

—¿Y cómo voy a saber que es vuestro? —preguntó la dama, estallando en una risa—. ¿Creéis que nacerá con un corte en la nariz?

Ansiau enrojació de cólera. Después alzó los hombros.

Los suyos no se habían inquietado demasiado por su desaparición. Habiéndoles explicado André que se hallaba con una dama, Herbert dijo: «Será seguramente Edith de Chalmiers. Que le aproveche. Es mejor sacar de ella el provecho que se pueda: al fin y al

cabo, es todo el servicio que hará esa mujer todavía».

Herbert había perdido hasta el recuerdo de la pasión que dos años antes sintiera por Edith. Sentía tan alta estima de sí mismo que la mujer que lo había desdeñado no merecía, a sus ojos, más que odio y menosprecio: apenas pensaba que era una mujer y le extrañaba ver cómo sus camaradas y sobrinos se enamoraban de la dama de Chalmiers.

En Troyes, tío y sobrino fueron a visitar a Abner.

Abner es un rico judío y su casa, negra y pobre al exterior, está amueblada con sofás y almohadones de

seda, ricos tapices de Persia, vasos y copas árabes y persas, repujadas o damasquinadas, están colocadas en mesitas bajas de ébano. Abner es un espléndido hombre de cuarenta y cinco años, corpulento y fuerte, vestido a la manera de los judíos, con larga hopalanda violeta muy adornada en el cuello y un turbante ricamente bordado. Su larga barba negra, plateada de canas, desciende en regulares anillos sobre su pecho. Sus ojos, grandes, negros, de pesados y sombríos párpados, son fríos y penetrantes. Tiene una nariz encorvada y un labio inferior bastante fuerte, que le da un aspecto irónico, como de continuo menosprecio. Ante Herbert y Ansiau de

Linnières, Abner parece el servilismo en persona, de hacer caso a sus palabras pronunciadas con bella voz baja y cantarína y un acento meridional bastante fuerte. Pero a decir verdad, viendo su rostro podríase creer más bien que era él quien condescendía con no poco trabajo a hablar con sus huéspedes; y que, si él era un pobre judío, ellos eran unos más pobres cristianos.

Sentados sobre almohadones ante una mesita muy baja en la que la sierva de Abner había puesto una copa de frutos de ultramar confitados en miel, el tío y el sobrino hablaban del préstamo que pensaban pedir y de las garantías que podrían ofrecer. Abner, en pie, los

escuchaba con los ojos ligeramente entreabiertos.

Herbert gustaba de la compañía de Abner, por juicio que éste fuera; había en sus relaciones una extraña mezcla de desdén y estima. Abner era inteligente y conocía mundo. En instantes de buen humor, ambos hombres se hablaban en árabe: Herbert había aprendido un poco de árabe durante la cruzada y nunca perdió ocasión de ampliar sus conocimientos de esa lengua; y Abner la hablaba como la suya propia. Ansiau, que los oía cambiarse aquellos sonidos extraños y sin sentido, comenzó a bostezar y a comerse las frutas una tras otra.

Una pequeña silueta de mujer velada, con pantalón blanco y camisa de terciopelo verde, levantó la cortina de la puerta; Ansiu vio dos grandes ojos negros sobre el velo; después, la cortina volvió a caer.

El lujo de la casa, el olor a almizcle y a estancias cerradas, los pesados tapices, los vasos de plata, los collares de piezas de oro al cuello las pulseras en las muñecas de la joven de verde, el resplandor de los diamantes en el turbante de Abner, todo excitaba en Ansiu deseos de pillar, de incendiar y de violar.

Cuando hubieron salido de la morada de Abner dijo a su tío:

—Ese perro judío nos desprecia.

—Es un extranjero —dijo Herbert—
y tiene sus leyes, por cochinas leyes que
sean. Es un buen judío y hasta un hombre
de palabra.

—¡Bah! La palabra de un judío...
Entretanto, somos nosotros quienes
tenemos que sangramos las venas para
pagarle...

* * *

Al volver de la guerra, Fromond de
Buchie se dirigió a Puiseaux para buscar
a su esposa. En realidad, Aliénor había
perdido belleza después de la
enfermedad de la noche de bodas:

pálida, con los pómulos y las mandíbulas salientes, el cuello tan frágil que se doblaba bajo el peso de la abundante cabellera, recordaba vagamente a una bestia hambrienta. Su mirada era errabunda e inquieta y sus labios tristes. La idea del regreso de Fromond la sumía en angustias que la impedían dormir y comer: hasta tal punto era grande su miedo al perjurio hecho a André. Oraba todas las noches: «San Miguel, haced que Fromond muera en la guerra». Y esperaba en secreto que Fromond, al verla tan fea, no volvería a desearla.

Pero Fromond no era de los que renuncian a una mujer que le hubiera

sido prometida ante sacerdote. Aunque estuviese tiñosa o calva, afirmaría sus derechos. Además, delgada, pálida, dura como estaba, Aliénor seguía haciendo latir los corazones con más fuerza que de costumbre. Tenaz era su deseo. Y para complacerla, le llevó de Troyes unos pendientes de plata y una pieza de seda roja. Al encontrarse con ella, la besó prolongadamente con besos voraces, interminables, dolorosos como mordiscos; Aliénor quedó con los labios y las mejillas amoratadas.

Pero el mismo día del regreso de los caballeros se le ofreció a Aliénor un pretexto de aplazamiento que no había pretendido ni esperado: dama Hodieme

tuvo un nuevo aborto y todos pensaron que sería el último. Joceran hubo de aplazar las bodas para otro día. Pero Fromond declaró, no sin razón, que la mujer era suya ante la Iglesia hacía seis semanas; no quería más festín de bodas; lo que deseaba era llevar a su esposa a su castillo. «No niego que ése sea tu derecho —dijo Joceran—. Haced lo que os parezca.»

Aliénor le dijo: «Señor barón, bien veis que mi señora madre está muriéndose. La amo como a mí misma; quiero quedarme aquí para velar junto a ella. Cuando se haya ido, no la veré más: serán los últimos días que yo pueda estar a su lado. Cuando haya

muerto, os seguiré a vuestro castillo.

Fromond la tomó dulcemente por los hombros.

—También yo tengo una madre — dijo—. Id, os permito quedaros. Pero el día siguiente al del entierro estaréis en Buchie; de lo contrario conoceréis mi cólera, cosa que no os deseo.

Que después de una vida tan dura la muerte fuera tan dura era algo que nadie podría comprender. Ese cuerpo tan frágil, que parecía hecho de espíritu más que de carne, resistía al mal con más encarnizamiento que tantos cuerpos jóvenes de mujeres llenas de savia y de vida. Lívida, con los ojos inmensos y la boca abierta, dama Hodieme daba

miedo a cuantos la veían. Nadie hasta ese momento había visto doblarse así y deformarse el pliegue tan suave y dulce de sus finos labios. Ahora, el velo se había desgarrado; ya no había dama Hodieme en el castillo. Ya no quedaba más que un alma humana que había ya abjurado su título y depuesto sus armas. Aliénor ya no reconocía esa boca abierta, esa cabeza caída. Pero nunca había amado tanto a la dama. La enfermedad y la muerte no la atemorizaban ya y día y noche velaba junto al lecho, en compañía de su hermana Milessant.

Joceran había esperado durante dos días la muerte de su esposa. Después,

como seguía viviendo y había que acudir a hacer frente a los ataques de los de Linnières en las tierras de Bercy, Joceran se despidió de su mujer y partió con sus hijos y sus tropas. Aquellos diecisiete años de vida en común acababan por fin y Joceran apenas creía en que eso pudiera ocurrir. «¡Ay, señor mío, os he amado tanto!» Así pues, las mujeres lo amaban, incluso aquélla, la menos amada, la fea. Podría pasar sin ella. Y una vez que se hubiera ido, ¿quién llevaría la casa? Había que pensarlo.

La muerte de dama Hodieme dejaba un puesto libre y Joceran tenía ya un proyecto de nuevo matrimonio; Gismond

de Meilhan tenía una hija única, heredera del campo vecino al molino de Bercy. No podía dejar escapar la ocasión de adquirir el campo; la joven sólo tenía trece años, pero a los señores de Breul no les faltaban hijos varones a los que casar. Sin aguardar a la muerte de la dama, Joceran envió a uno de sus sobrinos a Gismond de Meilhan para hacerle decir: «Cuando mi dama se haya ido, tomaré a vuestra hija. Si se la dais a otro, tendréis que habéros las conmigo». Gismond no tenía ni diez hombres a su disposición y no se atrevería a desobedecer.

Por primera vez en su vida dama Hodieme se atrevía a hablar con Dios en

voz alta. Era un quejido agudo, una letanía: «Señor, Señor, tened piedad. ¡Ay, Señor, he pecado tanto! ¡Soy podredumbre! ¡Libradme, tened piedad!» Y se crispaba aún, dedos y articulaciones entorpecidas, raídas, horribles a la vista. «Señor Jesús, perdonadme, estoy loca. Señora mía, orad por mí, haced que no blasfeme. ¡Ah, Señor, Rey glorioso, concededme recibir vuestro purísimo Cuerpo para curar! Tomadme: tomad de mí lo que aún puedo daros. Señor, el corazón me falla, tened piedad».

Tras ocho días de sufrimientos se calmó. Su rostro oscuro como la cera amarillenta por el humo, delgado como

cabeza de pájaro, era una mancha sobre la almohada blanca. Nadie la había visto nunca tan amarilla. Un niño recién nacido no tiene esa mirada clara y deslumbrada, ni esos labios entreabiertos, humildes e ingenuos. A pesar de los surcos dolorosos bajo las ojos y en las mejillas, esa cara macilenta respiraba la primavera y apenas podía creerse que aquella serenidad tan simple, tan natural, tuviera un comienzo; parecía como si dama Hodieme hubiera sido siempre así, ni podía ser de otro modo.

—Señora, estáis mejor; vais a curar.

—Me siento feliz. Mis bellas hijas, mis palomas, mis perlas finas. ¡Os amo

tanto! Decid a Garin que lo amo. A mi señor, a quien amaba tanto sin que él me amara... ¡Dios le conceda ser más feliz con su nueva esposa! Decidle que la ame, que la respete... tan jovencita... Decid a Baudouin que sea más suave, por amor a mí. Aliénor, mi primogénita, dentro de poco tendréis a vuestro barón: amadlo. Pensad en mí, amadlo sobre todo. Que sea para vos un padre, una madre, hermano e hijo... Aalais, mi huérfana, hija de mi corazón, que Dios os guarde... Mi Milessant, sed dulce.

«Llamad a todas mis siervas, a mis criados. Guillaume, Bemarde, traed mis cofres de encina; tomad cuanto tengo, que cada uno tenga su parte. He aquí mi

zorro gris. Y mi túnica roja...
desdobladlo todo. Aquí tenéis mi capa
bordada. Qué lástima: yo era tan
pequeña que mis vestidos no servirán
para mucho. Aquí está mi collar de
plata... mi collar de esmalte. Mi cinturón
dorado. Que cada uno tenga lo suyo. Las
piezas de plata, para los hombres. La
copa es para Jean el Cojo, el pequeño.
Quisiera que hoy fuera fiesta para
vosotros, como lo es para mí. Quedaos
con esto: os servirá para que penséis en
mí.

«No lloréis, tontos. Os dejo para ir
al Paraíso del Señor Jesús. Con él no
habrá nada que temer. Nunca ha
engañado a nadie. Sólo estoy triste por

tener que abandonaros y abandonar a mis hijas y a mi hijo y a mi señor; decidle todos cuánto le amo. No penséis que haya tenido alguna vez reproches que hacerle.

«Me falta la voz, Señor; aquí estoy... por él os ruego, Señor, por él, no por mí, por él, no por mí.»

La cabeza de la dama cayó hacia atrás. Parecía hacer un esfuerzo para seguir hablando. Decía oraciones. Después fue presa de convulsiones, pero no duraron más que unos segundos. Pasó sin demasiada pena y sobre el lecho no quedó más que una cosa tan frágil, tan pequeña, tan insignificante, que los que estaban cerca de ella apenas podían

creer que fuera el cuerpo de dama Hodieme. El cadáver parecía todo arrugado y comenzaba a perder su apariencia humana. Los desordenados mechones de cabello oscuro parecían pegados artificialmente sobre las sienes, sin ton ni son; y bajo sus párpados cerrados era como si nunca hubiera habido ojos.

Aliénor no lograba convencerse de que la dama hubiera muerto de verdad: por supuesto, le había sucedido algo extraño; había sufrido mucho desde su aborto, pero después pareció mejorar, comulgó, recibió la extremaunción y en seguida, en seguida, todos se habían engañado, era verdad: la dama halló

medio de ocultarse, de marchar. ¿Dónde estaba? ¿Cómo encontrarla? ¿Qué hacer para decirle tantas cosas que antes no tuviera el tiempo de decir? Aliénor veía cómo cuatro criados bajaban un pequeño ataúd negro a la cripta bajo la capilla. Los sollozos de Garin y de Milessant, los lamentos de Irma... «y mañana — pensó Aliénor de pronto—, tengo que estar en Buchie». Y tuvo deseos de morir también.

Joceran y Fromond consiguieron detener a los de Linnières en el momento en que penetraban en territorios de Buchie. Los incendiarios habían llevado a cabo ya su misión, las mieses ardían, el fuego lamía los manzanos y devoraba

las viñas. El aire estaba negro por la humareda.

—¡Eh, tú! ¡Lobo, jabalí! —gritó Fromond al ver a Ansiau, con su tropa, al otro extremo del campo—, ¿qué te he hecho yo para que vengas a quemar mis campos? ¿Te he desafiado alguna vez en mi vida?

—Fromond de Buchie —le gritó Ansiau llevándose las manos a la boca para aumentar el volumen de su voz—, os habéis aliado con mis enemigos y he prometido cogeros. Habéis tomado una mujer que estaba prometida a un pariente mío y mientras no haya reparado esa afrenta no dormiré en un lecho.

—¡No volveréis a dormir en un lecho! —gritó Fromond—; mis amigos y los vuestros serán testigos y veremos quién de los dos es más fuerte.

Ansiau tomó de manos de Thierrí su escudo y su lanza y avanzó por el prado de alfalfa que se hallaba cerca del campamento. También se armó Fromond y salió al encuentro de su adversario.

—Decid a los vuestros que no se acerquen a nosotros —le gritó—, mi mesnada y la de Puiseaux no se acercarán.

Tomando ímpetu, los dos hombres se lanzaron el uno contra el otro. Ansiau, agachándose, evitó por un poco la lanzada que no hizo más que arañar su

yelmo. Empujado por su propio impulso, Fromond se hallaba a la otra parte del prado. Y Ansiau, lanza en ristre y cabeza baja, volaba recto contra él, decidido a no errar el golpe sobre su enemigo. Fromond espoleó a su caballo hasta que la sangre brotó del costado de la bestia; arremetió adelante, mirando por debajo de su escudo. Y la última cosa que vio fue un yelmo rojo y azul y una punta de lanza; después, una luz cegadora. Hubo un crujido terrible, un golpe sordo. Hundidos el yelmo, el cráneo y la cara, Fromond de Buchie temblaba de miedo sobre su caballo; ya no era más que un cuerpo revestido de armadura y con una lanza en la mano; los dientes habían

volado hechos pedazos; el rostro no existía ya; torrentes de sangre inundaban la barba, el collar de la cota. Se balanceó en la silla irnos instantes y por fin se derribó pesadamente como un saco. Ansiau le cortó los estribos y lo dejó caer a tierra. Con la punta de su lanza hizo saltar el cerebro, que se esparció sobre el yelmo y la hierba del prado.

Al ver a Fromond caído en tierra, Joceran tomó su lanza y avanzó por el prado, seguido de sus hijos y de los sobrinos de Fromond. Al verlo, André, Herbert y Rainard se precipitaron en ayuda de Ansiau. Los de Linnières, menos numerosos, tuvieron que trabajar

lo suyo para alejarse de aquel mal paso y retrocedieron hasta el bosque, donde lograron dar con un camino que serpeaba entre la maleza y sustraerse así a la persecución. Tras haber buscado en vano a sus enemigos por todo el bosque de Breul, Joceran y los suyos se volvieron al prado en el que habían dejado a Fromond. Al ver el desfigurado cadáver de su yerno, Joceran comenzó a retorcerse las manos y mesarse la barba.

—¡Ay, por mi causa ha sucedido esta desgracia! —gritaba—. ¡Y vive aún su madre! ¡Y nosotros no lo hemos vengado!

—¿A qué aguardáis? —dijo uno de los sobrinos de Fromond, Galeran de

Buchie—. Tenéis prisionero en vuestro castillo a Simon el Rojo, primo de Ansiau. Sabremos hacerle pagar el crimen de su señor.

—¡Corro allá! —dijo Baudouin, llevando la mano a la espada—. No vivirá un día más que Fromond.

Baudouin y Galeran partieron al galope hacia Puisseaux, mientras Joceran ordenaba levantar una tienda en el prado y buscar paños blancos en Buchie. Él mismo decidió velar el cuerpo en unión de los parientes del muerto.

En la blanca tienda de campaña habíase improvisado un lecho mortuario adornado con follaje. La lanza, el escudo y la espada de Fromond

quedaban en tomo al cuerpo, echado tal como estaba, con la cota de malla, de la que se había logrado limpiar la sangre. Habían tenido que atarle los pies y las manos. La cabeza quedaba oculta por un yelmo nuevo. Sentado a los pies del lecho, Joceran se lamentaba y hacía su duelo tirándose de los pelos de su barba.

Baudouin y Galeran llegaron a Puiseaux al atardecer y se precipitaron en la sala manifestando que iban a matar a Simon el Rojo para vengar la muerte de Fromond. Simon estaba encerrado en el sótano. Con sus espadas desenvainadas descendieron a donde se hallaba Simon; y mal fin hubiera tenido

éste de no haber corrido Irma, la esposa de Baudouin, a arrojarse entre éste y Galeran.

—¡En el nombre de Dios! —les decía—. No matéis a ese hombre indefenso; será una vergüenza para todos nosotros y un pecado para vosotros dos. Mientras no entreguéis vuestras espadas, cubriré a este hombre con mi cuerpo. No se dirá que matéis a vuestros prisioneros. ¿Quién querrá dirigirse a vos si lo hacéis?

Caída un poco su cólera, los dos hombres entregaron sus espadas a la dama Irma y así salvó Simon su vida. Y cuando regresó a la sala, Baudouin supo que había muerto su madrastra.

Descendió a la cripta donde habían colocado su cuerpo y allí lloró largo tiempo, golpeando la frente contra las losas.

Dulce es la venganza al corazón del hombre libre. Ansiau la había saboreado al revolver su lanza en el cráneo de Fromond. Pero esa alegría era incompleta, ya que Fromond no era de la sangre de Baudouin y su nariz mutilada sangraba aún a la espera de que Baudouin fuera castrado. En todo caso, Fromond había tomado a la prometida de André y no había hurtado su muerte. Ningún remordimiento le quedaba a Ansiau de lo que había hecho.

Pero su juventud salía por sus

derechos. Haber hecho de un hombre — y de un hombre al que conocía— esa cosa horrible, esa especie de maniquí con el rostro despedazado, era algo que no comprendía cómo pudiera hacerse con tanta facilidad. Parecíale a veces que Fromond no debía estar muerto, que vendría a protestar, a reclamar su cara y su cerebro; seguramente en algún lugar esa alma sangrienta tan bruscamente desalojada de su cuerpo clamaría venganza contra el asesino. En el castillo de Buchie una madre lloraba y pedía a Dios que castigara al criminal que había dado muerte a su hijo; las lágrimas de una madre hacen más que todos los dones y votos. Él, Ansiau, no

tenía madre que rogara por él. A veces, en sueños, veía a Fromond acercarse a su lecho, sentarse sobre su pecho; con la cabeza sangrante y sin cara. Entonces despertaba a Aalais y la cogía en sus brazos. Ella preguntaba, con voz pastosa:

—¿Qué tenéis, barón?

—Amiga mía, estoy triste.

—Habéis bebido demasiado; es vuestro estómago que os hace daño.

Tranquilizado por estas palabras, se apretujaba contra ella; Aalais lo acariciaba como a un niño y le alisaba el cabello de la frente.

—Tranquilizaos, mi buen amigo. Yo estoy aquí y todo va bien.

Muchas veces en las largas veladas de invierno salía al patio e iba a pasear a lo largo de la muralla, con los ojos abstraídos en la bruma pardusca del horizonte. El bosque estaba gris y helado; los aullidos de los lobos oíanse hasta en el castillo. El invierno era triste. La sola visión de ese cielo sucio y de ese bosque desnudo metía el frío en el corazón.

Y fue en uno de esos momentos cuando descubrió en el castillo una cosa pequeña y tan cálida que no volvió a tener frío mientras esa cosa estuvo con él. Una cosa que ya tenía en la casa desde hacía veinte meses; pero nunca le había prestado atención. La dama se

ocupaba aún del último recién nacido y este otro, el mayor, vivía confiado a Haumette y nadie se ocupaba demasiado de él.

Un día, Haumette lo llevó al barón para decirle que el niño había echado su sexto diente. Y el padre quedó sorprendido al ver aquel gran muñeco con las piernas fajadas y provisto de brazos rollizos y de cabello rubio.

—Ea, ea —dijo Haumette levantando al niño en sus brazos—, va a sonreír al barón. Es muy listo.

La carita redonda estaba un poco pálida y las picaduras de las pulgas la señalaban aquí y allá con manchas rojas. Los grandes ojos redondos y azules

parecían sorprendidos y reían; la boca, roja y blanda, estaba entreabierta. Torpemente, Ansiau tomó aquella pequeña cosa en sus manos, que de repente le parecieron enormes. El niño lanzó un grito de alegría; después, se puso a tantear y a tirar con sus dos manos la anilla de oro que el barón llevaba en la oreja. Ansiau arqueaba las cejas y reía un poco perdido.

Como la nodriza quería cogerlo de nuevo, el niño rodeó con sus brazos el cuello del barón y apretó su caliente carita contra la mejilla de su padre. Ansiau comenzó a reír admirado y orgulloso. Estaba conquistado para la vida.

Preguntó a Haumette:

—¿Creéis que me quiere?

Soltó su anilla de oro y se la dio al niño; y le dio también el broche de su capa; lo oía farfullar sus sonidos guturales y chillar, con la boca abierta, adorándolo.

—Quiero que duerma abajo —dijo a Haumette— cerca de la cama grande; tendréis vuestro lecho cerca del nuestro.

Y por toda la velada importunó a Haumette con preguntas sin sentido: «¿Le gustaban al niño los caballos? ¿Quería juguetes? ¿Comprendía el francés? ¿Se parecía a su padre o más bien a su madre? ¿Tendría la mano segura para tirar?». ».

La dama acabó por estar celosa de Haumette y dijo al barón que la dejara tranquila:

—Es hijo mío y no suyo.

Desde la primera caricia que le revolvió el corazón y las entrañas, Ansiau aceptó sin discutir el extraño y pequeño ser blanco y rubio, de amplia frente abombada. Era un cariño de igual a igual. El niño le había tomado afecto y Ansiau se hallaba tan orgulloso de eso como de la amistad de un conde. Hablaba de él como hubiera podido hacerlo de un hombre: «Quiere esto, ama aquello»; y André, para quien los niños eran apenas cosas, pensaba que su amigo se hubiera enamorado lo mismo

de una espada o de un caballo.

Las mujeres poseen un lenguaje adecuado para los niños, pero un hombre que nunca ha hablado con ellos no puede menos o de tratarlos como a un hombre o de ignorarlos. Las conversaciones entre el padre y el hijo van haciéndose más graves cada vez: «Cuando seáis mayor os enseñaré a disparar el arco; cuando seáis mayor tendréis el segundo potro de la Courante. Cuando seáis mayor iremos a Troyes a justar al mismo tiempo». El hijo se ocupaba sobre todo en tirar de los cabellos y la barba del padre, en quitarle las sortijas de los dedos o en jugar con sus cuchillos. Hay una manera

de besar con la boca muy abierta, propia del niño, que hace que Ansiau tenga las mejillas y la nariz siempre mojadas. Ríe y alborota interminablemente; Ansiau lo reprende a veces, dándole menudos golpecitos en la nariz o en la frente; pero su mano es suave y nunca hace daño al niño.

Cuando Aalais le dijo que esperaba su tercer hijo, Ansiau no dijo nada y ella quedó ofendida.

—Pues deberíais estar contento de tener hijos —aseguró—. Veis bien que los hago hermosos y fuertes.

—El mayor me basta —dijo Ansiau—. No necesito otros; no los amaré.

—No está bien aficionarse a un niño

demasiado pequeño —le dijo un día André—. No podéis saber si vivirá.

—Me queréis mal, hermano. ¿Por qué decir que no vivirá?

—Esta encina produce mil hojas y mil bellotas cada año. Y no hay diez que prosperen, ni llegan a dos las que podrán convertirse en nuevas encinas. Hay muchos niños que nacen y no llevan en sí el germen de hombres; de cincuenta casi no hay veinte que lleguen a los quince años. Un niño no es todavía un hombre, hermano. Hay aquellos que llegan a serlo un día y entonces se les ama. Pero ¿de qué sirve decir «mi hijo será esto o aquello»? ¿Es que sois Dios o un profeta? Dejad ese niño a las

mujeres.

—No habléis así, hermano: podría traerle desgracia.

Herbert, sentado a la mesa a la derecha del vizconde, ostenta su larga y amplia barba roja sobre una túnica de seda azul; está embriagado y rodea con el brazo derecho el talle de una bella joven —muy joven y muy rubia—, vestida con túnica roja muy ceñida. La muchacha lleva grandes pendientes verdes que cuelgan a los lados de su blanco cuello. Dos lebreles blancos sentados en el regazo de Herbert lamen su plato.

El vizconde había dicho: «Herbert de Linnières me ha librado y salvado de los brazos de las gentes del rey de

Francia; juro tomarlo por hermano y compañero. Comerá a mi mesa y dormirá en mi lecho. Le doy mi copa de plata y mi pelliza de zorro y cibelina y la más hermosa de mis armaduras. Le entrego en feudo los frutos de todos los bosques de la castellanía para el año próximo y que viva conmigo en Paiens según le plazca y hasta que quiera».

Última juventud de Herbert de Linnières, que va por los cincuenta y comienza a engordar. Ahora tiene unas bolsas azuladas bajo los ojos; su nariz y sus mejillas se cubren de ramificaciones violáceas; su barba se hace gris, a pesar de los tintes; y sus ojos pierden su verdadero color y se tiñen de un violeta

marchito. Comienza a sufrir de dolores en el vientre, de pesadez en los párpados y de desvanecimientos.

En Paiens, donde tiene derecho de usar y abusar de la amistad del vizconde, se baña una vez cada día y se hace servir por bellas jóvenes no nobles, naturalmente, pero sí menores de quince años todas ellas. Se cubre con vestidos de seda y telas finas, lleva anillas de oro en las orejas y sortijas con finas piedras en los dedos. Se ha comprado dos caballos de pura raza árabe y cuando sale al campo a cazar todo el país admira sus lebreles blancos y sus halcones dorados.

Por las noches, a menos que se haya

embriagado, Herbert es incapaz de dormirse. La angustia que lo atenaza se hace más fuerte de noche en noche; el nudo se aprieta cada día más. ¿Es el temor a haber cometido un pecado contra el que no tiene remedio, o la tristeza de no llegar a encontrar un placer lo bastante violento, profundo y duradero como para satisfacerle enteramente? Los minutos, los segundos de voluptuosidad y olvido se hacen cada vez más cortos; su punta se achata, va a llegar el terrible día en que ningún encanto actúe ya. El alma, desesperada, se ve arrojada de todos sus asilos, de todos sus refugios, despojada, lanzada a un gran desierto de aridez. Las tardes de

cacería, Herbert coge a veces un lobo o un zorro todavía vivo y lo acribilla a cuchilladas hasta que en el cuerpo de la bestia no queda un solo fragmento que no esté en carne viva: es lo bastante rico para permitirse el lujo de destrozar una buena piel.

Durante cinco o seis meses del año —primavera y estío—. Herbert lleva a Paiens a vivir en su compañía a toda su familia, sus cuatro hijos, Ansiau su sobrino, sus dos yernos, su hermano menor Girard el Rubio. El castillo del vizconde está superpoblado durante la estación de caza; el aire es asfixiante y de arriba abajo reina un alboroto continuo.

Ansiau encuentra esa vida bastante a su gusto. Caza durante todo el día, o se ejercita al tiro o arroja piedras. Cada tarde hay en el castillo una alegre cena, se bebe, se canta entre el arder de candelas, en el esplendor de reluciente vajilla y de bellos vestidos coloridos con galones dorados. Aalais está siempre dispuesta a acogerlo, dulce y cálida, en aquel gran lecho en el que han de estar *un* poco estrechos en compañía de Simon, André y la esposa de aquél, Odette. Aalais tiene ahora tres hijos: dos niños y una niña —Mahaut—. Los tres duermen en una amplia cuna cerca del lecho; y por la noche, cuando la pequeñuela comienza a gritar, Aalais se

levanta para darle el pecho.

Ansiau de Linnières, a los veintidós años, es uno de los más espléndidos caballeros de Paiens. De cuerpo robusto, con ancho cuello, brazos duros y musculosos, talle cimbreante y un porte de cabeza que le da aire altivo; sus caderas son estrechas y sus piernas fuertes y pesadas lo sostienen a plomo en el suelo; y en ningún combate cuerpo a cuerpo ha vacilado nunca ni retrocedido una pulgada. En el mentón y las mejillas le crece una barba oscura, corta pero densa, y sus fuertes cejas se cruzan en el arranque de la nariz; en sus largos ojos oscuros alternan expresiones de soñadora dulzura y de dureza.

Aunque un tanto estropeado por la herida en la nariz, su rostro es agradable, moreno y de intenso color, ardiente y grave. Pero la marca de Puiseaux seguía en su rostro; y hacía cuatro años que Baudouin escapaba de sus manos. Pero Ansiau no es hombre que se deje deshonrar impunemente; no necesita más que la ocasión; después, la dama puede llorar si quiere.

Edith de Chalmiers es una gran flor blanca, un manantial de agua viva donde uno puede beber y saciarse cuando tiene sed. Nada hay más noble en la tierra que la línea de sus cejas. En ese jardín encantado y prohibido que son las mujeres, Edith es la reina y en tomo a

ella se aprieta una muchedumbre de otras Edith, menos bellas, pero tentadoras a pesar de todo. Para Ansiau, toda mujer que no es hija o esposa de caballero, puede ser tomada por la fuerza; pero toda mujer, hasta la más pobre y la más vil, es un fruto prohibido. No es uno de esos que hacen el amor como las bestias. Más bien es de los que se vuelven al paso de una mujer para no encenderse con demasiada facilidad.

En la pesada noche de la vasta alcoba de Linnières o de Paiens, en el amplio lecho cubierto con pieles de animales se le permite despojarse cada noche de los ropajes de su alma como de los vestidos de su cuerpo. Es hombre

que ayuna cuando está privado de esa presencia, de ese calor, de esa voz dulce, de ese olor de carne, que para él son únicas en el mundo y no se parecen a ninguna otra. Durante seis años, ella ha crecido y madurado al mismo tiempo que él; se han formado y modelado el uno al otro, como el río y su lecho, como el guante y la mano. En las claras mañanas sorprende aún a veces, deslumbrado, esa blancura brillante que le había sorprendido cuando niño y que nunca lo dejará indiferente. Blancuras en expansión, más vastas, más vigorosas que antaño; son dominio suyo para siempre. Para los demás, Aalais no puede ser una mujer; y no se imagina que

algún otro pueda quererla.

Para él mismo es más que una mujer. E incluso —y se da cuenta de esto con sorpresa— es más que un hombre. Jamás se abandonaría a un hombre con tanta confianza. La dama puede estar de humor arrogante y en cólera con los demás; pero sabe que con él siempre estará tierna y dulce. Sabe que para él, la esposa siempre tiene los brazos abiertos y cálidos y la voz apacible. No hay nada en el mundo que él admire tanto como esa bondad de una mujer para un hombre. Se siente tan pobre y tan rudo a su lado. La dama es tan noble. «Tiene tantas razones para no amarme. Odio a su familia y jamás ha intentado

vengarse en mí.»»

Hace cuatro años que Ansiet y su padre se aman con un gran amor hecho de dulzura y de cortesía, hasta el punto que las gentes se extrañan de que un niño tenga ya el corazón tan firme en sentimientos tan delicados. Ansiet se siente dichoso de servir a su padre en la mesa, de desatarle el calzado y las polainas por la tarde; le lleva los pájaros que ha matado, los lagartos y los abejorros que ha capturado; y nunca recibe una golosina sin querer compartirla con su padre. Ansiau lo sienta en su silla de montar, lo coloca delante de él, lo lleva a la caza y a los torneos de prueba, cobijándolo en su

gran manto de lana cuando nieva o llueve. El niño tiene cabeza redonda y cabellos rubios —de un rubio de lino, casi blanco—. Su cuello es delicado, los ojos muestran siempre aire interrogador, la gran boca flexible está siempre dispuesta a reír o a llorar. Es grácil, aunque no es débil, «nacido de madre demasiado joven» como dice dama Adela. Las únicas cosas que tiene de su padre son una amplia sonrisa radiante y la costumbre de sacudir la cabeza para echarse el cabello atrás.

La dama no deja de mostrarse celosa de la preferencia del barón por el mayor de sus hijos. Cuando el marido se sienta a su lado en el banco y toma a Ansiet en

sus brazos, nunca deja de ponerle a Herbert en las rodillas; y cuando besa al primogénito, Aalais vigila para que el menor reciba otros tantos besos del padre.

—Este niño no es tiñoso —le dice— y es de vuestra sangre igual que el otro.

—Señora, amo al otro y no amo a éste.

—¡Cómo, barón! Lo he llevado en mi vientre durante nueve meses, lo he criado, Dios sabe a costa de qué trabajos; lo he amamantado con mi propia leche... ¿y vos no os tomáis siquiera la molestia de amarlo? Es una afrenta que no he merecido. El niño no es deforme ni idiota...

—Lo amaré para daros gusto, señora.

Pero el pequeño Herbert no le atrae mucho más que los hijos de su primo.

Y sin embargo, Herbert es un hermoso niño. Grande y robusto para su edad, promete ser más fuerte que su hermano mayor. Muy rubio y muy blanco, tiene una cabeza grande y una carita redonda y pálida como la luna; sus fuertes labios rojos, hinchados hasta parecer romperse, y sus gruesos ojos fijos e inmóviles le dan un aire mohíno. Está siempre en pie en un rincón, con las manitas a la espalda, su vientre redondo bien saliente, habla poco y mal, no ríe nunca y casi nunca llora. Parece lento de

mente, pero Aalais no se equivoca: es un ojo que lo ve todo, lo observa todo, lo juzga todo; en sus cóleras se muestra rápido y seguro de sí, brusco y ágil a la vez. «No tendrá igual ni en astucia ni en fuerza —piensa Aalais—, ni tampoco en belleza.» Pero por el momento es una bestezuela feroz que sólo sale de su sopor para morder, arañar, revolverse y chillar. Ama a su madre; primero tuvo celos de su padre; después, de la hermana menor Ala, que sólo vivió dos meses; después de Mahaut, más obstinada en vivir. La dama amamantó a Mahaut durante trece meses.

Tan blanca de cabeza como sus hermanitos mayores, Mahaut tiene los

ojos oscuros, ríe mucho y es muy bonita; a los dos años ya la admira todo el castillo. El barón está muy orgulloso de ella. Y la dama piensa: «A la hubiera sido más bonita aún». Pero es ella la única en saberlo.

Joceran tenía un corazón de padre. Al ver de nuevo a su hija preferida en el castillo del vizconde, sentada a la mesa al lado del barón, había sentido diluirse su cólera y su rencor. Además, acababa de desavenirse con la señora de Buchie y ya no veía razón alguna para odiar a su yerno. Abordó a Aalais cuando ésta paseaba en el patio del castillo en compañía de otras damas; la joven llevaba en brazos a su hijita y los otros

dos pequeños la seguían cogidos a su falda.

—Vaya, niños... ¿es que no saludáis a vuestro abuelo? —le dijo Joceran—. ¡A fe mía que estos niños tienen más de mí que de Ansiau! Al ver a vuestro hijo mayor, hija mía, se juraría que es Baudouin cuando tenía esa misma edad.

—Así lo temo, mi señor —dijo Aalais, dichosa al ver que su padre no le guardaba rencor—. Es tan malo, tan chillón, tan peleón, que no puedo más. Supongo que Baudouin no habrá sido tan difícil de educar.

—Eso quiere decir que se batirá bien. En cuanto a vos, paloma mía, habéis cambiado. Habéis crecido y

estáis más bella. Bien, ya veo que habrá que hacer las paces con vuestro marido, con ese loco del barón, puesto que tan enamorada estáis. Además, tiene una parentela rica; es tan fuerte y valeroso que he de sentirme orgulloso de semejante yerno. Decidme, ¿qué me exigiría como garantía...?

—Tengo miedo de que no quiera oír del asunto... —suspiró Aalais rozando su cabeza en la barba gris del padre—. No es que tenga nada contra vos... a quien odia es a Baudouin, a causa de la señal que le dejó en la cara. Si Baudouin llega a caer en sus manos, lo hará castrar. Cuanto puedo hacer es advertiros, padre.

—Tarde o temprano, Baudouin acabará mal —farfulló el padre—. ¡Qué castigo de Dios tener un hijo así! En justicia, entiendo perfectamente a vuestro barón. Mas no puedo desautorizar a Baudouin ante nuestros parientes.

La casa de Puiseaux es un verdadero desorden desde la desaparición de dama Hodieme. El mismo Joceran lo nota y siente vaga nostalgia por su difunta esposa, la única que lo ha sufrido el tiempo suficiente para que pudiera acostumbrarse a ella. Irma, la mujer de Baudouin, gobierna la casa, pero no logra hacerse respetar. Cuando Joceran está en el castillo, Irma y él se dicen

torrentes de injurias bajo la sombría mirada de Baudouin, que se sienta silencioso en su sillón, siempre dispuesto a atacar a su padre con un cuchillo o con un escabel. Pero Baudouin no es un mal hijo: lo que ocurre es que su amor a Irma le ciega la vista. Baudouin tiene treinta años e Irma treinta y tres; gastada por dos maridos y ocho partos —y Dios sabe por cuántos sortilegios y torpes prácticas cuyo secreto ella guarda cuidadosamente— está marchita y ajada y nunca ha sido bella; pero ha embrujado a Baudouin de manera que para él es la mujer más hermosa del mundo y, desde luego, la mejor.

Desde hace años media entre padre e hijo una amistad refunfuñona y despectiva.

—¿No es vergonzoso veros cambiar de ideas como una veleta? —dice el hijo.

—Si un ángel viniera para llevaros al paraíso —replica Joceran—, vos le daríais de primera intención una cuchillada. No conocéis otro lenguaje. Vos sí que no cambiaréis nunca de ideas, porque sois tan incapaz de tenerlas como un jabalí.

Ansiau y sus tíos estaban en Paiens cuando fueron convocados a Troyes por el tribunal de los pares, porque la dama de Buchie había encontrado por fin un

campeón que se ofrecía a provocar a Ansiau y acusarlo como asesino de Fromond: hasta entonces, nadie se había atrevido a hacerlo, pues era bien sabido que Fromond había sido muerto en leal combate y ante testigos. Pero la anciana madre quería vengarse a toda costa y había ofrecido todos sus bienes a un pobre y valeroso caballero de la comarca, Gautier de Chaource, en el caso de que quisiera defender su causa ante el conde: porque la vieja estimaba que su hijo había caído a traición.

Al saber todo esto, Baudouin de Puiseaux quedó muy contrariado y comenzó a abrumar a reproches a su padre.

—¿Qué van a pensar de vos —le decía— que prometisteis vengar a Fromond ante su cuerpo todavía caliente? ¿Es que podrá decirse que tenéis miedo a Ansiau y a sus tíos? Ahora abandonáis esta venganza a otro. ¿Acaso no dijisteis que queríais ser tratado de cobarde ante toda la castellanía si no vengabais a Fromond? Y ahora veis cómo otro os arrebató la venganza a sabiendas de todos.

—No era ni mi tío ni mi sobrino —dijo Joceran.

—Pero era vuestro yerno. Y por eso mismo lo mató Ansiau: bien lo sabéis. ¿Acaso teméis a Ansiau? Quiero ir a Troyes a provocar a Gautier de

Chaource y ponerme en su lugar para combatir contra Ansiau.

—Os lo prohíbo —replicó Joceran—. No podemos acumular tantos enemigos; ya estamos en guerra con los de Breul. Esperad: si en ese juicio Ansiau resulta el más fuerte, podréis caer sobre él sin provocar a Gautier de Chaource.

—Eso se da por supuesto —dijo Baudouin—. Tendrá que pasar por Puiseaux para volver a su casa y lo acecharé en la encrucijada de Chaource, y Fromond será vengado de un modo u otro; ya hemos esperado bastante tiempo.

Durante horas enteras, Ansiau tuvo

que sostener un combate cuerpo a cuerpo tan rudo que más de una vez creyó no poder luchar más. Rota su lanza, muerto su caballo, no le quedaba más que su excelente espada, que sostenía con ambas manos y dejaba caer a diestro y siniestro sobre la del adversario. Gautier era un hombre de treinta y cinco años, más corpulento y membrudo que Ansiau y muy preciso en todos sus movimientos. Más de una vez el corte de su espada rozó el yelmo de Ansiau. Muchas veces los caballeros que los rodeaban en la pelea creyeron que Gautier de Chaource iba a vencer; y Herbert el Rojo se arrancaba ya la barba por el dolor; Armelle de Buchie lanzaba

grandes voces de júbilo: «¡Gautier, Gautier, haz que vea pronto su cerebro y sus entrañas!».

«¡Ay de mí! ¿Es que voy a morir? No puedo más. Mi alma se separa de mi cuerpo..., estoy cansado y dolorido... ¡Dios Dios! Tú sabes que soy inocente. Ayúdame.» Y sin que él pueda saber cómo, su espada se abate de pronto con un crujido sordo. Gautier vacila y cae con un hombro despedazado.

Entonces, Ansiau arroja su espada a tierra y traza una gran señal de la cruz con las manos. Se vuelve hacia la fila de caballeros alineados en torno a la lid, a los jueces y a los testigos.

—Señores —les dice—, os lo digo

para que lo sepáis: Dios me ha ayudado; y si ese hombre está fuera de combate, no es mérito mío sino un milagro, porque yo me encontraba ya al cabo de mis fuerzas. Ved si no he probado ya mi buen derecho. Aparte de esto, nada le pido; ni a él, ni a la señora de Buchie.

Inmediatamente lo rodearon sus escuderos y primos que lo condujeron fuera del recinto y le ayudaron a quitarse la armadura, porque estaba todo dolorido y lleno de moraduras. Por parte del jurado de los Pares, Gautier de Chaource fue condenado a perder su mano derecha por falso testimonio y calumnia; y la dama de Buchie pagó por él una fuerte multa, a fin de evitar el

castigo material.

Unos días después, la familia de Ansiou salió de Troyes; pero Ansiou cometió la imprudencia de aguardar, solo con Thierry y dos hombres de armas. Dijo que deseaba descansar en casa de su padrino Guillaume de Nangi. Pero otra razón lo retenía realmente en Troyes: había sabido que la dama de Chalmiers se encontraba allí y deseaba verla de nuevo. Pero quedó bien castigado por esa intención, porque no halló a la dama de Chalmiers y en cambio se topó con graves disgustos en su camino de regreso a causa de lo insuficiente de su escolta.

En el camino de Troyes a Chaource,

en el cruce, Ansiau vio de pronto dos escudos amarillos y azules que se alzaban ante él; detrás, dos caballos enjaezados y dos puntas de lanza. «Defiéndete, traidor: recuerda el cerebro de Fromond de Buchie.»

—¡Judas! —gritó Ansiau al reconocer la voz de Baudouin—. Bien sabes que no estoy preparado. Deja que me ponga mis armas; mis soldados las llevan. Y mi caballo no está aún hecho al combate.

—Te dejo el tiempo preciso para coger tu escudo y tu lanza: un hombre que lucha bien no necesita otra cosa.

El caballo de Baudouin recibió un tajo en el ojo y cayó de rodillas al

mismo tiempo que el de Ansiau se encabritaba y derribaba a su jinete. En vano reunía todas sus fuerzas para levantarse, cuando vio que Baudouin avanzaba lentamente a él con la espada en alto, jadeando y gruñendo como un jabalí. Ansiau tuvo apenas tiempo para levantar el escudo por encima de su cabeza. Y al mismo punto, un odio tan ardiente, tan doloroso, le invadió como un espasmo en el que saltaran su corazón y sus entrañas y creyó que iba a morir. Se puso en pie, cubierto aún con su escudo, retrocedió lentamente para apoyarse en el tronco de una encina. Por encima de su cabeza veía girar la lanza del compañero de Baudouin, que seguía

a caballo.

—¡Eh, Baudouin de Puiseaux!
¿Quién os ha permitido atacar a este
hombre en nuestras tierras?

Los señores de Breul llegaban al galope, porque uno de sus soldados les había advertido de la lucha en la encrucijada; y los de Breul estimaban que esa parte del camino les pertenecía. Esto provocó tal cólera en Baudouin, que a punto estuvo de arrojarse sobre ellos con la espada. Pero eran más numerosos. Aislaron a Ansiau y le ayudaron a volver a su caballo. Ansiau y sus hombres regresaron al castillo en estado bastante lamentable, pues hubieron de viajar por pequeños atajos

entre la maleza, para evitar ser atacados de nuevo.

La caza del hombre. En el bosque de Puiseaux, Baudouin caza el ciervo, sin sospechar que es él mismo la presa acechada por importantes cazadores furtivos. A la espera, tras un macizo de avellanos, Ansiau, Herbert, André y Simon sujetan por las riendas sus caballos y escuchan el toque de la trompa cada vez más lejano y el paso pesado de un palafrén que lleva a un corpulento jinete. Las ramas secas crujen, el eco hace resonar el suelo y los troncos. «Por aquí, Robert; por aquí ha pasado el ciervo; los perros perdieron su pista.» Y Baudouin aparece en el

claro del bosque, con el cabello en desorden, rojo y sudoroso; su túnica de gruesa lana cruda está mojada de lluvia y rocío. Su escudero va tras él, con su escudo y su lanza de caza.

—¡Vaya! Mi buen Boucant parece espantarse; debe de haber un oso por aquí, Robert —dijo Baudouin.

Y avanzando hacia el seto de avellanos percibe cuatro cabezas de hombres que emergen del verde follaje.

Muy pálido, Baudouin se vuelve a su escudero:

—Robert, vete pronto en busca de refuerzo. Los de Linnières están ahí, reconozco los cabellos rojos de Herbert.

Pero Robert no tiene tiempo ni de

dar diez pasos; recibe una jabalina entre los dos omoplatos.

Entonces Baudouin da la vuelta a su caballo y se lanza por el camino que conduce a Puisieux. El caballo, con las grupas acribilladas por las jabalinas, resopla, se encabrita de dolor y se lanza contra un tronco de árbol. A Baudouin apenas le queda el tiempo de saltar a tierra. Ansiau está sólo a diez pasos de él.

Jadeando, Baudouin se escabulle entre la maleza poniendo en fuga a liebres y perdices que corren por todas partes. Las ramas mojadas le azotan el rostro y las espinas de los setos desgarran sus vestidos. Muy cerca de él

crujen las ramas, las hojarascas se apartan con un ruido silbante: es Ansiou que corre tras sus huellas, respirando fuerte y husmeando para descubrir el olor de su enemigo. Baudouin ve tras las ramas dos cabezas rojas, las de Simon y Herbert.

Puñal en mano, Baudouin sigue deslizándose entre las hierbas, deteniéndose al menor ruido. Los árboles son cada vez más escasos; los matorrales más distanciados. Por miedo a deslizarse en la zona pantanosa Baudouin se detiene y, echado en la hierba, escucha por todas partes el crujido de las ramas bajo los pasos de los hombres. André —con su cabeza de

oro— sale de las matas y mira en derredor, buscando con los ojos huellas del enemigo. Entonces, Baudouin se pone en pie, blande su puñal y avanza hacia él; sus cuchillos se cruzan. «¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —grita André—, ¡Por aquí, padre, hermano!» Rodeado por todas partes, Baudouin se defiende como un toro herido. Le arrancan el cuchillo de la mano, pero lucha con sus puños y sus codos con tal fuerza que más de una vez rechaza lejos a sus cuatro asaltantes, como un jabalí hace caer en derredor a los perros que lo acosan. De todos ellos, él es el más corpulento y el más fuerte.

Pero está solo frente a cuatro y las

fuerzas lo abandonan. Se le echan encima, lo agarran, lo inmovilizan y lo arrastran por tierra como a una bestia abatida. Después lo disponen sobre un caballo, atravesado en la silla de montar. Bajo tan grave peso, el caballo avanza a duras penas. El camino es largo; la cabeza de Baudouin, que cuelga hacia el suelo, se llena de sangre; poco a poco pasa de roja a violácea. A través de los círculos rojos que giran ante sus pupilas, ve el vientre humeante del caballo, el polvo y los guijarros del camino; el mundo parece invertido; el cielo está abajo, y, por encima de su cabeza, la tierra y los cascos del caballo.

En la torre de Seuroi, adonde los caballeros llegan al cabo de media jornada de camino por rutas extrañas, Baudouin es llevado a la sala entre grandes clamores de júbilo; los criados le atan pies y manos a los cuatro extremos del lecho y allí es castrado por Rainard y Edme, su chalán, en presencia de Ansiau, de Herbert y de los hijos de éste.

—Ahora —dijo Ansiau llevándose la mano a la nariz—, todo el mundo temblará al ver esta cicatriz. A nadie le vendrán ganas de reírse de ella.

Rainard, entretanto, enjuga sus manos sangrantes. En un silencio pesado y tenso, interrumpido por los gruñidos

de Baudouin, Herbert se seca la frente, porque la tarde es tormentosa y el aire de la estancia asfixiante. Por la puerta, un día descolorido cae sobre la mancha renegrida del pavimento. Una antorcha ilumina con luz roja los rostros amarillos de los hombres que se mantienen en pie en torno al lecho y a las carnes blancas y velludas de Baudouin.

Pasado el primer instante de triunfo, Ansiau echa una mirada sorprendida sobre el rostro amoratado y tenso de su enemigo; con los ojos cerrados, el sudor abundante en la frente, la espuma en la boca y los cabellos pegados a las sienes, Baudouin ya no tiene nada de odioso, nada que haga hervir la sangre

de cólera; Ansiau siente casi piedad.

—Después de todo —dice— está bastante castigado. Me las ha pagado todas y no lo odio. Tío, quisiera darle vestidos limpios y hacerle beber del vino añejo de vuestra bodega. Mañana lo haré llevar hasta el puente de Puiseaux en buenas parihuelas, para que no pueda decir que lo he maltratado después de herido.

—Haréis bien —dijo Herbert—. ¡A fe mía que era un hombre rudo! Su parentela sabrá lo que cuesta ultrajar a los de Linnières.

Al día siguiente, los soldados que guardaban el puente de Puiseaux hallaron en el camino unas parihuelas

cubiertas con pieles de lobo y en ellas el cuerpo del hijo del barón, envuelto en una capa de lana. Con grandes gritos de dolor lo llevaron a Puiseaux.

Joceran, al ver a su hijo mayor de tal modo mutilado y deshonrado, se puso a gritar de dolor y a arrancarse los cabellos y la barba.

—¡Ah! ¡Cuándo habré acabado con ese hombre! ¡Ay, Baudouin, mi primogénito, he aquí que debo llevar luto por vos cuando aún estáis en vida! ¿Qué he hecho a ese lobo para que así quiera destruir mi raza?

Tendido en el lecho, pálido, con los ojos cerrados, Baudouin parecía abatido y desanimado por primera vez en su

vida.

—Han acabado conmigo —decía—. Mi vida ha terminado; ya no me queda sino reventar. Soy vuestro primogénito: no hagáis injusticia a mis propios hijos.

Al verlo tan triste y suave, el corazón de Joceran pareció recobrar vigor.

—Por mi barba —dijo— que no os dejaré sin venganza. Dios me maldiga si no devuelvo a Ansiau todo lo que os ha hecho sufrir. Viviréis más que yo y a mi muerte tendréis el feudo como si estuvierais íntegro.

—¡Cómo voy a atreverme a aparecer entre los demás caballeros! —murmuraba Baudouin—. Prefiero morir.

—Por el cuerpo de san Thiou, os entregaré a ese hombre atado de pies y manos —rugió Joceran—. No lloréis así, mi hermoso halcón, sangre mía y orgullo mío. Me destrozáis el corazón. Os juro que tendréis satisfacción cumplida o yo no soy cristiano. Dentro de un mes, Ansiau y sus tíos tendrán de qué lamentarse más que vos.

Ansiau podía estar bien seguro de que su venganza no pasaría inadvertida en el país y que tarde o temprano tendría que responder de ella de un modo u otro. «Si salgo de esta, seré temido por toda la comarca», pensaba.

Llamó a sus tíos y vasallos y se encerró en su castillo. Aalais, al saber

el trato infligido a su hermano, comenzó a llorar y a lamentarse.

—¡Ah, Baudouin, hijo de noble padre! ¡Ahí estáis, emasculado y humillado! ¡Ay, mi pobre hermana, Irma! ¡Ay, mis pobres sobrinos!

—Señora —dijo Ansiau—, ¿es eso lealtad? Vos habíais prometido renunciar a vuestra familia. Me habíais dicho que ya no amabais a Baudouin.

—¡Dios! ¿Podía saber esto? ¿Acaso no habéis derramado mi sangre? Mirad, yo tengo la misma boca y los mismos ojos que él, ¿y podéis mirarme a la cara? ¿Por qué no me devolvisteis a la casa de mi padre? No me amáis, me odiáis, idos de mi vista; no volveréis a

acostaros entre mis brazos.

—Lo haré siempre que me plazca, señora; vos lo sabéis bien. Y no quiero volver a oír vuestros lamentos.

Un mes más tarde, Ansiau y sus parientes fueron convocados por un mensaje de Troyes a presentarse de nuevo ante el tribunal para responder a ultrajes y mutilaciones en la persona del caballero y vasallo del conde, Baudouin de Puiseaux. «Aquí está Joceran —dijo con desdén Ansiau—. No sabe hacerse justicia por sí mismo y ha tenido que apelar al conde como un burgués cualquiera.» Respondió que estaba enfermo y se negó a comparecer: estaba convencido de que alguna emboscada le

aguardaba en el camino.

Aalais no hubiera sido de buena raza de haber podido olvidar fácilmente la injuria hecha al hijo de su padre. Podía haber nacido Baudouin de Blanche de Montméjart: aun así era el heredero de Puiseaux. Muchas veces al día enrojeció y palideció al ver a los tíos y primos de su marido, porque llevaba ante los ojos la imagen sucia del cuerpo desnudo y mutilado de su hermano a manos de aquellos hombres. «¿Pueden mirarme sin reírse entre dientes por haber humillado a mi familia? ¿No pensarán que soy una hija sin juicio, que deja ultrajar a su familia sin decir nada? Para mí es la vergüenza; y mi barón no ha tenido

piedad alguna ni para mí ni para mi familia. ¿Cómo justificarme ahora ante sus parientes y ante todo el país? Las gentes dirán: ha vendido y traicionado a los de su linaje para acostarse con un hombre.»

Pero Dios sabe que Ansiau no podía vivir toda su vida con el cuchillo de Baudouin sobre su cara.

«Los hombres —piensa Aalais por la noche, cuando su pequeña grita, o de día, cuando las llamas danzan en la boca de la chimenea— son así. Necesitan siempre hacerse daño unos a otros; quieren cortarse, hacerse pedazos, abrirse en canal unos a otros; todos son tuertos, cojos u ostentan cicatrices; a

éste le faltan dos dedos; al otro una mano. Baudouin sería el último hombre en dejarse ultrajar impunemente. ¿Cómo no iba a amar al hermoso halcón acechado por tan grandes gavilanes?

«¿Ha conseguido algo acercándose a su marido en estos seis años de matrimonio? Nunca ha dejado de hacerle obsequios cada día de la semana, lo mismo que los de fiesta; nunca la ha golpeado, ni siquiera con la mano; jamás ha puesto los ojos sobre otra mujer. La misma Catherine debía estar de acuerdo en que era todo lo buen marido que se puede ser. Si a veces se arrebatava contra los demás, con ella era la dulzura misma; no hay humillación en amar a un

marido semejante, sobre todo cuando es el primero, el que os ha poseído a los catorce años.

«¡Ay! ¿Qué tienen entonces mientras viven? ¿Es que, entonces, la vida está hecha de tal manera que necesitan siempre cortar en la carne viva, en mi propia carne, mi padre, mis hermanos, mi marido, mis hijos, cuando a su vez sean hombres?»

Aalais tiene sueños rojos, siempre rojos: un caos de pintados escudos, de entrañas de hombres, de cabezas mutiladas y de golpes, de golpes sin fin. Se despierta sobresaltada, creyéndose herida por lanzas o por hachas. No ama la guerra: es demasiado dañina. Ama el

invierno, a pesar de las heladas y de los días demasiado cortos y grises, ya que en invierno puede tener a su esposo consigo y gozar de él. ¡Dios, con qué avidez!, ¿quién sabe si podrá tenerlo por mucho tiempo? Sus dos hijos son pequeños, puede cubrirlos con su cuerpo y calentarlos, ocultarlos en sí misma, como si aún los llevara en su seno; pero su barón es tan grande, que está cansada de contar todos los puntos vulnerables de su cuerpo. Revisa con cuidado su armadura, su yelmo, su cota, su escudo, y piensa que, después de todo, no se trata más que de hierro y madera, de cosas muertas. Y ella los forra y recarga de amuletos, de raíces mágicas, de

signos sagrados. Pero aun así, ¿quién sabe si el adversario no tendrá sortilegios más poderosos que éstos?

Dama Adela murió aquel invierno, algunos días antes de Navidad, en estado de pecado, sin haber podido confesar sus faltas ni recibir sus sacramentos. De pronto se había puesto de color rojo oscuro, casi violeta y la lengua se le salía de la boca. Cayó al suelo desde el banco en que estaba sentada, pesada e inerte como un saco de harina. Tres hombres pudieron a duras penas levantarla y llevarla a su lecho y allí quedó, jadeando penosamente, los ojos sangrientos, brazos y piernas de par en par; sus

pesadas manos hinchadas de grasa colgaban con los dedos separados como niños pequeños.

Ni con sangrías, ni con agua fresca hubo manera de hacerla volver en sí. Pasó la noche, dura, rígida, más terrible que nunca en ese mutismo implacable que ya nada ni nadie podría romper. Una vez muerta, parecía aún más corpulenta de lo que había sido viva. Por la noche, las candelas ardían en la cámara donde dos siervas de Richeut lavaban el cuerpo y descubrían que dama Adela había sido también una mujer, secaban el sudor de sus enormes pechos de mármol y peinaban sus largos cabellos grises, ocultos hacía tanto tiempo bajo una cofia

banca.

La que por tantos años había gobernado el castillo yacía ahora en una gran mesa en la capilla; y sus nueras, siervas y criados, aturdidos, tenían que contenerse para no correr a preguntarle: «Señora, ¿qué hay que hacer ahora? ¿Cuánto vino conviene sacar? ¿Qué alfombra hay que disponer para el entierro?». Negro, abotargado, amenazador, el rostro de la dama parecía decir: «Arreglaos. Yo ya he trabajado bastante».

El viejo Hue, sentado en un sillón cerca del cadáver de su esposa, permanecía inmóvil horas enteras; no hacía más que resoplar de vez en cuando

y sorber las lágrimas que fluían por sus mejillas en dos mínimos hilillos; su blanco bigote estaba todo mojado. Había perdido el uso de la palabra y no sabía más que mugir como un sordomudo cuando respondía a cuanto le decían los demás.

Aalais heredó el manajo de llaves de la vieja señora y también su voz chillona y sus manos rudas y dispuestas siempre a golpear. A los veinte años, Aalais era una mujer fuerte y robusta, esbelta y aún delgada; tenía unos senos redondos y altos que se agitaban como olas cuando caminaba, porque su modo de andar era rápido y decidido. Su cintura era fina, las piernas largas y los

tobillos estrechos; y su cabeza, alta y erguida, sobre un cuello blanco y redondo, llevaba sin doblarse el peso de dos pesadas trenzas que le golpeaban la espalda y las caderas cuando caminaba. Viéndola avanzar en la sala, vestida con su túnica de lana roja ceñida al talle por un grueso cinturón bordado, cuantos la veían por primera vez decían: «He aquí realmente una noble dama, que ha de producir hermosa raza. Si su marido muere, a ella no le costará trabajo casarse de nuevo».

* * *

En primavera los hombres de

Linnières se vieron obligados a salir del castillo porque les faltaba el forraje y el trigo; sus campos habían sido quemados por los de Puiseaux y en el castillo dejábase sentir el hambre; hacían el pan con salvado y aun así muy racionado: los campesinos de la aldea, que ni siquiera ese pan tenían, iban a arrastrarse a la puerta cochera del castillo. Ansiau los dejaba entrar, la dama les hacía llevar los restos de la comida de puercos y caballos; los domingos distribuía también pan; poco a poco hubo que comerse todos los cerdos, los bueyes, los corderos —un hombre de armas come mucho— y para la caza no podían aventurarse más allá

de la zona pantanosa de Linnières, porque los de Puiseaux rondaban por las cercanías.

Ansiau decidió entregarse a la merced del conde; habíase vengado de una afrenta que llevaba en la cara hacía cuatro años; nadie podía acusarle de haber sorprendido a su enemigo desprevenido. En cuanto que un hombre libre tenía derecho a vengarse en país cristiano, las leyes del conde nada podían reprocharle. Sólo que cabalgar por la comarca resultaba peligroso, porque los de Puiseaux rondaban por el bosque y vigilaban los caminos. Convenía salir todos juntos y bien armados; Ansiau no sentía deseos de ser

castrado a su vez, y menos aún de que mataran a alguno de sus primos. Así pues, la consigna era: que nadie se aleje del grueso de la tropa. Ansiau quería descender por Bernon a Chaource y de Chaource llegar a Troyes, pasar en camisa y descalzo ante el conde, exponerle las razones de su negativa y presentarse ante el tribunal el año anterior y justificarse de la acusación de Joceran; a lo más se le obligaría a pagar una multa por no haberse presentado al juicio. De todas maneras, en Troyes tenía amigos, estaba Abner, que le prestaría dinero, podría arreglar las cotas de malla y, en el viaje de regreso, comprar trigo.

Pero también había que dejar algunos hombres que guardaran el castillo: Ansiau y Herbert opinaron que en la primavera nadie se aventuraría en las tierras pantanosas de Linnières; bastaba hacer guardar la torre de Seuroi, que estaba en la encrucijada de dos caminos, precisamente frente a Hervi. La dama la guardaría; se le darían diez soldados, y era suficiente, puesto que la torre era pequeña y sólida.

Aalais se hallaba encinta hacía cuatro meses, pero soportaba bien sus embarazos. Se resignó a dejar a los cuidados de Haumette a los dos niños y a la pequeña Mahaut y siguió a los hombres a Seuroi.

La reducida tropa se detuvo en Seuroi a pasar la noche. Tíos y sobrinos se calentaron ante el fuego de ramas de árboles que Rainard hizo encender en su chimenea negra como homo de infierno. La dama, sentada en un banco cerca del fuego, calentaba sus manos hinchadas. Fuera, ráfagas de viento hacían crujir las copas de los árboles en el bosque todavía desnudo; los hombres se santiguaban: en noches así las almas de los muertos en el bosque se quejan y lloran. El mismo Rainard, atacado desde el otoño por una maligna tos, jadeaba y escupía en el fuego. «Mal tiempo — decía—, mal tiempo» y se arrebujaaba friolero en sus viejos y grasientos

jirones.

Por la noche llovió a cántaros. Hubiérase dicho que toda el agua del cielo se precipitaba sobre la torre de Seuroi por un inmenso canal. Aalais, abrazada a su marido, oía arroyos y cascadas que se deslizaban y precipitaban a lo largo de los muros; fuera, el agua corría en ríos por el patio y el foso; no se oía otra cosa que el agua cayendo en el agua. «¡Dios santo, los niños! —piensa la dama—. El castillo es tan húmedo. Y querrán ir a patear al patio, aunque Haumette no los deje.» Después piensa también que en el camino de Bernon a Chaource los hombres pueden ser atacados; ¿y quién

sabe qué puede hacer Baudouin con Ansiou, si llega a cogerlo? No, la vida no es alegre.

La mañana se levanta tan negra como la noche; a lo lejos se oye el toque de prima en la iglesia de Santa María de los Ángeles; todos bostezan; el sueño empezaba a ser tan dulce a pesar de las chinches y del picor de la paja; Aalais se levanta y estira sus brazos entumecidos. Hay que ayudar al barón a lavarse y peinarse; está nervioso, tiene prisa. Herbert y Rainard se hacen encerrar en sus armaduras por sus escuderos, André comprueba los estribos de su caballo; en Seuroi, hombres y caballos duermen en la

misma estancia; se lleva a los caballos al patio gracias a una plancha que cubre los peldaños.

El patio está lleno de arroyos que se cruzan y corren hacia la empalizada negra cuyos postes se hunden en el fango. Unos tras otros, los hombres bajan con sus caballos, tras haber dado un beso de adiós a la dama. Ansiau la abraza más tiempo que los demás.

—Señora, si no volviera...

—No habléis de eso —dice ella.

—Señora, si muero no volváis a la casa de vuestro padre. Casaos con uno de mis primos.

Casi había luz en el patio cuando los criados abrieron la huerta y echaron las

planchas sobre el foso, lleno de agua hasta el borde. Los jinetes comprobaban sus estribos y contaban. Cojeando penosamente, Rainard se acercó a su caballo bayo; pero en ese momento le atacó una violenta tos y cayó a tierra, escupiendo sangre; un grueso hilo rojo se extiende en una mancha por el suelo bajo su boca. Dos escuderos lo ayudaron a levantarse. Jadeando y tosiendo, Rainard dio otro paso hacia su caballo, pero tuvo que agarrarse a la silla para no caer.

—Hermano —dijo a Herbert—, he de quedarme.

En el alboroto que reinaba en el patio, Herbert no había observado el

estado de debilidad en que se hallaba su hermano; hacía colocarse sus guantes y acariciaba su caballo. Y Rainard había hablado con una voz tan débil que apenas pudo oírlo.

—¿Qué? —le dijo, sin volverse—.
Hablad más alto.

—Me quedo —susurró Rainard.

—¿Eh? ¡Dios de bondad! ¿Qué os ocurre?

El enfermo sonrió débilmente, como excusándose.

—Dejo mi caballo a Bemier. Él puede alargar el estribo izquierdo.

—Haced colocar en la silla —dijo Herbert—, eso os pasará.

—No. Vuelvo adentro. Adiós.

Herbert dijo «adiós» y Rainard se arrastró hasta la plancha de madera que hacía de escalera y se sentó en la parte inferior. Por un instante, los ojos azules de Herbert se nublaron; parpadeó y dejó escapar un suspiro; así acabó todo. Estaba ya a caballo y avanzaba penosamente por el camino fangoso cuando la imagen de su viejo compañero hundido en el arranque de la escalera como un sapo aplastado le pasó de nuevo ante los ojos. Pensó que no volvería a ver a su hermano.

Aalais no se mostró muy entusiasta al saber que tendría que compartir el lecho con Rainard; Rainard, con sus propias manos, había castrado a

Baudouin (verdad es que con la ayuda de Edme). La cosa había sido hecha por voluntad de Ansiau, pero Rainard tenía la sangre en sus manos; y si Baudouin lo cogía vivo, le haría cortar las manos como a un campesino. Pero este hombre era tío de Ansiau y Aalais estaba obligada a tratarlo como a pariente.

Para servirlo no contaba más que con una niña de doce años a la que siempre llevaba consigo. Los diez soldados de Rainard que guardaban la torre no le inspiraban mucha confianza. Además, el barón le había dejado para protegerla a un joven escudero de Linnières llamado Milon du Cagne. Este Milon, de unos diecisiete años de edad,

era robusto, rápido y ágil; era primo de Thierrí y muy fiel al barón.

En cuanto los caballeros hubieron partido, Aalais decidió que había que enviar a Rainard a la cama y hacerle beber vino caliente para reemplazar la sangre que había perdido. El enfermo había logrado arrastrarse hasta el hogar y, echado sobre las losas, dejaba escapar de vez en cuando un suspiro quejumbroso. Primero se negó a acostarse; tenía frío, deseaba permanecer junto al fuego. Aalais dijo:

—Haré que os calienten unas piedras. Id, estaréis mejor. Aquí tenéis ya el vino; pero no lo beberéis sino en la cama.

El viejo levantó la cabeza y la miró de un modo cómico: hubiérase dicho que sentía deseos de reír.

—Sois bonita, ¿eh? —dijo, con su voz muerta; y los dos largos caninos reaparecieron en los extremos de su boca.

Aalais arqueó las cejas, porque era la primera vez que oía a Rainard echárselas de galante; movió los hombros y Rainard, que estaba sorprendido y pensaba haber dicho algo agradable, volvió a cerrar los ojos. Se dejó echar en la cama, lo envolvieron en pieles de lobo y lo rodearon de piedras recalentadas.

—Y ahora bebed —dijo Aalais—,

pero no muy aprisa, porque os haría daño al corazón.

Rainard dijo:

—Cuanto fastidio; dejadme morir en paz.

—Quieto. No habléis. Habéis pasado una mala noche, eso es todo.

Rainard rió aún un poco y por fin se adormeció.

Viendo que se había dormido, Aalais fue en busca del jefe e intendente de los hombres de Seuroi, Florimond. Le dijo que deseaba tener las llaves. Florimond replicó:

—Soy un hombre y las guardaré mejor que vos.

A lo que la dama contestó que

llevaba un buen cuchillo al cinto y que además Milon du Cagne estaba allí para protegerla.

—Cuando los señores vuelvan, hablaré en vuestro favor si me obedecéis.

Florimond le entregó las llaves, con una sonrisa que quería decir: «Sé que puedo cogerlas de nuevo cuando quiera».

Ese Florimond era un hombre del Mediodía; su pasado era de lo más oscuro; sabíase que solía dormir con Rainard. Era un hombre bastante desagradable; su rostro era blanco, su barba muy negra y sus labios muy rojos. A Aalais no le gustaba porque se

mostraba insolente con ella; siempre quería aparecer como dueño y señor. Decíale crudamente que el barón y sus hombres serían encerrados en prisión al llegar a Troyes y que los degollarían por haber desobedecido al conde. «Y así dependeréis de nosotros para defender a vuestros pequeños perrillos», concluía. Para Florimond no había hombre en el mundo que no estuviera expuesto a que le cortaran la cabeza: bastaba presentarse en Troyes para ser acusado de esto o de lo otro; y entonces, lo que veía era el poste, si no era la picota, la rueda y las tenazas. Aalais procuraba no prestarle oídos, pero no dejaba de estar preocupada: pasaron quince días,

después veinte y los caballeros no habían regresado. Las provisiones de víveres se agotaban y los hombres de Puiseaux y de Hervi merodeaban en torno a la empalizada, buscando un medio de escalarla, de manera que nadie se atrevía a salir y no había medio de ponerse en contacto con el castillo.

Una buena mañana de abril, Aalais no encontró a Mabile, la muchachita que estaba a su servicio; la llamó, pero no se hallaba ni en los tejados ni junto los caballos. Pero al atardecer, Aalais descubrió un pequeño cadáver blanco deslizado en el fango del foso. Entonces Aalais tuvo miedo por primera vez. El niño, en su vientre, se movía y estiraba

dulcemente. Aalais se preguntó si podría llevarlo hasta el fin y su corazón se angustió: jamás como ahora había deseado tanto la vida de un niño. Contó a Milon lo que había visto y desde entonces no volvió a salir del lecho de Rainard, que era el lugar más seguro.

Acabó acostumbrándose a Rainard, puesto que era el único hombre en Seuroi a quien pudiera tratar de igual a igual. Cuidábale como podía: no era de esas mujeres que no pueden soportar la vista de las convulsiones y de la sangre. Rainard la contemplaba con su extraña mirada irónica y resignada; a veces decía: «Gracias, mi bella sobrina». Sabía que sus hombres lo hubieran

dejado reventar como un perro. Estaba preparado a ello. Y esta mujer venía a meterse en lo que no le importaba. Pero como era su sobrina y nacida de padre noble, no podía echarla. Y el hecho era que llegaba incluso a aliviarle sus sufrimientos.

Sufría sin quejarse, como siempre había sufrido, como una bestia que no se rinde más que para ser devorada; se mantenía hasta el fin, a sabiendas de que la primera señal de debilidad sería también la de su término.

El fin le había llegado y Florimond y los soldados lo sabían y lo daban ya por muerto, sin interesarse más por su salud. Pero Aalais tenía un corazón demasiado

bondadoso para dejar morir como una bestia a uno de los tíos de su marido. Pasaba las horas zurciendo y bordando una vieja túnica de Rainard a fin de poder enterrarlo dignamente, decía.

—Es una vergüenza —le reprendía — que no tengáis en vuestros cofres un solo vestido que no esté sucio o agujereado. Ya se ve que habéis vivido siempre sin una mujer. Y aunque os cueste oírlo, tengo que decíroslo: ya sabéis que no hay pecado que Dios deteste más que el pecado contra la naturaleza.

—¡Bah! —decía Rainard bostezando —, ¿qué necesidad tenía yo de bastardos?

Muchas veces creyó la dama que moriría en sus brazos; pero siguió viviendo. Día tras día, Aalais tomó la costumbre de escuchar las extrañas confesiones de Rainard, que resultaba charlatán una vez excitado por el vino. Dios sabe si era por aliviar su conciencia o por recordarse a sí mismo que había vivido, pero el hecho es que contaba de buena gana su triste pasado. Su memoria era buena. Aalais lo escuchaba sin horror y sin piedad, dignamente, como un confesor. Sólo de vez en cuando movía la cabeza y decía:

—Eso es una suciedad.

—Sí —contestaba Rainard tranquilamente—, no es muy bonito.

Sus historias no eran de esas que pueden ser traducidas a un lenguaje humano, porque casi siempre eran tan crudas y obscenas que el mismo diablo no las hubiera inventado peores. Rainard era conocido por su crueldad, pero sólo él sabía hasta dónde llegaba. Aalais no ignoraba que había atormentado por gusto a hombres, mujeres y niños; pero ignoraba los detalles. Rainard tenía poco pudor y contaba todo con tanta calma que la misma Aalais permanecía tranquila: aquel hombre hablaba una lengua que no era la de los hombres. Nervios arrancados en vivo, músculos seccionados o retorcidos, senos de

mujeres arrancados de cuajo, monstruosas uniones sexuales de animales y hombres, refinamientos de torturas mediante falsas esperanzas, falsas promesas, espectáculos sangrientos dados a los parientes de las víctimas... Rainard lo había probado todo con su mejor fe: pasaba por un pobre de espíritu, pero en esto nadie lo hubiera superado en imaginación.

—Y en el fondo, mi bella sobrina —decía—, todo eso no es gran cosa. Tal como os lo digo: no es gran cosa. Ni siquiera os da un poco de calor. Oyéndolo contar, parecería que tiene que animaros un poco; pues no: apenas es nada...

Y de hecho, bien podía contar historias capaces de poner los pelos de punta. Pero cuanto decía era prodigiosamente aburrido y tonto; su modo de contar las cosas era tan banal y gris que las palabras más crudas perdían su sentido y Aalais bostezaba frecuentemente escuchando aquellos relatos infernales.

—Y si no es gran cosa, tío, ¿por qué habéis cargado tanto vuestra alma?

La pregunta era demasiado complicada para el espíritu de Rainard.

—Cargado... —repetía, pensativo, las palabras de la dama—, cargado... bien, debo creer que la he cargado. Cada uno busca su placer, ¿no es así?

Por lo demás, Aalais se decía que Rainard debía ser difícil de contentar; todo lo aborrecía y criticaba: en toda la castellanía había un solo barón que valiera una avellana; ni el conde de Champaña valía mucho más; el rey de Francia sólo era un imbécil y Enrique de Inglaterra, aunque valiente, era igualmente un imbécil; ninguno de los dos valía un bledo. Ambos papas eran falsos, lo mismo el uno que el otro y habría que encerrarlos a los dos; y mejor aún colgarlos. El único hombre que hallaba gracia a sus ojos era su hermano Herbert. «Herbert es un hombre; nada hay que oponerle; y es un buen hermano.» Rainard tenía también

preferencias por soldados y escuderos: «Aquél sabe preparar los lebreles; aquel otro es un buen tirador de arco. Ah, sí: también es un hombre: tira bien el arco. ¿Y Florimond? Florimond no es más que un pelele, un pollo mojado. Viéndolo no se creería. Ni siquiera vale lo que una avellana podrida».

Rainard sabía que la dama estaba encinta y no podía evitar hablarle de su hijo. «Si es varón lo llamaré Girard. Tal vez se parezca al barón... Es curioso, ninguno de mis hijos se le parece.»

Rainard decía:

—No es muy bello que se diga, vuestro barón.

Lo decía bostezando, sin la menor

intención de molestar a Aalais. Ésta lo comprendía y no se enfadaba.

—Tampoco un niño es gran cosa — proseguía Rainard, pensativo—. Hay quien cree que lo es, ¿eh? Vos sois mujer, lo lleváis en el vientre; se os hace una fiesta cuando nace. Yo abrí en canal a una que llevaba un niño de cinco meses; una cosa bien fea, como un sapo de gruesa cabeza, acurrucado y viscoso; lo arrojé a los perros... oh, así está bien: a los perros.

Aalais pensó en su Girard y se estremeció.

—También conmigo hubierais hecho lo mismo... —dijo, moviendo la cabeza; la imagen del niño arrojado a los perros

la llenaba de disgusto.

Rainard no comprendió.

—¿Vos? ¡Oh, no! Ni siquiera lo he pensado. Además, no se abre en canal a las damas nobles. Salvo a las que se acuestan con los criados. A ésas hay que matarlas, porque estropean la raza.

Aalais se estremeció de disgusto.

—Habría que desollarlas vivas.

Un día en que el enfermo parecía más débil que de ordinario, Aalais le aconsejó que pensara un poco en su alma.

—Aquí no hay cura —dijo Rainard.

—Habría que mandar a uno de los hombres para que lo busque en Hervi.

—Nadie querrá ir. Y el sacerdote no

querrá venir por mí. Todos quedarán contentos si muero condenado.

—Bien, tengo pan bendito y consagrado cosido en una bolsita a mi cuello. Os servirá de hostia.

—Hace más de veinte años que no comulgo —dijo el moribundo. La dama se santiguó.

—¿Cómo vivís, entonces? Ya sabéis que si vais al infierno, no es por un año ni por dos.

—Lo sé, lo sé.

Tosió y dejó caer la cabeza sobre la almohada. En aquellos ojos verduscos no había ni temor ni emoción. Sabía lo que era el infierno. No debía ser tampoco gran cosa.

A la tarde, como parecía hallarse muy mal, la dama le hizo tomar el pan bendito, pero lo devolvió en seguida en un vómito de sangre que inundó las sábanas. Aalais pensó que aquello era mala señal. Oía los ronquidos sonoros y prolongados que escapaban de ese pecho hundido y cubierto de largo vello negro. La cara de Rainard, azul y crispada, era tan horrible que Aalais corrió a llamar a Florimond y Milon. Cuando regresó, el enfermo había abierto otra vez los ojos. Su mirada era fija y dura; su nariz parecía más fina; la boca estaba como si se hubiera tragado los labios.

—No es demasiado pronto —dijo

Florimond.

Rainard parecía haberlo oído; arqueó las cejas con un aire de reproche. Después se relajó todo él; el cuello pareció derribarse hacia atrás; la boca se abrió. Un bocado de Adán tan saliente como el mentón destacábase a lo largo del cuello descamado.

—Una muerte tranquila —dijo Florimond, y se santiguó, como a su pesar. La dama y Milon siguieron su ejemplo.

Lavado y vestido, el cuerpo estaba expuesto sobre la mesa en medio de la sala; tres cirios ardían a sus pies. La dama había logrado enviar a un hombre a Hervi para buscar al sacerdote, pero

Rainard tenía razón: el sacerdote se negó a acudir y prohibió enterrar en sagrado a Rainard, encender velas y orar por su alma. De todas maneras, la dama encendió los cirios, estimando que no podía infligirse tal deshonra a un tío de su marido, y decidió velar ella misma el cadáver; seguramente que otro sacerdote que no fuera el de Hervi absolvería fácilmente esta desobediencia.

Con un rosario entre las manos, Aalais velaba el cadáver. En un rincón de la sala, cerca de la chimenea, los soldados, ebrios, juraban y tiraban los dados. Florimond, sentado un poco aparte en un banco, con el mentón

apoyado en los puños, parecía abstraído en sus reflexiones. Su gesto era maligno; y al encontrar su mirada, Aalais se estremecía.

La cabeza de Rainard se destacaba, blanca, sobre un cojín negro; había una sombra azulada en sus párpados transparentes y amarillos; los orificios nasales habían tomado un tinte violáceo; los labios eran marrones; en las sienes parecían excavadas grietas grises y toda la cara había tomado ya el color de una cosa no humana que obedece a sus propias leyes. Las comisuras de los labios se habían retirado, mostrando por última vez los grandes caninos negros en una risa que ya nada tenía de horrible.

Nunca en su humana vida el cuerpo de Rainard había poseído esa extraña belleza —belleza que no procedía de los rasgos de su rostro, sino que parecía iluminarlos desde dentro—; todo aparentaba estar en su sitio para formar una armonía perfecta. La frente, baja, se había distendido; las mejillas surcadas de arrugas y los labios cerrados se contraían en una sonrisa que ya no expresaba ni alegría ni tristeza, sino una paz por encima de toda comprensión. Y al mirarlo pensaba Aalais que Dios debía saber mucho más que los hombres. Una a una, las cuentas de su rosario deslizábanse entre sus dedos: «Dios te salve, María...». Aún no sabía las

oraciones de los muertos. *Sancta Maria Mater Dei*. Jamás cristiano alguno necesitaba tanto de oraciones. Y después, la cara fue haciéndose espantosa y Aalais la cubrió con un lienzo blanco.

Rainard fue llevado a tierra sobre unas parihuelas y colocado en una fosa cavada a cien pasos de la torre, en la encrucijada de caminos. Más tarde, se puso allí una gran piedra cuadrada y el lugar conservó el nombre de Tumba Rainard.

Ansiiau regresaba de Troyes de bastante buen humor, porque había logrado justificarse ante el tribunal de los Pares y ya nada tenía que temer por

esa parte; verdad es que había tenido que pasar un mes entero en Troyes e implorar al vizconde y al senescal y prometer sus servicios al obispado de Troyes; pero, en fin, se reconocía su inocencia y se determinaba que Joceran nada tenía que exigir del conde; ni le quedaba otro recurso que tomarse la justicia por su mano. Tras haber adquirido tres sacos de trigo en Chaource, Ansiau se disponía a franquear de nuevo la zona peligrosa; la primera vez, los de Puiseaux no fueron lo bastante numerosos para atreverse a cerrarle el paso.

Pero esta vez ocurrió la catástrofe, porque los de Linnières, enardecidos

por lo sucedido en Troyes, se mostraban menos prudentes que seis semanas antes: Auberi, hijo de Girard el Joven, se apartó del grupo para ir a la caza de un ciervo y no volvió más. La tropa había llegado ya a Seuroi y el padre seguía haciéndolo buscar por todo el bosque. Al día siguiente, el cadáver del joven apareció ante la puerta de la torre. Auberi tenía veintitrés años —dos menos que Ansiau— y Ansiau sentía gran afición por él, porque de niños habían jugado juntos; pero Auberi era un muchacho humilde que nunca había salido de Linnières ni había llevado nada de más peso que una túnica de cuero. El cuerpo del joven tenía las

huellas de diez lanzadas y además su cuello había sido cortado con un cuchillo.

Girard el joven era un hombre tranquilo. Pero ante el hijo muerto se arrebató y acusó a Ansiau de ser la causa de la muerte del muchacho.

—Por vuestra disputa lo han matado —dijo—. Os habéis rescatado con su sangre. Gran cobardía la vuestra al haber castrado a ese perro furioso, si no podíais defender mejor a vuestros amigos.

—Primo, antes de cuarenta días tendréis plena reparación —dijo Ansiau.

A lo que Girard gritó:

—No sois más que un fanfarrón.

Esperasteis cuatro años para vengar vuestra señal en el rostro. Por los santos Jorge y Miguel, no quiero seguir al servicio de un hombre como vos; e iré diciendo por todas partes qué beneficio se saca de serviros. Tan verdad como que vivo que, hasta que mi hijo sea vengado, ni mis hermanos ni mis sobrinos os servirán; hoy mismo nos vamos a Hervi, para gran vergüenza vuestra, Ansiau de Linnières. Atreveos a presentaros ante la caballería del país sólo tras haber pagado vuestra deuda de sangre de vuestro sobrino.

Ansiau dominó su cólera y contestó:

—No sabéis lo que decís. Serenaos.

Id a servir a quien queráis; sabré a qué

atenerme acerca de vuestra lealtad. Pero si en cuarenta días no habéis sido vengado, tratadme de cobarde.

Girard el joven se fue, en efecto, llevando consigo a sus tres hermanos, a su segundo hijo y a sus sobrinos. Ansiau pensó que moriría de fiebre a la espera del plazo, pero no se atrevía a atacar a los de Puiseaux antes de los cuarenta días exigidos por la ley; bastante había tenido que hacer para justificarse de la castración de Baudouin. Sabíase inocente: no era culpa suya el que Auberi se hubiera alejado del grupo. Y, sin embargo, se sentía deshonrado: «¿Quién podrá respetarme —se decía— si mi propia familia me niega su

confianza? Si no puedo proteger a los míos, prefiero morir».

Regresó a Linnières y llevó a su dama, dolida y quebrantada, después de todos los sinsabores que había sufrido desde su partida y allí la recompensó bastante mal de haber mantenido lealmente la torre durante aquellas seis semanas: casi parecía aborrecerla; recordaba demasiado a qué raza pertenecía su mujer. Le decía:

—¿Qué ha podido importaros a vos la muerte de mi sobrino? Al fin y al cabo, no era de vuestra sangre.

Y al llegar el cuadragésimo día después de la muerte de Auberi, tomó consigo a los hijos de Herbert y subió

velozmente a Puiseaux, esperando que Joceran no habría tenido tiempo de prepararse al ataque. Pero en la encrucijada de Vanlay los caballeros encontraron a numerosos hombres de Puiseaux, guiados por Garin, tercer hijo de Joceran. En dos minutos, Garin fue derribado del caballo y los soldados se dispersaron en busca de refuerzos. El joven caído no se movía y Ansiau se disponía ya a degollarlo, cuando André le gritó:

—¡No hagáis nada! Puede ser que aún esté vivo.

Ansiau se conformó con pinchar con la punta de su espada la mejilla del joven, que abrió los aterrorizados ojos.

Garin era un mozo de diecisiete años, no muy corpulento y de maneras casi infantiles. Ansiau no se atrevió a hacerle daño; lo levantó y le dijo:

—Vuestro padre me ha matado un sobrino. Lo sabéis.

Garin bajó la cabeza y las lágrimas le fluyeron por las mejillas. André y sus hermanos empezaron a reírse.

—Llora —dijo Simon— de tristeza por Auberi.

—Ya lo veis —dijo Izembard—: se defiende bien, el valiente. Seguramente que no es hijo de Joceran.

Y Ansiau, con desdén:

—Ya veis qué figurón estáis haciendo. Mis primos se ríen de vos y

con razón. Decidme: ¿sabéis que los vuestros me han matado un sobrino?

Garin levantó la cabeza y puso en él los hermosos ojos oscuros y húmedos — en su boca vacilaba una sonrisa, medio confiada, medio temerosa— la voz del barón, más que sus palabras, lo había tranquilizado. Y Ansiau, que todo se lo esperaba excepto el verlo reír, se mordió los labios.

—¡Por mi barba, creo que es inocente! —dijo—. Lo lamento, muchacho, pero he de entregaros a mi primo Girard. Si obtenéis su gracia, será vuestra suerte y deberéis poner una buena candela ante Nuestra Señora.

Volvió a colocar al joven en su

caballo y todos descendieron hacia Seuroi. Desde allí, Ansiau envió a un criado a Hervi para que dijera a Girard el joven: «Tengo en Seuroi la mercancía que os conviene. Venid a buscarla».

Garin, que se había repuesto un tanto de sus temores, se secaba las lágrimas y se reía de su propia debilidad. Ansiau se sentía un poco obligado a hacerle compañía en su calidad de señor de la torre. Garin parloteaba con animación febril.

—No es que sea cobarde —decía—, pero es superior a mis fuerzas: no puedo dominar las lágrimas. Pero no tengo miedo.

Ansiau refunfuñó:

—Hacéis bien en decirlo, pues no se creería. A vuestra edad debierais dominaros más.

—Y decidme —preguntaba Garin con la voz un poco temblorosa—, ¿qué creéis que puede hacerme vuestro primo?

—Lo ignoro —bromeaba Ansiau—. Los vuestros no han sido blandos con su hijo. Debíais saberlo.

—Fue porque luchó como un jabalí —dijo el muchacho—, padre no quería más que castrarlo.

Ansiau le dirigió una mirada tan llena de desprecio que Garin enrojeció y dejó de hablar.

Al atardecer Thierry descendió del

tejado diciendo que veía en el sendero a Girard el joven que corría al galope con todos los suyos. Garin se acurrucó en un rincón con las manos juntas bajo el mentón; sus dientes castañeteaban. Ansiau se puso en pie; acercóse a la puerta y dijo a Thierry.

—Id a Girard y decidle que descabalgue y venga a pie a pedirme perdón; de lo contrario, no lo recibiré.

Girard, a quien Thierry transmitió esas palabras, enrojeció de cólera, pero cumplió lo que se le pedía, porque estaba ansioso de venganza. Entró en el patio a pie y subió la escalera seguido de su hijo Hue y de sus dos hermanos. Ansiau se había sentado en su banco

junto al fuego y ni siquiera levantó la cabeza para saludar a su primo.

—¡Ah, estáis ahí, buen primo! ¿Son más generosos que yo los barones de Hervi? ¿Os tratan mejor? ¿Os han vengado ya?

—No me habréis llamado para burlaros de mí... —gritó Girard—. Por vuestra culpa he perdido un hijo.

Ansiau dijo.

—No habéis procedido lealmente conmigo.

Girard no lo escuchaba; estaba furioso.

—Cogisteis al hijo de Joceran. Quiero tenerlo. Me lo prometisteis.

—¿Y qué vais a hacer con él? —

preguntó el barón.

—Lo que ellos hicieron con el mío.

El barón, muy a su pesar, dijo:

—No es más que un niño.

A lo que Girard respondió brutalmente:

—Ya se ve que vuestros propios hijos están a buen recaudo.

Ansiau lamentó no haber cortado la cabeza a Garin como pensó hacerlo en el primer momento. Se volvió al joven y le dijo:

—Ea, salid del rincón y venid aquí.

El chiquillo se puso en pie, dio dos pasos adelante y estalló en sollozos.

Girard, cuyo corazón no era duro, sintió piedad; respiró ruidosamente y se

volvió para no verlo.

—Ya tengo bastantes pecados sobre mí —dijo, tras un breve silencio.

—Ya veis —dijo entonces Ansiou al joven Garin—, mi primo os perdona. Besadle la mano y agradecédselo: no es una bagatela lo que hace por vos.

Espontáneamente, Garin se arrodilló ante Girard el joven.

—Señor, si vos lo queréis, os serviré siempre para reemplazar al hijo que se os ha muerto. Sois bueno al no hacerme daño.

Girard acarició con la mano la cabeza oscura del muchacho.

—Sangre contra sangre —dijo—. Vuestro padre dará de su sangre para

reparar la mía: viviréis con nosotros. A ese precio, los vuestros no se atreverán a hacernos más daño.

El joven, aunque un poco vacilante, dijo que así lo quería; y para hacer el compromiso más firme, Herbert, que conocía medicina, hizo una incisión en la vena de la muñeca izquierda de Girard y otra en la de Garin y ató los dos brazos, uniendo las heridas perfectamente. Cuando el tiempo de decir tres *Pater noster* hubo pasado, Herbert separó los brazos y vendó rápidamente las muñecas seccionadas.

—Ya estáis unidos por la sangre — dijo—. Ahora, abrazaos.

—No volveré a odiar a vuestro

padre ni a los vuestros —dijo entonces Girard al muchacho— a condición de que me sirváis lealmente. El hijo que he perdido era mi más seguro amigo —y las lágrimas brotaron en sus ojos— no olvidéis lo que he hecho por vos.

Ahora, Baudouin y su padre discutían más que nunca. Baudouin decía:

—Me habéis vendido para salvar a Garin. Es un adamado, de mejor sangre que la mía, ya lo sé. Nunca me habéis amado.

—¡Imbécil! ¿Tengo que hacer matar al muchacho por tu causa? ¿Ya no tenéis bastante con la sangre de Auberi?

—Mientras viva no podré mirar a la

cara a Ansiau de Linnières. Y hacéis las paces con él, como si se hubiera tratado de cualquier cosa. Por el cuerpo de la Virgen que yo os hubiera defendido mejor si se hubiese tratado de vos.

—¡Sois un loco, con cerebro de buey! —rugía el padre—. ¿Quién os dice que he hecho la paz? Si consigo quitarles a Garin, veréis cómo castraré al hijo de Ansiau, y nada me importará que se trate de mi nieto.

—Bastante me importa el hijo de Ansiau. ¡Es al mismo Ansiau a quien quiero en mis manos!

—¡Tendréis lo que queráis! —gritaba Joceran, fuera de sí—. Pero tengo que arrancar a Garin de sus garras.

Y Baudouin alzaba los hombros:

—Bonita excusa para no hacer nada.

Nunca lo dejarán. Yo no haría tantas pamemas por un cobarde que se ha rescatado a expensas de su hermano. Si no estoy vengado para la Pascua, me colgaré.

A Joceran le espantaba esa amenaza, porque Baudouin era capaz de cumplirla.

—Orad a Dios y haced penitencia —decía—. No se debe hablar de esas cosas...

Baudouin había soportado su desgracia mejor de lo que cabía esperar. No le faltaba grandeza de ánimo y mantenía erguida su cabeza a pesar de

todo. Iba a la corte del conde de Troyes, cazaba con sus amigos y vecinos y a nadie le pasaba por la cabeza burlarse de él. Pero cuando Joceran se encontraba con aquellos ojos turbios de bestia herida mortalmente, sentía deseos de arrancarse los cabellos; se rompía la cabeza buscando un medio de liberar a Garin. Otras veces, sin poder dominarse más, comenzaba a abrumar a reproches a su hijo:

—Jabalí rabioso: eso es lo que sois. Bien sabía yo que no podíais ser como los demás. Es culpa vuestra la que estáis pagando, no mía. Y por vuestra causa no puedo dormir tranquilo. ¡Ah! ¡Y decir que dispuse fuegos de artificio el día de

vuestro nacimiento!

—Los haréis también el día de mi muerte —replicaba Baudouin con delectación—. Porque no viviré ya mucho tiempo y así dormiréis en paz.

El padre gritaba:

—¡Imbécil! ¡Querrás callarte! Una desgracia ocurre pronto.

Retenido por el invierno en el castillo paterno, Baudouin se paseaba por él como un oso capturado; la primavera —pensaba— le traería algún alivio: en Troyes estaba seguro de encontrar a Ansiau y no perdería la ocasión de provocarlo. Pero entretanto, otra clase de pensamientos asaltaban su cabeza: habíase vuelto tan celoso de su

mujer que casi perdía la razón. La sala alta del castillo resonaba de disputas entre ambos noche y día; Irma gritaba a voz en cuello, revoleábase por el suelo, corría por la escalera a pedir auxilio a su suegro, a sus primos o a los criados. Sabía de juramentos capaces de espantar al mismo Joceran y atestiguaba su fidelidad conyugal sobre tantos santos y santas que era sorprendente el que hubiese tantos puestos en el paraíso. Y Baudouin, cuyo amor parecía haberse convertido en sombría cólera, perseguía a su mujer armado de un banco o de una barra de hierro; entonces, ella se escondía detrás de Joceran o de la esposa de éste, con no poco riesgo de

atraer el golpe sobre sus cabezas.

Por lo demás, los celos de Baudouin no carecían de fundamento, porque Irma andaba husmeando a todos los criados jóvenes del castillo, se daba albayalde y rojo en las mejillas y se colocaba todas sus joyas; seca y delgada como era, su cabeza parecía entonces, más que nunca, la de un cadáver embalsamado. Pero tenía las llaves de la bodega y de la despensa, de manera que nunca faltaban mozos que se atrevían con aquel riesgo. Además, el atractivo de la amante era menor que la fuerza de sus amenazas:

—Si te niegas, guapo mozo, diré al Castrado que me persigues; y veremos a quién cree.

Joceran, que adivinaba los manejos de su nuera, le decía:

—Tened cuidado, señora: si os mata, no tendréis parientes para vengaros.

A lo que Irma respondía brutalmente:

—Ya tengo bastante con que haya hecho de mí el ludibrio de todo el país. He sufrido demasiado por él y por vos; un capón no debe cantar como un gallo.

—Cuidad de que no os corte la cabeza como a una cerda, si os cojo in fraganti.

Un día de abril, muy claro y ya cálido, Joceran se lavaba las manos en la gran pila de agua de lluvia colocada en la esquina de la fortaleza bajo el

canalón. Era hora de subir al castillo para comer y el olor de carne asada se difundía por todo el patio. De pronto, Joceran vio una sombra reflejada en la pila, tan grande que no podía ser otra que la de Baudouin.

—Acabad pronto, hijo: subiremos juntos. Tengo hambre.

Las gruesas manos de Baudouin, cubiertas de sangre, temblaban tanto dentro del agua negra de la pila que apenas conseguían unirse. Joceran, sorprendido, levantó la cabeza y quedó con la boca abierta sin poder decir palabra: la cara de Baudouin estaba terrosa, las mejillas parecían haberse borrado, los ojos hundidos en oscuras

ojeras, la mandíbula relajada.

—¡Baudouin, por el amor de Dios, ¿qué os sucede? —gritó por fin el padre.

Baudouin no parecía oírle. Sus manos temblorosas seguían chapoteando en el agua. Por último, con una voz sorda dijo:

—He matado a Irma.

Joceran se santiguó:

—¡Dios! ¡Tenía que ocurrir! Id, en nombre de Dios; reponeos. Subamos; bebed un poco. Os pasará.

Baudouin se dejó llevar, bebió la copa de malvasía caliente con especias que le daba su padre y se dejó instalar en un banco en el rincón más sombrío de la sala. No salía de su estado de sopor;

las ojeras se hacían más negras; la cara, cada vez más gris.

Los cadáveres de Irma y su amante fueron descubiertos, tras los establos, por un niño que, espantado, corrió a anunciarlo al castellano. Una carnicería: los cuerpos, medio desnudos, estaban casi despedazados a hachazos. La cabeza de Irma, que colgaba entre pedazos de carne, conservaba todavía como un aire de vida: los ojos muy abiertos por el terror, la boca de par en par, parecía dispuesta a gritar. Joceran se estremeció y apartó la vista. Se dio cuenta de que estaba pisando la sangre; el suelo arcilloso aún no la había embebido. Hubiérase dicho que habían

sido abatidos diez hombres: tanta era la sangre bajo los pedazos de carne amoratada y sucia.

—Reunidlo todo —ordenó a sus criados—; enterradlo para que no huela.

Su escudero Bemier dijo:

—Hay que enterrarla dignamente, por sus hijos.

Joceran escupió.

—No quiero esta carroña en nuestro panteón. No me habléis más de eso.

Y volvió al castillo.

Baudouin permaneció tres días sin hablar ni comer; inmóvil, con la boca abierta y el ojo vidrioso, inspiraba terror a cuantos lo miraban. Sus hijos no se atrevían a pasar ante él. Por lo

demás, estaba manso como un cordero y se dejaba llevar de su lecho a su banco, de la sala a la capilla, sin decir palabra y sin resistir. Y una buena tarde, al ver a sus dos hijos menores, Berta y Bemier, abrazarse el uno al otro y esconderse cuando él pasaba, sentóse en los peldaños de la escalera, hundió las manos en sus cabellos y estalló en sollozos. Joceran se lo encontró así y le dijo que fuera a llorar a otra parte: aquel sitio no era conveniente. Entonces Baudouin descendió a la sala y se acurrucó en un rincón.

El padre lo consoló lo mejor que pudo. Irma no valía la pena de llorar por ella; era una mujer que nada valía; él,

Joceran, lo sabía bien, lo había sabido siempre.

—No sois el primero a quien tal cosa ocurre, ni seréis el último. Cualquier otro hubiera hecho lo mismo que vos. Era un diente que había que arrancar: ahora estaréis más tranquilo.

—¡Tranquilo! —gritó Baudouin—. ¡No puedo vivir sin ella!

Joceran movió los hombros.

—Da vergüenza oíros.

Baudouin no curaría de su dolor. Pero comenzó a comer y beber de nuevo y poco a poco recuperó su aspecto de antes. Y hasta en poco tiempo estuvo más grueso de lo que nunca había sido. Hablaba poco, parecía indiferente a

todo. Evitaba a sus hijos y parecía haber cobrado aversión por su padre y su hermano. Sus proyectos de venganza ya no lo ocupaban y el nombre de Ansiou de Linnières no despertaba en su rostro más que una leve sonrisa desdeñosa.

—En Pentecostés, cuando vayamos a Troyes, me pondré al servicio de algún barón de la otra parte del Sena —decía a su padre—. Estoy harto de la castellanía: si sigo aquí, me mataré.

—Sí, sí: os hará bien cambiar de aires. Pero al menos esperad al matrimonio de vuestra hija Ida.

Baudouin movió la cabeza:

—No estoy para bodas; pueden hacerlo muy bien sin mí. Mi hija no

estará orgullosa de su padre.

—Vamos, vamos —dijo Joceran—, no debéis dejar creer a las gentes que os avergonzáis de mirarlas a la cara.

—Pero me avergüenzo. Dejadme partir. Aquí no hago más que causaros enojos.

Joceran tuvo que ceder, con un suspiro. Estaba cansado de vivir junto a aquella perpetua herida sangrante y pensaba con alivio en el día en que se vería libre de ella.

HERBERT EL ROJO

En la solemnidad que se preparaba

en Troyes, la mayoría de los caballeros llegados a las fiestas veían más que un gran torneo. Cada vez se hacían más concretos los rumores acerca de los desastres de Palestina: el rey y los barones de Jerusalén enviaban mensajeros a Occidente para pedir ayuda contra Saladino.

Ansiau y los suyos habíanse detenido con sus tiendas y caballos a orillas del Sena, no lejos del campo cerrado que los obreros y albañiles del conde estaban construyendo y adornando. «Apostaría mis caballos a que se prepara algo nuevo por esta vez —dijo André—. Mirad qué amplio es el campo y cuántos postes y doseles han

colocado. Hay que pensar que tomará asiento por lo menos un obispo.»

—Los vizcondes de Provins y de Coulommiers están aquí —dijo Ansiau—. He visto a sus gentes.

—Pero los asientos con dosel no los habrán levantado para ellos —intervino Herbert, con un relámpago de alegría en sus ojos.

—¿No han dicho que debía venir el duque de Borgoña? —preguntó Simon el Rojo.

Cuando iban a entrar en la ciudad para cumplir con sus devociones, se les unió Haguenier de Hervi, su vecino; al reír mostraba todos los dientes.

—Vecinos, se está preparando algo

en Champaña.

—Lo que se prepare lo sabremos cuando seamos dos o tres días más viejos —dijo Ansiau de Linnières.

Enguerrand, el hermano de Haguenier, movió la cabeza con gesto de entendido y descubrió sus caninos estropeados.

—No será demasiado pronto. Cuento con vos, vecino, para caer sobre los de Bar-sur-Aube que nos molestaron en el torneo del año último. Si doy con el que llevaba las dos cruces amarillas en el escudo...

—En cuanto a cruces, es posible que veamos otras dentro de poco y no precisamente amarillas —dijo André.

—No sé lo que veremos —terció Haguénier—. Pero hay que creer que el conde Henri vale lo que su padre. Felices nosotros que servimos a un hombre como él.

—¡Ah, la juventud! —suspiró Herbert, que se frotaba las manos—. He conocido al conde Thibaut y era valeroso y bueno para sus vasallos. Y Henri creo que en nada le cede.

Todos experimentaban un placer pueril hablando con palabras enigmáticas de aquella cosa que todos esperaban y consideraban inminente. El conde Henri no podía morir sin haber cumplido, como su padre, su deber de piedad para con la ciudad de Dios.

En la multitud de caballeros y hombres de armas que se apretujaban en las iglesias de Troyes no se veía más que rostros febriles, miradas brillantes y puños levantados en contra de los paganos. Herbert y Ansiau pasaron por casa de Abner, a cuyos servicios habían recurrido tantas veces; precisamente para el torneo que iba a celebrarse de allí a poco necesitaban nuevas lanzas. Herbert pensaba además saber por medio de Abner noticias sobre lo que se estaba incubando, porque el judío tenía amigos y parientes por doquier y nunca le faltaban informaciones de buena fuente.

Abner había nacido en Acre, donde

uno de sus hermanos era banquero. Por su hermano hacía tiempo que tenía malas noticias de Tierra Santa y estaba persuadido de que el conde Henri tomaría la cruz; se le esperaba ya en Jerusalén —decía— porque las cosas del país iban todo lo mal que podían ir. Saladino ocupaba Damasco y Alepo y acababa de asediar, en unión de sus emires, las ciudades francas en las mismas barbas del rey, que nada podía contra él. Se necesitaba un hombre para mantener el reino porque el rey, según se decía, estaba leproso y no viviría mucho.

Así pues, el gran problema del momento era casar a la hermana del rey,

viuda y madre de un niño que aún estaba en la cima. Los barones del país hablaban del duque de Borgoña —según Abner—, y el conde Henri debía negociar ese matrimonio durante su peregrinación a Jerusalén. Herbert tenía una gran curiosidad por saber qué sucedía en aquellas lejanas cortes; las intrigas y los partidos de Jerusalén, de Antioquía, como los de Poitiers, de Toulouse, de Roma, le eran casi tan familiares como los pequeños acontecimientos de la corte del conde Henri. Hablaba de ello con glotonería y deleite de avisado conocedor; eso le proporcionaba la ilusión de tomar parte en todo ello y su imaginación era tan

viva que le bastaba saber el color del cabello de un hombre o su conducta para con los escuderos, para representárselo de pies a cabeza. De buena gana hablaba mal del prójimo, pero no por malignidad: sólo que su pasión por conocer se cogía mejor a los defectos que a las cualidades de sus semejantes.

La esperanza de volver a ver por segunda vez la Tierra Santa lo rejuvenecía y daba un brillo nuevo a sus ojos y a su sonrisa.

—Si el rey de Francia —decía— no busca más que pelear con el de Inglaterra, prescindiremos fácilmente de él. Nuestros hermanos de aquellas tierras verán que nunca han de faltar

hombres para ayudarlos.

Y Ansiau, con la mano en la barbilla, miraba con sus grandes ojos ausentes los ricos tapices orientales que adornaban las paredes del despacho de Abner. Los hermanos de Tierra Santa y las intrigas de los barones de ultramar lo dejaban bastante indiferente. Pensaba en lo que había oído contar sobre el mar azul, acerca de las naves de blancas velas y de las riquezas de los países de Oriente. Su celo por la santa causa se despertaría más tarde, al son de las trompetas y al canto del *Tedéum* en el vasto recinto empavesado ante la asamblea de barones y obispos.

El conde Henri estaba allí, con la

condesa y sus hijos, los hermanos del conde, el duque de Borgoña, sobrino del conde Henri, Pierre de Courtenai, hijo del rey de Francia, los obispos de Beauvais, de Troyes, de Meaux y de Langres. Desde el lugar en que se hallaban los de Linnières apenas podía verse más que el dosel azul y plata del conde y las altas banderas bordadas con franjas de oro que flotaban al viento bajo un cielo dulce y grisáceo. La muchedumbre de caballeros y hombres de armas que se apretaban en las tribunas y en el amplio campo se agitaba en remolinos como un campo de trigo. Campo de cabezas oscuras y rubias, descubiertas ante la cruz y las reliquias

que el obispo de Troyes había hecho llevar a su tienda tapizada de brocado dispuesta sobre la tribuna. En el ruido de voces resonaban las exclamaciones y los sollozos desde todas partes; era difícil comprender lo que ocurría y los heraldos del conde, con sus vestidos de seda azul, recorrían en todos los sentidos la asamblea de los caballeros, de un extremo al otro del campo, anunciando con voz sonora y monótona lo que ocurría en las tiendas y doseles señoriales.

«El conde, con sus hermanos y sus barones y el conde Pierre de Courtenai, anunciaban a toda la caballería y a todos los vasallos y valvasores, la decisión de

tomar la cruz para ir a Tierra Santa a adorar el Santo Sepulcro.»

»Baudouin, rey de Jerusalén, pedía a los barones de Occidente que acudieran en su ayuda para combatir a los sarracenos que estaban violando las ciudades cristianas y mataban a los peregrinos.

»Si había entre los caballeros del conde de Champaña hombres deseosos de asegurar su salvación y de servir a Dios, eran libres de tomar allí mismo la cruz para ir a ayudar al rey Baudouin y servir a Dios.

»El obispo de Beauvais colocaría personalmente la cruz roja en el hombro del conde y el conde prestaría juramento

sobre las reliquias de san Pedro de cumplir hasta el fin su peregrinación.»

Esponáneamente, todas las manos de los reunidos se movieron a la frente, después sobre el pecho y a los dos hombros; como un solo hombre, todos los caballeros se santiguaron en el momento en que el conde, arrodillado sobre la alfombra delante de su tienda, recibió la cruz de manos del obispo de Beauvais; y cuando se levantó, todas las manos se elevaron y todas las voces se unieron en una aclamación. Entre aquellos hombres no había uno de cada diez que pudiera permitirse una peregrinación a Jerusalén y muchos no se cuidaban en absoluto de trastornar sus

vidas por los hermosos ojos del rey Baudouin. Pero en aquel momento, todos tomaban la cruz en la persona de su soberano y en el conocimiento y el amor que sentían por él, todos estaban unidos. Esto duró mientras los heraldos anunciaban que el mismo obispo de Beauvais tomaba la cruz y lo mismo hacían Pierre de Courtenai, el conde de Dreux, los señores de Brienne, de Ramerupt, de Bar-le-Duc; y después, a medida que los hombres aumentaban, creció la agitación, cambió de objeto y en aquella baraúnda de voces ya no se oyó más a los heraldos: en los cuatro ángulos de la tribuna, sacerdotes con estolas moradas bendecían a quienes

acudían a ellos para recibir la cruz.

Sin duda, los que avanzaban eran más numerosos que los que en realidad iban a partir. Pero al volver a sus parientes y amigos con su cruz roja al hombro, todos llevaban a Jerusalén en sus corazones. Ansiáu avanzaba hacia la tribuna, abriéndose paso entre la muchedumbre de curiosos y de quienes, como él, querían recibir la cruz. Ignoraba lo que sentía: a todos aquellos hombres desconocidos los dominaba y superaba en estatura; los sentía tan cercanos a sí que hubiera podido abrazarlos y tratar a cada uno de ellos como a un hermano. Le ardía demasiado la sangre para reflexionar. En el

momento en que viera al conde tomar la cruz, sintió que una cruz de fuego se adentraba en sus hombros y todo comenzaba a girar en tomo a él. Lo que hasta entonces pareciera vago y remoto, ahora se hacía próximo y necesario: en ese momento era una misma cosa con el conde, con sus barones y con todos los hombres de buena voluntad que iban a ofrecerse a Dios ese día.

Su emoción casi se había calmado cuando dobló la rodilla ante el sacerdote y recibió sobre su frente humillada la bendición y tocó con sus labios la cruz de oro. Los gestos que tenía que hacer lo liberaban por unos instantes de aquella marea de

entusiasmo que acababa de invadirlo. Ahora sabía perfectamente qué era la cruz, por qué la tomaba y por qué había que seguir al conde y a los barones a Palestina y defender el Santo Sepulcro. Dejábase arrastrar por la corriente. Era la primera vez que veía lo que debía hacer por Dios: todo parecía simple; el camino estaba trazado. Al prestar juramento, pensó en su casa; lo justo para decirse que no la echaría de menos. En una vida en la que no hacía más que amontonar pecado sobre pecado, ofrecíase un medio de evasión tan próximo, que lo alcanzaba con la mano: la cruz que prometía felicidad y salvación a cuantos la siguieran. Sabía

que siendo castellano de Linnières, hombre del conde de Champaña, no podría amar a Dios como era necesario.

Era buen cristiano los días de las grandes fiestas —como lo eran casi todos sus compañeros—. Pero conocía a Dios lo bastante bien como para lamentar no conocerlo mejor. Dios era tan bello que ningún rostro humano podría comparársele jamás en belleza. Sobre el pobre crucifijo de madera de la iglesia de Hervi, la faz informe y mal tallada brillaba con una luz no camal; esos pómulos salientes, esos ojos desencajados, esos labios crispados revelaban milagros de belleza a quien los miraba con humildad, simplemente

como se mira al cielo y al sol.

Era bastante ignorante. Admitía que pudiera haber todavía personas lo bastante viejas como para recordar a la Virgen y a los apóstoles; creía que Dios había sido muerto por los sarracenos; y sobre el mismo Jesús sólo sabía tres cosas, a saber: que había nacido de una Virgen, que había sido crucificado y que había resucitado. Y como suele ocurrir a quienes saben y gustan de orar, apenas tenía necesidad de otro intermediario entre él y Dios que las reliquias, las cruces, las imágenes santas y la Hostia. Y sentía por Dios el sólido afecto del vasallo que convierte en gozo y en honor el morir por su señor.

Para aquellos hombres, siempre ávidos de novedad, tomar la cruz era un acontecimiento del que se hablaría durante quince días en la ciudad, en los caminos y en los castillos. Durante el resto de la jomada, los caballeros pasearon por las calles de Troyes, en procesión, cantando y gritando insultos a Saladino, al repetido grito de «¡Navidad!» y de «¡Santo Sepulcro!». La noche cayó y la ciudad fue iluminada con antorchas. Los caballeros que vivían en los albergues y en las moradas burguesas invitaban en sus lugares de paso a parientes y amigos que acampaban en los alrededores de la ciudad, y toda la noche, en las salas

bajas de las hosterías, iluminadas con candelas de sebo, las huestes comentaron la gran nueva, vaciando grandes copas de vino a la salud del conde, del obispo de Troyes, del duque de Borgoña y del rey Baudouin de Jerusalén.

Los de Linnières estaban decididos a partir todos, tanto más que partían los de Hervi; y en ello había una seguridad para el porvenir, porque ni los unos ni los otros deseaban abandonar sus tierras a merced de sus vecinos. Cuando estaban fuera de sus tierras, los señores de Linnières y de Hervi resultaban excelentes amigos y formaban juntos proyectos guerreros y matrimoniales.

«...Sabed, hermanos míos, que quien pierde la vida por el amor de Nuestro Señor la salvará para la eternidad. Y como el Señor ha dicho que hay que sacrificarlo todo por el reino de Dios, los que hoy van a defender ese Reino de Dios tendrán perdón de todos sus pecados, grandes y pequeños.

»Quienes han jurado partir, procuren conservar su juramento. Pues cuando se ha comenzado una buena obra, arrepentirse de ella es gran pecado. Que vuestro celo no sea fuego de pajas; no os dejéis apartar de vuestra buena resolución por querellas impías, por odios de hermano contra hermano; y sabed que Dios nada odia tanto como la

venganza, puesto que os ha mandado perdonar a vuestros enemigos.

»Ved; Saladino (¡El infame! ¡Dios precipite sobre él la vergüenza!) está a las puertas de nuestras ciudades libres y cristianas y promete saquear nuestras iglesias y hollar con los cascos de sus caballos la Santa Cruz. Y vosotros, en este tiempo, pensáis en matar y mutilar a vuestros hermanos, mientras los paganos os observan y tienen razón al decir que ya no sois servidores de Dios, sino del diablo; y como Nuestro Señor ha dicho que un reino dividido en sí mismo no puede subsistir, todos iréis derechos a la perdición, porque no pensáis más que en usar vuestras armas y vuestras fuerzas

unos contra otros, semejantes a locos que dan cuchilladas contra sus propios cuerpos...»

Ansiau no era hombre que reflexiona y vacila mucho tiempo; en el mismo atrio de la catedral donde escuchaba el sermón del obispo al día siguiente a la imposición de la cruz, se arrodilló a los pies de Baudouin de Puiseaux, que salía por la puerta izquierda con su padre y su hermano. La muchedumbre de caballeros los empujó; después se dispuso apretada en torno a ellos. Las campanas sonaban a rebato y cubrían el mudo de voces, llenando oídos y corazones con su jubiloso alboroto.

Ante aquel hombre corpulento, de

rostro hinchado y pálido, Ansiau ya no sentía cólera ni rencor: esforzábese en pensar que Dios le ordenaba humillarse ante su enemigo y en ese esfuerzo casi había olvidado la presencia de Baudouin.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Baudouin a su padre—. No quiero hablar con ese hombre.

—Baudouin, hermano —dijo Ansiau—. Estoy a vuestra merced. Os he hecho daño, perdonadme. Cuanto hayáis hecho a mi casa os lo perdono...

Esas palabras imposibles le parecían fáciles en aquel momento. Toda su vida se había invertido; los valores habían cambiado; se hubiera arrodillado

con alegría, no sólo ante Baudouin, sino ante un mendigo tiñoso. Poco importaba el objeto de la humillación, puesto que había que humillarse por Dios. Mas, por un resto de respeto humano, no se atrevía a levantar la cabeza.

El primer movimiento de Baudouin fue llevar la mano a su puñal. Pero se contuvo. Se puso rojo, después pálido de nuevo. Joceran y Thibaut, sorprendidos, se miraban sin hablar, preguntándose cómo reaccionar. Baudouin escondió su rostro entre las manos.

—¡Ah! ¡Traidor...! —dijo, con una voz cascada—. Si Dios no lo ordenara, nunca te hubiera perdonado... Debo

perdonar, pero es duro.

Y levantando la cabeza al oír esa voz sollozante y dolorosa, Ansiau fue dominado por primera vez por remordimientos y piedad: aquel hombre enorme, encorvado, amazacotado, había sido un joven y espléndido caballero hacía sólo dos años... Ansiau no lo había visto nunca tan de cerca. Estaba espantado. Estaba acostumbrado a juzgar el mal que hacía por las afrentas que le tocaba vengar; nunca había imaginado el sufrimiento que causaría. En ese momento se dio cuenta de que Baudouin sufría más al perdonar que él al pedir perdón; y dijo humildemente:

—Gracias, hermano. Si queréis una

reparación, os la daré. Pedid lo que queráis.

Baudouin se volvió a él:

—Nada deseo de vos. Idos.

En tomo a los dos se había formado un grupo de curiosos, que en seguida se disolvió: todos volvían a sus propios asuntos, a sus devociones, a sus cuidados financieros. Lo que Dios llevaba a hacer a esos dos hombres en ese día de perdón y arrepentimiento no era raro ni extraordinario. Ya se habían visto otros casos.

De regreso en casa, hubo que anunciar a las mujeres lo ocurrido en Troyes. A Linnières, las nuevas del país sólo llegaban con enorme retraso; detrás

de los bosques y las tierras pantanosas se vive al abrigo de todo y nadie se preocupa demasiado de lo que sucede más allá. Pero cuando los jóvenes entraron corriendo en la sala y anunciaron que iban a partir a Tierra Santa, Richeut se desvaneció junto a su tomo de hilar, y Odette, la esposa de Simon el Rojo, comenzó a lamentarse en voz alta. Los caballeros llegaron, pues, en pleno alboroto general y Ansiau hubo de levantar la voz para ordenar a las mujeres que callaran y fueran a preparar la mesa, porque sentía hambre después del viaje.

Durante la cena, la dama no se atrevió a interrogar a su marido; pero

ansiaba conocer qué significaba esa historia de Tierra Santa y aguardaba tímidamente que el barón nada tuviera que ver en ello. Hacía calor y la noche era hermosa. Después de la cena, el barón y su mujer fueron a sentarse en un banco bajo la ventana para respirar el aire fresco. Por la ventana podía verse un fragmento del muro negro y otro de cielo blanco como una perla con una estrella de oro que guiñaba en lo alto. La dama suspiró, porque se esperaba algo triste; y sin embargo, era tan agradable todo aquello. Y como el barón vacilara en hablar, ella aspiró intensamente el aire y cerró los ojos; no tenía prisa por oír lo que él fuera a

decirle.

—Hermana, amiga mía —dijo él—, he hecho las paces con vuestro hermano y vuestro padre. Debéis estar contenta por ello.

Sabiendo que iría a hacerle daño con lo que pensaba decir, Ansiau trataba de suavizar el golpe. La dama levantó la cabeza, sorprendida.

—¿De veras? ¿Cómo habéis hecho? Os burláis de mí...

—Vos sabéis —prosiguió Ansiau, esforzándose en suavizar su voz como si estuviera hablando a un niño— que el conde toma la cruz para ir a Tierra Santa. Ha sido muy hermoso... ¡Si lo hubierais visto! Todos los grandes

barones que se hallaban presentes con sus mantos bordados, y el conde con su tienda de brocado de plata... Cuando tomó la cruz fue un bello espectáculo. Prestó juramento de ir al Santo Sepulcro a adorarlo.

—Hay que creer que ha hecho bien —comentó Aalais—. Pero habladme de vos y de Baudouin.

Ansiau, que ya había perdido el hilo de sus ideas, abrió mucho los ojos.

—Sí, en efecto... Bueno, pues Baudouin estaba allí... Y le he ofrecido reparación.

La dama frunció el ceño y lo miró fijamente a los ojos.

—Seguramente —le dijo— tratáis

de decirme otra cosa...

—Es verdad, señora. Quiero decirlo que he tomado la cruz y también lo ha hecho toda mi familia. Cuando parta el conde, iremos con él.

Por más que Aalais estuviera esperando esa noticia, fue para ella un duro golpe. Sintió deseos de desvanecerse, pero no cayó. Se contentó con llevarse las manos al corazón, que latía con fuerza.

—¡Cómo...! —dijo—, ¿aún no hace ocho años que nos casamos y ya queréis abandonarme...? ¿Estáis cansado de mí...?

—No, no, amiga mía... no se trata de eso. Sólo que me he comprometido por

juramento.

—¿Y quién os obligaba a ello? Nadie es vasallo para Tierra Santa.

Ansiau guardaba silencio, sin saber cómo explicar las razones de su repentina decisión. Pensaba que un hombre lo hubiese comprendido sin palabras. Pero con una mujer, aun las palabras eran inútiles. Dijo sólo:

—Sabéis que os amo, amiga...

—Pues no se diría —replicó ella con amargura—. Decidme, ¿qué os he hecho para merecer una afrenta semejante? Nadie os obliga a partir y vos os comprometéis para ir Dios sabe dónde y Dios sabe por cuánto tiempo. No debisteis pensar en mí.

—Amada mía —dijo Ansiau—, es bella cosa ir a adorar el Santo Sepulcro. Ya veis que el conde y los obispos y los barones dejan sus tierras y a sus amigos para acudir allí. Jerusalén es el lugar más santo de la tierra.

—¿Y yo? —dijo Aalais.

Ansiau se impacientaba un poco por ese modo que tienen las mujeres de reducirlo todo a sí mismas. La dama se cogió a él y retuvo su cuello entre las dos manos. Seguramente, la amaba demasiado para dejarla morir. No había reflexionado. Después de todo, comprometerse no es lo mismo que partir. Ni siquiera tenía medios para equiparse. Además, ¿qué necesidad

tenía él de ir a adorar a Dios en Tierra Santa, cuando podía adorarlo en Hervi o en Troyes? Dios es el mismo en todas partes...

—Señora —dijo Ansiu—, no digáis tonterías. Habláis de cosas que no entendéis.

Pensaba que ella tenía una pobre cabecita incapaz de ver más allá de Troyes o de Hervi; pero él sabía bien que en Jerusalén debía adorarse a Dios infinitamente mejor que en Hervi.

—De eso entiendo tanto como vos, amigo mío; y soy tan buena cristiana como vos; y he aquí lo que quiero deciros: que es un pecado dejar a una mujer y a unos niños para buscar fortuna

quién sabe dónde. Si no volvéis, vuestros hijos irán a servir como criados a los señores de Hervi o de Jeugny.

Por primera vez Ansiau se turbó.

—Señora, volveré si Dios quiere. Los de Hervi parten también; nada tenéis que temer por esa parte.

—¡Amigo, amigo... está tan lejos Jerusalén! Es un largo viaje. ¡Dios mío...! —gritó ella de pronto, dejando caer la cabeza sobre las rodillas del barón—. ¡Y soy todavía tan joven!

Y comenzó a sollozar con tanta desesperación que Ansiau sintió que el corazón se le llenaba de piedad y no pensó en otra cosa que consolarla.

—Querida mía, mi hermana, mi paloma; no quiero apenaros. Ea, secad vuestros bellos ojos. Os acostumbraréis, no sois la única... Además, eso no es para mañana. Seguramente no partiremos antes del próximo año.

—¡Dios, Dios! —suspiró Aalais entre dos sollozos—, ¡qué pésimo año será para mí! ¿Cómo voy a vivir sin mi amado?

La noticia de la partida había causado tremenda impresión entre las mujeres del castillo; pero con el tiempo todo el mundo empezó a habituarse. Herbert volvió a contar junto al fuego sus recuerdos de Palestina y del asedio de Damasco, adornados con florituras en

los que su propia imaginación combinaba con arte los verdaderos sucesos —y los no tan verdaderos— y conocimientos que él había podido recoger en aquellos países lejanos. Los hombres, los jóvenes sobre todo, lo escuchaban con la boca abierta y ardían de impaciencia por ver con sus propios ojos el hermoso país de Dios. Y las mujeres, menos sensibles al encanto de los relatos de aventuras, y más escépticas, movían la cabeza; fabulosas, esas arenas ardientes y esas gentes paganas que no hablaban el francés, nunca existirían para ellas más que por los relatos; ¿qué importaba que fueran verdaderas? Y algunas de ellas se

disponían —no sin cierto alivio secreto — a una vida sin dueño, a un tiempo de reposo. Pero Aalais, que amaba a su marido de verdad, estaba sinceramente afligida.

Era leal por naturaleza y de ello se vanagloriaba. Desde el día en que había admitido la idea de que su marido iba a partir para Tierra Santa, no volvió a hacerle reproches y hasta trató de excusarlo: iba a ganarse el respeto de los caballeros del país por un acto de piedad tan notorio. Y tal vez trajera un rico botín, tejidos preciados o reliquias importantes. Después de todo, era un buen caballero y no debía quedar pegado a las faldas de su mujer; y sin

embargo, en el fondo de sí misma, Aalais debía confesarse que no había gran gloria ni demasiado interés en ir a desmontar a caballeros paganos cuyos nombres ni cuya fuerza de armas nadie conocía en la Champaña.

El tormento secreto de Aalais eran unos celos anticipados, tanto más dolorosos cuanto que no descansaban en ningún hecho concreto. Bien podía jurar Ansiau que iba a permanecer fiel: no podía estar seguro del porvenir. La campaña duraría un año, dos, tres tal vez; y la pobre Aalais encontraba demasiado bello a su marido y se imaginaba que las damas de Palestina no tendrían nada más urgente que hacer que

seducírsele. Era joven; y si encontraba una bella y rica mujer que le ofrecía casarse con él, ¿quién sabe si no preferiría abandonar su feudo de Linnières y quedarse junto a su nueva esposa? La dama tenía excelente opinión de sí misma, pero temblaba incesantemente por su marido. El mundo, para ella, estaba lleno de mujeres rubias menudas, bien vestidas y un poco hechiceras; creía en los filtros amorosos y en los encantos que fuerzan a un hombre a olvidar hasta el nombre de su antigua amada. Y la tierra pagana debía ser más peligrosa que cualquier otra, desde ese punto de vista.

Los preparativos de la marcha eran

el gran asunto del año. Para un pequeño castellano bastante pobre, como lo era Ansiou de Linnières, resultaba incluso un asunto bastante complicado. Habíase endeudado ya para las fiestas de Pentecostés. Ahora se trataba de conseguir préstamos diez veces mayores, para completar el equipo de hombres y caballos y para pagar el viaje por mar —ya que el sueldo del conde no podía bastar—. La dama, que quedaba con la tenencia del castillo en ausencia de los caballeros, hubo de ir a Troyes con su marido y Herbert; se trataba de ponerla al corriente; pues era ignorante en materia de préstamos y de intereses y se santiguaba espantada a la idea de

tener que hablar con un judío. Los dos esposos hicieron juntos las visitas a los banqueros de Troyes; Ansiau pedía créditos sobre sus tierras, el bosque, las viñas y hasta las pieles y joyas de su mujer. Como pensaba estar ya en Tierra Santa el día del cumplimiento del plazo, la dama debía concluir el compromiso en su nombre y jurar personalmente pagar a los acreedores en los plazos fijados y con los intereses convenidos. Ella lo hacía de mala gana. Ansiau, más acostumbrado a habérselas con hombres de más baja condición, mostrábase siempre afable y conciliador; pero Aalais despreciaba de todo corazón a banqueros y judíos y apenas se dignaba

abrir la boca para dirigirles la palabra; cuando prestaba juramento, sus ojos se encogían, los labios se endurecían y no pensaba más que en el modo de retardar los plazos y pagar menos de lo debido: de hecho, no veía dónde iba a encontrar el dinero para pagar, una vez que los hombres se hubieran ido. Ansiau apenas se ocupaba de ello... el gran asunto era partir; el resto no le tocaba.

La fiebre de la partida se había adueñado de él y pasaba las horas con Haguénier de Hervi y Gilés de Monguoz, cruzados como él y clientes como él de Abner y de maestro Simon Brézier. Comenzaba a impacientarse. No se veía llegar el día de la salida. Las

conversaciones con el duque de Borgoña se alargaban interminablemente y ya no llegaban más noticias de Jerusalén. Nadie pensaba ya en la cruzada —excepto los mismos cruzados— y aun entre éstos algunos descubrían asuntos más importantes que la guerra del rey Baudouin con Saladino. Aalais ayudaba de buena fe a su marido en esa empresa en la que nada tenía que ganar y se dejaba llevar, dócilmente, de un usurero a otro, para servir de garantía.

Al regreso de Troyes y a causa de las fatigas del viaje, tuvo un aborto. Quedó muy afectada —tratábase de un varón y ya en el quinto mes—. Ansiau, que era un marido de lo más indulgente,

ni siquiera pensó en enfadarse con su mujer, de lo que ella le quedó muy agradecida. Las lluvias y las heladas de noviembre separaron de nuevo a Linnières del resto del mundo; y Aalais, al dormir por las noches, soñaba que el próximo invierno ya no tendría a su esposo a su lado en el gran lecho de cortinas. Y él no soñaba más que en Palestina y en el Santo Sepulcro, y contaba las semanas hasta la fecha de la partida, señalada para el segundo domingo después de Pascua.

Entre los que debían partir, André era sin duda el más alegre y el más excitado —era imposible reconocerlo—, parecía quince años más joven y se

paseaba por el castillo cantando a voz en cuello, reía por cualquier cosa, molestaba sin cesar a los perros y no podía estar quieto un momento. Esa alegría infantil era sorprendente en un hombre que se acercaba a los treinta años. Aquel gran cerebro era un corazón simple y la perspectiva de una espléndida aventura lo deslumbraba demasiado para poder reflexionar en cosas serias. Él, al menos, se prometía no fallar con ninguna mujer hermosa, ni a una buena cena, ni a un lugar de peregrinación. Conocía ya por sus nombres todos aquellos lugares santos; tenía una memoria de clérigo letrado y hablaba siempre de santos y de milagros

con una seguridad tranquila, sin hacer diferencia apenas entre temas sagrados y profanos. Pero tenía una fe viva y la idea de tocar con sus pies el suelo pisado por Dios le impresionaba en gran manera. Contaba a Ansiau la historia del Santo Sepulcro, del Gólgota, del Huerto de los Olivos, de Tiberiades, y se sorprendía a sí mismo: «¿Es posible, hermano mío, que veamos con nuestros propios ojos la madera de la Verdadera Cruz y las huellas de los clavos? Seguramente que el día que lo veamos ya no sentiremos morir, porque todos nuestros pecados nos serán perdonados —y lo serían con bastante menos—. ¿Y conocéis lo que sucedió en Emaús, tres

días después de que Dios fuera crucificado? Esto lo sé por los clérigos que me enseñaron a leer: es una bellísima historia; y dicen que el sitio es santo desde que todos los que pasan por él curan de sus enfermedades, sean las que sean y sean ellos cristianos o paganos. Y si hubiera que contar todos los milagros que Dios ha hecho en ese país, creo que habría para toda la vida; en la misma orilla del mar de Tiberíades multiplicó los panes y los peces; y llegó a saciar a todo un ejército con dos peces y cinco panes...» Ansiau escuchaba a su amigo con avidez, los ojos brillantes — sin haber oído nunca el relato de aquellos acontecimientos, tenía la

impresión de conocerlos de siempre—, su pasión por Dios se alimentaba de ellos y crecía más y más en el ocio de las veladas de invierno y de la espera del momento de partir. Desde el día en que renunciara a su propia voluntad ante Baudouin de Puiseaux, vivía en un estado de aceptación de Dios que le era muy nuevo y lo llenaba de alegría y de asombro. A veces se pasaba horas enteras en oración en la capilla, mirando el crucifijo durante tanto tiempo que después, al desviar la mirada, no veía más que cruces delante de él. Pero no tenía visiones, ni las pedía. Bastábale, con mucho, saber que vería con sus propios ojos a Jerusalén y el Santo

Sepulcro. Aquella gran cita asignada por Dios a los de Champaña para el año próximo era de una realidad muy diferente de los actos de piedad de la vida ordinaria. Y no era un gesto ni una pequeñez esa vida de oración de cuatro mil leguas de extensión y dos años de duración.

—Nosotros nunca nos hemos prometido ni jurado nada, hermano —decía a André—, pues bien: nos uniremos por juramento ante el Santo Sepulcro, para que nuestra camaradería sea más segura y más santa que las demás.

André encontró muy buena esa idea.

—Tal compromiso —decía— traerá

felicidad a nuestra amistad.

Y no cambiarían de cruz antes de llegar a Jerusalén.

El término de la Cuaresma y la proximidad de las fiestas de Pascua hacía presente y real el gran día de la partida; pues a fuerza de esperarlo se acababa por no creer en él. Aalais había aguardado en secreto alguna señal del cielo que prohibiera al conde tomar la cruz, pero nada semejante se había producido —o al menos nada se sabía en Linnières—. Durante la Cuaresma, Aalais tuvo la mala suerte de otro aborto al caer de un caballo; y esta vez Ansiau se manifestó francamente descontento: ya no era una niña de quince años y

debía saber cuidarse. Por de pronto, el pequeño Girard seguía siendo su hijo menor y ya tenía dieciocho meses; nunca hasta entonces había pertenecido durante tanto tiempo a un hijo, y toda la ternura que hubiera sentido por los dos niños abortados se volcaba sobre Girard: ninguno de sus hijos le había parecido tan inteligente, tan despierto, tan cariñoso; y la marcha del barón iba a dejarla estéril durante años; quizá para siempre, puesto que no pensaba volver a casarse en caso de viudez. De esta manera pasaba el tiempo lamentándose junto al pequeño Girard y diciendo: «Mi gozo, mi amor; ahora quedo sola y sólo te tengo a ti para consolarme». Y Ansiau

se mostraba exasperado por la ternura excesiva de la dama por el hijo menor; ahora que no lo amamantaba, no debía ocuparse de él más que de los otros. «Os aseguro que os equivocáis —decía a su mujer—, este hijo no es más bonito que los otros. ¿No habéis concluido de decirle vuestra letanía?» Y él, que era un padre tan locamente, tan ardientemente parcial, pedía a su esposa que fuera la justicia misma; el amor maternal era, a sus ojos, como una sustancia tangible y palpable que la madre debía a sus hijos por el mismo título que su sangre y su leche, y no tenía derecho a dar a unos más que a otros. En cambio, él era un hombre y, por lo tanto,

libre de amar a quien quisiera.

El niño iba a cumplir siete años en el mes de mayo. Hacía tiempo que saliera de las manos de las mujeres: y aunque era alto para su edad, parecía frágil y delicado como un pajarillo, cuando apretaba con sus pequeñas piernas, muy separadas, la silla de un caballo. Tenía grandes ojos grises de largas pestañas y sonrisas de niño muy pequeño; sonrisa que expresaba una alegría completamente desproporcionada con respecto a su objeto; y el padre sentía latir su corazón a la vista de esa sonrisa.

La víspera de la partida se celebró una misa en la capilla de Linnières y

todos los hombres recibieron la comunión. La cena, aquella noche, contra lo que era habitual, transcurrió en silencio. Las mujeres tenían los ojos colorados; y los que iban a marchar sentían pesarles en el corazón la idea de que tal vez fuera aquélla la última vez que comían en aquella mesa. Sólo Herbert conservaba su buen humor y bromeaba y bebía más que de costumbre: de todos ellos era él quien menos tenía que perder; ya no luchaba contra la edad y había renunciado francamente a teñirse el cabello; pero poseía aún un altivo porte; después de años de vida ociosa, esa partida le prometía por fin nuevos placeres, que

sin duda serían los últimos.

Aquella noche Ansiau midió por primera vez el sacrificio que iba a hacer: estaba tan acostumbrado a su dama que pensaba tanto en ella como en sí mismo. Y ahora sentía que era como separarse de sí. No era hombre capaz de vivir sin mujer. Pero las bellezas de ultramar lo atraían bien poco. Hacía cuatro años que era fiel a su esposa y pensaba sinceramente que era la mejor de todas las mujeres. Si pensaba poco en el amor, era por falta de ocasiones; vivía demasiado rodeado de amor para pensar en él. En víspera de la separación se encontraba tan cohibido como un recién casado y abrumaba a su

esposa a fuerza de promesas y de súplicas; y era Aalais por esta vez la que no hablaba; a fuerza de aguardar la partida, había acabado por acostumbrarse a ella y no experimentaba dolor alguno, sino una especie de insensibilidad como aturdida. No ignoraba que tenía aún muchas cosas que decir, pero lo había olvidado todo. Más tarde, al recordar aquella última noche, se reprocharía su frialdad: «buen recuerdo de mí se habrá llevado; habrá creído que no lo amaba ya...»

Por la mañana, había que disponer la marcha y hacer las despedidas. Las esposas abandonadas se lamentaban y lloraban —como en anticipada viudez

—, golpeándose los pechos y arrancándose el cabello. Aalais fue en ello tan hábil como las demás; aplicábase de buena fe a hacer todo lo que una mujer noble debe hacer en semejantes ocasiones. Y Ansiau, rehecho por la embriaguez de la partida, sólo tenía ojos para Herbert, André, Thierrí y descendía a cada momento al patio para ver si los caballos y el bagaje estaban en orden.

La dama presentó al marido a sus cuatro hijos, pidiéndole que los bendijera por si no volvía más.

—No olvidéis —dijo el barón— que es Ansiau, el mayor, quien debe heredar el feudo y el castillo. Mientras

no sea mayor, vos gobernaréis la tierra y no se la dejaréis a ningún otro.

Después, tomó a la dama por los hombros y la besó en la boca y en los ojos.

—Adiós, querida. Conservad bien el dominio. No me olvidéis. Esperadme siete años...

La dama se colgó a su cuello sollozando, pero él la apartó suavemente... se dijo que si la dejaba llorar no terminaría nunca.

—Escuchadme, amiga mía. Si muero, volved a casaros, pero no dejéis que vuestro marido haga daño alguno a los niños. Elegid un hombre rico que tenga sus propias tierras y no ambicione

la nuestra.

—Nunca me casaré otra vez —dijo Aalais— moriré si vos morís.

Ansiau no prestó mucha atención a esas palabras, porque sabía que las mujeres dicen siempre cosas por el estilo.

—Sed prudente —le dijo—, cuidado mucho de vos misma. No estéis triste.

—Me olvidaréis con las mujeres de ultramar —dijo Aalais sollozando.

Él se echó a reír.

—¿Yo? Qué mal me conocéis. Vos me olvidaréis antes.

La besó una vez más, rápidamente, con impaciencia.

—Es hora de partir, amiga mía.

Adiós.

Sabía que quedaba lo peor. Aalais se cogió a él y lo acompañó hasta el patio, se cogió al estribo, a la crin del caballo, a la orla del manto. En el último momento no se resignaba a dejarlo marchar. Y él no pensaba más que en el instante en que ya estaría en el camino.

* * *

Aquella reunión de hombres se diferenciaba de otras salidas por la atmósfera de libertad y despreocupación que reinaba en las huestes, desde las tiendas bordadas de los obispos a las

humildes tiendas de campaña de los sargentos. Aquellos hombres se habían despedido de la vida para tanto tiempo que creían estarles todo permitido; y más de uno gastó allí mismo todo el dinero reunido para el viaje, a costa de pedir nuevo préstamo o de ponerse al servicio de un cruzado más rico. Tiendas y hosterías resonaban de cantos; veíanse por todas partes vestidos de colores y guirnaldas de flores y de follaje. Parientes y amigos se despedían de los suyos; los viejos camaradas volvían a encontrarse y se festejaban unos a otros. Entre los que partían, Ansiáu encontró a su suegro y ambos hombres se trataron como buenos

amigos, como si nada hubiera sucedido entre ellos. Joceran iba a beber y conversar con los de Linnières y todos se preguntaban con sorpresa: «¿Cómo diablos hemos podido buscar querrela contra este hombre?».

Joceran partía acompañado de sus sobrinos y vasallos: sus dos hijos quedaban en Champaña. Baudouin se había comprometido para tres años al servicio del vizconde de Chantemerle, al día siguiente de la imposición de cruces: desde la muerte de Irma no podía soportar la vista de los muros de Puiseaux y no pensaba más que en alejarse de su padre y de su familia. Y como no quedaba nadie que guardara las

tierras y el castillo en ausencia de los cruzados, Thibaut hubo de encargarse de ello; Joceran, el más viejo y el más cargado de pecados, parecía tener más necesidad de partir. No pedía más que rescatar sus faltas —que creía muy numerosas, al decir de su confesor—. Ahora ostentaba una barba completamente gris y ojos casi incoloros, pero conservaba su bella prestancia y su sonrisa capaz de turbar a las mujeres. Uno de los pocos supervivientes de la cruzada del rey Luis, permanecía indiferente a las maravillas del país que iba a ver de nuevo. De aquella aventura, de la que Herbert de Linnières había traído tanto

fervor inquieto y tantos sueños ardientes, Joceran apenas conservaba recuerdos; ni sabría qué hacer con ellos. Para probar que había estado de hecho, conservaba su buena cicatriz; y no pedía más. Y Herbert, su antiguo camarada de armas, lo amaba por ese pasado lejano, ahora que los recuerdos de la cruzada volvían y se hacían tan próximos. Y Ansiau pensaba en los primeros días de su matrimonio y en la ancha cara de este hombre junto al fino rostro de la Aalais de entonces; y como la hermosa sonrisa de Joceran recordaba la de su hija, Ansiau no podía menos de experimentar simpatía por su suegro; otras veces recordaba también la gran amistad que

había unido a Joceran y al noble Gui de Marseint, de tan feliz memoria; solía decirse: «el hombre que ha tenido tal amigo no puede ser malo».

Liberado de la grave presencia de su hijo mayor, Joceran sentíase de nuevo lo que antes era —buen compañero, soldado de fortuna, seguidor de aventuras—, nunca había visto en una expedición militar otra cosa que la ocasión de vivir la fácil existencia de los campamentos, y la partida para tierra santa le prometía al menos dos años de campaña.

También se hallaba en Troyes Edith de Chalmiers: no es que partiera personalmente, pero había juzgado que

estaría bien enviar en su lugar a uno de sus vasallos, porque ninguna alma tenía tanta necesidad de rescate y de perdón como la suya. Por el momento, su celo por la santa causa tomaba la forma de un gran amor a los futuros mártires y se concedía con bastante liberalidad a aquellos hombres a los que amaba y lloraba con gran corazón.

La mesnada debía ponerse en marcha el Domingo in Albis; y el jueves Herbert cayó fulminado por una congestión que lo había asaltado después de una cena demasiado copiosa a la mesa del conde Henri. Abundantes sangrías le hicieron recobrar el sentido. Pero estaba paralizado y había perdido

el habla. Echado en un amplio lecho en la casa de un mercader de paños adonde sus hijos lo llevaron para cuidarlo, gemía y jadeaba, esforzándose en vano por hacerse entender. Sólo pensaba en una cosa: levantarse antes de la partida; y pedía misas, reliquias, curanderos, con gran trastorno de los suyos que apenas lograban adivinar lo que deseaba.

El médico que había sido llamado a su cabecera aseguraba que no podría levantarse antes de quince o veinte días; y Ansiau pensó primero en ponerlo en una carreta cubierta y llevarlo con los bagajes. «Si lo dejamos aquí morirá de tristeza —dijo a los hijos de Herbert—. Es mejor que corra el riesgo del viaje.»

Pero Simon, el hijo mayor de Herbert, era del mismo parecer que el médico, que juraba que la fatiga del traqueteo del camino mataría con seguridad al enfermo y que probablemente no volvería a estar en condiciones de montar a caballo. Y Girard el joven decía:

—No podemos arrastrar con nosotros a un enfermo hasta Palestina; si ha de morir en el camino, es mejor que repose en Linnières, al lado de los suyos.

Trabajo le costó a Ansiau rendirse a sus razones; pero en aquel momento su corazón estaba turbado. La enfermedad de Herbert era un mal presagio para el

viaje; casi sentía deseos de renunciar a él. Hasta tal punto le dolía la idea de abandonar a su tío. Hacía seis días que vivía en Troyes a la espera del Domingo in Albis, bebiendo y con gran alboroto, como todos los demás. Y ese momento que tanto había deseado lo dejaba desamparado y decepcionado. No se veía en el cielo ni espada de fuego ni ángel tocando la trompeta; la lluvia mojaba las banderas con la cruz roja y entorpecía los senderos. Y ahora había que dejar a Herbert, su segundo padre, su mejor compañero, como se deja a un caballo que ha terminado su servicio.

Cuando se decidió lo que debía hacerse en el consejo de familia, André,

en un gran impulso de espíritu de sacrificio —que más tarde lamentaría—, declaró que se quedaría con su padre: era bastardo y si había llegado a ser un hombre lo debía sólo a la voluntad de su padre; no quería ser ingrato. En tanto que su padre viviera, no lo abandonaría. Sus hermanos legítimos le quedaron muy reconocidos por el gesto y Ansiau lloró, pero dijo:

—No puedo impedirlos que cumpláis con vuestro deber.

Y declaró que había que anunciarlo al enfermo. Ninguno de sus hijos tenía el valor de hacerlo. El sábado por la tarde, Herbert pareció mejorar y articuló algunas palabras. Preguntó si el conde

estaba dispuesto para la partida (seguía esperando un retraso en los preparativos de la hueste).

Ansiau le dijo:

—Partimos mañana al amanecer, después de la misa.

Entonces Herbert cerró los ojos como una bestia en la trampa, que recibe el golpe de gracia, y unos hilillos de lágrimas corrieron por sus mejillas hasta la almohada. Ansiau sentía el corazón angustiado y los sollozos le entrecortaban de tal modo las palabras, que apenas podía hablar. Entonces André, que estaba a su lado, se arrodilló junto al lecho y dijo:

—Padre, me quedo con vos.

El enfermo tuvo una leve sonrisa desdeñosa: ¿Acaso se le tomaba por un niño a quien se da un juguete para consolarlo?

—Cuando estéis restablecido, tío, os reuniréis a la hueste: seguramente permaneceremos algún tiempo en Marsella, a la espera de las naves.

Herbert abrió los ojos y dijo:

—No.

Sabía que nunca volvería a estar en condiciones de hacer el viaje y ya no aguardaba más que el momento de resignarse. La edad y la enfermedad se imponían: sólo sentía deseos de descanso.

Pero aún no había llegado el

momento de descansar; esperaba ya con impaciencia el instante en que los cruzados abandonarían la ciudad. Y sentíase objeto de una piedad afectuosa y tierna y esa sensación le daba un poco de energía. Procedió a despedirse de todos con la solemnidad que le permitía su estado. Y cuando sus tres hijos se arrodillaron ante él, pidiéndole que los bendijera, comprendió que no volvería a verlos en esta vida y que esos adioses lo eran para siempre.

Y entonces, por primera vez en su larga y febril vida, posó una atenta mirada en aquellos tres hombres, compañeros un poco subalternos, escolta de honor necesaria a su

prestigio; su raza, sus herederos. En el momento en que sus vidas iban a separarse para siempre de la suya, se daba cuenta de que también eran amigos; que al menos hubieran podido serlo con sólo que él se hubiese ocupado de ellos. Con lucidez todavía exasperada por su estado de debilidad, estudiaba los rasgos de aquellas caras de lobos, pálidas y encuadradas en barbas rojas y bañadas por una luz que —él lo sabía— procedía de su propia alma y no de los cirios que ardían a la cabecera de su cama.

Veíalos tales como habían sido de niños, turbulentos, adolescentes terribles, jóvenes bastante tranquilos —

como los conocía ahora, hasta en los más íntimos recodos de sus almas escondidas—. Izembard, el más joven, de frente baja, boca flexible, violento y limitado; Ogier, el mediano, ancho, velludo, de mirada furtiva, disimulado y retorcido; y sobre todo Simon, el mayor, el mejor, el más parecido a él; hombre de treinta y dos años, sin mejor, y sin brillo, semejante a esas encinas erguidas y poderosas que, en pleno invierno, dejan aflorar en los muñones de las ramas la savia vivificante que empuja en ellas; Simon tenía la mirada fría y reflexiva, la boca noble y firme y un altanero gesto de cabeza. Herbert lo sabía inteligente y de espíritu vivo: ese

no perdería el tiempo en Palestina, haría camino; no era de esos que no saben más que rezar, beber y combatir; Herbert tenía cincuenta y dos años y nunca se había dejado llevar por sueños acerca de sus hijos. Cedía a Simon su puesto en la vida. En la ternura de un postrero adiós, quería legarle su herencia de ambiciones, de sueños y de proyectos. Un día se hablaría de Simon de Linnières, hijo de Herbert el Rojo.

Un momento tan solemne como la última bendición de un padre a sus hijos cuando parten a la cruzada consolaba un poco de su triste situación al viejo caballero. Pero su lengua le obedecía mal y no podía pronunciar las palabras

que hubieran sido apropiadas; de lo que jamás podría consolarse. Pero tuvo la fuerza de volverse a André y decir:

—Mi mano... bendecir.

André comprendió su deseo y tomó con sus dos manos el brazo izquierdo de su padre y posó la pesada mano hinchada e inerte sobre la cabeza de Simon, que se inclinó y se santiguó; levantándose, besó la mano de su padre como se besa una reliquia; tenía los ojos llenos de lágrimas, lo que, en un hombre tan reservado como él era señal de gran emoción. Después, André repitió el mismo gesto con Ogier e Izembard.

Ansiau decía:

—Ya lo veis, hermano: nunca creí

que tuviéramos que separarnos. Pero es verdad que nada nos hemos prometido nunca y vuestro padre os obliga más que yo.

—No sabéis lo que ha sido —dijo André—: yo estaba desnudo y mi abuelo me golpeaba de la mañana a la noche, se avergonzaba de mí a causa de mi madre. Todo mi cuerpo estaba lleno de postillas y de magullones. Cuando mi padre me recibió en el castillo, tenía los huesos que me agujereaban la piel en los codos y en los tobillos. Y él nunca tuvo vergüenza por mi causa.

—Nunca me habíais dicho esto.

Ansiau estaba trastornado a la sola idea de que André hubiera podido ser un

niño maltratado y muerto de hambre.

—Hermano —dijo dulcemente André—, valgo menos de lo que pensáis. Pero nunca tendréis mejor amigo que yo. Puesto que no podemos hacer nuestra promesa ante el Santo Sepulcro, al menos podemos cambiarnos las emees. Llevaréis la mía a Jerusalén.

—Amén. Me defenderá en el camino. Que quede deshonrado, que vea morir a mis hijos si alguna vez os soy desleal: haré cuanto me pidáis. Dios no quiere separamos para siempre: volveré, o bien vos haréis el viaje a Tierra Santa.

André suspiró:

—No mientras viva mi padre.

—Ya que os quedáis —dijo Ansiou—, os confío a mi dama: sed bueno con ella. Estaré más tranquilo sabiendo que os quedáis aquí. Esto no lo digo más que a vos: Aalais es joven y yo me voy por mucho tiempo. Sobre todo, velad para que no vuelva a casarse sin estar completamente segura de mi muerte.

—Estad tranquilo —dijo André. Y Ansiou prosiguió:

—Por supuesto, si yo muriera, no desearía mejor marido para mi dama que vos mismo, si vos lo queréis. Quisiera para vos una princesa de ultramar, pero mi dama es dama de gran valor. Pero si vos no la queréis como esposa, al menos vigilad para que no se

case con un libertino ni con un cazador de dotes. Y cuando la veáis, decidle que pienso siempre en ella.

Después, una nueva partida. Lenta y pesada, la hueste se puso en marcha por caminos entre vastos campos negros y verdes bordeados de bosques transparentes y cubiertos de césped joven. Los campesinos que veían pasar a aquellos hombres a caballo, unidos y ornados de emees y con banderas blancas en las que campeaba la cruz roja, se santiguaban sin preguntarse demasiado qué era lo que aquellos extranjeros iban a hacer en tierra extranjera.

Y mirando el cielo y las espaldas de

sus compañeros, cuyos hombros se mueven cadenciosamente con el paso de los caballos, Ansiau ya no se acuerda más de André, ni de Herbert, ni de su dama. La vida pasada está ya tras él. Ante él hay carreteras, montañas, ríos, puertos, el mar azul. Y la gran cruz a la que se adora en Jerusalén.

* * *

Los primeros días, como era de rigor, Aalais lloró mucho; considerábase ya viuda o mujer abandonada. Juzgaba que era duro para una mujer de su edad vivir sin marido, y no podía impedir un cierto rencor para el hombre que tan

cruelmente la había abandonado. Como nadie puede pasarse la vida llorando, acabó por tomar su partido y volvió a los cuidados de la casa como antes. Pero con frecuencia subía a lo alto de la fortaleza para mirar el camino que se perdía entre las hierbas y los matorrales a la otra parte del riachuelo; esperaba siempre que cualquier impedimento sobrevenido en el último instante forzara al barón a regresar a Linnières.

Por fin, a finales del mes de mayo — cubríanse los prados de flores y el bosque iba tomando una tonalidad verde más sombría— la dama vio desde lo alto de la fortaleza a tres caballeros que subían por la pendiente de la cuesta de

Seuroi; ninguno de los tres era Ansiau. Pero la dama tenía buenos ojos y los reconocía muy bien: eran Herbert el Rojo, André y Gervais, el escudero de Herbert. No era necesario ser adivina para comprender la razón del regreso: el caballo de Herbert avanzaba lentamente, el caballero vacilaba sobre la silla a cada paso, como un saco, y parecía delgado y extenuado. André cabalgaba a su lado, dispuesto siempre a ayudarlo si perdía el equilibrio. Aalais descendió rápidamente a la sala, anunciando que el señor Herbert regresaba al castillo. Claude, la hija soltera de Herbert, batió palmas por el júbilo y envió a dos siervas que cogieran flores en el prado

para adornar la mesa y los muros. Y Aalais se dio cuenta de que su túnica tenía una mancha de vino y que el cabello no había sido peinado desde hacía tres días, por lo que se precipitó a la sala de arriba; se ruborizaba a la sola idea de que Herbert pudiera verla en tal estado.

Hacía seis semanas que Aalais se sentía extraviada, diversa: no se reconocía a sí misma. El amor de Ansiau había sido como el calor de un gran fuego que la rodeaba por todas partes, como una gran montaña que le ocultaba el sol, el cielo, los hombres. La había abandonado tan bruscamente; ya no había nadie para admirar su cabello,

sus brazos, sus pies; nadie para hacerle regalos cada domingo, para ofrecerle lo mejor de cada plato; no sentía necesidad de vestir los mejores trajes, ni de perfumar y frotar ese cuerpo que el barón quería siempre blanco y liso; y cuando se bañaba suspiraba por tanta belleza inútil: Ansiau la había acostumbrado a creerse un jardín de delicias. Y la devoción perruna de un Milon du Cagne no podía halagarla. ¿Qué podía hacerle el amor de un criado?

Tampoco el pequeño Girard podía consolarla; estaba encinta de nuevo — por novena vez— y el temor de perder aquel último hijo la hacía casi

demasiado prudente, y Girard iba haciéndose demasiado pesado para que ella pudiera llevarlo en sus brazos. Ya no sabía ocuparse de sus hijos mayores: Ansiau la había acaparado, aprisionado de tal manera en su absorbente ternura, que apenas si le quedaba tiempo para dedicarse a su hijo menor. Una vez destetado, el niño no debía hacer competencia al padre. Y de hecho, ningún hijo podía pedir más cuidados, afecto, vigilancia que los necesarios para un hombre como Ansiau. Ninguna mujer, a sus ojos, valía lo que su dama para lavar, peinarlo, darle masajes, ayudarlo a vestirse y tenerle el estribo; debía bordar y coser sus galones y

cinturones, servirle a la mesa, si se hallaba de mal humor. Cuando iba a los torneos de Troyes o de Bar-sur-Seine, llevaba a la dama consigo y ella, por lo demás, no se quejaba. Pero en cuanto a los niños, apenas le quedaba tiempo para protegerlos con una señal de la cruz al levantarse por las mañanas y gritarles:

—¡Que no os vuelva a ver por aquí, granujas!

Cuando estaban enfermos rezaba el rosario a la cabecera de la cama y los asperjaba con agua bendita. Sabía que era conveniente azotarlos y endurecerlos en el hambre y el frío, sobre todo a los muchachos. Pero tampoco en esto el

barón la dejaba actuar como ella entendía; Aalais era mujer y no podía saber cómo debe educarse a los hombres. Ahora el marido estaba fuera, pero los niños seguían perteneciéndole, quedaban confiados a los escuderos, anticipadamente prometidos al servicio de Guillaume de Nangi. Futuros seres extraños.

Mientras peinaba su larga cabellera rubia, Aalais sentía como oleadas de sangre fresca que afluían a sus mejillas y a las puntas de sus dedos; sus pensamientos ociosos y desordenados se reunían y tomaban fuerza; ardíale la impaciencia de oír el relato de la partida, de saber noticias de su padre y

de sus primos, de recibir tal vez un último adiós de su barón de labios de André. Herbert era buen narrador y estaba segura de que él la informaría acerca de cuanto había visto y oído en Troyes.

En el momento en que los caballeros entraban en el patio, la dama estaba ya en pie junto al pozo, en compañía de Richeut, Claude, Odette y las otras damas, dispuesta a recibir a los que llegaban. Herbert, muy débil, fue casi llevado a hombros por la escalera e instalado en el sillón de Ansiau, junto a la chimenea. Temblaba, a pesar del buen tiempo, porque las sangrías lo habían dejado muy débil; su piel tenía un color

terroso. Aalais miraba sus largas manos nerviosas y huesudas, que se crispaban sobre los brazos del sillón. Cuando ella se arrodilló ante él para ofrecerle agua, Herbert le dirigió una mirada grave de tristeza y de fatiga, pero siempre benévola; y, cosa extraña, era precisamente esa benevolencia lo que Aalais hallaba difícil de soportar, de tal manera que volvió a otra parte sus ojos. Aquel hombre la había intimidado siempre a causa de su pasado de amor y de proezas, a causa de sus maneras corteses, y sobre todo por su porte altivo y su planta varonil: ni un conde ni un rey podrían tener aspecto más altanero. En ocho años no se había

familiarizado con él; y sin embargo, Herbert la amaba de corazón y ella lo sabía.

—Primo mío —preguntó a André—, ¿no os ha encargado mensaje alguno para mí mi señor antes de marchar?

—Sí: me ha dicho que piensa siempre en vos.

La dama suspiró, diciéndose que al barón le faltaba imaginación, decididamente: era muy suyo el no encontrar otra cosa que decir.

La dama era dueña del castillo y ponía sus cinco sentidos en no dejar que faltara algo al tío de su esposo: y Herbert se convirtió muy pronto en dueño y señor del castillo de Linnières.

Nunca pretendió gobernar la casa. Pero quería ser bien servido. A todas las horas del día, criados y siervas debían correr para llevarle agua fresca, o piedras calientes, o un licor cordial o algo para el cuidado de la boca; para recuperar sus fuerzas bebía sangre de pájaros vivos y no quería más que sangre de halcones o de buaros, lo que resultaba ruinoso y la dama salía a veces personalmente a la caza del milano salvaje para no verse obligada a sacrificar sus animales preferidos. Además, Herbert no quería ni comer ni beber a horas fijas y así el hogar ardía continuamente y a cada momento se cocían o asaban codornices o pollos o

hervían caldos con hueso y hierbas medicinales. Cada día las siervas debían hacerle masajes, frotarlo con bálsamos o con ramas verdes de nogal para facilitar la circulación de la sangre. En pocas palabras, el viejo caballero se las arreglaba para llenar el castillo con su persona y sus caprichos; y la dama lo hacía todo para darle gusto, tanto por respeto a él como por sentimiento de las conveniencias. André guardaba bien al enfermo y era el único que sabía apaciguar a su padre y hacerle razonar, por lo que Aalais lo sabía agradecido.

Las fuerzas del enfermo fueron recuperándose lentamente. Un buen día de junio, después de san Juan, hizo

ensillar su caballo y descendió al prado con André, la dama y Claude, su hija, para cazar con halcón. Lanzaba bien el halcón y las dos mujeres gritaban satisfechas, reían admiradas y lo contemplaban. Claude exclamaba:

—¡Nunca he visto mejor halconero que mi padre! Realmente, de no haber sido su hija, lo hubiera deseado como amante.

Aalais no dijo nada y pensó: «A pesar de todo, tiene las sienes bastante grises y la nariz larga». Y ese pensamiento le produjo cierto placer. Dios sabe por qué.

Herbert atraía ahora su pensamiento naturalmente, como el imán atrae los

alfileres. Para él se alisaba el cabello en las sienes y se frotaba las manos con jugos de limón. Para él se sentaba en el extremo de un banco junto al fuego, con un cinturón o una camisa para bordar, con los ojos fijos en su labor, mostrando así que era mujer trabajadora y hábil con la aguja. Por él hacía venir a sus hijos, los tenía a su lado y los acariciaba y les hablaba del barón, para hacer ver a Herbert que era una buena madre. Su vanidad, que Ansiau había sabido colmar, reafirmaba todas sus exigencias tiránicas; hubiera hecho mucho más para ganarse o conservar la estima de Herbert el Rojo; éste le imponía respeto como ningún otro hombre lo había

conseguido: era el viejo compañero de su padre y de su abuelo, el famoso Gui de Marseint; sabía tantas cosas, tan bellas, y ella nunca se atrevía a mirarlo a la cara, porque lo creía capaz de leer todos sus pensamientos. «Vuestro padre es un hombre muy noble —decía Aalais a André— y muy sabio: nunca se cansa uno de escucharlo.» Y André pensaba: «He aquí, al menos, una mujer con buen sentido».

La dama consiguió llevar hasta el fin a su sexto hijo: dio a luz el día de Navidad. Una niña, cuya madrina fue Richeut y a la que se dio el nombre de Aalais, igual que a su hermanita mayor que sólo había vivido dos meses. Y la

dama, que seguía guardando en su corazón un puesto para su pequeña Ala blanca y helada, dio a la recién nacida el sobrenombre de Alette. El parto había sido difícil y una vez liberada no quedaba de buen humor, ni casi pensaba más en la ausencia de su marido. O, si lo hacía, era para decirse: «Su padre hubiera gozado al verla»; o también: «el barón no sospecha siquiera que se encontrará con cinco hijos a su regreso». «A ésta no le traerá regalo alguno.» Y como el frío era muy riguroso, pasaba el tiempo junto a la chimenea, al lado del sillón de Herbert, con su hijita en brazos.

Herbert se había restablecido casi

completamente. Cazaba y bebía como antes de su enfermedad, bajo la mirada inquieta de André. Habían pasado nueve meses desde la marcha de los cruzados y el viejo caballero se consolaba de su fracaso y hasta empezaba a teñirse el cabello. Tras haber pasado la vida desplazándose de un lado a otro, de torneo en torneo, se daba cuenta de que no era más desgraciado en Linnières que en otras partes. El castillo era pequeño, sombrío y pobre; pero él se sabía dueño absoluto de todo; era el decano de la familia y en medio de niños, mujeres y criados se encontraba como gallo en gallinero. No se dignaba rebajarse hasta los detalles del gobierno de la casa; era

la dama quien pagaba a los soldados, hacía curtir las pieles, limpiar el trigo, blanquear el paño; era la dama quien exigía a las criadas y llevaba la cuenta de candelas y especias, pero Herbert vivía persuadido de que todo eso se hacía sólo para satisfacer sus propias necesidades y caprichos. No tenía más que quererlo: el bosque, los caballos, los halcones, crecían y prosperaban para gusto de Herbert de Linnières.

En las interminables tardes de invierno, Herbert suplía con ventaja a los troveros —siempre escasos en el castillo— porque nunca se cansaba de contar historias de guerra y de cantar y hacer cantar a coro a los jóvenes de la

casa. Le quedaba algo de voz bastante agradable y una excelente memoria. Cantaba de todo: estribillos de guerra y de cruzada, «lais», colas y albas en lengua de oc, cánticos religiosos en latín, y la dama, escuchándolo, colocaba a la pequeña Alette en la cuna y enjugaba con las palmas de las manos las lágrimas que se le escapaban de los párpados.

Aalais estaba dedicada del todo al cuidado del viejo caballero. Sólo se sorprendía por no haber comprendido hasta entonces a aquel hombre maravilloso. Naturalmente, aceptaba como el Evangelio cuanto él decía; y él, sin presunción, hacía valer y se

mostraba ventajosamente en sus recuerdos de guerras y de fiestas; la dama lo escuchaba con los ojos ardientes y Herbert veía cómo sus mejillas enrojecían y palidecían, mientras su pecho se alzaba tumultuoso bajo la tela de la fina camisa. Por su parte, Herbert no quedaba indiferente ante tanta admiración y la dama le gustaba mucho; estimaba en ella su buena raza, su bravura, su lealtad, y, sobre todo, el aprecio en que parecía tenerlo. Y un día llegó a decir a André:

—Si Ansiau no regresara de Tierra Santa, lo que Dios me libre de desear, tomaré a su esposa.

A lo que André preguntó

cándidamente:

—¿Para qué?

—¿Para qué se toma una mujer? Seré dueño del feudo mientras los niños sean menores. Además, ella es de buena raza.

—De buena raza y bien educada — asintió André—, no hay mujer más valerosa ni más hábil para mantener el dominio: ni dama Adela lo hacía tan bien.

—¡Y pensar que fui yo quien preparó ese matrimonio! —siguió Herbert pensativo—. Hubiera podido tomarla para mí... Realmente Ansiáu tiene suerte al poseer a tal mujer con sólo meterse en cama con ella.

André, preocupado al ver cómo su padre insistía —aunque sólo fuera de pensamiento— en arremeter contra los derechos de Ansiau, se apresuró a hablar de otra cosa.

Aalais había vuelto a encontrar el goce de vivir. Cantaba a voz en cuello mientras hilaba, corría por la sala como una jovencita, pellizcaba y ahogaba a besos a sus pequeños cuando se los encontraba. Y hacia el final de la cuaresma, contemplaba la nieve que iba fundiéndose y huía en hilillos de agua a lo largo de los establos y de la empalizada; y gruesas gotas de agua que caían por todas partes, tan rápidas y numerosas que se diría que estaban

persiguiéndose unas a otras; los gritos de las cornejas la llenaban de alegría y de angustia; el aire era tan puro que podía distinguir a lo lejos, en el bosque, las ramas negras y grises de los abedules y de los fresnos y la humareda de la aldea de Bernon. Aalais sentía que por todo su ser se difundía un gran amor a aquella tierra, al bosque, al patio lleno de fango; y se extrañaba de haber amado en otros tiempos otra casa y otra tierra. ¿Qué le quedaba de su primer nido, sino el recuerdo de sus padres y el orgullo de ser el único retoño del noble Gui de Marseint al que Herbert tanto alababa? Ahora se sentía más orgullosa de la raza de Linnières que de la propia; y cuando

decía «nosotros» y «los nuestros» pensaba en los hermanos, hijos y sobrinos de Herbert el Rojo. De Ansiau se había hecho una bella imagen que evocaba cada noche, antes de dormirse. Pero no quería confesarse que se sentía más libre y más alegre de lo que fuera cuando Ansiau estaba allí.

Aalais nunca había podido soportar los besos de Herbert sin turbarse un poco; pero aquel año, en Pascua, los efluvios de la primavera y doce meses de castidad forzada hicieron tanto que a punto estuvo de desvanecerse cuando Herbert estrechó sus duros labios contra su boca entreabierta. Desde ese día la dama comenzó a esperar como días de

fiesta las ocasiones de ser besada por él. Y no se reprochaba aquel placer inocente: Ansiau los estaría gustando — y no tan ingenuos— en Jerusalén o en otro lugar cualquiera. Y como Herbert era un hombre cumplido en todo, era natural que supiera besar mejor que otro.

Herbert no era hombre capaz de resistir a una tentación, pero era necesario ser tentado y a él no lo tentaban. Ante todo le gustaba el fruto verde y una mujer de veintitrés años ya no podía excitarlo. Además, deshonar a su propio sobrino era, a sus ojos, deshonzarse a sí mismo: así no pretendía conseguir a Aalais como no podía

hacerlo con Claude. Pero eso no le impedía pensar en la dama como en una esposa posible, ya que amor y matrimonio eran para él cosas tan diversas entre sí y hasta opuestas. Admiraba a esta mujer, la creía inteligente, noble, leal y casta como santa Margarita. Y empezaba a decirse que Ansiau no merecía una esposa tan cumplida: si así lo deseaba, podía quedarse a sueldo de cualquier barón de Tierra Santa —Ansiau era joven y era propio de su edad correr a la aventura —, el castillo, el calor del hogar, el lecho conyugal, eran cosa de viejos, de quienes bien habían merecido el reposo.

—Ansiau es un buen muchacho —

decía a la dama—. No voy a hablar mal de él ante vos, que sois su esposa y debéis amarlo. Pero también está hecho para ser excelente palafrenero.

La dama sentíase un poco molesta por tales conversaciones; pero nada de cuanto decía Herbert podía parecerle falso; y la aureola de que había rodeado a Ansiau se esfumaba un poco muy a su pesar.

Otro día, Herbert empezó a contarle que Ansiau, al regreso de la campaña de Francia, había visto a la dama de Chalmiers y se había enamorado de ella hasta el punto de pasar en su tienda tres días y tres noches seguidas, faltando al torneo. Aalais no se había esperado tal

cosa:

—Verdaderamente —dijo— no lo hubiera creído de otro que no fuerais vos. Siempre me juró que no había amado a otra que yo.

—No puedo aconsejaros que pongáis la mano al fuego por los juramentos de un marido. No hay deshonra alguna para un hombre en ser bien tratado por una bella dama.

Aalais convino en ello tristemente, porque no podía pensar de otro modo que él; pero en todo caso sentía tristeza, su confianza en Ansiau quedaba muy quebrantada y ahora estaba segura de que la habría olvidado hacía tiempo ante las bellas jóvenes de Palestina.

—¿Es tan bella esa señora de Chalmiers? —preguntó a Herbert poco después. Él levantó los hombros.

—Eso dicen. Creo que vuestro padre debe saberlo mejor que yo; en otros tiempos no era fea.

La dama se mordió los labios mortificada al oír a Herbert decir de otra que no era fea.

Nadie pensaba en sospechar la gran amistad que había unido a la dama de Chalmiers y el tío de su marido. El mismo André creía que la dama daba prueba de buen sentido al unirse a hombre tan noble y valeroso; pero no la creía enamorada. Herbert, por su parte, pensaba en ella con más ternura de la

que solía sentir: era tan bella —jamás la había visto así—, las mejillas rosadas, los ojos ardientes; se estremecía cuando él tomaba su mano, bajaba los ojos cuando la miraba; y él no veía en esas señales de turbación más que reserva púdica, que lo encantaba. La amaba con amor casto, porque la dama tenía siempre en su lecho dos o tres niñas pobres del poblado, sin las que no podía pasar, y aunque se hubiera casado veinte veces con la dama, nada podría hacerla cambiar de costumbres; pero la dama lo sorprendía sobre todo porque la creía tan casta como lo era poco. Y también se extrañaba de haberse hecho, en la vejez, tan inclinado a la virtud.

Cierto día muy lluvioso de junio llamó a la puerta del castillo un extranjero vestido con una capa gris. Su caballo, sus piernas, su rostro, estaban cubiertos de barro.

—Al menos vosotros podéis estar tranquilos aquí —dijo al criado que acudió a abrirle y le ayudó a desmontar—. Ni la muerte ni el diablo vendrán a buscaros en este lugar.

Después preguntó si el caballero Herbert de Linnières, llamado el Rojo, vivía aún.

—¡Que si está vivo! ¡Sí; está vivo! —dijo el criado, riéndose de la ingenuidad del forastero—. ¡Lo sabría todo el mundo si no lo estuviera! Hoy

mismo ha estado cazando con milano toda la mañana.

Garin de Linnières y dos hijos de Girard el Rubio se acercaron al recién llegado para pedirle que subiera al castillo: la dama había hecho preparar un buen baño y un lecho de pluma en la sala alta, porque había adivinado que se trataba de un caballero.

El hombre subió a la sala y las sirvientas le quitaron la capa y las botas para ponerlas a secar. La dama se presentó para darle la bienvenida y palideció al ver su rostro curtido, casi negro, propio de los hombres que regresan de países cálidos. El caballero, que hablaba con fuerte acento lorenés,

declaró que se llamaba Philippe de Wassy y que traía un mensaje para Herbert el Rojo.

—Por san Thiou —dijo la dama—, sois mi huésped y nada haréis hasta que no hayáis tomado un baño bien caliente y un poco de descanso. Las damiselas mis primas os darán vestidos nuevos. También mi señor viaja en estos momentos; está lejos, en la Tierra Santa.

A la noche, el caballero descendió a la sala, donde Herbert lo esperaba impaciente.

—Seguramente son noticias de los nuestros —decía a André—. Temo que sean malas.

La dama hizo sentar a Philippe de

Wassy en un sillón con almohadones junto al de Herbert, y Claude le colocó un cojín bajo los pies. El hombre sacó de la bolsa que llevaba a la cintura una pequeña placa de cobre incrustada de amatistas y la puso en la mano de Herbert.

—Esta medalla es de Simon de Linnières —dijo—. Me la dio para hacerme reconocer por vos.

Herbert se santiguó y Claude dejó escapar un grito. André se inclinó mucho sobre el respaldo del sillón de su padre. Aalais contemplaba con ojos asombrados e incrédulos a aquel hombre que había visto a quienes estaban tan lejos. ¿Habría visto también a Ansiau?

Las nuevas traídas por Philippe de Wassy eran malas para Herbert: Simon le encargaba decir a su padre que sus dos hermanos menores, Ogier e Izembard, habían muerto por la fiebre al poco tiempo de llegar a Tierra Santa y reposaban en Acre. El mismo Simon se había puesto a sueldo al servicio de un barón de Palestina, de una de las mejores casas del reino, hermano de aquel Baudouin de Rames que había querido casarse con la hermana del rey. No pensaba regresar a Francia y ordenaba a su esposa que regresara a la casa de sus padres; en cuanto a los hijos, había que confiarlos a la dama de Ansiau. Él, Philippe de Wassy, había

conocido a Simon en Jerusalén, a donde acudió en peregrinación.

La muerte, y una muerte tan lejana, es un accidente trivial que a nadie sorprende y Odette se sentía tan viuda como las esposas de Izembard y Ogier. Pero Herbert sintió gran tristeza y, como era de rigor, se desgarró los vestidos y hasta se arrancó algunos mechones de cabello. La dama compartía de todo corazón su dolor; poníase en su lugar: «Si Ansiau perdiera a sus hijos — pensaba— se volvería loco».

Herbert quiso que lo sangraran, por temor a un nuevo ataque, y pasó en cama la siguiente jomada. Cumplidos sus deberes de padre, volvió a levantarse,

no pudiendo resistir el atractivo de un rostro nuevo y de noticias frescas. En cuanto a sus hijos, ya se había despedido de ellos en este mundo.

Philippe de Wassy no podía decir gran cosa acerca de los demás cruzados champañeses. Pero había visto a algunos en Jerusalén. Habíanle mostrado al conde Henri mientras oraba en la iglesia del Santo Sepulcro y al salir, en el séquito del rey. Sabía también que la hueste había plantado sus reales cerca de Tabarié o Tiberíades, junto con la del rey; pero aún no había habido batalla alguna.

—¡Vaya por Dios! —decía Herbert—, el rey es demasiado joven o está mal

aconsejado. Ése era el momento de librar una batalla: nunca ha tenido consigo juntos a tantos caballeros excelentes de nuestras tierras.

—Es verdad —dijo Philippe—, pero le faltan muchos de los suyos, después de la batalla de Montgisard, cerca de Saint Georges, donde fueron cogidos tantos de sus mejores caballeros.

El conde Henri de Champaña y sus barones, lo mismo que Pierre de Courtenai, habían salido del reino poco después de Pascua para dirigirse al norte, a Antioquía. Según había explicado Simon a Philippe de Wassy, pensaban regresar a Francia por vía

terrestre, ya porque el precio del transporte por mar era demasiado alto, ya porque el conde tenía una misión secreta ante el emperador.

—Si algo les envidio —dijo Herbert—, es que verán Constantinopla. No hay ciudad más hermosa: es el Paraíso. Sólo sobre la tónica del arzobispo hay más joyas que en el tesoro del conde de Troyes. Cuidado —añadió, volviéndose a Aalais—, vuestro barón va a quedarse allí y no querrá volver a su casa.

—Nada le echo en cara a Simon —replicó la dama—; es asunto suyo. Pero si mi señor hiciera otro tanto, le desearía que quedara cubierto de llagas y postillas y que en cada una se le

posaran moscas y gusanos.

Herbert dijo que una buena esposa debería desear el honor y el provecho de su marido. Simon no era un tonto y sabía lo que hacía. Aquí, Philippe se explayó en elogios de Simon: pocas veces había visto a un caballero tan ente y cortés; vivía lujosamente, tenía seis escuderos que llevaban sus lanzas y en el yelmo campeaban plumas de avestruz; en el festín de bodas de la hermana del rey había aparecido vestido con una túnica escarlata que debió de costarle la mitad de la soldada de seis meses. Herbert dejó escapar un suspiro de envidia.

—¡Ah! ¡Si yo tuviera su edad! ¿Y os

ha hablado de sus amigos? ¿Está bien alojado? ¿Lo estima su señor?

Philippe de Wassy profesaba gran admiración a Simon. Las razones que lo decidieran a quedarse en Tierra Santa eran muy hermosas, decía. Ante todo, quería quedarse cerca de las tumbas de sus hermanos; después, el mismo Dios le había ordenado que no abandonara un país tan lleno de paganos y en tan gran peligro; llegaba a Jerusalén a la edad de treinta y tres años, la misma edad en que el Señor sufriera el martirio, por lo tanto, pasaría la vida combatiendo a los enemigos de Jesucristo y adorándolo en la misma tierra en la que había vivido.

—Y luciendo su túnica escarlata —

dijo la dama sin alzar los ojos de su labor. Philippe de Wassy movió ligeramente los hombros, pero Herbert se enfadó y respondió con voz muy dura:

—Mujer, callaos. Ocupaos de vuestras cosas.

La dama sintió que las lágrimas le saltaban y deseó estar bajo tierra. Herbert no volvió a dirigirse a ella en toda la velada y apenas se dignó mirarla cuando ella le presentó la copa de vino durante la cena. No lo hacía por cólera: estaba bastante más ocupado en hablar con su huésped y olvidaba hasta la existencia de Aalais. Pero la joven creía que él la aborrecía aún y la labor que estaba haciendo se le cayó de las manos;

ya no escuchaba ni los relatos de Philippe, ni los lamentos de Odette. No durmió en toda la noche, pensando cómo podría enmendar su falta para con el viejo caballero. Al día siguiente le pidió con humildad perdón por haber hablado tan locamente: no era tanto por ofender a Simon, cuanto porque sentía piedad por Odette.

—No, no me habéis ofendido —dijo Herbert.

Después se volvió de nuevo a su huésped y la dama se sintió aún más herida que la víspera y tuvo deseos de decirle algo que le molestara.

Herbert comía y bebía Jerusalén y discutía con Philippe de Wassy las

ventajas e inconvenientes del nuevo matrimonio de la hermana del rey.

—Hay que suponer —decía— que el rey no habrá dado la heredera del reino a un hombre sin méritos. Pero es alguien que aún no ha mostrado lo que es y nadie lo conoce. ¿Creéis que un barón del país lo hubiera hecho mejor?

—No sé nada —decía Philippe—. Pero la verdad es que los caballeros de allí quedaron bastante sorprendidos por el matrimonio. Se muestran envidiosos de todo lo que llega de Francia y ésa es la razón por la que no quieren un rey extranjero.

—Eso es lo que quería deciros —prosiguió Herbert—, es el duque de

Borgoña quien debía hacer ese matrimonio. Pero se cuenta que, habiendo muerto el primer marido de la dama tres meses después de la boda, el duque no se siente inclinado a hacer lo mismo, lo que es una gran cobardía por su parte. Si me hubiera hallado en su piel, preferiría ser rey en Jerusalén que duque de Borgoña.

—No, no —dijo Philippe—, es el hijo de la dama el destinado a ser rey, mientras el marido no hará más que recibir los golpes de Saladino.

Herbert exclamó:

—Por san Thiou, aunque no hubiera más que eso, si me propusieran ese puesto, no lo cambiaría por el de san

Pedro. ¡Ah! Los hombres de hoy no valen gran cosa.

Philippe de Wassy pasó diez días en Linnières y partió la víspera de San Martín el ardiente,^[2] que, aquel año, justificaba mal su nombre, porque el tiempo estaba nuboso y fresco. La dama regaló a su huésped un manto de paño gris y una copa de madera tallada, y le rogó que se detuviera en Troyes en la casa de su hermana Hermenjart de Rumilli —lo que le ahorraría los gastos de hospedaje— y que hiciera decir en la catedral una misa por Ansiau de Linnières y los suyos. La vida en el castillo se hizo gris después de la marcha del caballero lorenés. Herbert

vivía de nuevo su nostalgia de aventuras y se aburría mortalmente y para engañar sus terribles accesos de tristeza lanzaba cuchillos, tomando por blanco un perro vivo y se dedicaba a un libertinaje completamente indecente y desplazado aun en la sala del castillo. La dama pensaba: «Es la tristeza por su hijo», y su piedad era más fuerte que su cólera. También Aalais comenzaba a aburrirse y ni el pequeño Girard conseguía entretenerla. Ya no vigilaba a las sirvientas, dejaba caer la labor sobre sus rodillas, paseaba del patio a la sala, de la sala al patio, y bajaba a hablar con Milon, que estaba siempre en los establos.

Era menos orgullosa ahora, y le gustaba tener un mozo que se ponía rojo y pálido cuando se acercaba a él y tartamudeaba si lo miraba a la cara fijamente. Allí estaban las señales ordinarias y ciertas del amor, y la dama pensaba cada vez más en el amor, en un amor cuyo objeto fuera ella. Al menos de Milon podía estar segura. A veces le dejaba besar sus manos y reía cuando el mozo prolongaba sus besos más allá de los límites permitidos; entonces él se ponía triste y se avergonzaba y comenzaba a hablar con los caballos; en realidad, hablaba mucho más con los caballos que con los hombres.

Después llegó el día en que la dama

se dio cuenta de que, a menos de pedir nuevo préstamo, no podría pagar a los soldados. Y para pedir otro préstamo, primero había que saldar con Abner la anterior deuda, o al menos pagar sus intereses; había logrado retrasar, ya, el pago por un año y parecía creer que el año no terminaría nunca. Pero el año acababa y Ansiau no había vuelto. Un sobrino de Hagenier de Hervi había pasado por Linnières para decir que por Troyes corrían malas noticias: el conde había caído prisionero de los turcos con todos sus hombres. Herbert pretendía que la mitad de los rumores de aquel género eran falsos; pero en todo caso, él mismo se mostraba bastante turbado. Y

la dama no medía aún toda la trascendencia de la noticia, pero veía claro que si Abner llegaba a creer en ella, no le prestaría un ochavo. Con todo, decidió ir a Troyes para ver qué podía hacerse.

—Para que se hable en Troyes —decía Herbert pensativo—, para que se hable en Troyes es preciso que haya alguna razón. Las noticias son raras. Pero seguramente, si hubieran llegado ya a Constantinopla lo sabríamos de un modo u otro.

La dama, sentada en un escabel a su lado, con las manos en las sienes, se preguntaba qué podría empeñar. Si al menos pudiera encontrar un medio de

apartar la tierra sin pagar; si, por ejemplo, fuera al castillo de Troyes a echarse a los pies de la condesa y si ésta ordenara a Abner que la condonara los intereses —y los intereses montaban a las tres cuartas partes de la cantidad prestada— y aun así, cómo hallar el dinero para entregarlo, cuando había que pedir nuevo préstamo.

Herbert acabó teniendo piedad de ella.

—Os veo muy preocupada, querida sobrina —le dijo.

—Deberían prender a todos los judíos de la Champaña —dijo la dama.

—Vamos, no os atormentéis más —sonrió Herbert—. A vuestra edad se

toman las cosas demasiado a pecho. Y siempre se sale de apuros. Mirad, haré el viaje con vos y sabré arreglármelas con Abner.

A esas palabras, Aalais fue presa de un súbito terror; dejó caer por tierra el trabajo de bordado que estaba haciendo; el tomo de hilar rodó sobre las baldosas; y sus manos estaban tan temblorosas que ni siquiera podía reunir lo caído. La pequeña Simone, hija de Simon, corrió a recoger las madejas y volvió a ponerlas sobre las rodillas de la dama.

—Tía —le dijo—, estáis temblando. ¿No os encontráis bien?

Por toda respuesta recibió un

bofetón. La dama se puso en pie, sin atreverse a mirar a Herbert, salió de la sala y subió al piso superior. Allí metió ambas manos en un recipiente de agua y se las pasó por las mejillas y las sienes. Las criadas, que estaban hilando vigiladas por Richeut, la miraron con sorpresa. Aalais se acercó a una ventana, puso los codos en el antepecho y se tapó los ojos con las manos.

Hacer el viaje a Troyes con Herbert. Pasar todo el tiempo con él, soportar su mirada, oír su voz. Esa sola idea le ponía plomo en la cabeza y en las piernas. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Podría verlo de la mañana a la noche sin traicionarse? A solas con él, ¿de qué iba

a hablar? ¿Cómo se atrevería a alzar los ojos, si ya no podía ni abrir los párpados simplemente porque Herbert había dicho que quería ir con ella?

Decíase que una vez en Troyes, en el albergue, no podría menos de ofrecerse a él y entonces la despreciaría o... Entonces, ¿estaba enamorada, ella, Aalais de Puiseaux, hija de noble padre y de noble madre? Siempre había tenido tanto miedo de estarlo, que ni se atrevía a pensar en ello... El amor, para la esposa de un cruzado, no puede sino traer vergüenza y desdicha. Ciertamente, Ansiau no iba a regresar para oír que ella había faltado con otro, como si fuera la mujer de un sargento.

Y sin embargo, hubiera sido hermoso amar a Herbert de Linnières. Un hombre tan valiente, tan noble, tan sabio. Si sus besos de cortesía producían ya tanto placer, ¿qué serían sus besos de amor? No era viejo puesto que aún amaba a las mujeres, ¿por qué no iba a amarla? No era más fea que las demás. No, no era viejo, puesto que era único en el mundo. Era el dueño y ella la sierva. Se pondría de rodillas y se lo diría todo: tal vez tuviera piedad. ¿No lo habría adivinado ya, él que lo comprendía y lo sabía todo? Pero en seguida sintió que la sangre le subía a las mejillas y supo que no sólo no podría ofrecerse a aquel hombre, sino

que ni siquiera se atrevería a verlo más; tenía demasiada vergüenza. Y a él menos que a ningún otro podría hablar de amor.

Desde su infancia, Aalais había oído decir que el amor es una enfermedad y no pensaba en resistírsele. Creía verdaderamente estar enamorada por primera vez en su vida; su amor a Ansiau había sido diferente y ahora pensaba en él como en un juego de niños. Nunca ante Ansiau había experimentado este temor; nunca su corazón había latido con tanta violencia; nunca su sangre había sido tan rápida para subir a su rostro o para retirarse tan bruscamente hacia las entrañas. Vivía en

un mundo que tenía por centro y punto de apoyo a Herbert de Linnières. Casi no se atrevía a hablar con él y sin embargo tenía tal necesidad de verlo continuamente, que se las arreglaba siempre para encontrarse donde él estuviera. Seguía esperando que él mismo adivinara el amor que sentía; pero al mismo tiempo le daba miedo que así fuera y cada mañana se despertaba con el terror de una falta irreparable que fuera a cometer durante el día; pero nada ocurría y por la noche se mordía los brazos de dolor y decepción.

No era vanidad lo que faltaba a Herbert el Rojo; pero hacía tiempo que había renunciado a hacer el amante. Esta

nieta de Gui de Marseint era una mercancía de la que le hubiera gustado poder adueñarse, pero que hubiera perdido todo su valor en cuanto se convirtiera en una mujer como las demás. Sus relaciones habían cambiado y ni siquiera sabía por qué: no la admiraba como antes. Deseaba ir a Troyes para ver gente y saber noticias de los suyos; y la dama no parecía dispuesta a hacer el viaje; unas veces, porque hacía demasiado calor; otras, porque se hallaba indispuesta. Herbert pensaba: «Es una joven que no sabe bien lo que quiere». Por fin declaró que iría solo. Se las arreglaría con Abner lo mejor que pudiera. La dama lo sabía

manirroto e inconsecuente, pero eso era una cualidad más a sus ojos: Herbert de Linnières no era un mercader ni un usurero. Le confió de todo corazón el cuidado de comprometer y pedir préstamos en su nombre; pero la víspera del viaje quedó asustada ante la idea de no volver a verlo en algunas semanas.

Hacía un tiempo espléndido. El prado ante el castillo estaba cubierto de margaritas blancas. Las mujeres y las muchachas descendían a la pendiente para recoger ramilletes de flores con los que adornar la capilla el día de la Asunción de la Virgen. Herbert, de bastante buen humor aquel día, salió del castillo y avanzaba lentamente sobre la

hierba, acompañado de la dama y de Claude. Ésta se inclinaba a cada momento para coger flores; y la dama, distraída, pisaba las margaritas. Así llegaron al arroyo, a la sombra de los sauces. La dama se sentó en la hierba para descansar y Claude bajó a lo largo del riachuelos, en busca de miosotas.

Sola con Herbert, la dama permanecía inmóvil y con los ojos bajos y escuchaba el fuerte latido de su corazón golpearle en el pecho. Sentíase muy triste: ¿cuánto tiempo estaría sin verlo? Pero cuando Herbert se sentó en la hierba a su lado, Aalais echó una mirada alarmada hacia la túnica azul de Claude, que desaparecía entre los

sauces y los avellanos.

Herbert sabía rendir homenaje a la belleza de las mujeres; la que estaba a su lado era encantadora, limpia, llevaba una túnica blanca de tela muy fina, casi transparente, y tenía largas manos, con uñas rosadas. En amor, nunca había separado las palabras de los hechos; de tal manera que no podía pensar en hablar de amor. Mas experimentaba una especie de ternura que procuró traducir en palabras.

—Si alguna vez quedarais viuda, bella sobrina, conozco a muchos que no se harán rogar para tomaros por esposa —dijo, con una sonrisa embarazada. La dama respondió que no pensaba quedar

viuda. Herbert sonrió.

—Lo sé. Sois una buena mujercita. Pero un segundo marido puede valer lo que el primero. Todo puede suceder. No digo nada: estimo a Ansiau, es de mi sangre. Pero a vos..., creo que a vos os amo más. Ante todo —se puso en pie y comenzó a hacer cortes con su cuchillo en el tronco del sauce—, ante todo, porque fuisteis buena con Rainard. Otra lo hubiera tratado como a leproso... ¡pobre muchacho! Pero vos no sois como las otras. No olvidasteis que era caballero y de buena sangre. Es la raza. La raza es más fuerte que nosotros: y aunque quisierais obrar mal, no podríais.

Aalais se estremeció y levantó los ojos a él. Herbert sonreía feliz: nunca lo había visto así. La dama abrió la boca para hablar, pero no supo qué decir. Además, Herbert hablaba por los dos.

—También conmigo sois buena. André me ha dicho que os causo molestias, con motivo de las muchachas...; ahora estaréis tranquila por algún tiempo. Veo que todo eso os disgusta.

Cortó dos ramas de sauce y se puso a fustigar el aire y a golpear el tronco.

—Es lástima que no vengáis mañana conmigo. Ya sabéis: temo que Sales de Hervi no haya dicho la verdad el otro día. Quiero tener el corazón tranquilo.

—¿Cómo se puede capturar a toda la hueste del conde? —preguntó la dama —. No puede ser. Seguramente se trata de un falso rumor.

—No digáis eso. Los paganos son fuertes. ¡Dios los confunda!, y quiero estar tranquilo. Bella sobrina, amiga mía, ¿os he ofendido? Creo que no sois la misma conmigo...

—No, que yo sepa, tío.

—Sí, sí. No queréis decirlo, pero hay algo. ¿Qué queréis? Soy viejo. Tengo bastantes molestias. Estoy enfermo y no me queda mucho que vivir. Preguntad a André si duermo bien por la noche: tengo pensamientos que me erizan el pelo. Y hay noches en las que

siento deseos de matarme por no esperar a la mañana. Mi tiempo ha pasado. Vos, en cambio, sois joven; no lo comprendéis.

Aalais lloraba de piedad y se secó suavemente las lágrimas con las puntas de los dedos. Herbert daba vueltas ante ella como una fiera en su jaula y hacía silbar en el aire sus ramas de sauce. La voz fresca de Claude resonó a lo lejos:

—¡Eh, padre...! ¡Eh, eh!

Herbert tuvo un sobresalto. Después respondió a la llamada.

—Sí, hubiera dado lo que fuera por estar en el puesto de Simon. Pero eso ha terminado. Ya veis: vos sois joven y bonita y no pensáis más que en vuestros

hijos, en vuestras deudas, en vuestras tierras. Podréis hacerlo igualmente a los cincuenta años.

—¿Y en qué queréis que piense ahora, tío?

—No lo sé. Podéis ir a Troyes, ver las fiestas, danzar, cantar, llevar joyas. Ansiau no perderá nada con ello.

—¡Vaya buenos consejos!

—Mejores de lo que creéis. Debéis distraeros. De nada os vale vivir encerrada.

En ese momento llegó Claude con un gran ramo de miosotas; reía, afanada, llena de arañazos por las ramas de los avellanos. Se echó al cuello de su padre y empezó a ponerle flores en la barba,

tras las orejas, en el cuello.

—Eso hace vuestros ojos más azules —dijo—. Quiero haceros una guirnalda. No pongáis esas arrugas en la nariz.

Herbert la llamaba loca y acariciaba sus cabellos. Y la dama los miraba y lamentaba amargamente no estar en el puesto de Claude.

El cielo era amarillo claro sobre la fortaleza y la empalizada y los muros proyectaban sobre el prado una sombra que descendía hasta el arroyo. Aalais caminaba lentamente al lado de Claude; Herbert iba delante, con el cuello tieso como de costumbre; y la dama miraba sus largos cabellos suaves inundados de oro rojo por el sol, que formaban una

aureola de fuego en tomo a su bella y delicada cabeza. Pensaba que tal vez pudiera haber ahí un amor más noble que el que había sentido por Ansiau; un amor sin abrazos, sin embarazos; un amor en el que pudiera pasarse la vida contemplando al ser amado sin pedirle más que el que estuviera allí. Recordaba que al día siguiente Herbert ya no estaría allí y decíase que, para ir con él, no tenía más que quererlo: casi le había rogado que fuera y se mostraría contento. Pero el ánimo le faltó en el último instante: no se atrevió a decir que había cambiado de idea; estaba segura de que Herbert y toda la casa adivinarían inmediatamente por qué lo

hacía. Herbert partió al día siguiente, rejuvenecido por el pensamiento de encontrar de nuevo su libertad, los caminos, los albergues, Troyes, pero, presentarse en Troyes con la bella Aalais de Puiseaux al brazo hubiera halagado su vanidad; con todo, las mujeres tienen sus caprichos. Le dijo adiós fríamente. André, preparado bastante antes que su padre, se paseaba por el patio y comprobaba el estado de los arneses de los caballos. Estaba preocupado y decía a Gervais:

—Habrá que vigilar para que no beba demasiado. Olvida fácilmente que ha estado enfermo.

Después de tres largas semanas,

grises y pesadas como el plomo, la dama vio regresar a quienes esperaba. Habíase mostrado tan abatida, tan indiferente a todo, que Richeut acabó por decirle:

—Estáis muy triste desde la marcha de André.

A lo que la dama respondió:

—Procurad hallar otra cosa que contar al barón cuando regrese; no será André quien le traicione.

Pero se mostró tan feliz al ver de regreso a los caballeros, que Richeut persistió en su idea.

Las noticias que traía Herbert eran muy malas: era verdad que el conde había sido hecho prisionero y que

ninguno de los suyos había escapado: todos prisioneros, muertos o vendidos como esclavos. Un caballero champañés, llegado de Constantinopla, había confirmado tales noticias a la condesa María; el conde envió mensajes al emperador y al rey de Jerusalén; el emperador mismo envió a Champaña a aquel caballero, con una escolta, para tranquilizar a la condesa: prometía hacer lo posible para liberar al conde Henri y sus barones. Pero Herbert no había conseguido saber si los de Linnières se hallaban con el conde o habían muerto. Lo que sí pasaba por cierto era que Joceran de Puiseaux había muerto: su cabeza había sido lanzada al campo de

prisioneros ocho días después de su captura; la reconoció un hermanastro de Foulque de Rumilli. El mensajero del emperador, que conocía a los de Rumilli, se lo contó a Foulque y Hermenjart, su mujer. Había que creer, al menos, que la cabeza era la de Joceran, porque ningún otro cruzado de Champaña llevaba una cicatriz semejante a la suya. En el campo se contaba que Joceran fue apresado por los turcos mientras se dedicaba al pillaje en un poblado pagano y allí, él y los suyos, fueron desollados vivos por haberse negado a abjurar su fe en Dios. Baudouin, llamado de Chantemerle por su hermano, acudió para recibir el feudo

de Puiseaux de manos de la condesa; Herbert se lo encontró inmediatamente después de la investidura.

—Ha engordado, pero sigue montando a caballo; y debo decir, bella sobrina, que no me hubiera gustado estar en su lugar, porque no parecía dichoso. Tenía los párpados rojos e hinchados; apenas lo he reconocido. Y os digo, sobrina, que para un hombre es duro perder un hijo, pero es mucho más duro perder un padre. Nunca he olvidado el día en que perdí al mío. Hijos, uno puede hacer lo que quiera; pero un padre no se reemplaza.

La dama lloraba, sorprendida por experimentar menos dolor del que

hubiera debido. Casi había olvidado que tenía un padre. Todo aquello había pasado tan lejos y parecía tan extraño que apenas creía la mitad de lo que le contaban. A veces recordaba cómo, siendo niña, picoteaba en el plato de su padre, o le rodeaba el cuello con sus pequeños bracitos y se dormía sobre su hombro. Entonces no comprendía cómo ese mismo padre había sido desollado por los sarracenos y cómo su cabeza hubiera podido ser lanzada en las letrinas de un campo de prisioneros. Fruncía el ceño y movía la cabeza. Si hubiera podido tener a aquellos sarracenos allí delante, les sacaría los ojos, les arrancaría la barba y las uñas;

arrojaría a sus niños al fuego. Con tales gentes no se podía tener piedad. Y empezaba a comprender a los hombres que ardían de deseos de ir a combatir a los paganos.

—No os aflijáis más, bella sobrina —decíale Herbert—. Hay que creer que el buen emperador sacará a los nuestros de su apuro; nunca ha habido hombre más bueno que el emperador Manuel; es sabio y cortés y ama a los franceses. Rescatará al conde y a sus hombres y vuestro marido regresará antes del año nuevo.

La dama estaba cansada. Quería volverse a encontrar entre los brazos de Ansiau para llorar tranquilamente; había

vivido con tanta paz a su lado. Aquel hombre que estaba junto a ella era tan extraño, tan pesimista que la hacía sufrir; tan pronto estaba segura de que la amaba; tan pronto se mostraba seco y desdeñoso; y Aalais se perdía en tal laberinto. Jamás hombre alguno le había parecido tan extraño, tan lejano, tan superior a ella. No le gustaba sufrir inútilmente. Decíase que si Ansiou regresaba lo amaría de nuevo.

Y una buena tarde, Herbert no regresó de la caza. Cuando André llevaba su propio caballo a la cuadra, vio que *Noradin*, el caballo de su padre, no estaba aún en su puesto; y sin embargo, estaba convencido de que el

viejo caballero habría regresado ya con Gervais y el joven Garin su hijo. Subió al castillo, preguntó a Gervais. Gervais creía a su amo en compañía de André y de los hijos de Girard el Rubio. Nadie lo había visto. Un joven montero, sobrino de Milon du Cagne, contó que el señor Herbert había avanzado hacia el bañil de los jabalíes, detrás de sus perros.

—Me dijo: «Vete a decir a Gervais que ya estoy en la pista». Pero no encontré a Gervais ni a nadie y ya no sabía dónde me había separado de él.

André, furioso, azotó al mozo hasta derramar su sangre; después envió a los cazadores en busca de su padre. Durante

toda la noche se oyó desde el castillo el sonido de los cuernos que se difundía y se respondía a sí mismo en el bosque; la dama, en pie junto a la ventana, miraba a los criados portadores de antorchas que subían y bajaban por el camino que llevaba al riachuelo. La noche era bastante clara, pero fría; una noche de primeros de octubre; el viento barría a lo largo del bosque grupos de nubes blanqueadas por la luna.

Herbert no sabía ya cómo había perdido la pista de los perros. Sentíase cansado por la larga carrera a caballo; la sangre le golpeaba en las sienes; por fin hubo de soltarse el cuello y detenerse a descansar; pasado el aturdimiento,

quiso seguir las huellas del jabalí. Caminaba lentamente, llevando a *Noradin* sujeto por las riendas, tras él. Las huellas se perdieron en el fango. Se halló en una parte del bosque que no conocía. Las matas de juncos se espaciaban; el suelo estaba seco; la hierba y el césped estaban cubiertos de hojas muertas recién caídas, amarillas, rojas. Llegado a un pequeño claro, Herbert cabalgó de nuevo; las piernas le dolían; el esfuerzo hecho para colocarse de nuevo en la silla lo había agotado de tal modo que todo se le hacía negro ante los ojos. *Noradin* atravesó el claro olfateando el aire y mirando a derecha e izquierda. No había ni paso ni sendero.

Mirando el sol, Herbert decidió dirigirse hacia el norte, donde creía oír el sonido de los cuernos. Quiso tocar el suyo, pero le faltaba la respiración. *Noradin* se metió entre fresnos y abedules, rodeando las matas; sintiéndose desfallecer, Herbert tiró de las riendas, el caballo se detuvo bruscamente y el jinete, que iba inclinado a un lado, dio con la cabeza contra un tronco de árbol, soltó las riendas y se dejó caer a tierra, cabeza abajo.

La sangre le fluía por la frente, se introducía en el oído y le mojaba el cabello en las sienes. La pérdida de sangre fue fuerte. Herbert recuperaba la

conciencia y comenzaba a distinguir los árboles encima de él y a notar un fuerte dolor en la pierna izquierda y en el brazo derecho... La herida en la frente lo había aturdido, pero el dolor que causaba no era desagradable. Por ese dolor tenía la sensación de vivir; la sangre que fluía lo liberaba del peso de la enfermedad, de las cien miserias del cuerpo. Cerró los ojos. El sol se ponía y el cielo, lejano entre las ramas, estaba rojo.

Dios sabe cuánto tiempo había pasado. Horas, días. El dolor en el brazo debía de proceder de una fractura y se hacía tan fuerte que había que morderse los labios para no gritar. Los

brazos y las piernas parecían de plomo; y las piedras, las ramas secas, las raíces sobre las que se había echado, empezaban a quemar el cuerpo como llagas en carne viva. Entre los árboles, el cielo era de un gris de humo, con una raya rojiza en el horizonte.

Inclinado sobre su amo, *Noradin* temblaba, sacudía la cabeza y dejaba escapar de vez en cuando un débil relincho de llamada: «¿A qué espera para levantarse y partir?». Cazador hacía cuarenta años, Herbert creía en los maleficios, en las hierbas manchadas con sangre de sapo, peligrosas para los caballos, unas les hinchaban el vientre, otras los cegaban, otras hacían que les

cayeran los cascós. Nunca Herbert permitió que su caballo comiera la hierba de un lugar desconocido. Y ahora no dejaba que *Noradin* se apartara de él. «Eh, viejo, no te muevas; ya nos encontrarán». Pero él mismo no estaba muy seguro. Trató de hacer oír su grito de caza: «¡Ho-ho-ho-hoi...!» y su voz débil y ronca se le rompía en la garganta. La noche empezaba a caer. El cielo se había puesto blanco y los troncos de árboles eran negros.

«Es André que me busca.» A lo lejos, los cuernos resonaban y hacían eco: unas veces largos, otras apresurados, angustiados y quejumbrosos. *Noradin* levantaba la

cabeza y la sacudía nerviosamente; y Herbert levantaba con gran esfuerzo su mano derecha para acariciarle el hocico. «Nos encontrarán. Ya están acercándose. Grita, llámalos, amigo. Grita.» Pero nada respondía al largo e inquieto relincho del animal. Los cuernos se alejaban de nuevo. Herbert trató de adoptar una postura en la que sus miembros rotos y heridos le hicieran menos daño; pero tuvo que renunciar; el dolor era cada vez más fuerte. Comenzó a gemir. Ya no sabía si había luz, sombra, calor o frío. Los cuernos seguían resonando lejanos. Durante toda la noche Herbert se esforzó hasta agotarse lanzando en los grandes vacíos

del bosque su largo grito de caza «¡Ho-ho-ho-hoi!»). Su garganta, dolorida, su lengua, estropajosa, no le obedecían ya. A cada grito, la herida de la cabeza sangraba. A la mañana, helado, transido, mojado por el rocío, sentíase tan deshecho que apenas podía respirar. Al abrir los ojos vio un sol frío y extraño que se alzaba sobre una línea de ramas medio despojadas. No conocía ni ese cielo, ni esos árboles, ni ese sol. Y comprendió que lo que le había sucedido no era un accidente de caza. Era la muerte. Nunca más volvería a ver rostro humano.

Entonces el miedo lo cubrió de sudor frío e hizo que el corazón se le

hundiera en el pecho, como fundido. Gritó: «¡Simon! ¡André! ¡Simon!», y el sonido de esa voz chillona de terror lo devolvió un poco a sí mismo. Cerró los ojos e intentó reflexionar. Gritar. No. El cuerno. Está sujeto a la silla. *Noradin* debe volverse a un lado y echarse. Necesitó tiempo para explicar a la bestia lo que debía hacer. Y Herbert intentó veinte veces agarrarse a la silla para alcanzar el cuerno; su brazo izquierdo daba en el aire y volvía a caer; el otro brazo le producía a cada movimiento un dolor que casi le hacía perder el sentido. Herbert nunca había creído que el mundo de la carne fuera tan pesado e inerte. Sus huesos eran de

piedra y sus músculos de plomo; los dedos, hinchados, no sentían si tocaban o no el objeto; la silla era resbaladiza; la correa que sujetaba el cuerno era tan gruesa y tan ruda que la mano no conseguía aferrarla; los vestidos húmedos de rocío y de sudor se pegaban al cuerpo y le hacían daño a cada movimiento.

Pasó tres horas en sus intentos de coger el cuerno y eso le ocupó tanto que no pensó en otra cosa. Por último, volvió a caer, jadeante, extenuado, gimiendo en voz alta como un niño. Por nada en el mundo hubiera levantado el brazo una vez más. Pero el aliento cálido de *Noradin* le hizo volver a la

realidad. Le repugnaba enviar al animal; podía extraviarse, envenenarse, caer en un pantano, o presa de los lobos, pero quedaba una última oportunidad. «*Noradin*, amigo, vete, busca a André. Vete, amigo. Trae a André, no vuelvas sin él.» Y como el animal vacilara y mirara fijamente a su amo con sus grandes ojos amantes, Herbert hizo un esfuerzo para sonreírle y repitió: «Vete. Lo quiero. Vete pronto». El caballo alzó las orejas, olisqueó el aire, relinchó y partió lentamente; Herbert lo escuchó alejarse, con el corazón angustiado; por largo rato trató de captar los últimos ecos del crujido de las ramas, del ruido de las hojas pisoteadas, que indicaban

aún la presencia viva de *Noradin*. Después se hizo el silencio.

Una vida nueva empezaba para él.

La angustia había dejado el puesto en su corazón a una fría certidumbre: no lo encontrarían vivo.

Siempre había imaginado su propia muerte en una tienda roja, una tarde de batalla, al son de clarines y tambores, en medio de escudos acribillados de flechas y de armaduras sangrantes; o también en la sala del castillo, en un lecho magnífico, con cirios en la cabecera; rodeado de parientes y amigos llorosos; un sacerdote y un diácono recitarían sucesivamente las oraciones de los agonizantes. La confesión, el cáliz

dorado, la historia brillante y blanca, el óleo tibio de la extremaunción, las misas rezadas y las misas cantadas por la marcha de su alma; con todo eso, tal vez tuviera posibilidad de franquear sin demasiado daño el difícil paso. Nunca había pensado que tendría que reventar a solas y sin sacramentos, sucio en su propia sangre, su sudor y sus excrementos, como un zorro cogido en la trampa. No había merecido tal cosa.

Pero ya que tenía que prepararse a la muerte a solas, cerró los ojos e hizo un esfuerzo para olvidar el dolor que atosigaba su cuerpo por todas partes. Dijo en voz baja su *Paternóster*; su *Credo*, su *Ave* y los repitió una segunda,

una tercera vez.

Las oraciones, tan familiares y llenas de dulzura en la capilla del castillo, o en Hervi, o en Saint-Pierre-de-Troyes, estaban ahora vacías como campanas sin badajo. Ningún sonido salía de ellas. Un amasijo de palabras extrañas cuyo sentido apenas podía comprender. Detrás de esas ramas amontonadas, más allá de las copas de los abedules que se balanceaban a un lado y a otro con aire amenazador, más allá de esas nubes pesadas que pasaban, pasaban siempre sin fin, más allá de ese cielo desconocido, no había Padre.

En todo lo que ahora le rodeaba no veía más que una gran Ausencia; los

árboles estaban huecos, las hojas dispuestas a caer en polvo; los faisanes, las ardillas que saltaban en las ramas, no eran más que esqueletos cubiertos de pelambre y de plumas. La podredumbre que ya empezaba a invadir su cuerpo formaba un solo ser con esa tierra negra, ese musgo húmedo, con esas moscas, esos moscardones y esas hormigas. Dios estaba allí donde están los hombres. Qué locura haberse sentido desgraciado en un buen lecho con mantas, o junto a un buen fuego, al lado de una dama blanca y rubia.

La dama estaba ya tan lejos. En su banco junto al fuego, con su hijita en brazos. Sobre la hierba, junto al

riachuelo, con túnica blanca, con las mejillas sonrosadas de siempre, y los ojos llenos de piedad. Ahora, Linnières estaba más lejos que Jerusalén. ¿Era él, Herbert, quien moría? ¿No era más bien el castillo de Linnières, que se había hundido en el vacío? Troyes ya no existía, ni Tonnerre, ni Dijon, ni Jerusalén. La mujer de Ansiau, André, Gervais, *Noradin*, habían entrado en un pasado que los hacía semejantes a los muertos; Simon, con su túnica escarlata, ¿era acaso más vivo que Joceran de Puiseaux, de quien se decía que estaba en el Paraíso? Éste había conseguido imponerse a la muerte y al diablo y llevarse una muerte de martirio. Herbert

intentó seguir con el pensamiento al viejo compañero en ese Paraíso que también le parecía tan lejano e ilusorio como el resto del mundo.

Todos ellos, tales como eran — convertidos en polvo y cenizas, bien lo sabía Herbert— pasaban ante él como para decirle: tú también. ¿Acaso estás hecho de otra carne que la nuestra? Joceran el de la cicatriz, el compañero de Tierra Santa, el mal amigo, el buen camarada, y junto a Joceran, Gui de Marseint, muerto treinta años antes, humilde caballero sin tierra ni fortuna que, muerto muy joven, supo dejar su sonrisa en el corazón de cuantos lo habían conocido. Y detrás de Gui de

Marseint venían Jean y Ogier de Linnières, hijos de Hermeline de Jeugny, como Herbert: sus hermanos en la carne, hacía tanto tiempo olvidados. Ogier, muerto en torneo a los veinte años; Jean, destrozado por un puerco en el bosque de Linnières; en su lecho de muerte tenía el rostro de un niño, diáfano, azulenco, demasiado bello para ser vivo; y el otro, el cojo, que les había sobrevivido sin gran provecho para sí mismo, Rainard, viejo pecador sin remisión, anticipadamente condenado, Rainard, con su tos cavernosa y su burla perpetua; ¿fue joven alguna vez? Sin duda. Herbert lo veía en el servicio, en Paiens, un mozo como los demás, un poco gris, un

poco frío. También él fue hermoso en su lecho de muerte, según dijera la mujer de Ansiáu. Después surgía otro lecho mortuorio, el catafalco de la capilla de Linnières donde el viejo Hue reposara, azul e hinchado, con sus cabellos blancos, amarillentos en las sienes, y su esposa, la dama Adela, unos meses antes que él, igualmente azul e hinchada, dura, amenazadora, y aun antes que ella, Ansiáu, el mayor de la familia, inmenso montón de carnes de mármol, antes de morir había jadeado día y noche; y una vez salida el alma, el cuerpo pudo resistir aún tres días enteros, pero eso no impidió que se pudriera en su ataúd como los demás.

Y Galón, el viejo padre, volvía con su cara roja y velluda, su mirada amarilla y vacía, la del viejo Ansiau. Herbert no tenía más de veinte años cuando la muerte de su padre. Perder al padre es siempre duro para un menor sin tierras ni bienes y el viejo había amado al hijo-cruzado, tan ardiente, tan valeroso —lo llamaba «cresta de gallo»—. Y ahora era el mismo Herbert quien iba a pasar a la otra orilla y no se sentía más maduro que el día en que recibiera el adiós del viejo Galón. Y tras el padre, la madre venía a inclinarse sobre él; no aquella Hermeline de Jeugny, de la que estaba tan orgulloso, sino la madre de sus recuerdos, una

madre olvidada, grande, muy grande, un pilar de iglesia: hay que empinarse sobre las puntas de los pies para alcanzar su cintura; una mano suya os cubre toda la cabeza, una boca que os cubre toda la mano. Uno se mece en sus brazos como en una barca; se está allí al calor como en un amplio lecho de pluma. ¡Madre! ¿Muerta también? ¿Descansando en el cementerio de Hervi junto a las otras tres mujeres de Galón? Seguramente no es ésta, la grande, la cálida, la verdadera. Y cerrando los ojos, Herbert volvía a verse niño y sentía deseos de quejarse a su madre porque tenía sed, una sed que abrasaba su garganta; y dolor en el brazo; si

alguien, al menos, pudiera espantar esas moscas que se le amontonan en la barba, en la herida de la frente, tras las orejas, que intentan penetrar en las narices y bajo los párpados...

Pero ya su cuerpo iba entumeciéndose y no se defendía. Sólo su pensamiento vivía, extrañamente indiferente a todo cuanto fuera su vida hasta entonces. Un gran saldo de cuentas con un Dios desconocido que ya no tenía nombre en lengua cristiana. Pecador, no se conocía pecados, a menos de considerar sus cincuenta años de vida como un solo y prolongado pecado para con Dios. Pero el mismo infierno, con su pez hirviente, sus llamas y sus tenazas,

había pasado y no tenía más importancia que Troyes o Toulouse. El mundo se reducía al esfuerzo enorme de un cuerpo de carne que iba a alumbrar otra vida, el dolor del brazo y de las heridas había desaparecido y en un último impulso de vivir, lo que aún era Herbert el Rojo, abría los ojos y no veía; abría la boca para aspirar el aire, un aire que no entraba; el último runruneo de la sangre llegaba apenas a sus oídos. Y de pronto se hizo una gran luz en él y comprendió que lo que había sido podredumbre, carne y polvo, lo abandonaba para siempre y ya no tenía parte alguna en ello.

La última cosa que vio fue un gran

resplandor de claridad, chorros de luz blanca, tan fuertes que le quebraban los nervios, las venas del corazón. Su cabeza cayó hacia atrás. Su conciencia se hundía en la sombra.

Los cuervos empezaban ya a alejar los enjambres de moscas y a disputarse aquella carne a picotazos y con las uñas.

INTERMEDIO

El cuerpo de Herbert fue encontrado tres días después de su desaparición, picoteado por los cuervos; de los jirones de su cara destacábase aún una sonrisa dolorosa formada por la doble

hilera de dientes que quedaban al descubierto. André envolvió el cuerpo en dos capas de lana y lo hizo poner en unas parihuelas hechas apresuradamente con ramas. Enjambres de moscas negras daban vueltas en torno a los caballos; el aire era tan fétido que los criados se tapaban la nariz. André cabalgaba al lado de las parihuelas y violentos sollozos sacudían sus hombros.

La dama vio a lo lejos el cortejo que avanzaba lentamente y el extraño bulto alargado e informe tendido sobre las parihuelas; observó también el estremecimiento de los hombros de André y lo comprendió todo demasiado: descendió al patio, salió tal como estaba

por la gran puerta del castillo y corrió por el camino. Claude, Richeut y las otras mujeres del castillo la seguían, llorosas y espantadas. Y cuando Aalais se acercó a los jinetes y a los portadores de las parihuelas, se agarró con ambas manos a la capa que cubría la cabeza del muerto. Y cuando vio aquel rostro deformado, sin ojos, sin nariz, tuvo el valor de contemplarlo durante dos largos minutos, hasta el momento en que André, impaciente, hizo que la cogieran por los hombros y la apartaran de las parihuelas. Los portadores reanudaron la marcha; Aalais los seguía, sin decir palabra, con la boca abierta y los ojos ausentes. Claude sollozaba y se

arrancaba el cabello; pero la señora no tenía la fuerza de lamentarse como exigía la costumbre a una sobrina del difunto. Y ante el ataúd cerrado blasfemó en su corazón y trató a Dios de traidor y villano y juró no volver a suplicarle ni a servirle: era demasiado cruel, no tenía derecho a castigar así. Y pensó que ya no necesitaba vivir, puesto que el mejor hombre de la tierra había muerto.

Tres días después del entierro, André vino a verla para decirle que partía en peregrinación a Santiago de Compostela: su padre le había rogado que hiciera esa peregrinación. «Ha muerto sin sacramentos y debo ir a orar

por su alma; hubiera deseado ir él mismo, pero no le quedó tiempo.» La dama le dijo: «André, hermano, quedaos en el castillo hasta la primavera, no me dejéis sola. Tengo un trabajo tan duro y siento tanto dolor...». Pero André declaró que ante todo era el deber para con su padre: no debía retrasar su peregrinación un solo día mientras el alma de su padre penaba en purgatorio. La dama lo dejó partir; sentíase cansada, con el corazón vacío. No dormía durante las noches a causa del rostro devorado de Herbert que la perseguía en cuanto cerraba los ojos. «¿Por qué no haberle hablado? —pensaba—. Tal vez me hubiese amado. Quizá no hubiera

muerto.» Seguramente ella hubiese podido retenerlo, seguirle, impedir que se extraviara...

Después, pasó el tiempo y dejó de pensar en ello porque tenía mucho que hacer. Había adelgazado, estaba más fea y era difícil reconocerla; el joven Milon de Cagne la contemplaba con sus ojos llenos de ternura y de piedad y decía a veces: «Os cansáis demasiado, señora». Y al acercarse la Cuaresma, unos peregrinos llegados del sur anunciaron que el conde Henri de Champaña volvía al país con los suyos; pero se ignoraba quiénes eran los caballeros que llevaba consigo. En Linnières siguieron días de espera

febril; criados y jóvenes salían por la carretera, descendían hacia Tonnerre, preguntaban noticias a todos los viajeros que encontraban.

Dos días antes del martes de carnaval, Garin hijo de Herbert vino a decir a la dama que los de Hervi habían regresado al país hacía dos días.

A esta noticia, la dama, que estaba en pie junto a la chimenea, se tambaleó y cayó al suelo cuán larga era. La sala se llenó de gritos y sollozos; las mujeres se revolcaban por tierra y se arañaban los rostros. Si los de Linnières no habían regresado con el conde, era probable que no volvieran más.

En cuanto se repuso de su

desvanecimiento, la dama descendió al patio, hizo ensillar sus caballos y se dirigió a Hervi, a pesar del mal tiempo, para saber noticias de los suyos. Halló el castillo de sus vecinos iluminado y en plena fiesta: Hagenier de Hervi celebraba su feliz regreso al país; de toda su mesnada no le faltaban más que dos hombres; los demás habían vuelto sanos y salvos. A la vista de aquella dama delgada y pálida, de rostro enrojecido por el frío y las lágrimas, Hagenier se sintió avergonzado; invitó a la señora de Linnières a participar en el festín y la instaló en el puesto de honor; pero Aalais no pudo comer ni beber; y su corazón se quemaba a la

vista de los rostros gozosos que la rodeaban. Hagenier la consoló lo mejor que pudo y dijo que nada sabía de los de Linnières; nunca había oído decir que hubieran sido muertos. Sabía sólo que el día en que los turcos atacaron a la hueste, Ansiau y los suyos ya no estaban con el conde: sólo Dios podía saber dónde los habían llevado los paganos. Tal vez fuera posible ponerse en contacto con los franceses de aquellas tierras. Simon de Linnières podría saber probablemente si sus amigos eran prisioneros y proceder a su rescate. Aalais lo escuchaba, estúpida y abstraída; veía bien claro que Hagenier pensaba que no podría hacerse nada.

Los caballeros que habían permanecido con el conde fueron rescatados por el emperador y habían regresado por Constantinopla; los no rescatados estaban perdidos como granos de arena en la playa. ¿Dónde buscar sus huellas, en qué mercados, en qué desiertos, en qué caminos? ¿En qué campos llenos de buitres y de cuervos?

—Vecino —dijo Aalais—, no está bien que hagáis fiesta cuando hay viudas y huérfanos a dos leguas de vosotros; seguramente, mi señor no lo hubiera hecho de no haber regresado vos al país. Sabed que, aunque no regrese nunca, no os aprovechará; no os dejaré coger ni una pulgada de la tierra de mis hijos.

Haguenier la excusaba porque veía que la dama estaba desesperada; la acompañó respetuosamente hasta Seuroi. Y la dama regresó a su casa y lloró sobre sus hijos, llamándolos huérfanos y hijos sin padre.

En primavera, la señora tuvo que ir a Troyes porque el conde Henri había muerto y había que hacer el juramento feudal al joven conde o, mejor dicho, a la condesa que gobernaba la Champaña mientras sus hijos eran menores. A pesar de la evidencia, Aalais no podía convencerse de que Ansiau hubiera muerto; estaría prisionero, lograría escapar de un modo u otro, regresaría, demostraría a Haguenier y a los demás

que sus hijos no iban a quedar sin padre. En Troyes comerció con Abner y llegó a obtener de la condesa el permiso de no pagar intereses, puesto que era esposa de un cruzado y su marido había desaparecido; era demasiado pobre para pagar todas sus deudas. Y sus asuntos la retuvieron en Troyes más de dos meses.

Residía con su hermana Hermenjart de Rumilli; Hermenjart la aconsejaba que volviera a casarse; estaba casi segura de que Ansiau había muerto y, aunque estuviera vivo, no volvería más.

—Sabéis cómo trataron los paganos a nuestro padre; ¿por qué iban a ser mejores con vuestro barón? Y aunque lo dejen con vida, un hombre que va a

aquellos países no vuelve más a Francia: hasta es posible que entre al servicio de algún señor de allí para conservar la vida. Sabéis que ese hombre ha hecho mucho daño a nuestra familia: os equivocaríais siéndole fiel cuando tenéis tan buen pretexto para no serlo. Sois joven, necesitáis un hombre: alguien tiene que llevar adelante vuestro dominio.

Aalais decía que no volvería a casarse sin estar segura de la muerte de su señor: ¿cómo podría mirarlo en los ojos si volvía y la encontraba casada otra vez? Tendría que matarse si sucedía tal cosa.

En casa de Hermenjart conoció a un

joven que daba a entender claramente su gran deseo de tomarla por esposa. Era un joven cruzado, que había vuelto al país con el conde, buen luchador en torneo y gran seguidor de hembras. Hermenjart decía:

—Todas las mujeres os envidiarían semejante marido. Y debéis saber que, desde que os vio, ha cambiado; nunca estuvo tan enamorado de ninguna otra mujer.

Llamábase Erard de Baudemant y era hermoso como para perder a una santa. A Aalais la halagaba verlo tan apasionado por ella. Comenzó por burlarse de él; era más joven que ella y muy ardiente; hacíale juramentos,

lloraba, amenazaba con matarse. Y un día, después de un torneo en el que se había batido por ella, Aalais se dio cuenta de que el mozo le gustaba más de lo que deseaba. En la alcoba de Hermenjart, a la luz de dos candelas, se dejó besar y acariciar, al menos por una hora, pero sin pasar más allá de besos y caricias, porque temía quedar encinta. Y dijo a Hermenjart que se casaría con Erard de Baudemant si su marido no regresaba en un año; y con esto volvió a Linnières, desamparada y sin idea clara de lo que quería.

El estío se anunciaba tranquilo y cálido.

III

LA DAMA

Una mañana de agosto, en Linnières, el año de gracia de 1182. Encalada de nuevo la fortaleza, hierre los ojos cuando le da el sol de lleno. Sobre el tejado flamean la bandera de Champaña y los colores rojo azul de Linnières.

El bosque está tranquilo. Por todas sus hojas aspira el aire cálido del Mediodía, que le entra en las hierbas, en

los cañaverales, por los miles de mosquitos, de libélulas, de ranas verdes y de sapos marrones, de chorlitos, de liebres y de ardillas, por toda esa alma rumorosa y serena; en la maleza, los cañaverales, en las grandes masas de verde donde los árboles crecen tan densos que las ramas, entrelazadas unas con otras, parecen soldarse entre sí, desviadas y torcidas como cuerpos de luchadores; allí desde hace decenas de años, ni un rayo de sol ha rozado el suelo negro, húmedo y cubierto de hojas y ramas podridas; profundos hoyos se han abierto entre las raíces profundas de un árbol muerto; un lince asoma a hurtadillas su leonada cabeza coronada

de penachitos en las puntas de las orejas —el paso blando y sordo del gran oso pardo que da vueltas en el claro del bosque calentando su giba al sol— todo un bosque de digitales rojos, de ortigas gigantes y de helechos cubre el claro, amortajando los troncos de árboles muertos cuyas ramas, aquí y allá, emergen como dispuestas a atrapar a los cuervos en pleno vuelo; al sol, todo ese mundo es un runruneo y un chillerío continuos; en la sombra, detrás de los cañaverales y la ciénaga de aguas fétidas y los enjambres de moscas anuncian los grandes bañiles en los que el jabalí es dueño y señor; en el fango negro en el que se arrellanan al sol,

inmóviles, corpulentos, imponentes, respiran la soberbia indiferencia de las bestias que nada tienen que temer; encima de ellos, el cielo ceñido de cimas inmóviles y surcado de cuervos; allí el sonido del cuerno de caza sólo llega ahogado y los gritos de los cazadores apenas se distinguen del bordoneo de un enjambre de moscas.

Se extiende hasta donde abarca la mirada, aplastando los bosques y el castillo; el sendero avanza estrecho, perdido, pardusco, jalonado de surcos llenos de agua y de huellas de cascos de caballos. Los patios, los establos, la empalizada que rodea el castillo, parecen imponentes, en comparación

con las cabañas de adobes y ramas que forman la aldea de Linnières. Detrás del castillo, al sur, hacia el Armangon se extienden campos de cebada y centeno; después hay prados, otra vez bordeados por el gran bosque: allí el suelo vuelve a ser calizo y seco; los senderos son blancos y el bosque es todo él de hayas y abedules.

Eso es Linnières, pequeño dominio extraviado en los confines de Champaña; casa de hombres libres, que dependen directamente del conde por su castellanía de Paiens a orillas del Sena.

Los cuatro peregrinos que suben al castillo por el camino arcilloso van con la cabeza descubierta, los pies

descalzos y bastón en mano, cantando a coro y a veces distintas canciones de guerra sobre Nuredún y Saladino, sobre los valientes compañeros del bravo Renaud y sobre la hermosa ciudad de Troyes, en Champaña. Alegres o tristes, las canciones se parecen graciosas y salvajes, monótonas como sortilegios, con sus estribillos cantables y lentos. Dios sabe cuándo, cómo y por qué fueron compuestos; éstos los cantan a su manera, sin pensar, para engañar la fatiga, la angustia, el gozo de vivir. Tienen los pies endurecidos como cascos y las piernas desnudas; y la palidez de un pardo oscuro de sus rostros es la palidez de los países

cálidos.

Tres de los cuatro son jóvenes; el cuarto puede tener entre cuarenta y cincuenta años; sus cabellos son grises, su larga nariz cae sobre el bigote, su puño nudoso se crispa sobre el bastón. Pero los otros tres no están marcados sino como espadas que han pasado por el fuego; ennegrecidas, con las guardas calcinadas o en jirones, aunque con el hierro intacto. En su mirada, aún un poco ausente, queda como un reflejo de incendios, o de cielos demasiado azules, o de escenas de matanza; esos ojos están como cubiertos por un barniz; ya no son ojos de niños, que aceptan todo lo que los sorprende. Pero hay una llama

interior, más concentrada, más grave, que descansa en la seriedad de esas bocas y en el fondo de las pupilas silenciosas.

Tales son, al cabo del camino, en el lindero del bosque, en ese día de agosto, Ansiau de Linnières y sus tres compañeros de azar —lo que queda de su tropa llevada a Tierra Santa—. Dos años antes hubiérase avergonzado de regresar a su castillo a pie y con las piernas desnudas, como un mendigo; ahora, ese pensamiento ni siquiera se asoma a su espíritu. Ve las murallas de Linnières y le sorprende hallarlas pequeñas. Y sin embargo, ante cada árbol, ante cada curva del camino su

corazón parece saltarle en el pecho; después de tantos caminos desconocidos, he aquí uno cuyas etapas conoce —el vado, el redil, la cruz de hierro—, el puente.

En la sala, cerca de las ventanas, la dama está ocupada en enseñar un punto de bordado a dos de sus sobrinas; sentadas en el suelo ante ella, las jóvenes siguen con vivos ojos el movimiento de los largos y blancos dedos de la dama. Las mujeres del castillo —ocho damiselas y una media docena de sirvientas— cantan a coro mientras hilan. Y cuando el ojo azul y rápido de la señora deja de mirar por un instante la obra para pasar revista a las

manos y bocas de las hiladoras, no hay una mano que se atreva a dejar de dar vueltas al huso, ni una boca que ose interrumpir la canción. Los criados de la granja, los cazadores y los curtidores conocen ya hace tiempo esa mirada y nunca señor alguno ha regido ese dominio con más dureza que dama Aalais.

Aalais de Puiseaux es ahora una mujer alta, esbelta y poderosa, joven aún y ya madura. Su tez es viva de color; y bajo la piel transparente de sus bellos labios carnosos, la sangre roja fluye y golpea —dispuesta a saltar si se los muerde al encolerizarse—. Bajo sus cejas rectas y espesas, sus ojos limpios

y firmes como dos azules aguas marinas; tras sus pupilas se siente una mirada que sabe ser grave hasta el punto de clavar al instante a aquellos a quienes se dirige; y aun cuando es dulce y tranquila resulta difícil de sostener. Ha terminado por parecer altiva a fuerza de querer hacerse obedecer y también de ocultar a los otros su tristeza de mujer solitaria. Esperar a un marido ausente —y hace ya más de dos años que se fue el suyo— no es fácil cuando se tiene la sangre ardiente y la cabeza dura como todos los Puiseaux. No hay mujer tan honesta que esté al abrigo de todas las tentaciones; y Aalais pensaba a veces con tristeza que había sido demasiado prudente al

desechar a Erard de Baudemant; y vivía con el recuerdo de sus besos como un pobre que se alimenta durante una semana de los restos de la cena del domingo. Tomar a Erard por marido hubiera arreglado perfectamente sus asuntos, ya que ella no dejaría de ser la dueña del castillo. Los niños crecían y empezaban a necesitar a un hombre para su educación. Cuando pensaba en el barón, casi lo hacía con rencor ¿por qué había tenido que irse tan lejos y por tanto tiempo? De que no había muerto estaba completamente segura; todas sus oraciones, todos sus votos se lo decían; todos los presagios y señales; algunas zíngaras, en Troyes, y la Flora del Vieux

Village se lo habían confirmado. Cuando veía el sol, pensaba: «Él lo estará viendo también». Pero cuando pensaba en él con los ojos cerrados, ya no sabía si era Ansiau o Erard a quien veía.

La dama habíase acercado a la ventana al oír ruido en el patio y al mismo tiempo, Robert, el jefe de los soldados, entró en la sala corriendo.

—¡Bueno! —dijo Aalais—, ¿otra disputa de criados?

Y Robert:

—Señora, el barón ha llegado.

La dama palideció.

—Si estás burlándote de mí haré que te arranquen toda la barba y te peguen pez hirviendo en su lugar. ¿Cómo sabes

que ha vuelto?

—Está ahí en el patio.

—¡Mientes! —reaccionó la dama—.

No he oído pasos de caballo en el patio.

—Ha llegado a pie, señora. Con mi señor Girard y Thierry.

Sin más oírle, la dama se precipitó al patio; la sangre golpeaba en sus sienes con tanta fuerza que no oía nada. En el patio, alrededor del pozo, estaban reunidos los cazadores, con los perros, las jóvenes de la granja, los soldados — algunos de rodillas— y los niños a hombros de sus padres. Aalais gritó:

—¡Atrás!

Y de pronto quedó libre el sitio y Aalais se encontró frente a un hombre

corpulento y cubierto de harapos.

El hombre se irguió; todo su cuerpo se estremeció al verla. Lanzó un grito bronco y desgarrador: «¡Señora!».

No calculaba ya sus movimientos. Con impulso salvaje avanzó de un salto. Su rostro era bello, con una alegría despreocupada.

En un instante la dama se sintió levantada en alto, casi lanzada al aire y retenida entre dos brazos de hierro como una ofrenda en el altar, como un niño sobre la pila bautismal; su cabeza descansaba en un hombro duro y cálido bajo una camisa de gruesa tela; pestañeaba y buscaba con los ojos el rostro del barón, un poco escandalizada,

a pesar de todo, por semejante atentado a su prestigio.

Aalais se sintió desconcertada, porque ya había vivido este instante minuto a minuto, en sueños y en pensamiento; y ahora cambiaba todo y no volvía a encontrarlo.

Ansiau estaba como poseído por una alegría casi penosa; alegría de un hombre mísero. Estrechaba contra su cuerpo el de su esposa como un botín conquistado en batalla campal. Y Aalais cerraba los ojos y se volvía, evitando a su pesar los besos arrebatados, los mordiscos del hombre hambriento que quiere arrebatar a la fuerza su parte del alimento al fin hallado. Ni siquiera

podía ver que ella estaba asustada, pero poco importaba eso, puesto que la posee toda, cuerpo y alma, en sus brazos y contra su cara. Esos balbuceos que ella no ha entendido aún: «¡Oh, toda mía! Mi pequeña, mi única amada, mi única dama...».

Cuánto ha cambiado Ansiau: su cuello parece más fuerte, su barba más hirsuta, las arrugas en torno a los ojos y la piel oscura de sus mejillas y su frente brillante en los pómulos y en las sienes, que parecía dura como cuero curtido; en ese rostro tostado no queda de claro más que el blanco de los ojos y los dientes blancos; hubiérase dicho que era un gitano. No era aquél el bello amante con

quien había soñado todas las noches.

Pero sorprendida por esa alegría un poco ridícula y dándose cuenta de que realmente era él, rompió en sollozos, con la cabeza apoyada en el cuello de Ansiau. Entonces, él dijo dulcemente:

—¡Loca! ¡Ya estás llorando!

Y le acarició el cabello y la nuca. Y ante ese gesto paternal, la dama lloró a más y mejor, diciendo:

—Es demasiado para mí. Habéis tenido un modo de llegar...

—Hermana, amiga, no lloréis más. Os he asustado. Es verdad. También lo es que he cambiado mucho... Pero, decidme: ¿Y los pequeños?

Aalais sonrió orgullosa:

—Viven todos, gracias a Dios. En lugar alguno veréis muchachos tan bellos.

—¡Vive Dios! Bien sabía yo que, nacidos de tal dama, serían robustos. Éste es el día más feliz de mi vida. ¡Si supierais...! Hubiéramos podido pasar por Mahiet para pedir prestados caballos y vestidos a mi tío. Pero eso suponía una desviación. Estábamos tan cerca, que no he podido dominarme. Cuando se tiene una bella dama en casa, se pierde la cabeza. ¿No es así, Thierrí? ¡Oh! Aún no habéis visto a Thierrí, señora; ¿ni al primo Girard? No somos muchos, ya lo sabéis —y los ojos del barón se velaron—. Hay que creer que

Dios tuvo piedad de nosotros y ha permitido que regresemos. Id, besaos.

Dejando los brazos del barón, Aalais se halló entre los de Girard y Thierrí; los besó, llorando de emoción y de tristeza por todos los que no habían regresado. «Lado sea Dios, que os ha salvado, querido primo. La Virgen os guarde, Thierrí; os han desaparecido las pecas, amigo; apenas os hubiera reconocido...»

El cuarto compañero, sentado un poco aparte al borde del pozo, parecía olvidado por todos. Con una sonrisa bondadosa y un poco triste miraba cómo los demás se cambiaban abrazos y besos. Era un joven robusto y

rechoncho, de barba aún corta; sus rubios cabellos tostados al sol coronaban una amplia y derecha frente, como la paja cubre la era. Ansiau lo vio, por fin, y, tomándolo por los hombros, lo empujó casi a la fuerza a los brazos de la dama.

—Abrazadlo también. Es Pierre du Fréne, de Orleans, gran amigo mío, hemos remado juntos.

La dama no comprendió del todo por qué habían remado, pero besó de buena gana ambas mejillas, enjutas y morenas, de Pierre du Fréne, dándole la bienvenida a su casa.

—¿Y André? —preguntó el barón—. ¿Está de caza?

—Salió en peregrinación —dijo Aalais— por el voto de su padre, que Dios haya.

Ansiau se santiguó y guardó silencio unos instantes. En el patio se hizo también el silencio, interrumpido por los sollozos de la madre del joven Eudes le Bégue de Linnières.

Más de una mujer envidiaba aquel día a la dama y a Richeut.

—¡Vamos! —dijo el barón—. Y ahora, un buen vaso para nosotros cuatro. Bien nos lo hemos merecido. Ahora no quiero ver a los niños: los asustaría. Decidme, dama: ¿montan bien a caballo los muchachos? ¿Siguen siendo tan rubios? Bueno, ordenadlo

todo para la cena. Ahora sois vos el señor, mi bello halcón dorado. Yo ya no estoy al corriente...

Besó a la dama en la boca, riendo de admiración y orgullo y de alegría desbordante, que parecía no encontrar palabras y gestos para manifestarse a la luz del día.

—Haumette, poned a los niños las túnicas blancas, las bordadas en rojo, y peinadlos bien los cabellos. Y sobre todo sed buenos, queridos míos: hoy es un hermoso día y una gran fiesta.

—¿De qué santo? —preguntó Mahaut.

—Tonta —dijo Ansiet, su hermano mayor—. ¿No sabes que el barón ha

venido?

—Y si no sois buenos con él, me enfadaré —añadió la dama.

—¿Nos ha traído cosas de Tierra Santa?

—No —dijo—. Ha adivinado que no os lo merecía.

Ansiet comenzó a llorar y Herbert refunfuñó, con la cabeza baja y los labios en un mohín.

—Me había prometido flechas turcas —dijo.

La dama dio unos vigorosos cachetes a los dos niños, los llamó malos hijos y tomó en brazos al pequeño Girard, su preferido, besando sus pequeñas mejillas redondas y pálidas.

—Tú, al menos, no pedirás nada a tu padre, ¿verdad, tesoro? Haumette, otra vez habéis permitido que los perros lo laman. No lo toquéis. Yo misma lo vestiré. Vos le estropearíais la venda. ¡Ah! ¡Sangre de Cristo! Esta mujer sabe cuidar a los niños como un soldado alemán. Pero yo tengo otras cosas que hacer...

La dama dio las órdenes precisas para la cena; después pasó a la sala de baños para atender personalmente a su señor, según lo exigía la cortesía y el uso: era un honor debido a Ansiau. (¡Erard, por ejemplo, nunca la hubiera visto a sus pies! ¡Aunque fuera tres veces su marido!)

Tendido en un banco cubierto con tapiz de lana, Ansiau se dejaba friccionar y dar masajes con esencias de hierbas olorosas por una vieja sirvienta de manos rugosas como sarmientos.

—Bien, mi vieja Lizarde; parece contenta de volver a verme.

—¡Por la Buena Señora! Todos estamos contentos. No creo que haya muchos que no lo estén.

—Fuimos quince y volvemos tres. Eso deja unas cuantas viudas.

—Viudas que pronto vuelven a casarse, podéis creerlo —dijo Lizarde—. Y bueno es morir en Tierra Santa.

—He aquí una mujer con sentido común. Dices la verdad, Lizarde. En

cuanto a nosotros, Dios no nos consideró dignos. Y estoy contento de haber regresado. Creí quedarme allí.

—Es un gran día para nuestra hermosa dama —dijo Lizarde.

—¿Verdad que lo es? Bueno, tú que tanto te quejabas de mi cabello, ahora estarás contenta: ya no es difícil de lavar.

—¿Por qué os lo hicisteis cortar, señor? —preguntó la vieja.

El barón rió.

—Me hice clérigo, ya lo ves.

—¡Madre mía! ¿Es posible?

—No, Lizarde. Fue un negro pagano quien cogió una navaja bien afilada y me esquiló y rasuró como a una oveja; y

poco faltó para que me cortara la oreja.

Lizarde se santiguó, plácidamente.

—Es una gran vergüenza. Bien dicen que esos perros no respetan nada.

—No es una gran vergüenza, Lizarde. Hay cosas peores.

En ese momento entró la dama en la sala de baños; seguíanla dos muchachas que llevaban una camisa de tela blanca y una túnica bordada.

Inclinada sobre aquellos pies negros y duros que ella cuidaba y frotaba con bálsamos, la dama volvía a sentirse sierva; pero era tan grande su necesidad de amor que ni siquiera pensaba en quejarse. Cuando el barón estuvo vestido lo miró de nuevo y le pareció

más hermoso que poco antes; la túnica roja daba a su tez morena y a sus cortos cabellos un inesperado aire de elegancia: había ganado en prestancia lo que perdiera en belleza.

—Pero, señora —dijo Ansiau riendo—, ¿no veo más de la cuenta? ¿Son cuatro o son cinco? ¿Quién es ese? ¿No es Girard?

—No: es una niña, señor. Se llama Alette. Ven, mi tesoro, no llores; el barón no va a comerte... Tendrá veinte meses para la Asunción de la Virgen.

—¡Dios, qué piel tan fina! Ea, tomadla vos; yo le doy miedo... mira cómo llora.

—¿Y éste es Girard... y esta Mahaut,

mi niña mayor? ¿No te acuerdas de mí, Mahaut?

La hermosa y rubia criatura se apretujaba entre las sayas de Haumette y miraba a su padre a hurtadillas, con una coquetería que sus cinco años hacían enternecedora.

—¿Qué queréis? Era demasiado pequeña cuando os fuisteis —dijo la dama—. Ea, nena, no hagas tonterías y ve a besar a tu padre. Si vierais los arrumacos que hace siempre que se trata de presentarla a una visita. ¡Ven aquí, si no quieres un cachete, mal educada!

Pero Mahaut se daba cuenta de que aquél no era día para cachetes; y aumentaba sus mohines.

—Es demasiado negro, tengo miedo —mimoseaba; pero sus ojos brillaban de alborozo; después, para escapar de las manos de su madre, se cogió con sus pequeños brazos ligeros a las piernas del barón.

Era bonita, con la delicada belleza de un pequeño capullo aún no abierto, pero en el que ya se siente crecer una flor espléndida: tenía los ojos muy grandes, el perfil muy recortado y menudo; una piel tan fina que las aletillas de la nariz y los lóbulos de las orejas parecían transparentes y se doraban al sol. El barón la admiraba, deslumbrado y un poco intimidado, porque no sabía qué decirle; su hija

mayor, en su pensamiento, era la futura esposa de un rico y noble caballero; y esta chiquilla de ojos reidores tenía aún que vivir muchos años antes de poner sobre su rubia cabellera el velo rojo de las desposadas.

En cuanto a los hijos era otra cosa. Con ellos sabía a qué atenerse. Eran dos chiquillos de nueve y ocho años, muy rubios aún y bastante incómodos en sus trajes de fiesta; Herbert tenía un buen rasguño en el mentón y Ansiet una magulladura en la frente. Lo primero que el barón les preguntó, tras haberlos besado, fue:

—¿Sabéis montar un caballo de verdad?

Herbert, que aún recordaba sus flechas turcas, guardaba un silencio enfurruñado; pero Ansiet era más fácil de tratar.

—Hasta puedo galopar en la silla —dijo— y sobre el *Guillará*, el hijo de la *Roja*, puedo saltar el cerco del aprisco. Madre ha dicho que *Gaillard* será mío después de Navidad.

—Te lo doy ahora mismo —dijo el barón; el niño palmoteo, casi llorando de alegría.

—¡*Gaillard* es mío! ¡*Gaillard* es mío! Es tan bonito... ¡Oh, señor, venid, lo veréis! Me quiere tanto que hasta ríe de gusto cuando me ve.

El barón, dócil, iba a seguirle al

establo, pero la dama los detuvo.

—¡Con vuestros vestidos limpios!
—dijo—. Además, Jacques va a llamar
para la cena de un momento a otro.
Quedaos ahí. Podéis hablar con vuestro
padre sentado en ese banco.

Ansiet había pasado sus largos y
flacos brazos en tomo al cuello de su
padre y parloteaba sin descanso. Seguía
contando lo bonito que era su *Gaillard*;
hablaba de su cuello y sus corvas;
después contó que tenía una liebre viva
a la que criaba fuera, junto al palomar; y
un erizo y una serpiente a la que Robert
había matado de un hachazo.

—¿Hay serpientes en esa tierra de
donde venís?

—Las he visto —dijo el barón.

—Dicen que la Tierra Santa es un bonito país.

—No lo hay más bonito.

—Cuando sea mayor, también iré.

Decidme, padre, ¿a cuántos paganos matasteis?

—A tres —dijo el barón.

La cara del niño se alargó.

—Eso es poco. Yo mataré treinta y hasta trescientos. Ya sé matar cuervos en pleno vuelo, a pedradas. Pero éste (y señaló con la cara a su hermano menor) es bastante mejor que yo.

El barón medía con la vista los fuertes tobillos y los pesados puños del niño y pensaba que prometían una gran

estatura y una corpulencia poderosa; mas para conseguir fuerza necesitaba ejercicio.

Ese rostro simple, de grandes ojos, era para el barón la más perfecta imagen de la belleza; dos años de ausencia no la habían cambiado: apenas la habían endurecido y ennoblecido por la costumbre de ejercicios fatigosos y ya arriesgados. Ansiou sabía que él era, tal vez, el único en comprender y ver esa belleza de alma que le sorprendía en todos los gestos y miradas del niño.

Y hubiérase abstraído en esa contemplación si la dama —como de costumbre— no hubiera salido por los fueros del buen orden: con gesto tenaz

levantó al pequeño Herbert por las axilas y lo sentó a la fuerza en la rodilla del barón.

—Ya habéis visto bastante al otro.

Sin ser más grueso ni más alto que su hermano mayor, Herbert pesaba más. Hubiérase dicho que estaba hecho de materia más densa, que tenía más sangre en sus venas. Por lo demás, era un bellísimo niño: tenía, como su madre, tez muy blanca y mejillas muy rosadas; los cabellos, rizados, eran casi blancos, a fuerza de ser rubios. El barón le sonrió, pero Herbert no era niño que se dejara engañar fácilmente. Con los ojos bajos y los labios hinchados permanecía sentado de mala gana y como diciendo:

«Si estoy aquí es porque me han puesto y porque soy demasiado cortés para irme».

El barón le dijo:

—¿Te has comido la lengua, hijo?

El niño movió la cabeza gravemente.

—Bueno, también quiero oírte a ti y no sólo al charlatán de tu hermano.

Herbert bajó la cabeza y murmuró algo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó el padre, y Ansiet se apresuró a explicar:

—Ha dicho: «Quiero el *Vaillant*».

Herbert bajó aún más la cabeza y procedió a limpiarse las uñas.

—¿Y qué es el *Vaillant*?

—Es el potro negro, el hijo de la

Courante y del *Mandor*; dentro de poco tendrá quince meses —dijo Ansiet.

—Pues bien, hijo mío: tendrás tu *Vaillant*. Ya que tu hermano tiene su *Gaillard*. Ya está. ¿Contento?

Herbert levantó la cabeza y dijo con energía:

—Gracias, barón.

Pero pocas personas podrían ufanarse de haber visto al pequeño Herbert con cara de contento; sólo sus ojos se encendieron por un instante e inmediatamente se extinguieron. Sin embargo, en el curso de la velada sus pupilas azules y vacías detuviéronse varias veces en el barón y sus compañeros, con una extraña expresión

de maravillada curiosidad y de envidia.

Durante la cena, los cuatro viajeros fueron instalados en el puesto de honor, bajo los escudos, y la dama les escanci6 personalmente el vino, lo mismo a Thierrri que al bar6n; y el pobre escudero se ponía colorado de vergüenza y no se atrevía a pedir de beber. Hubiera preferido encargarse él de servir y halar a los mozos de la cocina. En unas horas había reanudado su vida de antes, revistiéndola como un viejo vestido, y dos años de aventura habían caído de sus espaldas como un sueño, del que apenas se acordaba.

Pero el bar6n se hubiera avergonzado de separarse de sus

compañeros un día como aquél.

—No tenéis por qué avergonzaros, Thierrí —le había dicho—. Lo que me corresponde a mí, debe corresponderos a vos; ni yo he regresado a caballo, ni vos trayendo mi escudo.

Girard el joven parecía demasiado fatigado para hablar y hasta para comer. Sentado en su banco tras él y clavándole en el hombro su agudo mentón, Richeut le apremiaba a comer todo lo que tenía en el plato.

—¡Sólo este muslo de pollo! Lo he sazonado con salsa de pimiento expresamente para vos.

Después del segundo plato de carne, cuando se trajo de la bodega el vino

aromatizado con especias, el barón se puso en pie sobre su banco para hablar. El ruido de voces y de vajilla cesó. Ansiau dijo:

—Amigos, hermanos, escuchadme. Mañana, muy temprano, saldremos para Hervi la dama y yo, con mis tres amigos, y quien quiera seguimos a pie o a caballo. Haremos cantar misas por los amigos que murieron en Tierra Santa. Y para dar gracias a Dios por los que seguimos con vida. Os pido sobre todo que oréis por un caballero llamado Gautier: es él quien pagó nuestro rescate.

«Si tenéis algo que pedirme, hacedlo a nuestro regreso de Hervi; si alguno

está cumpliendo condena en mazmorra, le concedo gracia; si hay jóvenes que quieran casarse, tendrán las esposas de su elección. Las bodas se celebrarán en la Asunción de Nuestra Señora. Y todos, jóvenes y viejos, tendrán ese día vestidos de mis arcas.»

La dama pensó: «Ya está. Ha bebido demasiado». Y el rosario de molestia que le valía la repentina generosidad de su marido se desgranó ante sus ojos: la peregrinación interrumpía los trabajos de curtido y la renovación de la empalizada; los merodeadores dejados en libertad en viñedos y huertas; las bodas en plena época de trabajo y sus arcas de vestidos y las del barón

completamente vacías. «¡Ah, los hombres —se dijo—, los hombres!»

Por fin se hallaban de nuevo a solas los dos esposos en el gran lecho con las cortinas bajas; Aalais había puesto la lamparita de aceite en el borde de encina y rehacía sus trenzas para la noche. Permanecía en silencio, con los ojos bajos, como una recién casada —le hubiera gustado oír palabras dulces por los dos años que había pasado aguardando este momento—. ¡Dios! Erard sabía decirlas tan bien... ¿A cuántas mujeres las habría repetido? Y el barón no parecía dispuesto a hablar. Apoyado de codos en la almohada esperaba pacientemente a que su mujer

hubiera acabado de peinarse para apagar la lámpara. No quería darle prisa; apenas acariciaba de vez en cuando el extremo de esas trenzas, o rozaba el cuello, la cintura o el brazo de Aalais, con esa ingenua suficiencia del hombre que sabe que por fin va a poder cobrar y cree haberlo merecido.

—He cambiado en dos años —dijo por fin la dama con un suspiro—, mirad: mi cabello ya no es tan rubio.

—Estáis más bella —dijo Ansiau.

Aalais movió la cabeza, pensativa.

—Pues no ha habido muchos motivos. La vida ha sido dura estos años.

—Lo sé —dijo él gravemente. Y

después de una pausa—. ¿No lo sabéis? Tuve miedo de encontraros casada de nuevo. Y Aalais, tiernamente:

—Sabéis bien que no volvería a casarme, querido.

Y fue recompensada con una mirada tan llena de confianza y admiración que se ruborizó un poco.

—No hay otra mujer como vos —dijo él. Aalais suspiró otra vez:

—Y sin embargo no habéis debido pensar mucho en mí todo este tiempo...

—Pensábamos en otras cosas, es verdad —dijo él—. Hemos sufrido mucho.

Aalais le volvió la espalda, un poco ofendida, y dijo que no apagaría la

lámpara hasta haber cazado las pulgas que había en la cama.

Ansiau dijo entonces:

—Se ve que tenéis menos ansia que yo. ¿Por qué os hacéis la orgullosa?

Como en la suavidad de la voz había un reproche, ella sonrió y volvió a hacerse la zalamera.

—Hace tiempo que no os he visto, amigo. Dejad que os contemple.

—¡Qué bella, qué blanca sois! No me creeréis, señora: pero ya hace más de un año que no toco a mujer, así es: desde la octava de Pascua del año pasado.

Aalais movió los hombros.

—Vos lo decís.

—¿Queréis que os lo jure? Además, es bien sencillo: vinimos a pie desde Marsella. De habernos divertido corriendo tras las jóvenes, no hubiéramos hecho el viaje en cuarenta días.

Se acercó más a ella; su voz era baja y ronca.

—He pensado en vos durante todo el viaje.

Aalais trataba de evitar aquellos ojos que la herían a fuerza de ardor mal disimulado, porque sabía lo que había de brutalidad bajo el freno de dulzura que se imponía el hombre. Cada vez que lo encontraba de nuevo lo deseaba diverso de lo que era: más curioso, más

celoso, más triste, ¿quién sabe?

Al día siguiente tuvo que levantarse antes de que amaneciera. Aún no habían cantado los gallos. El bosque estaba tan sumido en la bruma que podía creerse que el mundo terminaba en la empalizada del castillo. En el patio, los caballos piafaban, se removían; los perros ladraban en la perrera y saltaban contra la puerta, creyendo que se trataba de una cacería.

Dos escuderos llevaron al barón el más hermoso corcel de las caballerizas, *Mandor*, un negro de España, tan fogoso y de humor tan fiero que nadie se atrevía a montarlo: la bestia se encabritaba y movía como un barco en el mar,

volviendo la cabeza y sacudiendo sus largas crines ornadas de cintas. Aalais, en pie, cogida a su marido, no tenía deseo alguno de salir; por una vez después de tanto tiempo hubiera deseado dormir hasta tarde, emplear tiempo en peinarse, llevar al lecho a Girard y a la pequeña Alette para jugar con ellos. Pero el barón no cambiaba de parecer cuando se trataba de ir a la iglesia. Ahora, con el brazo en tomo a los hombros de la dama, admiraba la elegante línea del caballo y su brillante pelo.

—¡Por la sangre de Cristo, que lo han cuidado bien! —dijo.

Entonces la dama se apartó de él y

fue a arrodillarse ante *Mandor* para sostener el estribo; y dos escuderos debían ayudarla, pues el corcel era muy fogoso. El barón besó a la dama en la boca y saltó a la silla. *Mandor* se encabritó; y Ansiau, que había perdido la costumbre de montar, tuvo que hacer buenos esfuerzos para dominarlo. La dama montó su palafrén gris y Girard el joven saltó a la silla del rocín. Uno tras otro, los caballeros franquearon el puente y descendieron hacia el bosque, por el camino de Bernon.

En Hervi, los Linnières asistieron a la misa en Santa María de los Ángeles. Ansiau había encontrado de nuevo su asiento de primera fila, que ocupaba

siempre desde la muerte de su padre; y miraba los mismos trazos de luz desplazarse con el sol sobre los capiteles blancos esculpidos con motivos de viñas; nada había cambiado.

Girard el Rubio, de Linnières, caballero. Ogier el Rojo, de Linnières, caballero. Eudes le Bégue, de Linnières, escudero. Garin, de Linnières, hijo de Hue, escudero. Garin de Linnières, hijo de Girard, escudero. Garin de Puiseaux, escudero. Jacques du Cagne, sargento. Ansiau de Beaumont, sargento. Muertos todos al servicio de Dios, en la mar, en Tierra Santa y en Turquía. Dios los salve y los proteja.

Con excepción del viejo Jacques du

Cagne, muerto en Tiberíades, y los dos hijos de Herbert, ninguno de ellos tuvo sepultura cristiana. Por ello decidió Ansiau hacer colocar a la izquierda del altar de Santa María una losa de piedra con una gran cruz y nueve emees pequeñas en tomo a ella, en recuerdo de los de Linnières muertos en la cruzada del conde Henri I, el año de la Encarnación de 1180.

Haguenier de Hervi pasaba precisamente por el poblado, con un halcón en el puño, seguido de su hijo y tres escuderos. Detúvose junto a la iglesia para hacer sus devociones, en el mismo instante en que Ansiau salía con los suyos. Se precipitó hacia su vecino

con la alegría de quien se encuentra a un compatriota en tierra extranjera. Los dos hombres se abrazaron como dos hermanos. Haguenier, que había regresado al país con el conde, llevaba aún en su rostro las huellas del sol mediterráneo.

Se mostró muy contento por volver a ver a su vecino sano y salvo y le pidió allí mismo que fuera a instalarse en su propia casa durante el tiempo que quisiera: se consideraría dichoso de poder recibir a tal huésped.

Haguenier de Hervi tenía consigo a su hermano, que también había estado en Tierra Santa, y a un pariente de su mujer, Manesier de Coagnecort. Ansiau y

Girard el joven (que ya no era tan joven) pasaban su tiempo en el jardín y cazando con halcón. Gustábales a todos recordar su viaje y estancia en Tierra Santa.

—Si los barones envían un ejército a Tierra Santa, volveré a tomar la cruz —decía Ansiau.

—Es propio de vuestra edad decir tal cosa —suspiró Haguenier—. Mas para mí todo ha terminado. No me muevo de mis tierras. Ya he visto bastante.

—Nosotros veremos aún muchas cosas —decía Ansiau—. ¿Recordáis el día en que fuimos a adorar el Santo Sepulcro? Simon el Rojo, mi primo, estaba cerca de mí, como yo estoy junto

a vosotros en este momento. Pues bien, lloraba tanto que era imposible calmarlo; y bien sabéis que no es costumbre suya llorar. Yo pensé que era por devoción, como todo el mundo, porque no había uno de entre nosotros que tuviera los ojos secos aquel día. Y por la noche me dijo: «Este país no necesita tanto de oraciones cuanto de hombres. Por nuestros pecados, los perros nos arrebatarán Jerusalén». Y lloró con tanta fuerza, a fe mía, que yo hice lo mismo. Fue en ese momento cuando me dijo que no regresaría a su país.

—No lo hubiera creído de Simon — dijo Manesier de Coagnecort.

Y Ansiau:

—Era la voluntad de Dios. Lo comprendí y no intenté retenerlo. «Linnières no es más que un pequeño y sucio lugar pantanoso —me dijo—, en cambio aquí tenemos toda la gloria de Cristo nuestro Salvador.» Y añadió en seguida: «Mi camino está trazado, puesto que mis dos hermanos han muerto y mi padre es viejo; no volveré a verlo en esta vida; ya no tengo a nadie en el mundo». Y me pidió que me quedara también, pero yo no quise privar a mis hijos de mi feudo.

—¿Ingresó en la orden del Temple?
—preguntó Haguenier.

—No. Se puso al servicio del señor

de Ibelin. Se trata de una rica familia y son generosos. El hermano del barón Baudouin se casó con la viuda del rey de Jerusalén. Y tienen un palacio en Acre como el rey de Francia no lo tiene en París.

—¡Curiosa idea, en todo caso, la de abandonar a su esposa e hijos para buscar fortuna Dios sabe dónde! — farfulló Girard el joven; y Ansiau dijo, irguiéndose:

—Sabía perfectamente que yo no haría daño alguno a sus hijos.

—Hay que ir allí—comentó Haguénier— para convencerse de que en la tierra hay aún tantos paganos: sin haberlo visto, yo nunca lo hubiese

creído.

Y Ansiau:

—Gran miseria es ésa. Desde aquí no puede percibirse hasta qué punto son fuertes. Por algo el rey del país es leproso: ya veréis cómo le trae desdichas.

—Eso dicen —suspiró Hagenier—, y sin embargo es un magnífico joven, que sabe guiar a su hueste.

—También es gran vergüenza — prosiguió Ansiau— el ver a los cristianos vivir como paganos y vestir de tal manera que apenas se diferencia a un franco de un infiel. Y, que Dios me perdone, creo que hasta se entienden mejor con los paganos que con los

peregrinos de nuestros países. Al ver los castillos y los campos llenos de tal canalla, uno creería estar en un campamento de Saladino.

—Por san Miguel —dijo Hagenier—, se me ha hablado de hombres (y no quiero nombrarlos) que reciben regalos de Saladino y están a sueldo de él.

Ansiau creyó ver en esto una alusión e inmediatamente se sintió herido.

—No creáis que se trata de los Ibelin —dijo—. Nunca se ha dicho cosa semejante de ellos.

En el fondo, sentíase un poco molesto de que Simon hubiera ido a escoger unos señores tan exóticos; pero era leal a su primo y la casa real de los

de Ibelin entraba así en un santuario de lealtades que había que observar y nadie tenía el derecho de entrar en él, de la manera que fuese.

—... Cuando fuimos hechos prisioneros —contaba Ansiau—, los emires cogieron para ellos al vizconde de Saint Florentin, a Raoul d'Arci, a Guillaume de la Ferté y a Ansiau de Monfélis, porque vieron que eran los hombres que podían pagar. A los otros los enviaron a Alepo, con la caravana.

»Creo que éramos nueve caballeros. Pero contados los escuderos y sargentos llegábamos al centenar. Caminábamos como un rebaño, con los brazos atados atrás. Cuando un hombre caía de

rodillas, el vigilante a caballo le cruzaba la cara de un latigazo. Y como íbamos con la cabeza descubierta, fueron treinta los muertos en el camino a causa del sol. Allí perdí a Garin de Puiseaux, mi cuñado. Y Eudes le Bégue, mi sobrino, y Ansiau de Beaumont. Girard d'Arrentières cayó también, creo, pero no lo vi: estaba detrás, al otro extremo de la caravana. ¡Dios! ¡Qué viaje! Teníamos tanta sed que nuestras lenguas se habían secado y agrietado. Cuando veíamos beber a los caballos nos volvíamos locos. Por la noche soñábamos con agua salpicando entre las piedras.

»Quiera Dios que nunca conozcamos

nada peor. Así pues, os estaba diciendo que aquellos perros nos llevaron a Alepo, al mercado de esclavos. Allí nos afeitaron. Permanecimos quince días. Los paganos acudían a palpamos y nos miraban los dientes como a los caballos. Había quien se avergonzaba. Mas pensábamos que cuando se sufre por Dios no hay vergüenza. Y ese pensamiento nos devolvía el ánimo. En Alepo, un mercader de esclavos nos compró y nos llevó a Damasco y después a Damietta, donde nos vendió a un capitán de galeras. A nosotros, quiero decir, a nosotros tres, Girard, Thierry y yo y también al joven de Orleans que regresó con nosotros. En cuanto a mis

primos, Eudes y Garin, murieron de disentería: nosotros tres, gracias a Dios, fuimos más fuertes y escapamos del peligro, pero a duras penas. Verdad es que el mercader nos cuidaba. Nos daba de comer y beber; pero era duro, y no tanto él cuanto sus guardianes. Pero, una vez en la galera, os juro que los recordamos con nostalgia.

»No teníamos gran esperanza de volver a nuestro país. Permanecimos ocho meses en la galera, hasta el día en que nos cogieron los piratas turcos que hicieron naufragar el barco; la mitad de los remeros se ahogó; pero nosotros nos hallábamos en la parte mejor, en el casco, que se hundió más tarde. Los

piratas nos sacaron del agua; pensaban que podrían vendernos de nuevo. Y fue en ese momento cuando Dios me mostró lo que convenía hacer...

»Os acordaréis del aquel caballero de Traubourg a quien llevé a nuestras tiendas cuando acampábamos ante Jerusalén... El que llevaba a la cabeza un turbante blanco y oro y, sin su barba rubia, bien podía pasar por un amigo de los turcos; pero es un buen caballero y Dios sólo sabe cuánto nos sirvió. Lo vi en el torneo de Troyes y allí lo conocí. Alemán de nacimiento, aunque —según me dijo— su lengua ya no la hablaba más que en sueños: en todo caso, apenas podía decir más que «sí» o no». Pues

bien, aquel Gautier se había casado en Trípoli con la viuda de un rico mercader veneciano, y allí vivía con ella. Tuve la suerte de acordarme de él cuando íbamos en la nave de los piratas: Dios me lo inspiró. Pedí ver al capitán, con el que iba un armenio que conocía el francés. Le dije que tenía en Trípoli un amigo que pagaría el rescate mío y de mis compañeros. Me respondió que si el tal amigo quería pagar veinte bizantinos^[3] por cada uno de nosotros, nos conduciría hasta Laodicea y desde allí nos haría llevar a la costa en barca. Traté de regatear, pero no quiso saber nada de eso. Me dio dinero para el viaje y me dijo que si en quince días no había

regresado con el dinero, mis tres amigos serían vendidos y enviados a las galeras.

»Pues bien, me hallaba en Trípoli tres días después. Pero encontrar a Gautier, era otro asunto. Ignoraba el nombre de su mujer y nadie en la ciudad conocía el suyo. Como un mendigo llamaba a todas las puertas del barrio veneciano; había que ver cómo me recibían los criados, pues yo tenía todo el aspecto de un escapado de galeras. Y lo más sorprendente es que acabara encontrando a la esposa de Gautier. Pero él no estaba. Bien, aquella dama no era ni bella ni joven, pero poseía un buen corazón, como veréis en seguida: me

dijo que no se atrevía a darme ochenta bizantinos sin orden de su marido; pero sintió tanta compasión por mí que envió por toda la ciudad a diez criados en busca de su dueño para rogarle que acudiera lo antes posible. Y los criados volvieron con Gautier dos días después y el buen caballero quedó sorprendido al verme. En vez de ochenta bizantinos me dio cien, para los gastos del viaje de regreso y me pidió que hiciera decir una misa por él en las Santas Marías de Camargo, por las que siente especial devoción.

»Cuando encontré de nuevo a mi capitán en las costas de Cilicia, me dijo que mantendría su palabra y nos hizo

embarcar en un velero rápido que nos llevara a Laodicea. Sólo que se quedó con los cien bizantinos que llevaba conmigo, en vez de conformarse con los ochenta estipulados. Sus hombres nos abandonaron en una pequeña playa rocosa, al norte del puerto. Aquel mismo día llegábamos a la ciudad.

La cara de Ansiau tenía el fugitivo reflejo de un gran júbilo y de una inmensa fatiga; guardó silencio, desbordado por la oleada de recuerdos cada vez más embriagadores: la escalada de las rocas, el baño en la playa soleada, el mar iluminado de azul y oro; los techos blancos de Laodicea, rodeados de grises manchas de olivos y

las manchas sombrías de los naranjos y limoneros en torno a la ciudad; las velas blancas, rojas y amarillas que se balanceaban dulcemente en el puerto sobre el agua verde; las montañas azules, a lo lejos, inundadas de sol, cubiertas de una bruma dorada: la libertad. Todo ese mundo era suyo, de todos ellos; un mundo en el que no había ni cadenas ni látigo, ni guardianes; donde se podía comer y dormir a cualquier hora. La alegría de poder arrodillarse por fin en una iglesia; de tocar con las manos, con los labios, con la frente, las santas cruces y las imágenes de los santos; sentir en el rostro el agua bendita y bajo las rodillas

y los pies el frío de las losas consagradas por la plegaria cristiana. Encontrarse en una ciudad en la que, por doquier, las cruces grandes y pequeñas, largas o cuadradas, de piedra, de hierro o de oro se erguían para proteger y para bendecir.

Los cuatro peregrinos no tenían dinero y se ocuparon como marineros y cargadores en una nave genovesa que se dirigía a Marsella, porque era grande su prisa por volver al propio país; en sus pensamientos, los cielos de Champaña seguían siendo claros y dulces, los campos dorados, los bosques henchidos de caza, los rostros de las mujeres iluminados de ternura. Y el ansia del

regreso aumentaba de día en día, hasta el punto que los hacía olvidar el hambre y la fatiga.

Pasaban los días y la dama empezaba a encontrar interminable el tiempo en Hervi, tanto más que no amaba demasiado a Marsille de Coagnecort, la esposa de Haguénier, en cuya compañía estaba obligada a permanecer continuamente. El barón seguía muy enamorado de ella por las noches, pero durante el día parecía olvidarla; incluso era posible que hubiera olvidado que a tres leguas de Hervi existía una casa que era la suya. Y la dama no lo olvidaba porque no ignoraba que, sin su presencia, los

trabajos domésticos no se harían como es menester y en el tiempo preciso.

Al anochecer decía a Ansiau:

—Bien sabéis, amigo mío, que Richeut no sabe vigilar a las criadas.

O también:

—Todos estos criados que aquí se divierten saltando con la pértiga estarían mejor en sus puestos en el castillo.

—¡Bah! —replicaba el barón—, ¿qué importa eso? En todo caso, habremos regresado antes de la Asunción, para preparar la fiesta. Quiero invitar a los de Hervi, a los de Coagnecort y a Hue de Baudemant, con su hermano: Manesier me ha dicho que es un importante luchador de torneos.

Nuestro patio de honor será lo bastante grande para los juegos. No tenemos armaduras, de manera que sólo lo haremos en broma y no tendréis por qué atemorizaros.

La dama pensó: «Creeríase que ha traído de Tierra Santa el tesoro de Saladino», pero se guardó bien de decirlo y simplemente hizo notar que aún no había vendido las pieles y que ya había comprometido las viñas para el convento de Hervi. A lo que replicó el barón:

—Podemos aún comprometer Bernon.

—Podéis hacerlo también con nuestros hijos, mientras vivís.

Ansiau, viéndola enfadada, la tomaba entre sus brazos y la cubría de besos, asegurando que nada haría contra su voluntad. Por último, al octavo día de su llegada a Hervi, la dama acabó por decir a su marido, medio en broma, medio en serio:

—Viéndoos con tan poca prisa de regresar a vuestra casa, diríase que la despreciáis y seré yo quien sufra las consecuencias.

Y Ansiau prometió que volverían al día siguiente, porque tenía tanto deseo de marcharse como de quedar en Hervi.

De nuevo fue la dama quien hubo de encargarse de los preparativos de la fiesta. Por la noche se acostaba cansada

y de mal humor. El calor y los mosquitos no la dejaban dormir. Pero el barón tenía la piel demasiado dura para los mosquitos y había bebido otros calores; así se hallaba siempre de excelente humor y cada vez más enamorado de su dama. Mas, pasado el deslumbramiento de los primeros días, comenzó a darse cuenta de que la dama no era tan dichosa como él. Y sin embargo, le había sido tan fiel, en el cuerpo y en el corazón — la había deseado tanto, la había tratado con tanta dulzura—, ¿qué más podía hacer por ella? Una primera sombra aparecía en su sol. Pero su buen humor aún daba buena cuenta de todo. Habló a su mujer:

—Amiga mía, hermana mía, observo que no estáis satisfecha de mí. Teméis que me comprometa más de lo que puedo pagar. Debéis pensar que soy una cabeza vacía. Pero escuchadme: el dinero y los bienes materiales vuelven a encontrarse siempre. Lo que importa es tener amigos; ya lo veréis. No seré yo quien deje a mis hijos sin tierras.

—Tenéis razón —se sintió obligada a contestar Aalais.

Pues lo que él decía era razonable. Pero estaba triste por el hecho de perder la autoridad que había adquirido; sentíase fuera de lugar, como abandonada, desde el momento en que tenía que obedecer en vez de mandar.

Además había algo: Aalais se preguntaba por qué su marido habría invitado a los hermanos Baudemant; no sentía deseo alguno de volver a ver a Erard. Ahora que volvía a hallarse con el barón, no creía tener sentimiento alguno por aquel joven. Pero él sí que podía abrigoarlo aún por ella; podía traicionarla; en fin de cuentas, la dama había estado muy próxima a ceder a sus súplicas; Erard sabía decirle al oído palabras que hacían latir con fuerza su corazón y subir la sangre a la cara; y su buen sentido práctico le decía que la presencia de Ansiau haría menos peligrosa la falta. Pero no tenía deseos de dejarse tentar.

La víspera de la llegada de los invitados, dos días antes de la Asunción, Aalais pasó toda la velada en su cuarto de aseo; se hizo lavar el cabello y aclarar su color rubio natural, frotó su piel con limón y tocino, para ponerla blanca y lisa, porque deseaba deslumbrar a los invitados, y sobre todo a Erard: no deseaba verlo consolarse tan pronto de haberla perdido.

La sala y la capilla fueron adornadas con racimos de uva, espigas y follaje. Cubrieron la mesa con un mantel rojo bordado en blanco. Los dos grandes escudos de Linnières, bien limpios, brillaban en rojo y azul sobre la pared frente a la puerta, encima del puesto de

los caballeros. Los asadores estaban vacíos, porque la víspera de la fiesta era día de ayuno, pero se había preparado para los huéspedes pan recién hecho y todavía caliente, queso y uva. El padre Aimeri hacía ensayar los coros a los niños del castillo.

Ansiau mismo había salido al encuentro de los invitados, rodeado por cuatro de sus jóvenes primos. Durante un buen rato, la carretera de Linnières era detestable; atravesaba el bosque y a causa de los grandes calores se deslizaban en el polvo y era imposible hacer pasar un carruaje. Era la peor carretera del país, porque el suelo arcilloso terminaba en Bernon y Hervi,

precisamente a la otra parte del gran bosque. Pero los señores de Linnières no deseaban abandonar una mansión tan bien protegida y en la que se hallaban tan satisfechos.

Para que sus huéspedes pasaran sin daño alguno, Ansiau hizo cortar ramas con follaje y cubrir el sendero hasta Seuroi; y él se detuvo a esperar a los viajeros junto a la piedra cuadrada que indicaba el sitio de la tumba de Rainard. Hervi se hallaba apenas a media legua de Seuroi, tras un bosque atravesado por muchos arroyos y que, desde hacía cuatro generaciones, era objeto de litigios entre ambos vecinos; era abundante en perdices, gallos silvestres,

chorlitos y patos salvajes.

Los sonidos del cuerno se hicieron oír en el bosque y Ansiau respondió con la señal de bienvenida. Al poco tiempo los señores de Hervi salían del bosque con sus mujeres a la grupa, sus halcones y sus perros. Manesier de Coagnecort y los hermanos de Baudemant los seguían de cerca. Ansiau saludó a todos con una alegría que, con toda seguridad, nada tenía de postizo. Seguía transportado de afecto por todos sus semejantes con tal de que fueran cristianos y gentes del país.

Haguenier de Hervi, hombre de treinta y cinco años, moreno y corpulento, era un caballero agradable,

de humor sencillo y franco, a punto de darse con demasiado ardor a los placeres de un descanso bien ganado tras el fatigoso viaje. Manesier de Coagnecort presentó a Ansiau al joven Erard de Baudemant que seguía a su hermano mayor con los ojos fijos en las orejas de su caballo. Hue de Baudemant había sido marido de Ala, una de las hermanas de Ansiau, muerta hacía dos años; así pues, Ansiau lo trataba como a pariente, aunque nunca lo había estimado; Hue era casi un anciano, tenía una luenga barba gris, no era ni alto ni grueso. La pobre Ala fue dos veces más corpulenta que él; pasaba por avaro y se llevaba bastante mal con su hermano,

nacido de otro matrimonio y veinticinco años más joven que él, vuelto de la cruzada ya hombre hecho y derecho y caballero que reclamaba su parte en la herencia. Era éste Erard, de quien tanto había hablado Manesier y a quien Ansiau aún no había visto; se parecía poco a su hermano: sin ser muy alto, su porte era orgulloso y exhibía con vanidad casi insolente su joven barba aún fresca y sus bellos dientes de lobo. Con el conocimiento que poseía de los hombres y de las cosas, Ansiau admiraba el armonioso movimiento de su cabeza, la mirada brillante, las manos nerviosas del joven; y pensaba: «He aquí alguien que debe luchar bien». Por

su parte, Erard era menos amable de lo que debiera y Ansiau atribuía esa reserva a la presencia del hermano mayor.

—No os recuerdo en Tierra Santa, puesto que ibais con el vizconde de Provins —dijo—, pero he oído decir que en Troyes distribuisteis tan buenos golpes que a toda costa he tenido deseos de conocerlos. Espero que podamos cruzar nuestras lanzas.

Erard respondió que, efectivamente, aún no conocía al barón de Linnières; pero que conocía muy bien a la dama, por haberla visto en Troyes. Ansiau dijo:

—Mejor así. Os sentiréis más a

vuestro gusto en nuestra casa.

Pero le pareció que la observación del joven no era oportuna: entre hombres no convenía hablar sin razón de las mujeres y, sobre todo, de las mujeres nobles.

La dama recibió a los caballeros en el patio del castillo y les ofreció de beber, ayudada por sus primas. Estaba vestida de gala, graciosa, un poco conmovida y por ello mismo más bonita. Sonrió a Erard con la misma cortesía que a los demás y él creyó ahogarse de rabia cuando recibió de sus manos la copa de cerveza y poco le faltó para arrojársela a la cara.

Tras una cena ligera, toda la

compañía se reunió en la capilla para el rezo de vísperas. La velada era muy bella. En la sala, ante los huéspedes reunidos en tomo a una mesa sólo provista de pan y de pescado asado, el coro de niños cantó aun himnos a Nuestra Señora. Y los ayudantes que limpiaban a los caballos en las escuderías y los escuderos que tendían la paja por tierra para la noche, deteníanse absortos y mudos al oír aquellas voces cristalinas e ingenuas que glorificaban a la Virgen bendita que no había conocido la corrupción del cuerpo. En el cielo blanquecino aparecían una a una estrellitas de oro y, a la otra parte de la empalizada, la

bruma se elevaba del negro bosque, las lechuzas lloraban y los ciervos bramaban a lo lejos. Los perros, en la perrera, gruñían en sueños.

En el castillo sucedíase un alegre ir y venir en una penumbra llena de risas sofisticadas, de susurros, de juramentos. Los criados, tanto los de Linnières como los de los invitados, se instalaron en la paja distribuida en la sala y todos los lechos fueron ocupados por los caballeros y sus familias: y también allí se hallaron un tanto estrechos, pues la mayoría de las camas no eran más que jergones sin sábanas. El barón cedió su lecho a Haguenier y Menasier con sus esposas y fue a instalarse con Aalais en

la cama de Girard el joven. Pero Girard y Richeut tenían sueño, en tanto que Ansiau y Aalais no lo sentían en absoluto. Conversaron hasta la hora de maitines, dichosos por tener invitados, por hallarse en vísperas de una fiesta y aun por estar un poco estrechos e incómodos en la cama de Girard. Aalais sentíase excitada por el hecho de que Erard pensara aún en ella y contenta por poder decirse que prefería al barón. Y Ansiau hacía proyectos: se romperían lanzas ligeras en el patio, o en el prado ante el castillo; y se organizaría una gran batida al jabalí; daría el lebrel negro a Hagenier y la perra roja a Manesier y a Erard le entregaría el halcón gris perla

llamado *Orgival*, y a Hue de Baudemant, ¿qué podría dar a Hue de Baudemant?

—Tiempo os queda para pensarlo, amigo. No me habléis de ellos. En cambio, decidme: ¿me habéis encontrado hermosa hoy? ¿Os ha gustado mi túnica blanca?

—Estaba muy orgulloso de vos. Todas sus mujeres son feas a vuestro lado.

Aalais rió dulcemente:

—No debéis decirlo; además, no es verdad.

—¿Queréis que os jure que lo es?

—No juréis nada. ¡Ay, no me toquéis! Es víspera de fiesta.

—Una vez no hace costumbre.

Pero la dama se mantuvo firme, sobre todo a causa de Richeut, pues no quería que se le reprochara que no guardaba bien las fiestas. Y en todo caso era causa ganada sobre el barón.

* * *

La comida de mediodía fue muy copiosa y hasta bastante variada y bien servida. La carne de caza, abundante; las salsas, condimentadas con mucha especia. El barón, en su calidad de dueño de la casa, trinchaba las carnes, vigilaba el orden y se ocupaba tanto en que todos comieran que él mismo apenas comía. Nunca se había mostrado tan

afable y sus vecinos se decían que aquellos dos años de aventura le habían sido provechosos: antes de su partida pasaba por hombre sombrío y susceptible, en tanto que ahora parecía la sencillez misma. La dama fruncía un poco el ceño al verlo levantarse de la mesa a cada instante para acudir a dar órdenes junto a la chimenea, o simplemente para instalarse al lado de uno u otro de sus invitados.

—Sabed, barón —le dijo al fin—, que no honráis mucho a vuestros huéspedes no dignándoos comer con ellos.

—Tenéis razón, señora —contestó Ansiau. Y cogiendo una pierna de

cabrito le hincó los dientes, sin dejar de estar en pie y de dar órdenes al mayordomo; después la pasó, sin haberla terminado, a su joven primo Jean, hijo de Girard el joven. Tras haberse enjugado las manos en el paño de su propia túnica, sentóse al lado de Hagenier y le preguntó si aquellas salsas no le recordaban las de ultramar, el día en que todos comieran a la mesa del senescal de Jerusalén. Era para los dos un buen recuerdo cargado de bromas, pues aquellas salsas les habían quemado la lengua —a ellos y a otros muchos— hasta el punto de no poder probar bocado en los tres días que siguieron. Poco faltó para que a

Haguenier se le fuera de través el bocado que estaba masticando. Y a propósito de Jerusalén y Tierra Santa estuvo a punto de comenzar una disputa cuando Hue de Baudemant preguntó a Ansiau:

—¿Es verdad que vuestro primo Simon se ha hecho templario?

—No. Quedó en Tierra Santa al servicio de Balian d'Ibelin —respondió Ansiau.

Entonces Erard elevó la voz:

—Todos sabemos que es peligroso hacerse templario: son siempre los primeros en las batallas y no se les hace prisioneros, se les corta la cabeza.

Ansiau arqueó las cejas y se irguió

un poco; siguió un silencio incómodo. Pero el barón de Linnières se contuvo, porque apenas había bebido y recordaba bien que aquel hombre era un huésped suyo. Respondió con aire un tanto sentencioso que no era necesario ser templario para luchar bien y que quien no desee caer prisionero no tiene más que no rendirse. Erard tuvo el buen acuerdo de darse por vencido; pero la dama se había puesto muy colorada.

El banquete duró tres horas, de la sexta a la nona^[4] y hacia el final, la mayoría de los invitados estaban incapacitados para moverse y hasta para hablar, y dormitaban apoyados en la mesa o unos contra otros, con los

cinturones sueltos. La misma dama, un poco ida, estrechábase a su marido y decía con voz insegura.

—Tengo sueño, amigo mío; excusadme ante las otras damas.

Ansiau y Thierry eran casi los únicos que se mantenían serenos, porque habían bebido y comido poco. Encargáronse de llevar a sus huéspedes a las camas para la siesta y la pobre Aalais, a duras penas, hubo de hacer lo mismo con las señoras; luchaba trabajosamente con violentos accesos de náusea y a pesar de todo conseguía mostrar un aspecto amable y sonriente. Por último se sintió feliz al poder echarse en el jergón cubierto con alfombras rojas, al lado de

Marsille de Hervi; pesábale la cabeza como si fuera de plomo. De repente sintió con espanto que los ojos azules de Erard se posaban pesadamente sobre sus hombros y su cuello; se estremeció y al abrir los ojos no vio en tomo a sí más que a las damas de Hervi y a sus primas de Linnières.

Cuando hubo descendido el calor, pajes y criados encendieron otra vez el fuego a fin de poner en los espetones jabalíes y corderos para la cena. Las losas de la gran sala fueron cubiertas con hierba fresca y en el patio, junto al pozo, se dispusieron unas planchas para la danza y bancos cubiertos con tapices. Damas y damiselas acudieron a sentarse

en los bancos y los dos hijos del barón les llevaron para beber una mezcla de agua y miel, sirviéndolas por turno y comenzando por la dama del castillo. Pierre de Fréne acudió a sentarse a los pies de la dama y comenzó a interpretar en una cornamusa unos aires de danza que las jóvenes cantaban a coro, batiendo palmas.

*Renaus y su amiga
cabalga por un prado,
toda la noche cabalga
hasta que es día claro
No tendré más goce,
Mi señor, de amaros.*

Entre los caballeros, Erard de Baudemant era el único que no tenía

mujer, por lo cual, Ansiau le dio como pareja a su prima Claude de Linnières, segunda hija de Herbert, de las mejores danzarinas y de las mejores voces que jamás hubiera. Aalais bailaba con su esposo, pero no podía dejar de vigilar a Erard y a la joven de cabellera rojiza: Claude, hija de Bone de Traignel, era corpulenta, fina y de buena raza; su piel era lechosa, los ojos un poco almendrados; tenía diecinueve años cumplidos. Aalais se mordía los labios por la rabia al ver a la joven pasar por todas las gamas del rosa y del rojo bajo los ojos brillantes de su pareja. «Es una imbécil que se cree todo lo que él le cuenta», pensaba. Y el barón le preguntó

si le dolía el vientre.

Como para la danza siguiente cambiaban las parejas, Aalais dejó al barón dar la mano a Marsille de Hervi y ella misma la dio a Erard. Era la primera vez que hablaba con él después de Troyes y la dama estaba tan furiosa que había olvidado todo lo ocurrido desde entonces.

Entre dos estribillos, preguntó al joven si hallaba más fáciles a las pelirrojas que a las rubias, a lo que Erard respondió: «Me gustan más».

La dama se echó a reír.

—No seréis vos su primer enamorado.

Erard no respondió y contempló a la

dama que batía las palmas cadenciosamente, con el estribillo; después, cuando ella hubo terminado, le dijo:

—Bien hubierais deseado estar en su lugar. Aalais enrojeció por la cólera:

—Eso es una gran mentira. Se necesita ser como vos para creerla.

Erard daba vueltas en torno a ella al ritmo de la música, como un buitre sobre su presa y Aalais sentíase cogida en sus círculos mágicos; no podía salir de ellos, ni siquiera levantar los ojos. Pero a la siguiente vuelta dio la mano a Manesier de Coagnecort y Erard se alejó con la esposa de su hermano Hue.

Después de la danza, caballeros y

damas un poco jadeantes y calurosos por el baile se dispusieron en los bancos y en las alfombrillas dispuestas en el suelo en torno a aquéllos. Las jóvenes se soltaban el cuello y apoyaban a sus mejillas las placas de metal y esmalte pendientes de sus largos cinturones. De la puerta entreabierta de la sala procedía el olor de carne asada, mezclado al de la menta y el del benjuí, del que estaban llenas las planchas del suelo.

Erard se había instalado por tierra a los pies de la dama del castillo; y ella, de humor nada bueno, le dijo:

—Mejor es que vayáis en busca de mi prima Claude.

Pero conocía bien la costumbre de Erard de no contestar a lo que se le decía. Ni siquiera pareció haberlo oído y sólo dijo:

—Mirad el hermoso broche que llevo al cuello: me lo dio una dama en Constantinopla.

Aalais se inclinó para ver bien el broche y sus cabezas casi se tocaron. Entonces Erard habló muy aprisa y en voz baja. Dijo que la dama ya no tenía las mismas razones que antes para no entregarse a él; y puesto que era la señora del castillo, bien podría saber de un lugar en el que podrían verse a solas. A lo que Aalais contestó:

—Callaos. No quiero escuchar más.

El caballero la miró insolente.

—¡Oh! No es el deseo lo que os falta. Pero teméis demasiado a vuestro barón.

—Nada de eso, amigo mío: lo amo.

—¡Un hombre con el que vivís hace diez años!

Aalais sentíase en terreno firme, porque nada le gustaba tanto como discutir con Erard.

—Y lo amo aún más por eso mismo —dijo.

—Eso es imposible. Cualquiera os diría lo mismo.

—Sabed, amigo mío —dijo la dama —, que cuando se ama de veras se ama para toda la vida.

Erard contestó riendo que él no conocía un amor así.

—Además, no podéis amar a ese hombre. Ante todo, tiene dos ojos de caballo.

La dama se echó a reír, sorprendida por lo certero de la observación; y pensó que algún día se serviría de ella para zaherir al barón.

—Y vos —dijo—, ¿qué ojos tenéis?

—A vos toca decirlo, señora.

Aalais lo miró entre sus pestañas y pensó que tenía unos ojos muy bellos, los veía tan cerca de los suyos, como aquel día en Troyes, y ese recuerdo la turbó de tal manera que no sabía qué decir.

—Sabéis —sentenció Erard— que lo nuevo es siempre mejor que lo viejo; ya lo veis: vos procuráis comer huevos frescos, frutas frescas, carne fresca; y cuando no son nuevos, están podridos y no sirven más que para tirarlos. Cuando hayáis gustado de un amor nuevo, no volveréis a querer el viejo.

—No, mi bello señor —dijo Aalais sonriendo—; el amor es como el vino: mejor, cuanto más viejo.

Y Erard:

—Vino verde embriaga más.

—Quizá. Pero es bueno para los soldados.

Aalais estaba satisfecha de su propio humor y del giro que iba tomando

la conversación; pero aquel cara a cara no duró mucho, pues Claude de Linnières, su hermano Garin y Bertille, cuñada de Erard, fueron a intervenir en aquel debate sobre el amor. Claude dijo:

—Nada me gusta tanto como oír discutir sobre el amor. Y sé que el señor caballero ha sido maestro en ello.

—Nada de eso —dijo el joven—, pero juzgad vos misma: ¿con quién alcanzaríais más placer, con un amante nuevo o con uno al que ya tenéis hace diez años?

Claude enrojeció y dijo que no podía juzgar, puesto que aún no se había casado. Bertille, sin vacilar, optó por el amante nuevo.

—Pues yo sostengo que el viejo es mejor —dijo Aalais—, puesto que más se estima a un amante fiel que a un veleidoso.

—¡Mi prima tiene razón! —dijo Claude, palmoteando. Erard no se dio por vencido y respondió:

—He aquí que el mismo barón de Linnières se acerca a nosotros. Tomadlo por juez en esta cuestión.

Claude rió a la idea de ver a su primo juzgar en una cuestión de amor y lo llamó, levantando su dedo blanco.

—Venid, primo: necesitamos de vos.

Ansiau se acercó a ellos con una amplia y radiante sonrisa y preguntó en qué podía servirles.

—Decidnos, primo: ¿cuál es mejor de dos amantes, el viejo o el nuevo?

Ansiau respondió sin vacilar:

—El nuevo.

La dama hizo un gesto y lanzó a su marido una mirada cargada de reproches.

—Me habéis desmentido, barón —le dijo—, ya están todos contra mí. Pero yo, señor caballero —y se volvió a Erard—, sigo sosteniendo que el antiguo amor siempre es el mejor.

Ansiau dijo:

—De acuerdo, dama. Sabéis que nada entiendo de eso: esas historias de amor están bien para los jóvenes...

Y se apresuró a reunirse a Haguénier

y Manesier, que hablaban de la captura de un oso en el bosque de Othe, cerca de Buchie.

—Ya lo veis —dijo Erard a la dama—. Nos os queda más remedio que rendiros.

—Sí, sí, hermosa dama —gritó Garin el Rojo—, entregaos: vos habéis perdido.

Aalais, de mal humor, replicó:

—Dejadme. No me gusta este juego.

Erard se levantó y fue a sentarse con Claude al otro extremo del banco. Entonces la dama se sintió a punto de llorar de vergüenza y de celos; y en ese momento le parecía que era Ansiau el nuevo, el intruso, que llegaba Dios sabe

de dónde para separarla de Erard. La había abandonado, traicionado Dios sabe cuántas veces; y después de dos años y medio, cuando ya empezaba a olvidarlo, venía a tomarla de nuevo, como si fuera una cosa, su caballo, su perro. Tanto le costaba contener sus lágrimas que manifestó a Bertille de Baudemant que sentía dolor de cabeza.

—Os comprendo —respondió Bertille—. También yo he comido demasiado y siento un gran peso en la cabeza.

En ese momento, la campana de la capilla tocó a vísperas. La dama se puso en pie y comenzó a arreglarse el cuello que había desabrochado a causa del

calor. Apoyábase con la espalda en el banco y sabía que Erard iba a pasar tras ella. Lo sintió detenerse. Sentía su barba rozarle la mejilla.

—... Estoy enfermo. ¿Por qué no queréis curarme?

—Id a decírselo a Claude.

—No amo más que a vos. Bien lo sabéis. Decidme dónde podré veros.

—En el infierno —dijo la dama. Y se unió al barón, que ya se dirigía a la fortaleza.

Durante todo el oficio de vísperas, Aalais, con la frente apoyada en sus manos, se estrujó el cerebro para poder hallar un sitio en el que encontrarse a solas con Erard aquella misma noche.

Todo el mundo estaría un poco embriagado después de la cena. Subiría a ayudar a las damas a acostarse, después saldría a respirar el aire fresco por la puerta pequeña del norte, que da al muro. De allí descendería al jardincillo. Erard no podría llegar allí más que encaramándose al tejado de los establos, pero si los criados se hallaban en la sala después de la cena, nadie lo vería. Al salir de la capilla apoyábase en el brazo del barón y la asaltó tal vértigo que temió caer al suelo; sentía sudor frío en las sienes y en los párpados; y el terror que experimentaba era tal que temía ver abrirse la tierra a sus pies. Ansiau le preguntó:

—¿Os sentís mal?

—Estoy muy cansada.

—Pobre señora. No tendréis mucho que hacer. La cena no será tan larga como la comida.

Pero la cena fue muy larga y muy ruidosa. Se encendieron las antorchas, porque la sala estaba ya a oscuras; pero en las ventanas había claridad. La copa de vino no tenía descanso y el escudero apenas tenía tiempo de correr para llenarla de nuevo. Los caballeros se aplicaban a vaciarla de un trago, tras haber ofrecido el primer sorbo a su dama. Hacia el término de la cena el barón estaba ya pasablemente ido; canciones y bromas eran cada vez más

groseras y las damas se levantaron para ir a acostarse. Entonces, Erard se levantó también, fingiendo ir al patio para alguna necesidad, y se detuvo ante la dama, que se encontraba exactamente donde tenía que pasar. En la penumbra, sus ojos brillaban con una luz amarilla como los de un gato y su pálido rostro parecía muy bello. Todo su aspecto traducía un sufrimiento y Aalais sintió lástima. Le dijo:

—Buenas noches, señor caballero.

Y añadió en voz muy baja:

—El jardincillo detrás de los establos. Subid al tejado, ya veréis el camino. Inmediatamente después.

Los ojos del hombre brillaron; sus

orificios nasales se abrieron completamente. Y pensando en la alegría del joven, Aalais olvidó sus propias angustias.

* * *

El dormitorio estaba completamente a oscuras cuando Aalais regresó a él; varias veces tropezó con los cuerpos de los criados dormidos. Dos lámparas de aceite ardían en los rebordes de los pilares, en medio de la sala. La dama se echó junto a Richeut apretando mucho sus dientes para impedirles castañetear.

—¿Dónde habéis estado? — preguntó Richeut—. Os busqué por

todas partes.

—Me encontraba mal. Fui al muro a tomar el aire.

Richeut replicó:

—Si vuestro esposo estuviera más en sus cabales, yo le contaría cómo fuisteis a tomar el aire...

Aquella noche, Aalais no tenía ánimos para discutir con Richeut. Se acostó hundiendo la cara en la almohada, con la cabeza oculta entre los brazos y no se movió más. Oyó a los hombres entrar con ruido y escuchó durante un rato los cantos llenos de vino, los juramentos, los empujones, las risas, preguntándose si aquel alboroto terminaría alguna vez. Al oír al barón,

comprendió que había bebido mucho y se dormiría fácilmente: por el momento, ella no deseaba otra cosa.

El barón se echó a su lado y le preguntó con voz un poco pastosa por qué temblaba.

—Dejadme, estoy cansada —dijo Aalais.

Y pronto lo oyó roncar. Pero la dama no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Pensaba sobre todo en el peligro al que se había expuesto y a los que se exponía aún. Erard podía cometer imprudencias; además, tenía su sortija. Y era capaz, ya que no de matar al barón, sí de provocarlo y causar no pocos disgustos. Aalais se decía: «¿Qué

hacer ahora? ¿Qué hacer?»; y muy a su pesar, una sonrisa de placer recorría sus labios al recordar la voz baja y cálida de su amante.

No sentía remordimientos, porque el temor a la deshonra era mucho más fuerte que el sentimiento del pecado. El barón no debía saber nunca qué había hecho. Ella, Aalais de Puiseaux, nunca sería acusada de adulterio como Irma, o como Adela de Bercen, que no habían sabido esperar a su marido. Richeut y las demás tendrían que callarse. Aalais era y seguía siendo una mujer irreprochable; lo juraría sobre la cruz y sobre las reliquias; además, ella misma lo creía; y era verdad. No es cierto que

una hora de goce os cambie de mujer honesta en puta. No era peor hoy que la víspera, ni tenía el rostro feo y sucio, ni el cuerpo sarnoso.

Diciéndose a sí misma todo esto, la dama vio cómo las ventanas iban tiñéndose de gris y después de blanco, y escuchó el cantar de los gallos.

En el patio y en las caballerizas los escuderos se llamaban unos a otros, los caballos piafaban; los que partían para la caza debían alzarse muy temprano. No fueron muchos aquel día. Con todo, el barón fue uno de los primeros en levantarse, con Manesier de Coagnecort y Erard de Baudemant. Garin, hijo de Herbert, los dos hijos de Girard el

Rubio y Thierry, bajaron al patio donde los perros de dos jaurías, estremecidos de impaciencia, husmeaban el aire y agitaban sus colas. La bruma no se había disipado aún; el cielo, encima del bosque, era color rosa —lo mismo que el muro de la fortaleza—; pero la sombra de la empalizada era aún tan amplia que sumía a hombres y caballos; sólo las cabezas de los jinetes emergían de ella, radiantes.

El cuerno sonó la llamada y la pesada puerta chirrió sobre sus goznes. «Dios nos ayude —dijo Ansiau santiguándose—. Os deseo a todos una bella caza, señores. Y espero que mi bosque os haga honores.»

Como cortés anfitrión, dejó pasar delante a Manesier y a Erard. Lentamente, el joven avanzaba en su caballo gris, con la cabeza erguida como siempre; se volvió a Ansiau y lo miró largamente; había en la mirada una especie de insistencia burlona y hostil, que sorprendió al barón. Sintió la tentación de decirle: «¿Nunca habéis visto mi nariz»; pero se contuvo, pues no quería ser brusco con su huésped. Pero, ya en el camino, dijo a Manesier:

—Mi cuñado Erard es un caballero de gran valor, pero no de humor alegre; no me gusta su modo de mirar a las personas.

Manesier, que estimaba mucho a

Erard, respondió que el joven había tenido una vida muy dura junto a su hermano y que cualquiera se hubiese agriado por menos. El viejo Hue no le daba ni vestidos ni caballos y conspiraba ante el vizconde para despojarle de su parte de herencia.

—Eso es un mal hermano —dijo Ansiau—. Pero me extraña que Erard se preocupe por ello. Es hombre espléndido y seguramente hará un matrimonio rico.

—Si sólo dependiera de las mujeres, las tendría a todas —dijo Manesier—, pero están también los padres y el vizconde; y para conseguir del vizconde una rica heredera, hay que ofrecerle

regalos, como bien sabéis. Y el pobre Erard apenas tiene para mantener a su caballo.

A la vuelta, poco después de la hora nona, los cazadores se detuvieron cerca del abrevadero para las ovejas. Ansiau preguntó a sus dos huéspedes qué tal les había ido la caza aquel día.

—Podría creerse que me habían puesto a propósito los jabalíes a tiro: tantos he matado —dijo Manesier. Erard sonrió:

—Me gusta sobremanera cazar en las tierras de mi hermano de Linnières —dijo—. No las hay mejores.

Y Ansiau volvió a sentirse incómodo, porque había algo

provocativo en la voz vibrante del joven.

Durante la comida, Erard se mostró alegre y animado y el barón se dijo: «No es nada desagradable». Pero no podía ver con serenidad aquellos ojos tranquilos y azules que se posaban en él de vez en cuando. Creía adivinar en ellos menosprecio; pero como Erard no tenía razón alguna para menospreciarlo, Ansiau no comprendía qué era lo que el joven huésped podía querer de él.

La dama se había levantado aquella mañana quebrantada y triste. Decíase que todo andaba revuelto en la casa, que los criados estaban aun embriagados y dormían, que las sirvientas abandonaban

su trabajo, que no se vigilaba a las bestias; y Dios sabía cuánta harina, cuántas especias, cuánta uva seca se había derrochado por falta de vigilancia. Un solo día de descanso: y había que pagarlo bien caro.

¿Era ella, la dama de Linnières, quien había corrido como una loca hacia el pequeño jardín para echarse en brazos de un huésped de su marido? ¿Ella, la hija de Joceran de Puiseaux, la nieta de Gui de Marseint; una dama tan noble, que tan bien había sabido custodiar su virtud en la ausencia de su marido... y ahora que él estaba allí se abandonaba a otro, como adrede, por menosprecio para con el barón?

Sentada en un banco cubierto de tapiz, bajo las ventanas de la sala, distraía a las damas de Hervi y de Coagnecort jugando con ellas a la sortija y mostrándoles las obras de bordado que había hecho durante el año. Aalais había formulado un voto de donar una casulla bordada en oro a la iglesia de Santa María de los Ángeles si su marido regresaba sano y salvo de la cruzada; y para anticipar la conclusión del voto trabajaba con tanto empeño que la casulla estaba ya casi concluida; las damas la admiraron mucho, porque ninguna de ellas sabía bordar. Aalais siempre se mostraba orgullosa de su habilidad. Aquel día pensó que

realmente era la más noble en todo; y he aquí que ahora le sucedía algo tan feo. Era una gran lástima.

Pero ¿es que aquellas mujeres no tenían pecado alguno? No, seguramente no era así: ¿por qué iban a ser más firmes en la virtud que ella? Cada una tendría en su pasado un escudero, o un menestral, o un caballero de paso (y quizá más de uno). Se necesitaba ser Irma para que todos hablaran de una. De las otras nadie decía nada; y de ella misma nadie sabría cosa alguna — Aalais y Erard serían los únicos en saber...— y hasta se guardaría muy bien de confesárselo al canónigo de Santa María de Hervi. Debería encontrar un

sacerdote peregrino, de paso en la comarca, al que daría un bizantino de oro para su iglesia. De esta manera su falta iría a sepultarse muy lejos, en algún convento de la Lorena o del Languedoc y nadie oiría hablar de ello. Aalais estaba decidida a no ser débil; Erard había obtenido de ella todo lo que podía desear y ya comenzaba a tratarla con desdén, puesto que se había ido de caza sin dignarse mirarla. Le diría: «Buen amigo: os he probado harto que os amo; ahora voy a probaros que soy una noble mujer; no deseo volver a faltar a mi esposo». Y estas palabras pensadas la dejaron tan satisfecha de sí misma que casi olvidó sus nostalgias y

tristezas, para no pensar en otra cosa que en el placer de decírselas a Erard.

Durante la cena, la dama no se atrevió a mirar demasiado hacia donde estaba Erard; en cambio, se mostró encantadora con el barón. Ante todo, porque de veras deseaba serle fiel y reparar sus faltas; y después, porque quería excitar los celos de Erard.

Tras la cena, hubo danzas como la noche anterior; los caballeros y sus damas danzaban los primeros, acompañados por el canto de las jóvenes y de los escuderos, sentados en el suelo y sobre los bancos. Eran seis parejas de danzarines y se trataba de un baile de diversas figuras, muy

complicado con movimientos en rondas y en parejas. El barón era, con mucho, el mejor bailarín, tanto por el ritmo como por el vigor con que danzaba: batía palmas, chasqueaba los dedos y evolucionaba con una ligereza sorprendente en un hombre de su corpulencia.

Era un bello espectáculo, en la cálida sombra de los dos tilos junto al pozo, el ver a esas parejas que giraban y se separaban al ritmo de la tonadilla, las damas con sus vestidos claros alternando con los caballeros, que llevaban amplias tónicas de vivos colores —el gran balandrán rojo del barón, el vestido azul de Erard, las

túnicas a rayas verdes y rojas de los hermanos de Hervi—; todos cambiaban de pareja a cada estribillo y hubiérase dicho una guirnalda de turbantes que se entrelazaban y cruzaban sin cesar.

El barón había dejado a su dama a Erard para danzar con Claude y los dos primos se entendían de maravilla, porque estaban tan entusiasmados con la danza el uno como el otro. Claude acabó declarando en voz alta que su primo era el hombre más atractivo de toda la concurrencia. Ansiau estalló en una carcajada y dijo que ella quería, sin duda alguna, meter celos a todos sus enamorados.

—No tengo enamorados —replicó la

joven.

—Entonces, ¿por qué os sonrojáis?

—preguntó su primo.

—Tengo calor —dijo Claude.

El barón contestó que sabía bien por qué tenía calor y que su buen amigo Erard debía tener algo que ver en todo eso.

—¡Oh! ¡No es que me importe demasiado! —aseguró la joven. Pero sus ojos se volvían sin cesar hacia la rubia cabeza del joven caballero.

Cuando volvieron a encontrarse, Aalais guiñó un ojo y dijo a la muchacha:

—Tened cuidado.

—¿De qué? —preguntó la otra.

—Del amigo... Es duro cazador.

—Y yo soy pieza más astuta que él

—dijo Claude riendo.

—No estéis tan segura. Sabéis que no acostumbro a bromear con estas cosas.

Claude adoptó un aire ofendido para decir:

—Y vos sabéis que soy de padre y madre nobles.

La dama y Erard danzaban juntos y ella sentía gran placer, olvidando sus tristes pensamientos. Se conformó con decir al joven que cuando un caballero ha obtenido el amor de su dama no se va de caza al día siguiente. Erard replicó que lo había hecho para no despertar

sospechas.

—Vaya, os conozco bien —dijo Aalais—. Siempre tendréis una excusa.

Después dio la mano a Manesier y Erard partió con su cuñada Bertille. Ésta no contaba más de dieciocho años, era de baja estatura y parecía sonreír demasiado a Erard. De manera que, a la vuelta siguiente, Aalais adoptó un aire distante y reservado que hizo palidecer la espléndida sonrisa del vencedor en sus labios.

—Señora, ya no me miráis como debierais.

—Nada os debo, señor caballero.

—Si habéis cambiado con respecto a mí, señora, que Dios os castigue. Yo

no lo he merecido.

Aalais nada respondió, ocupada como estaba por el paso de la danza. Después, cuando se volvió a su pareja para darle la mano, vio en el joven una mirada tan dura que quedó espantada. Erard dijo:

—Si habéis cambiado, conozco la causa.

—Nada tenéis que decir contra mí, señor.

Erard se inclinó y le dijo al oído:

—Judas.

Aalais iba a liberar su mano para castigarlo con una bofetada, pero se contuvo y se conformó con pellizcar con todas sus fuerzas la palma de la mano de

su amigo; éste se mordió los labios por el dolor y se vengó apretando los dedos de la dama de tal manera que estuvo a punto de sentirse mal y declaró en voz alta que no deseaba danzar más porque estaba cansada.

Tocó el turno entonces a los jóvenes escuderos y a las doncellas para mostrar su destreza en el baile. El barón se sentó en el banco junto a su esposa y anunció que daría una copa de clarete a la pareja que mejor bailara. Estaba excitado, feliz por haber pasado una jornada dichosa y cuando sus ojos se detuvieron en la dama, colorada y cálida con sus grandes labios abiertos como una flor al sol, se preguntó qué podía desear más en la

vida: «Qué bella está —pensaba—. Nunca ha estado así». Y le pasó el brazo en tomo a los hombros.

Aalais se estremeció, a su pesar. Ese brazo del dueño la molestaba; sin querer se volvió a Erard, que se había sentado en el suelo a la manera turca, a los pies de Claude. Aalais vio que el caballero tenía muy pálido el rostro, muy tenso, como el de un hombre que sufre dolor de muelas, y le perdonó cuanto tuviera que perdonarle. Suavemente, se liberó del amplio y pesado brazo de Ansiau, diciéndole que tenía ya bastante calor. El barón la miró de través, un poco sorprendido por la falta de cortesía, pero nada dijo y, poniendo los codos

sobre sus rodillas, volvió a contemplar a los bailarines, dando palmas cadenciosamente y cantando el estribillo con su voz grave, que disonaba un tanto entre las otras.

La noche fue bella y cálida. Huéspedes y anfitriones subieron a la sala superior para tenderse sobre los lechos rociados con agua de lavanda y llenos de ramilletes de hierbas frescas. El mido del patio descendía lentamente y el rumor de los grillos empezaba a llegar al castillo como en oleadas, entrecortado por los jadeos, los chirridos de las camas y los gruñidos de los perros.

Aalais pensaba que, de los dos

hombres, era Erard quien más la amaba, puesto que estaba celoso; y ella tenía buenas razones para amarlo. Y cuando hubo de responder a las caricias del barón, lo hizo de mala gana, pero no se atrevió a defenderse, porque él estaba un poco bebido. Al momento se sintió tan desgraciada que no pudo contener las lágrimas; y cuanto más lloraba, más afluían a sus párpados, de tal modo que al poco rato tenía las mejillas humedecidas y tuvo que secárselas con las manos y el cabello; pero las lágrimas seguían fluyendo. Ansiau lo notó y preguntó a su esposa por qué lloraba. Aalais replicó que no lo sabía; pues en su cabeza había tal desorden que ni

siquiera podía encontrar un pretexto plausible. Entonces, Ansiau quedó verdaderamente preocupado.

—Señora, no se llora sin razón. Y veo que tenéis las mejillas humedecidas por las lágrimas. Debéis decírmelo todo; no podéis ocultarme cosa alguna.

—No, no, barón. Os juro que no hay nada.

—Eso no está bien, amiga mía. No debéis desconfiar de mí. Estoy aquí para protegeros. Si alguien os ha hecho daño debéis decírmelo. No tenéis por qué temerme.

—Nadie me ha hecho daño, barón.

—Entonces, es por los hijos. ¿Está malo alguno? No debéis ocultármelo,

pues lo sabré tarde o temprano.

—¡Oh! ¡Qué estáis diciendo! No digáis tales cosas. Nadie está enfermo. ¡Gracias a Dios! Si os digo que lloro por nada, es que lloro por nada. No tengo la costumbre de mentir.

—Señora, estoy seguro de que alguien os ha hecho daño. Si no queréis dañar a esa persona, os juro que no le haré nada. Pero debéis decírmelo: de lo contrario, no dormiré tranquilo.

—Dejadme, barón: ya veis que no lloro más. Estaba muy cansada, eso es todo.

Hundió la cabeza en las almohadas y no se movió, mordiéndose la mano para que no se le escaparan los sollozos que

subían a su garganta. El barón no quería interrogarla más. Pero seguía entristecido por la falta de confianza que ella mostraba.

Ansiau sentóse en el borde del lecho, hundió las manos en sus cabellos —muy espesos desde que se los cortara la última vez— y comenzó a rascarse la cabeza como un hombre muy preocupado. Había vuelto sano y salvo de Dios sabía qué infierno, había hallado su casa y sus tierras en buen estado, sus hijos y su mujer con excelente salud, sus hombres fieles y devotos, sus vecinos llenos de cortesía. Y la dama podía sentirse infeliz con todo eso: nunca, antes de la cruzada,

había llorado de aquel modo. Ansiou habíase creído dichoso como un santo. Y ahora volvía a su espíritu la tan conocida historia del caballero que permanece mucho tiempo en Tierra Santa y pierde por ello el amor de su dama.

Aalais debía esperarlo siete años. Y sin embargo, veía claramente que no lo amaba como antes. Por lo demás, dábase cuenta de que lo había merecido. Una mujer tan valiosa y de tan excelente familia —pensaba— hubiera podido encontrar marido bastante mejor. Ansiou nunca había intentado gustar: sólo trataba de coger: y he aquí que ahora, renegrado por el sol y el viento, con el

cuerpo endurecido y calloso, curtido por los latigazos y los mosquitos —ese cuerpo de mendigo arrastrado por mercados de esclavos y galeras— era acogido ahora en un lecho de sábanas blancas y por una dama de cuerpo blanco y más suave al tacto que una flor; un cuerpo limpio, con olor a hierbas del campo; tan noble, tan limpio, tan sin mancha. Ahora se arrepentía de haber usado tan fácilmente de sus derechos. La dama no debía sentirse orgullosa de un marido que volvía al país a cabeza descubierta y descalzo; si es verdad que con eso había merecido el perdón de sus pecados, no le servía para merecer el amor de una dama. Supo soportar sin

quejarse demasiado el hambre, la sed, los golpes, el tórrido sol; la miseria no tiene nada de humillante si se la acepta por amor a Dios. Pero no comprendía que pudiera entenderlo una mujer, aunque fuese noble... Era natural que se sintiera humillada al ver a su marido más pobre que los demás, al ver a otras damas mejor ataviadas que ella; porque la dama era orgullosa y quería ser la primera en todo.

Y por primera vez en su vida, Ansiáu sintió amargamente el haber regresado al país con las manos vacías, cuando había más allá del mar tan bellas sedas tejidas y recamadas en oro, tantas muselinas, tantos bordados, velos

transparentes, collares y pendientes, sortijas y diademas. Había visto cosas tan bellas que los ojos le dolían a fuerza de mirar en las tiendas de los barrios de comerciantes en Acre y Jerusalén: bordados con animales y flores entrelazados a hojas de colores vivos y a hilos de oro; pendientes con zafiros y amatistas, que tanto realce podrían dar a las mejillas de la dama y al color de sus ojos. ¿Qué respeto puede tener una mujer por un hombre que ni siquiera tiene con qué pagar su armadura?

La dama no se movía, su respiración era igual, como la de una persona dormida; pero Ansiau sabía distinguir a diez pasos el sueño fingido del

verdadero. Dijo:

—Dama.

Ella no contestó. Ansiou no insistió, como si se sintiera culpable, diciéndose que su esposa se mostraba muy dura con él.

«¿Qué hacer —pensaba— para reconquistar su amor?» No es hermoso usar de una noble dama por fuerza y contra su voluntad. Y sin embargo, Ansiou no veía con demasiada claridad qué podía hacer, puesto que el disgustar a otro era, entre todos los errores, el de más difícil reparación. Además, por san Thiou, ¿por qué había de llorar Aalais como si su corazón estuviera quebrándose? Las mujeres —pensaba—

son difíciles de entender; demasiado delicadas para nosotros los hombres.

Por la mañana hubo una salida general para la caza. Caballeros y jaurías de perros se esparcieron por el prado ante el castillo y se encaminaron por los caminos en las direcciones de Seuroi y Bernon. Las damas, por temor a mojarse los vestidos, tomaron el camino de Flogny, menos fangoso que el otro, para alcanzar en seguida la carretera seca por la capilla del Viejo Bosque. Erard de Maudemant, Garin de Linnières, Renaud, el hijo de Haguénier y dos escuderos se ofrecieron a acompañar a las señoras y Ansiau pensó que tal compañía convenía más a Erard

que la otra. Bien ceñido en su tunique de cuero rojo, con su capa azul echada sobre los hombros y su halcón azul posado en el guante de la mano izquierda, Erard caracoleaba y pavoneaba ante las damas, y hacía admirar su destreza lanzando su caballo sobre el seto del recinto de los toros, frenándolo bruscamente y cogiendo ramas de roble en plena carrera. Ansiau estaba tan irritado por esas insolentes gracias de gallo joven, que a duras penas evitó insultar al muchacho. Nunca persona alguna habíale inspirado tanto menosprecio. «¡Qué payaso! —pensaba—. Salir así para exhibir ante las damas su hermoso cuerpo.» Una nota

provocativa en la risa de Aalais, llena de admiración, lo endureció aún más y se puso al acecho como un caballo que siente la proximidad del oso. Pero pensaba tan poco en ser celoso, que se conformó con pensar: «Si ese presumido se atreve a tocar a Claude, le corto las dos orejas».

Ambos grupos se separaron temprano. El de las damas cabalgaba por prados interrumpidos por bosquecillos de abedules y de olmos y avanzaba lentamente, lanzando los halcones, volviendo continuamente atrás, ocupándose mucho más de conversar que de cazar. Sólo las damas jóvenes formaban parte del grupo:

Lucienne, esposa de Manesier, Bertille de Baudemant, Claude de Linnières y la dama del castillo. Aalais, como siempre, creíase la más bella del grupo; pero sabía bien que Claude y Bertille eran más menudas que ella, que tenía ya veinticinco años. Aquel día, contra lo que solía ocurrir, la caza la ocupaba muy poco: devoraba con los ojos a Erard; de manera que ni siquiera sabía dónde cabalgaba y ni siquiera soltaba el halcón. Era un hombre muy hermoso. Y esas mujeres parecían mirarlo con tanta ternura. Y él sonreía a las otras mostrando sus blancos dientes; tal como le había sonreído a ella.

«Esta Bertille —pensaba Aalais—

es una desvergonzada. No lo deja en paz. Para una casada, es bien vergonzoso». Y de pronto, por el gesto imprudente y tranquilo con el que Erard tomó el brazo de su cuñada, Aalais comprendió que había una gran intimidad —y ya de bastante tiempo— entre el caballero y la esposa de su hermano mayor. Eso la encolerizó. Aproximó el caballo al de Erard y le dijo:

—Vos no os aburrís, señor caballero.

Erard contestó que al contrario, se aburría mucho por no estar a solas con ella. La dama se irguió:

—Por mi honor que no volveréis a

estarlo. No me habléis más de eso.

—¡Sí, quiero hablaros! Dadme una razón.

—Mi señor me gusta más que vos: eso es todo —dijo ella; y aflojó las riendas de su caballo, que siguió adelante.

Efectivamente, Erard la castigó, sin dirigirse más a ella hasta el alto cerca de la capilla; la compañía se detuvo allí para descansar y refrescarse. Uno de los criados llevaba en su silla de montar un saco en el que estaban dispuestas las provisiones, pan, queso y carne en salazón, además de dos copas que los jóvenes se apresuraron a llenar con el agua de un arroyo. Tras haber comido,

las damas declararon que deseaban seguir allí para hacer la digestión y se instalaron cómodamente en la hierba aún no segada, tras haber aflojado sus cinturones. Entonces Garin de Linnières preguntó si el caballero de Baudemant querría contar una historia para pasar el tiempo y las mujeres aplaudieron, asegurando que Erard era excelente narrador y que debía concederles ese placer. Erard se hizo rogar un poco, como es de rigor; después pasó las manos por los cabellos, para echárselos atrás, dirigió en derredor una mirada provocativa, como de costumbre, y comenzó:

—He aquí una historia verdadera de

punta a cabo, que me contó un amigo que ha viajado mucho. Escuchadla: «Había una vez en Toulouse una bellísima y cortés damisela; su padre era encargado de los vinos del duque Richard de Poitiers, hijo del rey de Inglaterra. Cuando la damisela llegó a edad de marido, su padre la dio a un noble caballero del país; marido y mujer se amaron mucho, como debe ser. Pero ocurrió que el esposo de la dama partió para Tierra Santa y la dama quedó sola y sin noticias de él durante tres años, por lo que sentía tristeza y dolor y pensaba que habría muerto. Y como se hallaba triste, su padre acabó por llevarla a la corte del conde Richard, donde en aquel

momento se hallaban todos los altos barones del país y las más bellas damas, la reina Aliénor y la condesa Marie de Champaña, hija del rey Luis, nuestra noble dama y muchas otras que resultaría largo nombrar; pero la dama de la que hablo era la más bella de todas.

»Había entre los caballeros del conde Richard un joven bastante noble y valiente, cuyo nombre ignoro. Lo que sí sé es que vio a la dama y se enamoró de ella de tal modo que ya no pudo ni comer ni dormir. Ese caballero era buen mozo y tenía tanta suerte que cuantas damas deseaba acudían a él por propia voluntad; pero cuando hubo visto a la

dama a que me refiero, no quiso a ninguna otra, porque todas eran feas desde entonces para él.

«He aquí un mentiroso», pensó Aalais, halagada.

«Pues bien, el caballero fue a buscar a la dama y le pidió amores con mucha cortesía. Pero la dama era dura y orgullosa y contestó que deseaba ser fiel a su señor. De lo que el caballero quedó muy afligido porque veía que le era imposible vivir sin aquella dama. Estaba convencido de ir a morir si no lograba su amor y siguió rogándole y suplicándole de tal manera que la dama empezó a oírle sin cólera, pero aún no quería amarlo.

»Había entonces en Troyes —mejor dicho, en Toulouse— un caballero inglés que acudía a todos los torneos y era tan corpulento y fuerte que nadie se atrevía a luchar con él y eso porque aquellos a quienes atacaba con su lanza quedaban siempre o muertos o mutilados. No es que el caballero inglés lo hiciera a sabiendas: pero su fuerza era tal que apenas si podía evitarlo; no era mal cristiano y confesaba su culpa y se arrepentía cada vez que mataba a un hombre; pero los pobres caballeros no estaban menos muertos por ello.

»Y he aquí que la hermosa dama dijo un día a su enamorado caballero: "Buen amigo, si me traéis las armas de ese

barón inglés, obtendréis mi amor". Estaba convencida de que el amante se negaría a ello, porque el inglés era dos veces más alto que él y tenía más de cuarenta años, en tanto que el joven caballero no pasaba de los veinticinco. Era, en efecto, una locura pedir semejante cosa a un hombre por una simple ligereza femenina. Y el caballero hubiera hecho muy bien en negarse. Pero amaba tanto a la dama que no pudo contenerse y no quiso pasar por cobarde. Así pues, acudió a preparar sus armas, confesó, comulgó e hizo sus oraciones a Dios y a Nuestra Señora para que le diesen la victoria, porque si caía prisionero nunca tendría con qué

rescatarse y si moría no podría entrar en el Paraíso.

»Una vez en el torneo, mientras el caballero inglés avanzaba a la liza, el nuestro le arrojó el guante, provocándolo a combate singular, con gran asombro de todos. Por dos veces ataca el inglés y rompe en dos pedazos su escudo. Pero al tercer golpe, con la ayuda de Dios, el caballero alcanza tanto ímpetu y hiere con tal fuerza que el inglés pierde los estribos y vuela por el aire, cae a tierra y queda en el suelo sin moverse. Más de una hora se necesitó para reanimarlo.

»Ahora todos alaban y aprecian al caballero; y él está contento sobre todo

por su dama. Aquel mismo día coge las armas del inglés y va al encuentro de la señora, que habita una bella tienda de seda roja, cubierta de alfombras y cojines. La dama se le muestra tan bella que a punto está nuestro caballero de quedarse sin habla. Debemos decir que lo recibió bien, pues veía cuánto se había expuesto por ella. Pero, como mujer que era, le concedió todo, excepto lo que el caballero más deseaba. Dícele que tiene vergüenza a causa de sus parientes. Y creo yo que pudo pensar en ello antes de prometer nada; pero el caballero pensaba de otro modo: así pues, la dama le suplicó tanto que respetara su honor y su virtud, que él se

dejó coger y la amó más de lo que se amaba a sí mismo. Y escuchad lo que la dama le pidió en prenda de su amor: que la dejara y no volviera a verla durante seis meses; si durante esos seis meses seguía siendo fiel a ella, le concedería su amor y se casaría con él; a menos que su señor no hubiese regresado.»

—Estoy segura de que el señor volvió —dijo Claude—. Es lo que siempre ocurre en esta clase de historias.

—Y en la vida también: ésa es la lástima. Bien, como os decía, el caballero se dejó coger por las bellas palabras de la dama como una mosca en la miel y se fue a Toulouse para ir a su

castillo y os dejo que juzguéis vosotras mismas si el tiempo debió parecerle largo. Padecía un duro martirio, día y noche, sin encontrar descanso alguno. Pero aún no habían pasado los seis meses y he aquí que el esposo de la dama regresaba de Tierra Santa. Cuando el caballero lo supo, se desvaneció de dolor. Y sigue teniendo tal pena que está como loco. Pero como sabe que morirá si no halla una solución para obtener el amor de la dama, hace lo siguiente: va a ver a uno de sus parientes que conoce mucho al esposo de la dama y le pide que lo lleve a visitar a dicho caballero (sin mencionar a la dama, ni hablar de ella).

Aquí se detuvo Erard y pidió a uno de los escuderos que le llevara agua para beber. Aalais, sentada un poco aparte, trenzaba una corona con margaritas y ranúnculos amarillos y no se atrevía a moverse ni a levantar los ojos. Los recuerdos de Troyes la inundaban y sumergían y sonreía de felicidad pensando que Erard la había amado, el pobre; por más que estuviera segura de que jamás se habría desvanecido de dolor: era muy propio de él contar semejantes locuras. Pero como el joven callaba y no proseguía su relato, levantó la cabeza. Erard vació la copa de agua lentamente y la devolvió al escudero.

—Bueno, ¿y vuestra historia? — preguntó el joven Renaud de Hervi.

—Sois demasiado curioso, joven. Ya es hora de que nos vayamos: el sol está muy alto.

Bertile de Baudemant dijo que ante todo había que concluir la historia.

—Si la señora de Linnières me lo pide, la acabaré —dijo Erard.

Aalais había vuelto a trenzar su corona y nada dijo.

—Sí, sí, prima, pedírselo —gritó Claude —; vos, Garin, decidle que se lo pida. ¡Ea, prima!

Aalais levantó los ojos y dijo dulcemente:

—¿Por qué os ocupáis tanto de mí,

señor? Ya veis que todas las damas lo desean.

—Ah, está bien —dijo Erard, levantando la barbilla—. Tendréis el fin, pero en pocas palabras, porque ya es tarde. ¿Dónde me hallaba? Ah, sí: el caballero regresó a Toulouse y se encontró con la dama y su barón. Y el mismo día de su llegada, tanto hizo y tan bien, que ella le concedió una entrevista a solas en un hermoso jardín de cerezos y rosas. Y allí tuvieron mucho goce y placer, como podéis imaginar, y os aseguro que no fue el caballero el más satisfecho. Así pues, creía estar bien seguro del amor de la dama.

»Pero la mujer era falsa y mentirosa,

como podréis juzgar por lo que sigue: al día siguiente dijo al caballero que no amaba más que a su barón (cosa que bien había probado la víspera, según creo). Ahora bien, del barón no sé decir qué clase de persona era, pero creo que no debía de valer mucho, puesto que su mujer le había sido leal en su ausencia y se apresuraba a engañarlo en cuanto regresara. Respecto al caballero, otros dirán que hizo mal en apasionarse de esa manera por una mujer tan ligera. Pero creo que no debía soportar tal afrenta sin quejarse; y tal vez estaba enamorado más de lo que es de razón, lo que no puede achacarse a culpa suya. Así pues, intentó recobrar a

la dama. Y ahora, decidme, ¿quién de los dos tenía más derecho a ser amado por aquella mujer: el que había sabido conquistarla o el que no supo conservarla?»

Aalais sentíase como una criminal en la picota y no sabía qué hacer para contener las lágrimas de piedad y remordimiento que la ahogaban. Bertille de Baudemant fue la primera en romper el silencio.

—Ésa es una buena historia. Pero no se ha terminado.

—A vosotras toca acabarla —replicó Erard.

Entonces Garin de Linnières dijo riendo que, puesto que ni el uno ni el

otro de sus galanes había sabido darle cumplida satisfacción, la mujer no tenía más que tomar un tercero; que tal vez tuviera más éxito que los otros dos. Esa solución provocó mucha alegría, pero las damas la hallaron un tanto atrevida. Renaud de Hervi declaró que el caballero era el único culpable en toda aquella historia: hubiera debido someterse a la voluntad de la dama y tratar de conquistarla a fuerza de paciencia.

—No —dijo Claude—, fue la dama la culpable: no conviene cambiar tan fácilmente de parecer. Y Bertille añadió:

—Es verdad. El joven se la había

ganado; y no se niega el arnés tras haber dado el caballo.

—Pues bien —exclamó entonces Aalais, tras haber dejado caer su corona de flores sobre el regazo—, también yo tengo que decir algo: no es cortés por parte de unas damas culpar a la mujer. Y sobre todo se trata de saber si el caballero era tan fiel y tan desdichado como se nos cuenta; y si hubiera sido noble y leal, no se permitiría ofender a su dama.

Bertille la miró un poco a hurtadillas, preguntándose sin duda si no sería la misma Aalais la dama en cuestión; pero tales sospechas son de las que es mejor guardar para uno mismo y

la pobre Bertille tenía demasiadas razones para ser discreta.

La compañía cabalgaba ahora por el camino boscoso de Seuroi, deslizándose entre cañaverales y senderos retorcidos. La dama se encontró muy pronto con Erard y esta vez no le dejó el tiempo de hablar.

—¡Falso pagano sois! ¿De qué os quejáis? ¿Es que queréis perderme? ¿Acaso no os he probado bastante mi amor? ¿Qué más queréis? ¿Que me arrastre ante vos? ¿Que vaya a vuestro lecho?

En los ojos del joven había rencor.

—Me dijisteis que amáis más a vuestro barón.

—¿Sois tan inocente como para creerlo? Yo, que os he dejado hacerlo todo, como una loca... y he llorado tanto por vos esta noche...

—Pero no acudisteis al jardín. Os he esperado. La dama abrió mucho los ojos.

—Pero sabéis que no podía hacerlo. Es demasiado peligroso.

—Sois vos demasiado cobarde.

—No temo por mí.

Y hubo de probar allí mismo que nada temía, apartándose del grupo y siguiendo en compañía de su amigo hasta el claro de las hadas, donde estaba segura de que ningún cazador se aventuraría. Ataron sus caballos al viejo

doble y Aalais miró con espanto las grandes piedras blancas que emergían de la hierba alta, burlonas, malévolas. Era allí donde Flora acudía a bailar desnuda y a invocar a los demonios. Las moscas zumbaban, los cuervos hendían el aire lentamente, con pesadez, lanzando largos gritos broncos, que parecían venir de muy lejos. Echados en la hierba, abrazados, entrelazados, unidos en interminable beso, los dos seres de carne se habían convertido en algo tan grave y tan simple como las piedras, la hierba y el aire ardiente. El bosque vivía su vida eterna, sin cuidarse de ellos. Sólo el toque del cuerno llegaba a veces de la parte de los

pantanos.

—¿... Quien ha sabido conquistaros o el que no supo guardaros? —una voz ronca, ebria de orgullo satisfecho, de goce sin pudor. Aalais respondió con una avalancha de besos.

—El que me ha conquistado. Soy vuestra sierva para siempre. No os pido más que una cosa por mi amor, amigo mío, hermano. Juradme que no hablaréis más a las otras damas que están aquí.

—¿Cómo hacerlo sin despertar sospechas? No podría.

—Conozco a mi barón. No es él quien sospechará. Cada vez que sonreís a una dama me claváis un puñal en el corazón. Por piedad, no lo hagáis más.

O seré de nuevo malvada con vos: es más fuerte que yo.

—Bien, os lo prometo. Cuando queráis. No me importa ninguna.

Ella le acarició la frente y el cabello.

—Os amo tanto... Pero, escuchad: he visto que os gusta la mujer de vuestro hermano... lo he comprendido bien.

Erard escupió con aire disgustado y alzó los hombros. La dama se echó a reír; después frunció el ceño y dijo:

—Cuidad bien de no escupir así sobre mí algún día. Lo sabré y me vengaré.

—Oh, vos sois...

Estaba como abstraído en su

admiración. Era la primera vez que Aalais lo veía abandonado. Parecía más joven; sus ojos eran profundos y oscuros.

—¡Si supierais cómo la desprecio! Se ha empeñado en metérseme por los ojos y corre tras de mí como tina perra. Por poco que ame a mi hermano, me siento herido por su causa.

—¿Qué queréis que os diga? Ella es más joven que yo.

—¡Oh! Eso nada me importa. Vos sois la primera a quien amo de veras. Nunca he experimentado esto con otra alguna. Y vos precisamente tenéis que tener ya un barón... Y después de todo, ¿qué hace ahí en medio? Decidme: ¿es

leproso, o tiñoso o es un impotente? No ha sabido reteneros: no es culpa mía ni vuestra. Vuestro esposo no tenía más que hacer que abrir los ojos.

—No habléis de él —dijo Aalais.

—Sí: bastaba que mirara un poco mejor. ¡Qué diablos! Cuando se es un hombre, uno se defiende. De lo contrario, no hay por qué lamentarse. Es verdad que no es gran cosa físicamente. Y si alguna vez llegamos a las manos, veréis como le quito lo que le queda de nariz.

—No quiero que digáis tal cosa.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Si me amáis, debéis detestarlo. No sois leal para conmigo.

—... Dios mío —dijo la dama, viendo un sol de oro rojizo sobre las copas de los árboles—. A esta hora deben estar volviendo de la caza. Y nosotros aquí, discutiendo.

Erard palideció y se mordió los labios.

—¿Cómo salir de aquí? Tenemos que alcanzarlos lo antes posible. Oigo los cuernos de caza hacia la parte de Bernon.

—Son los del barón y del primo Girard —dijo la dama—. ¡Id a encontrarlos y yo iré directamente al castillo. Dios, Dios! Llaman para el regreso. Escuchadme: tenéis que hacer un buen pedazo de camino. Tomad ese

sendero y seguid derecho hacia la dirección del sol; os encontraréis el bosquecillo de abedules; allí dad la vuelta hacia la derecha; seguid el arroyo y cuando lleguéis al viejo sauce, tomad un sendero de jabalíes que va hacia Bernon; pero, sobre todo, no os desviéis hacia la izquierda: os hundiríais en tierras movedizas. Una vez allí, podéis hacer sonar vuestro cuerno y os responderán. Decidles que os perdisteis, pero no habléis del carro de las hadas. Corred.

—Sí. Venid al jardín esta noche.

—Iré.

—Pero no me hagáis esperar...

—No, no, amor mío. ¿No tengo

cabeza sobre mis hombros? Encontraré un medio. Id aprisa. Adiós.

Erard espoleó a su caballo y se alejó sin volverse, bastante preocupado y preguntándose si llegaría a tiempo para reunirse a los de la partida de caza. Si la ausencia de los dos hubiera sido notada, no sabía cómo saldría del paso. Nunca tenía miedo cuando se trataba de recibir buenos golpes, pero la idea del deshonor y del tribunal de justicia angustiaba su corazón. Avanzaba penosamente por el estrecho sendero y el caballo estuvo a punto varias veces de deslizarse hacia los barrizales movedizos; y tuvo que descabalgar para ayudar a la bestia a volver a la tierra

firme, de manera que llegó a la reunión de los cazadores todo cubierto de barro, rojo y con el cabello en desorden. Fue acogido por miradas burlonas y estallidos de risa que por fuerza debió aceptar con buen talante. Dijo que había seguido un ciervo, perdiéndose así entre los pantanos y la maleza, cosa que no era difícil de creer. «La próxima vez no os apartéis nunca sin un escudero que conozca bien el bosque. Hay lugares en los que uno se hunde de veras.»

Por la noche, Ansiau esperó a la dama tanto tiempo que a punto estuvo de dormirse. Y de hecho Girard y Richeut dormían hacía tiempo y todos los ruidos de la sala habían descendido y la dama

aún no aparecía. Comenzaba ya a preocuparse, cuando oyó un paso rápido y ligero y sintió que Aalais se deslizaba a su lado, un poco jadeante por la carrera.

—¿Aún no dormís, barón?

—No. ¿Dónde diablos estabais? Todo el mundo duerme. Creía que habríais muerto.

—Estaba con los niños. Girard no quería dormir.

—Quiero deciros una cosa, dama: no os enfadéis conmigo, pero creo que amáis demasiado a Girard. No está bien preferirlo a los demás. Creo que no siempre sois justa para con Mahaut y los hijos de Simon. Además, es malo para el

mismo niño mimarlo de esa manera.

—Tenéis razón, barón: es verdad. Tengo sueño.

—No me sorprende. No os quedaba más que estaros con Girard hasta maitines.

La dama no respondió. Bajo sus párpados cerrados todo era luz. Había unos labios sobre sus labios —unos ojos, unas manos—; estaba llena de Erard y olvidaba al barón, a los hijos, a Dios, a sí misma; nada importaba más que la belleza de Erard, sus hermosos ojos, sus bellos dientes, sus manos, a las que tantos besos diera. Sentía deseos de reír.

—Estáis rara, dama. ¿Os pasa algo?

—No. Tengo sueño.

Ansiau se dijo: «Tal vez sea yo, que he bebido demasiado», y de nuevo, como ante la proximidad de un peligro, su cuerpo se puso tenso y se crispó. Un olor agrio de hombre desconocido flotaba allí, muy cerca de él... pero creyó haber soñado, porque cerca de él no había otro hombre que su primo Girard.

A la mañana, viendo a su mujer vestirse, Ansiau preguntó de pronto:

—¿Dónde está vuestro anillo con la perla rosa? Hace dos días que no os lo veo.

—¡Virgen santa! —exclamó la dama—. ¡No lo tengo en el dedo! Y sin

embargo, nunca me lo he quitado, os lo aseguro. Debí sacármelo con el guante, en la cacería. ¡Oh, Dios mío! ¡Me gustaba tanto!

—Me lo había dado el tío Herbert —dijo Ansiau—. Un bonito anillo. Trabajado en Oriente. Es una lástima perderlo.

—¿Creéis que eso puede traerme alguna desgracia? —preguntó la dama, preocupada.

—Oh, no. No penséis más en ello. Otras cosas se pierden y tarde o temprano aparecen.

Aquel día hubo dos juegos en el patio. Aalais ni siquiera los miró: pensaba que el cielo, sobre el bosque,

estaba muy negro y que a la noche podía caer un aguacero y por lo tanto no podría acudir al jardín; ese temor no dejaba en su mente sitio para ninguna otra cosa. Pero cuando después de los lanzamientos de piedras, el tiro de arco y el salto con pértiga, aparecieron los caballeros, aplaudió contenta por la idea de poder admirar a su amigo.

A punto estuvieron los juegos de acabar mal, porque Erard, en lugar de cruzar lanzas por puro fuego, sin herir —como se había convenido—, descargó sobre el barón tan fuerte golpe en los riñones que Ansiau, que no se lo esperaba, cayó de la silla al barro. Erard pretendió tranquilamente no

haberlo hecho a propósito y no hizo movimiento alguno para ayudar a su adversario a levantarse: fingía estar dominando a su propio caballo.

—Bien, cuñado —dijo Ansiau con una risa que mal ocultaba su cólera—. Si dais tales golpes sin hacerlo a propósito, no os queda más que ir a matar a Saladino. Pero debéis aprender a medir vuestras fuerzas.

Erard dijo que no tenía nada que aprender.

—Pues no se diría —replicó Ansiau, tratándolo con insolencia.

Recordó en seguida que se trataba de su huésped y se mordió los labios. Siguieron los juegos, pero el barón no

pudo tomar parte en ellos porque el costado le hacía daño y apenas podía moverse. Sentóse a la manera turca a los pies de su dama, tomó su mano izquierda y la posó sobre su cabeza: dulcemente, la dama la retiró para rascarse la nuca. Sentíase un poco avergonzada por admirar a pesar de todo la fuerza y destreza de su caballero, y para consolarse repetía anticipadamente en su cabeza los reproches que haría a Erard aquella misma noche bajo el cerezo.

Pero Ansiau no se hacía ilusiones acerca del golpe recibido: se trataba de un golpe dado a propósito... y bien dado. Preguntábase qué podía tener contra él ese hombre; y después de los juegos fue

a ver a Erard, que se hallaba en el palomar, para hablar con él a solas: su paciencia había llegado al límite. Erard, ocupado en distraerse con dos halcones rojos, ni siquiera miró al barón de Linnières.

—Veo que sois buen halconero —dijo Ansiau—. Esos animales os quieren.

—Y no sólo ellos —dijo Erard, sin dejar de mirar a los animales. Les acariciaba el pico y les reía como si estuviera solo con ellos. Después, levantó la mano y una de las aves hizo sus necesidades sobre la manga del barón. Éste se irguió y dio un papirotazo al pájaro.

—Sois torpe —dijo a Erard.

—Puede ser.

Ansiau se esforzaba por dominar su cólera.

—Escuchad, cuñado —dijo—. No me gustan vuestros halcones. Me tomáis por imbécil. A vuestra edad, un hombre no se permite burlarse de otro en sus propias barbas.

Erard palideció de pronto y preguntó:

—¿Qué queréis decir?

—No quiero ofenderos —dijo Ansiau con voz más suave—. Sois mi huésped. Pero, decidme: ¿os he hecho algún daño o causado algún perjuicio?

Erard recobró su arrogancia.

—No —cortó.

—Creo que no amasteis a mi difunta hermana Ala y tal vez me odiáis porque soy su hermano.

—No —repitió Erard.

—Entonces, ¿qué tenéis contra mí?

—Nada —dijo Erard con el mismo tono de voz cortante.

—No os dirigís a mí como sería conveniente —dijo el barón—; ¿por qué?

Ahora era plenamente dueño de sí; miraba con sorpresa y desdén los orificios nasales del joven, perfectamente modelados, que se dilataban y contraían, y las comisuras de los labios que se retorcían por la rabia;

sus ojos eran como los de un gato salvaje al acecho.

—¿Qué os ocurre? —insistió Ansiau.

El otro gritó:

—¡Me sois odioso!

Ansiau retrocedió un poco, herido por semejante confesión.

—No os pido que me estiméis —dijo—. Ni os he traído aquí a la fuerza. Tampoco os retengo.

—¿Me echáis? —dijo Erard.

—No os retengo. Podéis hacer lo que os plazca. Daré la orden de que ensillen vuestros caballos para mañana. Erard bajó la cabeza y dijo:

—La casa es vuestra.

Ansiau esperaba nuevos insultos y quedó un poco humillado por tanta suavidad. Pero no deseaba volverse atrás de su decisión, porque no podía mirar a aquel hombre sin disgusto: no comprendía nada de él; era algo superior, imposible de vencer.

Bajo el cerezo, en medio de un viento cargado de humedad, la dama espera, arrebujada en su capa de lana. El hombre salta desde el tejado de las caballerizas y pasa sobre los arbustos.

—Señora, me voy mañana. Vuestro marido me echa.

—Estáis soñando. No podéis iros mañana.

—He hablado con él. Me ha dicho

que me vaya.

Aalais empezaba a comprender. La cabeza le daba vueltas.

—¿Os ha dicho...? ¿Por el golpe que le disteis...? No tiene derecho. No se echa a la gente de ese modo.

—¿Qué queréis que haga? La casa es suya.

Entonces la dama no se dominó más:

—No tiene derecho. Eso es una cobardía. Iré a decírselo, Lo forzaré a que os ruegue que os quedéis. Por el cuerpo de la Virgen, se cree único amo y señor aquí. Pero soy yo quien gobierna la casa, ¿no es así? Él no entiende más que de contraer deudas. No os hará tal ofensa mientras yo esté aquí. Os

quedaréis.

—No permaneceré un solo día bajo su techo —dijo Erard. La dama se cogió a él:

—¿Y yo? ¿Es que deseáis que muera? ¿Os habéis cansado ya de mí? ¿Después de tres días? No puedo estar sin vos. Lo sabéis bien.

El joven movió la cabeza.

—No comeré su pan.

—Mi pan, querréis decir. Mi casa. ¿No podéis humillaros un poco por mí? ¿Queréis marcharos así, sin volver a verme a la luz del día! ¡Vos no me amáis!

Con sus manos de hierro, Erard se deshizo rabiosamente de las de la dama

y la rechazó lejos de sí.

—Estáis loca. Vuestro esposo debe sospechar. ¿No iréis a traicionaros...? Hay que marcharse y me marchó: todo ha acabado. Es hora de que subáis de nuevo.

Aalais se sentó en el suelo y se puso a llorar. El joven se arrodilló a su lado y la derribó brutalmente hacia atrás. Por esta vez se complacía en humillarla.

—¡Tendrá que aguantarse, al menos, ese gran puerco sin nariz! —dijo—. Lo he señalado donde no quisiera serlo, lo he manchado tanto que ya no podrá lavarse ni con agua ni con perfumes. ¿Está muy orgulloso de vos, eh? No me falta razón para reírme de él.

—No penséis tanto en él —
suplicaba Aalais—. Me dais vergüenza.
Habladme como antes. No volveré a
veros en tanto tiempo. Escuchadme:
cuando el barón vuelva a Troyes para
recuperar su feudo, yo iré con él. Y
encontraré el medio de veros.

Erard movió la cabeza.

—No. No me quedaré en Troyes. Iré
a Provins, a casa de mi madre. Su
marido acaba de ser nombrado senescal
del vizcondado. Tal vez me consiga un
buen matrimonio.

—¡Y me lo decís así! Sois cruel.

—No. No es lo que pensáis. Os
amaré siempre; no puedo olvidaros.
Para mí las otras mujeres son estiércol.

Si me caso, será por la dote; puesto que no puedo casarme con vos...

Ella lo acunaba sobre su pecho como a un niño.

—Os conozco, amigo mío. Hallaréis mujeres más bellas que yo. Y pensaréis: aquella estaba loca para traicionar a su señor como ha hecho. Pensar que no volveré a ver vuestros bellos ojos... No os vayáis aún. No, el barón no sospecha nada... Estoy tan bien con vos, aquí...

Pero ya él se apartaba y se sacudía, un poco cansado de aquellas carantoñas de nodriza.

—Ea, señora, debemos despedimos. ¿De qué sirve alargar las cosas?

—¡Oh! ¡Deseaba deciros tantas! Y

ya no sé por dónde empezar. No, quedaos aún. Tomad. —Y desprendió de la cadenilla que llevaba al cuello una bolsita de seda colgada entre las cruces y medallas, poniéndola en la mano del joven—. Tomad, ahí hay un hilo del manto de la Virgen, del verdadero manto, que mi abuelo trajo de Palestina. Levadlo con vos: os libraré de todo mal. Besadlo al rezar por las noches y decid tres *Avemarias* porque es un objeto muy santo. Y además este broche; tocadlo, la piedra es una amatista; os protegerá en los viajes y os conservará la sangre fría cuando bebáis. Yo lo he probado. Y tomad también este cinturón bordado; es un regalo de mi padre; llevadlo ceñido

al cuerpo, para que penséis en mí. Y, sobre todo, no lo deis a nadie. ¡Oh! Tengo dinero en mi cofre junto al lecho; de saberlo, os lo hubiera traído. Necesitáis otro caballo.

Erard la cogió por los hombros y la sacudió:

—¡Subid de una vez! Está lloviendo.

—Sí. Dejadme que os bese. Ahí, sobre los ojos. Y en la boca. Y en las manos, la derecha y la izquierda. Sí, me voy. Conservad mi cinturón. ¿Me lo prometéis?

—Sí. Marchaos aprisa.

Y casi la empujó hacia la escalera. Todo estaba oscuro. Ella abrió mucho los ojos para distinguir en la vaga

mancha grisácea los rasgos de su amado. La lluvia comenzaba a caer en gruesas gotas y la dama se decidió por fin a subir las escaleras y volver a casa. Erard corrió a cobijarse en las cuadras, fatigado, aburrido, casi contento de marcharse. «Todas son iguales — pensaba—. No acaban nunca.» Y sin embargo amaba a esa mujer. Pero había conocido a tantas. Jóvenes y viejas. La dama de Linnières no era vieja, puesto que sólo tenía dos años más que él. Pero se había casado muy pronto y eso envejece. No importa: se hubiera acomodado bien con ella, de haber estado libre.

Aalais hizo girar silenciosamente la

llave en la cerradura de la pequeña puerta y entró en la vasta habitación, negra como un homo. No se atrevió a presentarse ante el barón a semejante hora y decidió ir a acostarse con Claude y las hijas de Girard el Rubio. Claude le dejó sitio a su lado, sin hacerle preguntas. Posiblemente adivinaba algo. Pero, como hija de caballero que era, tenía tal terror a la falta que le hubiera sido más fácil cometerla que pensar en ella. Y si alguna otra caía, lo oportuno era cerrar los ojos y taparse las orejas para no ser cómplice. Esas cosas no existen, o sólo existen en las novelas. Y quien no es acusado, no es culpable.

Entretanto, el barón había terminado

por enviar a Thierrí en busca de la dama al rincón de los niños; tampoco estaba allí. El barón pensó entonces que podía estar con sus primas y rogó a Thierrí que encargara buscarla a Mahiette, criada de Claude. Un poco asustada al ver que su marido la hacía buscar en medio de la noche, la dama se puso su camisa y siguió a Thierrí hasta el lecho de Girard el joven, donde el barón la esperaba, de muy mal humor.

—Creo que os burláis de mí, señora. No abandona uno el lecho sin prevenir: me ponéis en ridículo.

La dama se sentó al borde del lecho y dejó caer su cabeza sobre las rodillas. Aquello era demasiado. Ese hombre, no

sólo le arrebatava a su amante, sino que gritaba y refunfuñaba por puras tonterías. No se contuvo más y estalló en sollozos.

—¡Dama! ¿Qué os sucede? ¡Dama! ¡No hagáis ruido! ¡Vais a despertar a todo el mundo!

La dama gritó que le daba lo mismo. Estaba harta. Su marido no hacía más que humillarla. Se había ido, dejándola allí como a una vieja de la que no quiere saber nada, con el encargo de vigilar sus posesiones y pagar sus deudas; volvía de tanto tiempo de ausencia y convertía la casa en un caos sin pedir el parecer de su esposa; dejaba que un caballero más joven que él lo desmontara de un

golpe; y ahora, a propósito, para avergonzarla ante todos, la hacía buscar por todo el castillo como si fuera una concubina entregada al libertinaje. Y volvió a sollozar a más y mejor, con la cabeza entre sus brazos, dejándose llevar de su propio juego en su cólera contra Ansiau. Poco a poco volvía a ella el recuerdo de las caricias de Erard y eso pareció volverla loca. Olvidó todo pudor. Le arrancaban sus entrañas y no debía llorar... El barón vería muy pronto que no era fácil dominarla.

Ante los terribles sollozos, entrecortados por roncós gritos, Ansiau permanecía confuso, entre la piedad y el disgusto; detestaba atraer la atención de

los demás sobre sus asuntos domésticos; sus huéspedes iban a creer que maltrataba a su mujer. Richeut y Girard, despiertos, ofrecieron a la dama agua fría y una piedra para calmar las convulsiones y poco a poco la joven dejó de llorar y se adormeció.

Y, sentado a su lado, arrepentido, apiadado, Ansiau se daba cuenta de una cosa: que no era el marido que la dama hubiese deseado y que Aalais había cambiado mucho en dos años; y él también, sin duda alguna.

Al día siguiente, Ansiau se levantó temprano para despedirse de Erard. La dama se había dormido por fin y gemía aún en sueños. Tenía un rostro tenso,

hinchado, con los párpados rojos. Frunciendo el ceño, Ansiau se inclinó un instante sobre esa cara dolorida intentando leer en ella el secreto de la dama; pues no debía llorar tanto sólo por sentirse herida en su vanidad. Y por un momento fue presa de una duda que hizo correr un estremecimiento por sus entrañas; pero rechazó la tentación en un abrir y cerrar de ojos. La dama era honesta. No podía cometer el pecado camal, como no podía ir a bañarse en un estercolero; hay cosas que uno no hace. Él mismo podía tener sucios pensamientos —¿quién no los tiene?—, pero debía dejar a la dama al margen de todo eso.

Ansiau descendió al patio, pues se proponía acompañar a Erard hasta Seuroi. Hizo que ensillaran a *Mandor* y los dos hombres franquearon la puerta cochera, seguidos de sus escuderos. Los cascos de los caballos se deslizaban sobre el fango y la hierba mojada; Ansiau cabalgaba delante, para mostrar a Erard los lugares del camino y de los senderos adyacentes que resultaban practicables y cascaba las ramas húmedas que podían estorbar el paso. Ninguno de los dos dijo palabra a lo largo del camino.

Mientras veía balancearse ante él, al paso circunspecto del caballo, las amplias espaldas y la cintura estrecha

del barón de Linnières, Erard pensaba con amargura y desdén que aquel hombre aún podía gustar a su esposa; las mujeres se consuelan más rápidamente de lo que suelen decir. Este hombre reuniría los restos de su amor y aún sería demasiado para él.

Estaba curado de su pasión. Ya no sentía deseos de matar al marido para casarse con su mujer; ciertamente, no se casaría con ella aunque fuera dos veces viuda. Había deseado entrar como dueño y señor en el lecho de la dama y no tomarla a hurtadillas, como un ladrón; pero ella era como las demás y no había sabido defenderse. Lo lamentaba, porque la había amado como

a ninguna otra.

La culpa no era suya, ni de la dama; el único culpable, después de todo, era este otro que cabalgaba tranquilamente delante de él, con la cabeza alta y la mirada tranquila; llegado como marzo en cuaresma, cuando ya nadie lo esperaba ni lo necesitaba. ¡Qué! Este hombre adobado y casado a los dieciséis años, cuando ya tenía seis de caballería a sus espaldas, había tenido tiempo de mostrar sus proezas, de engendrar cinco hijos, de luchar en dos guerras en Francia y en una cruzada; ¿qué más necesitaba? Había pasado su tiempo. Había que ceder el sitio a los demás. Y se demoraba demasiado. Tras haber

perdido hombres, armas y caballos, regresaba a su tierra para engordar como un cerdo sobre su estercolero.

Puesto que había ido a Tierra Santa, no le quedaba más que haber muerto allí para ir derecho al Paraíso. Él, Erard, hubiera sabido reemplazarlo; y sería marido de la dama y señor de la tierra hasta la mayoría de los niños. Él, Erard, habría amado a aquella mujer lealmente, como viuda y libre. Y he aquí que este hombre venía a quitarle un puesto ganado con buen derecho y a hacer de él un adúltero. Y la pobre dama —Erard no era tierno, pero sentía su boca en un rictus al recordar la reliquia que ahora llevaba al cuello—; la dama merecía

más, noble y buena como era.

En Seuroi, en el cruce de los caminos de Hervi y Chaource, los caballeros se detuvieron. Las campanas de Santa María de los Ángeles tocaron a tercia; un sol pálido emergía de las nubes y de la bruma matinal, sobre el bosque de Linnières.

—Sin rencor, cuñado —dijo Ansiau—. Volveremos a vemos en Troyes.

Erard nada contestó y volvió la cabeza con desdén: aunque se hubiera tratado de salvar su vida, no podría hablar con respeto a un hombre al que consideraba inferior. Alzó los hombros.

—Voy a Provins —dijo.

—Bien. Dios os guarde. Buen viaje.

Ansiau tendió la mano y Erard tendió la suya, pero sin quitarse el guante. El otro enrojeció, tiró las riendas y dio media vuelta a su caballo, decidido a no hablar más en su vida a tan grosero individuo. Pero al acercarse de nuevo al castillo sentía que un gran peso le había caído del corazón. Una vez ausente aquel hombre, todo volvería a ser claro y tranquilo; y la vida sería lo que debía ser. Aquel mancebo lo había irritado como una cuerda mal dispuesta en el laúd; no pensaba ni en comprenderlo ni en juzgarlo. Se había ido; buen alivio.

Aquel día la dama se despertó con sudor frío; sólo pudo dormir hacia la

madrugada y ahora no sabía si era de noche o de día; ni sabía por qué estaba en la cama de Richeut ni por qué se hallaba sola y acostada, cuando todo el mundo se había levantado ya. Sus ojos le dolían, por el llanto de la víspera — recordó una gran pena—. Erard la había dejado. ¿Qué Erard? Su amigo, el que se había echado entre sus brazos. Se había ido de veras; en tres días había acabado con ella. No volvería a verlo; ni mañana, ni pasado, ni dentro de ocho días. Y toda la miseria de su situación se le mostró de pronto, como si despertara de un sueño.

Se había deshonrado y ensuciado con un hombre que ya no la quería e iba

a despreciarla. Había dejado arrojar a los perros el honor de su barón; era como Irma, como una perra en celo; ella, que tanto había detestado el pecado. No acusaba a Erard: en el mozo todo era oro y diamante y la dama hallábase dispuesta a adorar hasta sus vicios. ¡Pero ella! ¡Una mujer de tan buen linaje y tan respetada por toda la baronía!

Tuvo que morderse los puños para no gritar de vergüenza y de rabia. Y había dado su reliquia y su cinturón, regalo de su padre, y su hermoso broche; y había llorado como una loca durante toda la noche; ¿y si el barón llegaba a sospechar lo que había hecho; si por casualidad se había traicionado durante

la noche? ¿No habría hablado en sueños? Sí, seguramente lo habría hecho: el nombre de Erard acudía con demasiada facilidad a sus labios. Entonces, su angustia se trocó en terror; ignoraba lo que podría esperarle, y prefería no pensar en ello.

El dolor que se cogía a sus entrañas y la sangre que se agolpaba en sus sienes le impedían reflexionar. Con la cara hundida en la almohada, sólo pensaba en una cosa —calmar el temblor nervioso que hacía castañetear sus dientes— y fingir que estaba durmiendo. Inmóvil, vigilante como la liebre al acecho cuando se acerca la jauría, se crispaba, oraba, prometía.

«Santa María, Virgen, madre de Dios, sin mancha y sin pecado, reina del cielo, bendita y coronada, hermosa señora, reina de gloria; ya no tengo vuestra santa reliquia, pero el que la tiene también os necesita; buena Señora, he pecado como una loca, pero si tenéis piedad de mí haré que un cirio arda día y noche en vuestro altar mientras me quede vida. San Pedro, san Mamed, santa Tecla y santa Margarita; haced que el barón nada sepa, pues de lo contrario me mataré y condenaré para siempre.» El barón no podía saber. Ella lo negaría. Juraría por la cabeza de sus hijos. Y sabría hacerlo tan bien que acabaría por creerla.

Después, en el rumor de voces que llegaban hasta ella, distinguió la palabra «barón» y se estremeció; era Claude quien hablaba. «Ya vuelve el barón. Está cubierto de barro de pies a cabeza. ¡Virgen santa, qué tiempo! Y yo que quería ir a cazar hoy...»

Inmediatamente el barón sube a la cámara a fin de enterarse del estado de la dama. Le dicen que duerme aún. Se acerca al lecho y al oír sus pasos, Aalais se pone más rígida, haciéndose la muerta, último recurso de la bestia perseguida. No sabía cómo ni por qué llegaba el marido hasta allí, ni por qué lo temía tanto. Ansiau se sentó a su lado y le posó una mano en el hombro. Y ese

contacto hizo daño a la dama, porque recordaba otras manos, más ligeras y más rápidas. Pero por la manera en que esa mano se apoyaba y detenía en ella, supo que el barón nada sabía ni lo sabría nunca. Una gran debilidad —con cierta dulzura— la invadió. Se estiró y dijo con voz doliente:

—No me toquéis, barón; me duele el corazón.

Ansiau se levantó y salió.

Entonces la dama recuperó el ánimo y se reprochó el haber pensado en un peligro inexistente. Y el dolor de haber perdido a Erard la invadió de nuevo, implacable; ya no había salida, ni esperanza; la vida había terminado.

Trató de distraerse, imaginando que el barón la llevaría a Troyes y que Erard estaría allí; pero sabía que eso no ocurriría nunca. Erard, joven y ardiente, la olvidaría pronto. ¿Cómo vivir con esa vergonzosa llaga en el corazón?

Ansiau notaba con sorpresa que se aburría. Tres semanas antes estaba firmemente convencido de que un hombre que vive en su castillo, rodeado de sus amigos, come hasta saciarse y hace el amor cuando le place, no puede menos de ser feliz. Y él debía serlo más que ningún otro, puesto que tenía la mejor esposa del mundo y unos hermosos hijos. Estaba convencido de que no tenía más que acostarse con su

mujer para ser amado por ella y ahora se daba cuenta de que la dama lo había olvidado y no se cuidaba de él. Sentíase como extraño en su propia casa; y por mucho amor que le mostraran los suyos, bien veía que estaban acostumbrados a obedecer a la dama. Estaba más a gusto con Haguenier, Enguerrand, Manesier y hasta con Hue de Baudemant. Entre hombres de una misma castellana, hay siempre un común pasado de guerras, de torneos, de procesos y querellas que hace que todos se entiendan con medias palabras. Manesier y Hue, es verdad, no habían ido a la cruzada; pero también tenían hermanos y parientes en Tierra Santa. Sin embargo, no se va a pasar uno

la vida hablando de Tierra Santa. Ansiáu de Linnières había pasado innumerables miserias y aventuras, pero le había bastado una sola hora para contarlas todas. El resto —el mar azul, las colinas de ovos y cipreses, el cielo sin nubes, el sol de plomo, el hambre—, todo eso, no tenía por qué ser contado. A veces, en sueños, volvía a verse en el banco de la galera y revivía el temor al látigo en las llagas en carne viva de su espalda. De qué infierno se trataba, era cosa que sólo sus compañeros podían saberlo. El olor infecto que subía de la bodega y las heridas pútridas que cubrían nalgas y pies y las palmas de las manos, en carne viva sobre los remos; y aquel esfuerzo

de la espalda y la cintura, tan penoso que os priva de todo pensamiento; y, por encima de todo, la sed. Y después de todo eso, no volver a ser dichoso en el castillo de Linnières, junto a la vieja chimenea de piedra gris, de la que sube el olor del asado. El hombre es un ser ingrato.

En el camino de Marsella a Tonnerre, abrumado de fatiga, tratado como pordiosero y vagabundo, sentíase dichoso. Más robusto que sus compañeros, iba a cortar leña y a llevar agua por una miga de pan y una jarra de leche; lavaba las camisas y los calzones en los arroyos junto al camino, porque Thierrí se negaba siempre a hacer de

lavandera: tenía su orgullo de escudero y Ansiau, jefe del reducido grupo, veíase obligado a atender a todas las necesidades. Y lo había hecho de mil amores; no estaba envejecido como el primo Girard: se mantenía joven; y la recompensa que esperaba le hacía olvidar hambre y fatiga. Ahora ya no le quedaba gran cosa que aguardar, puesto que no padecía ni una cosa ni la otra.

Sin darse cuenta de ello trataba de demorar el momento en que tendría que reanudar la vida de cada día —si aún podía haber una vida de cada día— y cada jomada esperaba a la siguiente. Era presa de la nostalgia de Troyes, del muelle, del castillo condal que se mira

en el Sena, con sus almenas, sus banderas y sus centinelas vestidos con cortas túnicas azules encima de sus armaduras. Volvía a ver las calles del mercado, la feria de caballos, el amplio campo cercado y empavesado, bajo las murallas de la ciudad; y el apacible curso del Sena en Paiens, la orilla herbosa y la amplia carretera condal por la que pasan los rebaños. En Troyes vería a su padrino de armas, Guillaume de Nangi, que ahora tendría más de una cana en su larga y rizada barba; y a su hijo Manesier y a Mathis de Monguoz y a tantos otros caballeros que hacían el servicio de guardia en Paiens.

Los invitados —pensaba—

permanecerían hasta finales de mes y él partiría con ellos para pasar en Troyes la fiesta de la Septembrada, porque le urgía orar en la catedral y recibir la bendición de un obispo. No es que tuviera mucho respeto por los prelados, pero sí que respetaba su categoría y su oficio; y solía llorar cada vez que oraba en la catedral de Troyes.

La noche de aquel mismo día en que tan caballerosamente despidiera a Erard de Baudemant, el barón pudo estar, por fin, en la cama estrecha de Girard el joven al lado de la dama. Ésta había sufrido dos fuertes sangrías y se sentía muy débil y un poco más tranquila. Hizo reproches a su marido, pero con más

dulzura que la víspera: estaba tan fatigada, sentíase tan mal que no soportaba más el alboroto de toda aquella gente que llenaba el castillo. Todos los días había que servir comidas de fiesta; el trabajo estaba abandonado, porque las criadas tenían que servir a las damas en vez de hilar; ella misma no podía vigilar a nadie. Los niños se disipaban y ensuciaban sus vestidos de fiesta; Aalais sospechaba con vehemencia que algunos escuderos de Hervi abusaban de las jóvenes del castillo y nada podía decirles. Y para seguir adelante con los gastos, habría que pignorar a Bernon y Dios sabe cuándo podrían rescatar sus tierras. El

barón pensaba en todo y en todos excepto en su mujer; y aún quería verla feliz.

—Dama —dijo Ansiau— bien sabéis si me preocupo de vos. Haré lo que queráis. Si lo deseáis haré de manera que todos se vayan mañana.

—¿Y cómo vais a hacer, amigo? Lo que decís no es razonable.

—Sí que lo es, vais a verlo. ¿Es que va a poder decirse que no soy capaz de hacer lo que me pide mi esposa? Otras cosas más difíciles haría para no veros triste. Ahora, cerrad vuestros bellos ojos y dormid. Ya veréis cómo lo arreglo todo de la mejor manera.

La dama se durmió, triste pero

resignada: nada tenía que temer del barón y eso era ya un gran alivio.

Ansiau debía mantener su palabra. Al día siguiente persuadió a Haguénier para que se emprendiera una cacería de ciervos en el bosque de Hervi, pues sus escuderos habían visto en Hervi un macho muy viejo y grande. Los dos hermanos de Hervi y Manesier se entusiasmaron en seguida y se decidió la salida para Hervi. El señor de Linnières acompañaría a sus huéspedes tras haber hecho un regalo a cada uno de ellos; y la dama dio algunas joyas a las esposas de sus invitados, de las que recibió otras en obsequio... Tras lo cual se decidió que Ansiau permanecería otros dos días en

el castillo, a fin de poner las cosas en orden, y después se reuniría con los cazadores en Hervi.

Aalais estaba muy agradecida a su esposo por la rapidez de aquella partida, que la salvaba del suplicio de tener que hablar con Bertille y de conversar con las otras damas. La casa quedó vacía y todo volvió a estar tranquilo, con gran lástima de los jóvenes. Aquella misma noche, Aalais estuvo convencida de hallarse encinta y se lo dijo al barón, a lo que éste preguntó:

—¿Ya?

—Oh, sé de qué se trata, hace tiempo; de todas maneras, puedo

equivocarme.

—Entonces, sed muy prudente y descansad. No me extraña vuestro aspecto.

Tras haberla visto encinta nueve veces en ocho años, el barón empezaba a habituarse. Las primeras semanas eran siempre penosas, pero en seguida todo iba mejor. Después de todo, ahí estaba seguramente la razón de la extraña conducta de la dama, ¿acaso podía saber él cómo está hecha una mujer por dentro? Partió para Hervi sin la dama, diciendo que no regresaría hasta mediados de septiembre, pues debía pasar por Troyes para cuestiones del feudo y para ver a su padrino y a los

amigos.

Y Aalais, de nuevo dueña del castillo, restableció rápidamente el orden. Volvió con alegría a su puesto en el gran lecho, en el que tan cómoda se sentía. Ahora tenía todo aquel espacio para ella sola, como antes del regreso del barón. Quería descansar, recuperar el aliento; y la cabeza le daba vueltas aún a causa del vertiginoso descenso hecho. Así pues, había que acostumbrarse a vivir como mujer deshonrada; ella, que se había creído siempre al socaire de todo reproche y que tan segura de sí misma estaba. Y sin embargo, no se sentía deshonrada, puesto que nadie sabría jamás su

vergüenza más que aquel que la compartía. Y seguramente no volvería a caer nunca más. Erard la había poseído cuatro veces: y eso apenas podía contar, era muy poco.

Durante ocho días vagó por la sala, por el jardín y el patio, como alma en pena, pálida, con el cabello despeinado; sus ojos se detenían continuamente a buscar el rostro del amigo ausente, tal como lo había visto en el claro de las Hadas, durante la danza, en la sala, a sus pies y sobre todo en el jardín, al claro de luna, irradiando orgullo y alegría. ¿Quién podía reprocharla el no haber resistido a semejante hombre? Durante ocho días, Aalais estuvo enferma de

amor; la labor le caía de las manos; estaba como mutilada, desgarrada, y se preguntaba cómo era posible que aquel hombre, carne de su carne, estuviera lejos de ella, en una ciudad desconocida, tal vez con otras mujeres. Erard había hecho de ella una parte de sí mismo y la abandonaba como un extraño. Era contra naturaleza; tales cosas no deberían existir. De haberlo querido él, ¿no hubiera sido posible encontrarse de nuevo en Troyes?

Después, la agitación de su sangre se calmó poco a poco. La razón volvió a su mente y por último llegó a agradecer al barón el que lo hubiera alejado; gracias a Dios, el peligro había pasado y todo

terminaba. De haber durado más tiempo, Dios sabe qué hubiera sido capaz de hacer, dónde se hallaría ahora. Gracias a Dios, no había deshonrado a su linaje y sus hijos no serían tratados como bastardos. Nunca pasaría por el tribunal y la túnica de estameña, la cabeza rapada y el convento. A Dios gracias, era aún la dama en su castillo y nadie podía poner en duda su virtud y si alguno lo hacía, el barón mismo se encargaría de hacerle tragar sus palabras. Su sangre demasiado ardiente le había jugado una mala partida; pero ahora sabría desconfiar, estaba curada de su lujuria; no le faltaba más que recibir la absolución de un sacerdote y

dejar de pensar en ello. De nada servía darle vueltas. Los hombres son todos iguales. Era posible que llegara incluso a amar de nuevo al barón.

* * *

El barón regresó en septiembre; el bosque, que ya se había coloreado de amarillo y pardo, resonaba de ladridos de perros y de toques de cuernos de caza. Las lluvias casi habían borrado el camino. Mojado, lleno de barro, alegre, Ansiau había recuperado ya su aspecto de otrora y viéndolo secarse sus botas ante la chimenea, la dama recordaba el tiempo de su juventud y se preguntaba

tristemente: «¿Qué iría a hacer en Tierra Santa?».

Y Ansiau estaba satisfecho de hallarse de nuevo en Linnières. Había pasado bien su tiempo en Troyes. Pidió prestado dinero a Abner, con la fianza de la tierra de Bernon; había comprado sillas de montar y utensilios de caza y también —era poco razonable, pero no pudo resistir a ello— una sortija de oro cincelado para la dama; La sortija llevaba un ópalo de reflejos amarillentos y Ansiau había vacilado un poco antes de comprarla, porque la piedra era turbia; pero el orfebre le aseguró que la piedra estaba hecha precisamente para quitar las turbaciones

de la sangre y de los humores y para hacer a las damas favorables a sus amantes y Ansiau pensó que era eso precisamente lo que necesitaba. Una buena tercera parte del dinero se había quedado allí.

Guillaume de Nangi lo recibió y alojó en su casa. Los dos hombres se veían pocas veces, pero se estimaban mucho. Guillaume era un hombre grande y rubio, igual a Ansiau en estatura y corpulencia, hasta el punto de que se les tomaba por padre e hijo. Era un ser plácido, tranquilo. Con él se podía hablar de todo; nunca respondía, todo lo aceptaba: no era precisamente un dador de consejos. Era gran experto en

armaduras, espadas y arneses; gran aficionado a los torneos. Con él, todo era simple y claro; a su lado, Ansiau se creía realmente el único hombre sobre la tierra capaz de cuidarse de la familia, y se burlaba de sus propias debilidades. Guillaume de Nangi vivía pobremente en un palacete de Troyes; sus tierras estaban alquiladas; él vivía de las rentas y recibía además de la condesa un sueldo que le permitía mantener caballos y armas. Su última mujer, la rubia Béatrix de Chesley, vestía como una condesa o una marquesa y nadie sospechaba lo que ese último amor costaba a Guillaume en dinero y en preocupaciones. Su hijo Manesier y su

nuera vivían con él, junto con toda una casa de escuderos, cocineros, lavanderas, sin contar los parientes pobres y los peregrinos. Todo ese mundo se hallaba un poco estrecho en la casa del señor de Nangi, pero cada uno se sentía como en su propia casa.

Ansiau habló de sus dos hijos: en primavera los llevaría a Troyes y el señor Guillaume los recibiría a su servicio. Eran ya dos valientes hombrecitos que montaban a caballo, manejaban el arco, cebaban los halcones. Aunque hubieran quedado sin padre durante más de dos años, la dama había vigilado su entrenamiento y no los había cosido a sus faldas. Ya era hora de

que vieran verdaderos combates y se acostumbraran a la vida de servicio.

—Amo más al mayor, y no lo oculto —decía—. Dicen que se parece a Gui de Marseint, el abuelo de la dama.

Como la dama, sentada en su banco, hilaba con sus mujeres sin alzar la cabeza, Ansiau se acercó a ella y le pidió que le hiciera sitio junto a ella. Hacía tanto tiempo que no la veía...

Recordaba siempre que la dama le había dado a entender que le disgustaba y no era hombre que abandonara sus derechos y lo que le pertenecía. Quedó en silencio, a la espera de que la dama se dignara dirigirle la palabra.

—¿Qué os pasa, barón? —dijo

Aalais, levantando por fin los ojos—.
¿Estáis enfadado?

—No más enfadado que vos. ¿Ya os encontráis bien?

—Sí, gracias a Dios. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—En este tiempo todos los caminos son malos.

La dama volvió a su huso. Si el barón deseaba hablar, podía hacerlo. Ella escucharía. Un Erard no se sentiría embarazado para hablar con ella. Y a este recuerdo se mordió los labios y sacudió la cabeza para expulsar las imágenes que acudían a su mente. Esperaba sentir la mano del barón en sus caderas o en los hombros, y a fuerza de

esperarlo acabó deseándolo; nunca disgustaría una caricia. Pero Ansiou permanecía rígido y discreto y Aalais, impaciente, lo tocó con el hombro y la rodilla, pensando que la había olvidado. Entonces, él la tomó en sus brazos, haciéndole caer la devanadera de la mano. Aalais se echó a reír.

—Ahora, recogedme la devanadera.
Y él obedeció sin reparo.

Por unos instantes, la dama escuchó distraídamente los cantos monótonos de las jóvenes y el ruido de la rueca. Sentíase tan tranquila y segura que no tenía deseos de moverse ni de hablar.

Ansiou le dijo, riendo:

—Entonces, ¿va todo mejor?

—¿Cómo mejor, amigo?

—Entonces, ¿qué queréis?

Un poco picada, la dama levantó los hombros.

—Marchaos, no me dejáis trabajar.

El barón le cogió la mano izquierda con las suyas de palmas duras como el hueso y se puso a acariciar uno a uno sus largos dedos blancos, absorto como un niño en ese juego.

—Aún no encontrasteis vuestra sortija con la perla rosa —dijo de pronto. Y la dama se esperaba tan poco aquella observación, que tuvo un sobresalto.

—¿Cómo queréis que la encuentre?
—replicó con un tono agresivo—. Ya os

dije que la perdí en la cacería.

El barón la miró a hurtadillas, con sorpresa.

—No hay daño alguno en eso, dama; ¿por qué os enfadáis?

—No me enfado... ¿Por qué decir eso?

Un poco desbordado, Ansiau había metido la mano en uno de sus enormes bolsillos siempre llenos de diversas cosas y por fin extrajo una bolsa de seda verde que soltó con ayuda de los dientes. Y sacó la sortija con el ópalo, devolviendo la bolsa al lugar en que estaba.

—Mirad —dijo—. Creo que ésta irá bien en el mismo dedo.

La puso en el dedo de la dama, que dejó exclamar un grito de admiración y de alegría, porque no se esperaba una joya. Levantó y bajó la mano para hacer brillar los fuegos del ópalo y para gozar la nueva belleza de sus dedos.

—Ésta reemplazará a la otra —dijo el barón.

Entonces Aalais levantó los ojos hacia él, conmovida y avergonzada a la vez; no se contuvo y le dio dos sonoros besos en las mejillas, y dijo riendo:

—Barón, no hay dos hombres como vos.

El barón la miró con sorpresa, porque no creía merecer semejante elogio.

Por la noche, cuando fueron a acostarse, la dama dio vueltas y más vueltas al nuevo anillo a la luz de la lámpara. Con una sortija se unen los esposos el uno al otro, un anillo de la cadena, que rodea su dedo, y por el dedo, la mano, el brazo y todo el cuerpo. De todas las sortijas que el barón le había regalado, ésta era la más bella y la más pesada.

—Querido, no había por qué gastar tanto por una sortija, cuando tenemos ya tan poco dinero.

—¡Bah! Mientras os tenga a vos, soy lo bastante rico. Bien valéis una sortija, ¿no es así?

Aalais, a quien nada gustaba tanto

como decir bellas palabras, respondió con dulzura.

—Amigo, no debéis creer que yo sea una mujer para vender o comprar; soy una mujer noble y os amo por la fe que os he jurado ante el altar y no por anillos o joyas.

A Ansiau le gustaba oírla hablar tan bien, pero no sabía contestar más que con sonrisas. La dama permanecía pensativa:

—¿Creéis —le dijo— que esta sortija tiene alguna virtud?

—No lo sé. Y vos, ¿me amáis?

Ella suspiró:

—Hay que creer que sí.

—¿Ya no lloráis por las noches,

como antes? Decidme, amiga... ¿no habíais pensado en uniros a otro marido? Bien creí que ya no erais mía...

La dama se puso como de fuego: ¿cómo podía su marido pensar cosas semejantes? Quisiera saber cómo podía pensar en otro hombre con un dominio que custodiar y cinco hijos a los que criar. Además, ¿dónde iba a encontrar ese hombre? ¿Y quién era ella para buscar a otro marido, estando con vida el suyo? Si Ansiau la amara de verdad, no le hubiese hecho semejante pregunta.

Ansiau la conocía demasiado bien para quedarse tranquilo.

—No os pido que lo nombréis — dijo—, lo único que quiero es quedar

con el corazón limpio. No faltan excelentes caballeros en el país y vos sois bonita y joven. Pero si es verdad que un hombre os ama, no por ello os lo voy a echar en cara. Fue culpa mía haberme ido...

Entonces la dama se puso a jurar y perjurar que jamás en la vida había deseado a otro hombre que a su marido y que él era un patán y un desvergonzado al pensarlo.

—¿Me lo juráis?

—Por lo que vos mismo queráis. Mirad, os lo juro por mi cruz; tomad mi mano, tocad aquí, ved si no llevo la cruz. Ahí la tenéis. Pues bien: no he pensado en otro hombre que no seáis

vos. ¿Estáis tranquilo ahora?

—Es necesario que lo esté.

Aalais dijo: «Barón...». Tenía miedo y su corazón latía con fuerza; intentaba ceñirse a él, cerrar su boca con besos y él no resistió mucho.

Después, Ansiau ya no pensó en seguir preguntando; fue muy tierno, como lo era siempre que se creía el más fuerte; y Aalais, con voz lánguida preguntaba:

—Amigo..., ¿no amaréis así a otras...?

«Erard —pensaba—, Erard» (y su voz, agria y dura): «No sois leal. Sois cobarde... Debemos decimos adiós..., ¿para qué prolongar esto...?» Ése no se

dejaba coger tan fácilmente como el barón. La mujer tuvo una sacudida y se estiró:

—Decidme, amigo, si las mujeres de Tierra Santa son tan bellas como dicen...

Por la mañana —Ansiau era siempre más madrugador que la dama— el barón apartó un poco las cortinas del lecho para verla dormir. Aalais le había dejado deshacer sus trenzas —favor que no concedía sino en momentos excepcionales— y sus largos cabellos, desparramados en torno a su cabeza, cubrían la almohada y las sábanas como una gran red. Tenía los labios entreabiertos y pálido el rostro. Parecía muy joven.

Pero con las sombras de la noche, el enternecimiento se disipaba para dar lugar a un buen humor tranquilo y razonable. Ansiau de Linnières era un poco musulmán en este sentido y no podía imaginar un paraíso sin una mujer en su lecho. La dama era la noche. Y cuando llegaba el día, comenzaba el tiempo de pensar en los asuntos diarios. Para la noche el juego, el descanso y relajamiento de tensiones; todo lo que os consuela de las cien miserias de la vida; durante el día los recuerdos de la noche se hacen incómodos. Sin mirar más a la dama, Ansiau llamó a Thierry y comenzó a vestirse; era su propósito salir para Seuroi con las primeras luces; había que

ver a los bailíos y soldados que vigilaban el dominio. También quería llevar consigo al «niño», como llamaba a su hijo mayor, urgía a su orgullo paternal el ver a Ansiet a su lado, montando un gran caballo, como un hombre hecho y derecho.

—Sobre todo, Thierry, no hagáis ruido para que la dama no se despierte. Creo que no hemos dormido demasiado esta noche.

El barón hizo que ensillaran a *Mandor* y *Gaillard* y dijo a Haumette:

—Me llevo al niño; que la dama no se preocupe. Lo cuidaré bien. Puede ser que pasemos la noche en Seuroi.

No costó poco trabajo a la dama

aquella mañana poner en orden la maraña de su cabello. Pensó con melancolía que el otro nunca había podido deshacer ni la punta de sus trenzas; Dios sabía que no había tenido más que las migajas del banquete de Ansiou de Linnières; realmente, no había cogido gran cosa al barón.

Padre e hijo cabalgaban juntos, seguidos por Thierry. Ansiou admiraba, como buen conocedor, la sobria elegancia de los movimientos del chiquillo. Este muchacho, alto para su edad, era de los que parecen saberlo todo instintivamente, sin aprendizaje; nunca un movimiento excesivo, nunca un gesto que no fuera el oportuno. Ni

siquiera parecía dudar de su destreza; hacía como un solo cuerpo con el caballo, con sus halcones, su arco o su dardo. Pero en cuanto estaba ocioso, resultaba el ser más inseguro, el más versátil que pudiera darse, un niño mimado: y el padre era lo suficientemente lúcido para no darse cuenta de ello.

La jomada era muy hermosa y los caballeros se detuvieron en un claro del bosque, al borde del arroyo, para almorzar y dar descanso a los caballos. Thierry sacó de su mochila pan y queso, que olía intensamente, y el barón hizo una cruz sobre el pan con su cuchillo y se puso a cortarlo en rebanadas. Ansiet

corrió al riachuelo a llenar el recipiente de cobre que Thierry había desatado de la silla de montar.

El suelo estaba sembrado de hojas amarillentas y rojizas y Ansiet se entretenía en amontonarlas y abatirlas con su vara para hacerlas volar por todas partes. El barón, tendido en la hierba boca arriba, lo contemplaba riendo.

—¿No podéis estar tranquilo un instante? —le dijo—. A vuestra edad uno ya no debe ocuparse en tonterías así.

El muchacho tiró su vara y fue a sentarse al lado de su padre. Echando la cabeza hacia atrás se puso a contemplar las copas de los pinos, que se

balanceaban lentamente sobre la claridad del cielo. Suspiró.

—Decidme, barón: ¿es verdad que el padre de Garnier no ha muerto?

—No ha muerto, con la ayuda de Dios. Quedó en Tierra Santa.

—¿Y para qué?

—Para defender el Santo Sepulcro, hijo mío.

—¿Y por qué defenderlo?

—Porque hay demasiados paganos alrededor.

El niño alzó sus ojos muy abiertos y soñadores.

—¿Alrededor...? Decidme, ¿es muy santo el Santo Sepulcro? Decidme, barón, ¿qué es el Santo Sepulcro?

El padre se rascó la cabeza, embarazado. Creía que todo el mundo estaba obligado a saber qué era el Santo Sepulcro, pero nunca hubiera sabido explicarlo.

—Es donde Dios estuvo muerto. Es una gran iglesia —dijo, por fin.

El mozo se dio por satisfecho; sabía qué era una gran iglesia: había pasado ante Santa María de los Ángeles; en Hervi (la gran iglesia tenía un pórtico con columnillas esculpidas con hojas de encina), desde Seuroi se oía el repicar de las campanas de Santa María, cuando sonaban a la hora de oficios —ding-dong, dong-ding— y veía al tío Simon en pie en el atrio de la iglesia, con el

escudo al brazo y la espada en la mano y a todos los paganos dispuestos en fila alrededor, a manera de empalizada. Para él, los paganos eran unos seres parecidos a los demonios con cabezas de animales que poblaban las pesadillas de sus malas noches. Suspiró de nuevo y sacudió la cabeza. El aire era tibio. Ni una brizna de hierba se movía. Oíase a lo lejos a una ardilla arrojar piñas al suelo; en el enorme silencio, toda la respiración del bosque se hacía perceptible y casi opresiva.

El niño se echó al suelo y pegó el oído a la tierra.

—¡Oh! ¡Lo estoy oyendo! —dijo de pronto, muy excitado—. Fijaos, barón:

escuchad un poco... ¡Aquí! ¿No oís nada?

—¿Y qué queréis que oiga?

—El ciervo. Escuchad. ¡Ding! ¡Ding! ¡Ding! Resuena como la plata, porque tiene las pezuñas encantadas.

—¿Qué ciervo? —preguntó el padre, sorprendido—. Nunca he oído hablar de un ciervo encantado en el país.

—Pues yo os lo diré —y los grandes ojos del niño se abrieron de par en par mientras se acercaba a su padre—. Lo he visto el otro día, cuando iba montado sobre *Gaillard*, hacia la parte de la Vieja Capilla. Y hablaba francés como vos y como yo.

El barón arqueó las cejas.

—¡Vaya! ¿De veras? ¿Y qué os dijo, hijo mío?

Ansiet se pasó la mano por la frente, con aire ausente.

—Ya no lo recuerdo. Pero habló. Con una voz tan bella..., diríase que era el tío André. Y llevaba una estrella de oro que brillaba en medio de su pecho; en tomo de esa estrella había como flechitas de oro. ¡Dios! Era demasiado bello...

—¿Y qué hicisteis entonces? — preguntó dulcemente el barón.

El niño pestañeó y abrió la boca, vacilante. Pero su imaginación tenía de esas carreras locas que nada podía frenar.

—Descendí de *Gaillard* y me puse de rodillas para adorarlo. Eso es. Entonces, el ciervo volvió grupas y se fue. Yo lo seguí corriendo. ¡Es verdad! ¡Oh! Corrí tanto... Y el ciervo se volvía continuamente y me miraba a los ojos, como llamándome. Y llegamos a un gran macizo; los árboles eran azules, la hierba era azul, todo era azul. Y entre la hierba vi la flor roja que crece allí cada diez años. Es más roja que las amapolas y alta como los lirios. Y tan hermosa, que tuve que cerrar los ojos.

Cerró los ojos de veras y se los frotó con las manos, sacudiendo su larga cabellera.

—Si se coge esa flor en una noche

de plenilunio, se está seguro de encontrar un tesoro antes del octavo día. Se tiene la flor en la mano y cuando se inclina hacia el suelo es señal de que hay que cavar allí. Vos ya lo sabéis: por lo menos hay doce tesoros escondidos desde aquí a Aumont y Jeugny; allí están desde los tiempos de los paganos; cuando mataron a los paganos en el bosque, la sangre entró en la tierra y desde entonces crece cada diez años una flor roja: es su sangre que vuelve a la tierra, y por eso la flor se inclina cuando hay un tesoro cerca.

—Esa historia es demasiado pagana —dijo el padre—. Son las mujeres quienes cuentan esas cosas y no hay que

hacerles caso.

—¡Oh, no! Es verdad. Todo el mundo sabe lo de la flor. Me refiero a mi hermano y a Garnier. Pero nunca pude encontrar de nuevo el camino. Lo del tesoro, ya he repartido la mitad a mi hermano y la otra mitad a Garnier.

—¿Y para vos? —dijo el padre, riendo.

—¡Oh! Me cogeré otra mitad. Lo que importa ahora es volver a encontrar el camino... —De un salto, el niño se puso de pie, cogió su vara y corrió hacia su caballo, que pacía tranquilamente atado al tronco de una encina—. ¡Mira ¡Perro! ¡Cochino! —Ansiet cogió al caballo por las correas y le aplicó en el hocico

cinco o seis rápidos mojicones. El animal, asustado, retrocedió, piafó, saltó; pero el niño no soltaba el bocado y acabó dominando al recalcitrante bruto; y tras haberle dado en el hocico un golpe suplementario, volvió junto al barón, con los ojos brillantes de cólera y el rostro colorado por el esfuerzo—. ¡El muy perro! Bien sabe que le tengo prohibido que coma directamente. Ya sabré yo enseñarle...

El padre miraba con el rabillo del ojo: había tenido que hacer un esfuerzo para permitir que el niño se las entendiera a solas con el animal y ahora se sentía orgulloso de él; pero no quería que se adivinaran esos sentimientos.

—Nunca se debe golpear a un caballo en el hocico. Eso lo hace tímido y le estropea la cabeza.

—¿Es verdad? Tenéis que enseñarme cómo se hace, barón. Vos lo sabéis bien, pues para eso sois caballero; mejor que Robert... Es que quiero que aprenda a obedecerme a mí solo. Ya me diréis cómo hay que hacer, pero me encargaré yo mismo. Por eso no quiero que coma si no es de mi mano. Un caballo se echa a perder si no se le vigila... Y aquí hay malas hierbas.

Y de pronto, Ansiet pasó sus dos brazos en torno al cuello de su padre.

—¿Si lo supierais! Amo tanto a mi *Guillará*... ¿Me dejaréis llevarlo a

Troyes?

—Veremos.

El niño abrió muchos sus ojos.

—¿Sí o no?

—Si sois bueno, sí. Ea, levantaos.

En marcha.

En Seuroi, donde los tres caballeros llegaron para pasar la noche, los soldados que montaban la guardia prepararon de la mejor manera posible un lecho de paja cubierto con una tela. No había mesa en la sala y los hombres se instalaron por tierra cerca del hogar. Ansiet, aunque un tanto fatigado por toda una jomada de viaje, trinchaba la carne y corría a cada momento a llenar de vino la copa para su padre, para Thierry y

para Girard, hijo de Girard el joven.

—Vaya —decía el barón—, debéis aprender, hijo mío, que conviene sonreír cuando se presenta la copa a alguien y mostrar un aire más gracioso que el que tenéis. Un muchacho que no sabe servir nunca será un buen caballero. Y no os dejéis influir por el hecho de que estemos sentados en el suelo: a veces, el rey y el conde tienen que sentarse en tierra.

Cuando el barón terminó de comer y se enjugó los labios, permitió que el mozo se sentara a su vez y tomara un pedazo de pan y otro de carne. Pero Ansiet, muy excitado y cansado, apenas probó nada. Aquella sala sombría y

baja, con aspecto de caballeriza, le parecía extraña: jamás había pasado la noche bajo otro techo que el de Linnières. El fuego de la chimenea proyectaba sobre el suelo alfombrado de paja las sombras inmensas de los hombres sentados. Detrás del tabique de madera, los caballos dormidos piafaban y daban golpes en tierra con sus cascos. De pronto, Ansiet dejó caer su pan en la ceniza y estalló en sollozos.

—¡Por san Thiou! —gritó el padre, olvidando toda reserva—, ¿qué tenéis, hijo mío? ¿No estaréis enfermo?

El niño suspiró ruidosamente.

—Es por *Gaillard*... —sollozó—.

Le he hecho daño, le he pegado...

Ansiau le acarició la cabeza, tratando de calmarlo.

—Vaya, vaya..., eso ya pasó. No vale la pena llorar.

—¡Oh, barón! Permitidme que vaya a verlo. Le daré mi pan y mi sal para consolarlo. No estaré mucho tiempo.

De hecho, el fuego del hogar empezaba a extinguirse y los soldados roncaban ya, echados por tierra, sobre la paja, y Ansiet seguía aún a la otra parte del tabique, con los caballos. El barón encendió una astilla de madera y atravesó la sala en busca del muchacho, poniendo la mano ante la llama, para no asustar a las bestias. Ansiet estaba dormido, echado en tierra, con la cabeza

sobre la silla de Gaillard. El padre dudó un momento si despertarlo. Podía llevarlo al lecho sin sacarlo del sueño. Después pensó en todos los bruscos despertares, en todas las noches de penosas vigiliass, en todas las fatigas de la vida de soldado que el niño habría de soportar sin quejarse; era conveniente que se acostumbrara cuanto antes. «Levantaos, hijo mío. Thierrí ya duerme. Vos me serviréis por la noche.»

El niño gimió.

—¿Dónde estoy? Haumette... ¿Sois vos, barón?

Se estiró suavemente.

—¡Ah! Dormía tan bien... Voy. Esperad, tengo que besar a *Gaillard*.

Buenas noches, *Gaillard*.

Siguió a su padre y le ayudó a soltarse las correas del calzado. Sus pequeños dedos no eran muy hábiles y se enredó varias veces en los nudos que el barón hubo de deshacerse por sí mismo, entre abundantes juramentos.

—¿Dónde me acuesto, barón? ¿A los pies del lecho o a vuestro lado?

—A mi lado, pequeño. Tendríais frío en el suelo. ¿Y vuestras oraciones? ¿No las habéis hecho?

—Nunca las hago, barón.

—Pues hay que hacerlas. Sois ya mayor.

—No sé decir oraciones.

Ansiet movía la cabeza, perplejo.

—Pues las cantáis bien en la capilla.

—Sé cantarlas, pero no decirlas.

—Las diré yo por vos. No tendréis más que responder: amén.

Arrodilláronse los dos al borde del lecho. El barón no era siempre tan estricto en sus deberes de piedad, pero sentíase obligado a enseñar al niño a conducirse bien. Dijo el *Pater* y el *Ave* y enumeró una docena abundante de santos patronos antes de meterse en cama. Ansiet se acurrucó a su lado, tenía frío.

—Me enseñaréis a decir las oraciones como lo hacéis vos —murmuró con voz pastosa—. Me gusta rezar bien.

El siguiente fue un día de fuerte

viento, las nubes corrían en el cielo, ocultando y descubriendo el sol y provocando una verdadera tempestad en el bosque cuyas cimas se inclinaban, crujían, entremezclaban sus ramas amarillas y verdes; el huracán se enredaba en las capas de los caballeros y Ansiet se reía a carcajadas al sentir sus largos cabellos izados sobre su cabeza y arremolinados en sus sienes.

—¡Mirad, barón! —gritó de pronto—. La tumba de Rainard está cubierta de musgo.

Ansiau miró largamente la tranquila piedra gris manchada de verde, destinada a no ser más que un hito en el camino de Hervi, nunca lugar alguno fue

menos visitado.

—Barón —pidió el niño con voz distante.

—¿Qué, hijo mío?

—Barón, decidme: ¿quién era Rainard?

De regreso en el castillo, Ansiau pensaba ya en partir para Troyes. La condesa iba a presidir un torneo a finales de septiembre y le hubiera costado faltar a una ocasión de procurarse armas, por más que sería difícil encontrar una armadura de su medida.

La dama lo recibió con bastante frialdad: ¿qué necesidad había de pasar la noche en Seuroi y dejarla sola? No

valía la pena tener un marido si había que vivir como una viuda. El barón dijo, riendo:

—¡Bah! Hoy me amaréis más. Recuperaremos el tiempo perdido.

—¡Dios, Dios! —dijo la dama—, ¿creéis que el tiempo se recupera? ¿Y esos dos inviernos y tres veranos que me habéis dejado sola, creéis que voy a olvidarlos? No los olvidaré nunca.

Ansiau se conformó con ponerle la mano sobre los dos omoplatos —como gustaba de hacer— y deslizaría a lo largo de la espalda robusta de la dama hasta la cintura; ya no era la cintura de Aalais —tan grácil— de hace tres o cuatro años, pero la amaba tal cual era.

Cuando el barón anunció, durante la cena, su decisión de ir a Troyes, Aalais palideció de despecho, pero nada dijo. Por la noche, cuando volvieron a encontrarse en el lecho, le preguntó si no la llevaría con él.

—No, querida. Realmente, no podría ofreceros el modo de vivir que os conviene. En casa del padrino dormiré sobre la paja con los hombres. ¡Sabéis que no tengo un solo céntimo! No quiero avergonzaros.

—No vale la pena caminar quince leguas para estar dos días en Troyes. ¿Qué vais a hacer allí?

—Querida mía, si no consigo hacer por lo menos uno o dos ricos

prisioneros, este invierno no tendremos ya ni con qué alimentar a los caballos. Con lo que gane os traeré una bella tela tejida con hilo de oro para un vestido de fiesta.

La dama suspiró, pensando que esa promesa debía sellar sus labios. Pero estaba triste.

—No debéis amarme demasiado para abandonarme tan pronto. Seguramente en Troyes veréis hermosas mujeres y queréis tener el terreno libre para dedicaros a ellas. Después de todo, puedo acostarme sobre la paja igual que vos.

—No sería decente. Y tenéis mucho que hacer en el castillo.

Ansiau no pensaba en absoluto en hacer daño al decir aquello. Pero la dama se enfadó de veras. ¿Acaso era una criada para que se la forzara a trabajar en el castillo mientras él iba a darse la buena vida en Troyes? Si no la quería ya, no tenía más que recoger su sortija y dársela a otra; sin duda él no deseaba otra cosa.

—Querida, no os enfurezcáis. Si tanto lo queréis, os llevaré.

Ante una capitulación tan brusca, Aalais se encontró un poco en el aire y casi decepcionada: ya no sabía si realmente deseaba tanto ir a Troyes después de la aventura de la pasada primavera. La idea de presentarse al

lado de un hombre pobre era en todo caso humillante. Pero el temor a dejar al barón sin defensa frente a las iniciativas de las damas —y de las jóvenes— que se hallaran en el torneo, la decidió en seguida y optó por marchar con él.

La dama no hubiera podido decir que viajar con Ansiau de Linnières era cosa agradable. Tenía demasiado arraigada la costumbre de ser dueña de sí misma y de sus actos. El barón se detenía a cada momento, unas veces para hablar con un soldado al que se había encontrado en el camino, otras para orar en las iglesias de las aldeas por las que pasaban. Veinte veces se apartó de la ruta, porque tenía la

costumbre de acoger a peregrinos, a los que llevaba a la grupa de su caballo o del de Thierry y si ocurría que tales peregrinos se dirigían hacia Bar-sur-Seine o a Estissac, el barón hacía un buen pedazo de camino en dicha dirección por el solo placer de oír relatos de viajes y de milagros. Y sin embargo —pensaba la dama— debe estar empapado de viajes y peregrinaciones. Pero con bastante ingenuidad, Ansiau pensaba que las peregrinaciones de los demás debían ser más extraordinarias y más edificantes que la propia; había tenido la mala suerte de ser vendido como esclavo y haber remado en las galeras turcas y era

de esperar que los demás peregrinos tuvieran en su haber aventuras más interesantes que contar. Los unos procedían de España, los otros de Roma, otros simplemente de Vézelay o de Langres. Aalais no sentía más que menosprecio por esas historias de villanos, y debían ser mentiras, con toda seguridad: ¿quién podía comprometer a aquellas gentes sencillas a contar la verdad? Nadie los avalaba.

—A este paso, barón, estaremos en Troyes para las fiestas de Navidad.

—Vaya, señora: nos quedan aún cuatro días hasta el torneo.

De haberlo querido él, hubieran cabalgado el uno junto al otro, con las

manos juntas, sin abandonar el camino real. ¡Había tenido tan poco tiempo de hablar con él! Y le hubiera gustado contarle todas las tristezas de su viudez de dos años, sus partos difíciles, sus accesos de fiebre, sus disputas con Richeut —todo lo que el barón ignoraba aún de la vida de su esposa— y hablar de Herbert, de sus últimos meses, de su muerte en el bosque, de todas las bellas cosas que le había contado; aquél, al menos, no desdeñaba hablar con ella, ni prefería a los peregrinos. Y sin embargo, bien valía lo que Ansiau. Ahora más que nunca conservaba una profunda devoción por el hombre que no la había acosado con deseos. Pero

Ansiau nunca se dirigiría a ella si quisiera oír hablar del desaparecido; así pues, Aalais se distraía lanzando su halcón contra cuervos y cornejas, o galopando a toda velocidad sobre el camino polvoriento, para oír el silbido del viento en sus oídos.

Los dos esposos llegaron a Troyes el día mismo del torneo. Ansiau apenas tuvo el tiempo de pasar por casa de Guillaume de Nangi y ponerse la cota de su padrino; era aún demasiado amplia para él y se envolvió la cintura con una cubierta de lana, a fin de sentirse a gusto. No se trataba ahora de dejarse vencer, porque Guillaume de Nangi no tenía otra armadura y para rescatarla,

pensaba Ansiau, habría que comprometer todas las tierras de Linnières, sin contar con el rescate, que nunca podría pagar.

Tuvo la suerte de hacer dos prisioneros, el uno un tal Imbert de Potangis, cuya poderosa estatura le prometía una armadura a su medida, y al que había distinguido en seguida a lo lejos entre la muchedumbre de caballeros de Sézanne; el otro, Foulque de Rumilli, al que detestaba desde la castración de Baudouin de Puiseaux. Foulque era el marido de una de las hijas de Joceran y había hecho todo lo posible por dañar a Ansiau ante el vizconde. En cuanto a Imbert de

Potangis, Ansiau lo llevó a casa de su padrino, con no poco embarazo de este último; el estrecho local de que disponía estaba lleno hasta rebosar los días de torneo, hasta el punto de que los huéspedes debían dormir en el suelo, unos sobre otros. Aalais halló puesto en un lecho más o menos cómodo, con la mujer de Guillaume, la de Manesier de Nangi y una dama mayor, hermana de la madre de Manesier.

Imbert de Potangis era un hombre corpulento de treinta años, rojo y asmático, que se consolaba de su derrota bebiendo copa tras copa del vino tinto que Guillaume servía generosamente a sus invitados. Este Imbert parecía tener

la cabeza muy firme sobre sus hombros, porque no se embriagaba jamás. Ansiáu, sentado junto a él, le preguntaba según la costumbre quiénes eran sus padres, sus padrinos y camaradas, ¿acaso tendrían amigos comunes? Imbert servía en Sézanne y estaba en Troyes de paso; era pobre y contaba con este torneo para pagar sus deudas. Decía tener un gran defecto: su pasión por el juego de dados, que lo había arruinado, pues no conseguía nunca una buena jugada; había hecho un voto a san Mamed, tras una grave herida, de la que estuvo a punto de morir. A veces llegaba a poner como prenda su propia camisa y hasta las bragas y a cubrirse con un saco que un

criado le daba por caridad. Ansiau reía a carcajadas imaginando a aquel hombre grueso completamente desnudo tratando de taparse con un saco; Imbert también reía: no era ésa la peor de sus aventuras.

—Por esta vez no pagaréis aún vuestras deudas —dijo Ansiau riendo—, pero os hago gracia del rescate; lo que yo quería es vuestra armadura y vuestro caballo; lo demás, como buenamente sea. No os irritéis conmigo: es la costumbre de la Champaña.

—¿No querréis jugároslos conmigo? —preguntó Imbert con una mirada que suscitaba piedad.

—¡No, por mis barbas! No suelo jugar lo que he ganado.

Aalais tenía otro asunto que arreglar en Troyes; pensaba no sin temor en la fiesta de Todos los Santos, día en el que toda la familia de Linnières se acercaba a la Sagrada Mesa; no quería hacer una confesión falsa y necesitaba desembarazarse cuanto antes de su peligroso secreto. Así pues, se informó entre las señoras de Nangi acerca de los religiosos que frecuentaban las iglesias de Troyes. Y dama Oda, esposa de Manesier, le habló de un padre dominico famoso por su santa vida, que pensaba ir a Santiago de Compostela por un voto de piedad. «Si deseáis obtener una gracia o un favor especial, éste es el mejor momento para ir a hablar con él.

Orará por vos cuando esté en Santiago.» Aalais fue a ver al buen padre a la iglesia de San Pancracio, donde Oda la acompañó, bastante deseosa de saber cuál era el motivo de la devoción de su nueva amiga. Pero Aalais dijo que iba para hacer confesión.

No se acercó al confesionario sin temblar un poco: los diablos que la oyeran hablar empezarían muy pronto a preparar el castigo destinado a las mujeres lujuriosas. Pero el infierno estaba lejos. Así pues, confesó su pecado, sin justificarse ni acusarse, punto por punto: había cometido el pecado de la carne tantas veces, en tales lugares, con tal hombre; se arrepentía,

deseaba recibir la absolución. El religioso debía ser un hombre de humor severo: declaró que una mujer como ella no debía recibir la absolución sino tras haberse cortado el cabello y encerrado en un convento. A Aalais aquello no le gustó y contestó de mal humor: a buen seguro que no diría tales cosas a sus amantes; y que era vergonzoso que la esposa de un caballero estuviera expuesta a los insultos de un frailuco.

Se fue encolerizada. Su primera idea fue ir a quejarse a Ansiau; pero se dio cuenta de que era peligroso y poco razonable. Reflexionando consigo misma se dijo que el religioso podía ser, después de todo, un santo hombre de

verdad y atraer sobre ella la cólera de Dios por su insolencia y dado que era necesario confesarse como fuera, era mejor humillarse ante un sacerdote que ante dos. Volvió, pues, al dominico y se excusó humildemente ante él: era una mujer libre y no estaba acostumbrada al menosprecio. Pero si quería absolverla de su pecado, daría un sueldo de oro para su convento y se sometería a la penitencia que quisiera imponerle. El monje, que no era un mal hombre, acabó por darle la absolución mediante una peregrinación a Langres, a la catedral de San Mamed, peregrinación que debía hacer personalmente y a pie. Aalais protestó diciendo que no podía ir a pie,

además, ¿qué pecado creerían todos que había cometido? Sería un escándalo para toda su familia. El buen hombre consintió en dejar que fuera a caballo, pero debía hacerlo antes de Navidad.

Ahora que estaba provisto de una cota de malla y de un segundo caballo, Ansiau ya no pensaba en regresar al castillo.

—¿Y si nos fuéramos ahora a Provins? —dijo a la dama—. ¿Qué os parece? Dicen que es una buena ciudad.

—¿A Provins? —gritó Aalais un poco asustada—. ¿Y qué vamos a hacer allí?

—¿Qué! ¿No lo adivináis? Tengo grandes deseos de romper dos o tres

costillas a mi cuñado.

—¿A qué cuñado, Virgen santa? No tenemos a ninguno cerca.

—Sólo hay uno que vive en Provins. Erard de Baudemant. Y no estaré tranquilo hasta que le haya hecho morder el polvo.

La dama pareció indignada.

—Nada os ha hecho ese hombre. Dejadlo en paz. No estaría bien cansar vuestros caballos para nada.

—No es así, querida. Dentro de ocho días, para san Remigio, habrá un torneo en Provins. Allí veréis unas bonitas justas.

Aalais declaró sin ambages que no iría a Provins. Quería volver a casa. Le

molestaba estar tanto tiempo lejos de sus hijos.

—¡Bah! Estaremos de regreso antes de Todos los Santos.

Aalais se encolerizó. No, no y no. Nunca iría a Provins. No quería faltar a la estación de caza. Tenía trabajo en el castillo. ¡Bonita cosa un marido que no piensa más que en pelear con unos mendigos reunidos por las carreteras!

Ansiáu se rascó la barba, bastante perplejo.

—¿Qué hacemos entonces? No puedo dejar que volváis sin escolta y, por otra parte, necesito de mis hombres. Bien: con Thierry me será bastante; los otros, que vuelvan con vos.

—¡Cómo! ¿Estáis diciendo que debo volver sola?

—¿Qué queréis, querida? Me urge arreglar las cuentas con aquel mal educado. Los brazos se me impacientan. Ea, venid conmigo: veréis cómo le doy una lección.

El mismo Ansiau estaba sorprendido al oírse hablar así, porque no tenía la costumbre de pavonearse anticipadamente. La dama dio una patada en el suelo.

—¡No iré! ¡Dejadme en paz!

—Como queráis, señora.

Ansiau aceptaba sin demasiado disgusto los inexplicables humores femeninos y los respetaba como una ley

de la naturaleza. Equipó a la dama para el viaje aquel mismo día, le dio sus dos soldados por escolta y los dos esposos se separaron con gran cariño; Aalais hizo jurar a su marido que no tocaría a mujer alguna hasta el regreso del torneo y le deseó buena suerte. Pero en el fondo de su corazón esperaba que no haría daño alguno a Erard.

Ansiau partió para Provins en compañía de Manesier de Nangi y tomó parte en el torneo, pero sin hacer prisioneros. No encontró a Erard de Baudemant: supo que el joven había entrado al servicio del conde de Brienne y que había ido a Flandes con su señor. Ansiau suspiró: no le hubiera disgustado

un viaje a Flandes; aquel país tenía fama de rico y de abundante en valerosos caballeros; pero no tenía dinero y la estación de la caza iba ya muy adelantada. Además, había prometido castidad a su esposa y no quería poner en peligro su palabra con varias semanas de ausencia; y, sobre todo, pensaba que a su hijo ya no le quedaba más que un invierno en Linnières.

Las cacerías duraron hasta los primeros días de diciembre, a pesar del frío. Aalais no recordó su peregrinación hasta quince días antes de Navidad. Quedó aterrada: ¡y si no le quedaba tiempo de llegar hasta Langres! Los caminos estaban en pésimo estado,

dificultados por el fango y la multitud de peregrinos en vísperas de la fiesta.

Habló del asunto con el barón: un santo religioso de Troyes le había ordenado una peregrinación a Langres por un grave pecado que ella cometiera y si la peregrinación no se hacía antes de Navidad, no se le perdonaría el pecado. Ansiou juró:

—¿Por qué se meten en todo esos frailes? ¿Cómo vais a ponerlos en camino con este tiempo?

—Tengo que hacerlo, barón. Me he comprometido —suspiró Aalais, pensando en su vientre, que empezaba a resultarle levemente incómodo—. ¿Quién sabe lo que podría ocurrirle al

niño si faltaba a su promesa?

—Haced que otro haga la peregrinación por vos —dijo el barón—. No podéis viajar en vuestro estado.

—Precisamente —dijo la dama— es necesario que quede libre de mi pecado antes del parto; he prometido ir yo misma y no puedo hacer otra cosa.

—Pero, después de todo, amiga mía, una mujer no puede tener pecados tan graves. ¿Acaso habéis cometido perjurio?

—Tengo en mi conciencia muerte de hombre —dijo la dama, y no mentía—, hice golpear a un merodeador, el día de san Martín; y murió bajo los golpes.

Ansiau alzó los hombros.

—¡Bah! Un villano. Vuestro fraile no tiene más seso que un perdigón. Por mis barbas que no os moveréis de aquí hasta después del parto.

Pero la dama habló tanto y tan bien, jurando que no podría dormir ni comer antes de haber cumplido su penitencia, que el barón acabó por ceder. Tuvo pronto ocasión de comprobar las ventajas que su acto de piedad podía lucrarle, además del perdón: oraciones dichas durante una misa de Navidad en la catedral de Langres eran bastante más eficaces que las oraciones de Nuestra Señora y de San Mamed. Había nuevas armas que bendecir, misas que hacer cantar por los muertos, sin contar la

misa de agradecimiento por el regreso del barón. Hizo sus preparativos de viaje en una fiebre gozosa, ufana de cumplir una obra tan meritoria. Toda la familia del barón le encargaba comisiones ante san Mamed: una curación que pedir o un renacimiento de afecto. El barón le dio para el viaje todo el dinero que le quedaba y su gran capa de zorros y los niños miraban con temerosa admiración a la dama que, por primera vez en su vida, iba a celebrar la Navidad lejos de ellos, en un lugar santo.

La dama tomó consigo a Sillette y dos hombres de armas a manera de escolta. El barón cabalgó también para

acompañar a su esposa hasta Coussegray, a una legua al este de Linnières. Detuviéronse en el cruce de caminos. Las boscosas colinas de Tonnerrois se extendían ante ellos en una bruma fría. Los escarpes y las ramas de los árboles estaban cubiertos de escarcha matinal, el cielo era gris y tranquilo. La dama se arrebujaba en su amplio manto y soplaba sus dedos ya hinchados por las riendas. El barón le puso una mano en el hombro.

—Dios os guarde, dama. Pero si os sucede algo con ese hijo, sois vos quien lo habréis querido.

Aalais se santiguó:

—¡No habléis de eso! No sucederá

nada. Adiós, amigo.

Ansiau regresó al castillo, se instaló junto a la chimenea y empezó a contar los días que quedaban hasta Navidad. Doce días; era demasiado. Se preguntó si habría que ayunar; la dama era muy estricta en lo referente a ayunos y abstinencias, pero ahora estaba fuera y él se sentía liberado de esa especie de obligaciones, ya había ayunado bastante en su vida. No era un gran comilón. Pero el frío y sobre todo la inactividad le llevaban a la glotonería y sentía grandes deseos de saborear cabrito asado.

La noche llegaba pronto. No tendría fin. En el dormitorio, calentado y cerrado por todas partes, el aire era

asfixiante a pesar del frío que hacía fuera. Por primera vez desde su regreso, Ansiau se hallaba solo en el inmenso lecho de cortinas... Y como nunca había podido pensar en esa cama sin la esposa a su lado, sentíase perdido, como si la mitad del lecho hubiera desaparecido y temiera, al dormirse, ir a precipitarse en el vacío. El sueño no acudía a sus ojos; el viejo aburrimiento de los campos de la Ile-de-France volvía a sorber la médula de los huesos y del cerebro; hacía años que no estaba solo: siempre una compañía o un camarada junto a él, hasta en la galera era bueno ver una nuca y una espalda delante de uno. Pero ahora Ansiau sentía no haberse quedado en

Tierra Santa, donde seguía habiendo modo de luchar contra los paganos. Simon había escogido la mejor parte. No se había quedado a marchitarse en este castillo edificado en medio de tierras pantanosas; ya no había guerras en Champaña; y en los torneos se gastaba más que lo que se ganaba. André se hallaba Dios sabe dónde, tal vez al servicio de algún barón del Mediodía; ¡si al menos llegara el día, para arrojar esta angustia que penetra en las entrañas! Pero la noche había comenzado apenas. Ansiau decidió despertar a su escudero.

—Thierri.

—Aquí estoy, barón.

—Thierri, estoy tan triste que no puedo más. Si pudierais hallar una mujer que se acostara conmigo... De lo contrario, no dormiré.

—¿Qué mujer, barón?

Ansiau reflexionó un poco.

—Una lo bastante grande... y no demasiado sucia.

Los días pasaban monótonos, muy cortos, muy sombríos; las noches eran largas y frías; puesto que la dama no estaba, las criadas aprovechaban las heladas para abandonar un poco el trabajo y se apretujaban en la sala, cerca de la chimenea, escuchando las leyendas de Navidad que contaba un peregrino de Tierra Santa llevado por el barón desde

el hospital de Chaource. La proximidad de las fiestas producía una atmósfera de ociosidad y de alegría que hacía años no se conocía en el castillo. La ausencia de la dama influía algo en ello, y más aún la idea de los beneficios que aportaría la peregrinación de la dama: no era cosa de todos los años poder ver a la dama en peregrinación por la Navidad. Y el barón debía pensar sin duda que su esposa oraría por los dos, porque él vivía descuidado como nunca lo había hecho. La partida de la dama lo cogió de improviso: a su lado, era el señor y dueño del castillo y sabía perfectamente lo que había que hacer o no hacer; pero ahora sentíase relegado a la categoría de

los criados y escuderos y no podía dedicarse a otra cosa que a cuidar los caballos —lo que hacía bien—: era ése uno de sus dones. Conocer a la bestia con sólo verla o tocarla. Se aburría; preguntábase cómo iba a soportar los meses de invierno y buscaba en el cielo la aparición de las nubes de nieve, porque la nieve permitiría organizar una batida de lobos.

La dama avanzaba lentamente por el camino helado; en el horizonte, los bosques descendían y se alzaban en cadencia, al balanceo regular del caballo. Las pezuñas de los cuatro animales golpeaban el suelo con un ruido seco y ritmado cuyo eco se repetía

por el desierto bosque. Cerca de Tonnerre, los viajeros alcanzaron la carretera real y ya no abandonaron más la muchedumbre de peregrinos a caballo y a pie que avanzaban lentamente, con tanta lentitud, que la dama, poco paciente, tenía a veces la impresión de resbalar. Toda aquella gente reía, juraba o entonaba cánticos; había monjes con sus capuchas negras, pobres vestidos de harapos, burgueses con amplios mantos de paño, jóvenes de vida alegre y penitentes con la cabeza descubierta y los pies descalzos a pesar del frío. De vez en cuando aparecían caballeros, en grupos de tres y cuatro; y los que parecían ser de más elevada jerarquía

no se andaban con finuras y apartaban a latigazos a los peatones. En las posadas, por la noche, la muchedumbre se apretujaba en las puertas y en las granjas, encendían hogueras en los patios y cocían galletas de harina negra. La dama de Linnières podía pagar un puesto en un lecho, donde al menos se sentiría más caliente. Pero las chinches y el mal olor le impedían dormir. Cada noche había alborotos y disputas; gritos de borrachos llenaban la hostería; desde el patio llegaban cantos y risas que no cesaban en toda la noche.

El viaje duró diez días. Un poco cansada, Aalais se abandonaba cada vez más a la dulzura de sentir el peso aún

ligero que la forzaba a arquearse y le impedía inclinarse adelante. Lo sentía allí, contra su muslo doblado, al calor de su túnica de lana y de su capa de zorros, al calor en sus vísceras, en su sangre, contra su corazón. No la hacía sufrir; pero ella empezaba a estar cada vez más llena de su presencia. Revivía de nuevo sus pasados embarazos; ninguno de ellos había sido penoso, excepto los dos primeros. Volvía a encontrar esa gran paz del cuerpo y el alma, que se le había negado durante más de dos años. Así pues, el barón la había librado de aquella obligación de esterilidad que la hacía languidecer, arder y desarreglarse como una loca. He

aquí que estaba de nuevo como debía estar: todo volvía a su cauce.

Sólo tenía que esperar cinco meses, a lo más. El hijo vendría al mundo antes de la santa Cruz de mayo; todo el bosque estaría verde y lleno de alboroto de pájaros. Qué grandes parecerían Girard y Alette a su lado. Qué caliente estaría su cabecita, qué fina y lisa su piel, tan dulce que los labios de la dama ardían ya en deseos de tocarla. Su boca fina y redonda se ceñiría a los pezones de sus senos, que ya iban hinchándose de leche. Hacía ya tiempo que Alette había sido destetada: trece meses, más de trece meses. Y ahora venía este otro que tendería sus pequeños labios ávidos,

chillaría de hambre, se calmaría lentamente, a medida que su boca se llenara de leche. De todos sus hijos, amaba siempre más al más pequeño: a medida que iban creciendo los apartaba de ella. Esa raza de Linnières era como un préstamo que el barón le hacía por cinco o seis años —un poco más para las niñas— el tiempo necesario para vestirla de huesos, de carne, de piel, enseñarla a caminar y a hablar, equiparla para que el barón pudiera hacer de ellos los hombres a su voluntad. Pero el que ahora llevaba consigo no dependía en nada del barón ni de persona alguna. Era suyo, suyo. Si era un niño, lo llamarían Guillaume.

Hacía tiempo que contaba con ese nombre para su futuro niño, soñaba con ello desde el nacimiento de Alette. A causa del duque Guillermo de la Nariz Corta, de quien habla el cantar; y de Guillermo el Bastardo, duque de Inglaterra, y del duque de Aquitania, que había hecho aquellas hermosas canciones que Herbert le cantara. Aalais suspiraba con tales pensamientos y repetía en voz baja aquel nombre tan dulce que era como una caricia para sus labios.

Langres se mostró por fin a los peregrinos con la silueta masiva y las torres cuadradas de la catedral que dominaban y aplastaban la ciudad

ruidosa y llena de bullicio a pesar del frío. Un poco aturdida y extraviada entre la muchedumbre, volviendo a encontrar a duras penas a sus compañeros de camino, Aalais detuvo por fin su caballo ante una hostería en las afueras de la ciudad, donde había menos gente que en las otras. Gustárale o no, tuvo que compartir el lecho con dos esposas de burgueses llegadas de Auxerre. Al día siguiente era la víspera de Navidad y una gran misa de perdón iba a ser cantada en la catedral. Aalais se puso sus vestidos de cuaresma y tomando a Sillette por la mano siguió a la muchedumbre de peregrinos y penitentes que desbordaban las estrechas calles,

resbalando en la nieve mezclada con barro. El calor y el olor de los asados escapaba por las puertas entreabiertas y se oía el alegre ruido de platos y los juramentos de las criadas; el gentío seguía avanzando, acercándose a la catedral. El sonido de las campanas, cada vez más urgente y denso, llenaba el aire, las calles, los oídos, los corazones; angustioso, monótono, como un llamamiento y una amenaza. La inmensa nave de la catedral, las naves laterales, el atrio, todo estaba cubierto, abarrotado de fieles con hábitos de penitentes, cabezas descubiertas, con ceniza, túnicas de estameña, hombros desnudos y lacerados por la disciplina, velos

negros y harapos que cubrían úlceras.

Resplandeciendo con la luz de los cirios, cubierto con paño negro y violeta bordado con plata y perlas, el altar mayor dominaba a la muchedumbre, aplastándolo todo con su pureza severa; los coros tronaban, suplicaban, gemían; y nada había más pobre frente a la majestuosidad del oficio que aquella masa de hombres y mujeres llegados hasta allí por sus pobres faltas, tan sucias y tan mínimas que apenas debieran recordarlas. En pie, sobre los penitentes arrodillados, con el brazo levantado, el obispo de Langres pronunciaba las palabras de absolución: y todos aquellos ojos se alzaban

temerosamente hacia aquel hombre revestido, rodeado, marcado y sellado por la gracia y el poder de Dios, con su mitra resplandeciente, su anillo con una amatista, su cruz dorada en el pecho y sus finas manos blancas que derramaban sobre todos el perdón venido de lo alto.

De rodillas, apoyada en el frío pilar, Aalais sólo veía a lo lejos el reflejo de los cirios en los paveses y oriflamas dispuestos tras el altar. Y con todas aquellas gentes que se humillaban y pedían perdón, la dama gemía en voz alta, y *en* aquel coro de suspiros y sollozos ya no oía los propios ni temía dejarse llevar por su tristeza. No lloraba por los remordimientos: nunca los había

tenido; lloraba de tristeza y ternura por el hombre que la amara como ella deseaba ser amada; el hombre que tanto se parecía a ella en el corazón y en la carne, aquel verdadero hermano y amigo a quien no podía volver a ver. No pedía nada; nada quería. Estaba resignada. Era la última vez que tenía derecho a pensar en él antes del perdón definitivo que el obispo iba a sellar sobre su cabeza. Todo había concluido; todo estaba consumado. Aalais volvió a levantarse lentamente entre la muchedumbre. Con la cabeza inclinada sentía pesar sobre ella toda la fuerza de su compromiso con Dios. Basta de pecado. Basta de Erard. No había habido nada. Ella no

había sido nunca otra cosa que la esposa de Ansiau de Linnières y la madre de sus hijos. Y al ir a besar, en la cola fervorosa y alegre de los perdonados, el pie de la imagen de san Mamed, la dama pensaba ya en su Guillaume y lo ofrecía al santo, porque ya no se creía con el derecho a orar por el otro.

Hija de humilde castellano, Aalais de Puiseaux nunca había celebrado la Navidad fuera de la iglesia de su parroquia, y no era poco para ella una misa de medianoche con mil cirios, la inmensa catedral cubierta de paños de oro y de seda blanca y roja, los cantos de los coros, la presencia del obispo y toda esa muchedumbre de fieles, esa

muchedumbre como nunca la había visto, ni siquiera en los grandes torneos. A fuerza de admirarlo todo, no pensaba en nada. Asombrada, con los ojos muy abiertos, no se cansaba de contemplar los cirios blancos, cuyas llamas temblorosas y crepitantes brillaban como inmensas estrellas fundidas las unas a las otras; los coros de voces ya graves, ya jóvenes, triunfantes, que proclamaban que la alegría de los santos en el cielo vale cien veces lo que las alegrías terrenas todas juntas, y por una vez la dama creía en ello de veras y no pensaba en otra cosa que en gozarse en compañía de los santos y los ángeles. Cambió tantas veces el ósculo de paz

con sus vecinas, que ya las conocía y amaba como a hermanas; estrechaba en sus brazos a Sillette y reía de júbilo. Y como la mayoría de cuantos habían acudido de lejos, veló hasta la mañana.

A la salida de la iglesia el aire helado la atravesó. El cielo estaba negro. La plaza y las calles aparecían iluminadas por antorchas humeantes y linternas rojas que se movían encima de la muchedumbre como naves sobre un mar agitado. Aalais se dio cuenta de que había perdido a sus dos hombres de armas y se cogió al brazo de Sillette. En los albergues, las guarniciones hacían fiesta y los gritos y cantos llegaban a la calle; grupos de soldados ebrios, de

mozas de partido, de menestrales, corrían con grandes gritos, se tiraban sobre la nieve, peleaban con los viandantes. La silueta pesada y negra de la catedral se perfilaba sobre el cielo, aplastando las casas; veíasela por todas partes. Sus ventanas estaban iluminadas, sus campanas empezaban ya a tocar la hora de prima.

Nadie sabía cómo había ocurrido aquello. Primero fue un inmenso grito; después, una humareda blanca subió de una antorcha en medio del grupo más grande de peregrinos que volvían a la iglesia; el olor del humo se difundió en el aire inmóvil y helado y la gente empezó a gritar que había fuego. En dos

segundos, la oleada desbordó el patio y descendió a la plaza, hacia las casas y la posada de los pañeros. Aalais estaba furiosa, el humo la cegaba; retrocedió y trató de correr; de pronto, no vio más que espaldas, hombros, pechos que la aplastaban por todas partes, gravitando sobre ella con todo su peso —un sordo quejido sucedía ahora a los gritos de estupor— bajo sus pies, Aalais sintió una cosa blanda que se movía; estuvo a punto de caer y se debatió con rabia, a codazos y golpes de hombro, lo que le valió una lluvia de juramentos y palabrotas. El humo ya no ascendía; pero, una vez tomado impulso, la oleada de gente no podía retroceder, las

ventanas y las puertas del albergue de los pañeros fueron hundidas; los soldados salían en desorden, con las lanzas en las manos, sin comprender de qué se trataba. Aalais comenzaba a perder la esperanza de poder salir de entre aquella muchedumbre; sus fuerzas la abandonaban, su corazón latía con fuertes golpes lentos e irregulares, que parecían retirar toda su sangre de los brazos y las piernas; ante sus ojos, todo se hacía negro. El niño. Esos cerdos, esos grandes cerdos, esos zopencos que corrían Dios sabe dónde. Sintió que sus pies resbalaban; el terror puso ante sus ojos círculos rojos que giraban; se agarró al manto de un hombre vestido de

estameña, cuya enorme espalda la aplastaba. Se oyó a sí misma lanzar un prolongado grito: «¡San Mamed! ¡San Mamed, ayudadme!». Después, todo se detuvo. No volvió a ver nada.

Era casi de día cuando se encontró sentada en un banco, al extremo de una calle que desembocaba en la plaza. Dos mujeres le frotaban las palmas de las manos y las sienes con nieve. Inmediatamente, Aalais llevó su mano al vientre, como para asegurarse de que el niño estaba allí. Quiso hablar y no encontró las palabras que deseaba. Sus labios temblaban tanto que le era imposible abrir la boca. Una mujer, con capa marrón, se inclinaba a ella; Aalais

creyó conocer su rostro y trató de recordar dónde la había visto. Sí, Sillette; era Sillette. Empezaba a comprender dónde se hallaba y se levantó para volver a la posada con Sillette. Durante dos días, su cuerpo fue estremecido por temblores; no conseguía reunir sus palabras ni decir una frase con sentido.

La dama permaneció en Langres tres semanas; el tiempo era tan malo que no se atrevía a ponerse en camino. Granizo y heladas no cesaban nunca. Sentíase débil y enferma. Temía por su niño y pensaba en la cólera del barón si volvía a Linnières para decirle que había perdido al hijo en un aborto. Al fin y al

cabo, si lo hubiera escuchado, estaría aún en el castillo, tranquila y caliente. Casi había olvidado por qué se hallaba en Langres y por qué tenía tanta necesidad de hacerse perdonar su pecado. El incidente de la mañana de Navidad le parecía un mal presagio; estaba segura de que algo iba a ocurrirle al niño. Día y noche observaba y espiaba esos pequeños golpes sordos que le recordaban la presencia del hijo y a cada uno de ellos se decía: «Gracias a Dios, todavía vive». Pero esos movimientos le parecían tan temblorosos, tan débiles, tan poco semejantes a los de los otros niños, que el corazón le desfallecía sin saber por

qué.

Estaba impaciente por hallar de nuevo los brazos del barón; no había en el mundo abrigo más seguro y más dulce... Lo recordaba tal y como era cuando ella llevaba en su seno a los otros hijos: se preocupaba de su raza, porque sabía que era buena. Sabía cuidar de ella con ese seguro instinto de «ganadero» que poseía. En el camino helado, bajo el viento y la lluvia, Aalais pensaba en aquellas manos siempre ardientes que no la molestarían ahora que tenía tanto frío.

El invierno era rudo en Linnières. Las zonas pantanosas estaban heladas, las rutas cubiertas de hielo permanecían

desiertas y perdían su aspecto de caminos: nada más desolado que aquellas extensiones grises, parduscas, informes, desbordadas por todas partes por el bosque negro y petrificado.

Los cuervos caían en pleno vuelo, a causa del frío. En el castillo, lo mismo que en la aldea, la vida parecía paralizada. Pasada la Navidad, el barón dijo que buena parte de los caballos subieran a la gran sala, porque temía aquel frío para la raza española, los potros y los de dos años. Empezaba a faltar el forraje; había que mezclar paja, a la espera de poder ir en busca de avena a Hervi, en casa de Haguenier, que debía de tener provisiones para

vender. Así pues, la mitad de la sala quedó convertida en establo; y la servidumbre halló también su refugio entre las patas de los caballos. Los soldados que montaban la guardia y los criados curtidores y cazadores no se movían de la sala; y allí tenían tal alboroto que las mujeres de la casa no se atrevían a aparecer por aquel lugar y acabaron por encerrarse en el gran dormitorio donde hilaban, comían y conversaban entre canción y canción. El barón estaba bastante satisfecho del arreglo; sentíase a su gusto en aquella sala que por sus ruidos y su olor le recordaba los campamentos de la hueste en la Champaña y el cuartel del castillo

de Paiens.

Cuando la dama llegó a Linnières a finales de enero, se encontró desagradablemente sorprendida, cosa demasiado fácil de comprender. Los caballos seguían en la sala; y después del deshielo, la paja que alfombraba el suelo estaba podrida; habían echado paja fresca encima, sin quitar la vieja, según decían, para mantener el calor. El humo que subía de las leñas verdes y el vapor que emanaba de las ollas creaban una espesa bruma; los soldados juraban por todos los santos, mientras jugaban a los dados junto a la chimenea. Los hedores de hombres y bestias obligaron a la dama a taparse la nariz al entrar en

el local.

El barón se le presentó delante y la cogió en sus brazos antes de que ella pudiera ver, entre la bruma, quién era. Estaba demasiado cansada y furiosa para poder entregarse a aquellas efusiones conyugales; dijo con voz dolida:

—Ea, barón. Dejadme primero cambiar de ropa y calentarme un poco.

Después tiró furiosa los guantes al suelo y dijo que no permanecería más tiempo en un establo. Y subió por la escalera, seguida de Sillette y del barón.

Una vez en la sala de arriba, la dama se halló rodeada de sus primas, de sus hijos que se cogían a sus faldas, de las

criadas, que miraban sorprendidas a su señora que regresaba de la casa de San Mamed. La pobre Aalais sentía que la cabeza le daba vueltas y las piernas le flaqueaban; el barón apartó a las mujeres que se agolpaban en torno a ella y por una vez ella no le reprochó interiormente su falta de modales. En dos minutos quedó instalada en un sillón junto al fuego, con unos cojines bajo los codos y los pies y una taza de leche caliente en sus manos; el barón hizo echar al fuego manojos de ginesta para reavivar las llamas y encender diez velas a la vez. La dama pensó que aquello era un derroche, pero la luz dulce y cálida la rodeaba y la bañaba y

sintió deseos de sonreír y de cerrar los ojos; sentíase bien. Aunque fuera verdad que Ansiau no sabía gobernar la casa, lo cierto era que nunca le faltaba espíritu cuando era necesario y sabía confortarla, hasta tal punto que ella no le guardaba rencor alguno.

Sentado en un escabel ante ella, la ayudaba a tener la taza de leche y soplaba en ella para enfriarla un poco. Aalais bebió lentamente, con los ojos cerrados; posó la taza en tierra y se echó de nuevo sobre los almohadones. Ansiau estaba allí delante de ella, instalado cómodamente para mirarla bien, y la infantil alegría que brillaba en sus grandes pupilas sombrías la hizo

sonreír. Había cambiado en menos de dos meses: había adelgazado mucho y la cicatriz a lo largo de la nariz era más visible y daba a todo su rostro un aspecto irregular y extraño. Debía haber vivido muy abandonado en aquellas seis semanas: llevaba una ropa negra y grasienta, rota en varios sitios; sus cabellos y su barba, hirsutos y revueltos, parecían ignorar hacía tiempo el uso del peine, y su rostro llevaba suciedad de diez días que se depositaba en trazos negros en las arrugas de la piel y bajo los ojos. Sus grandes manos callosas, agrietadas, tenían uñas largas, negras y rotas, y la muñeca derecha estaba adornada, como una especie de

brazalete, por una larga herida abierta y purulenta en sus bordes. Ansiau no parecía darse cuenta del estado de abandono en que se hallaba; en todo caso, su humor era excelente y mostraba la sonrisa de sus mejores días. Preguntaba a la dama sobre todo lo que había visto en Langres; y sus dos hijos, en pie y a sus espaldas, fijaban en la madre sus grandes ojos claros, llenos de admiración temerosa.

—Pero, barón, estáis herido en la muñeca. Dejadme ver...

Ansiau se echó a reír.

—¡Vaya! No es nada.

En efecto, cosas peores había pasado. Pero ya la dama refunfuñaba

examinando los bordes de la herida.

—No vale la pena pasar el tiempo cuidando caballos si uno no se sabe cuidar a sí mismo. ¡Bonito ejemplo para los niños! Tendré que echaros encima algunas de mis hierbas de serpientes, que preservan de las malas fiebres... Ahí, Berta... Id a buscar en mi cofre, aquí tenéis la llave. Herbert, hijo mío: id con ella, para que no coja nada.

El barón reía de buena gana, divertido al ver a la dama tomar en serio un pequeño rasguño.

—Bueno —dijo Aalais—, no tenéis por qué reiros. No es razonable, sobre todo delante de los niños. Venid, más cerca de mí. Vuestro cabello está en

buen estado, amigo mío. ¿Es que necesitáis lavadoras de cabeza como en el ejército? ¿No podíais pedir a Lizarde que se ocupara de vos? ¿O a Haumette? Es vergonzoso dejar a un hombre en tal estado; les diré dos palabras a mi manera.

Y sacó de su manga el pequeño peine de hierro.

—Agachaos. Venid, que os peine. Sé que os gusta... ¡Fijaos en todos esos bichos que tenéis ahí, por san Thiou! Deben haberos comido a gusto, querido mío. No os mováis; veréis cómo os pongo en orden esa porquería.

Con agilidad reventaba con un pequeño ruidillo entre sus uñas los

animalejos que encontraba y desenredaba uno a uno los largos mechones recalcitrantes. Poco a poco, ese trabajo familiar devolvía a su espíritu recuerdos de tantos años pasados junto a aquel hombre. El recuerdo de esos mismos cabellos, más largos, más claros, más suaves bajo sus dedos —de esa misma cabeza pesada y cálida apoyada en su cadera—, sus ojos se perdían en imágenes tan lejanas que se sorprendía por encontrarlas aún: los primeros besos en el arquibanco, en Puiseaux, y la primera noche, el vino excitante, las finas sábanas, y aquel temor con mezcla de júbilo y la emoción de aquel corpulento muchacho, tan

ignorante como ella, jadeando de felicidad y de sorpresa; Aalais no conseguía creer que aquel adolescente un poco exaltado y el barón de Linnières fueran una sola persona.

—Ya está, amigo: quedáis bien peinado y guapo. A menos que prefiráis que os divida la barba por medio, lo que tampoco está mal; vuestro tío Herbert la llevaba siempre así. Y mañana daréis orden de calentar el baño; creo que la sala de baños está ociosa hace tiempo. Decididamente, querido, no podéis quedar en el castillo sin mí. Necesitáis una nodriza.

—Bien me he aburrido sin vos, querida.

A los ojos del barón era ahora más bella que nunca; un rostro un poco más pálido, un poco marchito, gastado, descolorido; la mirada sin asperezas; los labios sin deseo. Aalais era más dulce, más mujer cuando se hallaba encinta; la sentía más próxima a él por ese niño que la llenaba, como el agua colmaba la copa, como la savia hincha el retoño. Gustábale ser servido y cuidado por ella en esas épocas, porque sentía sus dedos más suaves, sus manos más cálidas, sus gestos más maternales. Gracias a Dios, ella era de esas mujeres que no están ociosas demasiado tiempo; y el barón no corría peligro de carecer de herederos.

Para darle gusto prometió devolver los caballos a los establos y hacer limpiar a fondo la sala inferior; y hasta se dejó poner una venda en la herida. La dama estaba sorprendida de tanta suavidad, y sentía deseos de decirle palabras acariciantes, como a un niño.

—Venid aquí, amigo; sentaos a mi lado. Pero no me abracéis con demasiada fuerza. Habladme. Nunca me decís cosas bonitas.

—Os estáis burlando de mí, querida.

—Pero antes sí que sabíais decírmelas. Ahora sois demasiado orgulloso. Aquí tenéis a este señor que, desde que estuvo en Tierra Santa, no quiere decir una palabra más por miedo

a gastar su lengua.

Ansiau, por toda respuesta, se echó a reír.

—Ea —dijo la dama—, os quejabais por mis reproches. Pues bien: ahora os toca a vos. Decidme lo que tengáis que reprocharme. Lo escucharé todo sin decir una palabra.

—¿Y qué queréis que os reproche?

—Sois vos quien lo tiene que decir. Veamos; supongo que debo tener defectos; seguramente tendréis algo de qué quejaros. Y no lo decís por cortesía.

Él se echó a reír.

—¡Oh, no, querida!

—Buscad bien. ¿Nada tenéis que decir, realmente? Pensadlo bien ahora,

no sea que más tarde tengáis que desmentiros.

—Escuchad, dama —dijo Ansiau—. No acabaréis nunca. Yo no amo a medias. Para mí no tenéis defectos.

Riendo, la dama le puso ambas manos en los hombros.

—He aquí un hombre feliz que tiene una esposa sin defectos. ¡Si al menos yo pudiera decir lo mismo de vos! —Movi6 la cabeza y suspir6—: De todas maneras, os he amado.

Ansiau se inclin6 sobre ella y le dijo:

—«Aielot».

Aalais se estremeci6, pues hacfa a~os que su marido no la llamaba con

aquel nombre. Pensó que su marido debía estar un poco ido para llegar a semejantes familiaridades. Ansiau era bastante casto de palabras con su esposa y el solo nombre de Aielot le quemaba en los labios y le parecía indecente a fuerza de intimidad. Ese nombre que sólo usaba con la dama, la despojaba de su dignidad, la ponía en pie de igualdad con las Guione y las Berta, hacía de ella una propiedad suya. Ese día la sabía a su disposición, a causa de esa nueva suavidad que tenía en la voz. Lo acogió y aceptó en sus brazos, como el primero y mayor de sus hijos, el que revivía en todos los demás, su fuente y su imagen, el que por más tiempo necesitaría de

ella. A la mañana siguiente, Aalais comprendió que tenía miedo de verlo apartarse de ella y pensó en su edad y en su estado.

IV

LA RAZA

La dama tuvo un parto muy difícil por primera vez en su vida. En la sala de baños, adonde fue llevada, jadeaba durante horas enteras, demasiado cansada y débil para gritar. Dos días después de los primeros dolores, aún no había nacido el niño; y Richeut, que hacía las veces de comadrona, dijo al barón que temía por la vida de la dama:

no comprendía nada, aquello duraba ya demasiado tiempo; convenía llamar a una mujer de fuera, la Flora o alguna otra. La Flora tenía fama de buena curandera y tal vez pudiera hacer algo. El barón envió inmediatamente a dos hombres a casa de la Flora, con orden de llevarla al castillo de grado o por fuerza.

Estaba espantado. No se había preparado a la idea de quedarse viudo. Mandaba encender cirios en la capilla día y noche y rezar letanías y novenas a Nuestra Señora, por turno, a todas las damas del castillo. Él mismo no sabía qué hacer y pasaba de la sala de baños a la sala principal y de ésta a aquella,

cuando no deambulaba entre la capilla y el establo, donde veía con sorpresa que ya no reconocía a sus animales, tropezaba con los pilares y olvidaba los nombres de sus criados. La cabeza le daba vueltas y el jadeo espantoso de la dama le impedía hablar y comer.

Por su parte, la dama lo recibía mal; decía: «Aquí no tenemos necesidad de un hombre»; o bien: «No sois vos quien sufre; no necesitáis poner esa cara». Y si los dolores eran muy fuertes, le gritaba: «¿Por qué habéis vuelto? ¡Esto es por vuestra culpa! ¡Me estáis matando! ¡Claro que necesitabais volver!» Y Ansiau se sentía, realmente, un asesino.

Al tercer día Aalais perdió valor y

comenzó a decir que estaba muriéndose: quería ver a un sacerdote y recibir los sacramentos. Sólo deseaba una cosa: morir cuanto antes. Sufría demasiado. Hizo venir al barón y se agarró a él, arañándole las palmas de las manos con sus uñas rotas. Ansiau sentía ese cuerpo colgado de sus manos cada vez más caliente y pesado.

—Barón, os lo juro. Escuchadme. Os lo juro, barón: ningún otro hombre que vos me ha tocado nunca. Es la verdad.

—Lo sé. Dejad ahora eso, señora.

Ella volvía la cabeza de un lado a otro, con obstinación, sobre la almohada. Era como un delirio.

—No, no lo sabéis. Os lo juro. Es verdad. No miento. Es verdad, barón; no puedo más. No me dejéis.

Y comenzó a gritar de nuevo; eran largos chillidos de animal, entrecortados por ronquidos silbantes. Después, los gritos fueron haciéndose más débiles y de los labios abiertos e hinchados no salía más que un ronco jadeo. Ansiou había visto bastantes agonías para no asustarse por esa respiración penosa y esos rasgos alterados.

El cielo estaba negro y Dios se mostraba como un ser feo. El barón no era hombre que soportaba tranquilamente el dolor. Arrancó sus manos de las de la dama y se puso a dar

zancadas de un extremo a otro de la sala. Pero no lograba aturdirse. Detúvose ante la puerta y empezó a golpear con la cabeza la aldaba de hierro y el marco de encina, con violencia cada vez mayor; y pensó que le hubiera gustado pasarse así el resto de su vida, hiriéndose la cabeza contra esa puerta. Pero la costumbre fue haciéndolo insensible a los golpes de la aldaba. Y el dolor volvía, amenazante; y para evitarlo se echaba en el suelo, la cara contra el pavimento. Y así permaneció inmóvil y agazapado, sin respirar. Ahora ya no sabía qué estaba ocurriendo ni dónde se hallaba.

En ese momento, alguien le tocó en el hombro y le dijo que la Flora estaba

en el patio. El dolor cesó de golpe; desde hacía tiempo, ese dolor buscaba en vano una salida para escapar; y esa salida se le presentaba ahora: era Flora. En un segundo estuvo en pie y salió al patio. Todos sus pensamientos se concentraban en el único ser que podía salvarlo. Flora tenía que curar a la dama. No podía ser de otro modo.

Flora estaba en pie junto a los establos y todos los habitantes del castillo, señores y criados, la rodeaban a respetuosa distancia, mirándola con una mezcla de temor y admiración. No se trataba de irritarla o de ofenderla, porque su mal ojo era de los más terribles. El mismo Ansiau no había

visto aún a esa mujer; no temía al diablo, pero la presencia de uno de sus servidores le intimidaba un poco; ignoraba qué clase de cortesía conviene usar con una bruja.

Quedó bastante sorprendido al encontrarse una mujer de talla mediana y más gruesa que delgada. El aspecto de Flora no tenía nada de sorprendente — carecía de edad y de belleza—; su rostro, bastante agradable, aunque un poco hinchado e informe, era muy pálido, tan blanco como su cofia de lino. Sus grandes ojos de lechuza brillaban como dos carbunclos entre movedizos párpados. Caro pagaba su trasiego con los espíritus: a veces la molían a golpes

hasta dejarla por muerta en la carretera; otras veces era presa de convulsiones y dejaba escapar gritos en un idioma incomprensible para todos. Casi siempre le parecía oír voces y tanto se abstraía en ellas que apenas se enteraba de lo que sucedía en derredor. La presencia del señor de la comarca no parecía intimidarla.

—Mujer, ¿sabes de qué se trata? — le preguntó Ansiau.

—Es una mujer rubia —dijo Flora, con su voz monótona y como adormilada: parecía una ciega que, a tientas, busca su camino-... en un lecho de encina. Da la espalda al sol... Tiene un hijo varón. Pero ha pasado la hora y

el niño ya no puede salir. Veo a la muerte a su lado...

—¡Perra! —gritó el barón—, ¿acaso no lo sé? ¡Sube pronto!

—Yo nada puedo hacer —dijo Flora—. Hay que engañar a la muerte. Necesito una oveja o una cabra blanca. Y un paño blanco que nunca haya sido usado. Y una jofaina con agua de lluvia.

Después entró en la sala de los baños, y Richeut y las otras damas que rodeaban a la parturienta se santiguaron al verla entrar. Flora se estremeció y farfulló con voz alterada: «¡Nadie se santigüe ante mí!»; después posó la mano en la frente de la dama y la enferma dejó de gritar. Flora quitó el

collar con cruces y reliquias que la dama llevaba al cuello y lo arrojó al suelo, a los pies del lecho. Las mujeres observaban lo que hacía, muy impresionadas y empavorecidas.

Cuando las dos criadas le hubieron llevado lo que pidiera, Flora quiso que la dejaran sola con la enferma; Richeut, no sin desconfianza, consintió en salir de la estancia y Flora le dijo que aguardara tras la puerta.

Aalais, fascinada como un pájaro por una serpiente, seguía con la mirada los movimientos de la mujer: sabía que era Flora y no se atrevía a hablar ni a moverse por miedo a disgustar a la «maga». Flora no parecía ocuparse de

ella. Sus ojos parecían mirar objetos invisibles que absorbían toda su atención. Evolucionaba lentamente alrededor del lecho, con tales precauciones que podría creerse que el suelo estaba erizado de cortantes cuchillos. Lentamente desplegó el velo blanco y cubrió a Aalais. La dama perdió el sentido.

En pie a su cabecera, Flora hacía extrañas contorsiones, tendiendo sus brazos y balanceando cadenciosamente el cuerpo. Después cogió por los cuernos la cabra blanca que le habían traído, ató juntas sus cuatro patas y dispuso la cabeza del animal sobre la jofaina con agua de lluvia. Después, con

un cuchillo, cortó en seco el cuello de la bestezuela y la sangre saltó en chorro y cayó en la jofaina; Flora tomó con una mano el pulso de la señora, mientras con la otra seguía reteniendo los cuernos del animal convulso en los espasmos de la agonía. La sangre fluía, el agua cobraba un color rojo cada vez más intenso y Flora seguía balanceándose al ritmo de conjuros canturreados con voz gutural y monótona que ya no parecía la suya. Cuando la bestia cesó en sus convulsiones y quedó rígida, Flora lanzó un agudo chillido y cayó a tierra, quedando allí como un gusano pisoteado.

Richeut, que tras la puerta solo

aguardaba ese grito, entró temblorosa y corrió a recoger al recién nacido. Las otras mujeres la seguían a distancia, santiguándose espantadas a la vista de la cara muerta y de la desvanecida Flora.

La dama Aalais, jadeante y débil — pero de nuevo con pleno conocimiento —, tuvo una pálida sonrisa al oír chillar al niño.

—Sí, un varón —dijo Richeut, poniendo al recién nacido en el lecho—. ¡Dios, qué feo es! Querida prima, vuestro marido va a odiaros por haberle traído semejante hijo. ¿Queréis que lo ahogue? Diríamos que ha nacido muerto.

Como obedeciendo a un conjuro, Aalais reunió todas sus fuerzas.

—¡Qué! ¿Mi hijo? Puta perra, devolvédmelo inmediatamente! ¡No lo toquéis con vuestras manos!

Richeut se enfureció:

—Sois una pobre estúpida. No creáis que me importa mucho. Trataba de haceros un servicio. Bueno, quedaos con vuestro engendro: yo me lavo las manos.

—¡Engendro! ¡Eso es! ¡Ya veremos qué pariréis vos para este san Juan de estío!

—¡En todo caso, mejor que el vuestro! —gritó Richeut—. Bien sé con quién lo concebisteis.

—Id a decírselo a mi barón, si lo sabéis tan bien. A vos toca hablar de

engendros: como si yo no supiera que vuestra hija Mainsant abortó tres veces el año último.

Richeut no se dominó más y echó sus manos a los cabellos de la dama que, muy débil para defenderse, se hubiera quedado sin algunos mechones de no haber intervenido las otras mujeres. Richeut escupió y juró que no podía seguir viviendo con aquella mujer. Y Aalais, con la mejilla en la almohada, contemplaba tristemente aquel pobre ser a quien tan mal se recibía y que tantos sufrimientos le había costado. Era un pequeño cuerpo enclenque, delgado, torcido, con una cabeza enorme, hinchada, blanda, de grandes ojos

desencajados, en una singular expresión de estúpido terror.

El corazón de la dama se llenó de angustia. Efectivamente, su pobre y pequeño Guillaume era feo; y ella habría de trabajar para que los demás lo aceptaran.

—Envolvedlo bien en pañales — dijo a Lizarde, que tomaba al niño para lavarlo—. Si le cubrís bien la cabeza, tendrá mejor aspecto.

El barón, que estaba en la sala con sus primos, sabía ya que la dama había parido un hijo vivo y hacía adornar la capilla para el bautizo y preparar un festín. Pronto se repuso de su emoción y, con las manos algo temblorosas, ofrecía

de beber a sus amigos y la copa pasaba de mano en mano a la salud de la parturienta.

En la sala de baños las mujeres fregaban el suelo y disponían el aseo de la dama. Cuando la habitación del parto estuvo dispuesta, Laude corrió a avisar al barón y sus primos y la dama tendió sus brazos sobre la colcha, a lo largo del cuerpo y apoyó su cabeza en las almohadas realzadas, dispuesta a recibir las felicitaciones de costumbre. En medio de la seda roja y de los bordados, su rostro parecía gris, pálido; el barón la encontró delgada, rejuvenecida, y su corazón se fundió de ternura y gratitud: la veía de nuevo. Cuidaría de ella, la

protegería, la mimaría: no volvería a entristecerla.

Richeut acudió a él para felicitarle y se creyó en la obligación de decirle.

—Debéis saberlo: el niño no ha venido bien: habrá sido el parto demasiado largo lo que lo ha estropeado.

Y Lizarde le presentó aquel muñeco envuelto en pañales, bajando los ojos con aire contrito.

La visión del recién nacido fue un golpe sensible al buen humor del barón. Tenía la vista más que suficiente para ver que el niño era incurable: si llegaba a vivir, sería un pobre idiota. El padre hizo un gesto y declaró francamente que

no valía la pena el que su mujer hubiera sufrido tanto para dar a luz semejante monstruo. Después volvió la espalda al niño y fue a saludar a su esposa.

La besó en la frente; ella elevó una mirada interrogadora y un poco temerosa. Ansiau adivinó sus pensamientos y le acarició el cabello.

—No os preocupéis —dijo—, no os guardo rencor. Un accidente puede ocurrirle a cualquiera. Lo haréis mejor la próxima vez.

Aalais suspiró, porque todavía no pensaba en la próxima vez. Sus pensamientos giraban en tomo a Guillaume. ¿Quién iba a amar a ese niño, si su padre no lo quería?

Por la noche, tras el bautizo, hubo una gran cena en la sala; y el barón, que no quería ser ingrato, hizo instalar a Flora en el puesto de honor bajo las armas de Linnières y ordenó que sus hijos y Claude la sirvieran. No era hombre que reparara en detalles: el niño podía haber salido todo lo mal que se quisiera, pero la dama se había salvado y eso era lo esencial. Flora observaba una actitud contenida y plácida y comía con ansia, como una campesina, sin prestar atención a nadie. A menudo se la trataba bien en las mansiones señoriales y con la misma frecuencia se la molía a golpes; y no pocas veces, deferencias y malos tratos llovían juntos. Esta vez

tuvo por salario la cabra muerta, dos pollos y un saco de harina, partió al caer la noche, porque el barón no deseaba tenerla bajo su mismo techo.

Tres días después, cuando la dama estaba aún en la sala de baños, el barón fue a hablar con ella. Restablecíase rápidamente y ya no temía fatigarla; y lo que quería decirle era bastante urgente. La encontró dando el pecho al niño; y frunció el ceño. Al ver entrar a su marido, Aalais apartó el pequeñuelo y lo pasó a la vieja Lizarde que lo puso en la cuna. Ansiau se sentó a los pies del lecho de la dama y su mirada se posó, muy a su pesar, en el pequeño ser, hecho un puro vagido, que Lizarde parecía

querer ocultarle. Aquella cabeza enorme, esos ojos saltones, esa boca amorfa le provocaban náusea: detestaba toda mala calidad.

—¿Por qué miráis así al niño? — preguntó, por fin, la dama—. Habladme. Ni siquiera me habéis preguntado cómo me encuentro.

Ansiau levantó los ojos hacia ella y sonrió.

—Estáis maravillosamente bonita — le dijo—. Bien sabéis que me gustáis así, delgada.

Ella hizo un mohín:

—Añadid que os gusto enferma. De nada me vale adelgazar.

—Os amo de todas maneras —dijo

Ansiau—. No os enfadéis. Escuchadme: he de hablar con vos.

Aalais suspiró, adivinando de qué se trataba.

—Hoy estoy cansada, barón.

—No será largo. Escuchadme, querida. Esta casa no es un hospital. No podemos hacer nada por ese niño. Si os parece, mañana enviaré a Thierrí o a otro que lo lleve a Chaource, a fin de dejarlo a la puerta del convento de los Padres de la Trinidad. Seguramente los religiosos cuidarán de él.

La dama no estaba preparada para un ataque tan brusco. Perdió el dominio de sí misma y no supo qué responder. Las lágrimas le salieron a los ojos.

—No lloréis, amiga mía. ¿No tengo razón? Escuchadme. Este niño sólo tiene tres días. Si os separáis de él mañana, lo olvidaréis pronto. Es un mal rato que hay que pasar y nada más.

La dama contestó que no abandonaría un hijo suyo, aunque fuera leproso.

El barón refunfuñó:

—No sabéis lo que decís. De todas formas ese niño no vivirá demasiado; y mientras viva os amargará la existencia. No quiero ver cómo malgastáis vuestras fuerzas y vuestra salud por nada.

—Pero después de todo, puede curar —arguyó Aalais—. Haré una promesa. Encargaré misas, iré a pie hasta Reims,

si es necesario.

—Por ese niño, no iréis a parte alguna. Os digo que nada puede hacerse por él. Mañana ya no estará aquí.

La dama apretaba las manos contra las sienes, buscando argumentos capaces de convencer al barón.

—Es un pecado abandonar a nuestro hijo —alegó vacilante.

—Nadie nos lo va a echar en cara por un hijo tan deforme.

—Pero escuchad, barón: no es tan deforme. Tiene una boca graciosa. Y vuestros mismos ojos.

El barón se enfureció:

—¡No faltaría más! Os queda por decir que he sido yo quien lo ha hecho

así.

Aalais replicó, agría:

—Pues no lo he concebido del Espíritu Santo.

—Haríais mejor en callar —dijo Ansiou—. Sabéis bien que es culpa vuestra. Bien os empeñasteis en ir a Langres en Navidad.

La dama alzó los hombros:

—No es por eso. Ha sido el mal de ojo.

—El mal de ojo no tiene que ver en esto, señora. Cuando uno pone la mano en el fuego, se quema. Ya os lo previne: y fui un imbécil dejándoos partir.

Viendo que empezaba a enfadarse, Aalais hundió la cabeza en la almohada

y se puso a llorar amargamente. Se hallaba aún tan débil, había sufrido tanto, había creído morir, y él no hallaba cosa mejor que venir a hacerle reproches.

De repente, el barón se enterneció e intentó persuadirla por la dulzura. Ciertamente, no quería entristecerla; sobre todo después del difícil parto reciente. Lo que él deseaba era el bien de su esposa. Ella era mujer, no podía comprender ciertas cosas; el amor al hijo la cegaba; no veía que ese niño no iba a causarle más que penas; y era mejor ahorrárselas desde ahora. En diez u once meses tendría otro, hermoso y bien formado; y esta vez sí que no le

dejaría cometer imprudencia alguna. Pero a Aalais no le interesaba ese otro hijo: tenía a su lado, en la cuna, a Guillaume de Linnières, de la sangre de Joceran y de Gui de Marseint, su propia sangre y carne desde hacía meses; en comparación con eso, la belleza o la fealdad del niño no tenían importancia alguna.

Y al ver que su marido se mantenía en su idea, cambió de táctica y declaró que estaba dispuesta a obedecer; no pedía más que unos días de plazo; el tiempo de reponerse un poco, porque no quería que la leche se agriara en su pecho. Ansiau, bastante confuso por haberla hecho llorar, consintió y

prometió no hacer nada sin que la dama lo supiera. Y Aalais esperaba que, con el tiempo, el barón se acostumbraría al niño y comenzaría a amarlo.

* * *

Decir que Ansiau no amara a este hijo no hubiera sido exacto. Su benevolencia abarcaba cuanto pudiera pertenecerle, de la manera que fuese, desde su señor a sus perros. Herbert de Linnières, su segundo hijo, nacido de noble dama y bien constituido, tenía indiscutibles derechos a su afecto. Y al observar de cerca al niño, sentíase forzado a decir: será buen caballero. Y

aun excelente caballero. No había más que ver la seguridad con que el niño tiraba y daba en el objetivo al primer golpe, sin pestañear, sin alterarse, sin perder tiempo en apuntar. Un excelente caballero —pensaba otra vez el padre—, notando la dureza de las infantiles manos, un poco regordetas, que apretaban las riendas y dirigían los movimientos del caballo; expertas como manos de hombre. Pero cada vez que se lo decía a sí mismo, Ansiu experimentaba como una tristeza, unos celos inconfesados: Dios, para ser justo, hubiera debido conceder al mayor de sus hijos —Ansiet— esa puntería segura y esos brazos vigorosos, con los que el

menor nada tenía que hacer: la casa de Linnières nunca se aprovecharía de ellos.

El niño era como una espina clavada en la carne de Ansiau. En ocasiones no conseguía dominar la irritación que experimentaba y le golpeaba con dureza. Creíase en el derecho de hacerlo, puesto que se trataba de su carne y sangre. El niño tenía precisamente los defectos que él más detestaba: se echaba por tierra por una magulladura o por un cólico; y cólicos los tenía todos los días porque se hartaba de manzanas y de golosinas hasta reventar. Sobrio por naturaleza y por costumbre, Ansiau no comprendía que se pudiera ser glotón. Llamaba a su

hijo puerco y perro y Herbert apenas oía otros epítetos de labios de su padre. Y se acostumbró a ellos rápidamente.

A Herbert le había tocado en desgracia un desastroso parecido con su tío Baudouin. Según Aalais, era eso lo que le dañaba en el ánimo de su padre. Una especie de muda complicidad existía entre madre e hijo, porque Aalais sentíase en cierto modo culpable de haber dado demasiado de su propia sangre a aquel muchacho. Tras alguna travesura no muy grave, el niño acudía a esconderse bajo el asiento de su madre, entre sus faldas; y cuando se le prohibía comer, ella le llevaba a hurtadillas pan y queso. Herbert ni siquiera le daba las

gracias. Era poco expansivo y apenas se dignaba dirigir la palabra a su madre; a menudo, el barón le tiraba de las orejas y le decía:

—¡Perro! ¡Ya te enseñaré a saludar como se debe a tu madre!

Herbert saludaba, sin comprender demasiado lo que se quería de él: la dama no exigía respeto, era algo bueno de tocar y cálido, hecho para alimentaros y protegeros, un lecho, una cubierta, una nodriza; aún no había olvidado el seno del que mamara. Y la dama no se engañaba: de todos sus hijos era Herbert el más afecto a ella. Pero ya no sabía hablarle desde que saliera de los pañales; Aalais no tenía más

derechos sobre esos muchachos que los que tiene la jumenta sobre los pollinos salidos de la monta, y los miraba en cierto sentido como la gallina clueca que ha incubado huevos de canario. Tenían que estar peleando continuamente, cubrirse de magullones y rasguños, a la espera de que llegaran más graves heridas: Aalais ya se resignaba a ello anticipadamente y prefería no pensar en el futuro.

En el trío que formaban Ansiet, y su primo Garnier, Herbert era el más joven, pero también el más respetado. Los niños tienen ojos diversos de los de sus padres, y para sus amigos Herbert era un héroe: las enormes cantidades de carne

y pan que era capaz de devorar excitaban su admiración; su silencio ante los mayores era una prueba de dignidad; y además poseía cualidades insospechadas para sus padres y su maestro de armas; podía comer moscas, tras haberlas cazado al vuelo, imitar a la perfección el modo de hablar del barón, del padre Aimeri, de Milon, de Girard el joven y de otros muchos. Sabía muchas cosas que los niños no suelen saber; y Dios sabe de dónde le venía, a los nueve años, esa experiencia que tenía menos de vicio que de precoz madurez. Ansiet y Garnier eran de carácter apacible y alegre; Herbert los impresionaba. En los juegos, en las

comidas, se cogía siempre el mejor puesto, la porción más grande; los otros dos apenas prestaban atención, ni pensaron nunca en comparársele.

Los tres niños vivían en su mundo y no se preocupaban del de los mayores. Apenas sabían que Ansiet era el hijo preferido del barón y Garnier un huérfano sin herencia; y el mismo Herbert no se daba cuenta de la dureza con que su padre lo trataba. Los dos hermanos no tenían razón alguna para creerse iguales en derechos con respecto a ese ser pesado, corpulento y barbudo al que había que llamar «mi señor». Ansiet amaba al barón; Herbert no lo amaba, pero como nunca hablaban del

asunto entre ellos, era como si se hubiera tratado de dos padres diferentes. Entre ellos tenían cosas bien diversas que contarse.

Ansiet era gran buscador de tesoros, gran inventor de países fabulosos; tenía sueños extraordinarios, con hadas, hombres lobo, diamantes de propiedades mágicas y, muchas veces, ignoraba dónde concluía el sueño. Creía profundamente en el poder de la señal de la cruz y del agua bendita —los mejores instrumentos, según él, para buscar tesoros—. Su espíritu despierto y rápido había cogido al vuelo restos de relatos que, de la boca de Herbert el Rojo o de los huéspedes de paso, habían

pasado a su cabeza, adornados con colores de arco iris, velados de azules brumas; interpretaba, arreglaba, volvía a situarlo todo en su universo: ese universo tenía por centro el bosque de Linnières, pero se extendía hasta perderse de vista, limitado por la iglesia de Hervi, con sus vitrales de colores y sus mendigos en el atrio; después, Troyes, Toulouse, Jerusalén, Tintagel se escalonaban a igual distancia unas de otras, blancas, luminosas, llenas de caballeros con yelmos pintados de rojo y azul, como el del barón.

Garnier, ocho meses más joven que su primo, era el mayor de los nietos de Herbert el Rojo; pero en la tercera

generación, el color rojo del cabello había perdido intensidad y el pelo de Garnier era color avellana; sólo unas fuertes manchas rojas bajo los ojos denunciaban su origen. Tenía, además, una nariz remangada, unos ojos negros y en nada se parecía a su padre. Ansiet y Herbert eran sus amigos simplemente porque era su primo y de la misma edad. Pero además era un muchacho encantador, turbulento, batallador, muy dado a la risa. La marcha de su padre y, después, la de su madre, habían dejado casi indiferente a ese niño educado en la gran sala común entre una nube de primos y criados: apenas conocía a su padre; y su madre estaba siempre muy

ocupada con los pequeños. Pero de aquel padre cruzado que se quedara en Tierra Santa había acabado por hacerse una imagen que se acercaba bastante a la de Dios. Solía decir: «Cuando sea caballero iré a buscar a mi padre». Y sus amigos se le asociaban en el proyecto, pues no pensaban separarse nunca: todos irían a ayudar al padre de Garnier a descabezar sarracenos y a proveerse de condados en tierra pagana. Al cabo, el padre de Garnier se había convertido para ellos en un personaje legendario a la manera de Roland y de Guillaume d'Orange. El mismo prestigio del barón palidecía comparado con el del tío Simon. Y Herbert, el más

positivo de los tres, decía a su hermano: «Preguntad al barón si la Tierra Santa está lejos y cómo se va. No sea que nos perdamos en el camino».

Para Pentecostés, Ansiau debía llevar a los dos muchachos a Troyes. Temía un poco esa separación: juzgaba los sentimientos de un niño por los suyos propios. «Sobre todo, hijo mío, no os entristezcáis demasiado en casa del señor Guillaume. De nada sirve la nostalgia de la propia casa.» Alisaba con los dedos los largos mechones rubios y enmarañados que cubrían la frente del niño. Experimentaba por él una ternura más grande de lo que osaba dejar ver; él mismo quedaba a veces

espantado: el niño era demasiado hermoso, demasiado perfecto; no se posee impunemente un tesoro así: algo tendría que ocurrir; si una vez en Troyes, el niño caía del caballo o era herido por una flecha en el ojo, o si caía enfermo o se mataba...

Puro como una hostia, pensaba Ansiou, y nada mejor podía decir; sólo él se daba cuenta de hasta qué punto ese muchacho de maneras ya rudas era intacto y cándido: en su boca, los juramentos más obscenos y los cuentos más sucios perdían toda clase de significado; no comprendía ni la primera palabra. Y no se trataba de ignorancia: era una ineptitud radical para ver el mal;

nunca tenía esas miradas curiosas, esas risas embarazadas, esos repentinos rubores que revelan malos pensamientos. Era un niño que nada tenía que ocultar.

Ansiau de Linnières, tercero de ese nombre, no tenía lo que pudiera llamarse una apuesta figura: su boca era grande, la nariz larga y chata; los cabellos lisos e hirsutos, siempre en desorden. Y su madre, que consideraba el cabello rizado como atributo necesario de la belleza masculina, decía suspirando: «Pobre hijo mío, no es vuestra belleza lo que hará que os amen las damas». Herbert, en cambio, tenía abundantes rizos cortos e hirsutos, de los que la

dama estaba muy orgullosa; pero cada dos o tres días, cuando Haumette se los desenredaba, eran tales los gritos y los pataleos de rabia, que Ansiet bendecía su cabello liso.

No se creía bello y eso le importaba poco. Pero era gracioso. Tenía una sonrisa encantadora y bonitos dientes. Su cuerpo era grande y enjuto, un poco linfático, de articulaciones pesadas; tenía la gracia torpe de los potros recién nacidos. Crecía demasiado aprisa y se fatigaba fácilmente por la perpetua agitación de su ánimo. A los diez años sorprendía ya por la indiferencia con que soportaba el dolor: no pestañeaba siquiera cuando se hería, no apretaba los

labios; no gemía cuando estaba enfermo; había en él como un vacío de pensamiento: ni parecía sospechar que pudiera llorarse por algo.

Herbert, menor que él, más robusto y resistente, tenía menos paciencia. Decíale el barón: «¿No te da vergüenza, perro? ¡Un hombre no chilla nunca!». A lo que Herbert gritaba: «¡No, no tengo vergüenza! ¡No la tengo!». «Tu hermano nunca grita.» «A él no le duele!» El barón hallaba ridícula la respuesta. Y sin embargo, contenía parte de verdad: la natural paciencia de Ansiet procedía de gran falta de sensibilidad al dolor; tenía su mente tan abstraída en otras cosas que ni siquiera se dignaba

ocuparse de su cuerpo. Cierta día peleó con Garnier por una medalla de cobre desenterrada en el prado —Garnier la había tirado a la chimenea, entre las llamas— y Ansiet, sin pararse a reflexionar, metió la mano en el fuego y fue tan grande su alegría por haber recuperado la medalla, que ni se dio cuenta de las quemaduras sufridas en los dedos. Y otro día, hacia el final de la Cuaresma, Ansiau lo encontró en el patio, desnudo a pesar del frío; pues se había quitado sus vestidos para cubrir a una nidada de perritos que había descubierto entre el estiércol «todavía vivos» explicó—, «y quiero calentarles; tomarán leche y vivirán.»

La cría de animales era una de las pasiones del niño. Adoraba a las bestias y no distinguía mucho entre sus hermanos y su caballo *Gaillard*, al que amaba con tumultuoso afecto, tierno, confiado. Tenía ya diez años y los límites y reglas de la vida aún no parecían trazados para él. Mucho tendría que aprender en Troyes, en casa del señor de Nangi.

La partida de los muchachos fue un momento solemne en la vida de la dama. Sus primeros hijos alzaban el vuelo y abandonaban el nido; dentro de cuatro o cinco años llegaría el turno de Girard, después de Mahaut y después —¿quién sabe?— de Guillaume...

Los dos habían crecido mucho. A sus ojos, acostumbrados de nuevo a las pequeñas manitas de un recién nacido, esas cabezas grandes y melenudas, esas fuertes manos curtidas, alcanzaban proporciones gigantescas; y debían crecer aún, crecer, hasta el día en que ella habría de levantar la cabeza para mirarlos en los ojos. Ya, ante sus besos y sus lágrimas, conservaban una impasibilidad de hombres: Ansiet, el más tranquilo, paseaba en derredor su clara mirada, siempre un poco sorprendida, y secábase las mejillas, humedecidas por las lágrimas de la madre. Ese muchacho, capaz de llorar porque su caballo padecía un callo bajo

el casco, sabía mantenerse insensible como un leño cuando tenía algo en la cabeza —la idea de la marcha lo absorbía tanto que soñaba despierto— y los lamentos de aquella mujer arrodillada ante él no herían su atención más que los otros preparativos del viaje: si la dama actuaba de ese modo era porque tenía que ser así. «Mi buen muchacho, mi hermoso hijo, mi primogénito, mi bello halcón blanco, mi espléndida paloma. Mi alma, mi gozo.» Sentía por la dama una adhesión en la que había poco sentimiento filial. La encontraba bella; era la mujer a la que amaba el barón; la persona que, de hecho, gobernaba el castillo. Su

verdadera madre era Haumette, que lo había nutrido con su leche.

Herbert, mucho más afectuoso que su hermano mayor, no sabía ser tierno. Cabeza baja y los labios salientes eran en él los mayores signos de tristeza. De vez en cuando resoplaba ruidosamente y se secaba la nariz con el revés de la mano.

La gran pena de ambos hermanos procedía de su separación de Garnier, que se quedaba en Linnières. Ansiau había prometido a Simon educar a sus hijos personalmente.

Sentados al extremo de la gran mesa de roble, junto a los nietos de Guillaume de Nangi, los dos mozos abrían mucho

los ojos y hasta se olvidaban de comer. Todo los asombraba: las grandes lámparas de aceite en barro cocido, el pilar redondo en medio de la estancia, las sombras que deambulaban por las paredes y los negros rincones, tan diferentes de los de Linnières; porque no podía adivinarse lo que ocultaban. El barón, sentado al lado de Guillaume, reía y hablaba en voz alta; y mientras él estuviera allí, sus hijos se sentían al abrigo, seguros de sí mismos, y los rostros desconocidos no los intimidaban.

Herbert, con los ojos puestos en la bella dama Béatrix, esposa de Guillaume, la envolvía en una mirada de

hombre, bastante desagradable en su rostro redondo y rosado. Y Ansiet no veía nada, porque pensaba en los pavos y en los monos que había visto al pasar por la feria.

Al cabo de ocho días los dos hermanos estaban tan metidos en su nueva vida que apenas se dieron cuenta de la marcha de su padre; le dieron apresuradamente el beso de despedida, impacientes por acabar de una vez con aquello. Manesier de Nangi iba a llevarlo a ver las balsas en el Sena.

Cuando los niños se hubieron ido, Ansiau se sentó junto a Guillaume en un banco de piedra, en el pequeño patio rodeado de galerías. Unas palomas

blancas y grises paseaban al sol sus sombras negras y redondas y los gorriones picoteaban aquí y allá las briznas de paja. Ansiau seguía sus movimientos con mirada distraída; sentíase un poco triste. Vagamente comprendía que ese día señalaba el término de su juventud.

Los dos hombres callaban. Su amistad estaba hecha de largos silencios. Siempre se hallaban bien el uno junto al otro. Guillaume tenía sobre sus rodillas a la pequeña Milessant, hija única de su última esposa —su preferida—, la niña tenía cuatro años y era una cosa mínima, dulce y delicada, menuda en su amplia túnica de seda roja de

cuello bordado; su cabeza era un poco grande, con ojos enormes y cuello muy fino. Era cariñosa y frotaba su pequeña y pálida mejilla en la velluda mano de su anciano padre. Ansiau amaba a todos los niños, pero sobre todo ante las niñas sentíase extraviado de admiración, como ante seres de diversa especie que la suya, extraños para siempre. Dulcemente, como un niño que tiende la mano hacia una mariposa, rozó con los dedos, los suaves bucles que caían a lo largo del cuello de la niña; y Milessant levantó hacia él sus grandes ojos grises y le sonrió con aquella sonrisa un poco adormecida y muy feliz de los niños soñadores. Conmovido por tanta

confianza, Ansiau sonrió a su vez y dijo:
—Tenéis una hija preciosa, padrino.

El viejo Guillaume respondió con un suspiro. Ansiau comprendía perfectamente lo que ese suspiro quería decir; que el padre no vería crecer a su hija; que se llevaba mal con Manesier; que estaba entrando en esa edad en la que se es inútil y despreciado. Y Ansiau, con los codos en las rodillas, contemplaba las losas del patio y veía a Mahaut, su delicada hija rubia de ojos negros, y sus dos mozos que se separaban de él para convertirse en hombres; y calculaba los años que permanecerían en el servicio —ocho, nueve tal vez—, porque el servicio es

difícil y las armas pesadas. A esos dos no convenía aflojar los frenos demasiado pronto, sobre todo a Ansiet, el potro salvaje que no pide más que hacer cabriolas por cuenta propia. Y Ansiau pensaba en lo que un día sería su propia raza; esos dos seres tan ardientes y tan ásperos al placer, más ávidos quizá de tomar su puesto que de servirle. Y de nuevo sintió nostalgia de Jerusalén.

* * *

A los siete años, Milessant de Nangi parecía, más que una niña, un muchacho fallido. Era, para su edad, demasiado alta, un poco delgada, pero ágil y

sensible. Tenía fino cabello rubio, anudado a la nuca por una cinta negra. Sus vestidos estaban siempre adornados de desgarrones y manchas de cal. Su madre, la joven dama Béatrix, era una espléndida beldad rubia; pero Milessant, ya a los siete años, no prometía nada de extraordinario: su rostro era irregular, móvil, bastante fino; y dama Béatrix pensaba que aquella hija nunca sería una rival temible.

Como suele ocurrir con las chiquillas descuidadas por su madre, Milessant era ignorante y desordenada: no sabía manejar la aguja ni ordenar con limpieza sus vestidos. Habíase acostumbrado a ver a esa madre siempre

tan adornada y perfumada como se mira a una Virgen en su retablo; la adoraba. Veía que el anciano padre lo hacía todo por complacer a la dama y le sonreía, a pesar de sus ataques de gota, cuando la dama se dignaba volver a él sus ojos.

El viejo padre había sido su universo; la envolvía como la gallina envuelve el huevo; la niña había vivido en sus brazos sus primeros júbilos, sus primeras enfermedades. Y él era tan grande que Milessant apenas comprendía que esos miembros enormes a los que se encaramaba, formaban parte de un solo cuerpo. Sabía que el padre padecía gota en el pie, bajo el cual había que disponer cojines y al que

debía procurar no tocar; en cambio, sobre el otro pie, menos hinchado, podía montar a caballo y gritar: «¡Arre! ¡Arre!». Había aprendido a distinguir en esa ancha cara oscura las malas y las buenas arrugas; y lloraba al ver los malignos pliegues de cólera formarse en el ceño del anciano; entonces, fuera cual fuese el motivo de su cólera, Guillaume se calmaba. Cuando la niña aún no sabía que el sol es bueno, conocía ya que la sonrisa de su anciano padre era lo mejor que había en el mundo. A los cuatro años, Miessant tenía ya tan gran experiencia del amor, que en toda su vida nada aprendería de nuevo; y recordaría con sorpresa lecciones

olvidadas.

Al llegar a los cinco años, un ser nuevo había entrado en su vida; un ser hecho de la misma carne y de la misma manera que ella; sólo que más alto, mucho más alto: ella apenas le llegaba a la cintura. Pero no tenía aún la estupidez de las personas mayores que parecen mirarnos como a una bestezuela a la que hay que hablar con fingida voz. Ese nuevo ser se llamaba Ansiau. Tenía largos cabellos rubios y manos siempre sucias y llenas de heridas. Desde el primer día, Ansiau se había adueñado de ella —como uno se adueña de un pajarillo al que hay que domesticar—. Era muy serio: hacíale repetir oraciones,

entonar cánticos, y cuando se equivocaba la castigaba, obligándola a quedarse en un rincón con los brazos en alto; y era tal el respeto que sentía Milessant por su joven maestro que se quedaba allí, inmóvil, con los brazos doloridos y devoraba lágrimas de dolor que desbordaban sus párpados. Por Ansiau supo que hay un Dios en el cielo y una condesa en Troyes; aprendió a conocer la edad de los caballos, a adivinar la hora por la posición del sol; supo que la tierra está repleta de tesoros y que se trataba de saber cavar en el lugar exacto; supo que esos tesoros dan alegría a quien los posee; y como nada sabía, se fiaba a su palabra.

Nadie le había hablado tan gravemente de cosas serias, ni reído de tan buena gana cuando tenía ganas de reír: no era como el padre, que tenía los ojos tristes hasta cuando sonreía.

Las tardes de invierno Ansiau volvía del patio o de las caballerizas, rojo, helado, jadeando por haber corrido demasiado, y saludaba con dignidad al viejo Guillaume, sentado junto al fuego. De todos los ayudantes y escuderos de la casa, Ansiau era el más noble de porte y de actitud: y Milessant, por niña que fuese, no se equivocaba. Solía decir al padre:

—Amo a Ansiau, es el mejor de todos.

—¿Lo quisieras como marido, eh, pequeña? —preguntaba el viejo, acariciándole la barbilla.

Milessant apenas salía de casa sólo para ver las procesiones; Isabeau la llevaba de la mano a través de las callejas estrechas y llenas de gente del pueblo y Gautier, el marido de Isabeau, las escoltaba, cuidadoso de que nadie empujara a la «damisela». A su paso, las mujeres se extasiaban ante la tónica roja y los clarísimos cabellos de la niña, y Milessant comprendía vagamente que aquellos elogios se dirigían a ella y sentíase orgullosa de ser como una palomita blanca entre pollos y canarios: estaba muy segura de su nobleza y

trataba a Isabeau y Gautier como a inferiores, sin apenas darles importancia. Al paso de la procesión, Gautier la ponía sobre sus hombros y así dominaba la muchedumbre y entonces las casas, las calles, cambiaban de aspecto, podían verse los bordes de las ventanas, las gentes parecían más gruesas y cortas y en lugar de ver faldas y calzones, Milessant estudiaba los sombreros y gorros y se divertía un mundo al ver cómo el sol brillaba en las cabezas calvas.

Después pasaba la procesión. Era un delirio, pero un delirio silencioso: con los ojos de par en par y los labios crispados, Milessant bebía y aspiraba

con todo su ser el espectáculo que se le ofrecía —los arneses bordados a rayas de oro de los caballos, las grandes capas con flores rojas, verdes, con animales alados y cruces de oro sobre fondo negro—, las ricas pieles, el armiño blanco de la capa de la condesa, y los jóvenes condes Henri y Thibaut, rubios, rosados y graves bajo sus pesados mantos de terciopelo escarlata: Thibaut podía tener la edad de Ansiau, pero era mucho más hermoso de rostro y para Milessant era como un ángel del cielo.

Y venían los obispos con sus mitras doradas, adornadas de hileras de piedras preciosas en los bordes —

amatistas y rubíes— y sus largas capas de terciopelo y de satín violeta que irisaba al sol; los diáconos y los monaguillos llevaban las cruces y las oriflamas con la insignia de la Virgen y san Pedro; y Milessant, maravillada, cantaba con el coro la Salve Regina. Los burgueses se volvían al oír aquella vocecilla de plata que venía de encima de sus cabezas.

El juego preferido de la niña era encontrar a la dama Béatrix en el cortejo de las señoras de Troyes. Todas iban vestidas de seda y enjoyadas; pero Milessant apenas las miraba, porque era grande su impaciencia por ver llegar a su madre, radiante, con sus cabellos

rubios apenas cubiertos por un velo de muselina blanca. Qué bien rodeaban su cuello las hileras de perlas. Qué bonitamente caía su túnica de seda azul con pequeños pliegues a lo largo de sus piernas, retenida por el pesado cinturón de oro bordado de perlas. Milessant rebosaba de orgullo pensando que su anciano padre se había casado con tan bella mujer.

La tarde después de la procesión, Milessant tenía siempre fiebre y no podía dormir. Y al día siguiente reanudaba su pequeña vida monótona de pájaro enjaulado. Igual que su padre (que no abandonaba nunca Troyes) no había visto más que a lo lejos los

prados, campos y bosques.

Ansiau fue el primero en mostrarle que el bosque es lo más hermoso que hay en la tierra —especialmente el bosque de Linnières—. En él había ciervos con estrellas de oro en la frente, blancas y desnudas hadas que danzaban en los claros al levantarse la niebla —podía caminarsen sin fin y ver siempre nuevos árboles y nuevos claros— en las zonas pantanosas, los fuegos fatuos atraían a los cazadores que en seguida se resbalaban; y quien muere sin sacramentos en pleno bosque está seguro de condenarse y convertirse a su vez en fuego fatuo. «Cuando los dos seamos mayores —seguía Ansiau— te llevaré a

Linnières y verás el bosque, el prado y el arroyo. Te encontraré nidos de milano.» Suspiraba a menudo pensando en su bosque. Las grandes cacerías condales en las que debía tomar parte Guillaume de Nangi no lo consolaban de las largas correrías por el bosque de Linnières, donde se sentía libre, con otra clase de libertad. Aquí, reducido a la condición de pequeño escudero entre tantos otros, apenas hacía otra cosa que despellejar y descuartizar las piezas ganadas y vigilar a los perros.

Desde el comienzo de su estancia en Troyes, los dos hermanos fueron separándose el uno del otro, como dos árboles nacidos de una misma raíz

crecen cada uno por su lado: no se habló más de los dos hijos de Linnières, sino de Ansiau y Herbert. Y nadie pensó nunca en confundirlos. El lazo de unión poderoso que había sido entre los dos la común amistad con respecto a Garnier, se había roto. Sus gustos eran diferentes; ya no se comprendían —aunque eso no impedía que se adoraran—. Herbert no podía interesarse por la pequeña Milessant; ni habría pensado nunca en hacer con ella otra cosa que levantarle la falda —pues ¿qué podía hacerse con una niña?—. Ansiet, en cambio, amaba a la niña de todo corazón, porque era rubia y dulce y confiada; era tan digno que no temía las burlas; y tenía sus

puños para defender su libertad de comportamiento.

El servicio era a veces muy duro y con los años los muchachos se hacían rudos de cuerpo y de maneras y estrechos de espíritu. Había que olvidar la búsqueda de tesoros, las hadas y al tío Simon; ahora, sus grandes preocupaciones eran los concursos de tiro en el castillo del conde, el cuidado de los caballos, los torneos en los que había que llevar la lanza y el escudo de Manesier. La pasión por los torneos ocupó el puesto de los sueños y proyectos —los nuevos camaradas reemplazaron a Garnier —y el barón, que seguía viniendo a pasar Pentecostés

en Troyes, los hallaba cada año más simples y más parecidos a los demás. Al menos así era en apariencia. Herbert ya no gritaba por los cólicos; y Ansiet ya no se quitaba sus vestidos para arropar a cualquier perrillo.

Milessant admiraba al barón de Linnières porque era el único en rivalizar con su padre en estatura; los demás caballeros admitidos a la mesa de su padre parecían pequeños y estrechos de hombros. Por menuda que fuera, Milessant los miraba con desdén desde lo alto de la imponente estatura del viejo señor de Nengi. El barón de Linnières tenía unos ojos grandes y sombríos capaces de atemorizar, y unas

cejas que se cruzaban sobre el arranque de la nariz; pero a Milessant le parecía muy hermoso, el más hermoso de los hombres que hubiera visto; hasta su tez oscura y su nariz estropeada parecíanle a la niña signos de nobleza: aún no había aprendido a discernir lo que suele pasar por bello y el barón de Linnières tenía un aspecto fuera de lo común. Además, era el padre de Ansiau. Y Ansiau le había hablado de ese padre tantas veces que Milessant acabó por creer que el señor de Linnières era el más valeroso caballero de Champaña. La intimidaba un poco: ya no quería dejarse abrazar y acariciar por él, como hacía cuando era una niña. Si el de

Linnières se sentaba junto a Guillaume, Milessant corría a encaramarse en las rodillas de su padre, se acurrucaba contra su pecho y, con el rostro oculto entre los pliegues de la túnica paterna, miraba a hurtadillas al maravilloso caballero. Él se daba cuenta, a veces, de la ingenua treta y reía de muy buena gana.

—¡Vaya! ¡Cómo sabe mirar a escondidas! Es encantadora —decía a Guillaume—. No os costará trabajo casarla... ¡Si al menos mi hija hubiera sido tan dulce...!

—¡Sí, sí! —replicaba Guillaume—. Es muy buena conmigo. Las otras se han casado hace tiempo y olvidaron a su

padre. Pero ésta no me olvidará, ¿verdad, florecita?

Milessant elevaba a él sus hermosos y francos ojos y permanecía pensativa, sin comprender del todo lo que su padre le preguntaba.

Aquel año, los dos muchachos hicieron su primera comunión; Ansiet tenía catorce años y Herbert trece. Ansiau quiso asistir personalmente a la ceremonia e hizo el viaje a Troyes durante la semana de Pascua, acompañado por André y Garnier. Llevaba a los chicos como regalo dos lebreles blancos bien amaestrados, sin contar los dulces y pasteles con miel preparados por la dama. Con la

distancia, había terminado por hacerse a la idea de que tenía dos hijos y no establecía diferencias entre Herbert y Ansiet, al menos exteriormente.

Bien peinados y lavados, vestidos con túnicas claras, los dos corpulentos muchachos tenían un buen aspecto y Ansiau sentíase muy orgulloso. Cuando los vio volver de la sagrada mesa, excitados, con los ojos perdidos y el rostro colorado por la emoción, los recibió entre sus brazos y los estrechó contra su pecho; pero los primeros besos fueron para el mayor. Eran tan altos ya los dos —de la misma estatura— que le llegaban al hombro. Se les hubiera calculado los quince años.

Herbert parecía el más contento de los dos, pero se trataba en gran parte de una satisfacción de vanidad: sentíase muy orgulloso de ser por fin un hombre, de llevar un hermoso vestido y de verse festejado. Se instalaba en su nueva dignidad de cristiano con una seguridad casi insolente: iba a besar las imágenes de todos los santos, tomaba en todo momento el agua bendita y la ofrecía, en la punta de sus dedos, a su hermano, a André, al barón; santiguábase con ostentación y evitaba jurar, con ejemplar paciencia.

Guillaume de Nangi padecía una enfermedad del corazón que le hinchaba las piernas y le ponía azules los brazos;

sufría fuertes dolores en el pie y en las articulaciones. Gemía en voz alta, con gran preocupación de Milessant, que se cogía a él llorando:

—Padre, padre... No sufráis... No sufráis o me mataré.

Aquel día, los dos muchachos que hacían su primera comunión fueron instalados en el puesto de honor y Milessant, que era ya una chiquilla de ocho años, les sirvió de beber y los besó en los labios en señal de honor. Después, la dama Béatrix y la dama Oda, esposa de Manesier, se retiraron de la sala e Isabeau se llevó a Milessant. Entonces, Guillaume dijo a Ansiau:

—Querido ahijado, tengo que hablar de negocios con vos. Ayudadme a salir de la mesa y a sentarme en ese banco. Dejemos que los muchachos se diviertan aún esta tarde: ha sido una bella (ornada para ellos.

Y prosiguió después:

—Ahijado, ya no me queda mucho tiempo de vida. Antes de la Navidad estaré bajo tierra: Dios sabe que no lo lamento. He vivido bastante. Tuve en la vida lo que quise.

Ansiau guardaba silencio; Guillaume suspiró y recobró aliento.

—De todos los jóvenes que llevaron mis armas, sois vos el más querido por mí. No es que me queje de Manesier. Es

un buen hijo. Pero él ya tiene a su esposa. Tiene sus propios hijos. Es duro ser un padre viejo que ya no sirve para nada. Es mejor morir.

Suspiró de nuevo.

—Ahijado mío: no olvidéis nunca que yo os hice caballero. A vuestra edad, una cosa así se recuerda aún. Pero si lo olvidáis dentro de diez o veinte años, será gran cobardía por vuestra parte.

—No sé qué queréis decir, padrino. Bien sabéis que os amo.

—¡Me voy y la dejo sola! —siguió el viejo—. ¡Dios! ¡Dios! Si al menos hubiera vivido para verla convertida en mujer... Ahijado: no me neguéis lo que

voy a pedirlos; dejo a mi hija la mitad de la dote de su madre y las tierras que aún me quedan en la parte de Brienne. He observado bien a vuestro hijo mayor durante los cuatro años que ha vivido aquí. Creo que ama a la niña; y ella lo amará también.

—¡Por san Thiou, padrino! — exclamó Ansiau—. He aquí una cosa en la que yo había pensado, pero no me atrevía a hablar de ella el primero. No deseo otra mujer para mi hijo.

Entonces, Guillaume hizo llamar a Manesier y los tres hombres discutieron el proyectado matrimonio. El padre quería casar a su hija antes de morir; eso molestaba un poco a Manesier, porque

era como si su padre no tuviera confianza en él.

—Ea, hijo —decía Guillaume—, ya tendréis bastantes preocupaciones después de mi muerte: os las ahorro ahora. La dote es buena y cuando Béatrix vuelva a casarse, su marido querrá poner las manos en ella, a menos que la niña se haya casado.

Con lo que los tres decidieron celebrar el matrimonio después de las fiestas de Pentecostés, cuando Ansiau regresara a Troyes.

De nuevo a solas con su hijo, Guillaume siguió exponiéndole sus planes y proyectos: tan poco conversador habitualmente y oprimido

por sus dolores, no dejaba de hablar si se trataba del porvenir de su hija; de Pascua a Pentecostés, las mujeres de la casa tendrían tiempo para preparar parte del ajuar y la ropa de recién casada; de lo demás se encargaría la dama de Linnières.

—Tengo bastante tela fina y paño y galón: no habrá más que alquilar a quienes lo hagan.

—Las mujeres de nuestra casa hacen el trabajo ellas mismas —dijo Ansiau.

—Así es mejor —suspiró el viejo—, en mis tiempos así era siempre. Aprecio mucho a vuestra dama, aunque no la he visto más que una vez: es buena y prudente y hará una buena madre para

la niña.

Ansiau, por cortesía, propuso a su padrino que dejara a la niña con su madre hasta la pubertad. Pero Guillaume movió tristemente la cabeza.

—No está bien molestar a una joven pareja con la hija de un viejo marido. Milessant estará mejor en vuestra casa. Vos le serviréis de padre: la amáis ya.

Dejábase llevar por la pendiente de sus sueños. La niña era un poco pálida; pero eso era falta de aire; en Linnières adquiriría buenos colores, jugaría en el prado con las hijas de Ansiau, cogería flores y bayas en el bosque; la dama le enseñaría lo que una joven debe saber: dama Béatrix apenas había tenido

tiempo de hacerlo.

—Vuestra dama la encontrará ignorante, pobre hija mía; pero, sobre todo, decidle que no la golpee demasiado: es muy delicada. ¡Dios! He tenido a esta hija demasiado tarde. Hay que vigilarla; pero os aseguro que una vez formada será una buena esposa. Pobre hija mía. Me ama de veras. Será duro para ella abandonarme.

Ansiau protestó: ni siquiera se tratará de tal cosa. La niña permanecería con su padre en tanto éste viviera. Guillaume no debía imponerse tal sacrificio: la vería antes de morir. El viejo caballero ocultó el rostro entre las manos.

—Quiero despedirme de ella mientras soy todavía un hombre —dijo—. No me verá enfermo ni desfigurado. ¡Es demasiado feo un enfermo!

—Padrino —dijo Ansiau—, no penséis en eso; es muy triste. Ea, en Pentecostés haremos una bonita fiesta y veréis como os encontráis mejor.

Los ojos de Guillaume se animaron de nuevo y se puso a hablar de los detalles de la boda.

Al día siguiente, Guillaume hizo cubrir la sala con una alfombra roja y sobre la alfombra colocar un banco cubierto con pieles. Sentóle en el banco e hizo sentar a su lado a su esposa y a Ansiau; después, hizo llamar a la sala a

toda su casa, familia y criados.

—Milessant —dijo— y vos, Ansiau, hijo mío; venid aquí y poneos los dos delante de mí. Ansiau, hijo mío: me servís desde hace cuatro años y siempre me habéis satisfecho. He decidido, con vuestro padre, haceros un regalo del que deberéis estar contento, porque para mí, realmente, es la cosa mejor que pueda haber. Miradla bien, hijo mío: nunca la hubiera confiado a otra persona que no fuerais vos.

Se enjugó con el dedo las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas; los dos jovencitos lo miraban, sorprendidos, preguntándose de qué se trataría. Ansiet, a pesar de sus catorce

años, no cogía rápidamente las cosas, porque se hallaba con frecuencia abstraído.

—Ven —dijo Guillaume—, dame tu mano izquierda. Milessant, corderito mío, ven aquí. Ansiau, mírala bien. Es aún una niña: pero dentro de cinco años tú serás un hombre y ella una mujer. Te servirá y obedecerá; tú debes amarla, porque es hija de madre noble y yo soy tu señor. Toma su mano.

Ansiet, comprendiendo por fin lo que el señor quería de él, enrojeció como una amapola y bajó los ojos. Era grato ver aquel embarazo infantil en el crecido muchacho que tenía ya estatura de hombre —realmente era hermoso en

aquel momento, con sus largas pestañas y la sonrisa llena de ingenuo orgullo que apenas conseguía disimular—. Milessant lo miraba, maravillada. Tendió dulcemente su pequeña mano, que Ansiet cogió con sus largos y duros dedos.

El padre atrajo a la niña a sus rodillas.

—Milessant, mi florecilla; aún no he hablado de matrimonio, porque eres demasiado joven. Pero ahora, delante de todos, te lo digo para que lo recuerdes bien: he aquí a Ansiau, que será tu señor y te amará y cuidará de ti. Estaréis siempre juntos. Comeréis del mismo plato, dormiréis en el mismo lecho;

serás su amada y él tu amado. Tendrás que quererlo y serle leal. Le obedecerás como a mí y jamás le dirás una palabra dura. Pronto no tendrás más que a él.

Milessant se cogió a su cuello.

—¡Padre! ¡Estáis llorando, padre!

—No, no, corderito. No lloro. Por la Virgen, creí que amabas de veras a este muchacho. Entonces, dirígele una sonrisa. Fíjate que no se atreve ni a mirarte.

El padre Dude, cuñado de dama Béatrix, acudió a sentarse en el banco, al lado del barón de Linnières. Y comenzó la ceremonia del juramento. Después, los jóvenes fueron llevados a la iglesia de San Pancracio donde los

dos padres juraron en su nombre respetar las condiciones del contrato, no comprometerse nunca con otras personas y hacer celebrar la boda el domingo después de Pentecostés.

Mínima al lado de su corpulento prometido, Milessant miraba en torno a ella, bostezaba impaciente por poder ir a sus juegos. Ansiet, halagado por el honor que se le hacía, seguía rojo de placer y se mordisqueaba las uñas. Ansiau —el padre— pensaba que la pequeña prometida era tal vez demasiado joven. Seis años de diferencia es mucho a esa edad. Delgada, pequeña, apenas llegaba al pecho de Ansiet; hubiérase dicho que

estaba hecha de materia más fina que la de todos los hombres que la rodeaban. Sus cabellos muy claros, muy suaves — y no muy densos—, se esparcían sobre sus hombros y su espalda, tan flojos y ligeros que la más leve corriente de aire los levantaba y su pequeño rostro fresco y pálido quedaba como iluminado.

Ambos prometidos se cambiaron anillos de antemano preparados por los padres; pero aquellas sortijas de personas mayores se les caían de los dedos y Milessant dejó rodar la suya por tierra al bajar distraídamente la mano. Dama Béatrix tomó los dos anillos, los juntó con un hilo de oro y los guardó en un joyero, diciendo que los dos

muchachos no tenían que hacer con cosas tan bellas: volverían a tenerlos cuando fueran de veras marido y mujer.

Tras la cena de prometidos, Ansiáu tomó aparte a su hijo y le hizo toda clase de recomendaciones: debía estar orgulloso de la elección de su padrino, pues el viejo señor no hubiera dado su hija preferida a un cualquiera.

—Debéis amar a la niña —le dijo —, guardarla y defenderla: sabed que hoy os habéis comprometido por juramento y quien falta al juramento comete una bajeza. A su padre no le queda ya mucha vida y yo moriré seguramente antes que vos. Deberéis recordar vuestro juramento y no

abandonarla mientras viva.

El muchacho escuchaba, dócil y un poco distraído. Ignoraba en qué le concernían aquellas solemnes palabras; el barón parecía planear en aquellos enormes espacios del pasado y el porvenir; Ansiet sabía hacía tiempo por qué debía amar al viejo Guillaume y cómo había que cumplir los juramentos; pero se decía que aún no había llegado a ese momento.

—En Pentecostés —dijo el barón— vendré con la dama y toda la familia y después de la boda llevaré a la joven a Linnières; así lo quiere su padre.

—Pero dicen que es mi mujer —observó Ansiet—. ¿Por qué lleváros-la?

¿Y si yo no lo quiero?

—Debéis saber, hijo mío, que un mozo que aún no es caballero no piensa todavía en mujeres. Una vez armado haréis lo que os plazca. Entretanto, soy yo quien dispone de ella; y a mí la confía su padre.

Ansiet hizo un gesto, un poco decepcionado. Empezaba a estar harto de ser un niño.

La elección de Guillaume había despertado en el corazón del mozo una ternura que ni él mismo sospechaba. La niña frágil y dulce, tan fina, tan pálida, pasaba a sus manos porque él se la daba; podía disponer de ella. Tenía seguridad, por promesas y juramentos,

de tenerla durante toda la vida a su lado, con sus grandes ojos y su sonrisa, nunca lo había pensado antes, pero ahora que ya era cosa hecha sentíase tan feliz como el día en que recibiera como regalo su caballo *Gaillard*. Se apresuró a aprovechar sus nuevos derechos de prometido y recordó a Miessant sus recíprocas obligaciones: en efecto, le repitió las lecciones recibidas de su padre, porque a ese respecto le faltaba imaginación. Tomaba a la niña muy en serio, a pesar de su gran diferencia de edad. «Sabes —le decía— que tu padre armó al mío; y por esa razón te recibo. Evidentemente, es un honor para mí, porque eres bonita. Tendré que guardarte

siempre y no pido otra cosa mejor. Si tu padre muere, yo seré tu señor.»

Milessant sonreía por la candidez de su amigo:

—Mi padre no morirá.

—Es muy viejo. Escúchame: te amaré como el barón ama a la dama. Ya verás: mi madre es más hermosa que dama Béatrix. Y tú serás aún mejor. Te llevaré a los torneos. ¡Dios, si supieras qué bello es ver las lanzas saltar hechas pedazos!

Un día tuvo la idea de instalar a la niña en el alféizar de una ventana de la escalera y allí comenzó a besar sus labios y sus mejillas, sorprendido de sentir en su boca la dulzura de la piel

lisa y fresca. Y tanto hizo y tan bien le salió que no se detenía en aquel juego nuevo para él, y las mejillas de Milessant se pusieron rojas y cálidas.

—Ya es bastante —dijo, por fin—, ¿por qué me besáis tanto?

—¡Oh, esto no es nada! —dijo Ansiet—. Cuando estemos casados os besaré mucho más. Es lo que se hace siempre. Y está muy bien.

Y pestañeaba, maravillado por el descubrimiento que acababa de hacer. Milessant, pensativa, apoyábase en el marco de la ventana y sonreía un poco ausente, con esa dulzura que tanto gustaba a Ansiet. Él se preguntaba en qué estaría pensando la niña.

Comenzaba a examinar de cerca ese rostro que había aprendido a amar hacía cuatro años. Quedaba sorprendido: aún no había notado que la joven tenía una frente grande y comba y que las pupilas grises irisadas de oro se parecían al plumaje de un buaro salvaje —decían que Milessant no era bonita—; pues él, Ansiet, veía en ella la nobleza de una marquesa; y hubiera golpeado a los muchachos que la encontraran fea. Con gravedad volvió a besar los ojos de la niña, rozando un poco las largas pestañas de oro; después besó de nuevo la frente, las sientes, el cabello. Y le era dulce saber que ella era ya casi una cosa suya.

Después, como inesperadamente, sintióse avergonzado, como si acabara de hacer algún mal.

—No debes decir nada de esto a tu padre —dijo.

Y como la niña lo mirara con sorpresa, halló en seguida el argumento para convencerla:

—Se enfadaría conmigo.

Ansiet no pudo guardar por mucho tiempo el secreto de su primer amor; el viejo Guillaume sonreía al verlo distraído y pensativo. Según la costumbre, zahería a la novia y decía a Milessant:

—Mira a ese gran bobo que languidece en pos de ti.

Y Ansiet se ponía colorado y ocultaba el rostro con la mano.

Se había hecho más tranquilo y silencioso y ni siquiera con Milessant hablaba demasiado. Pensaba. Con seguridad, ya no era un niño, puesto que se le confiaba la cosa más preciosa del mundo. Con piedad aguda y tierna pensaba en el cuerpo delicado de la niña, en aquellos labios que se ponían cárdenos cuando Milessant corría demasiado, en su ropa, siempre sesgada. No, él no permitiría que le faltara algo. Lucharía mejor que los más valientes y haría saber a todo el mundo que Milessant de Nangi era su amada. Hablaba poco de sus sentimientos, pero

no pudo menos de preguntar a Herbert qué le parecía su prometida. Herbert dijo que le parecía demasiado joven. Ansiet se limitó a arquear las cejas, preguntándose qué relación podría tener la edad con las cualidades de Miessant: aunque tuviera tres años, no sería ni mejor ni peor.

Herbert, por buen hermano que fuera, no podía menos de envidiar a su hermano mayor. La casa no tenía ojos más que para Ansiet. Las costureras de dama Béatrix le preparaban un hermoso vestido de ceremonia, en paño bordado con rosas de oro. Y él, Herbert, tendría que conformarse con acudir a la fiesta vestido con una simple túnica de seda

azul —en calidad de paje de honor—. Herbert hubiera querido ser el esposo en todas las bodas.

Al acercarse Pentecostés, la dama comenzó a ordenar en los cofres de viaje sus más hermosos vestidos. Hacía más de cuatro años que no salía de Linnières; a no ser para ir a Hervi. En realidad, a partir de su peregrinación a Langres, no había vuelto a viajar. Hacía cuatro años que no veía a sus hijos.

¡Dios! En cuatro años, qué largo rosario de miserias, de enfermedades, de temores —los chicos habían partido el año de Guillaume— y después de Guillaume habían venido los dos gemelos, dos hermosos niños con los

que las gentes se habían reído mucho, pero sin pensar mal alguno; pero la misma Aalais no dudaba de que aquello era consecuencia de su falta y una señal de que había conocido a dos hombres; y que, seguramente, era un mal presagio. Los dos niños se llamaban Garin y Geoffroi: ambos eran sólidos como dos hayas; y al año siguiente vino un niño que no vivió más que dos días; y el Domingo in Albis —hacía tres semanas — acababa de enterrar a su último hijo, Pierre, nacido el Viernes Santo. ¡Oh, ese dolor en los senos! Esas sacudidas, esas interminables sangrías, de las que aún conservaba muñecas y brazos amoratados...

Guillaume tenía ahora cuatro años; conservaba su gran cabeza hinchada, rubia y casi calva. Aalais hizo votos y levó su hijo a Flora —pero el niño aún no sabía caminar ni hablar— y el barón se impacientaba de veras: no quería un monstruo en su casa; sólo con mirarlo, la dama pariría otros niños como él. Y Aalais se preguntaba cuánto tiempo conseguiría tenerlo consigo.

Al cabo de dos años correspondería al pequeño Girard abandonarla, como habían hecho los dos mayores; ahora tenía ocho años, montaba a caballo, disparaba el arco y la dama sentía parársele el corazón siempre que veía al niño bajar a los establos. Cada vez se

aficionaba más a Mahaut, su hija mayor, que al menos estaría con ella hasta que fuera necesario encontrarle un marido. Cuando la niña se hería o tenía alguna pena, la dama la tomaba en sus rodillas y jugaba a secarle las lágrimas a fuerza de besos. «Ea, hija mía, ya llorarás bastante cuando seas mayor.» Mahaut, a los diez años, era ya una belleza. Tenía los ojos alargados y oscuros de su padre y unos cabellos de oro que iban tomando una coloración cobriza cada vez más intensa: y la dama, un poco asustada al ver que su hija iba haciéndose pelirroja, le lavaba todos los sábados la cabeza con manzanilla. Mahaut tenía el espíritu vivo y el humor huraño y brusco; no se

parecía a nadie de la familia. Su madre era la única persona que, al parecer, respetaba; porque ni el mismo barón escapaba a sus observaciones maliciosas, que muchas veces él no entendía.

—Verdaderamente, no es como debe ser una joven. Haría bien en seguir el ejemplo de la hija del padrino que está en Troyes: es más joven, pero mucho más prudente.

Y ahora la dama pensaba sin el menor placer en la llegada de esa extraña que iba a quitar a sus hijos una parte del afecto del padre. El matrimonio de Ansiet era para ella como una compraventa ventajosa; pero,

entretanto, era ella misma quien pagaba los costes. ¿Por qué iba a ocuparse ahora de una niña que tenía aún sus propios padres?

—Después de todo —decía a Ansiau — ¿por qué no se la dejáis a su madre todavía? Es una afrenta para esa mujer.

Apenas podían reconocer los dos muchachos en esta mujer enjuta y seca a la bella dama de su infancia: cómo se había encogido. Ahora eran de la misma talla que su madre. Sus mejillas conservaban aún sus bellos colores, pero había algo de delicado, de triste, en esa belleza a punto de marchitarse: la dama iba a cumplir sus treinta años. En su familia, todos los hombres

engrosaban con la edad y todas las mujeres adelgazaban; y la dama decía tener miedo a fundirse como la cera y comía mucha carne grasienta y crema.

Con sus vestidos de viaje, grises y polvorientos, no tenía muy buen aspecto; y Ansiet se arrepentía de haber dicho a Milessant que la dama era más bella que dama Béatrix.

Aalais los besó más de veinte veces a cada uno, riendo de admiración y sorpresa; palpaba sus manos, sus brazos, sus mejillas, como para asegurarse de que realmente eran de carne y hueso.

—Verdaderamente, no sabía que tenía tan guapos hijos, tan bellos donceles. ¡Oh! Herbert, querido: no

habéis cambiado; es Ansiau el que ha cambiado. Pronto tendrá barba... ¡Ah! Dios mío... ¡y decir que ya habéis hecho vuestra comunión...!

Y con una sonrisa extraviada pasaba del uno al otro, sin saber qué decirles; estaba más deslumbrada que feliz de ese encuentro sin mañana antes de una separación tan larga como la otra; pensaba no sin amargura que sus hijos ya no necesitaban de ella.

Por el contrario, Milessant —contra la que estaba prevenida— la atrajo en seguida por su aire de pajarillo caído del nido: bien podía ser la futura esposa, pero en los preparativos de la fiesta nadie se ocupaba de ella. Su vestido

estaba ya dispuesto y aún no había llegado el momento de ponérselo. Dama Béatrix estaba demasiado ocupada en su propio arreglo y dama Oda tenía sus propios hijos de quienes cuidar. Fue Aalais quien se encargó de la jovencita; le hizo lavar manos y cara, peinar el cabello, y la instaló en un rincón de la sala de las señoras, al lado de Mahaut.

—Besaos —les dijo—, dentro de poco seréis hermanas y os acostaréis en la misma cama. Ahora podéis jugar juntas, pero sin hacer demasiado ruido.

Las dos jovencitas se miraban con curiosidad. Mahaut, de dos años más de edad, sonreía con aire protector y no pedía otra cosa que ofrecer su amistad a

su nueva hermana. Milessant, más salvaje y un poco desconfiada, bajaba los ojos y mordisqueaba el extremo de su cinturón: tal vez había sentido un brillo burlón en los ojos negros de aquella hermosa joven de trenzas de oro. Mahaut preguntó:

—¿Sabéis coser?

—No.

—¿Y sabéis bordar?

—No.

—¿Ni el punto turco? ¿Ni el de Córdoba? ¿Ni pasamanería? Ya lo sabéis, cuando se hacen los galones... Milessant no respondió nada.

—Entonces, sabréis cebar los halcones, o danzar, o cantar delante de

vuestro padre...

Milessant levantó la cabeza y miró fijamente a Mahaut, con las pupilas encendidas por una pequeña llama amarilla.

—¡No! ¡No sé nada! —gritó—. ¡Y no quiero saber, ni sabré nunca nada!

Mahaut retrocedió, un poco asombrada. Miessant se acurrucó en su rincón, con la cabeza gacha; sentía deseos de llorar y hacía grandes esfuerzos para no dejarlo ver.

Ambas guardaron silencio durante un buen rato. Por fin, Mahaut levantó la voz, dulcemente, como sabía hacerlo:

—Yo os enseñaré, ¿queréis? Ya lo veréis: nos divertiremos mucho.

Y como la otra no decía palabra, Mahaut preguntó aún:

—¿Me querréis? Yo sí que os querré.

Milessant estalló en sollozos.

Mientras hacía sus devociones en la catedral de San Pedro, en compañía de Oda de Nangi, Aalais sintió que un hombre la rozaba al pasar; levantó los ojos y se volvió, pero el hombre estaba ya cerca de la puerta; sin embargo, algo en el aspecto del desconocido la había sorprendido y sintió que su corazón latía con más fuerza. En el momento en que ella se volvía, el hombre hizo lo mismo y Aalais reconoció a Bos, el escudero de Erard de Baudemant.

Durante todo el oficio de Laudes, Aalais ya no pudo seguir ninguna de las oraciones, ni hacer una sola vez la señal de la cruz. A cada momento le parecía ver a Erard pasar por las naves laterales; o lo veía en la primera fila, entre los demás caballeros que asistían al oficio. Todo hombre rubio y vestido de azul acusaba inmediatamente un extraño parecido con Erard. No podía estar muy lejos, puesto que Bos se hallaba allí. Por Hue de Baudemant, Aalais había sabido que Erard se había casado con una rica joven de Douai, que tenía dos hijos y que vivía ampliamente con las rentas de su mujer. Pero el aspecto más que modesto de Bos hacía

pensar que los negocios de su señor no eran muy brillantes por entonces. Aalais ya no comprendía nada. «Aunque se haya arruinado —pensaba— eso no es cosa mía. Es una buena lección para la mujer que se ha casado con él.»

Por último, hubo de rendirse a la evidencia: Erard no estaba en la iglesia. Sorprendíase al observar hasta qué punto todos aquellos hombres que no eran él le parecían feos e insípidos. Apoyada en el brazo de Oda de Nangi regresaba tristemente al palacete del viejo Guillaume por las calles estrechas y oscuras cuyas casas parecían querer aplastarla, Oda de Nangi, bonita en su tez oscura un poco borrosa ya, criatura

buena si la hubo alguna vez, se quejaba de su marido y de su suegro. Según ella, Manesier la sacrificaba a los caprichos del viejo; en cambio Guillaume decía lo contrario: que Manesier se dejaba dominar por su esposa.

—Vos tenéis la suerte de tener un marido como el vuestro. Nunca he visto a un hombre de mejores modales: es tan cortés con sus criados como con un conde o un marqués. No creo que vaya a trataros como a una cualquiera o como a una perra en todo momento.

—Entonces, ¿es duro vuestro marido con vos? —preguntó Aalais.

—¡Oh! Mi marido me ama... pero se deja influir por el viejo y la Béatrix.

¡Dios, qué serpiente y qué peste es esa mujer! No le basta con dejar a mi cargo toda la casa... estoy segura de que si pudiera quitarme a mi marido, lo haría.

—¿Ahí se ha llegado —se sorprendió Aalais, bastante curiosa.

—Vos sí que tenéis suerte —suspiraba de nuevo Oda—. Al menos vuestro barón os es fiel; nunca se le ha visto llevar los colores de una dama de Troyes o de otro lugar. Y sin embargo, no hay otro que pudiera hacerlo mejor...

La dama de Linnières hizo notar, no sin suficiencia, que en tales casos la mayor parte del mérito es de la mujer.

—No lo conocéis bien. Y si yo no lo retuviera, quién sabe qué cosas sería

capaz de hacer.

—Yo no pienso más en ello. Nunca acabaría, si tuviera que llorar por tales cosas. Ya tengo bastante alboroto con los niños y la casa.

—Sé bien lo que es eso. He dado a luz once veces —dijo Aalais.

—Y yo siete. Ya lo veis: soy bastante más joven que vos y no lo parezco. Es triste: siempre con el vientre hinchado, con las cunas, los pañales: de un año a otro nada cambia y el tiempo va pasando. Una quisiera pensar en otra cosa. No vivimos más que una vez.

Aalais no se cuidaba de animar confidencias que no deseaba oír. Y dijo

tranquilamente:

—¿Otra cosa? No hay otra cosa.

Al día siguiente después de la misa, la dama dejó que el barón y los de Nangi salieran de la iglesia sin ella y se quedó sólo con Sillette y Milon du Cagne. No creía tener ninguna secreta intención: simplemente, deseaba orar un poco más. Pero no le sorprendió que un joven de unos quince años se acercara a ella y le preguntara si era la dama Aalais de Linnières.

—Sí, soy yo —contestó—, ¿qué queréis de mí?

—Mi señor —dijo el muchacho— os ruega que aceptéis un presente suyo.

—No conozco a vuestro señor y no

puedo recibir un presente.

—Señora, no os enfadéis. Mi señor sabe que no aceptaréis, pero sólo os pide que lo miréis: sólo eso.

No sin desconfianza, la dama abrió el cofre de roble que le tendía el joven. Jamás había recibido un presente tan extraño: en el cofre había un ramito de lavanda, una pequeña rama de cerezo, una piedra blanca y un anillo —el anillo con la perla rosa—. Y el recuerdo de la noche en el jardín de Linnières, bajo el cerezo, entre la lavanda, la invadió con tanta fuerza que estuvo a punto de dejar caer el cofrecillo, pues sus manos temblaban de modo irreprimible. Lo puso sobre sus rodillas tomó el ramito

azul y oloroso y lo llevó a sus labios; después, acordándose del joven que la estaba mirando, volvió a poner la lavanda en el cofre: las lágrimas caían a lo largo de sus mejillas y ni siquiera pensó en contenerlas. La piedra blanca —el claro del bosque en el Monte de las Hadas—, el sol, los cuervos, la hierba cálida...

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido. Seguía allí, en su sitio, nada había cambiado. El joven, aún arrodillado ante ella, parecía esperar.

—¡Dios mío! —suspiró—. ¿Dónde está vuestro señor? ¿Qué hace?

—Se halla en Monguoz, en el castillo. Ha sido hecho prisionero por el

barón Gilíes; está herido en una pierna. Se encuentra muy mal.

—¿Mal? ¿Herido? —exclamó Aalais—. Al menos no será cosa grave... ¡Decídmelo todo, no me lo ocultéis!

—Padece fuertes fiebres y la herida está infectada. Pero creo que curará.

—¡Dios, Dios! —decía la dama, retorciéndose los dedos hasta desencajárselos—, ¡y pensar que tengo hierbas para las heridas y las he dejado en el castillo! Pero el señor Gilíes lo cuidará, al menos... ¿Tiene una cama, unas sábanas?

—¡Oh, eso sí! Está bien cuidado.

Aalais no se tranquilizó hasta que

hubo preguntado al joven todos los detalles posibles sobre la salud de su amo y vio que su estado no era verdaderamente grave. Después, preguntó:

—¿Y cómo sabe que me encuentro en Troyes?

El muchacho respondió que lo había sabido por Bos, la víspera. No se había atrevido a enviar a Bos por temor a suscitar las sospechas de sus enemigos, que impedirían que se acercara a la dama. Le encargaba decirle que se acordaba siempre de ella y que era desdichado, prisionero, enfermo y sin dinero; para su rescate precisaba diez marcos que no sabía dónde encontrar. Y

rogaba a la dama, por su amistad de antaño, que le adelantara dicha suma, con la que podría liberarse inmediatamente; realmente ya estaba cansado de su prisión.

—¡Dios! —dijo la dama—. Ha hecho bien en pensar en mí. Haré todo lo posible por sacarlo de allí. No soy rica, pero tengo mis joyas. Tomad, amigo —dijo, quitándose rápidamente su collar de plata, sus dos brazaletes y sus pendientes—. Tomad esto y vendedlo. Sacaréis más de diez marcos. Tal vez doce.

Puso todo aquello en el cofre y sacó de él la sortija con la perla rosa, que se colocó en el dedo. ¡Qué delgadas y

secas estaban sus manos! Aalais ardía en deseos de hacer otras preguntas al muchacho acerca de Erard, pero se contuvo por pudor. Volvió la sortija al cofre y dijo:

—Id pronto y procurad vender todo esto hoy mismo. Decid a vuestro señor que no intente verme. Pero si alguna vez necesita de mí, no tiene más que enviarme una persona de su confianza con este anillo. Puede contar siempre conmigo.

El muchacho ocultó el cofre bajo su tunique, besó el borde del manto de la dama y se fue.

Estaba sombría la capilla lateral en la que la dama rezaba sus devociones,

pero Milon y Sillette, arrodillados a cinco pasos de ella, habían podido ver al desconocido hablar con la dama y a ésta quitarse sus joyas para colocarlas en el cofrecillo. Aalais les hizo jurar que jamás contarían a nadie lo que habían visto: se trataba de una deuda de honor que tenía que pagar y de la que el barón nada sabía. Y ni siquiera se tomó la molestia de explicarles por qué estaban tan rojos sus ojos.

Toda la tarde la pasó pensativa. Preguntábase qué explicaciones iba a dar al barón. Y muy a su pesar, volvían los recuerdos, tan dulces y tan amargos que no podía menos de suspirar. Volvía a ver ante sus ojos aquella cabeza fina y

huesuda, tan clara que hubiérase dicho recortada en alabastro. ¿Sería posible que en su vida no volviera a ver esa belleza tan noble y tan pura? Un hombre que la había amado tan tierna y fuertemente... No podía haberla olvidado, puesto que al cabo de cinco años pensaba aún en la lavanda del jardincillo de Linnières.

Por orgullo, no había querido preguntar nada al muchacho. Pero su corazón rebosaba incertidumbre. ¿De qué dama llevaba ahora los colores? ¿Y no tenía Gilés de Monguoz una bella hija de dieciséis años, Marsille? ¿Sería ella quien cuidara al herido? ¿Y si él tratara en todo caso de buscar a su vieja

amiga? Pero Aalais no pensaba quemarse por dos veces en la misma llama.

Después de la cena el barón la llevó aparte en la cámara de las damas, donde ella estaba sentada en un rincón, sobre un arquibanco de roble. No quería reprenderla delante de los demás. Y cuando estuvieron a solas le preguntó qué había hecho de sus joyas. A lo que replicó la dama que las había dado para el tesoro de la catedral, para los pobres.

—¡Es un poco demasiado! —dijo Ansiou—. ¿Habéis hecho eso sin mi permiso?

La dama pasó inmediatamente al ataque. ¿Es que sólo él tenía derecho a

hacer obras de caridad? También ella tenía que pensar en su alma. Y las joyas no podían tener mejor empleo que aquél: seguramente Dios se las devolvería más tarde. El barón permaneció escéptico.

—No lograréis que os crea. Jamás me habíais hecho cosa semejante. Tenéis alguna razón que no me confesáis.

—¿Y qué razón queréis que tenga?

—¿Acaso puedo saberlo? Vosotras, las mujeres, no podéis abrir la boca sin mentir. No lo digo por injuriaros. Pero, ¡por la sangre de Dios!, no creo ser un marido tan terrible; podéis confiarme vuestros asuntos, que no voy a comerlos por eso.

—Exactamente, barón: y acabo de

deciros la verdad. Di las joyas para los pobres. Y creo que tenía derecho a hacerlo. No se trata de un robo. El collar, los brazaletes eran de mi madre y vos no tenéis nada que ver con ello.

—Pero debíais dejarlos a Mahaut para cuando se case. Recordad que tenemos dos hijas y si seguís a ese paso no nos quedará nada que dejarles.

—¡Y sois ahora vos quien me reprocha el gastar demasiado! — exclamó la dama—. ¡Vos que no sabéis más que pignorar y hacer deudas! Y por una vez que hago una buena obra, me habláis de mis hijas.

—Dama, sigo sin creerlos una palabra. No habéis dado esas joyas a los

pobres.

—¿Queréis que os lo jure? Además, preguntádselo a Milon y a Sillette: ellos estaban conmigo.

—No preguntaré nada. Seréis vos quien me lo diga. No deseo veros mentir.

Un poco asustada, la dama procuraba evitar los ojos de su marido; él la retenía por los hombros y no la soltaba. Estaba furioso.

—¿A quién se las habéis dado? No os dejaré hasta que me lo hayáis dicho. ¿A quién? ¿Y por qué?

—Barón, no os enfadéis.

—Decídmelo, entonces.

—Barón, dejadme.

Suavemente, la dama se deshacía de las manos que sujetaban sus hombros; no era mujer que se dejara dominar. Al solo contacto de sus dedos, los de Ansiáu perdieron rigidez y a ella no le costó mucho arrastrar esas dos manos, esos brazos de hombre y formar con ellos un anillo en torno a su cintura. Estrechada a él, le acariciaba los cabellos sobre la frente.

—No, dejadme, amigo. Pueden vemos. Dejadme.

Pero la voz, doliente y tierna, decía otra cosa que las palabras.

En un abrir y cerrar de ojos, Ansiáu lo había olvidado todo —sospechas y cólera— y la dama ya no tenía que hacer

más que dejar que las cosas siguieran su curso —y Dios sabe hasta qué punto esa brusca tempestad de los sentidos la asustaba—; la padecía, porque era conveniente. Ante aquellos rugidos de fiera, cerraba los ojos y pensaba: «¡Ah! Los hombres».

Ansiau no se irritaba consigo mismo por esas derrotas demasiado rápidas; eran regla en el juego. Veía las cosas más simplemente de lo que la dama pudiera imaginar. Y al primer beso ya había olvidado la historia de las joyas. Una vez hecha la paz, no había que volver de nuevo al asunto.

La ceremonia tendría lugar el primer domingo después de Pentecostés; y todo

el palacete, el patio y la sala, fueron adornados con follaje y flores. Las damas, con sus trajes de fiesta, se apretujaban en la sala de arriba, en torno a dama Oda y a dama Aalais; en el torreón, las damiselas, vigiladas por dama Béatrix, preparaban a la novia. Ella no se divertía demasiado; no podía sentarse, ni levantar los brazos, ni volver la cabeza. Isabeau y su hija María, arrodilladas ante ella, disponían sobre sus hombros y su espalda la rubia cabellera.

—No os mováis, porque lo estropearéis todo. Huguette, pasadme el cinturón. ¡Virgen Santa, qué pálida está esta niña!

Dama Béatrix, resplandeciente en su túnica blanca cosida y bordada con hilo de oro, apenas se atrevía a agacharse hacia su hija, para no estropear los pliegues de su manto de seda. Milessant apenas se tenía en sus piernas y sentía deseos de llorar. Bien se daba cuenta de que era la última persona en aquella fiesta preparada para ella: las damas pensaban en sus vestidos de fiesta, las jóvenes hablaban de muchachos y de juegos; pero ella no tenía derecho a hablar a nadie; todos caminaban de puntillas a su alrededor; temían rozar su velo o su manto forrado de piel gris. Su viejo padre le había hablado del hermoso vestido que iba a ponerse aquel

día. Pero aún no era lo bastante presumida para tener interés en cosas así.

Por fin, la llevaron a la sala grande, aclamada a grandes gritos por los caballeros y escuderos invitados por el viejo Guillaume a la boda. Pero no llegaba a comprender que todo aquello se hacía precisamente por ella. El padre, más corpulento que nunca con su gran túnica de paño verde cubierta con un manto de terciopelo rojo oscuro, estaba en pie en la primera fila de los invitados. No se agachó hacia ella, ni la tomó en sus brazos como solía hacer siempre. Pero Milessant tenía una vista lo suficientemente buena para no ver que

estaba conmovido hasta las lágrimas: el viejo no miraba otra cosa que a su hija. Entonces corrió a él y hundió su cara entre los pliegues del pesado manto rojo.

Pronto se dio cuenta de que contemplar una procesión era más divertido que ser su centro. Pero al comienzo estaba muy excitada. Los jóvenes echaban a su paso flores y hojas de olmo y de fresno y ella ponía buen cuidado en no posar el pie más que sobre las flores. Seguíanla su prima Léone y Mahaut de Linnières, levantando con los dedos las orlas de su túnica para impedir que la arrastrara por tierra.

Al paso del cortejo se santiguaban las mujeres. «¡Dios! Qué bonita es! Pero es una chiquilla...»

El viejo Guillaume se había arruinado para que su hija vistiera una ropa de casada digna de ella: venía adornada como un altar. Sobre la túnica de satín blanco bordada con flores de lis, el cinturón aparecía sembrado de rubíes y el manto rojo vivo estaba recamado con pájaros de oro que se entrelazaban en guirnaldas de laurel. Y el velo rojo que cubría sus hombros y su cabeza quedaba sujeto por una diadema de plata dorada incrustada de turquesas y corales... Milessant sentíase mínima; llevaba el aspecto rígido y torpe de una

muñeca. De todas las damiselas era la más menuda, porque también era la más joven. El cortejo de las muchachas — tónicas claras, cabellos rubios o dorados sueltos sobre los hombros— era encantador. Seguíanlo las damas del brazo de sus maridos. La novia y las jóvenes de su séquito habían sido las primeras en prepararse y se hallaban ya en la iglesia de San Pancracio. Allí había mucho más ruido, risas y alegría franca. Ansiet era el último de los hombres en preocuparse por un bonito vestido: se remangaba tranquilamente las mangas, para mostrar a sus camaradas el valor de sus puños.

Este sacramento que comprometía

toda su vida no era para él más que una compraventa concluida por sus padres con los de Milessant: una fiesta, una buena comida, cantos y danzas. De hecho, creía que Milessant era ya su mujer desde el día en que se prometieran. Durante el oficio le pareció muy pálida y triste; procuraba sonreírle y le decía al oído: «Pronto acaba todo esto». Y ella le sonreía también con su amplia sonrisa confiada y tímida, dichosa por encontrar a un viejo amigo en medio de tantos vestidos extraños y de caras que casi se le hacían ajenas.

El regreso del cortejo se hizo en medio de gran alegría, con cánticos y

gritos; el recién casado llevaba a su esposa de la mano y tras ellos caminaban el viejo Guillaume con la dama Aalais; después Ansiau con Béatrix. Aalais apoyábase en el brazo del anciano, secretamente humillada por sentirse menos bella y elegante que dama Béatrix. «¡Oh, Dios! —pensaba—, cuando no se tiene más que un hijo y un viejo marido que se arruina para pagaros vuestros caprichos, es fácil ser hermosa... Me parece que el barón era más que todo esto el día de nuestra boda... ¡Oh, cómo lo amaba entonces!» Y movía la cabeza para alejar sus tristes pensamientos.

Una vez de regreso en la casa,

Milessant vio que las flores de la alfombra giraban y se acercaban a ella, tan rápidamente que tendió la mano para rechazarlas; volvió a encontrarse en las rodillas de su padre y dama Aalais le frotaba las sienes con vinagre. Sintió la barba del padre estremecida, que le cosquilleaba en la mejilla. Dijo:

—Tengo hambre.

Era verdad que habían olvidado darle algo de comer. Le trajeron leche muy cremosa con pan blanco. El padre la hacía comer en sus propias manos, como a un niño pequeño, y respiró ruidosamente.

—Mi corderillo, mi flor blanca.

Y Milessant le rodeaba el cuello con

sus brazos, sin cuidarse más de su hermoso vestido.

—Sabréis, barón —dijo Aalais a su esposa—, que ésa es muy mala señal. No sé qué hacer. Nuestro hijo se ha comprometido por toda la vida y no creo que esta mujer le traiga felicidad. La dote es buena, evidentemente; pero la dote no lo es todo.

—¡Bah! —dijo Ansiau—. Las niñas así son siempre delicadas; pierden el sentido por cualquier cosa.

—Mahaut no se ha desmayado aún en su vida. Ya veréis como esta niña no tiene salud. ¡Dios mío! Si muere sin hijos, la herencia pasará a Manesier y a nuestro hijo le habrán faltado mejores

partidos.

Nunca Milessant había pensado que tendría que dejar a su padre: el anciano se lo había repetido más de veinte veces, pero ella sólo atendía distraídamente. Le había dicho tan a menudo:

—Os marcharéis y me dejaréis solo.

O también:

—Ya no me queda mucho tiempo de vida. Os quedaréis sin padre.

Y ella acabó por creer que esas palabras tenían como único objeto hacerla más prudente y tierna. Ansiau fue el primero en darle a entender que se trataba de marcharse de veras. Tres días después de la boda —era un miércoles

— vino a sentarse junto a ella en la alfombra en la que Milessant jugaba con Mahaut, y comenzó a mirarla con aire tan grave que la jovencita quedó turbada.

—Ahí tenéis esos ojos de carpa — dijo Mahaut; y Milessant se echó a reír.

Pero el joven Ansiau no pensó ni en reír ni en enfadarse; su rostro estaba muy pálido y tenso; los ojos muy abiertos; después, empezó a pestañear y las lágrimas desbordaron los párpados y se deslizaron a lo largo de la nariz; Ansiet no pensó ni en secarse las lágrimas ni en volver la cabeza — miraba los cabellos y la frente de la niña y sus lágrimas caían cada vez con más

rapidez, deslizándose en los orificios nasales y en las comisuras de los labios — y ante esa tristeza muda, las dos jovencitas quedaron sin saber qué hacer. Por último, Milessant pasó sus brazos en torno al cuello del joven y le preguntó qué le sucedía. Entonces él la cogió por los hombros, la sacudió y la abrazó y se puso a hablar, con los labios temblorosos y la boca húmeda por las lágrimas.

—Mi bello corderito, mi flor blanca —sin pensar que repetía las palabras del viejo Guillaume—, me han mentido para burlarse de mí; debo creer que me han engañado diciéndome que tú eres mi esposa; de haberlo sabido, me hubiera

negado, me hubiera escondido; han hecho esto para separarme de ti... ¿de qué me sirve tenerte por esposa? Sin esto, quedarías aún aquí. Yo no he hecho mal alguno al viejo. ¡Oh! Va, sé que es él quien te envía fuera; mi padre no quería. ¿De qué me sirve tenerte cuando ya sea mayor? Moriré antes, estoy seguro.

Y, apiadado de sí mismo, comenzó a sollozar con tanta fuerza que Milessant se asustó y dijo:

—Oh, no: vos no moriréis.

—Estúpida —intervino Mahaut, que observaba la escena con aire de quien lo sabe todo—. No llora por eso; llora porque está enamorado de ti. Mi primo

Frahier lloraba lo mismo cuando me fui de Linnières antes de la Trinidad.

—¡Ah!-dijo Milessant, interesada por saber cosas nuevas de la vida: Mahaut le parecía un pozo de ciencia.

—No escuches a esa tonta —le dijo Ansiet, sombrío—, cree siempre que todo el mundo está enamorado. Yo no estoy enamorado: ¿te hice alguna vez algún mal? Además, eres demasiado joven. Dime, ¿has contado a tu padre que te besaba demasiado y tal vez por eso quiere separarnos? ¿Y si te prometo no volver a hacerlo? No te tocaré con un dedo, con tal que te quedes.

—No sé —dijo la niña—. ¿Crees que voy a marcharme?

Ansiet gritó:

—¡Imbécil! Si es eso lo que te estoy diciendo. Te vas mañana con mi padre y la dama.

Entonces Milessant estalló en sollozos, imaginando por primera vez esa marcha a un mundo desconocido: en sueños se había visto a veces como colgada sobre abismos sin fondo, en medio de un viento frío; entonces gritaba: «¡Padre, padre!»; y el padre no acudía. Y ahora, ante las últimas palabras de Ansiet experimentó el mismo terror.

Bajó inmediatamente a la habitación de su padre para asegurarse de que el anciano no había desaparecido.

—Hijita, mañana no dormirás ya bajo este hecho. Eres demasiado joven para comprender lo que te digo. Pero lo recordarás más tarde. No volveré a verte en esta vida, alegría de mis ojos; mírame bien, no me olvides, soy tu anciano padre que tanto te ha amado. Escúchame. Dentro de cinco o seis meses irán a decirte que he muerto: mi cuerpo será enterrado en el cementerio para ser comido por los gusanos y quedar convertido en polvo; pero no hay que entristecerse por eso, porque ocurrirá lo mismo a todos. Si Dios se apiada de mí, me hará revivir y regresar con buena salud el día del juicio, para ir al Paraíso y allí volveré a encontrarte,

mi gozo y mi belleza, hermosa y feliz, con los santos de Dios. Y entonces ya no nos separaremos jamás.

»Pero hoy, corderito mío, hemos de separarnos, porque tú eres joven y mujer y Dios te ha hecho para tener un marido; he aquí que ya te he dado marido, honesto y leal, y deberás amarlo más que a nadie. Sois aún unos niños; pero cuando no lo seáis más, veréis cómo os amáis de veras: no soy yo quién para decírtelo. Por él tendrás hermosos hijos: y para una mujer no hay mayor alegría que ésa.

»Milessant, mi bonita flor de lis, conserva bien lo que te digo: si más tarde no te portas como mujer honesta,

aunque haya muerto y esté enterrado lo sabré; y entonces, aunque me encuentre en el Paraíso con los ángeles, si me haces semejante afrenta estaré más triste que en el infierno. Ahora, vete: ámame. Bésame y besa a tu madre.

Dama Béatrix lloró y se secó las lágrimas con la punta de su velo. Pero Milessant, con los ojos muy fijos, la boca abierta, aspiraba con todo su delicado ser las palabras de su padre: estaba segura de que nadie había dicho jamás algo tan prudente y tan bello. Lo que no entendía con el pensamiento le llegaba directamente al corazón y allí lo guardaba como unas reliquias en un cofre. Percibía perfectamente lo que

aquel momento tenía de solemne para mostrar tristeza.

Tras un viaje de dos días a la grupa del caballo de dama Aalais, Milessant, dolorida, pálida, se vio levantada por las dos grandes y oscuras manos del barón de Linnières y fue desde lo alto de aquella altura de gigante cuando vio el torreón de piedra gris, el patio, la escala de madera y la gran sala alfombrada de paja.

—Mi bella damisela: ya estáis en la casa que un día os pertenecerá —le dijo el barón. Y la dejó en tierra; y entonces Milessant se sintió aplastada por la inmensidad de la chimenea, de la bóveda, de las lajas, del escudo colgado

en la pared sobre la mesa. La idea de ser un día la dueña de esa casa le parecía tan absurda que ni siquiera se detuvo en ella. Buscaba con los ojos seres a su medida: Mahaut o Gertrude, su pequeña criada, o un perro. Y, como por desgracia, no estaba rodeada sino de piernas de hombres y de largas túnicas de mujeres. No se atrevía a levantar la cabeza, comprendiendo que todo el mundo la miraba. Sentía vergüenza y se preguntaba por qué falta habría merecido aquel castigo; y como era orgullosa, no lloraba y se conformaba con mordisquearse las uñas.

De haber estado en la casa de su padre, tomaría por alabanzas todo lo que

decían aquellas gentes. Pero aquí, estaba segura de que querían humillarla y burlarse de ella. Fue la grande y suave mano blanca de dama Aalais la que la sacó de su embarazo, tomándola por la muñeca para llevarla a la sala de arriba.

Tras una cortina de tela gris ardía una candela de sebo, iluminando una jarra de arcilla roja, ventruda y provista de dos asas redondas. Entre la cortina y la pared había una gran cama con rebordes de roble, sobre la que colgaban prendas femeninas —túnicas ligeras y cinturones bordados—. La llama de la vela proyectaba sobre la pared y el lecho las sombras de los cinturones, y el lento movimiento de las

sombras negras amedrentaba a Milessant. Sobre el lecho, dos muchachas oscuras con camisas blancas arreglaban sus trenzas para la noche.

Mahaut, sentada al lado de la cama sobre un arquibanco adornado de hierro forjado, mojaba sus pequeños pies muy arqueados en una jofaina de agua clara, y una vieja criada arrodillada ante ella con un lienzo blanco aguardaba a que la niña se dignara sacar sus pies del agua.

Por la primera noche, la dama quiso cuidarse personalmente de Milessant: la sentó en sus rodillas, le peinó el cabello e hizo con él pequeñas trenzas. La niña se caía de sueño e inclinaba continuamente su pesada cabeza sobre el

pecho de la dama, que la apartaba dulcemente:

—No puedo peinarte, gatito; procura estar derecha.

Milessant abría mucho los ojos para no dormirse y veía sobre la cortina sombras enormes que se paseaban por el techo abovedado de la gran estancia; oía voces de hombres, risas, y se preguntaba qué misterios, qué extrañas escenas debían representarse en aquella inmensa sala que se le ocultaba tras la cortina gris.

Las manos de la dama eran tan suaves, tan cálidas, que su solo contacto hacía desaparecer la situd y fatiga; Milessant sentíase pequeñísima y no

tenía más que un deseo: no salir de las rodillas de la dama. Pero, sin saber cómo, se encontró en el gran lecho, cerca de la pared, al lado de Mahaut que se quitaba la camisa. Las dos niñas morenas, acostadas en la misma cama, se hablaban en voz baja y reían. Milessant se volvió a la pared cubierta de espesa tela con rayas rojas, pero las sombras de los cinturones que seguían paseándose por allí la amedrentaron y tuvo que abrazarse a Mahaut.

—¿Tienes frío? —preguntó la otra—. En verano dormimos sin cubierta. Hace demasiado calor en la sala.

—¿Dónde está la dama? —preguntó Milessant.

—En su cama.

—¿Lejos de aquí?

—Bastante lejos; en el ángulo sur; hay que pasar junto a las damas de monseñor Girard; es una gran cama, la más bonita del castillo: allí podrían dormir diez jóvenes, una junto a otra, de través; dormí allí cuando estuve enferma.

Milessant no la oía más que a medias. La vela se extinguió y el lecho quedó sumido en la sombra; pero tras la cortina seguía el juego de sombras y de luces. Las jóvenes reían suavemente. Una vieja criada roncaba al pie del lecho.

Milessant quedó deslumbrada por

los amplios espacios de Linnières: aquella alcoba que se extendía de un extremo al otro del edificio; aquella sala en la que los muchachos podían ejercitarse al tiro; aquel enorme patio lleno de barro amarillo, con el que podrían construirse castillos: todo la sorprendía por su riqueza y esplendor en comparación con el pequeño palacete burgués de Guillaume de Nangi. No sabía aún qué era la pobreza y no era Mahaut quien podría decirle que Linnières no era más que un humilde y pequeño castillo rural. No veía sino que los vestidos de dama Aalais eran de paño viejo, que la vajilla de madera estaba más gastada y era más tosca que

la de Nangi; Milessant no sabía por qué una vajilla nueva vale más que una vieja.

El inmenso y tenebroso bosque del que Ansiau le había hablado con tanta frecuencia la atraía cada vez más: lo veía en tomo al castillo, rodeándolo por todas partes, negro, verde, inmóvil, con sus cuervos que volaban en zigzag por encima de las copas de los árboles, y los milanos que planeaban lentamente en el aire tranquilo y pesado. Milessant sabía que ese bosque estaba lleno de ciervos con voz humana, de fuegos fatuos, de hombres lobo; y no tenía miedo. Su pensamiento habíase adueñado ávidamente de aquel mundo

de ensueño que Ansiet le abriera: sentíase en él más a gusto que entre los hombres. Cuando sus nuevas tías y primas le dirigían la palabra, ocultaba el rostro con la manga o iba a esconderse bajo un banco. Sólo la dama había sabido atraérsela.

A cada paso descubría Milessant nuevas especies de seres vivos: la dama de Linnières era desde luego única en su especie: Milessant aprendió pronto a percibir su calor y su olor, su paso rápido y su voz fuerte, un poco gutural. Hubiera quedado sorprendida de haberle dicho alguien que prefería la dama de Linnières a su propia madre; en su corazón no había preferencias. La

dama de Linnières era un fuego que calienta, no una estrella en el espacio. Daba sus besos siempre de buena gana: lo mismo que sus bofetones.

Los primeros días Milessant tuvo los dedos llenos de pinchazos e hinchados y la espalda encorvada a fuerza de estar inclinada sobre una labor. Sus pequeñas manos se humedecían con el sudor; la tela en que trabajaba estaba sucia de grasa y el hilo parecía negro; a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía hacer dos puntos iguales.

—Es una vergüenza que una joven de tu edad no sepa tener una aguja —farfullaba la dama—. Realmente eso no honra a tu madre. Mira cómo haces este

borde: parece un manojito de espinas, o las patas de un pájaro sobre la nieve, ni más ni menos. Si no lo haces mejor, habrá que zurrarte de vez en cuando.

Milessant sólo consiguió pincharse más y manchar de sangre su lamentable labor. Y Mahaut, que trabajaba en la misma pieza, sintió lástima.

—Dámelo; la dama no nos mira ahora.

Milessant, con el corazón desbordante de gratitud, le pasó su aguja. Pero la dama, al ver los impecables puntos alineados después de las horribles patas de pájaro, frunció el ceño y miró con fijeza a la niña.

—Debes saber, hija mía, que una

joven noble nunca debe hacer trampa ni mentir. Mal empiezas. Pues bien: te llevarás cuatro golpes en vez de dos. Y no trates nunca de ocultarme nada.

La chiquilla, con los ojos muy abiertos por la admiración y el terror ante la clarividencia de la dama, recibió sin moverse el merecido castigo. Y aquélla fue, para con la dama, su primera y última mentira.

A Mahaut no le importaba demasiado el ser abofeteada a su vez y nada dijo, pero inmediatamente hizo todo lo posible para consolar a su amiga.

—Cuando bajemos al patio —le dijo — te enseñaré a subir a los tejados de

las cuadras. Lo hago muchas veces con Girard y Frahier. Desde allá arriba se ve el jardín y también el prado a la otra parte de la empalizada. El domingo nos dejarán pasear por el prado.

Seducida por esa promesa, Milessant olvidó todas las desdichas y pensó tanto en prados y establos que su aguja empezó a hacer puntos enormes y la dama, cansada de pelear inútilmente, le quitó la labor.

Su nuevo y reducido mundo se ampliaba más cada día; en la bruma informe de los rostros desconocidos, dibujábanse poco a poco figuras de niños, ojos, sonrisas que ella empezaba a reconocer. Junto a Mahaut estaban las

otras dos compañeras de lecho: Simone y Aelis, a quienes Mahaut llamaba primas; después, Girard, el hermano de Mahaut, que tenía la edad de Milessant; y Frahier, su primo, ya de once años. Estaban las hijas de Haumette, la nodriza de Ansiet. Pero encima de todo ese mundo se erguía, inmensa, soberbia, inaccesible, la figura del señor del castillo; Milessant sabía que ante él la misma dama no era más que una sierva; lo que ya era bastante.

Un buen día, después de la fiesta de Todos los Santos —el barón acababa de regresar de Troyes—, la dama tomó a Milessant sobre sus rodillas, puso en su mano una galleta con miel, y le dijo:

—Hija mía: debo decirte una cosa muy triste: tu padre ha muerto.

Milessant la miró a los ojos, sin comprender del todo lo que la dama quería decir. Y Aalais, que amaba esa mirada, la abrazó y se puso a llorar. Entonces la niña se ciñó a ella y lloró también; pero era de piedad por la dama y por ella misma.

El día de la despedida de su viejo padre había aceptado ya la separación. Sabía bien lo que era la muerte; el padre se lo había explicado. Sabía que su padre cerraría los ojos para siempre, que los gusanos se comerían su cuerpo y que éste quedaría reducido a polvo; pero, gracias a la fe que tenía en él, nada

de eso la amedrentaba: eran transformaciones necesarias para llegar al Paraíso; y sabía también qué era el Paraíso: bastábale cerrar los ojos para ver un resplandor de luz blanca y dorada, tan hermosa que de buena gana se pasaría toda la vida mirándola; sabía que el Paraíso era aún más bello; Dios hacía de modo que todos sus habitantes quedasen sumidos en el gozo, de pies a cabeza, siempre bañados por él como por aguas vivas; siempre rodeados de pájaros que cantaban con voces dulcísimas. Si su padre iba a ir a aquel lugar, había que creer que era necesario. Y ella haría lo mismo en cuanto le fuera posible.

—Bueno, hijita, no llores más — dijo la dama—. A tu padre no le gustaría verte triste.

—Oh, sí —dijo Milessant, fijando en la dama una mirada un poco distraída—. Ya me lo dijo él. Me prometió que volvería a encontrarlo en el Paraíso.

La dama pensó que el viejo Guillaume había prometido algo que estaba más allá de su poder, pero se guardó bien de decírselo a la niña.

Milessant no pareció muy transformada por su duelo. Tenía tal confianza en la promesa de su padre que en la tumba no le parecía más distante de lo que pudiera serlo en Troyes.

Y poco a poco lo olvidó del todo.

Milessant cayó completamente en manos de Mahaut, que era una tirana. Una buena tirana, es verdad: ocupábase seriamente de la educación de su amiga, enseñándole canciones y puntos de bordado, defendiéndola de las ocurrencias y bromas de los muchachos y compartiendo con ella sus experiencias de la vida... experiencias bastante extensas para su edad.

Mahaut era charlatana y vanidosa, irascible y testaruda y apenas se la amaba en el castillo —las criadas se quejaban siempre de su brusquedad; tías y primas la encontraban insoportable—; la dama, por el contrario, poníase de la parte de su hija y mimaba a Mahaut todo

lo que odia mimar a aquella hija mayor que tenía seis hermanos y hermanas más jóvenes que ella. Y la joven, segura del apoyo de su madre, se hacía cada vez más difícil. El mismo barón estaba muy descontento; en su opinión, las jóvenes debían ser dulces y suaves. Le decía con frecuencia:

—Compadezco al marido a quien caigáis en suerte.

Mahaut era bonita, muy bonita; pero, con gran tristeza de la dama, su cabello tomaba reflejos cobrizos cada vez más intensos cosa que, en absoluto, no le caía mal. Tenía la tez lechosa de las pelirrojas, una piel muy limpia, fina, sin matices; y largos ojos negros: hubiérase

dicho que eran como los ojos de una vaca, de no haber sido siempre chispeantes de malicia o de cólera. Su ojo izquierdo se desviaba a un lado de manera bastante sensible; pero, cosa extraña, ese defecto no hacía más que añadir encanto a un rostro que, de otra manera, hubiera parecido un poco afectado; de hecho, las gentes se detenían ante esa mirada enigmática, a la vez penetrante y soñadora, que siempre parecía ver más allá de la realidad visible. A pesar de ello, Ansiet y Herbert, con la amabilidad característica de todos los hermanos de todo tiempo, decían que Mahaut era pelirroja y que tenía los ojos bizcos.

Mahaut estaba muy orgullosa de su belleza, de su raza, de su espíritu y no se azaraba por mostrarlo, ya que el orgullo era, en su opinión, una cualidad más en una joven noble. Por lo demás, su madre mantenía a sabiendas ese orgullo, porque conocía demasiado bien los peligros de la vida del castillo y temía para la joven las asiduidades de los primos y de los jóvenes criados. Mahaut no estaba destinada a quien no fuera al menos conde.

Si pensaba mucho en el amor, era porque sus primas mayores apenas hablaban de otra cosa, y ella quería ser como las mayores. Sabía muchas cosas, demasiadas, porque era curiosa y tenía

avidez de saber, ¿y quién podía hacerle conocer la vida y el mundo mejor que las jóvenes de trece o quince años? Mahaut estaba segura de que los mayores de veras —incluso la dama— no decían nunca la verdad. Y lo que podía aprender de sus primas no iba nunca más allá de las historias de alcoba —conyugal o no— o de los paseos al claro de luna con un hermoso joven. Mahaut creía que el objeto de esta vida era hacer el amor con un cortés y valeroso caballero; pero todas estas consideraciones eran teóricas: su pureza de armiño se revolvía a la idea de un solo beso recibido a hurtadillas, y esos enamorados —porque los tenía— la

juzgaban dura y cruel. Frahier, el joven hermano de Garnier, le traía cada día flores o pájaros vivos, o mariposas, y ella lo aceptaba todo con regia indiferencia. Su otro amigo, Aimeri, hijo de Girard el Rubio, un corpulento joven de catorce años, se burlaba mucho de aquel modo de hacer la corte, pero tampoco podía obtener nada.

Naturalmente ruda e insolente con sus superiores, Mahaut era dulce con los niños menores que ella. Amaba a su hermano Girard, a la pequeña Alette y hasta a Guillaume que, a los cuatro años, era el más lamentable bebé que hubiera podido verse; sentado en su cuna, con los brazos caídos y la cabeza demasiado

pesada para su débil cuello, dejaba escapar pequeños gritos, como balidos, y fijaba ante sí una mirada sin vida. Mahaut, bondadosa, venía a introducirle en la boca un poco de miel o cerezas sin hueso. O también le cantaba: «¡Guillaume, Guillaumet!» y afirmaba haberlo visto sonreír. La dama, con el corazón conmovido, la creía a medias.

A Milessant, su nueva hermana, Mahaut se adhirió con pasión: primero, sentía en ella —lo que no era poco— a una igual por su raza y su sangre. Adoraba sus cabellos finos, sus largas pestañas y sus pequeñas manos. Después, Milessant era tan ignorante, tan confiada, que era un placer enseñarle lo

que ella, Mahaut, sabía tan bien. Instintivamente había comprendido que para dominar a aquella jovencita, aparentemente tan dócil, había que amarla ante todo. Y la amó; fue la gran amistad, las promesas, los intercambios de rizos y mechones de cabellos, de cinturones y brazaletes. Mahaut, toda fuego y llama, hacía escenas de celos, se alborotaba, pedía perdón; y Milessant, más plácida, se dejaba amar y llevar de buen grado: sus pensamientos estaban en otro lugar. Su gran amiga era para ella una especie de catecismo vivo: las fantasías un poco brumosas de Ansiet se disiparon inmediatamente al contacto con la seca y dura lógica de aquel nuevo

y terrible mentor. Mahaut menospreciaba a los muchachos —y a sus hermanos mayores en particular—, criticaba acremente a sus tíos y tías, burlábase del padre de Aimeri; y en su boca, las amargas historias de hombres lobo, y de ánimas errantes, perdían misterio y casi se hacían graciosas; y sin embargo, ella misma las creía.

Aalais adoraba a su hija mayor, a causa de su belleza, de su gracia y de su habilidad en todos los trabajos. La adoraba porque veía ya —a lo lejos— acercarse el día en que un extraño se la llevaría; y sobre todo porque esa hija era para ella una amiga y una ayuda. Mahaut era la única que realmente la

compadecía y ayudaba cuando sus hijos estaban enfermos; era la única bondadosa con el pequeño Guillaume; la dama se enternecía sobre aquel pequeño cuerpo tan débil y quebradizo, que ya encerraba un alma tan valerosa y noble; se indignaba hasta ponerse encendida cuando oía que el barón o Richeut hablaban de los defectos de Mahaut.

—¿Suave? ¿Y por qué tiene que ser suave? Vosotros los hombres no queréis más que eso. Ya he sido yo demasiado suave con vos, barón. Y ella hará bien en no ser como yo.

El barón de Linnières hacía sólo cortas apariciones en el castillo. Residía en él durante la época de la caza y

pasaba las fiestas de la Asunción y Todos los Santos. El resto del año iba de un lado a otro con André, Garnier y Thierrri; caminaba de Troyes a Bar-sur-Seine; de Bar-sur-Seine a Provins, o a Reims; no faltaba a torneo alguno, por poco importante que fuera: su pasión por las justas se convertía en vicio y la dama se quejaba amargamente de tener un marido «tan torneador». Aunque nunca resultara vencido, gastaba tanto dinero en lanzas, yelmos y caballos, que todos los rescates que sacaba de sus prisioneros iban a parar ahí; además de que a menudo dejaba libre a algún prisionero sin cobrar rescate: bastábale para ello un instante de buen humor, de

repentina simpatía; a veces no pedía nada a un hombre rico; y cuando la dama lo sabía, se mordía los labios de despecho. Ansiau decía entonces:

—Señora, no soy un judío.

Y la dama pensaba en los intereses que habría que pagar a Abner.

Ahora, era ella quien regía los intereses del dominio, ayudada por Milon du Cagne, que tenía en sus manos a los soldados y realizaba las rondas de inspección en Bernon y Seuroi. Pero como el barón seguía siendo dueño absoluto y siempre necesitaba dinero, sobrevenía continuamente el descenso, un gran desorden en punto a deudas y plazos pasados y la dama temblaba

siempre a la idea de verse obligada a faltar a su palabra de honor.

El barón había cambiado mucho desde su regreso de Palestina; habían pasado cuatro años y parecía hallarse siempre en vísperas de un viaje o de regreso de otro. En el castillo nunca se encontraba a gusto. Era demasiado grande, ocupaba demasiado espacio, trastornaba a todos en cuanto se metía a dar un paso o hacer un gesto por sí mismo, como un halcón salvaje encerrado en una estancia, que no puede mover las alas sin derribar un plato o un escabel. Apenas daba una orden sin que la dama no viera en ella un contratiempo; traía invitados a una

partida de caza cuando la dama estaba en el último mes de su embarazo, despedía a soldados para no tener que pagarles, obsequiaba a sus amigos con restos de objetos de valor penosamente reunidos por su padre y enviaba urgentemente a Bernon y a Hervi los criados de los que precisamente necesitaba la dama para el trabajo en el castillo.

Realmente no parecía estar en su sitio, si no era en las caballerizas y en el lecho de la dama. Desde este punto de vista, Aalais no tenía queja —seguía siendo un marido muy ardiente y Aalais no podía menos de sentirse halagada—. Perdonaba al amante los defectos del

castellano y deseaba cerrar los ojos sobre los despilfarros y estropicios que causaba a la casa durante sus frecuentes y cortas visitas.

El barón la amaba: era como un mar de fondo que lo conducía siempre a los brazos de la dama, aun a despecho suyo. No daba reposo a sus caballos y a veces hacía regresos inverosímiles de los torneos, dando enormes vueltas para pasar por Linnières. Cuatro o cinco días después volvía a marcharse, precisamente en el momento en que la dama empezaba a gustar de su presencia.

Era un hombre agradable: a los treinta años bien cumplidos conservaba un talle fino y caderas estrechas, lo que

hacía un contraste sorprendente con sus anchos hombros; bajo su amplio pecho tenía un estómago hundido, lo que hacía decir a sus amigos que debía pasar hambre. Era tan alto que parecía balancearse al caminar; y tan ágil en sus movimientos que su desmesurada estatura nunca parecía exenta de gracia. Había conservado en la piel el curtido de los mares cálidos, y al cabo de cuatro años de su regreso parecía tostado como un bohemio; y a pesar de los torneos en que intervenía, conservaba su dentadura intacta y bastante hermosa. Su gran fuerza con las armas le había creado una reputación tan halagüeña que pasaba por hombre hermoso; además, rechazaba a

las damas que le hacían determinadas proposiciones, para no ser perjuro ante su mujer. Y en el castillo de Linnières se le adoraba como a un dios.

Con los suyos era de una bondad fácil que concedía sin reflexión todo lo que estaba —y lo que no estaba— en su mano conceder; si a veces era brusco o injusto, nunca era por mala voluntad; y sus castigos eran aceptados sin murmuraciones, con una especie de respeto admirativo.

Pero si había una persona que lo admiraba hasta perder el sueño y el apetito era su joven nuera Milessant de Nangi. La muchacha reconocía a lo lejos el paso de su caballo y el ruido de sus

espuelas en el patio y en la sala; cuando el barón se calentaba ante la chimenea, Milessant lo observaba desde su rincón y dejaba caer su labor, y no oía nada de lo que se le dijera. Hubiera podido pincharla con agujas sin que se diera por enterada.

Milessant pasaba por ser una muchacha un poco retrasada, y lo era en efecto: ignorante, torpe y distraída. Pero era como si su corazón se hubiera desarrollado demasiado aprisa a expensas de lo demás. A los nueve años comprendía cosas que eran tierras ignoradas para la precocísima Mahaut. Sabía hallar pretextos para ir a los establos, a fin de preparar las polainas

de cuero o lavar la pelambre oscura y enmarañada del barón; y moría de espanto a la idea de que él pudiese levantar la cabeza y mirarla. Sabía esperar durante días y semanas el ruido de los cascos de un caballo a la puerta cochera del castillo y reconocer, entre veinte voces, una voz, una risa, un juramento. Sabía hasta qué punto puede una sonrisa ser dulce y bella —incluso cuando se dirige a otros—. Sabía llorar por una mirada seca o indiferente.

Era una adoración sin motivo y sin objeto, pero orgullosa y total. Y la niña sabía tan bien que estaba amando, que se esforzaba por ocultar ese sentimiento a los demás. No se creía enamorada en el

sentido en que lo entendía Mahaut; pero sentía deseos de convertirse en amuleto o talismán para ser llevada a su cuello, contra el pecho del hombre.

No le parecía viejo —puesto que construía su visión de los seres y de las cosas según él—; los que eran más jóvenes no eran más que niños; los que eran más pequeños que él, enanos; los que tenían la piel demasiado clara, eran pálidos; y todos los hombres tenían un orificio nasal de más.

V

JERUSALÉN

El año que siguió a las noticias de Tierra Santa fue el más fácil y tranquilo que Ansiau de Linnières había conocido desde que era castellano. Creía ingenuamente que Dios le recompensaba por haber tomado la cruz; en realidad, las facilidades concedidas a los cruzados para el pago de sus deudas influían mucho en esa nueva sensación

de bienestar. Por algún tiempo se podía respirar tranquilo.

La gran sacudida que había estremecido a la cristiandad, llenando de penitentes las iglesias y los caminos de peregrinos, parecía amortiguada. En muchos cruzados ya no quedaba más que el recuerdo de una sorprendente penitencia y una cierta satisfacción de sí mismo. Después de la mala noticia —la peor, en efecto, que cupiera imaginar— los acontecimientos de Palestina eran acogidos con una especie de sombría indiferencia. ¿Qué podía esperarse aún, cuando la Santa Cruz estaba en manos de los musulmanes? No quedaba otra esperanza que la cruzada, y los reyes

habían prometido ponerse en camino en la Pascua del año siguiente, que era el 1189 de la Encarnación. El conde Henri de Champaña tomaba la cruz entre Gisors y Trie, el 21 de enero, con los reyes y altos barones del reino; y la caballería de Champaña lo había hecho en primavera; pocas eran las familias que no contaran al menos con un cruzado aquel año. Y era tal la muchedumbre de clérigos y sargentos, que los campamentos ya no bastaban; rompíanse las barreras y la multitud de cruzados invadía prados y arrabales de Troyes; habían ocurrido extrañas escenas de desesperación y desorden; y en la plaza del mercado, ante la catedral, los

sacerdotes anunciaban las nuevas de los milagros que Dios acababa de manifestar en Palestina y en Roma, y leían a voz en cuello los mensajes del papa y del obispo de Troyes. Templarios y Hospitalarios acudían a hablar de las desgracias de Tierra Santa y llamaban a los fieles a tomar la cruz y a dar sus bienes por la guerra de Dios.

* * *

La misma dama, cuando supo que la Santa Cruz estaba en manos de Saladino y que el Santo Sepulcro había sido pisoteado y ensuciado por los caballos de los paganos, fue presa de tal terror

que inmediatamente corrió a llevar parte de sus joyas a la iglesia de Hervi «para ayudar a Tierra Santa». Nunca pudo creer que semejante sacrilegio fuera posible —apenas sabía cómo había sido conquistado el Santo Sepulcro con dura lucha menos de cien años antes—; eran aún los tiempos del abuelo de su abuelo —que nunca había hecho la cruzada—. Jerusalén era de hecho y de derecho posesión de un rey cristiano y francés, servida por un patriarca, guardada por alta caballería, el más bello lugar de peregrinación que haya existido. Y he aquí que los peregrinos ya no podían ir, que los sarracenos abrían los vientres de las mujeres y asaban vivos a los niños

cristianos; peor aún, escupían en las cruces, rompían los relicarios y profanaban las iglesias —¡y qué iglesias!—. Era el fin del mundo, por lo menos. ¡Qué no habría que esperar de Dios después de desgracias semejantes! Por sus culpas, los cristianos habían perdido los objetos que mejor les garantizaban la ayuda de Dios ¿y por qué iba a defenderlos ahora? Aalais se esperaba ya la peste, el hambre, o cualquier invasión de saqueadores paganos cuyo recuerdo y terror conservaba aún el país al cabo de los siglos.

Dios castigaba a los pecadores; pero ¿quién está sin pecado? La dama

conocía en su alrededor a bastantes pecadores —los suficientes para poblar la cuarta parte del infierno— y ella misma tenía que reprocharse faltas más graves que la cólera y glotonería —sus pecados habituales—. Pero pensaba que Dios hubiera sido injusto emprendiéndola con los cristianos de Francia y de Champaña, que vivían bastante pobremente y no podían impedir el contraer deudas, matar, jurar o fornicar; un hombre, un caballero sobre todo, no puede vivir, según Dios, a menos que se retire al desierto. Pero los de Tierra Santa, los que tenían consigo la Santa Cruz y pisaban la misma tierra por la que había caminado

Dios, esos al menos hubieran debido saber guardarse de no ensuciar el país más santo del mundo. Y en vez de eso, se habían hecho tan malvados como para atraer la desgracia sobre ellos y sobre toda la cristiandad. Aalais consideraba a los barones de Palestina traidores para con toda la caballería, puesto que tan gravemente habían comprometido la causa franca y cristiana ante Dios. No comprendía nada. Siempre se había dicho que eran valerosos y luchaban bien. Entonces, Dios quería vengarse de sus pecados. Y poco faltó para que Aalais hiciera a Simon de Linnières responsable personal del desastre, puesto que tenía su parte en él.

El barón, que tenía ideas mucho más claras sobre lo que ocurría en Palestina, estaba, sin duda, menos sorprendido y menos aterrorizado; el golpe era duro, es verdad; pero no todo estaba perdido—los reyes enviarían un gran ejército que diera buena cuenta de Saladino—, lo necesario era hombres y armas; se había tardado demasiado: ésa era la razón de que el rey Gui y sus barones sucumbieran, rodeados como estaban de paganos. No pensaba dejar que se injuriara a los vencidos: eran caballeros y cristianos.

Entretanto, tratábase de equiparse y eso no era cualquier cosa. El barón había calculado que, hacia el momento

de la partida, Ansiet tendría diecisiete años y Herbert dieciséis. Pretendía llevar a los dos: la expedición iba a ser peligrosa, pero era del parecer que un mancebo a quien se deja en casa para no exponerlo, no vale gran cosa más tarde. Ansiet estaría en edad de ser armado caballero —aunque algo joven, era alto y bastante fuerte— y el padre quería verlo hecho caballero antes de la partida. Había, pues, que pensar en el equipo; el barón había criado y domesticado al nuevo caballo que debía reemplazar a *Gaillard*, y al que haría llevar a su hijo el día de su investidura. También se necesitaba una cota nueva, y de mallas finas, porque no estaba bien

cargar excesivo peso sobre unos hombros de diecisiete años; el niño crecía rápidamente, lo que iba en detrimento de su salud. Nunca el padre le había oído quejarse de la fatiga o quedarse atrás cuando los jóvenes se ejercitaban en el tiro o el salto. En todos los juegos y concursos era un tipo admirable, bien preparado, dueño de sí mismo, de los que siguen corriendo con un tobillo desencajado o una espina en la planta del pie, antes que abandonar a los compañeros. Y era precisamente ese real desdén por el esfuerzo, por el dolor, lo que preocupaba un poco a Ansiau: el niño no sabía gobernarse. «Es la edad —pensaba el barón—, a los diecisiete

años, yo era ya caballero y casado. Y mi viejo padre temblaba a la idea de que me rompiera la cabeza. Todos los padres son lo mismo.»

Alojábase en Troyes en casa de Manesier de Nangi; y el niño acudía a servirle, digno y humilde como siempre; y como siempre el padre admiraba incansablemente su belleza de animal de buena raza. Ansiet era ahora muy poco locuaz; no tenía gran cosa que decir a su padre. Su vida se había hecho demasiado complicada para contarla y se necesitaba más humor del que tenía: se atascaba en los detalles del relato de aquellos mismos juegos en los que era tan hábil y nunca sabía lo que era

interesante para contar a su padre de aquellas diversiones, por poco groseros que fueran, a los que se entregaba con sus compañeros: los más inocentes consistían en inundarse unos a otros de agua helada en pleno invierno, o tizar con pez o con cal el hábito de un monje que pasara cerca. Ansiet sabía que su padre era muy estricto en punto a mujeres y los asuntos del corazón tenían gran importancia en su vida; tratábase, en realidad, de las aventuras de su hermano y de sus camaradas, porque él mismo menospreciaba el amor y lo consideraba distracción de criados y niños que no tenían nada mejor que hacer. Pero, de buena o mala gana, tenía

que servir a amigos sobre todo a Herbert, que se había comprometido en una de las más peligrosas aventuras, le pedía a menudo que vigilara y Ansiet, como buen hermano, cumplía escrupulosamente ese oficio, aun a costa de caerse de sueño al día siguiente.

Ansiet preguntaba siempre al barón:

—¿Está bien la dama? ¿Ha dado ya a luz (parecía creer que debía dar a luz tres veces al año; de tal manera estaba acostumbrado a la aparición de nuevos hermanitos y hermanitas) —después, proseguía—: ¿Y el tío Girard? ¿Y Mandor? ¿Y Milessant?

Conservaba aún en su corazón una debilidad por su joven esposa, la

absurda niña dulce y desordenada que había aprendido de él sus primeras oraciones; recordaba como un juego infantil los besos que diera a la pobre chiquilla, una tarde, en el borde de una ventana de la escalera. Pero preguntaba: «¿Ha crecido? ¿Ya sabe coser? ¿Y se peina ella sola? ¿Hasta dónde le llegan las trenzas? ¿Come bien?». Y el barón se sentía incapaz, la mayoría de las veces, de responder a esas preguntas: su joven nuera le parecía encantadora y nada más sabría decir acerca de ella.

Aquella vez —tres días después de la Epifanía— Ansiau se había detenido en Troyes de bastante mal humor, porque echaba de menos los torneos —

prohibidos a causa del luto en Palestina — y aún no se hablaba de la partida, prevista para Pascua, pero todavía muy insegura. «Si el dinero reunido para la cruzada —decía a Manesier— debe gastarse contra Inglaterra, razón le sobra a Dios para hacer lo que ha hecho con Jerusalén, pues los cristianos no valen demasiado.» Manesier, cruzado como él, movía la cabeza; estaba acostumbrado a oír cosas por el estilo a todos los amigos castellanos que pasaban por su casa, y ya no reaccionaba.

Al día siguiente de su llegada a casa de Manesier, Ansiau supo por Thierry algo que aumentó su mal humor. Thierry era de esos hombres que anuncian las

noticias más aplastantes como quien dice que hace buen tiempo. Así pues, advirtió tranquilamente al barón de los extraños rumores que circulaban acerca de Herbert y la esposa de Manesier: lo había sabido por un mozo de la cocina. El barón, de pronto, no pensó más que en reírse de tales chismes, ¿qué podía haber de común entre un chiquillo de quince años y una mujer que debía frisar los treinta? Después empezó a pensar con razón que nadie iba a ponerse a inventar una historia tan inverosímil: para que se hable de tal cosa, preciso es que haya algo de verdad. Y como no deseaba exponerse a un escándalo, llamó al joven, lo llevó aparte a un

rincón solitario del patio y le preguntó a quemarropa cuáles eran exactamente sus relaciones con la dama de Nangi.

Herbert se puso furioso.

—¿Quién os lo ha contado? — preguntó brutalmente.

—Respondedme primero —dijo el padre.

Pero Herbert no lo escuchaba. Se mordía los labios, por la cólera.

—¡Decidme quién es el cobarde que me ha denunciado! —gritaba—. ¡Voy a sacarle las tripas, voy a comerle los sesos!

Pero no pudo seguir sus amenazas; un golpe en la mandíbula le hizo tambalearse y rodar sobre la grava del

patio. Ansiau había sido asaltado por una cólera tal que hubiera matado allí mismo a su hijo, de haber tenido un arma a mano. La confesión era clara y Ansiau no hubiera creído a su hijo capaz de tanta suciedad. Y de haber quedado el joven tendido en tierra, lo hubiera pisoteado a golpes de tacón, como a un perro. Pero Herbert, en un abrir y cerrar de ojos, habíase levantado y avanzaba hacia su padre, remangándose como si se preparara a pelear. Sorprendido por tanta audacia, Ansiau le dio en la cara un nuevo golpe que le hizo rodar por tierra; y de nuevo el muchacho se levantó de un salto jadeante, con la boca espumosa, sangrando por la nariz, y se

lanzó de cabeza contra el agresor. Ansiou creía ver a Baudouin de Puiseaux en la encrucijada de Chaource, y sólo por defenderse descargó el tercer golpe. Por tercera vez se levantó Herbert; después, por cuarta; ante las miradas asombradas de los otros hijos y de los criados de Manesier, que no se atrevían a intervenir en la extraña pelea.

La cara de Herbert, ensangrentada, tumefacta, desfigurada por el furor se había afeado; pero en su ardor combativo había lo suficiente para conmover un corazón de padre. Ansiou cogió al muchacho por las muñecas y dijo con más dulzura de la que quisiera:

—No deseo mataros. Id a lavaros la

cara, ensillad vuestro caballo y el mío y salgamos fuera para hablar.

Padre e hijo cabalgaban a orillas del Sena, un poco alejados de la ciudad. Herbert, con el rostro hinchado y amoratado, miraba a su padre de abajo arriba con aire desconfiado.

—Bien, hijo mío —dijo Ansiau—, no os guardo rencor. Contadme lo ocurrido y veremos qué conviene hacer. Pero no tratéis de engañarme, pues nada odio como la mentira.

El muchacho se sinceró con más facilidad de lo que Ansiau hubiera esperado. Tras algunas vacilaciones confesó que, desde hacía dos meses era el amante de dama Oda —¡su único

amante!— y, superando la fatuidad a la prudencia, comenzó a hablar de su buena fortuna con cínicos guiños y gestos, de hombre a hombre, que resultaban extraños en el rostro de un niño. El padre le dijo:

—Has perdido la cabeza, no sabes lo que haces. No hay nombre para calificar a un hombre que ensucia el lecho de su señor. Si Manesier lo llega a saber, hubiera sido una vergüenza para toda la familia.

—Nunca nos hubiera sorprendido — replicó Herbert, sombrío.

—Escúchame. A los hombres como tú se les apalea como a los perros y con razón. Pero tú no eres más que un niño.

La dama es más culpable que tú. No voy a castigarte; pero te sacaré de aquí.

Ahora, Herbert parecía realmente espantado. Empezó a defenderse con desconcertante torpeza. Amaba a aquella mujer. No podía vivir sin ella. Tampoco la dama podía vivir sin él y moriría de pena si la abandonaba. El padre quedó tan sorprendido que ni siquiera pensó en enfadarse.

—Una mujer de su edad no se enamora de un chiquillo de quince años —dijo por fin—. ¡Tan ingenuo eres...! Tenía demasiado calor donde tú sabes y no ha encontrado a otro imbécil que le bailara el agua. Deberías abandonar esas ideas.

—Puedo probároslo —dijo Herbert; y tras breve vacilación se desabrochó el cuello y sacó de dentro de la camisa una pantufla femenina, un cinturón, un guante, tres cintas, un brazalete, una bolsa con las armas de Nangi bordadas, y lo pasó todo a su padre, que realmente no sabía qué hacer de todo aquel regumbio de baratijas femeninas.

—¡Por san Thiou!, ¿qué significa esto?

—Significa que ella me ha dado todas estas cosas. Que no me niega nada.

—¡Hum! —hizo Ansiau—, habrá que creerlo. Esas suciedades no valen más que para arrojarlas al fuego. En adelante, será mejor que olvidéis a esa

mujer. Os daré otra mejor.

—Escuchad, barón. Yo no quiero otra mejor. Además, la dama me ha prometido y jurado que cuando muera Manesier se casará conmigo.

—¡Ella! —gritó el barón—. Preferiría veros muerto antes que casado con una puerca que pervierte a los escuderos de su señor.

Herbert gritó:

—¡Os prohíbo que habléis así!

El barón perdió la paciencia y propinó al muchacho una serie de golpes de fusta que casi lo dejaron sin sentido. En ese estado lo llevó a casa de Mathis de Monguoz, su amigo y pariente, que vivía a una legua de Troyes, y le pidió

que encerrara al joven en la bodega y no le diera para comer más que pan duro.

—Me ha irritado mortalmente —dijo — y debo castigarlo. Volveré por él dentro de dos o tres días.

Regresó a Troyes aquella misma tarde y anunció a Manesier que había decidido llevarse a Herbert a Linnières para casarlo: presentábase un buen partido y quería celebrar el matrimonio antes de la cuaresma. Manesier se mostró muy contrariado. Sabía que el muchacho había sido cruelmente golpeado por el padre aquella misma mañana y pensó que Herbert debía haberse negado a tomar por esposa la mujer que se le destinaba. Lamentó

hondamente la pérdida de semejante escudero.

—¡Qué muchacho! —decía—. ¡En Troyes no hay dos como él! ¡Excelente arquero! ¡Y tan ardiente en las peleas! Para mí era un honor.

Ansiu nada dijo, pero se ruborizó intensamente.

—Apenas tiene dieciséis años —seguía Manesier—, es una edad delicada; está en pleno aprendizaje y no conviene que una buena espada se oxide. Espero que me lo enviéis de nuevo en cuanto esté casado.

—Veré —dijo Ansiu—. No quiero disgustaros. En todo caso lo traeré a Troyes antes de Pascua.

Que las de Herbert fueran o no ilusiones con respecto a los sentimientos de su dama, el hecho es que Oda de Nangi apareció en la cena muy pálida, enrojecidos los ojos por las lágrimas. Ansiau la miraba con tanto desprecio que la pobre mujer no pudo soportarlo y abandonó la mesa, alegando una jaqueca. Y el barón de Linnières se preguntó si tenía derecho a dejar a Manesier en la ignorancia. De buena gana le hubiera advertido, pero temía comprometer a Herbert. Y acabó diciéndose que el muchacho no era el primero, ni sería el último; y que al marido le correspondía ver mejor.

Después de la cena, Ansiet le

preguntó:

—¿Dónde está mi hermano?

—Lo he llevado a Mougouz, a casa de Mathis, mi primo. No quiero que vuelva a Troyes.

Ansiau pensaba que su hijo debía estar al corriente de los amores de su hermano, pero no quería hablarle de ello porque no deseaba enfadarse con él. El joven abrió los sorprendidos ojos.

—¿Cómo? ¿Os lo lleváis a Linnières? ¿Antes de la fiesta de la Purificación? Habrá justas en el castillo de Troyes.

—¿Eh, mal hijo! Tú bien sabes por qué lo llevo. Y puede darse por satisfecho de salir tan bien parado.

—¿Y os lo habéis llevado sin que yo pudiera decirle adiós?

La mirada del mozo era tan dura y estaba tan cargada de reproches, que Ansiau se arrepintió de haber procedido tan precipitadamente y haber olvidado a su primogénito. Ansiet, bastante paciente con los extraños, no podía soportar la sombra de una contrariedad por parte de su padre: en su universo, el barón era una especie de Dios que tenía por primer y principal cuidado la felicidad de su hijo Ansiet. Le atribuía una inteligencia y un poder no humanos; y si el padre le causaba alguna pena, era con intención y por crueldad pura. Y Ansiet no toleraba defectos en un padre al que

quería perfecto; y tomaba como cosa suya el hacerle sentir su crueldad e injusticia.

—Ea —dijo el barón, un poco avergonzado—. Volveréis a verlo en Pascua: al fin y al cabo, no os separáis para siempre...

Ansiau fue a Mougouz dos días después y sacó a Herbert de su prisión. El joven se hallaba en penoso estado, su rostro estaba cárdeno y negro, con los párpados tan hinchados por las lágrimas que casi no se veían sus ojos. Tomaba muy en serio su pena de amor. Suplicó al barón que le dejara ver una vez más a su dama.

—Sólo una vez, ante vos y

Manesier; nada más que verla.

Y como Ansiau se lo negó tajante, el joven se tiró por tierra y gritó que quería morir. Diez minutos después, estaba a la mesa y daba rienda suelta a su formidable apetito, aun regando con lágrimas su guiso de camero.

Ansiau se llevó a su hijo a Linnières, con la firme intención de casarlo cuanto antes; y ya sabía a quién iba a elegir por nuera: Haquienier de Hervi tenía una hija, una sola, ya de diecinueve años, aún no casada, porque pasaba por fea y su padre no quería darle una buena dote. Pero Ansiau la conocía bien; sabía que era buena y prudente y pensaba que no sería mala nuera para la dama. No

quería perder tiempo; y pasando por Hervi decidió hacer la petición inmediatamente. Como Herbert no se hallaba aún en condiciones de presentarse ante la prometida, fue enviado a Seuroi con buena escolta y el barón fue a ver a Haguenier, con André y Thiéri.

Su petición fue bien acogida por el padre y la joven Bertrade no osó rehusar: demasiado grande para su edad, oscura de cabellos y de piel, sabía que el segundo hijo del señor de Linnières era para ella excelente partido. Hizo un mohín al saber que su futuro esposo no tenía más que quince años y nueve meses. Pero ella pensaba el amor y el

matrimonio con la emoción casi enfermiza de las jóvenes feas; y se consideró dichosa al saber que el matrimonio se celebraría al cabo de quince días. Su ajuar estaba listo hacía tiempo y su padre estaba satisfecho de no tenerla entre sus brazos.

La dama lanzó grandes gritos al ver a su hijo en tan lamentable estado; por de pronto, no se ocupó más que de aplicarle hierbas y unguentos en el rostro.

—¡Buena idea la vuestra! ¡Pudisteis haber desfigurado al muchacho para toda su vida! Es una suerte que conserve sus dientes y que no tenga rota la nariz.

El barón la llamó aparte y le contó

por qué había tenido que volverse con Herbert. La dama se indignó por la desvergüenza de dama Oda, sobre todo a causa del gran peligro en que había puesto al muchacho.

—Manesier pudo haberle arrancado el corazón y el cerebro si lo encontraba acostado con... Esa mujer ha escogido adrede a un niño que no se da cuenta. ¡Una madre de familia! Y con ese aspecto tan dulce y tan razonable... ¡En quién va a confiar uno ahora!

Los preparativos de la boda no exigieron mucho tiempo; el barón no tenía dinero que gastar en festines y necesitaba armas para la primavera. Aquellas nupcias en pleno invierno

fueron de las menos alegres. Los pajes de honor se helaban y frotaban sus manos y la nariz en el atrio de la iglesia de Hervi; y el mismo novio, cubierto con una pelliza de lobo gris, parecía un mochuelo con su estúpida mirada fija y vacía. Había tenido que ceder a la fuerza y se resignó a renunciar a su querida dama. Pero su vanidad sufría cruelmente por ese matrimonio en círculo reducido, por ese frío, por esa iglesia apenas adornada, por el gesto afanado y aburrido de su padre, de André, del tío Girard. Recordaba muy bien la boda de su hermano, con el hermoso cortejo por las calles de Troyes y la joven novia vestida de paño

bordado en oro. Su matrimonio, en cambio, debía ser fallido; era su suerte.

La novia fue llevada a Linnières en un caballo blanco, a través del bosque cubierto de nieve; las damiselas, parientes suyas de Hervi y de Linnières, la seguían, riendo y soplando en sus manos entumecidas; y los cascos de los caballos resonaban sobre el camino helado.

En el castillo, el fuego del hogar iluminaba la sala. El barón de Linnières descabalgó y llevó personalmente a su nueva nuera a la alcoba para presentarla a la dama; entretanto, los jóvenes, con Herbert, se disponían en la sala, cerca del fuego. Las muchachas, entre risas,

liberaban a la novia de sus pieles y velos; Bertrade, roja de frío, palpitante de emoción, transfigurada por la espera de una dicha desconocida y tan próxima ya, estaba encantadora: sus rasgos parecían afinados, sus ojos brillaban, y la dama le echó una mirada aprobadora. «Ya no es un fruto verde —pensó— y así es mejor, ya que a Herbert parecen gustarle las mujeres maduras.»

El festín resultó alegre, a pesar de todo; se bebió a más y mejor. Herbert parecía encontrar a su joven esposa a su gusto y le pellizcaba los muslos bajo la mesa. Bertrade, confusa, ordenaba sus largos cabellos negros esparcidos sobre sus hombros y apenas probaba los

manjares que le ponían delante. Los recién casados fueron instalados en la cámara sobre los baños, calentada y preparada para aquella ocasión; el gran lecho, con sábanas blancas, olía a moho y lavanda; las velas crepitaban; las jóvenes se afanaban en torno a Bertrade, como un enjambre de gorriones en torno a un mirlo blanco.

Bertrade se sintió en seguida prendada por su joven esposo. Lo acogía con una dulce mirada llena de admiración sumisa y temerosa; y Herbert, muy halagado en su vanidad masculina, dejábase amar, complacido. Así pues, el barón creyó haber arreglado las cosas de la mejor manera y

abandonó el castillo, porque quería estar en Bar-sur-Seine antes de la Cuaresma; sentía especial devoción por la Virgen de la iglesia de Bar-sur-Seine y quería orar ante ella aquel año más que nunca, a causa de su partida próxima.

Herbert se reveló pronto una verdadera calamidad. Era un mozo muy corpulento para su edad: fácilmente se le hubieran echado dieciocho años; era guapo, pero no se veía a la primera, pues su mirada era apagada e inexpresiva y tenía un rostro muy rígido. Además estaba afligido por una gordura precoz, debida a su glotonería, que prometía transformarse, con la edad, en obesidad. Su tez era blanca y muy fina;

fácilmente sangraba por la nariz — debilidad heredada de su madre—. Sus manos y sus pies eran pequeños y de bonita forma; sus ojos, bastante grandes; y su boca, sensual pero bien formada. En la cabeza lucía abundante cabellera muy rubia y rizada, que caía en desorden sobre su frente y su cuello. La dama se ocupaba a veces en desenmarañarlos — y lo sabía hacer mejor que Bertrade—; Herbert piafaba, juraba y daba patadas en el suelo.

—¡Dios! ¡Hijo mío! ¿Y quién os peinaba cuando estabais en Troyes?

—La dama Oda —respondía el muchacho, fastidiado; y la madre, por toda respuesta, limitábase a suspirar.

Durante quince días, Herbert permaneció fiel a su joven esposa y se mantuvo relativamente tranquilo. Después, se hizo insoportable. Empezó a atacar a las criadas en los rincones oscuros y a tirarse en tierra ante la menor contrariedad. La dama trataba de sermonearle. Herbert la amaba mucho y le dolía apenarla, pero siempre tenía razón: sus primos eran inferiores, no debía dejarse humillar por ellos; era de tal naturaleza que tenía que cambiar de mujer; Bertrade ya no le convenía; y no era culpa suya. La dama estaba de acuerdo —aunque en silencio— porque no amaba a su nuera. Pero cuando vio que su hijo intentaba violar a la pequeña

Milessant —y ello en plena cuaresma— le pareció que iba demasiado lejos y amenazó con maldecirlo. Herbert se mantuvo tranquilo durante tres días, al cabo de los cuales reanudó sus ataques; la dama sabía que era imposible manejar indefinidamente la misma amenaza; y a fin de cuentas Herbert comprendió que su madre no lo maldeciría. El barón regresó al castillo a mediados de cuaresma y fue para anunciar que no se partiría aquella primavera. Los reyes no parecían pensar en ello y el conde Henri se había comprometido a esperarlos. No quedaba otro remedio que disponerse a pasar aún algunos meses en Champaña. «Y Dios

sabe cuándo cesarán los reyes de pelear entre sí.»

—A Dios gracias —dijo la dama— os tendré conmigo unos meses más. Y desde luego no me apena.

Ansiau movió la cabeza por guardar las apariencias; pero no sentía gran deseo de abandonar a su esposa: esperaba un hijo hacia la Santa Cruz de Mayo y desde el nacimiento de Guillaume el barón no estaba tranquilo con respecto a futuros partos; al menos esta vez sabría cómo iba a salir del paso.

La dama se sintió obligada a quejarse de Herbert.

—Estoy segura, barón —le dijo—,

de que algún día será el mejor caballero de la comarca; pero, por Dios, lleváoslo donde queráis: no lo dejéis aquí. No puede vivir en un castillo; hay que pensar que tiene el diablo dentro.

El barón dijo que no podía confiarlo a ninguno de sus amigos, porque Manesier resultaría ultrajado. Pero, en fin, por consideración a la virtud de sus sobrinas, decidió llevar al joven a Seuroi.

—Gervais va haciéndose viejo — dijo al muchacho—. Ocuparéis su puesto; serviréis de escudero al tío André.

—¿Yo? —contestó Herbert—; ¿servir a un bastardo?

Después de esa respuesta, estuvo enfermo durante varios días y la dama pasó dos noches a su cabecera, aplicándole lienzos húmedos en la frente y curándole las llagas de la espalda. Ese enorme cuerpo blanco y grueso le parecía tan tierno, tan vulnerable como el de un recién nacido; y su corazón se crispaba de cólera y rencor cuando pensaba en la crueldad del barón. Ansiau, por una vez, no conseguía perdonar ni olvidar la falta de su hijo.

—Lo reduciré a mozo de cuadra —decía—, lo enviaré a cuidar de los cerdos. Le obligaré a limpiar las letrinas.

Fue el mismo André quien pidió

gracia para su sobrino, a quien amaba mucho.

—Ese muchacho vale en oro lo que pesa —decía—. No hay que tenerle en cuenta una tontería; que, desde luego, no será la última. Dejadme hablar con él: veréis como es más prudente.

Una vez curado, Herbert hubo de pedir perdón a André; cosa que hizo de muy mala gana, mirando a su tío casi como se mira a una bestia feroz pronta a devoraros. André le sonrió:

—Ea, yo ya he perdonado. Dicho y hecho. No hablemos más del asunto: creo que seremos buenos amigos.

Herbert abrió mucho sus ojos, vacilando entre el agradecimiento y el

desdén: como no deseaba en modo alguno recibir un segundo correctivo, optó por el agradecimiento y bajó la cabeza; ésa era la mayor señal de benevolencia y de abandono que fuera capaz de dar. A partir de ese día quedó al servicio personal de André y vivió con él en Seuroi.

Aquel año, Ansiet aún no fue armado caballero. Las fiestas y los torneos habían sido suprimidos y los caballeros preparados ya para partir erraban por Troyes como almas en pena. Habían acudido por la fuerza de la costumbre y se sentían fracasados, engañados. Aun los que menos deseos de partir sentían, anhelaban una decisión más rápida y

cierta. Las murmuraciones y los reproches dedicados al rey Felipe no cesaban. El marqués de Montferrat, sólo con un puñado de hombres en la fortaleza de Tiro, resistía al asalto de todas las fuerzas musulmanas; y los reyes cristianos, ricos en armas y en dinero, gastaban vergonzosamente las sumas reunidas para la guerra santa. Si era así, el conde Hervi no debía esperar a los reyes.

*Quéjase Jerusalén y llora
la ayuda que tanto se demora.*

Ansiet, muy serio, el mentón apoyado en los puños, escuchaba al trovero cantar la canción de Jerusalén y se olvidaba de escanciar a su señor. Ese

año que debía traerle tan bellas cosas — su caballería y la partida para Tierra Santa— se anunciaba tan gris y feo como el anterior. Empezaba a encontrar duro el verse siempre obligado a servir y a ser tratado como inferior. Y era tan largo un año, doce meses, otro verano y otro invierno... y ante sus ojos erguía Jerusalén, luminosa y sangrienta, inmensa reliquia que toda la sangre y todas las oraciones de los cristianos no podrían pagar. Real Jerusalén, corona perla de las ciudades, la más noble y la más hollada, pisoteada por los caballos de Saladino, profanada por las vergonzosas bufonadas de Mahoma. Hacía tiempo que Ansiet ya no soñaba

con tesoros; pero tenía diecisiete años y deseaba abandonarlo, perderlo todo, darlo todo por la gran hermosura cuyos reflejos adivinaban en su alma y a la que ahora llamaba Jerusalén. El prestigio del barón palidecía frente al de Ricardo Corazón de León y el del bravo marqués de Montferrat; y desde que en Champaña no había más torneos, Ansiet se nutría de relatos, verdaderos o falsos, de las hazañas de los caballeros cristianos en Palestina.

El barón halló a su hijo más alto y más delgado y se preguntó si no estaría enamorado. El muchacho, no muy guapo con su pelo enmarañado y su nariz cubierta de pecas, tenía un aspecto

físico atractivo a fuerza de gracia; y el padre lamentaba que Milessant fuera demasiado joven. Pero Ansiet conservaba aún su sonrisa infantil. Preguntaba:

—¿Aún no ha dado a luz la dama? ¿Y mi hermanito? ¿Cómo está? ¿Es bonita su esposa? ¿La quiere?

—No la detesta.

—Lo supongo. Me aburro mucho sin él, ya lo sabéis.

Ansiau contemplaba los anchos y enjutos hombros y las amplias muñecas del muchacho y se decía que había hecho bien en no haberle comprado una cota aquel año; el próximo necesitará otra mayor.

Una nueva preocupación venía a añadirse ahora a las habituales: si la Cruzada estaba a punto para la próxima Pascua, Herbert estaría también en edad de ser armado caballero. Y Garnier, el hijo de Simon, pedía lo mismo con insistencia antes de la partida para Tierra Santa: si su padre vivía aún, que al menos pudiera sentirse orgulloso de su hijo. Ansiau había prometido a Simon tratar a sus hijos como los propios y no podía negar a Garnier lo que concedía a los suyos. Además, el joven le servía como escudero desde hacía seis años y no lo abandonaba nunca: había nacido una gran amistad entre tío y sobrino, una de esas amistades sin palabras y sin

gestos de las que apenas llega a tenerse conciencia y que no se revelan más que en el momento de prueba. Ansiau se daba cuenta de que la armadura de Garnier se le hacía tan necesaria como la propia; y se rompía la cabeza para hallar un medio de equipar a los tres jóvenes a la vez.

Era un lujo que apenas podía permitirse en tiempo normal. Pero ¿qué presente más bello podía ofrecer a la mártir Jerusalén que tres nuevos caballeros cruzados? La Tierra Santa necesitaba de hombres. Y tras muchas vacilaciones, Ansiau hipotecó a los monjes de Saint-Florentin todas las rentas de la tierra de Linnières, el

bosque, el taller de curtido y las viñas, por un plazo de cinco años.

Era una locura: bien lo sabía. Pero, al menos, el equipo de los jóvenes quedaba ampliamente asegurado. Lo demás no tenía tanta importancia. Anseau de Linnières estaba lejos de ser ligero; por el contrario, era bastante longividente: el dinero —pensaba— se gana y se pierde; lo que importa es hacer de un niño un hombre y un hombre respetado. Sus hijos eran su mayor riqueza: y tenía empeño en hacerla valer.

Cuando la dama supo que su marido había hipotecado la tierra y el bosque por cinco años, quedó francamente

indignada. Estaba harta de un marido que se preocupaba de ella como de las nieves del pasado año, que no hacía más que complicarle la vida —y Dios sabe que ya tenía bastantes preocupaciones con los pequeños—; de sobra sabía que las rentas de las viñas y del curtido formaban parte de la dote de Mahaut y que la muchacha estaba ya en edad de marido. ¿Qué festín de bodas iban a hacer si no tenían dinero? A lo que el barón replicó que Mahaut era tan bella que no necesitaba dote.

—¡Verdaderamente, barón, no pensáis lo que decís! Entonces, ¿queréis que un hombre se quede con vuestra hija por piedad? Prefiero verla en un

monasterio que casada con un hombre que le eche en cara su pobreza.

—Señora, no os enfadéis. Tendremos tiempo de arreglarnos para la dote de Mahaut. Ahora se trata de equipar a los muchachos.

—¡Los muchachos! Eso es: no pensáis más que en ellos. Pero las hijas son también carne y sangre vuestra, barón; ¿es que queréis que vayan a parar en mujeres de sargentos, como vuestra prima Claude? Entonces, mejor les hubiera sido morir, como mi pequeña Ala —y a este pensamiento, la dama estalló en sollozos—. No os lo perdonaré nunca. Habéis robado los bienes de vuestras hijas: eso es lo que

habéis hecho.

Aalais sabía que iba a herir a su marido en lo más vivo y, en efecto, Ansiou no lo olvidó en mucho tiempo. Esa palabra, «robo» era sucia y demasiado injusta; y la dama no tenía derecho a decirla. ¿Hablaban de dote y de banquete de bodas cuando los sarracenos arrasaban a sangre y fuego la tierra de Dios? Entretanto, él mismo empezaba a pensar en un marido para Mahaut: la joven tenía trece años y había que adelantarse a buscar un buen partido.

Mahaut era cada vez más hermosa. Esbelta como un rosal; blanca y fresca. Sus rasgos estaban como cincelados en

oro blanco y sus ojos brillaban como dos diamantes negros. Era una muchacha viva y chispeante de alegría; y resultaban incontables sus enamorados. Frahier y Aimeri seguían adorándola; los hijos de Hue de Baudemant se peleaban por ayudarla a montar a caballo; Jehan, el hijo menor de Girard el Joven, la aguardaba en todos los rincones para suplicarle que le escuchara; y Mahaut se burlaba de todo y de todos. Si había un joven del que no se burlara, era Garnier; su calidad de hijo del famoso tío Simon, inspiraba a la joven cierto respeto. Garnier no era un guapo mozo, pero estaba siempre con el barón, intervenía en todos los torneos y

parecía saber muchas cosas divertidas. Pero con Mahaut era de una grosería tan ofensiva, que su joven prima había empezado a detestarlo con todo su corazón. Cuando el barón venía al castillo, la dama sabía ya que tendría que apaciguar una discusión entre Mahaut y Garnier, y siempre se ponía de parte de su hija. Mahaut, que nunca se quejaba de nadie, abrumaba a su madre a fuerza de lamentos cuando Garnier estaba allí. «Dama, me ha pisado; dama, me pellizcó el brazo: ved el cardenal que me ha hecho. Dama, ha dicho que Milessant es más bonita que yo» (su amistad con Milessant no llegaba hasta admitir semejante enormidad). Garnier,

por su parte, decía a quien quisiera oírlo, que Mahaut era una vanidosa, una joven sin corazón, que robaba perfumes a su madre y que quería enamorar a todos los jóvenes del país. «¿Y Aioul? —preguntaba con tono burlón—. ¿Habéis visto a Mahaut y su Aioul?» Aioul era el hijo de un pequeño terrateniente llamado Frahier le Petit, sargento al servicio del señor de Linnières. Poseía una granja a orillas del Armangon, y Aioul venía todos los días a Linnières, ya para llevar a la dama carpas y tencas pescadas por su padre, ya para pedir prestada una hoz o un rastrillo; estaba tan enamorado de Mahaut que se quedaba, con la boca

abierta, casi extasiado, como un simple. Cuando la joven salía a pasear al prado con sus amigas, Aioul la seguía, rozaba a veces el extremo de sus trenzas o recogía flores que después dejaba caer distraídamente. Era un guapo mozo, había cumplido sus dieciocho años, y el corazón de Mahaut no era de piedra. Por mucho que desdeñara al hijo de un vasallo, se alisaba las cejas y se arreglaba el cuello del vestido y el cinturón en cuanto oía el paso del caballo de Aioul en el patio.

Verano triste para la dama. Su último hijo —nacido en mayo— era débil y enfermizo, chillaba continuamente y la madre se pasaba noches enteras

meciéndolo en sus brazos; Aalais sentía en el fondo del corazón una fatiga mortal y la sorda convicción de no poder conservar a aquel niño hasta el invierno. En el bautismo lo habían llamado Henri; su cabeza era redonda y de color pardo; ojos grandes y curiosos; tenía la piel suave y cálida de los recién nacidos. La dama lo acunaba; el chiquillo lloraba; le daba el pecho, seguía llorando; adelgazaba a ojos vistas. La dama perdía la cabeza y hacía llamar a Flora que, en aquellos últimos años se le había hecho indispensable como el vino para el alcoholizado. Flora poseía remedios contra todas las enfermedades; predecía cuanto se le ordenaba predecir;

se equivocaba a menudo, pero no por ello la dama dejaba de creer en ella. Flora decía:

—Nada puedo decir acerca de este niño, pero el siguiente será el más hermoso de todos vuestros hijos.

Aalais suspiraba, sin saber qué pensar ni desear. Estaba muy cansada y tenía demasiado quehacer. La pequeña Marie empezaba a caminar, los gemelos se convertían en verdaderos diablillos y Guillaume... ¡Ah, Guillaume! Dios sabe por qué sentía aún por él una ternura salvaje, celosa, una ternura que la llevaba a descuidar a los más pequeños y que la forzaba, encinta y enferma, a levantarse por la noche para cubrirlo y

cambiarle las sábanas sucias. El niño ni siquiera sabía sonreír; tenía más de seis años, era grueso, pero muy débil; cuanto más crecía, más aversión inspiraba a cuantos lo veían y ante todo al barón. Pero la dama estaba segura de que el pequeño la conocía y amaba. Cuando tenía frío, se acurrucaba contra ella y por ese simple gesto la madre olvidaba todos los sufrimientos que le causaba el niño. El barón decía:

—Sabéis bien que este niño nunca servirá para nada. ¿De qué sirve tenerlo con nosotros?

Y la dama sabía que a su esposo no le faltaba razón; reprochábase su debilidad de madre y ese remordimiento

no hacía más que aumentar su piedad y hacer más implacable su ternura. Tal vez tuviera que ver en esa reacción el recuerdo de su propia falta —que el niño estaba forzado a expiar—, pero Aalais nunca pensaba en ello.

El rey Enrique de Inglaterra murió el 1 de septiembre y esta noticia llegó a Champaña al mismo tiempo que la de la coronación de Ricardo, duque de Poitiers. Esperábase mucho de Ricardo y de su buen acuerdo con el rey de Francia. Pero el viejo rey fue echado de menos. Moría con él toda una época de guerra, torneos, de fiestas y de cortesía; los que habían intervenido en las guerras de Francia se sentían, de pronto, mucho

más viejos; los tiempos del rey Plantagenet entraban en el pasado; Ricardo sería quizá mejor que su padre, pero sería diferente; y con la edad uno se deshabitúa a los cambios. En Troyes, en Reims, en Meaux y en Provins desfilaron procesiones por las calles, con cantos, gritos y oriflamas, en honor del rey Ricardo, tío del conde Henri: de él, más que de ningún otro, se esperaba la victoria sobre Saladino.

* * *

*Siéntase en alta torre la bella
Isabel,
su blondo cabello deja caer desde*

la almena;

mojan las lágrimas el borde de su manto.

Las blancas manos de las jóvenes se mueven cadenciosamente manejando la aguja. Mahaut, que tiene fino oído, levanta la dorada cabeza y frunce el ceño. Después, sintiendo sobre sí la mirada de su madre, vuelve a cantar; y su corazón late con más fuerza, porque oye en el patio el paso de un caballero.

¡Eh, amigos!

¡Por maldicientes huyo de mi país!

La dama que pensaba en otra cosa no apartó los ojos de su labor. Pero quien entró en la sala no era Aioul, y la sonrisa murió en los labios de Mahaut.

El hombre se acercó a la dama de Linnières, se arrodilló ante ella y besó el borde de su túnica. Había que creer que lo que tenía en la mano era una cosa muy rara, pues la dama quedó cortada, enrojeció, se mordió los labios y después se puso en pie y llevó al mensajero junto a la ventana, para hablar con él a solas.

*Mi dama, soy un caballero
loado y apreciado por sus armas.*

Os amaría, sin agraviar a nadie...

cantaba Mahaut. La dama sentía deseos de taparse los oídos.

—¡Oh, Dios! ¿Todavía? —dijo—. No sé qué quiere vuestro señor, amigo. ¿Por qué venir aquí? Ya tengo bastantes

preocupaciones...

—Señora —dijo el hombre—, mi señor está allí, en la capilla de Vieille-Forêt, y desea veros.

Aalais sintió que sus manos se volvían frías y húmedas.

—¿Verme? ¿Y por qué?

—Señora, no os enfadéis. Mi señor me ha rogado que os hable por él. Parte con su señor a Tierra Santa antes de fin de mes. Ha hecho el viaje desde Brienne aquí. No ha querido marcharse sin deciros adiós. Si os negáis a verlo se entristecerá mucho: os espera junto a la capilla.

—¿Se va? —dijo la dama—. ¡Dios mío! ¿Por qué no ha venido al castillo?

Lo hubiera recibido.

—Por vuestro esposo y vuestra familia. Se ha detenido en casa de Manesier de Coagnecort, en Hervi. Dice que no volverá a poner los pies en vuestro castillo.

—¡Muy suyo! Y mi señor está precisamente en Troyes. Ea, amigo, quedaos aquí. Haré que os sirvan de comer.

—Dama —intervino Mahaut—, ¿son malas noticias?

—Ni malas, ni buenas, hija mía; este joven viene a advertirme que el senescal del conde podría detenerse en Hervi cuando venga a cazar al bosque; necesito verlo, para recabar un nuevo

plazo para mis deudas. Me llevo a Milon conmigo y voy a Hervi, para ver si puedo alcanzarlo.

A pesar de la prisa, Aalais pasó aún media hora arreglándose; probándose ya un collar, ya otro; frotándose las mejillas y los labios con jugo de clavel. Después, como pensaba que podría tratarse de una petición de dinero, tuvo buen cuidado de meter en su bolsa todos los escudos que halló en el cofre; después se cubrió el rostro con un espeso velo de muselina rosa y bajó al patio, donde Milon la aguardaba con los caballos.

No sabía lo que hacía. Ver a aquel hombre no era para ella una alegría, ni

una necesidad: era más bien una obligación. Su cabeza y su corazón estaban más vacíos que dos nueces podridas. ¿Es que no había jurado no volver a verlo? Tal juramento le parecía absurdo. Iba a marcharse de Champaña, quizá para siempre; para buscar la muerte en Jerusalén, o a morir de calor y de sed... ¿y ahora iba a negar el último favor que le pedía? La guerra santa había trastornado ya bastante la vida y hecho bueno lo que parecía malo: ella, que vería marchar tranquilamente también a su marido y a sus hijos podría reparar entonces cualquier culpa pasada.

En el cruce de caminos se detuvo y dijo a Milon:

—Milet, buen amigo. A Hervi no vendrá ni senescal, ni conde, ni nadie.

—Entonces, ¿por qué vamos, señora?

—Yo no voy, Milet, voy a pedirte una cosa; júrame que nunca me harás preguntas acerca de lo que haga hoy y que jamás dirás palabras a nadie.

—Lo juro, señora.

—Pues bien: tomarás este camino para ir a Seuroi; yo estaré contigo en Seuroi esta noche. Pero es posible que no vaya hasta mañana: entonces, ya encontrarás algún motivo para explicar por qué no estoy allí. Y no te preocupes.

Milon parecía más plácido que nunca.

—Está bien, señora.

Y enderezó su cabalgadura por el camino de Seuroi.

Soplaba un fuerte viento y la dama se arrebuja en el manto y retenía el velo, que le golpeaba en el rostro. Al último momento se preguntó si Erard no se habría cansado de esperar y se habría ido. La paciencia no era su fuerte.

Y sin embargo estaba allí ante la capilla, inmóvil en su blanco caballo de Arabia; no era hombre muy corpulento; seco y nervioso, de aspecto un poco endurecido. Volvía los ojos hacia el prado y el riachuelo y parecía absorto en sus pensamientos; sus manos, con un gesto que Aalais reconoció en seguida,

deshicieron en pequeños pedazos una hoja de arce. No oyó acercarse a la dama hasta que ella estuvo a diez pasos; entonces tuvo un sobresalto y se volvió y al mismo tiempo un golpe de viento le arrancó el gorro de la cabeza y dejó flotantes sus largos cabellos rubios que él se esforzó por recoger con la mano izquierda. Su barba era corta, abundante y rizada.

Hacía tanto tiempo que la dama no había visto ese rostro que no lo reconoció a la primera: era una cara un poco curtida, bastante pálida; los rasgos eran tan acusados y duros que apenas podían pasar por bellos. Los ojos, grandes, con párpados pesados, estaban

levemente rodeados de ojeras oscuras; Aalais quedó tan sorprendida por aquellos detalles que de pronto se sintió sin respiración. Pero un segundo después se sorprendió de haberlo podido imaginar de otro modo.

El mismo Erard parecía muy conmovido. Sonrió y dijo:

—Gracias por haber venido.

Aalais no sabía qué responder, porque su corazón latía con tanta fuerza que creyó ir a ponerse enferma. Jamás había pensado que la sola vista de aquel hombre pudiera trastornarla hasta tal punto. Quiso tenderle la mano, pero sus dedos temblaban tanto que no consiguió quitarse el guante. Sorprendido por su

silencio, Erard preguntó:

—¿Estáis enfadada?

La dama recobró el aliento:

—¡Oh, no! En absoluto. Pero veros me ha conmocionado.

—¿Por qué? ¿He cambiado tanto?

—No, no. Casi nada. ¡Dios mío!

Nunca creía volver a veros.

Los dos guardaron silencio, embarazados, sin saber qué decir. Los ramalazos de viento se amontonaban en sus capas y jugaban con el cabello del hombre y el velo de la mujer; sobre el bosque oscuro, los cuervos trazaban su zigzag en el aire, luchando contra el viento. Los árboles chirriaban y silbaban. Erard propuso a la dama ir a

cobijarse a la capilla.

Bajo la estrecha bóveda de piedra, el vendaval pareció ceder; la dama tomó asiento en el banco apoyado a la pared, recobrando el aliento y ajustándose los velos. Erard se unió a ella poco después y tomó asiento a su lado.

—He atado los caballos tras los árboles —dijo— para que nadie los vea desde la otra parte del prado. ¡Qué tiempo! Aquí estamos mejor que fuera. ¡Ah! Estaba seguro de que hallaríais un modo de venir; verdad es que vuestro Moreno está en Troyes y eso facilita las cosas; bien, hablad un poco: apenas he oído vuestra voz.

Aalais había perdido la costumbre

de las emociones fuertes; sentíase quebrantada, pesada, como si en los brazos y las piernas tuviera plomo. No sabía más que repetir: «¡Dios mío! ¡Dios mío!», y estrecha sus dos manos contra el corazón para impedirle latir con tanta fuerza.

—Quitaos el velo ahora —dijo Erard—, que pueda ver vuestros hermosos ojos —y levantó la mano para echarle hacia atrás el velo; pero la dama se lo impidió con vivacidad.

—No, amigo, todavía no. No sabéis... he cambiado... ¡oh! He envejecido. Ya no soy como antes. No me encontraréis hermosa.

—¡Cómo! ¿Y ni siquiera vais a

darme un beso de bienvenida? Ni siquiera a un extraño se lo hubierais negado.

—Pero no ahora. Más tarde —dijo Aalais—. Tenemos tiempo, amigo mío. Realmente, no creía que volvería a veros.

Y le pasó los brazos en torno al cuello y escondió la cara en su hombro. Erard la estrechó contra sí y el contacto de sus manos despertó en el corazón de Aalais tantos recuerdos que estalló en sollozos.

—¡Dama! ¿Qué tenéis? ¿Sois desgraciada?

—Sí. Sí, desgraciada, Erard, amigo mío. ¡Si supierais! Hace siete años que

regresó el barón... Y desde entonces he tenido tantas desdichas. ¡Si lo supierais...! Estoy cansada. Siempre los hijos... los hijos... y las preocupaciones hasta no poder más. Ya no me quejo. Pero sigue siendo duro. He tenido cuatro hijos, que están con vida, desde que os fuisteis, y tres que murieron. Pensad: el último murió en la fiesta de septiembre, hace quince días. Aún no tenía cuatro meses... pero ya me sonreía.

—¡Bah! Tenéis ya tantos... —dijo Erard fríamente—, me sorprende que sepáis distinguirlos.

La dama, un poco molesta, dejó de llorar. Sabe Dios por qué había esperado encontrar en Erard más piedad

que en el barón. Dijo:

—Naturalmente, eso son penas de mujeres. Poca cosa para vos. Dejémoslo. Aún no me habéis dicho por qué estáis aquí.

Erard arqueó las cejas.

—Creí que Bertrand os lo había explicado. He tomado la cruz y parto con mi señor; no estaré en el país más de diez días. Vine a deciros adiós.

—¿De veras? —dijo la dama, moviendo la cabeza—. ¿Habéis hecho todo este viaje desde Brienne para decirme adiós? No lo creo.

—Pero es la verdad. Por supuesto, a mi esposa le dije que iba a ver a mi hermano; pero Dios sabe bien que puedo

pasar sin verlo.

El rostro de la dama se oscureció de nuevo.

—¿Vuestro hermano? Y a su mujer también... ¿verdad?

—¡Dama! Dejad eso... ¡Ah, os reconozco bien! No habéis cambiado. Ahora, amiga mía, quitaos ese velo... me molesta.

—No, todavía no. Por favor. Hablad. Habladme de vos mismo.

Erard, como hacía a menudo, no contestó. Escuchaba el silbido del viento en las ventanas. Parecía triste.

—Nunca os he olvidado, dama. No podéis imaginaros a cuántas mujeres he probado para placer mío; pero ninguna

de ellas me dio la felicidad que me disteis vos. Después, no ha sido lo mismo. No he vuelto a encontrar una mujer como vos.

—Una mujer a la que abandonasteis al tercer día —dijo Aalais con amargura.

—Bien a mi pesar, y lo sabéis.

—Pero no habéis hecho gran cosa por volver a verme. Si os hubierais quedado en Troyes, en vez de ir a Provins, me habríais visto el día de Todos los Santos. Y en Pentecostés de hace tres años, cuando estuve en Troyes para la boda de mi hijo, bien sabíais que me encontraba allí: pagada vuestra deuda, nadie os impedía ir a orar a la

iglesia de San Pedro.

—Si me lo hubierais pedido, habría ido —dijo Erard—. Pero me obligasteis a prometeros que no volvería a encontrarme con vos. Y os he obedecido. Además, no estaba en situación de mostrarme ante las damas.

Aalais movió la cabeza.

—Nunca os faltarán excusas. Bien, no discuto con vos. Habladme de vuestra vida: ¿jamás a otra mujer?

Por toda respuesta, Erard alzó los hombros.

—Pero tenéis hijos —dijo la dama—. Lo supe por vuestro hermano.

—Sí: dos niñas: Marie y Héliissent. Marie tendrá cinco años en mayo.

—¿Son bonitas?

La sonrisa de Erard fue muy joven.

—Las más bonitas que he visto.

Aalais suspiró y no dijo nada más.

Lanzado de nuevo a la corriente de su presente vida, Erard parecía no pensar más en sus viejos amores. Cogió las manos de la dama y comenzó a explicar cómo el conde de Brienne se había equipado y qué difícil era tomar la cruz antes que los demás.

—Nadie os ayuda —decía—, todos responden siempre: he tomado la cruz y debo prepararme. Y pronto pasa un año en preparativos y las armas se enmohecen en los armarios. En la mesnada del conde Erard hay quien se

lleva a su mujer enferma; otros arrastran un proceso; y cuentan con prometer que partirán más tarde y ser perdonados por esa promesa. Naturalmente, no echo en cara a Henri de Champaña el que espere a los reyes: es joven y el rey Felipe es su tío. Dios proteja a la condesa María, pero creo que ha traído más daños que bienes al país con su parentesco con los reyes; ha hecho del condado una veleta que gira según los vientos de Francia e Inglaterra, y Dios sabe que esos vientos no soplan siempre del mismo lado. En fin de cuentas prefería a Henrique Plantagenet que al rey de Francia.

—¿De veras? —dijo la dama, bostezando—. Dicen que era buen

caballero, pero ya viejo.

—Conservaba aún sus dientes. Hubiera dirigido bien el ejército. Pero ya veréis como el rey Felipe hallará un pretexto para quedarse y será una vergüenza y una suciedad tales como aún no se ha visto igual en Francia. ¿Y por qué? Pues porque ya no le quedará con qué equipar a sus hombres tras haber recogido el diezmo de sus clérigos y barones y reducido a los pobres a mendigar por esos caminos: todo ese dinero no va a ser gastado por Jerusalén, os lo aseguro. Ya lo sabéis, dama: es como para vomitar. He visto tantas cosas sucias desde que tomé la cruz, que estoy disgustado de la

Champaña y de los champañeses. Los gentes no piensan más que en enriquecerse a cuenta de Dios. Comenzando por el marido de mi madre, el senescal de Provins, que de pronto se ha hecho tan generoso que duplica sus sueldos y ofrece regalos a todos sus hombres y parientes; y os aseguro que antes del diezmo no iba con la cabeza tan alta. Bueno: por mi parte, le he dicho lo que pensaba. El dinero se va con más rapidez que se recibe y los caballeros, entretanto, deben comerse su sueldo y tascar freno. Estoy contento de hallarme al servicio de Erard de Brienne y abandonar el país. No creo que regrese jamás.

—¿Y por qué, amigo? —preguntó dulcemente la dama—. Después de todo se vuelve de Tierra Santa. Vos ya estuvisteis una vez.

—Os lo diré, dama —dijo Erard; y Aalais quedó sorprendida por el aire grave que de pronto había tomado—, os lo diré; pero esto no hay más que dos o tres amigos que por el momento lo saben. He decidido hacerme templario.

La dama se santiguó.

—¡Santo Dios! La verdad, no os veo como templario... ¡Vos, monje!

Erard se echó a reír.

—¿Os parece una lástima? Mal me conocéis. Las mujeres creen siempre que un hombre no puede vivir sin

amarlas. Pero yo he experimentado ya tanto que eso nada me dice. No es que me guste hacerme monje y cortarme el cabello. Pero un tío de mi madre está en el Temple y él me ayudará. Es lo mismo uno u otro fin: yo nada tengo que hacer aquí.

—Amigo —dijo la dama—, no hagáis semejante locura. Lo lamentaréis.

—¿Lamentarlo? No tengo nada que lamentar. He visto a Jerusalén con mis propios ojos y no he vuelto a olvidarla. Cuando pienso que los paganos echan el estiércol de sus caballos sobre el altar del Santo Sepulcro y que nuestras mujeres francas son vendidas en sus harenes de perros me vienen ganas de

hacérselas pagar; si tuviera a mil en mis manos, los haría degollar a todos: caballeros y no caballeros. Si me quedo en Palestina para luchar contra ellos, no será como vuestro primo Simon de Linnières que, según se dice, se ha enriquecido al servicio de los barones de ultramar. Nunca me amoldaré a las costumbres del país: son demasiado paganas. Y aún son los del Temple quienes mejor se conservan.

Aalais preguntó:

—¿Y vuestra esposa? ¿Y vuestras hijas?

—Mi mujer nada sabe aún —dijo Erard—; ha empeñado el dinero de su viudedad para equiparme; no era el

momento de decirle que la dejo de verdad. Lo sabrá pronto y quedará libre. No la amo: si me casé con ella fue por su dote.

—Amigo —dijo aún la dama con voz temblorosa—, si me amarais, volveríais al país para verme de nuevo.

—No —dijo él—. No se empieza diez veces la misma historia. Si he venido es para deciros adiós. Dama, amiga mía; entonces hacía buen tiempo... os acordáis, el pequeño jardín cerrado, la lavanda y los grillos que cantaban en el prado; ahora vais allí por otro...

La dama se irguió.

—¡Dios! ¿Quién os ha dicho semejante mentira? Que la lengua se le

puadra y caiga de la boca a quien la haya dicho. Yo no tengo más hombre que el barón.

—¡Vamos! Sois demasiado bella para no tener un amante. Y no podéis conformaros con vuestro Nariz-cortada. Bien, no es asunto mío, después de todo. Vos estáis aquí y eso es todo lo que necesito, ¿no es así?

Y sonrió, enseñando sus dientes blancos y puntiagudos, con más bonachonería que la que Aalais hubiera podido esperar de él. Pero no la desarmó, porque tenía más de una razón para estar indignada con él. Se levantó y fue a la puerta. El viento había cedido un poco. El aire era fresco y húmedo; por encima

de los árboles amarillentos aparecían jirones azules de cielo.

La dama se volvió de espaldas al hombre y sorbió sus lágrimas de humillación y de cólera. Erard se acercó a ella y puso la mano en su hombro. Aalais la apartó, sin decir una palabra.

—Amiga, ¿estáis enfadada? ¿Por qué sois tan dura conmigo?

—Iros, señor templario. No sé qué queréis. Creo que no es tan largo ni tan duro decir adiós.

—Sabéis bien lo que quiero.

—No, no lo sé. Vos no me lo habéis dicho.

—Quiero gozar una vez más de vuestro hermoso cuerpo antes de pasar

el mar.

—No soy una de esas mujeres a las que podéis tomar y dejar a vuestro capricho, amigo mío. Me ganasteis una vez. Pero ha pasado mucho tiempo desde aquello.

—Pero había creído... ¡Ea, dama! Es demasiado cruel. ¿Por qué hacerme sufrir? No os he hecho mal alguno. Sabéis que os amo lealmente.

—Dejadme. Ya me hicisteis llorar bastante.

—Y sois vos quien ahora me hace llorar a mí. Volved vuestra cabeza... dejad al menos que os quite ese velo. Que vea vuestro claro rostro.

—Lo haré —dijo la dama,

volviendo la cabeza—. Pero después no me pidáis nada más.

Con ambas manos Erard levantó el velo y besó lentamente los labios y los ojos de la dama. Entonces, Aalais le dio hasta diez besos apresurados y rápidos, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

Y se dejó llevar por su pasión, sin temor y sin freno, como si todas las tiernas palabras que había ido rechazando en el interior de sí misma durante seis años subieran ahora a sus labios de una sola vez. Escuchaba distraídamente las palabras de Erard, tan dulces y tan impúdicas a la vez, y que ella misma conocía tan bien; aquel

hombre no debía impedirle decir lo que llevaba en su corazón; Aalais no volvería a tener ocasión de decírselo.

Lo que ella amaba en él era su contención: Erard nunca pensaba en ir directo al objeto, como hacía Ansiau. Complacíase en hablar y en oír hablar de amor; nunca tenía prisa —Aalais sabía que nunca la forzaría—; con este hombre sentíase libre de disponer de sí misma.

No pensaba negarse y lo dijo con sencillez.

—Mirad cómo el viento ha alejado las nubes —dijo Erard—. Dama, ¿y si fuéramos a ver aquel claro del bosque donde tanto nos amamos aquel día de

caza... os acordáis? Yo no lo he olvidado nunca.

—Como queráis, amigo. Pero los caminos están mal después de las lluvias.

—¡Bah! Eso no me preocupa. Tenemos tiempo: no debe ser más de mediodía... ¿Queréis? Voy a traer los caballos.

Cabalgaron largo tiempo por los caminos fangosos; la dama iba delante, para indicar el sendero. Cuando llegaron al claro, Erard miró en derredor, sorprendido y decepcionado.

—Éste no es el mismo sitio, querida... No puede ser: debéis haberos equivocado.

—¡A Dios gracias conozco bien el bosque!

—Pero esto es imposible. No es la misma cosa... Y esas piedras eran más grandes y más blancas. Lo recuerdo bien.

—Después de la lluvia están grises —dijo la dama—. No puedo hacer nada: es el mismo sitio.

—¡Qué extraño! —Erard movía la cabeza—. ¿Estáis segura...?

—Mirad: ahí exactamente estuvimos echados y ése es el roble al que até los caballos... Ha crecido: pero es el mismo.

Erard descabalgó, ató los caballos y ayudó a la dama a bajar del suyo.

—Mi capa es gruesa —dijo—. No sentiremos la humedad. Dejadme que os mire. Habéis cambiado... no teníais esas arrugas bajo los ojos. Creo que habéis adelgazado. Y los labios tienen menos color... Amiga mía, es triste pensar que habéis cambiado... La otra vez, cuando Bos os vio en la iglesia de San Pedro, me dijo que no habíais cambiado.

—Callaos, callaos —dijo Aalais. Y le selló la boca con un beso ávido, glotón, tan largo que la misma dama perdió la respiración. Erard hablaba, pero Aalais sabía que esas palabras ya no se dirigían a ella: debía sabérselas de memoria y las repetía sin pensarlas.

Una hora después estaban sentados,

el uno junto al otro, sobre la capa gris de Erard, y se repartían los restos de un pedazo de pan que él había encontrado en el fondo de su bolsa. Ambos guardaban silencio. La dama volvía a poner en orden el cuello de su vestido y de vez en cuando miraba a hurtadillas a su amigo; él no la miraba, fruncía el ceño y su rostro se había hecho muy duro.

—Mi querido señor, amigo mío — dijo ella con dulzura—. ¿No os dignáis mirarme? No es cortés por vuestra parte... en nada os he faltado.

De una pedrada, Erard abatió un cuervo en pleno vuelo. Guiñaba los ojos y seguía evitando mirar a su compañera.

—Podía haberme ahorrado este viaje —dijo, por fin—. No os amo.

—Es sucio el oír eso de vuestros labios, amigo —dijo la dama—, después de haber hecho de mí lo que queríais. Bien podíais haber pensado que en siete años no iba a rejuvenecer ni a estar más bella; y tampoco vos, amigo mío. No es culpa mía que ya no tengáis veinte años.

Llamado al orden por ese reproche, Erard volvió a mostrarse más agradable.

—Sí, me he equivocado. No es necesario que me toméis por un palurdo. Podría deciros lo que se dice siempre en estas ocasiones, y no son las palabras las que me han faltado alguna vez. Pero

no me gusta mentir... ¿De qué sirve? Es mejor que os diga en seguida de qué se trata: no me amaréis tanto y no os lamentaréis de mi ausencia.

Entonces Aalais le puso ambas manos en los hombros y le miró a los ojos.

—Amigo, señor —empezó—, es bueno que penséis así. Pero sabe que no os amaré menos y que seguiré lamentando vuestra ausencia; no cambio de corazón tan fácilmente como vos. Si os he amado no ha sido por juego. Desde el día en que fuisteis a batiros con Guinan el Lorenés para darme gusto, os amé, y os lo he dicho francamente. No creáis que me enamorara sólo de

vuestra belleza, de vuestra juventud, de vuestra destreza en las armas. Aunque fuerais viejo y feo os amaría porque no tenéis el corazón vulgar y cobarde. Pienso que no es culpa vuestra el que ya no me améis; y hacéis bien en decírmelo y en no mentir. También yo os lo digo sin mentira: os amaré hasta mi muerte, porque ahora sé bien que ya no puedo curar de mi mal. Al menos que merezca vuestra piedad y que seáis bueno conmigo.

Erard, sonriendo, pasó la mano por sus cabellos.

—Dama, vos sois mejor que las demás. Creo que no amo a nada ni a nadie en Champaña ni en Francia. ¡Y me

tarda tanto el encontrarme en un navío de grandes velas! Es tan bueno el aire del mar...: nunca he enfermado en el mar. Tengo prisa por acabar de una vez. Cuando esté en Tiro o en Acre entraré en la orden y entonces, adiós mujer, parientes, amigos... A nadie debo nada. Me diréis que la disciplina es muy dura entre los religiosos. Pero sabéis si he vivido bastante sin disciplina y sin órdenes. Me queda tiempo de enmendarme y hacerme perdonar mis pecados, y de convertirme en un hombre nuevo.

»Mi dama querida —vos lo sabéis —, he llegado a decirme: tengo que tomar una vez más mi buena parte en los

placeres del mundo antes de abandonarlo todo... ¡Oh, Dios!; he hecho locuras: os reiríais si os las contara; y al fin, no llegaba a distraerme; nada me proporcionaba placer. Y he pensado en vos; he pensado que vos erais lo mejor que tenía en mi vida. Y me he dicho: si la amo aún, será la última vez, y la más grande: después, no tendré deseos de nada. Y ahora, ya lo veis, todo ha acabado y nada me queda por desear. Tengo que marcharme: mañana me pondré en camino para Brienne.

La dama preguntó:

—Entonces... ¿de veras no me queréis?

—No. ¿Para qué? La primera vez es

la mejor. Después, todo irá descendiendo: es como si me empeñara en llevar unas sandalias hasta gastarlas. No soy avaro. Despidámonos y no me guardéis rencor.

—Volveré a llevaros hasta la capilla —dijo Aalais—. Vos solo no encontraríais el camino.

Aalais temía el instante de las despedidas. Mientras Erard estaba allí podía pensar que permanecería a su lado y se decía que le era imposible vivir de no creerlo así. Ante la capilla buscó pretextos para retenerlo. Esperaba que en el último instante él diría: «Quiero pasar la noche con vos»; o: «Venid mañana, os esperaré». Lo esencial era

ganar tiempo. Pero Erard era hombre de palabra. Y ni siquiera se le ocurría la idea de poder cambiar de parecer.

—Amigo —dijo la dama—, me pregunto si no necesitaréis dinero: cuando se viaja tan lejos, cuanto se lleve nunca es demasiado. ¿Queréis lo que llevo en mi bolsa? Tendréis de él más necesidad que yo.

—Bueno —dijo él—. No lo rehúso; por más que no podré devolvéroslo, si no es en oraciones. Sois muy buena.

—... Y decidme, amigo mío: la otra vez, cuando enviasteis a vuestro criado a pedirme que os pagara el rescate, ¿era yo la única mujer o quien lo habíais pedido?

—No, no erais la única. Pero fuisteis la única que hizo algo por mí.

Milon halló a la dama en la capilla del bosque: Dios sabe qué adivinación de enamorado lo condujo hasta allí; se desvió desde Seuroi y bajó hacia la capilla; y viendo el caballo de la dama atado cerca de la puerta, entró. La dama estaba sentada en un banco, con la barbilla apoyada en los puños, inmóvil como una estatua de madera. Miraba fijamente en un punto indefinido y sus párpados hinchados temblaban un poco. Su rostro presentaba una palidez gris y opaca.

No se movió al oír a Milon entrar; ni siquiera parecía darse cuenta de su

presencia. Él dobló la rodilla y preguntó:

—Dama, ¿vuelvo solo o debo esperaros?

Aalais le dirigió una mirada gris y vacía.

—Voy con vos... ¿dónde debo ir?

—Es mejor ir a Seuroi —dijo el escudero—. En el castillo se extrañarían de veros regresar tan pronto.

La dama se alzó sin decir nada. Caminaba haciendo un esfuerzo; ante sus ojos todo se desdoblaba; sus piernas eran como de plomo.

Al día siguiente volvió al castillo, tranquila y cuidadosa de deshacer las sospechas que su escapada pudiera

haber suscitado. A fuerza de lágrimas estaba como hinchada, agotada: sabía que tenía mucho que hacer para ponerse a pensar en sus cuitas de amor.

Sentíase sola, con un cansancio mortal, y ya no comprendía bien lo sucedido.

No le quedaba en el corazón más que una melancólica extrañeza. Nunca había olvidado a Erard: debía reconocerlo. Era cierto que no pensaba con frecuencia en él, pero le había bastado ver una sola vez a Erard de Baudemant para estar a punto de perder el sentido. Y he aquí que todo ese recuerdo de belleza, de alegría, de orgullo por haber sido amada,

desaparecía para dejar el puesto a una necesidad sorda y dolorosa, a una sed inextinguible; ciertamente, ese hombre ya no era joven, ni hermoso; ya no la amaba. Y tampoco ella lo amaba.

No volvía a sentir los terrores de su primera culpa; bastábale haberlos experimentado una sola vez; ahora, el pecado se convertía en algo a lo que había que resignarse. Sus cuentas con Dios eran bastante complicadas: creía haber comprometido hacía tiempo la salvación de su alma y, en el fondo, se preocupaba poco de ello. A su modo de ver, había obrado bien: no tenía por qué negar nada a un hombre que iba a perderlo todo por Dios. Su hombre; el

único en el mundo.

La vida en el castillo era bastante monótona; los hombres se habían ido con el barón. La dama no tenía tiempo de cacerías, ocupada como estaba en sus quehaceres femeninos. Se esperaba al barón de un momento a otro; pero Ansiou parecía gustar más que nunca de los lejanos vagabundeos: de Monguoz iba a Provins, de Provins a Bar-sur-Aube, visitando a los amigos y languideciendo después de los torneos. La dama se lo imaginaba ya de regreso, con las manos llenas de regalos para toda la casa y la cabeza rebosante de relatos milagrosos y de noticias de Tierra Santa. Ahora, más que nunca, el

corazón de Aalais se henchía de rencor contra ese dueño despreocupado y duro que hallaba manera de tener siempre razón. Llegaba un momento en que creía detestarlo. «¿Qué es lo que va a buscar continuamente en otro lugar?»

Esta vez tenía una razón especial para desear su regreso; una razón que le impedía dormir por la noche y le producía un sudor frío en las sienes cuando pensaba en ello durante el día. Mientras cosía con las mujeres dejaba caer la aguja sobre sus rodillas y contaba los días y las semanas, se hacía un lío de cosas en la mente y empezaba de nuevo. Y cuando el barón regresó, dos días antes de Todos los Santos,

Aalais se sintió en la necesidad de exhalar un hondo suspiro de alivio.

Jamás había imaginado que otro hombre que no fuera el barón pudiese darle hijos. Y ahora sentíase forzada a comprobar que la cosa era posible y que no se encontraba mal. Pasado el peligro inmediato, podía respirar y reflexionar. El hecho era demasiado extraordinario en sí mismo como para no darle miedo, estaba segura de que se traicionaría, de un modo u otro: ya por el parecido del niño, ya por señales que ella ignoraba y que por ello mismo la asustaban más. Llamó en secreto a Flora para pedirle consejo y Flora le aseguró que había medios abundantes para reconocer si un

niño había sido concebido fuera del lecho conyugal, pero era necesario que el marido o los parientes del marido se ocuparan de ello y la sometieran a prueba.

—Esto —dijo Flora— no sucede sino cuando hay verdaderas dudas; y en el caso de una dama, no ocurre casi nunca.

Aalais observaba con un sentimiento de temerosa desconfianza las señales que le revelaban la presencia de ese ser extraño, de ese intruso entrado allí por engaño; exagerábase todas las incomodidades que experimentaba y creía estar encinta por primera vez en su vida.

Daba fruto cada año como un manzano cuyas ramas se doblan en el otoño por el peso de las manzanas maduras; esta vez el curso normal de las estaciones quedaba roto, las leyes de la naturaleza, quebrantadas; y esa pequeña y oscura vida yacía allí dentro, obstinada; se instalaba en su carne, se abría paso y doblegaba a la dama a sus exigencias. Y a fuerza de observarse, Aalais llegaba casi a extrañarse de ese gran misterio, hasta entonces tan familiar. ¿Así, pues, Dios había dispuesto que ella y Erard hicieran savia común, cuando ninguno de los dos lo había querido? Y un buen día descubrió que esa cosa que le daba miedo era un

hijo, y un hijo de Erard.

A finales de noviembre, Bertrade de Hervi, la joven esposa de Herbert, dio a luz una niña a la que llamaron Aalais, según el deseo del barón. Y la dama, un poco triste de ser abuela a los treinta y dos años, lavó y envolvió en pañales a la pequeñuela y apartó con sus propias manos los mechones de pelo pegados por el sudor a la frente de la parturienta. Delgada y extrañamente hermosa, Bertrade descansaba su pesada cabeza oscura sobre las blancas almohadas, y ni siquiera pedía ver a su hija: hasta tal punto estaba cansada. La dama no la amaba mucho, pero aquel día estaba dispuesta a compadecerla y tratarla con

dulzura, pensando en el hijo que ella misma llevaba.

La tarde del bautismo de la criatura anunció al barón que se hallaba encinta desde Todos los Santos y él empezó a contar con los dedos y dijo que el niño no nacería antes de finales de julio.

—Seguramente ya no estaré aquí. Tened cuidado, dama: habéis perdido tres niños en cuatro años. Habrá que cuidar a éste.

—Estad tranquilo —dijo la dama—. Lo cuidaré bien.

Y olvidó al barón para sumirse en sus sueños —de los que no lograba salir aún—: su hijo tendría los ojos de Erard, la boca de Erard, las manos de Erard y

podría admirarlas y besarlas libremente; podría hablar con el niño y decirle cuanto no había podido decir al padre. ¡Dios! Estaba en el mar, lejos, en medio del viento y de las olas saladas, y ya no pensaba en su buena dama de Troyes, en su dama de bellos colores, y sin embargo, era padre como podía serlo un marido legítimo. A ella no le quedaba más que dar su fruto, alimentarlo, protegerlo, dejarle tomar lo que en ella quedaba de juventud y de fuerza. El día en que el barón volviera —no podía menos de volver a verlo— podría jurar sobre las santas reliquias que era el padre de aquel niño y entonces el barón sonreiría quizá como había sonreído

hablando de sus dos hijas.

Dejaba que la vela ardiera y ni siquiera se daba cuenta de ello; sus manos trenzaban y destrenzaban por décima vez las puntas de su cabello.

Ansiau le dijo:

—¡Qué bella estáis, amiga mía! Nunca os he visto así. Habéis cambiado...

Aalais se estremeció.

—Soñáis, barón. ¿Por qué iba a cambiar?

—No lo sé... ¿Quién entiende a las mujeres? Ya veis: estoy seguro de que Flora os ha predicho que ese niño será papa o emperador: que me condene si no estáis pensando en él.

Aalais se sonrojó como si la hubieran sorprendido en falta y no halló qué responder. El barón se echó a reír y a bromear acerca de su embarazo: era increíble que ya fuese abuela... cualquier día de esos volvería a verla doncella. Y como Aalais frunció el ceño y le volviera la espalda, el barón dejó de reír y se enterneció de veras. No temía mostrarse débil con ella. Repetía hasta la saciedad las pocas palabras de amor cuyo uso no había olvidado con el paso de los años de cabalgadas y torneos. Eran siempre Ala, Alette, Aielis, Aielot y otras veinte variaciones sobre el nombre de la dama; y además, los besos seguían contando más que las

palabras.

Contrariada por aquella brusca explosión de ternura, la dama preguntó:

—¿Qué edad tenéis?

—La mejor para amaros. ¿Qué importa que sea abuelo? Aún tendremos diez hijos más jóvenes que sus propios sobrinos.

—Decís tonterías... —Aalais movió los hombros—. Voy a apagar la vela.

—No, dejad que os mire otra vez. Estáis tan bella esta noche...

Sin cumplimientos tomó la cabeza de la dama entre sus manos y la echó hacia atrás para verla bien a la luz de la llama; buscaba con la mirada los dos ojos que procuraban evitarlo y fingían estar

cargados de fatiga, cegados por la luz. ¿Cómo había logrado permanecer tan joven, a pesar de esas pequeñas arrugas en los párpados y de esa boca de líneas endurecidas? ¿Cómo no lo había notado antes?

Aalais se preguntaba cómo, con la mejor intención del mundo, su marido conseguía ser tan exasperante. Entre esas dos manos demasiado cálidas, su cabeza estaba como en un homo; cerraba los ojos y sentía que una dura crin le cosquilleaba en el mentón y la nariz y una boca seca y ardiente se apoyaba en sus mejillas y en su frente; había olvidado que todo aquello se llamaba caricias y besos. Era como de piedra.

Pensaba que la vela cuesta dinero y que ya debía haberla apagado... porque Dios sabe cuántas tendría que gastar para el bautismo de su hijo. Un hombre sabe siempre malgastar mejor que ganar el dinero.

* * *

Misa de medianoche en la iglesia de Hervi.

Los cirios largos de cera blanca y roja se yerguen sobre el altar en sus altos candeleros de hierro forjado. Los que hay dispuestos en primera fila aparecen iluminados como en pleno día.

Ansiau, señor de Linnières, está

sentado en el sitio que antes ocuparan su padre y su abuelo; parece grave e imponente bajo su pesado manto de paño rojo oscuro forrado con piel de zorro. Quieto en la actitud ritual, con la cabeza baja y las manos juntas, no contempla las velas, cuyo resplandor ya no le deslumbra. Se necesitaría algo muy diverso, ahora, para hacerle llorar de alegría, y ya no recuerda su primera misa de Navidad, en Hervi, al lado de Aalais. Desde entonces, la Navidad había vuelto dieciocho veces, siempre igual: fuera en Hervi, en Troyes, en Jerusalén o en el banco de remeros de la galera, aquella gran Noche en la que nació la Luz. Los hombres podían

cambiar, envejecer y morir, pero jamás se cambiaría una letra del oficio cantado en todos los países y a través de todos los tiempos hasta la eternidad. *Gloria in excelsis Deo.*

Ansiau, barón de Linnières, el «Nariz-cortada», el marido de dama Aalais, no era más que un pequeñísimo eslabón de la cadena de cristianos que escucharían este servicio de la noche de Navidad, como lo había hecho su padre, y el viejo Galón y su padre Herbert antes que él; y como lo haría Ansiet, más tarde, en este mismo sitio, al lado de su rubia Milessant y de los hijos que les nacieran; cuando los hijos de sus hijos hubieran olvidado al cabo de mucho

tiempo hasta los nombres de Ansiau y de Aalais, seguirían oyendo el mismo Oficio en aquel mismo lugar.

Treinta y cinco años es la edad en la que el hombre llega a la plenitud de sus fuerzas, según dicen los clérigos y los sabios. A los treinta y cinco años se cesa de crecer en altura, los músculos ya no se desarrollan más, los nervios empiezan a endurecerse y la sangre a hacerse más espesa. Es la cima de la edad y a partir de ella empieza el declinar.

Aquel año, ante el altar adornado e iluminado, el tiempo y la vejez ya no tienen mucha realidad para Ansiau de Linnières, esta Navidad puede ser muy

bien la última de su vida terrena; y no tiene más que agradecer a Dios que le haya permitido madurar, para dar todo lo que tiene. Es verdad que apenas puede ofrecer a Dios más que golpes de espada capaces de hendir a un hombre desde el hombro hasta el vientre; pero, al fin y al cabo, nunca se le había enseñado ni pedido otra cosa.

Lo hermoso era hallarse aún en pleno vigor y tener tres hijos en edad de llevar armas. Allí estaban al menos dos de ellos, arrodillados tras él, altos y anchos de hombros, con el cabello bien cortado sobre la frente y a lo largo de las orejas y la nuca, bien lavados y peinados; rubios en Herbert, castaños en

Garnier. En diez o doce años más, Herbert podría retorcer una herradura con una sola mano. Había en las rayas de su cuello, en las líneas de sus hombros un poco macizos, de sus piernas demasiado pesadas, una cierta indecisión, una blandura de forma que apenas podía engañar al barón: él había tenido que enderezar a esos jóvenes perros que, al comienzo, parecían pesados e inertes, como abrumados por el peso de una fuerza demasiado grande para su edad y que, una vez crecidos y capaces de correr, llegaban a ser terribles. A los dieciséis años y medio, Herbert no tenía aún conciencia de su fuerza; no parecía envanecerse sino de

cosas que apenas valían la pena: su bella cabellera, sus manos limpias, sus éxitos con las mujeres —éxitos bien medianos, desde luego—. Tenía la mirada áspera y los labios puros del hijo segundón que sabe que no deberá su buena fortuna más que a su propio esfuerzo y que acecha ávidamente toda ocasión de lucirse. El barón detestaba su carácter. Pero, frente a los paganos, el muchacho valdría en efecto su peso en oro.

Y Garnier había heredado de Simon sus largos miembros nerviosos, su cuello delgado, su rapidez de sabueso. Era sano, sólido, duro. Más que Ansiet y que Herbert, Garnier se parecía al barón

por sus maneras, sus gestos y su modo de hablar; era, por su parte, una imitación más o menos consciente; el joven no pedía más que aprender el oficio de la vida y no conocía mejor maestro y modelo que su tío; y esto, naturalmente, hasta el día en que encontrara de nuevo a su padre en Palestina; aunque la cosa pareciera bastante poco probable, estaba seguro de que su padre vivía aún. Decía a Herbert: «Lo siento, mi corazón me lo dice», porque en el rudo muchacho había una punta de exaltación... detalle muy semejante a su propio padre.

Tocaban ahora a los jóvenes llorar de alegría y adorar al Niño Dios —

Ansiau les cedía de buena gana ese privilegio— y el mismo Herbert, pálido y con los ojos vacíos, resoplaba ruidosamente al oír las músicas de los villancicos y del *Gloria*. Por lo demás, tenía lágrimas fáciles al oír bellos cánticos, sobre todo si eran de iglesia. Su fe era muy ingenua: ante Dios se creía muy bueno, atribuíase todas las virtudes, y salía de sus oraciones muy satisfecho de Dios y de sí mismo.

En la iglesia muy iluminada los muchachos y las jóvenes tenían plena libertad para hacer admirar su bella estampa, sus pieles, sus capas bordadas y sus velos de muselina. Y Mahaut, con los ojos levantados hacia el altar, se

aplicaba en unir sus finas manos blancas y echarse atrás el ligero velo para descubrir su rostro empapado de angélica piedad. No era hipócrita: iba a la iglesia para que la admiraran: ya tendría tiempo de orar cuando fuera vieja y fea. Pero los muchachos tenían que creer que era un ángel.

La luz amarillenta de las antorchas iluminaba la entrada de la iglesia y esculpía en placas negras y blancas las pesadas hileras de flores y follaje de piedra; y los caballeros y sus familias salían de la iglesia y en el atrio una muchedumbre de mendigos, aldeanos, mujeres, se apretujaba para verlos pasar. Los escuderos iban y venían con

antorchas, dividiendo a la muchedumbre en sombras luminosas y oscuras.

Con su pesada capa echada sobre los hombros, su túnica de seda verde hasta los tobillos, el barón de Linnières tenía tan imponente aspecto que las gentes del país que, sin embargo, lo conocían bien, dejaban escapar gritos de admiración. En pie, bajo el pórtico, hablaba con Hagenier de Hervi y la luz cruda y desigual se paseaba por su rostro, descubriendo unas veces su nariz mutilada y otras la espesa y cuadrada barba, y anegando extrañamente en la sombra la boca y la frente.

Milessant, apoyada en un pilar de la puerta, acechaba los instantes en que las

largas pupilas negras se iluminaban y empezaban a centellear: eran unos ojos tan abiertos, tan mal defendidos, que Milessant temía siempre un accidente que los dañara y extinguiera: eran demasiado bellos. Preguntábase si aquel mundo en el que el barón vivía llegaría a ser alguna vez accesible para ella: en ese mundo todo debía ser grande, de tamaño mayor que el natural; no debía pensar nunca más que cosas bellas, demasiado bellas para que una pobre joven pudiera entenderlas. Y sin oír sus palabras sabía que cuanto estaba diciendo a Haguenier la haría feliz a ella si pudiera oírlo. Mahaut, a su lado, frotaba sus mejillas heladas en la piel de

su capa.

Los muchachos salían de la iglesia y se precipitaban sobre sus jóvenes primas para besarlas en honor de la Navidad. Milessant presentaba sus labios con la dignidad indiferente de una joven bien educada, y Mahaut reía y bromeaba, quejándose de que la empujaban demasiado: sabía que esos besos eran una oportunidad esperada durante mucho tiempo por sus enamorados y, como el día de Navidad era el de la caridad por excelencia, les concedió esa pequeña alegría de buena gana. Sólo Herbert y Garnier no se habían dignado saludar a las muchachas y se mantenían aparte, hablando con los

hijos de Haguenier.

—Realmente —dijo Mahaut en voz alta— tengo un hermano que es muy cortés: ya se ve que va a ser caballero en Pascua. ¡Mirad qué gentil es con las damas!

Herbert no se dignó mirar siquiera y Garnier se volvió y dijo:

—Cree que no adivino su juego. ¡Bonita manera de reclamarme un beso!

Mahaut levantó la barbilla.

—¡Vaya, él! ¡Si yo no he hablado de él! Gracias a Dios, no es mi hermano: me daría vergüenza ser hermana de semejante palurdo.

—Bien te acostarías con un palurdo, si te dejaran —lanzó Garnier—. Es

lástima que Aioul está en las últimas filas: no ha podido ver cómo haces girar los ojos como una carpa recién salida del agua.

(Garnier resultaba siempre muy locuaz cuando se trataba de ofender a Mahaut.)

—Escuchadlo —dijo la joven con menosprecio—. Como si no lo hubiera visto rascarse la espalda durante todo el oficio.

—Lo habrá visto con su ojo izquierdo —burló Garnier—. ¡Anda, bizca!

Mahaut enrojeció, se mordió los labios y se precipitó a abrazar a Bertrade, que precisamente en aquel

momento salía de la iglesia. Garnier se alejó en busca de los caballos, pero volviéndose distraído vio por segunda vez un rostro blanco y pálido bajo una capa sombría, una pequeña boca dura y cerrada y una luz temblorosa y húmeda en los hermosos ojos bizcos. Un momento después, Mahaut reía a más y mejor y Garnier tomaba el caballo de André por el freno, en lugar de coger el del barón.

Cabalgada nocturna a través del bosque, las antorchas humean y emiten su luz; los árboles surgen de la sombra, se hacen amarillos y rojos. El juego de las ramas negras y claras encima del camino estrecho por el que los

caballeros avanzan en fila india.

Sentadas ambas a la grupa de un mismo caballo, Mahaut y Milessant ríen a carcajadas, contentas de sí mismas, del frío, de la noche, de la alegre comida que las aguarda en el castillo. Cuando los primeros jinetes desembocaron en el prado ante el castillo, comenzaron a caer los primeros copos de nieve, las antorchas crepitaron, los jóvenes palmotearon al pensar en la caza del día siguiente.

Cuando el grupo de muchachas llegó al patio, todo era blanco, los tejados de los establos, el suelo, las capas de paño y de pieles y las crines de los caballos. La puerta del castillo, abierta de par en

par, dejaba escapar una raya de luz sobre la nieve pisoteada. El barón y sus primos habían subido ya y sus escuderos conducían las cabalgaduras a los establos. Mahaut miraba distraídamente las nubecillas de vapor rosa que salían de las narices de sus caballos, cuando sintió una mano que se posaba en su pie. Una voz baja, como ahogada, a la altura de su rodilla, la hizo estremecerse:

—Os pido perdón, Mahaut.

La joven bajó la cabeza y vio una cara pálida, cuadrada, con manchas negras en lugar de ojos.

—¿Sois vos, primo? ¿Qué os pasa?

—Perdonadme. Por lo de antes... Fui un estúpido.

—Sí —dijo Mahaut, altiva—. Y no pienso perdonaros. Dejad mi pie.

—Es pecado negar el perdón en una noche de Navidad. Mi última Navidad en Champaña, Mahaut.

—Bueno —dijo la joven, vacilante—. Por ser Navidad os perdono. Pero volveréis a las andadas.

—Os prometo que no. Mahaut, permitidme besar vuestro pie en señal de que os digo la verdad.

Con un real gesto, Mahaut levantó el borde de su larga túnica y descubrió un estrecho tobillo rodeado de un calcetín de lana y un pequeño pie enfundado en una zapatilla de cuero rojo que Garnier rozó con sus labios.

La gran mesa está cubierta con blanco mantel, las candelas encendidas en los grandes candeleros de cobre; en la chimenea, inmensos leños crepitan y se resquebrajan, lanzando elevadas llamas que iluminan el mantel con una luz rojiza y ondulante. La alegría de Navidad resplandece en los ojos de los niños, en las sonrisas de las damas y se expande en el amplio rostro del barón que, sentado en el puesto de honor al lado de la dama, trincha solemnemente con su cuchillo un grueso jabato asado y adornado de acebo.

Es el señor ideal de los días de fiesta, su alegría es contagiosa y comunica su calor como un buen fuego

por las noches, en una habitación bien protegida de corrientes de aire.

La dama, bajo su velo bordado con cruces rojas y azules, parece un poco pálida y baja los párpados; tiene un aire de dulzura y de paz que no se le ve a menudo.

El barón piensa que no hay familia más hermosa que la suya. Tiene a su izquierda a su primo Girard, que es caballero, y Richeut su esposa; y a la derecha a la dama, a André, también caballero; después vienen los caballeros del año próximo, Herbert el rubio, con su mujer Bertrade que da el pecho a su hijita; y Garnier, tranquilo, erguido y recortado en su túnica de lana azul.

Después, más lejos, está sentada Claude, viuda de Bemier de Beaumont; después, Garin, hermano de Girard el joven, y su mujer; después, las jóvenes: Mahaut, joya de marfil ornada con dos perlas de jade; sus cabellos de rojo cobre descenden en pequeñas ondas por sus hombros; Milessant, tan luminosa con su cabello rubio y su túnica blanca con rayas amarillas; y Aelis, hija de Richeut, con túnica rosa y mejillas encamadas.

Mesas y bancos ocupan toda la sala; criados, soldados y vasallos comen allí con sus familias.

Lujo frugal de esa cena de Nochebuena, en la que los platos son más abundantes que refinados, en la que

los criados no dejan de llevar a la mesa nuevos asados: jabalí, ciervo, cordero, carne de caza y de aves de corral, con mostaza y especias. Las alegrías de la mesa son de esas en las que todos toman parte con entusiasmo y sin reserva, tanto los viejos como los niños; la gente se chupa los dedos, se sueltan los cinturones; la copa circula de mano en mano, llena del viejo vino tinto de las colinas de Champaña y Borgoña. La fiesta tiene esta noche una mayor solemnidad que de costumbre: porque la casa quedará despoblada dentro de tres o cuatro meses, y quedará sin hombres, ¿y quién sabe cuándo volverán al país?

Girard, el tercer hijo del barón,

vivía aún a los doce años en Linnières, porque la dama lo consideraba demasiado delicado para ir al servicio: aprendía de Milon lo que podía aprender en el castillo y servía de paje a su padre y a sus tíos. Milessant y él eran grandes amigos; tenían la misma edad e idéntica altura, pero Girard era menos rubio y más robusto que la joven. De humor turbulento, satisfacíale llenar la copa y pellizcar, de paso, a alguna moza de abundantes mejillas coloradas o tirar de las orejas a algún perro que anduviera en busca de hueso que roer.

Cuando pasaba a su lado, Milessant le tiró del borde de su túnica:

—Girard, dejadme beber, si es tan

bueno.

—Venid junto al tonel —replicó Girard— y me ayudaréis a servir.

Aprovechando el desorden que reinaba en la sala, los dos jóvenes se deslizaron hasta el tonel de borgoña en tomo al cual se apretujaban los demás escuderos.

—¡Dios! Me da vueltas la cabeza. Girard, me siento como hueca, me parece que pierdo peso... ¡Girard! ¡Girard, amigo!

—¿Qué? ¡Pronto! ¡El barón me llama...!

—Girard, mi guapo Girard..., deja que lleve esa copa...

Girard se echó a reír y Milessant

echó atrás su cabellera, con gesto decidido.

—¡Quiero llevarla! ¡Dádmela, o la dejo caer!

Riendo y temiendo derramar el vino a fuerza de risas, ambos jóvenes llegaron hasta el sitio del barón que, por encima de la espalda de la dama, hablaba con André.

—Dejadme, yo serviré.

—No, que va a enfadarse.

—Dejadme.

Temblorosa, Milessant se arrodilló ante el barón y le tendió la copa; él se volvió, sorprendido al ver una mancha de luz donde pensaba ver la oscura túnica de Girard.

—¡Cómo! —exclamó riendo—. ¿Es mi nuera quien quiere hacer de copera hoy?

Tomó la copa y Milessant, avergonzada al notar que la miraban, ocultó el rostro en la falda. A sus espaldas, Girard se moría de risa.

—Hermosa edad —dijo el barón—; uno se ríe de todo. Ea, hija mía: bebo a vuestros amores. Ya vais a verlo.

La besó en la boca y le tendió la copa vacía. Rápida como una cabritilla, la muchacha dio un salto y desapareció en el fondo de la sala, seguida por Girard.

—¡Uf! —Milessant se echó en la paja entre el tonel de vino la chimenea.

Su corazón latía con fuerza—. ¡Oh, Girard hermanito! ¿Por qué no he de ser un muchacho? Me hubiera gustado tanto..., me gustan los trabajos de los mozos. Decidme, ¿creéis que el barón me hubiera llevado a Tierra Santa si yo hubiese sido un muchacho?

—Somos demasiado jóvenes —dijo Girard, pensativo.

—Pero yo haré mi primera comunión el año próximo. Y los hay que parten más jóvenes.

Se echó de espaldas; los ruidos de la sala llegaban a sus oídos ensordecidos por los vapores del vino y se transformaban en música, eran oboes, trompetas, cuernos de caza... Mirando el

techo renegrido y abovedado, Milessant intentaba comprender que la sala ahora estaba invertida, el suelo era curvo y sombrío, uno resbalaría en él y caería en precipicios; y en el techo había mesas, candelas, gentes que banquetaban y que, colgadas cabeza abajo, no caían.

Y sin embargo, todo era tan simple y tan claro, bastaba convertirse en un muchacho, cortarse el cabello, oscurecerse la cara, ponerse un calzón en vez de falda... Servirle en las comidas, en la cama, en la batalla, estar siempre y en todas partes con él, ella tan pequeña y él tan grande, seguirle hasta Tierra Santa, hasta la muerte...

Las jóvenes se abrazaban unas a

otras en su cama fría, en la que se habían echado para descansar un poco antes de la misa matinal.

—Miessant, Mile, dime... Amas al barón: lo he visto bien claro.

Milessant enrojeció.

—¡No! ¡Eso no es verdad!

—He visto cómo lo mirabas de vez en cuando. Miessant la sacudía, cogiéndola por los hombros.

—¡Te digo que no es verdad!

—¡Tontas! ¡Como si yo fuera a traicionarte! Soy tu amiga. Dime: ¿es verdad? ¿Lo amas?

Milessant no contestó y se conformó con suspirar tenuemente. Mahaut le acarició el cabello.

—No hay mal alguno en eso —dijo—. El barón es un buen caballero, no es como si se tratara de un cobarde o de un villano. Sólo que hay esto: que no te amaré nunca porque eres la mujer de Ansiau.

—Lo sé —murmuró la joven entre dientes.

—Yo no podría amar a un hombre que no iba a amarme nunca —dijo Mahaut pensativa—. ¡Oh, preferiría morir! Dime, ¿cómo lo amas?

—¿Yo? —dijo Milessant, irguiéndose sobre los codos—. Voy a decirte cómo lo amo... Sabes que hay unos obreros que van a construir una nueva torre para la catedral: me refiero

a la iglesia de San Pedro... Es tan alto, que no se ve el extremo cuando se mira hacia arriba. Pues bien: he soñado, he pensado, que él me llevaba hasta lo alto por unas escaleras de madera y yo me ceñía a él así para no caer. Y una vez arriba, miré hacia abajo y allá abajo estaba todo lleno de diablos, con cuernos y tridentes y muy feos... ¡Dios mío! Y él me decía: «Te amo, Mile». Después me arrojó desde arriba sobre los tridentes y me sentía tan contenta... ¡sí, muy contenta, Mahaut, amiga mía!, me gustaría que eso me ocurriera de verdad.

Mahaut dijo:

—Estás loca. Quieres unas cosas

bien extrañas. Di más bien que te gustaría acostarte con él en su cama.

Milessant movió la cabeza:

—Él no me lo permitiría... Me mataría, si llegara a saber... ¡oh!, estoy segura.

—¡Bah! —suspiró Mahaut—. Con los hombres nunca se sabe...

Milessant, echada de espaldas, con los brazos bajo la cabeza, abría sus ojos en la oscuridad, demasiado abstraída en sus pensamientos para hablar.

—Ante todo, no se lo cuentes a nadie... —dijo por fin.

—¿Yo? ¡Oh, no! Mira, te lo juro por la cruz de mi bautismo, por la santa Virgen, por santa Ana del bosque... ¿por

qué quieres que te lo jure? Mile, escúchame... Si te hablo de estas cosas, es para decirte que no estás sola en esto... no eres la única... ¿Me oyes, Mile? También yo estoy enamorada... Y creo que es de veras...

—¿Y de quién? —preguntó la jovencita, tranquila—. ¿De Aioul?

—¡No, loca! ¿No lo adivinas? De alguien que vale la pena... Del mejor de todo el castillo, de uno que será caballero en la Pascua...

—¿Garnier?

—Naturalmente... Dime que tengo razón. ¿No lo merece?

Milessant dijo que nunca podría enamorarse de un hombre que se abaja a

besar el pie de una dama.

Mahaut la interrumpió.

—¡Tonta! No comprendes nada. No lo hubiera hecho por ninguna otra... ¡Antes se dejaría achicharrar en una parrilla! Si lo ha hecho, es porque me ama.

Y rió con satisfacción y ternura. Ahora le tocaba a Milessant mostrarse razonable.

—El barón nunca te casará con él. Sois parientes.

—Ya lo veremos. —Mahaut prefería no anticipar tanto las cosas—. De todas maneras, ahora se va. Además, dime, podría hacer tantas proezas contra los paganos como para merecer una

dispensa papal para casarse conmigo... Para tenerme, deberá conquistarme, ¿no es verdad?

—¡Oh! —hizo Milessant, feliz—. ¡Qué buena idea! Díselo a él.

Mahaut dijo:

—Escucha, vas a hacerme un favor. Mañana, después de la misa, iremos al prado para ver la nieve recién caída: tú, Girard y yo. Si quisieras decirle a Garnier que venga con nosotros... dile que voy yo, pero no le digas que soy yo quien desea que vaya.

Los cuatro jóvenes detuvieron sus caballos a pocos pasos del arroyuelo y Girard echó pie a tierra y se puso a atar las bestias. Sobre la blancura

inmaculada de la nieve sólo destacaban las huellas de los cascos y las manchas parduscas del estiércol, la empalizada del castillo, la torre, los tejados de la aldea con sus humos negros se habían hecho semejantes al bosque y al prado, blancos, tranquilos; en el aire inmóvil, en el que era posible oír las campanas de Hervi que tocaban a tercia.

La nieve, blanda y pegadiza, cubría las ramas de los árboles y hasta los más finos ramillos de los arbustos. Milessant y Girard comenzaron a formar una bola de nieve en el prado y Mahaut descendió hacia el arroyo y corrió sobre la costra helada y sólida, cubierta de una delgada capa de nieve; a los lados del arroyo se

inclinaban los sauces y los avellanos, tan blancos como cerezos en flor, enlazando sus ramas sobre la cabeza de la muchacha; sus troncos negros emergían de una espesa capa de nieve lisa como un bloque.

Mahaut se deslizó sobre el hielo, cogiéndose a las ramas de los sauces y se divertía sacudiéndolas yaciendo caer sobre su cabeza y sus hombros grandes copos de nieve húmeda. En su oscura capa forrada de piel de zorro y con su gorro de marta, con las mejillas de intenso color rosa por el frío y los pies ligeros y ágiles, sabíase más bonita que nunca y chillaba feliz. Reía a más y mejor y por primera vez en su vida su

risa era sonora y musical y gozaba oyéndose reír y se excitaba adrede para reír aún más.

—¡Garnier, venid aquí! ¡Garnier! ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Me siento tan feliz! Es bueno vivir...

Garnier se deslizó tras ella sobre el hielo, la alcanzó y la cogió entre sus brazos y los dos se deslizaron juntos por unos instantes, tirando de las ramas para rociarse de nieve. Después, a una vuelta del arroyo, Mahaut se cogió al tronco de un viejo sauce y se detuvo para recoger aliento. Garnier se inclinó sobre ella, dulce, rejuvenecido, rojo por la carrera, sonriente.

—¡Ya no estáis enfadada conmigo,

Mahaut?

La joven le puso las manos sobre el pecho y Garnier las cubrió con las suyas. Mahaut preguntó:

—¿Me amáis?

Entonces Garnier la besó en la boca y Mahaut se colgó de su cuello y se puso a besarlo rápidamente, procurando darle la mayor cantidad posible de besos, como un niño que se esfuerza en devorar todas las cerezas que puede antes de que lo sorprendan.

A lo lejos, cantaba la voz clara de Milessant:

*Débese amar a dama joven
y conservar su amor
quien ya lo tenga.*

—¡Oh, Dios mío! —dijo Mahaut—.

¿Sabíais ya que os amaba?

—¿Y vos? —preguntó Garnier.

Ella lo miró con aire maravillado.

Garnier decía:

—Desde siempre.

Nunca la había hallado fea.

Enfurecíase siempre al ver que los otros jóvenes hablaban con ella, cuando sin cesar viajaban con el barón...

—Entonces, ¿por qué fuisteis tan malo conmigo...?

—Bien sabéis el porqué —dijo Garnier, serio.

—No, no: lo ignoro.

—Porque no puedo casarme con vos.

Mahaut hizo una mueca.

—No sabéis amar —dijo después, un poco desdeñosa—. Si yo fuera hombre no iba a detenerme por una cosa así.

—No sabéis lo que decís —dijo el joven. Y de pronto, Mahaut se encabritó.

—Me tratáis como a una niña. Y tengo ya catorce años. Sé bien lo que digo: vos no me amáis lo bastante, eso es todo.

Garnier le acariciaba las manos. Su rostro era grave y triste.

—Mahaut, mi hermosa amiga: sabéis bien que vuestro padre os dará a un caballero de entre sus amigos; y suele decirse que la mujer se enamora del

hombre que la lleva a su cama... ¡Me olvidaréis pronto y amaréis a vuestro marido!

—¡Oh, no! —rió Mahaut—. Lo engañaré.

Garnier pareció más duro.

—Eso no será conmigo.

—Volvéis a ser malo —dijo Mahaut—. Garnier, amigo mío: no nos queda otro remedio... Cuando se ama lealmente, no hay pecado: ¿queréis que os jure que no tendré otro amigo que no seáis vos?

Garnier aseguró que no sabía más que una cosa: que jamás afrentaría a su tío.

—¿Y a mí, Garnier? ¿Nada significa

para vos que yo os ame? ¡Garnier! Besadme de nuevo... Sois el primer muchacho que me besa...

Sobre ella, el joven parecía muy conmovido y se ruborizó.

—¿Es verdad? —dijo—. ¿Y Aioul? ¿Nunca ha...?

—Ni siquiera las puntas de mis dedos.

—¿Es verdad? Decidme... ¿es verdad? ¡Oh, querida mía, amiga mía!

Y la apretaba contra el sauce, cubriendo de besos sus mejillas y sus labios. No tardó en perder la cabeza y decir tonterías. La joven lo miraba a los ojos. Parecía sorprendida, pero su mirada seguía siendo franca y clara.

—¿Queréis que me entregue a vos?

—preguntó Mahaut dulcemente.

—Me hacéis morir, Mahaut.

—Pero yo lo quiero, Garnier. Os amo. Haré lo que queráis, ya que no nos quedan más que tres meses.

Garnier dijo rápidamente, con voz un poco ronca.

—Venid esta noche a mi yacija, a la izquierda del lecho del barón. Me las arreglaré para estar solo.

Por más que se lo esperara, quedó asustada y se cubrió los ojos con las puntas de los dedos.

—¡Oh! Tendré miedo —dijo—. ¿Estáis seguro...? ¡Garnier! Vais a ser mi señor... ¿Seréis bueno conmigo?

Garnier apretaba los hombros y los brazos de la joven con sus anchas manos nerviosas.

Girard y Milessant descendían por el arroyo, deslizándose por las huellas que habían dejado los mayores. No perdonaban la impecable belleza que los rodeaba por todas partes. No trataban más que de pisotear la mayor cantidad posible de nieve y sus capas de pieles parecían espolvoreadas de harina. A los lejos oíase el ladrido de la jauría que buscaba un lobo. Milessant, sin su gorro, jadeante, con el cabello cubierto de nieve, cantaba a voz en cuello y Girard repetía el estribillo:

Tres hermanas cabe el mar

dicen un claro cantar.

*La más joven, morenita,
de amigo moreno ansiosa:
soy morena, quién me diera
un amigo como yo.*

*Tres hermanas cabe el mar
dicen un claro cantar.*

*La mediana a voces llama
a Robin su bien amado:
en el bosque me cogisteis,
llevadme de nuevo allá.*

*Tres hermanas cabe el mar
dicen un claro cantar.*

*Y es éste el de la menor:
gran bien amar dama joven
y que conserve su amor
quien ya cumplido lo vea.*

Los dos jóvenes se detuvieron al ver a los enamorados. Milessant cogió por la mano a Girard y lo llevó hacia los arbustos, sacudiendo la nieve que sobre ellos caía.

—¡Bien! —exclamó Girard, riendo a más no poder—. ¡Bien! ¡Bien...!

—Conviene no decírselo a nadie —dijo Milessant—. Si la dama llega a saberlo, a Mahaut no la libraré nadie de una buena docena de bofetadas.

—Bueno —dijo Girard, respirando un poco tras su acceso de risa—. Al menos no parecen aburrirse... ¿Y qué decís si nosotros hiciéramos lo mismo?

Milessant lo rechazó con un gesto de la mano.

—No —dijo con gesto soñador—.

Esto no es un juego.

Mahaut y Garnier regresaron al castillo, el uno junto al otro, silenciosos y graves. Mahaut parecía tranquila y deslumbrada; Garnier mostraba un aspecto de hombre desgraciado. Cuando la ayudó a descabalgarse, le ciñó el talle y después le pellizcó el brazo con tanta fuerza que Mahaut no pudo impedir un grito.

—¡Ay! ¿Qué os pasa? ¿Qué os pasa, Garnier?

—Dejadme en paz —dijo él. Y escapó hacia los establos.

Aquel mismo día pidió permiso al barón para ir a Chaource a ver a su

madre y pasar algún tiempo a su lado. Partió inmediatamente después de la siesta, pero es de suponer que no lo hiciera de muy buen grado, porque suplicó a Herbert que lo acompañara para no ceder a la tentación de volverse atrás. Herbert, aunque sufriendo una fuerte indigestión a causa de la cena de la víspera, consintió en hacer el viaje, porque se trataba de la virtud de su hermana. Y Mahaut no supo hasta el día siguiente que habían partido.

Por la noche lamentábase entre los brazos de Milessant del cruel amigo que la había desdeñado.

—Puesto que ama más a mi padre que a mí, no volveré a amarlo. Me

dedicaré a otro, a Aioul... Ha sido siempre un pillo. Lo detesto. Esto me enseñará a no volver a hacer caso a los mozos... ¿Y si se le ocurre ir contando por ahí que soy una joven a la que fácilmente se engaña? ¿Crees que será capaz de hacerlo?

Y sollozaba de vergüenza e indignación.

—Después de todo, tal vez debiera vengarme... Ésta es una injuria que me ha hecho, ¿no es verdad? ¿Crees que debo vengarme?

—Desde luego —decía Milessant convencida—. Debes vengarte. Ha obrado muy mal contigo.

Pero en el corazón de Mahaut había

más ternura por Garnier de la que ella estaba dispuesta a confesar, y renunció muy pronto a sus veleidades de venganza.

Las miserias de Mahaut no acabaron ahí. Herbert, que siempre lo entendía todo al revés, consideró oportuno ir a contar a la dama que Mahaut se había mostrado tan fácil a Garnier que éste no había tenido más remedio que ausentarse. No creía actuar mal — cumplía su oficio de hermano mayor y trataba de velar por la honra de su hermana—, lo que no le impidió consolar a Garnier diciéndole:

—No os preocupéis, recuperaréis el tiempo perdido cuando se haya casado.

La dama se apresuró a acusar a Garnier —el mayor, el hombre hecho y derecho— y forzó a Mahaut a confesar su breve aventura; y por pura forma le propinó un par de bofetadas. Pero sabía que la muchacha era de aquellas a quienes castigos y peligros endurecen. Sabía a la perfección que iba a llegar el día en que los besos del primero que se presentara sumirían a su hija en un vértigo y desde hacía tres años la aterrizzaba esa idea. Habló mucho a Mahaut de vergüenza y deshonna, mas para la joven esas palabras carecían de sentido: las había oído repetir con demasiada frecuencia. Y la dama sentíase humillada a la idea de que

Mahaut, que era digna de los mejores partidos del país, quedara sin dote y sin pretendientes a sus catorce años cumplidos, y reprochaba amargamente al barón el estar forjando la desgracia de su hija.

Desde que el barón habitara regularmente en el castillo, ambos esposos discutían continuamente, primero a causa de las hijas y después de Guillaume. Guillaume dormía en la misma cuna que los gemelos y la pequeña Marie; los gemelos, dos niños crecidos de cinco años, empujaban sin querer al hermano mayor, siempre inmóvil como una tabla, y la dama los golpeaba con fuerza, diciendo que

maltrataban al pobre niño. Al barón no le gustaba ver maltratar a los pequeños y decía:

—Queréis hacer a esos dos tan enclenques como el otro. Bien veo que no los amáis.

En lo que no se equivocaba: los gemelos habían venido al mundo en la época en que la dama estaba demasiado ocupada en la preocupación por Guillaume y, además, el hecho de haber criado a dos gemelos resultaba un tanto anormal y ridículo; habíase preparado a dedicarse a un niño y cuando se vio con dos no supo a quien dar la preferencia y poco a poco se distanció de ambos: quien más la necesitaba era Guillaume.

El niño era bastante hermoso a pesar de sus miembros débiles y de su cuerpo demasiado pesado. No había aprendido a andar; su cabeza era voluminosa, pero ese defecto era menos sensible desde que crecieran sus largos cabellos. Sentado todo el día en su cuna, apenas hacía ruido ni molestaba a nadie. Pero el barón no podía verlo sin una especie de estremecimiento y de disgusto; y oír los gritos inarticulados del niño le ponía la carne de gallina. Avergonzabase de ser el padre de un monstruo. Y lo peor era que Guillaume se le parecía bastante, en tanto que de los demás hijos sólo Mahaut tenía una notable semejanza con él. El pequeño enclenque tenía más de

seis años.

—Dama, ya he tenido bastante paciencia con vos; pero es que tengo amigos a los que puedo recibir, extraños que vienen a mi casa y no quiero que sepan que tengo semejante hijo. Hace tiempo que debiéramos haberlo llevado a un convento; si lo deseáis, daré dinero para que sea bien tratado.

La dama se negaba en seco; le sería imposible controlar las cosas, las monjas eran hipócritas, se quedarían con el dinero y dejarían que el niño se pudriera vivo. Además, no hacía daño a nadie en el castillo.

—Me lo hace a mí —replicaba el barón—. Me hace daño en el corazón.

Todas las mañanas era la misma comedia: la dama se alzaba, tomaba a Guillaume y lo llevaba a su propio lecho, lo lavaba y vestía, poníalo sobre sus rodillas y se divertía largo tiempo peinándole los cabellos castaños y ordenándolos en redondos bucles. Le hablaba mucho, como suele hacerse con un recién nacido: «Vaya, esta mañana eres malo; no quieres volver la cabeza, ¿eh? Y la pobre dama no puede lavarte las orejitas. Hoy hará buen tiempo, mi señor Guillaume; la dama va a poneros una bonita camisa roja; y después mi señor va a comer un buen queso cremoso y pan integral blando y un gran tazón de leche muy blanca; después la

dama os pondrá cerca del fuego para que las bellas manitas de mi Guillaume no se enfríen; fijaos cómo están cubiertas de sabañones». Y cuando la dama besaba aquella boca inerte y aquellos ojos vacíos, el barón experimentaba una sensación de malestar, como si viera acariciar a un cadáver o un animal. Creía que su esposa lo hacía adrede para contrariarle, por simple obstinación femenina; con la edad habíase hecho una opinión poco halagüeña de las mujeres y la dama no estaba exenta de los defectos peculiares de su sexo.

En vísperas de una partida tal vez definitiva, Ansiau se daba cuenta de que

su vida de familia era menos feliz de lo que creyera durante los últimos años. Era más grato pasar en el castillo ocho días entre dos torneos que permanecer en él desde Todos los Santos hasta la Pascua. Salía a cazar, pasaba la noche en Seuroi con André Herbert o bien iba a visitar a Haguénier, cuyos hijos habían tomado la cruz. Allí se sentía en su propia casa. En cambio en Linnières sentíase tan abrumado de preocupaciones y deberes que apenas sabía dónde volver sus ojos. Siempre se había tenido por un buen padre: y ahora veía que había comprometido todos sus bienes para situar a sus dos hijos mayores y a Garnier y le quedaban

Girard y los gemelos, sin contar con las niñas: Mahaut la roja, la bella; Alette, la rubia y Marie la más pequeña. No ignoraba que algo había habido entre Mahaut y Garnier —todo Linnières lo sabía— y a la joven la vigilaban ahora de cerca y Garnier vivía en Chaource con su madre. Hasta entonces, Ansiau se había sentido siempre muy orgulloso de su hija mayor, porque era hermosa y porque pensaba tener, por ella, un yerno rico y noble. Y he aquí que ahora Mahaut se convertía en un peso más sobre sus hombros: el padre la había creído demasiado joven para pensar en marido; no se hallaba en condiciones de darle una dote; pero la joven iba a

cumplir ya sus quince años y, una vez partido él a Tierra Santa, Dios sabe cuándo y cómo podría casarse. Sin quererlo, mostrábase duro con su hija; la joven era brusca y ruidosa; cuando los cazadores regresaban al castillo, les pedía a gritos los trofeos de la jomada, y su padre le decía:

—Es indecente que una joven alborote como lo hacéis vos. Ya veréis como nadie querrá tomaros por esposa.

Pero Mahaut se burlaba de todo eso, porque estaba bien segura de que no había en la tierra conde ni hijo de rey que no se considerara muy dichoso de casarse con ella (no había más que uno al que deseara y todos los demás eran

simples lacayos comparados con él).

La dama salía siempre en defensa de su hija. Decía que el barón sólo tenía ojos para Miessant y era pecado preferir la hija de otro a su propia sangre; ¿o es que acaso no veía que Mahaut valía diez veces más, que era más bonita, más fina, más hábil en todos los trabajos? El barón esperaba tener herederos por Miessant, pero por el momento no los tenía: la niña no había mostrado sus posibilidades y se agotaba con sólo subir las escaleras, crecía demasiado rápidamente y tosía en invierno, hasta tal punto que la dama se preguntaba seriamente qué hijos podría tener.

El barón suspiraba, porque su nuera tenía realmente una salud delicada, y solía decirse: «Es el crecimiento». Amaba a la jovencita —su corazón descansaba al mirarla—; era dulce, una joven que amaría a su marido como se ama a Dios. La muchacha tenía ante sí toda su vida trazada y dispuesta. Nada tendría que preocuparla. Y Milessant no iba a darle las preocupaciones que le proporcionaba Mahaut.

A los veinticinco años había dejado a su dama y su propio país sin tristeza alguna y sin nostalgia, lleno de la alegría de servir a Dios y de ver nuevas tierras. Perdió amigos y parientes, la afición a su tierra y —no había más remedio que

confesarlo— el amor de su dama. Y ahora, a los treinta y cinco años se veía de nuevo en vísperas de partir, de un viaje más solemne, más urgente que el otro; y se preguntaba si no iría a perder lo poco que le quedaba —aquella parte de felicidad que era suya—, Aalais, que ya no sería joven por mucho tiempo, y el niño que llevaba en su seno y al que tal vez no vería nunca. Sus hijos iban a ser caballeros, tendrían sus familias, su propia vida —Herbert era ya padre de una niña y no parecía tener conciencia de ello—. Y él, Ansiau, se aficionaba a esos pequeños seres vivos que la dama traía al mundo cada año, señales seguras de su poder sobre ella. Antaño eran para

él su propia raza, sus herederos, la futura casa de Linnières. Ahora tenía ya más herederos de los necesarios; y los niños que vinieran en adelante serían los hijos de la dama, los hijos del amor. No había porvenir ni puesto para ellos y el barón los amaba gratuitamente, como se ama las cosas que no sirven para nada.

Hacia el término de la Cuaresma, la dama estaba ya muy abultada y muy abstraída en el pensamiento del próximo hijo. El barón se reía de ella y hallaba sorprendentes sus mohines de mujer joven. Ahora tendría que dejarla y podía decirse que nunca la había hallado tan dulce. Regiría por sí sola el dominio sin grandes dificultades, pues desde la

cruzada del viejo conde Henri sabía hacerlo mejor que él. Era mujer de buen temple. Sólo que, a los treinta y dos años, seguía teniendo a su lado a Milon du Cagne; Ansiau no podía sentirse celoso del lacayo, pero entre los dos hombres mediaba una hostilidad inconfesada; Milon tenía maneras de mirar, de callarse, de bajar los ojos y de hacer ver que si obedecía al barón era por agradar a la dama; estaba cansado de preparar cada año Dios sabe cuántos caballos para los torneos del barón; quejábase del derroche de avena y sufría al ver a la dama preocupada por los vencimientos de pagos y la dama se empeñaba en conservar a Milon a su

lado.

—En todo caso —decía Ansiau—, si yo no vuelvo no os caséis con Milon; los hijos se avergonzarían de vos.

A lo que la dama contestaba que se casaría incluso con su perro guardián.

Acercábase el día de la partida. El barón, hacia la quinta semana de cuaresma, hizo venir a Garnier a Linnières y le pidió que fuera a Troyes para buscar a Ansiet: el muchacho debía pasar al castillo para recibir la bendición de su madre, porque la dama no se hallaba en condiciones de hacer el viaje. Garnier regresó ocho días más tarde, solo, porque Ansiet se había negado a venir. Se preparaba para ser

armado caballero y pasaba el tiempo ejercitándose en el tiro y la lanza; además, Manesier tenía necesidad de él. Enviaba a su madre su cruz y su camisa para que las bendijera en su lugar: las llevaría siempre consigo. Enviaba sus mejores deseos a la dama, a Milessant, a Mahaut, y a Haumette, su nodriza.

La negativa del muchacho a acudir al castillo pareció a Ansiau una insolencia y por primera vez en su vida se encolerizó contra su hijo mayor. Pero él mismo pensaba abandonar el castillo antes de Pascua para no regresar más y no le quedaba tiempo de ir a buscar a su hijo. La dama lloró. Su querido hijo, su primogénito, al que no veía desde hacía

tres años y medio —¿cómo debía haber crecido: su camisa era tan grande como la de André!—; su primogénito le negaba la alegría de abrazarlo por última vez, ¿quién sabe el tiempo que iba a permanecer en Tierra Santa?

Todo era por su propia culpa: no había sabido alimentarlo con su leche; no se lo había atraído. Tuvo demasiados hijos después; pero él, el primero: el niño que le naciera cuando ella aún no tenía pechos, cuando la misma madre aún no había acabado de crecer... —mojó con sus lágrimas la enorme camisa blanca y la hizo llevar a Flora—; Flora debía embrujarla para proteger a su portador contra enfermedades y flechas.

Aquellos últimos meses, la dama había gastado en sortilegios y amuletos la renta de sus campos para tres meses: había que proteger al barón, a Herbert, a André y hasta a Garnier; por más que este último fuera un truhán que había pretendido seducir a Mahaut.

Se acercaba el día de la partida y la dama veía con creciente angustia los preparativos, la fiebre que iba imponiéndose a todos los hombres del castillo. Los sargentos de Chaource acudían a Linnières para ponerse a las órdenes del barón; Aioul, hijo de Frahier le Petit, deseaba partir también y el barón lo aceptó como escudero. Los tres jóvenes de la familia serían

armados caballeros el domingo después de Pascua, víspera de la marcha; Garnier y Herbert no pensaban más que en ese día y pasaban el tiempo en el patio ejercitándose a caballo y lanza en mano. La dama, en medio de los cuidados cotidianos, comenzaba a experimentar una grande y pesada tristeza —la tristeza de tener que vivir sin el barón, de estar otra vez sola en sus alegrías y en sus penas— y Dios sabía si aquel marido siempre ausente era su marido de veras y un buen marido: el amigo más fiel que jamás tuviera. Y aun sentía que la ternura y el gozo de Ansiau faltarían para ese hijo que ella concibiera de otro hombre. Y

sin embargo, sabía que no debía hacerse una cosa como aquélla: dejar que su marido amara al hijo de otro hombre: una vez que el barón regresara al país, Aalais debería hallar un medio de alejar al niño; pero el barón se iba ahora y por las noches le decía: «Cuidad bien al niño, dama». Apenas decía nada más sobre el tema, pero lo repetía con harta frecuencia. Un día añadió: «Si es un niño, lo llamaréis Hélie». «¿Hélie? ¿Por qué Hélie?» «No lo sé. Es un bonito nombre.» Y poco a poco, la dama se acostumbró a llamar Hélie a su futuro hijo.

Se acercaba el día de los adioses y todos lo temían anticipadamente. Las

dos terceras partes de los hombres del castillo se iban y casi todas las mujeres tenían los ojos enrojecidos y repasaban apresuradamente los vestidos para el viaje, la ropa blanca, los cordones y cinturones de sus maridos. Las jóvenes, dejadas a su propia iniciativa, aprovechaban la relativa libertad para abandonar un poco sus labores y vagar por las salas y el patio.

Mahaut y Milessant, inseparables como siempre, tomaban gran parte en los preparativos: charlaban con todo el mundo, hacían las preguntas más absurdas acerca de la Tierra Santa, de Saladino y del rey Felipe. Sobre todo Mahaut mostraba mucho interés por la

cruzada y repetía convencida las frases que oyera a su padre o a André: y las jóvenes que la escuchaban quedábanse admiradas, con la boca abierta. No hablaba con Garnier y fingía no mirarlo siquiera; sabían ambos que a la menor palabra que se dijeran acabarían riendo. Y Mahaut, por orgullo, se mostraba agradable con Aioul.

Aioul perdía completamente la cabeza y juraba a la joven que sólo para complacerla había tomado la cruz.

—Ya lo veréis —le decía—. Combatiré tan bien que todo el mundo hablará de mí. Y llegaré a ser caballero.

Mahaut reía ruidosamente.

—¡Vaya, muchacho! Si me traéis el

yelmo y la espada de Saladino, me casaré con vos.

Aioul sacudía sus largos bucles oscuros con aire de desafío.

—Lo haré, señora.

—¡Pobre Saladino! —decía Mahaut riendo a más y mejor—. ¡No hay duda de que está en peligro! Creo que no le queda mucho tiempo de vida.

La víspera del día fijado para la partida de los caballeros, Mahaut y Milessant paseaban por el patio, cubierto de agua después de las recientes lluvias: era una suave y tibia jomada de marzo; y Garnier, viéndolas detenerse como preocupadas ante un charco, les preguntó si deseaban ir a las

caballerizas.

—Sí —dijo Miessant— pero no nos atrevemos a levantamos las faldas tan alto y el charco es muy hondo.

—Yo os llevaré —dijo Garnier; y tomó primero a Miessant, a la que pasó ágilmente a la otra parte del charco; después hizo lo mismo con Mahaut.

—Querido primo —dijo la joven—. Nunca habéis sido tan bueno conmigo.

—Bien sabéis por qué, querida prima.

—Sí: lo sé bien esta vez. Amáis a mis hermanos y a mi padre y vuestra caballería; y de mí os cuidáis como de un viejo guante agujereado.

—Querida prima: nunca he llorado

ni pasado noches en blanco por un guante agujereado.

—Garnier, me habéis hecho mucho daño: ya veis cómo he adelgazado y palidecido.

—No lo parece —aseguró Garnier—. Olvidad todo esto. Voy a quedarme en Palestina con mi padre.

—No, no lo olvidaré —dijo Mahaut—. Vos no me tendréis nunca.

—¿Creéis acaso que lo deseo?

Con un movimiento brusco, Mahaut se liberó de los brazos que aún la retenían y huyó corriendo. Garnier la miró alejarse, pareció vacilar un momento y después se lanzó corriendo tras ella; Mahaut había desaparecido ya

a la otra parte de la granja de heno.

Milessant pasó a las caballerizas y se encontró frente al barón, que salía en aquel momento para dirigirse a la fortaleza.

—¡Vaya, querida nuera! ¿Es que paseáis a solas? ¿Y Mahaut?

—Señor —dijo Milessant—. Deseaba hablar con vos.

—¿Conmigo? ¡Por san Thiou! ¿Estáis temblando? ¿Es que os causo miedo?

Sin decir nada, la joven se encaramó rápidamente a un grueso tronco de encina que servía de banco a los palafreneros. Jadeaba con tanta fuerza que su voz estaba como ahogada.

—Tengo algo que daros —le dijo.

—Pobre niña —dijo el barón—; estáis cansada, habéis corrido demasiado.

Milessant se abrió rápidamente el cuello de la camisa y sacó una pequeña placa de plata esmaltada, colgada de la cadena de su cruz. Su gesto era muy serio. Soltó de la cadena la placa de plata, la miró largamente y en seguida se la dio al barón, que parecía muy sorprendido. Se había inclinado tanto que sus cabezas casi se rozaban.

—Es un objeto muy bonito —dijo el barón—. Un trabajo de Siria.

—Ponedlo con vuestras medallas —dijo Milessant—. Al cuello.

—Sí que lo haré —aseguró el barón—. De lo contrario, la perdería. Se la daré a Ansiau en cuanto lo vea.

Milessant enrojació hasta llorar; abrió los labios para decir algo, vaciló y por fin murmuró:

—No.

—¿Cómo que no?

—Es para vos.

Hablaba con voz tan baja que el barón apenas podía oírla. Miraba el cuello delicado y blanco y la camisa desatada. En un instante, la sangre afluyó a su cabeza. Levantó a la joven como si fuera un niño pequeño y comenzó a cubrir de besos su cuello, sus clavículas, su delgado hombro, medio

descubierto. En ese momento, oyó la voz de Thierry que lo llamaba; dejó a la joven en tierra de manera bastante brutal y se fue sin volverse a mirarla.

«... Me ha besado aquí... y aquí... y aquí también...» Miessant había tomado la mano de su amiga para hacerle tocar los puntos que quería mostrarle. La vela se había apagado hacía tiempo. «Es tan extraño... bastante mejor que en la boca...»

—En la boca es mejor, dígalo quien lo diga —replicó Mahaut.

—¡Oh, no! Todo el mundo os besa en la boca... y después, apenas queda nada. Dime, ¿crees que podría amarme?

—¿Estás loca? Es demasiado viejo.

Mahaut apenas sentía deseos de conversar aquella noche. Le dolían los ojos por lo mucho que había llorado. Mientras Garnier la llamaba y buscaba por todos los graneros, ella se había quedado hundida en el heno, mordiéndose los puños para contener los sollozos. Lo odiaba tanto que no pensaba más que en vengarse. Y ahora se decía que aquélla era la última noche y que Garnier nunca volvería al castillo y no se verían más. Nunca más. Y estaba segura de que jamás amaría a otro hombre.

El día siguiente fue el de los grandes adioses.

Todo estaba dispuesto: caballos,

armas y equipajes. Oyeron misa. Comulgaron todos los hombres que partían. Sólo se trataba de la primera etapa, pero era la más dolorosa. La cruz roja aparecía en todas las túnicas y los hombres parecían llevar un uniforme como arqueros o monjes.

El rumor de los sollozos de las mujeres era tal que apenas podía oírse la trompeta ni los relinchos de los caballos. Bertrade, la joven esposa de Herbert, habíase desvanecido; la sentaron al borde del pozo y las sirvientas se apretujaron en torno a ella. Herbert ni siquiera la miró: estaba hablando con André.

El barón había puesto ambas manos

sobre los hombros de la dama y la miraba largamente, sin hablar, sin llorar. No podía decirle lo grande que era su sacrificio.

Su mujer ante el sacerdote, la esposa que se le había dado con juramento, la parte legítima que Dios le concediera de los placeres de la vida, ahora el mismo Dios se la arrebatava; la dejaba sola con un niño en su seno y toda una casa que gobernar; la hacía desgraciada, la forzaba a un llanto que no había merecido. No había sabido más que arruinarla y abandonarla ahora; nunca podría reparar sus errores, ni siquiera arrepentirse de ellos, puesto que los había cometido por Dios. Dobló la

rodilla ante ella y dijo: «¡Dama, perdón!».

Aalais, asustada por aquella extravagancia, le dijo:

—No sois vos quien se debe poner de rodillas.

Pero Ansiau apoyó sollozando su cabeza en la cadera deformada de la dama. Aalais le acariciaba con ambas manos los cabellos y los hombros.

* * *

Aquel año, por la Pascua, Troyes estaba tan llena de caballeros y hombres armados que no quedaba ya sitio en hospederías y mesones y los cruzados

tenían que acampar en los patios y en las afueras de la ciudad. Ansiau, que tenía prisa por ver a su hijo mayor, no se detuvo ni en la plaza ni en la iglesia y corrió hacia la casa de Nangi. Seguía Garnier, pensativo y silencioso; llevaba aún en sus labios el sabor amargo y salado del beso de adiós de Mahaut, y se consolaba un poco admirando su propia conducta con respecto a su joven prima. ¿Qué otro, en su lugar, hubiera resistido como él lo había hecho?

Herbert y André cabalgaban conversando alegremente: tío y sobrino habían acabado por entenderse a la perfección. Herbert nunca estaba tan contento como cuando veía muchos

caballeros y abundantes armas. Al pasar por la plaza se divertía reconociendo pabellones y escudos: poseía una memoria extraordinaria y conocía las armas de todos los caballeros de Champaña o poco menos. Sentíase contento de hallarse de nuevo en Troyes después de dos años de ausencia y saludaba de lejos a los camaradas a quienes reconocía entre la muchedumbre.

En el patio de la casa de Nangi, Ansiau se encontró con su hijo, que salía precisamente de las caballerizas llevando a *Gaillard*. El padre quedó como paralizado por la sorpresa y la alegría; realmente, el joven tenía una

bella estampa y Ansiau no se había esperado encontrarlo así: sobre el labio lucía un fino bigote rubio; las puntas de los cabellos estaban rizados con tenacillas y llevaba una túnica recién arreglada. El joven sonrió:

—¡Vaya! ¡Buenos días, barón!

—¿Es que no besas a tu padre?

Ansiet acercó sus labios a la mejilla del padre, reajustó el cuello de su túnica y dijo con aire un poco huidizo:

—Me esperan en el castillo.

—Pues que esperen. Lleva de nuevo a *Guillará* a la cuadra.

El rostro del joven se hizo de pronto gris e inexpresivo. Echó inquietas miradas a la puerta, a *Gaillard*, al

barón; después, decidiéndose bruscamente, dijo:

—Me esperan. Estaré aquí dentro de una hora.

Y dicho esto, saltó sobre el caballo y se alejó sin volverse siquiera. El barón creía estar viendo visiones.

—¿Qué significa eso? —preguntó a Garnier. Éste movió los hombros.

—Una mujer, naturalmente.

El barón sintió un sobresalto. «¿Una mujer? ¿Qué mujer?»

Garnier dijo que nada sabía. Pero por Manesier supo el barón que Ansiet andaba prendado desde la Navidad de una dama de honor de la condesa, esposa de un caballero gascón

recientemente llegado a Troyes con el embajador del rey Ricardo de Inglaterra. Esa dama se llamaba, según decían, Orianne de Padillac, y era morena, ya no muy joven, pero pasaba por ser muy bella. Ansiau quedó contrariado por semejante noticia y decíase que el momento era realmente inoportuno para pensar en mujeres. Realmente, ya no le faltaba más que eso: Herbert era un mozo francamente libertino; Garnier cometía torpezas con Mahaut; y ahora el mayor venía a seguir el ejemplo de los otros: Dios sabe por qué había esperado que el muchacho permaneciera para siempre insensible al amor. «Es la sangre de Puiseaux», se decía,

recordando la loca pasión de Baudouin por su Irma: como tu tío, Ansiet y Herbert debían llevar en la sangre la mujer madura y oscura. Oda, Irma, Orianne, poco importaba. «Sabré corregirlo —pensaba Ansiau—. No son costumbres para su edad: uno no puede quedarse con la mujer del prójimo.

Ansiau no volvió al cabo de una hora ni de dos: regresó ya de noche, cuando todo el mundo se había acostado.

Ansiau creía que nada sería tan fácil como lograr que el joven entrara en razón. Le habló con suavidad: había oído hablar de una historia de mujeres; ahora bien, aquél no era el momento de meterse en cosas así: se malgasta la

salud y los nervios y nada se saca de provecho.

—Pensad —le decía— que vais a ser armado caballero dentro de diez días y que debéis manteneros en forma.

El joven escuchaba con los ojos bajos. Respondió después que no creía estar haciendo daño a nadie y que se hallaba en perfecta forma.

—Sois demasiado joven para juzgar lo que es bueno o malo —dijo el barón— y debéis creerme. De nada sirve atarse a una mujer casada. De todas formas, aunque quedara viuda, vos estaríais casado y no podríais hacerla vuestra esposa.

Ansiet replicó que no pensaba en tal

cosa, puesto que apenas le quedaban unas semanas que pasar en Champaña.

Entonces el padre se creyó en el deber de demostrarle que nada había más sucio que el libertinaje: eso era cosa de clérigos y juglares y de gentes afeminadas que pasan el tiempo perfumándose y holgando sobre almohadones.

—¿Y cuánto tiempo habéis pasado mientras os acariciaban la cabeza? Todo eso es tiempo perdido: un hombre tiene otras cosas que hacer.

Ansiet examinaba cuidadosamente su uñas limpias y cortas; en su rostro perfilado y liso no había cólera ni contrariedad, sino sólo la expresión

impasible del hombre que escucha un sermón insípido y a quien el sentimiento de las conveniencias impide mostrar que se está muriendo de aburrimiento. Por último, dijo:

—Debo estar en la catedral para el oficio de hora sexta.

—También yo —dijo el padre—. Me acompañaréis.

Durante todo el camino, Ansiau contempló con dolorosa sorpresa ese rostro ausente, casi inexistente, al que no lograban hacer agradable ni el cabello rubio ni la fresca tez. «Me lo han cambiado —pensaba—. Debería hacérselo pagar caro a esa mujerzuela.»

En la iglesia, ni el padre ni el hijo

tuvieron ocasión de ver a la dama de Padillac, porque no asistía al oficio. Ansiet se volvía a cada momento, erguía en su asiento, alargaba el cuello; y al salir de la catedral tenía el aspecto de un condenado a muerte. Tras haber franqueado el puente, detuvo su caballo y dijo al barón que debía pasar por el castillo.

—Tonterías —dijo el padre—. Manesier nos espera.

El joven se cogió a su brazo:
—Debo ir —repetía—. Volveré, volveré pronto.

El barón se dio cuenta de que estaban molestando el paso de los demás y no insistió.

—Vete —dijo—. Hablaremos esta noche.

Nunca supo los detalles de la aventura, porque el joven estaba ahí, mudo como un juez. Herbert aseguraba que la dama había prometido a Ansiet una entrevista que ella misma aplazaba continuamente, por temor a cierto amante suyo, personaje de mucha categoría y muy celoso.

—Es una mujer bellísima —decía Herbert como buen conocedor—. Regordeta y redonda donde debe serlo y unos ojos como dos ciruelas negras cocidas en miel; habla bien, diríase que es una tórtola que arrulla: nunca dice más que juramentos. Según dicen, es

muy caliente y tiene tres o cuatro amigos a la vez.

En cuanto al personaje de categoría, Herbert ignoraba su nombre, porque Ansiet era en eso de una discreción absoluta.

Ansiau estimaba que una mujer tan ligera apenas merecía respeto; pero los jóvenes no eran del mismo parecer. De todas maneras, Ansiet languidecía y secábanse sus carnes; descuidaba su servicio y regresaba cada día del castillo en un estado de humor deplorable; el padre supo que no siempre conseguía ver a su dama, ni siquiera de lejos, y que cuando la veía, la mujer apenas le saludaba.

Ansiet acusaba de sus fracasos a los enemigos, los celosos, los rivales —y era verdad que los tenía abundantes—, porque estaba seguro de ser amado. Por doquier veía conjuras contra él y a gentes malévolas que se empeñaban en perderlo ante la dama. Debatíase en una red de intrigas, de sospechas, de supuestos a cuál más extraño; unas veces la dama trataba de probarlo, otras estaba celosa, otras tenía miedo de él; otras veces se trataba de un rival que amenazaba con matarla si volvía los ojos hacia Ansiau de Linnières hijo; o bien se avergonzaba de amar a un hombre que aún no había sido armado caballero. Y lo peor de todo era verse

obligado a salir de Troyes antes de haber obtenido la prometida recompensa.

El barón le hablaba de Miessant, de guerra santa; y el muchacho no comprendía por qué su padre miraba tan lejos; él, Ansiet, no tenía porvenir y no veía más allá de aquella partida ya tan próxima. Los consejos de su padre le producían desolación por su banalidad y vulgaridad: todos los padres de todos los tiempos habían repetido siempre las mismas cosas a sus hijos para impedirles vivir a su gusto.

Por lo demás, Ansiet no era el único en ser arrastrado por la corriente; esa rabia amorosa que se había adueñado de

la mayor parte de los que partían, sobre todo de los jóvenes: las relaciones surgían, se entrelazaban, se disolvían, breves y febriles; y las damas menos bellas de la corte tenían más amantes de los que pudieran querer. Todos los días se celebraban bodas en las iglesias de Troyes, a pesar de las fiestas de Pascua: había que apresurarse y aprovechar el poco tiempo que aún quedaba.

La primavera trajo las primeras noticias del asedio de Acre —las primeras nuevas de muerte y de duelo—, de los cruzados que habían partido ya sin aguardar a los reyes, muchos de los cuales descansaban ya en el cementerio de San Nicolás, ante la ciudad asediada.

Erard de Brienne había muerto, lo mismo que muchos otros caballeros, y André de Ramerupt y otros champañeses menos ilustres: tantos mártires en el cielo cuantas viudas aquí abajo, dispuestas a casarse de nuevo. Y el asedio no parecía ir a acabar: en primavera, Saladino llevaría a la ciudad nuevas fuerzas y si los reyes no se daban prisa, la hueste de los asediantes sería aplastada por la muchedumbre enemiga.

Los reyes no parecían aún preparados para marchar y los caballeros cruzados empezaban a preguntarse si partirían alguna vez. Surgían coplas alusivas a la lentitud del rey Felipe que quería, sin duda alguna,

dejar al emperador de Alemania el honor de reconquistar Jerusalén y plantar su estandarte sobre el Santo Sepulcro: el emperador se hallaba en camino desde hacía meses y no debía estar lejos de Siria.

La casa de Manesier de Nangi se había convertido en un verdadero cuartel; el ruido era ensordecedor y por la noche, huéspedes, parientes y amigos cruzados reuníanse allí para escuchar a alguno de los que regresaban de Tierra Santa o, sencillamente, a algún juglar que contaba lo que había oído de aquellos sucesos. André de Linnières, que desde hacía dos años no pensaba más que en la guerra santa, era de los

que más se quejaban de la lentitud de los reyes; él, que de ordinario se lamentaba tan poco, habíase hecho huraño e irritable y criticaba amargamente las malas costumbres de Francia, donde la gente no pensaba más que en la propia bolsa y en sus comodidades. Y el rey Ricardo, el antiguo duque de Poitiers, de quien tanto se había esperado, no valía más que los otros: no valía la pena haber tomado la cruz —el primero entre todos los cristianos— para dejar languidecer las cosas como ahora estaba haciendo: el rey Ricardo parecía estar empeñado en ser el último en marchar.

Ni a Ansiau ni a Manesier les gustaba oír criticar a Ricardo, hermano

y amigo de la condesa María: si Ricardo parecía dejar que pasara el tiempo, sus motivos no le faltaban; ante todo tenía que poner en orden la herencia de su padre; además, no le gustaba equiparse a la ligera: por algo era el Corazón de León y a toda costa deseaba estar preparado para aplastar a los sarracenos al primer golpe; decíase que estaba construyendo máquinas enormes, lanzapiedras y lanzallamas, lo bastante altas como para dominar los muros de cualquier fortaleza. Había hecho juramento de reconquistar Jerusalén o morir en Tierra Santa. Lo mismo que se reprochaba al rey de Francia era virtud en Ricardo: tal es el prestigio de un

buen sobrenombre y de un brazo que no tenía rival en Francia.

El domingo In Albis, trescientos jóvenes recibieron la caballería en Troyes, en el castillo del conde. Allí estaban los jóvenes de Linnières y no eran los menos felices. Después de las pruebas y de la gran cena en la mesa del conde, regresaban todos a sus cuarteles por las calles iluminadas, cantando y gritando saludos al conde Henri y al rey de Francia. De regreso en sus casas, no se cansaban de contemplar las nuevas armas —que ahora eran suyas, parte de sus propios cuerpos —consagradas, bendecidas, puestas en sus manos para la defensa de la tierra de Dios. A ellos

se les concedía el honor de la reconquista de Jerusalén y la oportunidad de que el año de su ingreso en la caballería fuera fecha memorable.

Ansiau no se cansaba de admirar a sus tres muchachos —sus tres caballeros—, tan hermosos, tan anchos de hombros, tan nobles de rostro. Ya no se acordaba de sus amarguras y penalidades: los tres eran perfectos como ángeles del paraíso. Ansiet, el mayor, sonreía con aire feliz; Herbert llevaba alta su cabeza con la dignidad de un obispo; y Garnier contemplaba con ternura su espada nueva.

Bellos robles verdes nacidos de idéntica raíz.

Bellas Uses blancas, puras y surgidas de un mismo tallo.

Bellos halcones rápidos, nacidos del mismo nido,

raza espléndida de caballeros de Champaña, de Francia, cristianos.

Claros como la plata, duros como el hierro,

preciosos como el oro puro:

Ansiau, Garnier, Herbert.

Nobles mozos consagrados a la más noble guerra.

La guerra en defensa de Dios: el solo Dios verdadero,

el que nunca ha mentado y murió en cruz por nosotros.

El que oró en el Huerto de los Olivos,

fue juzgado por los judíos y entregado a muerte por Pilato.

Y puesto en cruz en el Calvario.

Ante Jerusalén.

El conde de Champaña había decidido, de acuerdo con sus tíos los reyes, salir antes con su caballería champañesa; y los reyes le seguirían poco después. Así pues, la partida definitiva quedó fijada para mediados de mayo. Y el tiempo pasaba cada vez más aprisa: todos se habían cansado de esperar, y se creaba una nueva vida en medio de esa espera: una vida sin mañana, ociosa, extraña, bastante dulce

si se la comparaba con la de los campamentos. Y muchos se decían que no volverían a ver el Sena ni la ciudad de Troyes.

Ansiet experimentaba un orgullo infantil al mostrarse por fin ante su dama como caballero y llevar una larga túnica y un cinturón blanco. Sus camaradas, que parecían muy interesados en sus amores, pudieron creer que finalmente había logrado la suspirada entrevista. De hecho, regresó a casa una tarde con el cinturón de través, los ojos encendidos en llamas y los orificios nasales dilatados. En ese momento parecía más viejo de lo que era en realidad, maduro, endurecido, como

pasado a través del fuego: jamás el barón lo había visto tan altanero ni tan seguro de sí mismo. Era una alegría insolente, agresiva, de las que buscan obstáculos por el mero placer de vencerlos.

Las cosas se estropearon pronto, como había que esperárselo, porque Ansiet no era de los que se conformaban con una sola entrevista y la dama no podía o no quería concederle más. No volvió a presentarse en la corte en varios días y su enamorado la creyó muerta, asesinada, enferma; y a punto estuvo de morir de angustia; y cuando la vio de nuevo no por ello se sintió más feliz. Sin saber exactamente qué pasaba,

Ansiau veía que el joven sufría mucho; y experimentaba más piedad que cólera. «Vaya —le decía—. Eso pasará y encontrarás mujeres más hermosas. A tu edad se olvida pronto.» Y el hijo se limitaba a mirarlo con una cara marmórea, preguntándose por qué siempre se aludía a su edad.

Y llegó el día de preparar el equipaje, alegre y feliz a pesar de todo.

Los tres jóvenes, ayudados por sus escuderos colocaban en los cofres sus yelmos nuevos y brillantes; el patio se había llenado de ruido de martillos y de armas. Los hijos de Manesier estaban allí, junto con otros jóvenes de la castellanía. Los unos cantaban a coro,

los otros golpeaban los escudos con sus lanzas al ritmo del canto, los más jóvenes se probaban los yelmos y jugaban a hacer batalla. Ansiau, André y Manesier, en pie en medio del patio, los contemplaba, vigilando para que todo estuviera en orden.

Ansiet, asaltado por la idea de la marcha, trabajaba con tanto ánimo como los demás: le gustaban las armas y sabía tratarlas con precaución, como si fueran seres vivos. Claveteaba una de las cajas, canturreando entre dientes. Su padre se acercó a él:

—Hijo mío —le dijo—, no olvidéis poner entre vuestras cosas la camisa que bendijo vuestra madre: os servirá en

Tierra Santa y no conviene usarla antes.

—Así es —replicó el joven—. La buscaré. ¡Pobre dama! Y pensar que tal vez no vuelva a verla... Decidme: ¿se ha enfadado mucho conmigo?

El barón contestó:

—Ha llorado.

Y añadió en seguida:

—¡Ah! Y creo tener otra cosa para vos.

Y quitó de su cadena la placa esmaltada que le diera Milessant: en conciencia, no se creía con el derecho de conservarla. El joven miró el objeto con sorpresa.

—¿Un talismán? —preguntó.

—Es un regalo de Milessant —dijo

el padre.

Ansiet rió y puso la placa junto a su cruz. Parecíale natural que un hombre que parte para la guerra tuviera una esposa que se acordara de él. Después de todo, Milessant tenía derecho a amarlo. Pero un instante después ya no pensaba en su joven esposa.

VI

LA GRAN AVENTURA

«Dijimos adiós a la Francia florida, entramos en Borgoña y después del orgullo del Ródano, tan rápido, la impetuosidad del Isère, tan difícil, y las amenazas del Durance; tras las montañas austeras de Borgoña y los pedregosos desfiladeros de Provenza, llegamos por fin a la ciudad de Marsella.

»Encontramos aquí un puerto

cómodo para las naves: las rocas que lo abrazan lo protegen de la violencia de los vientos. Marsella debe su nombre a su situación: *super mare sita* —sentada sobre el mar—; o también *maris situla* —cubo de agua lleno en el mar—. Se lee en los libros que fue construida por los griegos focenses. Nosotros quedamos retenidos muchos días en Marsella por nuestros preparativos en armas, víveres y navíos. Contemplamos desde lo alto de las rocas el rostro incierto del mar y su movilidad; y esperamos para nuestras velas un viento propicio. Por fin el mar se mostró favorable a nuestras naves y hubo como un acuerdo entre vientos y olas. Tuvimos

que trabajar para salir del puerto rodeado de escollos; pero pronto, empujados por los vientos, vimos desenvolverse ante nosotros la faz rugosa del mar, amplio y transparente.

»Al levantarse la tercera aurora, una primera isla apareció a nuestra izquierda: era Córcega, de innumerables escollos de todas las formas posibles, de promontorios angulosos. Al día siguiente vimos más cerca de nosotros, y también a la izquierda, una isla vecina a la de Córcega, habitada por primera vez, según se dice, por Sartus, hijo de Hércules, de donde su nombre de Cerdeña o Sardinia. De allí llegamos a Sicilia, que está separada del continente

calabrés por un brazo de mar estrecho y de difícil travesía. A cada lado de este estrecho las rocas y escollos casi se tocan. Entre ellos, una corriente impetuosa semejante a un torrente y muchas veces agitada por la tempestad. Hallamos esta isla llena de discordia y en gran agitación...

»... Por fin, treinta y cinco días después de nuestra salida de Marsella, vimos a lo lejos los deseados promontorios de Siria, esa Pentápolis marítima que poseyeron antaño los filisteos: Gaza, Geth, Azot, Asearon y Ascalón. ¡Cuántas oraciones habíamos hecho, cuántas lágrimas derramado, cuantos suspiros lanzado al aire, a la

espera de este día que brilló para nosotros y que, arrancándonos lágrimas de júbilo, nos mostró la tierra de donde manaba leche y miel! ¡Tierra celestial y digna de servir de morada a los habitantes de los cielos! ¡Tierra santa, prometida a los santos, fuente de nuestra regeneración y lugar de nuestra Redención, madre de los santos Padres y patria del Salvador!

»Anclamos cerca de la famosa ciudad de Siria, llamada en la antigüedad Acre y que después se ha llamado Tolemaida. Poseída por enemigos, hallábase ya asediada por nuestro ejército de tierra y por nuestras naves coronadas de hierro. Sacamos los

yelmos de los cofres, donde habían permanecido cautivos por tanto tiempo, nuestras espadas y escudos: todos brillaban al sol con el esplendor de un relámpago; el fulgor de nuestras armas reflejado por las ondas jugueteaba en el seno del mar; la brisa besaba nuestras banderas de seda...»

Tal es el relato que dejó del viaje de los cruzados de Champaña Gui de Bazoches, que acompañaba al conde Enrique II. El 27 de julio, las naves anclaron delante de Acre. El sol era vivo y los que ponían el pie en tierra firme conservaban el enorme deslumbramiento de azul y oro en los ojos y creían sentir que el suelo se

balanceaba bajo sus pies. Treinta y cinco días de mar, bajo las fuertes velas, los mástiles que crujen, el viento salado...: los que de Troyes partieran blancos y claros de tez, tenían ahora los rostros oscuros, rojos o negros como los de los paganos. Cuántos de ellos no volvían aún de su asombro al poder pisar con sus pies, tocar con sus manos, esa tierra verdaderamente santa y darse cuenta de que era de verdad la tierra rocosa y gris, con sus pocas hierbas quemadas al sol, con sus colinas azules que se extendían hacia lo lejos.

Hacia el sur se alza la ciudad, fortaleza blanca que avanza en el mar. Más al sur aún y hacia el este, sobre las

colinas boscosas, se extiende a lo largo y ancho el campamento de Saladino con sus tiendas blancas que parecen, a lo lejos, un grupo de patos salvajes en reposo.

Una muchedumbre de soldados de mujeres y mendigos se apretuja en la orilla y acoge a los recién llegados con grandes gritos y lágrimas de alegría. Es un delirio que acompaña la llegada de toda nueva tropa cristiana: tan grande es la calamidad y tan poderosa la esperanza. Las mujeres se arrojan al polvo sollozando, levantan por encima de sus cabezas a niños desnudos y flacos que causan tremenda impresión. En esa muchedumbre abigarrada y andrajosa

son escasas las cabezas rubias y no se oyen abundantes palabras francesas.

El mismo rey Guy había llegado con la reina y el conde de Turingia para acoger en la ribera al conde Enrique de Champaña que, acompañado por los condes de Blois y de Sancerre, avanza con sus tíos hacia el campamento, lentamente, entre el rey y la reina.

Durante toda la jomada, escuderos, sargentos y mozos de cuerda trabajaron en trasladar a tierra firme caballos, municiones, sacos de trigo y cofres con carne salada. La muchedumbre se apretaba en torno a las máquinas de guerra; los niños se cogían a los uniformes de los champañeses

pidiéndoles pan; las jóvenes se ofrecían con amplia sonrisa y sus ojos negros brillaban bajo los velos blancos y grises.

Después de un recodo en el camino, aparecen los primeros pabellones cristianos, las cimas de las tiendas y, por fin, las tiendas mismas, rojas, blancas de un solo color, a rayas. Al poco tiempo es toda una ciudad la que se presenta a los ojos, multicolor, deslumbradora bajo un sol tórrido llena y rebosante de vida, dominada por la gran tienda de campaña del rey, dorada y puesta en lo más alto de la colina, frente a las murallas de la ciudad.

Los de Linnières se sienten un poco

extraviados en aquel mar de tiendas, porque nunca habían imaginado que un campamento pudiera ser tan grande. Examinan con curiosidad las banderas aún desconocidas, las armas y los vestidos nunca vistos en la Champaña. Están un poco perdidos, fatigados por el calor; las cajas son pesadas, el suelo duro; los picos para armar las tiendas entran a duras penas en él. Todos, señores y criados, trabajan intensamente para tener donde acostarse aquella noche.

Hacia mediodía, cuando el sol empezó a declinar hacia poniente, cayendo a plomo sobre el mar y los muros de Acre, los champañeses

empezaron a sentir el olor. Al principio no se habían fijado en él. No procedía de las fosas hechas para las necesidades, sino que era un hedor que se esparcía por doquier, pesado, dulzón, descorazonados Procedía de la parte de los sarracenos.

Los tres nuevos caballeros, en pie, sobre la muralla de tierra dura y parda, contemplaban la llanura que se extendía entre ellos y el campamento turco. Aparecía llena de buitres de grandes alas implumes y cuellos pelados, que planeaban, daban vueltas, trazaban círculos, se posaban en tierra; sus broncos graznidos constituían un coro discordante, muy desagradable. Al

comienzo, los ruidos del campamento parecían haberlo cubierto del todo, pero ahora se hacía tan obsesivo que podía creerse que nunca más volvería a oírse otra cosa.

La llanura era una inmensa carnicería. Parecía corromperse toda entera y rebosaba de enjambres de moscas, de chacales, de cuervos y buitres que se hundían en los montones de carroña y no discernían en absoluto entre la carne ya casi putrefacta y la presa todavía viva. Hinchados y negros, los cadáveres parecían a lo lejos una nube de langosta posada en el suelo. Lo cubrían todo. No terminaba nunca aquel espectáculo: dondequiera se volviesen

los ojos a derecha e izquierda, hallaban la misma visión, los mismos animales. El hedor que subía por todas partes impedía casi la respiración; aquí y allá creerías ver brazos y piernas que se movían en medio de aquel montón de carnes podridas. Herbert se dejó caer de rodillas y se derrumbó en tierra como un saco de harina.

Sus dos compañeros trataron de reanimarlo. Y el soldado que hacía la guardia en la muralla se acercó y le frotó el rostro con vino de su cantimplora. Herbert volvió a abrir los ojos, se echó boca abajo y vomitó.

—¿Son paganos? —preguntó Garnier al soldado.

El hombre movió los hombros.

—No hay uno que no lleve su cruz al pecho.

Los dos muchachos se santiguaron aterrados. Ansiet abría los ojos de nuevo.

—¡De los nuestros! ¡Todos son nuestros!

Estaba como fascinado y no podía volverse ni mirar otra cosa.

—¡Todos... todos...!

El soldado empezó a contar, llorando, que la mejor tropa que jamás se hubiera visto estaba muerta allí por haber querido forzar el campamento de los turcos. Tal cosa había sucedido dos días antes y el rey, los barones, los

habían dejado degollar hasta el último sin alzar el dedo para ayudarlos. Hasta habían llegado a cerrar las entradas del campamento con el fin de impedir que escaparan de las manos de los turcos. Eran más de diez mil los muertos y los barones estaban bien satisfechos: tenían menos bocas que alimentar y habían traicionado a sus oficiales y soldados adrede. Uno de sus camaradas se acercó haciéndole unas señales. El hombre cambió de tono, depuso sus quejas y aseguró que ahora, puesto que los condes de Champaña y de Blois habían llegado con tantas armas y provisiones, el asedio avanzaría con mayor rapidez. Los jóvenes, sofocados por el calor y el

hedor de los cadáveres, escuchaban con aire lúgubre. Apenas comprendían. La cosa era demasiado sucia. Querían explicaciones. Estaban dispuestos a aceptar todas las que se les dieran. Pero de aquellos soldados no podrían oír más que chismes de campamento: todos sentíanse desgraciados, no tenían que comer. Los mercaderes de trigo chupaban la sangre de los pobres y los forzaban a vender hasta sus bragas. Y si había un gran traidor en el campamento, sin duda alguna era el marqués. Este hombre era peor que el diablo. Se había vendido a Saladino y había jurado reducir el campo por el hambre. Negábase a enviar víveres desde Tiro,

cuando él solo dominaba el puerto y el tráfico a lo largo de la costa. Era él quien especulaba con el precio del trigo y era tan rico como el emperador de Constantinopla: había que ver su equipaje cuando pasaba por el campamento para descender al puerto... Ansiet y Garnier movían la cabeza, pero se hubieran quedado bien extrañados de saber que aquel personaje tan maltratado no era otro que el marqués de Monferrato, tan admirado en Francia.

La tarde misma de su llegada, la mesnada de Linnières contaba ya con su primer muerto. Era el escudero Aioul, el enamorado de Mahaut. Como la mayoría de los recién llegados, apenas había

reparado en la fuerza del sol y trabajaba todo el día levantando tiendas y llevando cajas. Hacia la hora de Laudes se echó por tierra y pidió agua. Su camarada Guiot de Beaumont le dijo:

—Te la traeré cuando tenga tiempo.

Dos horas después, Aioul seguía en tierra y no se movía. El barón lo llamó, pero el joven no movió siquiera la cabeza. El barón le cogió la mano y la encontró fría.

En pie, en la tienda todavía vacía, los tres muchachos contemplaban con sorpresa al humilde camarada del que tantas veces se habían burlado durante el viaje... Ante la gravedad real de aquella cabeza de crin oscura, Garnier

recordaba haberse sentido celoso de aquel muchacho y se preguntaba cómo había podido tomar en serio semejantes niñerías. Aioul había vencido para siempre y de una sola vez. Aquello era algo mejor que matar a Saladino.

El hedor de la carroña, las moscas, el calor, hacían imposible el sueño, a pesar de toda la fatiga. El cielo aparecía aún claro y el campamento, más animado que antes, lleno de cantos, de gritos, de ruidos, de brindis. No parecía que alguien se preocupara ya del desastre de la antevíspera. El conde de Champaña, mandatario de los reyes, había llegado y ahora todo volvería a estar en orden. Siempre dispuestos a

admirar y a aclamar, los recién llegados desfilaron hacia el Torón, la pequeña altura en la que estaba el campamento del rey Guy. El rey y la reina recibían aquella noche al conde Enrique y a sus tíos en sus propias tiendas. Los criados portaban antorchas y formaban como una barrera al paso de los señores. De las tiendas reales, muy iluminadas en el interior, escapaba como a ramalazos una música de cuerno y de rota. En el murmullo de las voces distinguíase a veces una risa femenina sonora y rápida.

De la parte del mar, invisible y presente, extendíanse las murallas negras de la ciudad. Algunas luces oscilaban aún sobre los muros y en tomo

al castillo.

De noche, echado en su tienda a pocos pasos del cadáver de Aioul velado por los muchachos, Ansiou reposaba de las fatigas del día. Moscas y mosquitos, atraídos por la luz, picaban sin descanso rostros y brazos. La voz clara de Herbert conducía el rosario; el muchacho tenía lágrimas en los ojos; el padre se preguntaba de dónde el joven, tan poco duro y medio muerto de fatiga, sacaba aún el valor de tenerse en pie y orar cuando sólo se trataba de un criado. Los jóvenes se hallaban todavía en esa edad en que la muerte atemoriza. Todos ellos pensaban en los buitres y no se habituaban al hedor de carroña que los

rodeaba; Ansiau, mucho más indiferente, pensaba sobre todo en deshacerse de los mosquitos cuyas picaduras hacía tiempo olvidara. Pensaba también en las noches de la Champaña, en los grillos que producían su monótono cri-cri en los prados, en las buenas manos de la dama. Debía estar ya al término del embarazo. Hélie. Estaba seguro de que sería un niño: un niño que ya no iría a Palestina. Bastaba con los dos mayores. Muy tranquilo, Ansiau, se decía que la segunda aventura iba a ser peor que la primera.

Los primeros días, los champañeses sentíanse las personas más importantes del campamento, porque el joven conde

Henri había sido elegido y nombrado jefe de todo el ejército hasta que llegaran los reyes. Sus hombres distribuían, abundantemente, trigo y carne a los hambrientos soldados. Y los caballeros de Champaña, con sus armas frescas y su dinero todavía intacto, eran mirados por los pobres como enviados de Dios. Hubo que habituarse poco a poco al hedor, al calor, a las moscas; tomar precauciones con el agua y no pasearse demasiado al sol. Al comienzo, los que nunca habían visto el país, sobre todo los jóvenes, admiraron los vestidos abigarrados, las armas extrañas de los cruzados de otros países y hasta se aventuraron fuera del campo para ver

los alrededores. Después, como los demás, comenzaron a odiar aquel sol que se alzaba todos los días a la misma hora tras las colinas y se ponía siempre en el mismo lugar en el mar siempre azul y nunca aportaba nada nuevo.

Ocho días después de su llegada, Ansiau fue sacado de su sueño de la siesta por Thierry, que le dijo que un caballero quería hablar con él. El hombre que entró en la tienda era de mediana estatura, delgado, seco y ricamente vestido. Llevaba la barba afeitada a la manera de los cristianos de Oriente y demostraba unos cincuenta años. Su piel, de un tostado pardusco, era desigual y las bolsas violáceas bajo

sus pequeños ojos hundidos indicaban una mala salud. Algo en la actitud rígida del hombre, en el perfil de lobo, hizo pensar a Ansiau en su tío Herbert.

—Bien —dijo el desconocido—, ¿a que no esperabais verme, primo?

—¡Simon! —exclamó Ansiau.

Y ambos se abrazaron y besaron una docena de veces. Después, Ansiau llamó a Thierry y le pidió que trajera vino. Una vez solos de nuevo, los dos hombres se miraban en silencio sin saber qué decirse.

—Bueno —dijo por fin Ansiau—. Este país no os sienta demasiado bien, primo: no tenéis muy buen aspecto.

Simon no pareció muy satisfecho de

aquella observación y respondió un poco molesto:

—Es difícil tener buena salud, viendo lo que he visto y lo que todavía veo.

Ansiau suspiró:

—Debo creer que tenéis razón. ¿Os acordáis cuando hablábamos de Jerusalén...?

—Tres años —dijo Simon—. Pronto hará tres años. Y todavía no estamos ni siquiera próximos a conquistarla: los reyes tardan demasiado. Vos, primo, no habéis cambiado mucho. Desde luego, nadie os echaría vuestra edad. Pero contadme noticias de la familia...

Simon escuchaba atento e impasible

y las comisuras de sus labios se estremecieron levemente cuando supo que su hija Simonne se había casado ya y era madre de dos niños.

—¿Y Garnier? ¿Está aquí? ¿En el campamento... es verdad? Ah, uno se entontece al envejecer, querido primo. En fin, espero que se comporte como un caballero.

Simon se paseaba a lo largo y ancho de la tienda, silencioso, sumido en sus pensamientos. En ese momento los tres jóvenes y sus escuderos irrumpieron en la tienda y se detuvieron a la vista del visitante. Todos eran presa de una loca risa que no lograban contener. Simon los miraba, las manos ligeramente

temblorosas, tratando de adivinar cuál de ellos era Garnier.

—Garnier —dijo Ansiau—. Venid aquí.

El joven avanzó con la cabeza baja, mordiéndose los labios para contener la risa que lo sacudía.

—No hagáis el tonto y levantad la cabeza —dijo su tío—. Garnier: éste es un hermoso día para vos. He aquí a vuestro padre, que ha venido a buscaros.

La risa de Garnier se detuvo en seco. Levantó los ojos. Aquel hombre, no más alto que él, enjuto y amarillento, que le sonreía con aire embarazado, no debía parecerse mucho al padre heroico con el que soñaba desde la infancia. Y

hay que pensar que su rostro no expresó más que una alegría moderada, porque Simon pareció ponerse más rígido y se limitó a sonreír gravemente.

—¿Por san Thiou! Ese muchacho cree tener por padre a san Miguel Arcángel en persona. Bueno, abrázame de todas formas.

El muchacho tocó con los labios la boca maloliente del padre.

—No os molestéis, primo —dijo Ansiau, poniendo la mano en el hombro de Garnier—. No es tierno, no es una chiquilla: es un hombre. Pero ya veréis como no hay otro como él.

Ansiet y Herbert, en pie cerca de la puerta, contemplaban con sorpresa al

famoso tío Simon; con la movilidad propia de su edad, se habían deshecho en un abrir y cerrar de ojos de su vieja admiración y pensaban sobre todo en el embarazo de Garnier que, a ojos vistas, no sabía qué actitud tomar ante su padre. Y cuando su primo se sentó en el lecho de campaña al lado del tío Simon, los dos hermanos cambiaron entre sí una mirada apiadada, que quería decir: «El viejo no parece estar muy a sus anchas».

La llegada de André rompió el hielo. Los dos hermanos se reconocieron inmediatamente. Y por la noche, Ansiau invitó en su tienda a sus amigos de la castellanía, los hijos de Hervi, Thibaut de Puisseaux, Manesier de Coagnecort,

Gilíes de Monguoz, que habían conocido y estimado a Simon de Linnières. Todos le saludaron, extrañándose de su mal aspecto y preguntándole nuevas de su salud. Él respondió que era su barba rasurada la que le daba el aspecto enfermizo. Sus cabellos rojizos, todavía no manchados de gris, pero como desteñidos, caían sobre sus hombros en largos mechones lisos y ralos. Llevaba una anilla con una gruesa turquesa en la oreja derecha.

Durante la cena, Simon demostró ser una grata compañía. Hablaba mucho y bien, aunque sin tener la colorida imaginación de su padre. Había visto muchas cosas: intervino en la batalla en

que se conquistó la santa Cruz y sólo por milagro se había salvado. Balian de Ibelin, su señor, que conducía la retaguardia, se apartó con sus caballeros de la lucha general y escapó hacia Jerusalén. Simon había visto a Jerusalén asediada y después rendida; vio con sus propios ojos a Saladino, un día en que había acompañado al campamento del sultán a su señor que debía negociar con él la rendición de la ciudad. Los champañeses apenas creían a sus ojos y se preguntaban cómo uno de los suyos podía haber estado cerca de Saladino. «De no haber sido infiel —decía Simon— no hay conde ni rey que no hubiera considerado un honor el servirle. Si se

hiciera bautizar sería el mejor príncipe del país. Posee un aspecto tan real que en su presencia es imposible reír ni volver la cabeza; y no hay hombre tan generoso con sus caballeros, ni más piadoso para los pobres. Cuando Jerusalén se rindió, él mismo pagó la mitad de los rescates; y hubiera pagado más de haber tenido más dinero, pero él lo da todo a sus emires. Y os aseguro que los hermanos templarios tenían en sus cajas con qué comprar la libertad de todos los ciudadanos, pero han sentido menos piedad de sus hermanos cristianos que la que tuvo el sultán.»

Los visitantes estaban muy escandalizados al oír a un cristiano

alabar al sultán. Y empezaban a mirar a Simon un poco de través. Pero Ansiau y André sabían bien que Simon era la franqueza misma.

Y de hecho había en Simon bastante para confundir a los que no lo conocían bien. Fumaba opio, se hacía seguir dondequiera que fuese por un pequeño esclavo negro que le daba aire con el abanico y le frotaba los pies con bálsamos y óleos aromáticos; hablaba bastante bien el árabe y, sobre todo, su modo de ver las cosas era diferente del de los cruzados. Decía «gentes de ultramar» y «extranjeros» hablando de franceses de Francia; y sus amigos no comprendían en qué extranjeros podía

pensar. Del rey Gui de Lusignan decía verdaderas barbaridades: aquel hombre, según él, hacía más daño al país que Saladino, Safarino y todos sus emires juntos. ¿Y cómo se atrevía a mostrarse aún ante la caballería y los barones tras haber adquirido su libertad negociando la capitulación de las ciudades cristianas? «He conocido a gentes de Ascalón que lo han visto llevado ante las murallas y lloraba y suplicaba que rindieran la plaza. Desde luego, el sultán no nos ha hecho un gran servicio dándole la libertad.»

«Un hombre —decía Simon— a quien el rey leproso no ha querido nunca por heredero y que sólo ha llegado a ser

rey por las intrigas de su mujer y por la traición del patriarca y de los templarios... ¿Y qué respeto podía sentirse por un hombre sin nombre, un extranjero que debe su fortuna a una mujer loca que se ha burlado de él? Y el rey leproso no ha tenido más remedio que consentir el matrimonio, haciéndolo celebrar en plenas fiestas de Pascua. Nadie pudo adivinar por qué.»

Ansiau estaba de humor más bien conciliador y decía:

—¿De qué sirve hablar de ese hombre? Quienquiera que sea, hoy es un rey coronado.

—¿Coronado. —Simon movió los hombros—. Coronado por su esposa. Es

la reina quien le ha puesto la corona en las sienes. Ni siquiera el patriarca se atrevió a hacerlo.

De creer a Simon, el campamento estaba lleno de traidores, de gentes que no pensaban más que en su interés y en liquidar cuentas. No había ni rey ni jefe: el conde Henri era demasiado joven para mantener todas las riendas en su mano. Lo mejor hubiera sido confiar el mando al marqués. Inútil decir que tales discursos no podían desde luego atraer a Simon las simpatías de sus viejos camaradas de Champaña. Hablando de él movían la cabeza y decían que había empeorado y que el aire y las costumbres de aquel país lo habían

echado a perder. Por otra parte, comenzaban a hacerse una opinión bastante triste sobre aquellos cristianos de ultramar que habían dejado a los paganos conquistar la Tierra de Dios. ¿Qué podía esperarse de hombres que negocian con Saladino la rendición de Jerusalén como si se hubiera tratado de una ciudad cualquiera? Los jóvenes, Garnier el primero, decíanse que hubiera debido morir allí hasta el último hombre. En cambio, los caballeros que allí estuvieron, rindieron la ciudad sin disparar una sola flecha. El mismo Simon había salido bien de todo aquel asunto pagando su rescate y llevándose a su mujer, sus esclavos y sus bienes. En

tales casos, bien puede decirse que no hay bastantes hombres de armas: la cobardía no tiene excusa.

A Garnier no le sonreía la idea de tener que separarse de su tío y sus primos. Pero Ansiau no admitía negativas: el joven era de su padre, éste venía a buscarlo y tenía que seguirlo y servirle.

—Muchacho —le dijo—, no tenéis más que hacer vuestro equipaje. No querréis que vuestro padre crea que yo os retengo a propósito; podría acusarme de falsedad.

Garnier no quería que su tío tuviera ese disgusto y lo abrazó ocultando a duras penas sus lágrimas. Las tiendas de

Balian de Ibelin estaban dispuestas no lejos del Torón y eran bastante más hermosas y mejor arregladas que las de la mayoría de los champañeses. Garnier pasó así al servicio de aquel rico barón de ultramar, esposo de la reina viuda y el más pollino de los pollinos. Garnier conocía ya ese mote reservado a los francos nativos del país: y lamentaba tener que situar a su propio padre entre los «pollinos».

Simon de Linnières, a los cuarenta años, comenzaba a sentirse cansado de una vida de cabalgadas y combates. Su salud era mala, pero no quería confesarlo. Al cabo de diez años no tenía otra pasión que la tierra a la que se

había dedicado en cuerpo y alma y sin posibilidad de retomo. Para él Jerusalén no era sólo un lugar de peregrinación, una promesa de aventuras y de salvación. Amaba sus iglesias, sus casas, sus jardines de olivos y naranjos. La amaba con su población abigarrada, sus costumbres libres, sus mercados abarrotados; amaba las pequeñas fortalezas blancas anegadas en los amplios naranjales, rodeadas de negros cipreses; amaba la primavera de Palestina, las colinas, los prados, los jardines rebosantes de flores, la gloria y la belleza de la Tierra escogida. Todas esas oleadas sucesivas de cruzados que acudían a recibir el martirio o para

llevarse a sus países un botín sangriento y un nombre ilustre inspiraban a Simon más desconfianza que gratitud. Eran capaces de dejar el país más desolado y devastado que lo que pudieran dejarlo los paganos. La edad y las pruebas de los últimos años habían hecho a Simon de Linnières huraño e irritable, más inclinado a injuriar que a alabar.

Ante ese hijo que le había llovido bruscamente del cielo, sentía renacer en sí mismo aquella chispa de ternura de que aún era capaz. Desde la muerte de su padre creía no amar a nadie más en el mundo. Y he aquí como supo la muerte de su padre: una noche de octubre de 1181, cuando se hallaba en Naplusa, oyó

la voz de Herbert que lanzaba su grito de caza habitual: ¡ho-ho-ho-hoi! Y toda la noche, la voz del padre llamó, unas veces clara, otras veces bronca y Simon no pudo dormir. Y a la mañana oyó de nuevo la voz que llamaba: ¡Simon, Simon!». Y entonces, cerrando los ojos, vio a su padre llamó, unas veces clara, otras veces bronca, y Simon sabía que el viejo pedía socorro y nadie acudía a él. Y por la tarde no vio ni volvió a oír nada; entonces llegó la noche. Aquella noche, Simon lloró sus últimas lágrimas en muchos años y oró intensamente. No creyó tener más ataduras terrestres. Llevaba una vida cómoda, pero era porque ya no veía más razón de negarse

los modestísimos placeres de la carne y de los ojos, y su afición al lujo no llegaba a la pasión, como había ocurrido en el caso de su padre.

Ese muchacho de rostro duro, que llevaba con grave dignidad de niño sus hábitos de caballero, era un extraño para Simon. Pero era su hijo, el mayor, el único al que volvería a ver en esta vida. No llegaba a comprenderlo, pero se aficionó muy pronto a él y sin reservas. Inmediatamente vio todo un porvenir ante él. De su segunda mujer no tenía hijos y así haría a Garnier heredero de todos sus bienes. Una vez conquistado el reino, esperaba obtener para su hijo un feudo en la corte. «Mi mujer tiene una

tierra cerca de Belén —decía— que nos proporcionará con qué vivir sin privaciones. Mi mujer es buena, os amaré como a hijo propio. Ya no es joven, la buena mujer: mas por ello mismo cuidará más de vos. Sé que gustáis a mi señor y hablará de vos ante el rey. Hay que pensar que ya no seguirá siendo el rey Gui; creo incluso que haré bien haciendo que entréis en la guardia del marqués ya desde ahora. Si aún no es rey, merece serlo.»

Y Garnier tomaba, naturalmente, partido por el rey Gui, menospreciando a los «pollinos» y decía que el marqués lo hacía todo expresamente para matar de hambre a los soldados. Decía a su

padre que nunca se casaría, porque amaba a su prima Mahaut de Linnières y se haría templario. Sabía que Simon sentía verdadero horror por los templarios.

Ansiet no había olvidado los diez mil cadáveres que lo recibieran el día de su llegada al campamento y no los perdonaba ni a Dios ni a su padre. Aun sabiendo que el barón nada tenía que ver con aquello, lo acusaba porque tenía aún demasiada confianza en él. El barón no había sabido protegerlo, dejándolo solo frente a tanta podredumbre, a aquella inmensa carnicería de cadáveres en putrefacción que seguían apestando la tierra, el aire y el agua de los pozos.

Ansiet nunca había pensado en la muerte. Hasta aquel momento, formaba parte de su vida: las gentes caían enfermas o eran heridas, recibían los sacramentos y se les llevaba al cementerio acompañándolas con oraciones y cantos. Y he aquí que ahora veía con sus propios ojos lo que era en realidad: una cosa sucia, mortalmente sucia, con un hedor nauseabundo e insoportable. Herbert, por su parte, estaba decidido a no dejar que su cuerpo blanco y limpio fuera comido por los buitres. Ansiet no conseguía liberarse de la idea de aquellos diez mil cristianos, de todos los cristianos del campamento que morían diariamente de disentería y

de insolación. Era de corazón blando e imaginación vagabunda; y Ansiau se sentía como cogido en falta ante esa amplia mirada severa y grave, llena de reproches. Él mismo apenas había sido afligido por las desgracias del campamento de los cristianos. Sabía demasiado bien a qué se expone uno al tomar la cruz.

Y al final de mes fue Ansiet quien cayó enfermo, de manera que se pensó que no volvería a levantarse más. El padre creyó volverse loco. Hizo votos, caminó descalzo, se cortó el cabello, prometió un cirio de tres libras a san Nicolás y el muchacho se repuso de la disentería. Pero fue para caer

inmediatamente en una maligna fiebre que provocó una floración de granos en todo su cuerpo. El calor era terrible y por la noche el enfermo yacía a la entrada de la tienda, donde el aire era menos asfixiante. Ansiau no abandonaba la cabecera de su hijo; poníale en la cabeza lienzos húmedos que se secaban en media hora; y cuando tocaba con sus dedos la frente del joven, sentía fuego y deseos de morir. Ansiet deliraba casi todo el tiempo y no hablaba más que de Troyes y de Linnières. Su voz parecía rota, cantarína y floja, una voz de niño que no se adaptaba a aquel cuerpo enorme, ni a sus labios adornados ya por un bigote. «¡Oh, barón! ¡Una ardilla!

¡Allá arriba, en el pino, en lo más alto!
¡Pronto, pronto...!» Y de nuevo, un
acento de sorpresa alegre: «¡Pero si es
el Armangon! ¡Oh! ¡Qué clara está el
agua! ¡Pueden verse todos los peces a
través de ella! ¡Pueden cogerse con la
mano!». Y en seguida: «Haumette,
Haumette..., tengo sed... Quita ese
brasero... Tengo calor, demasiado calor,
Haumette». Al cabo de ocho días de
fiebre volvió a recobrar el
conocimiento. Estaba tan delgado que
sus pómulos y mandíbulas parecían
romper la piel y no podía levantar el
brazo por la debilidad. Pero tuvo la
gracia de sonreír a su padre cuando éste
le lavó el rostro y le hizo beber. Mas

apenas había comenzado a comer cuando de nuevo lo asaltó la disentería y entonces sí que perdió el ánimo por primera vez en su vida y lloró, no por temor a la muerte, sino por la rabia que sentía contra aquel mal que se empeñaba en no abandonarlo y lo humillaba.

Ansiau de Linnières perdía la cabeza y ya no sabía a qué santo invocar. Sus amigos lo veían con las mejillas hundidas y los ojos febriles le reprochaban el que tanto se preocupara por un hijo que, al fin y al cabo, no era el único. Pero él decía:

—Aunque tuviera cien hijos, preferiría verlos a todos muertos antes que perder a éste.

Herbert, que adoraba a su hermano mayor, no se arriesgaba a entrar en la tienda porque le era insoportable el olor de los enfermos y temía el contagio. Era una sensación que no podía dominar. Y antes hubiera tocado un hierro al rojo que la mano de un enfermo. Ansiau lo llamaba mal hermano, pero Ansiet, con su voz extinguida, decía:

—Dejadlo, padre: soy yo el que no quiere que venga.

La curación fue lenta y penosa. Hacia el otoño, Ansiet pudo levantarse y mantenerse en pie, apoyándose en su padre y en André. Entonces se observó que el joven había crecido su buena media pulgada; pero no era más que un

esqueleto cubierto de piel. Y los víveres llevados por los champañeses se habían agotado y el precio del trigo y de las carnes subía en vertical.

Los más sensibles acababan acostumbrándose a esos entierros en serie que cada día añadían al inmenso cementerio de San Nicolás nuevas tumbas y cruces. Después de todo, morir era aún alcanzar el martirio; pero era de desear más frecuencia de asaltos, y muertes más provechosas para la causa de Dios.

El emperador Federico Barbarroja había muerto ahogado y no quedaba ya quien se enfrentara con el ejército de Saladino y levantara el bloqueo que

pesaba sobre el campamento de Acre. No quedaba más que esperar socorros por mar y los reyes no parecían decididos a acudir. Sabíase que habían zarpado de Marsella y que se habían detenido en Sicilia.

La sombra del terrible marqués dominaba el campamento. A su lado, el rey Gui parecía una figura lamentable, aunque se le amaba más. El marqués se hallaba en todas partes, se le acusaba de todas las desgracias y se esperaba todo de él. Se repetía con horror mezclado de admiración la frase que habría dicho desde las murallas de Tiro a los sarracenos que le mostraban a su anciano padre hecho prisionero: «que

preferiría disparar él mismo sobre su propio padre antes que ceder un ápice de terreno cristiano». No era una frase que debiera repetirse, pero se trataba del marqués. Con la cabeza erguida, los labios duros, una mirada de águila, al hombre no le faltaba extraña belleza, toda hecha de autoridad y de orgullo; sus armas y arneses resplandecían de oro y pedrería; sus pellizas de zorro gris estaban adornadas con cadenas de oro; llevaba guantes bordados de perlas y sus halcones iban ornados con rubíes. Era cabeza que exigía una corona: la más hermosa de todas, la de Jerusalén. En el marqués, todo aquel lujo apenas se notaba, hasta tal punto parecía natural en

él. No ocultaba sus ambiciones: deseaba la corona como algo que se le debía, porque se sabía digno de ella. Muy pronto tendría ocasión de reclamar su derecho: la reina Sibila de Jerusalén había muerto, con sus dos hijas, durante la epidemia de octubre, dejando al rey Gui sin herederos y sin más derechos a la corona que su simple coronación en Jerusalén; Balian de Ibelin y la reina María, su esposa, podían probar a cuantos quisieran que la verdadera heredera del trono era Isabel, hermana menor de la difunta e hija de María. El 21 de noviembre de 1190, Conrado de Monferrato contraía nupcias con la joven Isabel de Jerusalén, separada a su

pesar de su primer marido con gran escándalo de todo el ejército. Bien podía decirse que Onfroi de Torón era un gran cobarde y no podía ser rey. Aquel bellissimo hombre de ojos de almendra a quien el mentón bien rasurado daba un aspecto muy juvenil, había ido a quejarse a los barones y obispos de la hueste, llorando como un niño y suplicando que le volvieran a su mujer. Entre los simples caballeros que constituían el grueso del ejército despertaba un sentimiento de piedad burlona —pero piedad verdadera, en todo caso—. Realmente —se decía— no será él quien se mantenga firme ante el marqués. Y el bello Onfroi debió

decírselo también a sí mismo y se resignó muy pronto. Jerusalén, ocupada por Saladino desde hacía tres años, se encontraba de este modo con dos reyes rivales entre los que se dividía la hueste y que se convertían en nuevo elemento de discordia.

La vida diaria dependía del marqués de modo muy estrecho y concreto; y mientras repartían sus escasos restos de habas y de pan integral, los de Linnières deseaban toda clase de desgracias a Conrado de Monferrato, lo que no significaba en modo alguno que experimentaran odio al personaje: tratábase de una costumbre surgida en el campamento al cabo de los meses, entre

caballeros y sargentos; el marqués tenía en sus manos el avituallamiento y los hombres pasan hambre. Las borrascas de octubre habían obligado a las naves a retirarse a Tiro y desde las costas los caballeros cruzados veían a las embarcaciones turcas anclar tranquilamente en el puerto de Acre y llevar a los sitiados víveres y tropas frescas. Por la tarde, el viento llevaba desde la ciudad asediada los prolongados gritos de los muecines... La fortaleza seguía viviendo su vida monótona y orgullosa y todos acababan por creer que era inconquistable. La doble muralla, el foso, las torres cuadradas y macizas, empezaban a pesar

en los pechos, a herir en los ojos, a hacerse odiosas. No tener ante sí más que esa muralla de piedra y, a sus espaldas, todo el ejército de Saladino, era como para desesperar de la vida. Los reyes querían que pereciera en esa maldita orilla lo mejor del ejército cruzado y cuando llegaran allí no encontrarían más que un cementerio.

Cuando no era la enfermedad, eran las mujeres quienes reinaban en las tiendas —tanto en las de brocado como en las de simple tela gris—. La bestia de placer con su voz ronca, sus dientes siempre al aire y su olor animal, y la hambrienta, con sus ojos saltones y su mirada de perra apaleada, y la loca, la

visionaria, que se arrastra en convulsiones y pretende haberse acostado con el mismísimo san Jorge en persona. Habían acudido varios cientos a comienzos del asedio, feas, gastadas, que ya no tenían aceptación en ninguna parte y que parecían demasiado seguras de hallar fácil presa entre aquellos exiliados voluntarios. No era un número excesivo para aquellas decenas de millares de hombres; pero estaban también las mujeres del país, que buscaban entre los cristianos protección contra los paganos. Las epidemias daban buena cuenta de ellas con relativa rapidez y no venían otras para reemplazarlas porque, a falta de un gran

celo por la santa causa, pocas eran las que se arriesgaran en aquel infierno.

Y era tal la miseria que reinaba en el campamento, sobre todo entre los soldados, que hasta las más feas mujerucas, verdaderos desechos humanos, parecían lo suficientemente atractivas como para tener más amantes de los que quisieran. ¿Y quién iba a cuidarse de belleza, ni aun de limpieza, cuando estaba siempre acechando una muerte que no esperaba ni daba aplazamiento? Otro azote se difundió por el ejército, que afectaba sobre todo a escuderos y caballeros mozos, incluso a los de más alcurnia: de entre los de Linnières, Herbert en particular, parecía

más expuesto. Su fina piel refractaria a los rayos del sol y su cabello rizado le atraían diariamente sorprendentes proposiciones por parte de otros hombres, a las que respondía con juramentos y salivazos, muy ofendido al sentirse tomado por una muchacha.

Ansiau de Linnières conocía de tiempo atrás la vida del campamento, pero ignoraba aún lo que era vivir allí con su hijo. No le gustaban las jóvenes de vida airada y no se acercaba a ellas más de lo estrictamente necesario, ni le sonreía la idea de ver a su hijo caer entre aquellas manos sucias. Pero el mozo no era razonable en ese punto. Y el padre se decía: «Es el aire del país».

Sin duda el aire del país influía lo suyo, ya que producía ese efecto en gran parte de los cruzados. Pero seguía en pie el hecho de que Ansiet era capaz de dar su camisa, sus sandalias, sus bragas y hasta su cruz de bautismo con tal de obtener una mujer, aunque fuera la más fea. Poco caso hacía de las objeciones de su padre, puesto que no tenía ni orgullo ni vergüenza: era un hombre y tenía que seguir el dictado de la naturaleza, eso era todo. Demasiado simple, desde luego. Embrutecíase un tanto y se dejaba llevar por desoladoras costumbres de incuria: con ayuda de la fatiga y el descuido, no se peinaba ni lavaba y en pleno invierno iba vestido de andrajos.

Ganaba con ello postillas en las manos y en la cabeza, abscesos y fiebres malignas; soportaba todo con su calma habitual y hasta puede decirse que apenas se daba cuenta de ello.

Herbert, con no poca sorpresa de los suyos, se comportaba mucho mejor que la mayoría de los jóvenes de su edad. Poseía una contención natural. Cuidaba su preciosa persona hasta el punto de irritar a su padre, que llegó a preguntarle groseramente para qué pícaro se arreglaba tanto: de hecho Ansiau no podía perdonar a su hijo el que en ciertos aspectos fuera superior al primogénito. Y Herbert gozaba visiblemente de un gran prestigio entre

los jóvenes caballeros champañeses, camaradas suyos. Su elegante vestir y sus maneras altivas influían no poco en ello. Apenas había adelgazado, a pesar del hambre; su padre sospechaba que hallaba qué comer en algún otro sitio, pero se guardaba bien de reprochárselo. La piel demasiado delicada de Herbert no había podido soportar el sol; estaba roja, quemada, pelada y, en fin de cuentas, se había quedado tan blanca como antes. Pero piojos, chinches y mosquitos la habían orlado de manchas rojas que se transformaban en ampollas al cabo de unas horas. Sufría de casi constante comezón y se rascaba hasta que le brotaba la sangre. Mas, aparte de

eso, nunca estaba enfermo.

Desde su llegada al campamento parecía haber crecido, desarrollándose a ojos vistas; su mirada se hacía más tranquila, su voz más cortante. Ya al decir buenos días parecía dar una orden. Con facilidad hacía obedecer por sus camaradas y los explotaba en cuanto le era posible: sin llegar a ser verdaderamente amado, se imponía a todos. Parecía saber mucho más de lo que en realidad sabía y su fuerza física era ya poco común. Tenía unas manos que lo agarraban todo y nada aflojaban. Debía dinero a todo el mundo y nadie se lo reclamaba. Bajo su almohada había toda una mezcla de objetos

regalados, encontrados u obtenidos en prenda, plumas, flechas, espejitos, cintas, vainas de espadas, conchas raras, cuerdas de polainas. Ordenaba cuidadosamente todos esos objetos pueriles, servíase de ellos para intercambios y bien hacía, porque de esa manera nunca le faltaba nada. No le gustaba repartir sus cosas con otros y su hermano no era exigente. A veces, en un impulso de devoción, Herbert regalaba a Ansiet una cadenilla de cobre o una flecha pagana encontrada en las murallas. Y el regalo era recibido con tanta cordialidad como la que había en el otorgarlo. En el común universo de ambos hermanos, las menores bagatelas

adquirían a menudo una virtud mágica, y un clavo de hierro podía ser más valioso que un alfiler de oro. Aquellos dos muchachos, que tan poco se parecían, llegaban a ser como dos gemelos cuando estaban juntos. Y juntos hacían planes absurdos que olvidaban al separarse. No se juzgaban mutuamente.

Garnier, muy ocupado por el servicio del barón de Ibelin, acudía a veces a visitar a sus primos; montaba un corcel árabe color gris perla y llevaba una hermosa pelliza negra de cordero de leche. Iba acostumbrándose a su padre, pero recordaba con nostalgia a su tío champañés. Solía decir:

—Mi padre no hizo más que

engendrarme y después me abandonó como si yo fuera un bastardo. A mi tío le debo mucho más: ha hecho de mí un caballero. Ha hipotecado sus tierras para pagar mi coraza y eso no lo olvidaré nunca.

—No tenéis por qué quejaros de vuestro padre —decía Herbert, mirando de reojo y con envidia el hermoso caballo gris.

Garnier alzaba los hombros:

—Me da de lo que le sobra.

Más que Ansiet y mucho más que Herbert, sufría Garnier de la nostalgia del país natal y cuando acudía a visitar a sus primos les pedía que cantaran las canciones de Champaña —él cantaba

muy mal—. Sentábase Herbert a la puerta de la tienda, con los brazos en torno a las rodillas, y entonaba con su voz fuerte y sonora una canción que hacía volverse a los soldados que montaban la guardia en la muralla.

Garnier no olvidaba a Mahaut; sentíase tan orgulloso de haber dejado a salvo el honor de la joven, que ya no se prohibía a sí mismo el amarla; y se decía que, de volver a verla algún día, se casaría con ella; pero bien sabía que todo aquello no era más que un sueño y que no había sabido aprovechar la gran felicidad de su vida.

—Las mujeres son frívolas —decía a Herbert— y seguramente me ha

olvidado. Por mi parte, sé que no volveré a amar a ninguna mujer en mi vida.

Lo que no le impedía ufanarse de haber obtenido los favores de una hermosa griega que servía a la reina María. Sus primos le envidiaban más que lo que pudieran expresar. En realidad, la griega era de una robustez exagerada; su cabellera era rala, negra y grasienta; pero tal como se mostraba era una verdadera mujer y la imaginación hacía lo demás.

Las lluvias de invierno inundaban las tiendas y corrompían el trigo y las carnes saladas en los almacenes. Los caballos permanecían en el agua y se

resfriaban; abríanse surcos alrededor de las tiendas, pero el agua los llenaba y desbordaba. Podía creerse que en todo el campamento no había un hilo seco. Era necesario ponerse vestidos mojados, comer el pan mojado, echarse en lechos mojados. Las tumbas recién abiertas estaban llenas de agua y en ellas se echaban los cadáveres el uno junto al otro, sin caja, y se les cubría apresuradamente con tierra empapada; el monstruoso cementerio devoraba cada día doscientos, trescientos cadáveres y el terreno empezaba a escasear. Había muerto el duque de Suabia; habían muerto el conde de Clermont y el barón Anséric de Montréal; y entre las gentes

más humildes eran innumerables los lutos: eran ya tantos los cadáveres en el cementerio como los vivos en el campamento y los más valientes empezaban a perder la cabeza.

Ni los de Linnières estaban en mejor situación que los demás; temblaban de fiebre en sus lechos de paja húmeda. Ansiau había enterrado ya a dieciséis de sus compañeros y sentíase feliz de poder contar aún con sus hijos y Thierry. André lo había abandonado para entrar al servicio del marqués y ahora se encontraba en Tiro: su suerte no era poca.

Los dos hermanos, echados el uno junto al otro bajo una amplia capa de

lana, parecían más que nunca dos niños. Herbert, muy delgado, tenía los labios hinchados y los párpados enrojecidos; volvía la cabeza una y otra vez sobre la paja, con un movimiento que recordaba de manera extraña el de la dama cuando se hallaba enferma; lloriqueaba como un pequeñuelo de tres años: «Barón, tengo hambre... Barón, padre..., tengo mucha hambre... No quiero tener hambre...». Su lengua se hacía pastosa; se adormecía por unos instantes, volvía a abrir los ojos y de nuevo movía la cabeza de izquierda a derecha, a ritmo acelerado. Su hermano, con el cuello caído hacia atrás, jadeaba penosamente, con el pecho lleno de ruidos sordos y broncos;

los accesos de tos casi continuos lo habían agotado y ahora dormía con los ojos semiabiertos. Ante él, la abertura de la tienda se transformaba en una mujer blanca y desnuda que se acercaba y venía a acostarse con él, fresca, dulce como una flor gigante; en su lugar se erguía otra mujer, se acercaba, se tendía a su lado, más bella aún que la primera y tan blanca que hacía daño a los ojos; después llegaban otras, con flores y frutos frescos, racimos maduros, cerezas, manzanas que se transformaban en seguida en copas doradas rebosantes de un agua brillante y transparente como un cristal de roca. A continuación se ensanchaba la entrada de la tienda: era

como la puerta de una iglesia con pesadas guirnaldas de flores y frutas, pero no de piedra como suelen ser, sino vivas y frescas, de todos los colores, rojas, doradas, con follaje verde oscuro. El pórtico se alejaba y ensanchaba al mismo tiempo, ocupaba toda la tienda, todo el cielo y una gran cruz se dibujaba en el centro, luminosa, como si estuviera hecha con hierro calentado al rojo vivo; encima, igualmente luminosa, una corona de espinas; a su derecha una lanza y a su izquierda la caña con la esponja. La cruz seguía creciendo, cada vez más resplandeciente; Ansiet cerró los ojos y ya no vio más que chorros de luz. Muy lejos, por encima de su cabeza, oía las

voces del barón y de Thierry. Después, dos manos le levantaron la cabeza y un objeto duro y fresco se acercó a sus labios.

—Bebed.

No sabía qué era; el líquido era espeso, aceitoso, y llenaba su boca de un gusto desagradable. Ansiet hizo un esfuerzo por tragar y escupió.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo el barón—. Es leche.

El joven llevaba tanto tiempo sin comer que creía no tener hambre. Dijo:

—Dádsela a Herbert —y añadió—: barón, he visto la verdadera Cruz.

El padre se santiguó.

—No habléis de eso; intentad beber.

Ansiet pensó cuántas amenazas y promesas habría empleado Thierrí para arrancar aquella jarra de leche a una vieja armenia que decía necesitarla para su hija enferma. Thierrí era el gran proveedor de víveres para la tienda de Linnières. Nunca hubiera podido esperarse tanto ingenio de parte de hombre tan simple y plácido. Ansiau no le preguntaba dónde encontraba las uvas pasas o las habas que traía de sus largas búsquedas; pero sabía que Thierrí hubiera dejado que lo despedazaran antes que tomar para sí mismo un solo grano de uva.

Aquel mismo día, Renaud de Hervi, hijo mayor de Haguenier y vecino de

tienda de Ansiau, irrumpió en la de Linnières estremecido por la fiebre y sollozando; su hermano Jacques acababa de morir y no habían tenido tiempo de llamar al sacerdote.

—¡Dios, Dios! He dejado que se condene... ¿Creéis que lo he dejado condenarse? ¿Y qué podía saber yo...?

—Ea —dijo Ansiau—, no es tarde para orar por él. Después de todo estamos aquí por Dios, ¿no es así?

Agotado, Renaud se echó en el suelo húmedo y sollozó a más y mejor.

—Estoy harto. No puedo más. No quiero morir... Nos han dejado, nos han traicionado... Esto es la muerte.

Ansiau le ayudó a levantarse y le

hizo beber un poco de leche.

—Ea, ea, querido primo: no es nada. Los reyes llegarán.

Pero ni él mismo estaba seguro de ello y mirando las dos cabezas rubias, demacradas hasta producir horror, sobre la paja negra, se preguntaba si los reyes llegarían a tiempo. Renaud se secó con el revés de la mano la barba húmeda y revuelta; sus turbios ojos se iluminaron, fijos y brillantes.

—¿Leche? ¿Tenéis leche?

—Thierri la ha encontrado. Pero no puedo daros más: es para mis hijos.

Renaud jadeaba.

—Primo, querido primo, dadme esa leche. Os lo daré todo, os serviré

durante toda mi vida. Tengo tanta hambre...

Ansiau, muy a su pesar, le tendió el recipiente; al fin y al cabo, los muchachos estaban tan enfermos que un poco de leche más o menos no iba a curarlos. Renaud de Hervi bebió la leche de una sola vez y la vomitó casi inmediatamente. Lloraba. Maldijo aquella tierra. Maldito el invierno, maldita la guerra.

—Hemos venido a reventar como perros ante esos infieles que se burlan de nosotros. Tienen razón. No salimos de nuestras tierras para esto. Y no volveremos más a la patria... ¡Ah! ¡Dios! ¡Jacques, Jacques...!

Ansiau apenas lo escuchaba; pesábale la cabeza; envolvíase en su capa y empezaba a temblar. Lo mismo se repetía cada dos noches y ya estaba acostumbrado. Cuando tenía fiebre ya no sentía hambre.

* * *

Hacía tres días que los jóvenes corrían por la mañana temprano hasta la orilla para ver si en el horizonte del mar aparecían las velas del rey Ricardo. A aquella hora, el calor era aún soportable; la brisa procedente del mar pasaba entre los cabellos y acariciaba los cuerpos bajo las camisas. El mar no

era aún azul, pero estaba claro y tranquilo y el cielo pasaba del blanco al rosa. En la bahía llegaba la hora de la gran animación. Los barcos, cortos y ventrudos, con mástiles empavesados, se balanceaban blandamente en el tibio mar; y las canoas, cargadas a más no poder de cajas, sacos y caballos, avanzaban lentamente sobre el agua oscura hacia la orilla sumida en la sombra y llena de movimiento como un hormiguero. No se oía más que gritos de ingleses y gascones, y los «¡Diavolo!» y «¡porca Madonna!» de los grumetes genoveses. Y de la parte de la ciudad asediada, el ruido rítmico de los viejos cañones comenzaba a dominar todos los

demás ruidos del campamento.

No se esperaba más que la llegada de Ricardo para el último asalto. Desde la llegada del rey de Francia con sus máquinas y su caballería, los trabajos del asedio avanzaban rápidamente. La ciudad había sido aislada de la tierra firme mediante un muro y rodeada de máquinas de guerra; y la Torre Maldita, que tantas lágrimas y sangre había costado a los cristianos, ostentaba ya tantas brechas y tanta piedra desmantelada que prometía no resistir demasiado tiempo. Los fosos aparecían llenos de tierra, de cadáveres de caballos y de hombres y la guarnición de Acre, a la vista de las nuevas oleadas de

recién llegados y de armas frescas, parecía dispuesta a rendirse. Los escapados de la ciudad hablaban de hambre y de desánimo. Pero allí estaban las terribles murallas, que seguían resistiendo y acribillando con bien dirigidos dardos el campo enemigo. Y no eran pocos entre los cristianos los que decían:

—De no ser infieles, no habría en el mundo hombres más valerosos que ellos.

El 1 de junio, la tumba de Felipe, conde de Flandes, se sumó a las decenas de miles de tumbas cristianas. Aquel mismo día llegaban las primeras naves inglesas, con la vanguardia del rey, la

reina Berenguela, la hermana del rey, la reina Juana y su cortejo de nobles damas a las que se vio pasar bajo los palios, los velos y los abanicos de plumas; vestidos ligeros y voces suaves — aquellas damas parecían embellecer el sol blanco y crudo que las iluminaba—; y el mar azul que tanta náusea les produjera, volvía a ser semejante al zafiro y la esmeralda.

Después de tantos sufrimientos quedaban en pie todas las esperanzas. El solo nombre de Ricardo Corazón de León haría caer las murallas y dispersaría las tropas de Saladino. En toda la cristiandad no había hombre tan fuerte en el manejo de las armas. Y si se

había hecho esperar tanto, era para mejor confortar al ejército cruzado: al cabo de muchos días de lluvia, el sol causa más gozo. Y cuanto más se hubiera sufrido, más dulce sería el consuelo.

Durante el último asalto de Saladino contra el campamento, Ansiau perdió a Thierry —cosa que no conseguía perdonar a los serracenos—. El cadáver del fiel escudero, mutilado y cubierto de heridas, fue llevado a la tienda, lavado y envuelto en un sudario blanco. Ansiau no había sabido liberarlo y defenderlo; por primera vez en su vida faltaba a su servidor. Herido él mismo de un mazazo no amortiguado por el escudo, se dejó caer de la silla y arrastrar por tierra.

Thierri, ayudado por Herbert y Manesier de Nangi, había roto los correaes, con lo que Ansiau pudo levantarse y recuperar su espada. Pero Thierri, como escudero concienzudo que era, se lanzó a salvar el caballo, al que los sarracenos se llevaban ya cogido por las riendas. Ansiau lo vio coger a la bestia por el bocado, debatirse y caer entre los cascos de los caballos. Ansiau y Herbert no lograron sacar de allí más que un cadáver con las manos cortadas a golpes de hacheta. El rostro, medio aplastado por el casco de un caballo, era azul y negro. Thierri tuvo un entierro de caballero, con cantos y cirios; pero por más que Ansiau gastara su soldada en

misas y limosnas, no hallaba consuelo. Nunca hubiera creído que la muerte de Thierrí iba a herirle así. Aquel hombre que en veinte años no lo había abandonado un solo día ni una noche, era como su mano derecha, su ojo, sus armas, una parte de su propio ser. Recordaba ahora los infernales días en el banco de la galera; Thierrí, a sus espaldas, canturreaba para darse ánimos; Thierrí, a quien no había dicho una sola palabra dura en toda su vida; Thierrí que, en veinte años, no había comido antes de servir a su señor; Thierrí, con quien Ansiau lo compartiera todo —hasta las mujeres— a excepción de servirse el primero. Thierrí, el

hermano gemelo, el perro guardián de Ansiau de Linnières, el compañero de juventud y de madurez; los dos hombres se habían hecho el uno para el otro de tal manera que habían acabado por parecerse; Thierrí, de menos estatura, más rechoncho que el barón, era como una copia en tamaño menor de su dueño; pero, a su vez, Ansiau había recibido de su escudero algo de su paciencia y de su dulzura.

Y ahora había que buscar otro escudero, uno que ya no conocería sus costumbres, que no despertaría al menor movimiento de su señor, que no sabría volverse ni abajarse como es debido. Ansiau tomó para su servicio personal a

Guiot de Beaumont, primo de Simon por parte de madre, buen vasallo, joven de unos veinticinco años, bastante inteligente y buen palafrenero. Pero cada vez que Ansiau tenía necesidad de su escudero, seguía llamándolo Thierrri, y Guiot no comprendía siempre que el barón se dirigía a él, hasta tal punto que Ansiau lo rebautizó con el nombre de Thierrri y desde ese día comenzó a cobrarle afecto.

El día de la llegada de Ricardo Corazón de León ante Acre no hubo duelo ni tristeza que resistiera. La caballería de Champaña formaba parte de la hueste encargada de la vigilancia del campamento; pero, confiando en la

palabra de los espías que aseguraban que no había ataque alguno en perspectiva, muchos caballeros salieron de sus tiendas y de sus puestos de guardia en la muralla para dirigirse a la costa con la cabeza envuelta en lienzos a causa del sol. A lo lejos, en un mar irisado de oro y sumido en una bruma luminosa, balanceábase navíos de amplias velas con sus pabellones flotando al viento. Sin moverse aparentemente de sus puestos, crecían de manera sensible y sus contornos iban concretándose con sus mástiles, sus arneses bélicos, sus maromas y sus proas amplias y redondas, pintadas de rojo. La primera nave, la que llevaba los

colores reales y el león de Normandía, ancló ante la bahía; las otras llegaban, pesadas, inmensas, majestuosas, como grandes manchas oscuras sobre la claridad del mar. Sus velas llevaban por armas una cruz. En los puentes de los navíos estaba la caballería, armada de punta en blanco, resplandeciente de colores a la luz del sol. Y los grandes gritos de alegría de los ingleses, a los que respondían los de la muchedumbre en la orilla, formaban un inmenso clamor que se difundía por todo el campamento hasta la ciudad de Acre y cubría los demás ruidos.

El clamor se hizo trueno cuando los cruzados vieron a Ricardo en persona

salir de su nave y tomar puesto en una ancha barca con baldaquino rojo entre el duque de Bedford y el conde de Leicester. La barca se acercaba rápidamente a la orilla, los seis remos poderosos hendían alegremente las pequeñas y cortas ondas que agitaban la superficie de la bahía. En pie, dominando a sus compañeros, formando una sola pieza su cuerpo con el yelmo y la coraza, erguido el brazo derecho, Ricardo Plantagenet ofrecía su imponente figura a las aclamaciones frenéticas de la multitud; en la larga túnica de seda roja que cubría su armadura aparecían bordados en hilo de oro los leones normandos y en medio

del pecho llevaba cosida una gran cruz blanca.

Los jóvenes se lanzaban al agua, nadaban hasta la barca, la rodeaban aun a riesgo de ser heridos por los remos, demasiado felices de verse tan cerca del rey. Y Felipe de Francia, que en la orilla aguardaba a su aliado con sus más importantes barones, podía sentirse envidioso de su vasallo: menos gritos de júbilo había habido el día de su llegada. Pero era él quien había llevado adelante el asedio y elevado la moral de los soldados. Y ahora Ricardo llegaba para cosechar laureles.

Puso pie en tierra y entonces todo fue un grito ininterrumpido, una

tempestad que lo arrebatava todo: ya no hubo ni vacilaciones, ni dudas. El salvador acudía a liberar la Tierra prometida y salvar a los cristianos. Irradiaba la cruz blanca en su pecho y el círculo de oro en torno a su yelmo brillaba al sol como un nimbo. Avanzó lentamente hacia el gentío, al lado del rey de Francia, visiblemente más bajo que él. Tendíanse hacia él innumerables manos, cabezas blancas y rubias; y bajo una hilera multicolor de banderas y estandartes de todos los países cristianos, Ricardo montó un caballo blanco enjaezado de púrpura, que llevaban dos barones por las riendas. Siguió un nuevo delirio, como si cada

gesto del esperado salvador fuera una nueva causa de admiración y alegría. Ricardo avanzaba con el rostro descubierto y el brazo en alto, en un continuo saludo. Los caballeros que se hallaban en primera fila echaban por tierra sus capas al paso de su corcel... Y bajo los estandartes de Troyes, sus ojos se detuvieron en un joven caballero, alto y esbelto, que tenía una cabeza luminosa, con su cabello pajizo descubierto y la cara cubierta de pecas. Ancho y demacrado a la vez, con las mejillas hundidas y los ojos altos, ese rostro sorprendía por la expresión de fervor que parecía arder dentro, los labios pesados y fuertes eran labios de

oración y las claras pupilas desbordaban una ternura de niño dichoso. Parpadeó un poco y los ojos se llenaron de lágrimas en el momento en que se encontraron con los de Ricardo. El rey sonrió.

Era una sonrisa de hombre a hombre, la sonrisa simple del hombre que realmente siente deseos de sonreír y que no oculta otra intención. El rey era adorable por esa sencillez que no establecía diferencias entre los grandes y los humildes, lo mismo en el buen humor que en la cólera. El hombre era sincero hasta en su actitud, entero como un bloque de mármol aun en sus menores gestos y pesado como un bloque, aunque

lo fuera de oro puro. Y era eso lo que llevaba a sus enemigos a acusarle de duplicidad.

El inmenso gozo se difunde y extiende como mancha de aceite; tras el rey, desfilan los cortejos del rey Gui de Jerusalén, el príncipe de Antioquía, el conde de Trípoli, con sus banderas, sus caballeros de penachos de plumas blancas y rojas, sus largas túnicas de vivos colores. Los gritos se repiten en un eco cada vez más extenso; ahora es todo el campamento el que se llena de gritos y poco a poco la muchedumbre de la orilla se dispersa, aunque son muchos los que se quedan a ver cómo los cargadores ingleses desembarcan las

inmensas máquinas, los lanzapiedras, los cientos de caballos de combate que, retenidos trabajosamente por sus palafreneros, piafan y se encabritan y parecen ir a hundir la barca.

Ansiet se había enamorado. De un hombre. De un bigote rojizo, de dos ojos glaucos que brillaban bajo dos espesas y enmarañadas cejas, de un rostro curtido por el viento y el sol, pálido por la fatiga, que era como una oscura mancha bajo el yelmo dorado: como una reliquia en su cofre. Toda belleza, toda santidad estaban en ese rostro. El salvador. El libertador. El rey.

—¿Lo habéis visto? Os ha mirado... Os ha mirado, sin duda alguna.

Herbert y Renaud de Hervi no salían de su asombro un poco envidioso.

—¿Habéis visto al conde de Leicester? ¿Y al rey Gui?

Grandes hogueras de leña y de espino seco iluminaron las tiendas y las filas de hombres reunidos y tendidos por tierra. Cirios y antorchas sin número, entre las tiendas y a lo largo de las murallas, luminarias llevadas por los criados que avanzaban en hilera, se transmitían el fuego de unas a otras hasta lo más apartado del campamento. Toda la llanada entre la ciudad y el torrente parecía atravesada y rodeada de fuego, y el cielo cargado de estrellas estaba iluminado y brillante, como si sus

habitantes hubieran deseado compartir la gran alegría de los cristianos. Durante toda la noche hubo cantos y músicas de cuernos y tambores, de laúdes y caramillos; el rey de Inglaterra había llevado buen número de menestrales y juglares, con lo que el aspecto del campamento era aún más festivo. Los vinos de Palestina eran llevados fuera de las tiendas en grandes recipientes de bronce; los colocaban junto a las hogueras; y los escanciadores corrían de un lado a otro llenando las copas; acariciados por las llamas, los rostros parecían descansados, rejuvenecidos; brillaban los ojos profundamente y las sonrisas rebosaban bondad. Nunca

aquella tierra de Palestina había parecido tan bella a los pobres peregrinos; ni su cielo tan puro.

Decir que Ansiau de Linnières hijo estaba enamorado no hubiera sido exacto: era un idólatra que ha encontrado su ídolo. Tras haber pasado la noche con sus camaradas errando en tomo al campamento real y gritando «¡Gloria!» y «¡Salud al rey!» regresó de mañana a la tienda de su padre, ebrio sin haber tomado una gota de vino, muerto de fatiga, feliz y sin pensar en otra cosa que en hallar un medio de merecer una segunda mirada y una segunda sonrisa. Era vergonzoso haber recibido tanto sin haber hecho méritos para ello y, desde

luego, toda su vida era poco para pagar la deuda, la sonrisa del rey. Tenía que escalar el primero la muralla, plantar el pendón de Champaña en la Torre Maldita; llevar al campamento las armas de un emir y morir a los pies del rey.

Desde aquel día, André y Simon no existieron más para Ansiet, porque los sabía partidarios del marqués y el rey Ricardo sostenía al rey Gui de Lusignan. Desde aquel día comenzó a cuidar su propia persona y a dar sus camisas a la encargada del lavado. Hablaba poco menos que de costumbre y se conformaba con oír a sus camaradas elogiar las proezas de Corazón de León. Antes de llegar a Tierra Santa, el rey

había conquistado ya Chipre y hundido una gran nave sarracena que lleva víveres y armas. ¿Qué no cabría esperar de él? El rey hizo instalar sus tiendas al norte de la ciudad y, una vez instalado, envió a sus heraldos por todo el campamento para anunciar que todo caballero que quisiera servirle recibiría de él cuatro bizantinos de oro por mes; y por tamaña generosidad se le alabó y admiró mucho, pues los franceses no recibían sino tres bizantinos como mucho. Y aun el conde de Champaña andaba escaso de dinero y sus caballeros no veían las soldadas más que a plazos y de tarde en tarde, de manera que hasta los caballos tenían que

empeñar en ocasiones. Decíase que el rey Felipe tenía no poco dinero en sus arcas, mas por avaricia se negaba a ayudar a su pariente. Así pues, la oferta del rey Ricardo llegaba como llovida del cielo. Los hijos de Linnières fueron los primeros en aprestarse a aprovechar la bondad del rey de Inglaterra: acudieron a su padre a anunciarle que deseaban pasarse al bando inglés y hacerse ingleses, puesto que era mucho más honroso servir al rey Ricardo que a ningún otro hombre del mundo. Y tal era igualmente el parecer de su tío Thibaut de Puiseaux y de Joubert de Villemaur, su compañero de armas. Y aún del mismo Ansiau, que precisamente por

entonces andaba escaso de dinero y forraje. No podía, pues, enfadarse con sus hijos porque lo abandonaran: es natural que todo hombre busque su provecho y un joven caballero debe tener buen cuidado de distinguirse y hacerse valer. Pero declaró que había prestado al conde de Champaña homenaje de vasallo y no serviría a ningún otro hombre. Bien podía el rey Ricardo ser tío del conde: servir a dos señores resulta siempre embarazoso. Mientras sólo debía servicio al conde de Champaña, estaba tranquilo; el conde podía hacerse francés, inglés y hasta alemán, si le parecía.

Los jóvenes insistían en su deseo de

pasar al campo inglés aquel mismo día, «porque —aseguraban— si no lo hacían cuanto antes se encontrarían sin puesto». A esto, el padre frunció el ceño.

—Eso es muy molesto —les dijo—. Y vosotros mismos podéis verlo: me cogéis seis caballos y a todos vuestros escuderos, con lo que sólo me quedan Thierrí, Garin, Jacques du Cagne y Jacques le Borgne. Bien sabéis que perdí mi caballo el día de la muerte de Thierrí y el que ahora tengo cojea de delante y es demasiado nervioso. El vizconde de Provins cuenta conmigo para el asalto y si por casualidad atacan a los nuestros desde las murallas y Joubert de Villemaur y su suegro se van,

ya no quedan muchos hombres por nuestra parte. Los de Ermele están tan enfermos que no se puede contar con ellos. De ese modo, no nos encontraremos en muy buenas condiciones de ataque.

Los jóvenes no cederían en su decisión. Pero Herbert pareció vacilar; después dijo que el vizconde de Provins no era ni su hermano ni su padrino. Ansiet callaba. Su cabeza era en aquel momento la de los peores días: una cabeza de madera, de piedra; una cabeza sin rostro. Se ponía así cada vez que su padre bordeaba el reproche.

—¿Y qué necesidad tenéis de cambiar de campo? —preguntó por fin

el barón—. Tendréis ocasión de llegar a vuestros puestos en cuanto den el grito de asalto.

Herbert dijo que si todo el mundo hacía lo mismo, no habría más que desorden en el campamento. Por lo demás, tenían prisa y debían liar sus cosas. Ansiau no se contuvo más y lo llamó perro tiñoso e hijo de puta. Pero Herbert ya estaba acostumbrado a los denuestos de su padre y ni siquiera se movió.

Ansiau ordenó personalmente las armas y arneses de sus hijos para ver si todo se hallaba en buen estado: había que evitar tener que avergonzarse de ellos. En el fondo, sentía bastante

inquietud por ellos, sobre todo por el mayor. Ansiet tenía por escudero a un tal Hue de Linnières, magnífico soldado de unos cuarenta años; Ansiau llamó aparte al escudero y le ordenó que velara bien por el muchacho.

—Ya sabéis cómo es. Si se expone demasiado durante el asalto, poneos delante de él. No me gustaría que recibiera una bola o una piedra en su cuerpo. Vigilad sobre todo para que no beba demasiado y que no olvide comer a las horas necesarias. Sabéis bien que no soporta las grasas de cerdo ni las habas.

Los jóvenes abandonaron las tiendas de Champaña al mismo tiempo que un reducido grupo de otros caballeros. Y,

solo con sus escuderos, Ansiau se sintió un poco triste y se dijo que Garnier al menos no lo hubiera abandonado.

Ansiet estaba bien decidido a no pensar más en mujeres: le producían disgusto. Nunca había establecido diferencia entre amor y libertinaje y ahora quería ser digno de su rey. Su gran preocupación era hallar un medio de ver al rey lo más cerca posible. Y eso no era siempre fácil.

Era de los que nunca hablan: apenas podía creerse que ese mismo muchacho había visto ciervos parlantes y hieras mágicas en el bosque de Linnières. Lo que ahora veía se lo tenía callado y hasta es posible que ya no viera nada.

Ya no había tierras desconocidas. Ni veía a Jerusalén con sus ojos de diecisiete años: ahora se trataba de una ciudad que había que arrebatarse a Saladino, una ciudad que el tío Simon y otros caballeros «pollinos» habían conocido y habitado y en la que, de creerles a ellos, habían ocurrido cosas muy sucias. Las gentes del país pensaban mucho más en reconquistar sus heredades que en liberar el Santo Sepulcro. No valía la pena luchar por ellos. Y el rey de Francia se ponía de su parte y anunciaba que los cruzados no tendrían tierras ni casas en el país: se devolvería la Tierra Santa a quienes no habían sabido conservarla. El rey de

Francia debía haber sido comprado por el marqués y los barones de Palestina. Por si fuera poco, Ansiet veía con sorpresa que en el ejército había tantos hombres comprados por los unos y por los otros que habría que preguntarse dónde se hallaba tanto oro para pagar todas esas traiciones. Ni siquiera había un barón, por poco importante que fuese, a quien no se acusara de haberse vendido a Saladino, o al marqués, o a Ricardo de Inglaterra, según cada caso. Y el joven no salía de dudas ni de razonamientos: todos los barones se vendían. Tal era la regla del juego.

A lo largo de los once meses de asedio, el cielo, la tierra, el mar

habíanse despoblado poco a poco de sus santos y de sus espíritus. Ansiet ya no creía en sus poderes porque les había suplicado muy a menudo y sin resultado. Ahora, todo lo maravilloso se concentraba para él en un solo hombre, tan próximo y tan grande, el nuevo salvador, el enviado del mismo Cristo. El hombre que llevaba un león en su estandarte, el Corazón de León, el Rey Caballero. Pero es peligroso hacerse un dios de un hombre de carne y hueso. Ansiet oraba en la iglesia y veía al rey Ricardo sentado en un trono de oro, en lugar de Dios. Y ese robusto dios sanguíneo y barbudo, vestido de pesada armadura cubierta de seda blanca y

bordada, no podía dar gran cosa a sus fieles. Ansiet no llegaba siquiera a obtener una segunda mirada de los terribles ojos glaucos; y los vinos y carnes impregnadas de especias que se servían en las tiendas de Ricardo no eran, desde luego, dones celestes. Pero se les aceptaba de buena gana, con enternecida gratitud. La juventud cruzada sabía amar. Y pocos hombres en vida han sido tan amados como lo fue Ricardo Corazón de León.

El 11 de junio, la torre de madera dispuesta por el rey Ricardo ante los muros de Acre fue incendiada por los sarracenos. Cubierta con pieles frescas de buey, pareció invulnerable durante

mucho tiempo. Pero los infieles pensaron rociarla de nafta y lanzar sobre ella el fuego griego hasta que ardió toda la máquina y muchos de los que en ella estaban fueron quemados vivos, lo que causó gran dolor en el campamento, porque se había puesto no poca esperanza en aquel artilugio. Tres días después de la llegada de Ricardo, la hueste comenzaba a desilusionarse. La ciudad de Acre no había caído; a los franceses les disgustaba el ver cómo Ricardo llevaba a su campo a buena parte de los caballeros genoveses y pisanos y gran número de los mismos franceses; los cristianos del país reprochaban al rey de Inglaterra sus

preferencias por el rey Gui, cuando el rey de Francia había concedido ya la corona de Jerusalén al marqués. Ya no quedaba que esperar más que el asalto. Y el 14 de junio los heraldos lo anunciaron al amanecer, con gran alegría de los caballeros, que se lanzaron con escaleras y arietes, aplastando la tierra de los fosos repleta de cadáveres. Los acogió una lluvia de flechas y piedras y un ruido ensordecedor de tambores y trompetas. Grandes humaredas subieron de las torres, con las que se hacían señales al sultán acampado en las colinas frente a la ciudad. Entablóse la batalla muy pronto junto a las murallas exteriores y la confusión fue grande,

pues por doquier se gritaba que el sultán estaba ya dentro del campamento.

Ansiu de Linnières, que luchaba al lado de Raoul de Jeugny, vizconde de Provins, vio ante él, en plena batalla, en medio de los jinetes sarracenos, a un templario, hermano lego, que no era ni alto ni corpulento, pero parecía estar dando que hacer a los enemigos. Ansiu tenía buena faena ante sí para reparar en el templario. Encaramado a un caballo que se encabritaba entre sus piernas, con su escudo ligero hendido, su hopalanda blanca enrojecida de sangre, aquel hombre se revolvía a derecha e izquierda, se inclinaba, volvía a erguirse como un lobo furioso, hacía silbar su

corta espada encima de su cabeza y todo ello con tal rapidez que causaba pasmo a los ojos. Lo rodeaban de tal manera los paganos que Ansiau lo perdió de vista y no pensó más en él; pero la voz del templario, ronca y chillona, llegó a sus oídos entre los gritos confusos de los infieles.

—¡Compañeros! —gritó Ansiau—, el hermano es un hombre de nuestra tierra, pues lo oigo jurar por san Thiou y san Cydroine.

Y se lanzó entre los turcos, avanzando su cabeza sobre el caballo. Renaud de Hervi lo siguió de cerca. Los champañeses del vizconde de Coulommiers y de André de Chavigni

rodeaban a los jinetes musulmanes y los rechazaban hacia la muralla. En esa batalla, el hombre de quien más se habló fue Geoffroi de Lusignan, el mejor caballero de la hueste —según decían— y más estimado que su hermano menor, el rey Gui. Huían los sarracenos, dejando en lamentable estado la muralla de tierra; pero era tal la confusión en el campamento que no se sabía si era mejor correr a los muros para rechazar el ataque o lanzarse directamente contra la ciudad. Los que ya habían empezado a escalar las murallas hubieron de descender a prisa, por temor a encontrarse aislados y caer en manos de los asediados, pues el pánico en el

campamento era tan grande que ya nadie pensaba en el asalto. Las catapultas y torres del rey de Francia, mal vigiladas, ardían por todas partes, añadiendo su calor al ya fuerte de mediodía; y de lo alto de las murallas, los sarracenos injuriaban a los cristianos y batían palmas.

Garnier fue de los primeros en correr al asalto de las murallas de Acre; había pedido a su padre como gracia especial que le permitiera acudir. Y en mala hora lo hizo. Fue derribado de la escala, rodó a tierra; la escalera cayó sobre él y fue aplastado y pisoteado por sus propios compañeros que con él intentarían el asalto. Lo sacaron de allí

desvanecido. Fue llevado a la tienda de Simon, donde lo desnudaron y cubrieron de lienzos húmedos. No tenía heridas y ni un solo hueso roto, pero todo su cuerpo estaba cubierto de cardenales; no recuperaba el conocimiento y gemía continuamente. Debía haber recibido un fuerte golpe en el pecho porque jadeaba y la saliva sanguinolenta se asomaba en las comisuras de sus labios.

Ansiau se desarmaba en la tienda del vizconde de Provins; estaba fatigado y de pésimo humor. ¡Bello asalto, en efecto! ¡Bien organizado y a gloria de los cristianos! Si el rey de Francia no se hallaba mejor preparado, no quedaba más que pedir auxilio. Decíase que el

rey Ricardo estaba tan enfermo que no podía moverse de su lecho. Sin duda había llegado a aquel maldito país para morir en él. Nunca se arrebataría la ciudad a los paganos... Así estaba entregado a sus negros pensamientos cuando su escudero Thierry Guiot le dijo que un hombre deseaba verlo, un lego templario; preguntaba por el corpulento champañés al servicio de las armas de Provins y que llevaba un yelmo listado de rojo.

—Supongo que se trata de vos —dijo Guiot.

El mal humor de Ansiau se esfumó inmediatamente.

—¡Ah, el valiente templario! —dijo

—. Voy en seguida.

A la entrada de la tienda vio al hombre del combate, tal como estaba entonces, armado y con la túnica manchada de sangre. Habíase quitado el casco y se secaba con la mano el corto cabello empapado en sudor.

—¡Por san Thiou, hermano! —dijo Ansiau—. Hoy habéis merecido vuestra parte de Paraíso.

El hombre lo miraba con sorpresa.

—¡Cómo! —dijo—. ¿Sois vos? ¿No sois acaso el castellano de Linnières cerca de Hervi? ¿Ansiau, hijo de Ansiau?

—Soy yo mismo.

Ansiau fruncía el ceño mientras

trataba de recordar dónde y cuándo había visto a aquel compatriota.

—El diablo me arranque la barba si os recuerdo, hermano. ¿Lleváis mucho tiempo en el Temple? He debido veros en Troyes...

El otro se echó a reír.

—Me habéis visto en Linnières. Bueno, hermano mío: no es que tengáis muy buena memoria.

Ansiau pensó que no estaba obligado a conocer a todos los cuñados de sus hermanas mayores.

—Debe hacer bastante tiempo de eso... —dijo, con aire de duda.

El otro se puso a contar con los dedos.

—Ocho, nueve años... cuando la muerte del viejo conde Henri. Vos acababais de regresar de Tierra Santa, según creo. ¿No lo veis aún claro? Erard; Erard de Baudemant por Villemaur, hermano de Hue.

Ansiau dejó escapar un grito de sorpresa y comenzó a mirar al hombre con creciente perplejidad. Hasta ese momento tenía la impresión de hablar con uno mayor que él y no sabía qué actitud adoptar ante aquel menudo caballero al que tan groseramente tratara antaño. De aquel rostro flaco y gris había sido borrada toda belleza física como con una esponja; apenas quedaban furtivas huellas en la estructura de la

cabeza y en las orgullosas líneas del cuello. Sólo los ojos ardían con viva llama entre los párpados sombríos. Parecía un poco confuso por el efecto que sus palabras habían producido, y entristecido por saberse irreconocible. También Ansiau estaba embarazado; había olvidado más o menos por qué Erard le disgustara tanto en otra ocasión, pero recordaba haber faltado al deber de hospitalidad con aquel hombre y ese recuerdo le resultaba penoso.

—Si os causé una afrenta —dijo—, creo que la he reparado hoy.

Y tendió la mano a su cuñado.

—He querido daros las gracias —dijo Erard—. Vengo directamente de las

murallas: excusad mi aspecto.

—¡Cómo! —dijo Ansiu—, no hay aspecto mejor para un caballero. Por lo demás, creo que nuestras lavadoras de cabeza son las mejores del campamento. Os quitaréis las armas y os lavaréis aquí; os quedaréis con nosotros esta tarde, si algo no os lo impide. Seguramente hallaréis a viejos amigos.

Tendidos en un vasto lienzo blanco, los dos nuevos camaradas se hacían rociar de agua y dar masaje por una vieja bigotuda de manos rugosas. Ansiu se estiraba y sacudía sus cortos cabellos mojados.

—No conozco nada mejor que esto. Pero es evidente que no puede

compararse con los baños de Troyes.

Erard, con los ojos cerrados, guardaba silencio.

—Esta buena Berta conoce a la perfección su oficio —siguió Ansiau—. Lástima que no sea un poco más joven, ¿no os parece?

Erard aseguró que esas cosas ya no le atraían y que era mejor no pensar en ello. Ansiau abrió los ojos:

—¡Qué! ¿Acaso sois un monje de veras?

—En la medida de lo posible —dijo Erard tranquilamente.

Después se puso a explicar que todas las mujeres, tanto las nobles como las villanas, eran agentes de diablo,

creadas para la perdición del hombre.

—Así lo enseñan la santa Iglesia y los santos padres. De la mujer procede el pecado original, y todo daño, todo sufrimiento, toda impureza. Bien puedo hablar de ello —añadió—, porque algo sé. Puedo deciros que a más de una he conocido que pasaban por honestas mujeres y os aseguro que son perras enloquecidas, unas y otras: en sus cabezas no tienen más que pecado y suciedad. Para obrar bien, hay que procurar evitarlas; es un consejo que os doy.

—Sois muy severo —dijo Ansiou, dominado por cierto respeto y, sin embargo, bastante escéptico—. Cuando

se vive en el mundo, se piensa de otra manera.

Entonces Erard se puso a explicar que nada había peor que un caballero del mundo: era el asiento de los siete pecados capitales, pero sobre todo de la ira y la lujuria. Y a causa de ambos pecados se va directamente al infierno, para sufrir en la paz hirviente, como les ocurre a todos los hombres que se han apasionado demasiado en su vida terrena. Precisamente por eso eran tan buenas las órdenes militares; los calores de la lujuria —aseguraba— se reprimen de tal modo que refluyen al corazón y a la cabeza y agrían la sangre: el agraz se toma en cólera y la cólera en odio contra

los enemigos de Dios. «Ya lo veis — concluía Erard—, de esa manera, los dos pecados más grandes se convierten en trampolines de salvación.»

—Por san Thiou —dijo Ansiau—, eso está muy bien, pero tal idea no se me hubiera ocurrido. Y decidme, ¿habéis entrado en el Temple por vocación?

—No puedo decir que fuera por vocación —replicó Erard tras un breve silencio—. Pero, ya lo veis: tengo que cuidarme de mi alma. He cumplido ya los treinta años y he vivido lo suficiente para mi propio placer. Y con Dios, a fe mía, no se juega. Una vez muerto, uno ya no puede hacer nada por sí mismo: todo se ha acabado. Hay que adelantarse a la

muerte —y al decir esto sacudió la cabeza—. No creo que baste tomar la cruz para salvarse. Conozco a muchos hombres aquí que pasan el tiempo embriagándose con los vinos de Giblet que, sin embargo, se creen santos mártires. Nuestros hombres llevan una vida tal que avergüenzan a los mismos paganos. ¡Y por Dios que están bien castigados! Ya veis todas las enfermedades que infestan al campamento.

Ansiau suspiró:

—Sí. Dicen que el rey de Inglaterra está muy enfermo. Es una desgracia.

—Pues bien: eso es por haber obrado mal con su señor. Cualquier cosa

lo contraría, pues está celoso al ver que las gentes del país prefieren al rey de Francia. Apenas lleva ocho días aquí y ya veis la serie de afrentas que ha hecho al rey y al marqués. Y sin embargo, debe ver bien claro que nadie quiere al rey Gui.

—¡Ah, no! Debe defender a Gui — replicó Ansiau—. Es potevino como él y además los de Lusignan son parientes de los duques de Aquitania. Y todo hombre debe defender a sus parientes. El rey Gui no es mal caballero.

Erard se echó a reír.

—El rey Gui es un buen hombre — dijo—, pero es imbécil. No es culpa suya, pero no puede regir el reino. Bien

lo ha demostrado.

Ansiau pensaba que el rey no merecía tales ofensas; debía su desgracia a malos consejeros y a la traición del conde de Trípoli que lo había abandonado en plena batalla. Pero por cortesía procuró no discutir con su huésped.

A la entrada de la gran tienda del vizconde, los dos hombres se encontraron con Ansiet y Herbert, que venían a ver si su padre había resultado herido en la batalla.

—¿No habíais visto a mis hijos? — dijo Ansiau con ancha sonrisa.

Erard levantó la cabeza, sorprendido.

—¡Cómo! ¿Vuestros hijos? Y pensar que los vi cuando eran dos mocosos que no me llegaban a la rodilla... Pero supongo que serán de un primer matrimonio vuestro...

Ansiau estalló en carcajadas a la idea de que pudiera atribuírsele otra mujer que Aalais. Dijo que sólo se había casado una vez.

—Es verdad —dijo Erard, examinando los rostros de los jóvenes—. Además, se parecen a vuestra dama.

Erard fue recibido y festejado en la tienda del vizconde de Provins. De los caballeros que había allí apenas conocía más que a Ansiau y Renaud de Hervi. A pesar de ello no podía ocultar su gozo

de encontrarse entre compatriotas. Estaba muy animado, bebía por dos y hablaba por cuatro y, en fin, hizo muy buena impresión. Ansiau lo encontraba incluso mejor que antes, más reposado, más modesto. Pero al término de la cena, bajo el efecto del vino, Erard fue haciéndose más libre en sus palabras y pareció volver a él su antigua despreocupación. Se enterneció mucho por Ansiet y Herbert que, sentados frente a él, graves y dignos, se esforzaban por demostrar que ya no eran los pequeños mocosos que Erard conociera en Linnières.

—¡Espléndida raza! —decía Erard —. Cuñado, ¿por qué los habéis traído

aquí? No es lugar bueno para jóvenes. Verdaderamente van a aprender bellas cosas... Yo estoy bien contento de no tener hijos, porque la vida de soldado es sucio oficio.

—¿Y qué vamos a hacerle? —replicó Ansiau—. Nosotros no podemos cambiarla.

—Realmente es lástima —proseguía Erard, pensativo—. Deberíais haberlos dejado en Champaña. ¿Qué van a ganar aquí, sino vicios y enfermedades? Esta vida está bien para viejos vagabundos como vos y como yo; pero estos... ¡son jóvenes y tiernos!

Ansiau pensó: «Por qué se mete en esto?». Y dijo:

—No voy a encerrarlos.

No quería confesar que pasaba las noches en vela por la preocupación que le suscitaban sus hijos.

—Es lástima —repetía Erard—. Una gran lástima.

Y Ansiau comenzaba a mirarlo de través y a pensar que haría bien en no permitir que volviera a ver a los muchachos: bien podía tener mal de ojo.

Renaud de Hervi, para desviar la conversación, preguntó a Erard por qué se había hecho templario.

—¿Queréis saber por qué no entré en la Orden del Hospital? —preguntó Erard—. Sé que entre vosotros están mejor considerados los Hospitalarios;

pero yo tenía un tío —y se santiguó— (Dios tenga su alma, murió en Pascua florida) que era templario, caballero de la orden. Había ingresado en el Temple el primer año del rey leproso, porque acababa de perder a su único hijo. Cuando vine aquí me protegió y obtuvo para mí un buen puesto. Sirvo al hermano tesorero.

Garnier volvió en sí al día siguiente de su accidente, pero su estado no parecía mejorar. Sufría tan vivo dolor en las entrañas que lanzaba gritos cuando se le tocaba y el pecho le hacía daño. Simon hizo llamar a un médico armenio que dio al enfermo una bebida de opio para calmar los dolores. Y dos días

después Garnier declaró que estaba mucho mejor y que era vergonzoso para un hombre permanecer en cama si no estaba herido. Suplicó al médico que le curara lo antes posible, pues deseaba estar en pie para el gran asalto. Y el día del gran asalto era el siguiente. El asalto comenzó, en efecto, por más que el rey de Inglaterra siguiera enfermo. Y cuando Garnier oyó el clamor de la trompeta y el ininterrumpido trueno de los lanzapiedras, se alzó del lecho y empezó a vestirse: estaba solo; Simon se hallaba ante la muralla con su señor, y los escuderos tenían algo más que hacer que cuidar de un enfermo. Garnier se puso él mismo su armadura y salió de la tienda

para buscar a alguien que le ayudara a atarse los lazos. Dolíale mucho el costado, pero se decía que no era cosa de prestarle atención. Armado, como pudo, llegó a alcanzar la tropa de Balian de Ibelin. Allí era grande la emoción, pues se decía que Saladino iba a atacar de nuevo por la espalda y se hallaba ya en la muralla. Simon y los demás caballeros «pollinos» no tenían ya bastantes injurias para el rey Ricardo que se había negado a ir al asalto y prohibía a los suyos tomar parte en él. «Si fracasa el asalto —decían—, será por la traición de Ricardo. Se ha vendido a Saladino, como todos los suyos.» Garnier se acercó a su padre,

que estaba tan furioso y desolado que ni siquiera lo miró.

—Padre —dijo el joven—, no comprendo nada... creí que se había dado la orden para el asalto.

—¡El asalto! ¡Ya no hay asalto! —gritó Simon—. ¡Id al diablo!

Cuando supo que no habría asalto, Garnier sintió que su debilidad volvía al galope; le asaltó el vértigo y quedó sumido en la tiniebla. Sus brazos y piernas le flaqueaban y se hacían pesados como sacos de lana.

Simon desesperaba de persuadir a su hijo que se mantuviera en calma. Garnier era testarudo como un mulo. Podía estar escupiendo sangre y con

intensos dolores en el costado, pero no se le aplacaría más que con opio; quería levantarse a toda costa, ir a las máquinas; quería estar con los ingleses y los pisanos que se aprestaban al asalto de la Torre Maldita. Simon se hallaba muy ocupado, no podía vigilar a su hijo y nunca quedaba tranquilo, pues le preocupaba la idea de qué locura haría el joven durante su ausencia. Por último decidió llevarlo a Tiro, a casa de su mujer, donde estaría hasta su curación. Pero Garnier no quería oír hablar de eso: se le trataría de cobarde si abandonaba el campo antes de la caída de la ciudad. Como último recurso, Simon acudió a Ansiau en demanda de

ayuda.

Ansiau se sobresaltó al ver la cara gris e inexpresiva de su sobrino, sus ojos hundidos, su boca desmesuradamente grande con los labios oscuros y agrietados. Garnier sonrió:

—Hace tiempo que no os veo, tío — jadeó—. Decid a mi padre que me deje tranquilo. Quiere llevarme a Tiro. Sería una cobardía marcharse ahora ¿no es verdad?

—Ea, hijo mío —dijo Ansiau—. Vuestro padre sabe mejor que vos lo que es bueno o malo. No va a aconsejaros una cobardía.

—Teme por mi salud —dijo Garnier con una sonrisa llena de menosprecio—.

Pero no he venido a Tierra Santa para cuidarme, ¿no os parece?

—Quiero deciros algo, Garnier — dijo el tío, muy serio; y el joven levantó la cabeza, porque su tío sólo lo llamaba por su nombre en ocasiones solemnes—. Quiero deciros algo, Garnier: sois un mal hijo. Y un mal hijo no puede ser buen caballero. Un hijo debe obedecer a su padre, querido sobrino.

—Ya no soy un niño —murmuró Garnier.

—Sobrino mío —dijo Ansiau—. Yo había prometido a vuestro padre hacer de vos un buen caballero. Y ahora tiene derecho a enfadarse conmigo, porque le he traído un hijo malo e ingrato, que no

vale un higo. No querréis avergonzarme, querido mío.

Garnier se echó a llorar.

—No me forcéis a partir —suspiró.

—Es necesario.

—¡Y no voy a estar en la conquista de la ciudad! —gritó el joven.

Ansiau le pasó la mano sobre el cabello.

—Hijo mío. Hay todavía muchas ciudades que conquistar.

Al día siguiente, una de las galeras del marqués salía del puerto y Simon hizo llevar a su hijo en unas parihuelas; él mismo embarcó, pues su señor le había permitido pasar unos días en Tiro. El mar estaba en calma y el aire libre de

alta mar parecía ser beneficioso para Garnier. Echado en el puente, bajo una amplia tela blanca tendida entre los mástiles, cerraba los ojos y caía en un estado de duermevela. Los gritos roncós y monótonos de los marineros genoveses, el chasquido de las olas que se estrellaban contra la nave y la luz del sol que, a través del toldo y de la camisa, aplastaba y acariciaba el cuerpo; todo se fundía en una música conocida, un coro de voces femeninas en la sala de Linnières.

*Sopla el viento y crujen las ramas
y duermen apacibles los amantes...*

Simon no tenía casa en Tiro, pero como había sido uno de los primeros

caballeros que se encerraron en la ciudad después de la derrota, había ocupado una pequeña villa que pertenecía a un señor de Belmont, caballero al servicio del conde de Trípoli. El dueño había perecido en la batalla de Hattin y su viuda vivía refugiada en Trípoli. Tratábase de una pequeña casita construida en piedra blanca, ceñida por otras dos; la calle era estrecha y sombría, pero la fachada posterior daba a los jardines del convento de la Trinidad, que a su vez estaban próximos a las murallas que dan al mar. La ciudad de Tiro, aunque superpoblada y llena de soldados, parecía tranquila en comparación con lo

agitado del campamento. Las velas blancas y amarillas de las naves se balanceaban suavemente a pleno sol, la bahía ostentaba un animado aspecto, como corresponde a un alegre puerto comercial. El pobre Garnier fue llevado a trompicones durante largo tiempo por calles en cuesta y con altas escaleras de piedra y entre sus párpados semiabiertos veía una sucesión de muros encalados, cortinas rayadas colgadas a las puertas, fuentes de piedra en las esquinas de las calles. Mujeres con velo en el rostro y muñecas cargadas de brazaletes estaban en pie en tomo a las fuentes, con grandes cántaros de barro gris; pasaban armenios con turbante y larga barba

negra, con la cabeza erguida y el gesto grave; aguadores, con las piernas desnudas, tiraban de las riendas de sus asnos para dejar paso a los portadores de las parihuelas.

Tras haber pasado bajo una bóveda baja y sombría, Garnier quedó sorprendido al hallarse en un pequeño patio cuadrado, cubierto de arena dorada y fina. En el centro se alzaba un laurel de follaje oscuro. Un gran toldo rojo tendido entre dos muros protegía el patio del sol de mediodía y una parra cargada de racimos negros extendía su arabesco sobre la pared oriental; dos criados negros medio desnudos se ocupaban en pasar harina a través de un

gran tamiz de seda. Tres jóvenes sirvientas con vestidos blancos hilaban lana, sentadas en el suelo, sobre una alfombra. El sol, a través del toldo rojo, llenaba el pequeño patio de una luz cálida y uniforme, muy suave. Simon se quitaba lentamente sus guantes y su escudero corría para advertir a la dama de la llegada del dueño.

Garnier vio inclinarse sobre él a una mujer madura, delgada y morena, muy adornada y perfumada. No acababa de admirar los collares, las cadenas, los pesados bordados de oro y perlas que ornaban todo el pecho de la dama —del cuello a la cintura—. Su rostro de color oliváceo estaba rodeado por un velo

blanco ceñido bajo la barbilla y una diadema de plata cincelada le rodeaba la cabeza y cubría la frente. El rostro carecía de belleza, pero los profundos ojos negros llameaban brillantes entre dos pestañas temblorosas. La dama se irguió y pasó sus brazos en tomo al cuello de Simon.

—Pobre amigo mío —dijo—, pobre amigo mío.

Instalaron al enfermo en una pequeña habitación aparte, tendido en un camastro bajo y blando, rodeado de almohadones de seda; los esclavos negros le frotaron el cuerpo con aceites olorosos. Simon hizo llamar a los médicos y Garnier fue vuelto de una

parte a otra y tocado una y otra vez por aquellas manos ligeras y frías que le causaban daño en todas partes. El mal, dijo uno de los doctores, un griego que hablaba bastante bien el francés, procedía de heridas internas: algunos vasos sanguíneos se habían roto en el pecho y en las entrañas y las vísceras estaban flojas y desviadas; la curación tardaría en llegar. De hecho, Simon comprendió que no había mucho que hacer: ¿cómo curar unas heridas interiores? Se necesitaba reposo. Pues bien, Garnier lo tendría. No haría un movimiento más de lo necesario. Desde su entrevista con su tío, Garnier se mostraba muy apacible y ponía empeño

en no contrariar a su padre. Además, se encontraba tan mal que ni siquiera podía pensar en levantarse. La fiebre le volvía cada tarde y respiraba con dificultad.

—Le ha fatigado el viaje —decía Simon—. Aquí se repondrá en seguida; la dama lo cuidará bien.

Permaneció dos días en Tiro, al cabo de los cuales fue a despedirse de su hijo. El joven tenía un rostro pequeño como el de un niño de diez años. De ese rostro, sólo los ojos, la nariz y la boca sobresalían un poco; labios, orificios nasales y párpados tenían un color oscuro y parecían hinchados.

—Bien, hijo mío —dijo Simon—. Debo irme. No puedo ausentarme

demasiado tiempo del campamento.

Garnier abrió mucho los ojos.

—¿Ya?

Y la idea de ver partir a su padre le causó miedo: su compañero de miserias desde hacía diez meses, su único amigo en aquella ciudad extranjera —el primo de su tío Ansiau—, su padre: también su padre lo abandonaba. Dijo:

—¡Quedaos aún un poco!

Y se sintió avergonzado de su debilidad.

A Simon le saltaron las lágrimas a los ojos y vaciló un instante. Después recordó que los últimos refuerzos del rey de Inglaterra estaban ya ante el puerto de Tiro y que el gran asalto

podría producirse de un momento a otro. Pasaría por un cobarde ante sus amigos si se quedara tranquilamente en la ciudad con su mujer el día de la batalla decisiva. Además, se aburría ya lejos del campamento; se hallaba impaciente por saber qué iba a hacer el marqués y si el rey Ricardo habría curado ya y si se confirmaría en sus derechos al rey Gui.

—Volveré dentro de quince días —dijo a Garnier—. Y antes, si puedo. A menos que hayáis curado ya y regreséis a Acre vos mismo...

—Sí, iré —dijo Garnier con una voz pálida, sin pensar siquiera en lo que decía. Simon le besó y el joven se cogió

a su cuello con los brazos—. ¡Padre! —
Sollozaba—. ¡Padre! ¡Padre...!

Simon atribuyó el inesperado acceso de ternura a la gran debilidad del enfermo y se fue con el corazón cargado de presentimientos. Nunca había pensado que esa separación pudiera afectarle a tal punto. Un peso de cien libras le aplastaba el pecho. Prometíase regresar a Tiro lo antes posible.

La segunda esposa de Simon tenía cinco años más que su marido. Había heredado de su madre —una francesa nacida en Constantinopla— el nombre griego de Teodora y su apellido de soltera era de Latran. Casada tres veces, nunca había tenido hijos y se hallaba

dispuesta a hacer las veces de madre con aquel mozallón champañés que su marido le había traído del campamento de Acre. Era una buena mujer. Con su verdadera madre, Garnier no había tenido más que relaciones corteses y frías. Esta extraña dama que hablaba con voz cantarína y olía tanto a ámbar y a sándalo le atraía como el sol atrae a los retoños helados de los árboles. Por extranjera que fuese, era una dama. Sus movimientos eran afelpados, suaves; sus dedos tan ligeros que parecía no tocar más que pétalos de flores y alas de mariposas. Tenía una sonrisa que llenaba su rostro de finas y leves arrugas, mientras sus ojos permanecían

tristes. Garnier le pidió que se sentara a su lado y ella se instalaba cerca del lecho, sobre unos almohadones, con una labor entre las manos; una escarcela cuyo dibujo era una combinación de pájaros de oro y pájaros negros que entremezclaban patas y alas. Cada día mostraba a Garnier el progreso de aquella labor, de la que estaba muy orgullosa. Una jovencita griega, su criada, sentábase a sus pies y cosía una camisa. El lecho del enfermo estaba cerca de la ventana, que daba al patio pequeño. La habitación de Garnier era la más hermosa de la casa; muy pequeña, parecíase a una capilla o a un cofre; el suelo aparecía cubierto de

alfombras de seda de colores muy vivos, y el techo pintado de blanco y la pared del sur cubierta con un tapiz de Persia en el que Garnier se divertía distinguiendo cerezos en flor, gacelas, águilas y liebres. Las otras paredes estaban recargadas de preciosos tejidos bordados, con escenas de combates los unos y con flores y cruces los otros. La ventana quedaba enmarcada en un amplio mosaico en el que se combinaban entre sí estrellas blancas, azules y doradas. Cada día, dama Teodora llevaba a la habitación un nuevo objeto raro: un plato esmaltado, un jarro de cobre cincelado o un cuerno de marfil trabajado como un encaje. La

dama no sabía qué hacer para mimar al joven: le obsequiaba con frutos contados y pasteles de almendra preparados por ella misma; pero Garnier no tenía mucho apetito.

Aún no comprendía cómo se hallaba allí, ante ese apacible y reducido patio inundado de luz cálida y roja, con un laurel, su parra negra y sus palomas blancas que se arrullaban a lo largo de todo el día. Los perfumes de la dama, sus muñecas cargadas de brazaletes, sus amplias mangas de muselina; todo eso estaba tan lejos del campamento, del ruido de las máquinas de guerra, de los juramentos... Nunca se había ocupado alguien tanto de él. Se le hacía beber una

medicina en la que había oro fundido; la tomaba, no sin temor, pero la dama le aseguraba que eso le daría fuerzas.

—Y cuando estéis más fuerte —le decía— iremos hasta Nuestra Señora de Tortosa y así estaréis seguro de curar en menos de un mes. No hay hombre que haya ido y no haya obtenido la curación, fuera cristiano o pagano. Ahora tomaréis un poco de mi confitura de pétalos de rosa: sé hacerla mejor que nadie.

Después le peinaba y decía:

—Ahora tenéis mejor aspecto.

Pero nada era tan falso. Garnier escupía sangre continuamente y hasta mezclada de supuración. La fiebre seguía en aumento. Por la tarde, cuando

la fiebre era muy alta, se animaba y parecía delirar. «¡La nieve! ¡Ah, la nieve! Es tan bella la nieve de Francia, madre... si lo supierais! Todos los mares están helados. Las ramas de los abedules son blancas. ¡Hay tanta nieve como se quiera... tanta como se quiera...!»

—No habléis, hijo mío... eso os cansa el pecho —decía la dama.

Pero el enfermo jadeaba.

—No, no, escuchad. Si supierais... es tan bella. Mi prima Mahaut, en Linnières, en el país de Othe. Pequeños labios color rojo, como cerezas partidas por la mitad, no demasiado maduras; no ha besado a muchacho alguno antes de

mí. Tan blanca, tan fina y unos hermosos ojos negros que bizquean... (para Garnier, los ojos bizcos eran necesario atributo de la belleza femenina). La más bella joven de la Champaña... ¡Me amaba! ¡Os juro que me amaba!

—No habléis —suplicaba la dama—. Me pondré de rodillas, lloraré si seguís hablando.

—No, no: dejadme seguir. Oh, no sabéis... ¡Ay, qué daño!

Quince días después de su llegada a Tiro, Garnier se dio cuenta de que la curación no estaba próxima. Miraba con espanto sus brazos descamados, sus grandes manos... cuyos huesos aparecían cubiertos de piel seca y rugosa.

—Decidme, madre... ¿curaré? — preguntaba—. Madre, comprendo... esto no va mejor.

Y un buen día lo comprendió todo y fue asaltado por el terror.

—¡No! ¡No quiero eso! ¡Es demasiado duro! Madre, soy demasiado joven... Dios no puede quererlo.

Garnier comenzaba a sufrir accesos de tos profunda que le desgarraban el pecho; después de cada acceso caía en un estado de somnolencia y postración. Sufría tanto que sólo temía una cosa: la vuelta de la terrible tos. Prefería sentir cómo su pecho iba llenándose poco a poco de supuración; después se ahogaba y comenzaba a toser y a escupir de

nuevo. No comía nada desde hacía tres días y una mañana, en lugar del médico, fue a visitarle un sacerdote.

—¡Ah, de haberlo sabido! —decía—. No lo hubiera hecho. Debí aprovechar... Merezco el castigo por haber sido demasiado bueno. ¡Cabeza rasurada, no quiero nada con vos! ¡Marchaos! Me traéis la desgracia.

Lloró como un niño, pero se resignó rápidamente; se confesó y recibió los sacramentos. La dama Teodora y la pequeña griega lloraban, sentadas en un rincón de la estancia.

Garnier se mantenía erguido; incluso hizo un esfuerzo por sonreír a la dama y susurró: «Salud a mi padre. Y a tío

Ansiau. A todos». Después, como el sufrimiento aumentaba, comenzó a llamar: «Mahaut, ayudadme. Mahaut, ayudadme. Mahaut querida...». Después entró en agonía y jadeó aún durante algunas horas, pero sin recobrar el conocimiento. La dama Teodora enjugaba la espuma de sus labios y orificios nasales. Por la tarde, a última hora, estaba vestido, adornado, tendido sobre un lecho cubierto con un tapiz, en una habitación con las cortinas echadas. Un pesado olor de incienso saturaba el aire inmóvil de la estancia. Hacía mucho calor y sobre el pequeño rostro huesudo y amarillento aparecían ya en mejillas y bajo los ojos ligeras manchas oscuras.

El sacerdote recitaba las oraciones de los muertos y la dama, arrodillada a los pies del lecho, lloraba silenciosamente y de vez en cuando se oían sus suaves sollozos.

Simon había regresado de pésimo humor al campamento y decíase que la causa de ello era la conducta del rey Ricardo. En las filas francesas se hablaba cada vez más de traición: el rey de Inglaterra enviaba mensajeros a Saladino, recibía obsequios y nada hacía por llevar adelante el asedio. Por si todo eso fuera poco, seguía enfermo. Y el marqués se había retirado a Tiro —decíase que por temor a las conjuras de Ricardo—. El marqués —rey de

Jerusalén para sus partidarios— era un jefe: sin él, los cruzados de Tierra Santa se sentían desamparados y temían las peores desgracias. En torno a las murallas de la ciudad los lanzapiedras seguían disparando, pero era completo el desánimo en el interior del campamento.

Ansiau fue a ver a Simon para preguntarle por Garnier.

—Se restablecerá pronto —dijo Simon—. Está bien cuidado y se hallará mejor allí que aquí.

—Desde luego —dijo Ansiau, que pensaba continuamente en Ansiet y en que estaba enfermo del pecho y demasiado flaco—: ¿cómo iba a

soportar las grandes lluvias del invierno?

—Iré a verlo —dijo Simon—. Creo que me guarda afición.

—Estoy seguro de ello —respondió Ansiau—. No hay otro mejor que él... ¡Oh Dios, Dios! Con tal de que cure...

—André se fue del campamento con la escolta del marqués y no me avisó —prosiguió Simon—. De haberlo sabido, le hubiera rogado que fuera a ver a Garnier; creo que ni siquiera sabe que el muchacho está en Tiro.

—Hay que creer que vuestro marqués ha embrujado a André —dijo Ansiau—. Ya no es el mismo de antes. Nos ha olvidado.

—Creo que algo le ronda por dentro —rió Simon—; estoy seguro de que se trata de una mujer.

Ansiau movió la cabeza.

—¿André una mujer? Imposible.

—Y sin embargo es lo que se dice por ahí. Una damisela de la reina Isabel, de buena familia de Trípoli. Pero André, a su edad y pobre como es...

Ansiau seguía moviendo la cabeza, porque no podía imaginarse a André suspirando tras una damisela.

—Es muy leal al marqués, eso es todo —dijo.

Simon se puso a caminar de un lado a otro de la estancia.

—Al rey, debería decirse: y bien

sabe Dios que en este momento es más honroso llamarse marqués que rey: todo va al revés. Es el rey de Inglaterra quien ha estropeado las cosas; el mayor traidor que hay en el campamento. Y si ha venido para entregar la tierra al rey Gui, creo que fuera mejor dejarla a los paganos.

Ansiau le dirigió una dura mirada.

—No debieras decir eso.

Simon se puso a escupir por tierra y a golpearse las sienes.

—Lo sé, lo sé perfectamente. Pero uno queda asqueado al ver traiciones por todas partes. Ya hace ocho días que Ricardo está negociando con Saladino. Dios sabe de qué tratan y no hace más

que recibir halcones como regalo. No creo que haya tomado la cruz para eso.

—Lo mismo hacía el marqués —dijo Ansiau.

—Pero es distinto: lo hizo por cortesía y para lograr el canje de prisioneros —Simon se animaba cada vez más—. Ni puede acusarse al marqués de haberse vendido a los paganos, porque no hay hombre bautizado al que los sarracenos odien tanto como a él. Ricardo lo sabe y revienta de celos y sólo por esa razón hace correr tantos chismes sobre el marqués. Y ni siquiera mi señor, el barón de Ibelin, que tanto ha sufrido y entregado en las batallas, se libra de las

acusaciones inglesas. Primo mío — prosiguió Simon—, Dios sabe que no debería ser así, pero hay en el campamento muchos hombres a quienes odio y de verdad. Vosotros venís aquí en peregrinación, tenéis vuestras tierras y mujeres bien a seguro en país cristiano. Os iréis un día y nosotros quedaremos con los paganos siempre a nuestras espaldas; ¿y creéis que la vida es fácil para nosotros? Hace diez años que vivo en este país y aún no ha pasado un mes sin que me toque cabalgar de un lado a otro durante ocho días; lo mismo con el rey leproso que con el rey Gui. Ni siquiera en tiempo de paz está tranquilo el país. Yo he sido hecho prisionero dos

veces, me han herido en la cabeza y en la pierna y Dios sabe cuántas veces en el brazo. Cuando llegaron los sarracenos se quedaron con nuestras tierras y nuestra casas. En esta guerra llevamos las de perder. ¡Y las gentes de ultramar se permiten injuriamos y llamamos cobardes!

Ansiau enrojeció.

—¡Cómo! ¿Quién os ha llamado cobarde? Debéis decirme los nombres.

—Nadie, que yo sepa —replicó Simon—, pero no falta quien lo piense. Ya hay quienes se reparten anticipadamente nuestras tierras y castillos; y si se restaura el reino para que Gui sea rey, con sus potevinos, sus

gascones y sus ingleses... ¡Oh Dios! Preferiría morir antes de llegar a ese día.

—Aguardad a que llegue —dijo Ansiou—. ¡Aún no estamos ahí!

Simon se sentó en el lecho junto a su primo y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Dios nos castiga por haber dejado profanar la Santa Cruz —dijo—. Por nuestros pecados no nos dará la victoria. Y sin embargo, sabe bien que no es culpa nuestra, pues hemos combatido como buenos. Son el rey Gui y los templarios quienes nos han perdido y a todo el país con nosotros.

Ansiou trató de consolarle lo mejor

que pudo, pero Simon se hallaba en uno de sus instantes de humor negro. Para distraerle, Ansiau le habló de Erard de Baudemant.

—Otro que quiere salvar su alma —dijo—. El hermano de Hue de Baudemant. Lucha como un furioso, que da gusto verlo.

—¡Ah! —dijo Simon—, ¿ese gozquejo? No es más que un novicio, pero actúa con tanto celo que dentro de poco será el primer ayudante del tesorero. ¡Por san Jorge si lo conozco! Y cuando llegue a ese puesto... ¡guay de los escudos y demás monedas! Acabarán en los dobleces de sus mangas.

—Ea —dijo Ansiau—, es un

pariente mío...

—Todos los templarios tienen esa maña —cortó Simon—; aman el dinero más que los judíos. Y ése es de la peor especie. Es feroz como una garduña rabiosa: tendríais que haberlo visto cortar cabezas y manos a los prisioneros, por pura maldad.

—En un hermano, es natural —hizo observar Ansiau—, puesto que los paganos cortan la cabeza a todos los hermanos prisioneros.

Simon alzó los hombros.

—Bien está: los templarios no piensan más que en sí mismos. De creerlos a ellos, Dios ha creado la Tierra Santa para servicio de la orden

del Temple. Primo mío: Dios me libre de amar a los paganos, pero creo que los estimo más que a ciertos cristianos... ¡Ah! ¡Miseria nuestra!

El 3 de julio el mariscal del rey de Francia, Auberi Clément, murió en la muralla de la ciudad, durante el asalto, a la vista de todo el ejército, y fue llorado por los ingleses lo mismo que por los franceses, pues su muerte era duelo para todo el campamento. A los dos días, tanto el asalto como los trabajos de asedio fueron interrumpidos por tres días en honor de cuantos habían muerto durante el sitio: el final se acercaba. Todos empezaban a respirar, mas sin atreverse a creer en una victoria pagada

a precio tan alto. Era extraño no oír ya el ruido de las máquinas, el silbido de las flechas, los gritos de los heridos; era como si todo el mundo hubiera quedado sordo. Las iglesias y capillas del campamento estaban llenas de soldados y caballeros y el apresuramiento fue tan grande que muy pronto hubo verdaderas muchedumbres ante las iglesias; los arzobispos de Cantorbery y Reims y los obispos de Meaux y Orleans y los demás prelados, en pie en los atrios, bendecían a los fieles arrodillados. Eran pocos entre aquellos hombres los que no hubieran perdido parientes o amigos en aquel asedio. Ansiau, arrodillado junto a Renaud de Hervi, repetía en voz baja los

nombres de soldados y compañeros a los que había enterrado en el cementerio de San Nicolás; y se equivocaba sin cesar, porque la lista era demasiado larga. De los veinticinco hombres que llevara consigo, dieciocho habían muerto —Aioul el primero, Thierry el último—. De sus camaradas había perdido a Mathis de Monguoz, a Manesier de Nangi, a Joubert de Ancis, a Thibaut de Puiseaux, a Jacques de Hervi y a otros muchos a quienes conociera durante el asedio.

«¡Jerusalén y la Santa Cruz!» El asalto a las murallas norte y nordeste, pelea cuerpo a cuerpo en el tórrido calor; el muro, gris y macizo,

resquebrajado por todas partes, está cubierto de escalas cargadas de hombres como el muro de un jardín en verano aparece cubierto de racimos de uvas sostenidos por los palos del emparrado. Al pie de la muralla se apretujan los caballeros, cubiertos con sus escudos. Los arqueros, sobre sus torres de madera, disparan contra la ciudad. Por fin, la Torre Maldita yace medio hundida y se lucha en la enorme grieta.

Sobre su torre de madera que avanza hacia la muralla, bajo un amplio baldaquino de seda roja, tendido en un lecho de campaña cubierto con tapiz blanco, Ricardo Corazón de León está sentado, con las piernas tendidas y la

espalda apoyada en almohadones sostenidos por los barones ingleses y gascones. Con ambos brazos sostiene su ballesta y apunta a los soldados musulmanes que defienden la muralla. En cuanto parte una flecha, un escudero vuelve a cargar el arma y el rey dispara de nuevo. Apenas tiene tiempo el escudero de cargar otra vez y a cada disparo del rey cae un enemigo.

Ansiau regresaba de las murallas cuando se le acercó uno de los escuderos de Simon y le rogó que acudiera a la tienda de su señor. Ansiau dijo a Guiot de Beaumont que le siguiera y se dirigió hacia las tiendas del barón de Ibelin. Sentíase muy cansado, muerto

de calor y cojeaba un poco.

En la tienda de Simon vio a André, que acababa de llegar de Tiro. El aspecto de André era espléndido; su rasurada barba lo rejuvenecía mucho y sobre sus cabellos, de un color de oro rojizo, lucía un cuadrado de tela blanca retenida por broches de cobre dorado, a la manera de los turcos. Simon iba de un lado a otro de la tienda con paso rápido y ligero y se balanceaba como una bestia furiosa. Su rostro era gris y su nariz parecía media pulgada más larga.

—¿Qué os ocurre, primo?

Simon tuvo un sobresalto y se detuvo. Sus pequeños ojos lanzaban chispas verdosas. ¿Qué le ocurría?

Ansiau tenía un caparazón demasiado espeso, como todos los de Andilli, para poder adivinar lo que ocurría. ¿Acaso no veía que Ricardo acababa de traicionar la fe jurada a su señor y que le hacía una afrenta a los ojos de paganos y cristianos? El rey de Francia estaba a punto de negociar la rendición de la ciudad y Ricardo atacaba adrede, por mala fe, con intención de mostrar a su señor como mentiroso. El rey Felipe había caído enfermo por el dolor.

—Cuando había que atacar —vociferaba Simon— se escondió en su tienda, como un cobarde; ahora que se trata de estar quieto, ataca y se hace instalar en su hermoso palanquín de seda

roja para que lo admiren sus soldados. ¡El ser buen rey no consiste en ser diestro en la ballesta!

—Paz —dijo Ansiau—. No habléis mal de él: no me gusta.

—¡Sois, todos, sus lacayos! —gritó Simon—. ¡Porque os promete botín, oro, casas y caballos! ¡Y porque piensa dejaros que entréis en la ciudad a sangre y fuego! No habéis tomado la cruz para saquear ciudades cristianas. ¡Os ha comprado a todos, empezando por Henri de Champaña, que ha vendido a su señor jurado por trigo y carne de cerdo!

Ansiau le volvió la espalda y salió de la tienda; seguíale André, que lo retuvo por la manga.

—Volved —le dijo.

—Nada tengo que hacer ahí.

—Volved —insistió André—. Tengo algo que deciros.

Tenía un aspecto tan grave que Ansiau obedeció y volvió a la tienda. Simon, un tanto calmado, hacía muescas con su cuchillo en uno de los mástiles de madera. Ansiau lo encontró repentinamente envejecido, arrugado; hubiérase dicho que le dolía la espalda y hacía esfuerzos para mantenerse erguido. André guardaba silencio y Ansiau se preguntaba qué tendrían que decirle los dos hermanos: muy a su pesar, sintió miedo. Simon tallaba cruces en la madera y seguía sin levantar

la cabeza. Por fin, dijo con una voz seca y rota:

—Garnier ha muerto.

Ansiau se tambaleó y cayó, con toda su corpulencia, de bruces, arrastrando en su caída al escudero que trataba de sostenerlo. Se necesitó hacerle dos sangrías para que volviera en sí.

Al día siguiente por la mañana, André y Simon salían de la iglesia de San Nicolás, donde acababan de oír una misa por el eterno descanso de Garnier. Ansiau, aún enfermo, no había acudido. Simon parecía tranquilo, pero sus párpados estaban enrojecidos.

—No me quejo —decía—. Ahora es un mártir y nada mejor podría desearle.

¡Cuando pienso en todas las miserias que Dios le ha ahorrado...! No debiera recriminar a nadie. Pero ¿qué puedo hacer? La carne es débil. Y me había acostumbrado a él.

—Una gran lástima —dijo André—; Dios no lo había hecho para esto.

Simon alzó los hombros.

—Nada sabemos. Ha sido mejor para él marcharse sin mancha ni baldón. No ser como los demás. Y sin embargo, hermano, si es verdad que Dios escruta los corazones, tendrá que apiadarse del mío. Bien sabe que nunca he tenido otro amor ni otro tesoro que la patria de nuestro Salvador. He podido ser flaco en la carne, pero nunca en el corazón.

—Es Él quien ha de juzgar —
suspiró André—. Sabe mucho más que
nosotros.

—Hermano —prosiguió Simon—,
bien lo habéis visto: no he llorado
mucho por mi hijo. Pero os juro que he
llorado por Jerusalén, hasta tal punto
que lamentaba no tener más lágrimas en
los ojos. ¿Y cómo no llorar, cuando
nuestro mismo Salvador la lloró con
verdaderas lágrimas? Por nuestra gran
lujuria y por nuestro orgullo la hemos
perdido, y a todo el país con ella. Y
Dios sabe si lograremos
reconquistársela a esos perros; por de
pronto, empezamos bastante mal.

«Thierri.» Ansiau se levantó, con la

cabeza muy cargada, como al salir de un mal sueño. La luz del día entraba por la hendidura de la puerta, pálida e incierta. Ansiáu oía a los caballos piafar en la larga tienda que servía de cuadra; a lo lejos sonaban los clarines, los de las atalayas se interpelaban mutuamente; el campamento despertaba poco a poco y en algún lugar los cantores entonaban las notas lentas y quejumbrosas de un servicio fúnebre. Lo mismo para los entierros que para lo demás había que actuar con rapidez para concluir antes de que fuera grande el calor.

Ansiáu se sentía muy cansado; si el mismísimo rey de Francia en persona le hubiera dirigido la palabra en aquel

momento, no hubiese podido contestar. Estaba harto. Marcharse. Llevar consigo a sus hijos. Había dado bastante; ahora les tocaba a otros. Estaba harto. No era un imbécil: sabía que Ansiet estaba enfermo de fatiga tres días después de cada asalto. No se trataba de dejarlo morir como Garnier. Garnier, Thierry. Ya había bastante con dos mártires; Ansiet no lo sería; no había sido hecho para eso. Había sido hecho para ser castellano de Linnières; y Dios no lo iba a impedir.

Ansiau salió de la tienda y miró cómo el horizonte blanqueaba tras las colinas. La blancura invadió todo el cielo; la tierra era gris e incolora y en el

horizonte la luz seguía creciendo, púrpura, roja, escarlata, viva y triunfante; los piñones de las tiendas se iluminaban uno tras otro, como cirios de una inmensa procesión: el Torón se encendía el primero; las banderas del rey de Jerusalén se ponían de color rojo sangre; después, las oleadas de púrpura se deslizaban sobre los toldos de las tiendas y toda la colina surgía, luminosa en medio de un mar de piñones y de cimas rojizas, entre los que se erguían como faros los pabellones incandescentes.

Por todas partes los palafreneros llevaban al abrevadero a sus caballos, que relinchaban y piafaban; las

campanas de las iglesias sonaban para la misa mañanera y los soldados corrían a los pozos en busca de agua para las comidas.

En pie delante de su tienda, Ansiau miraba el cielo en el que planeaban los buitres, y se decía que la jomada iba a ser cálida: un infierno para quienes estuvieran sobre las máquinas de guerra y las torres móviles. Pero seguramente la ciudad ya no podría resistir mucho tiempo; la Torre Maldita estaba ya tan minada que, según se decía, se hallaba a punto de venirse abajo. ¡Dios, la sangre cristiana que había costado! Habría suficiente para hacer un lago. Y los miles y miles de cruces que poblaban

esa inmensa ciudad de tiendas de campaña acababan de rodear y aplastar a Ansiu por todas partes; la cruz en los vestidos, la cruz en las banderas, la cruz en los escudos, la cruz del cementerio y la cruz de la iglesia. Y la única, la grande, la verdadera Cruz que había que reconquistar y que Saladino conservaba prisionera en su palacio... ¡Dios arranque el corazón y las entrañas a ese perro rabioso! «Señor Dios —dijo Ansiu—, estoy a vuestra merced, soy vuestro vasallo; si he de quedarme, me quedaré, pero haced que no vea morir a mi hijo. Hágase vuestra voluntad. Amén».

Había creído Ansiu que sus hijos

enfermarían de tristeza al saber la muerte de Garnier. Pero, con gran sorpresa suya, la noticia los dejó indiferentes. Sólo por unos instantes abrieron los ojos asustados. Y no por falta de corazón. No podían detenerse y reflexionar. Ni querían ser molestados por un duelo en el momento en que la ciudad de Acre iba a ser conquistada por fin, en el instante en que los reyes debían entrar en ella para plantar allí sus estandartes; en el momento en que la Santa Cruz iba a ser devuelta a tierra cristiana. Más tarde tendrían tiempo de llorar. Estaban como embriagados.

Estaban hartos de muerte. La habían visto demasiado cerca y ya no les

impresionaba: a ellos no los cogería. Peor para los que se habían dejado sorprender. Ansiet luchaba con la muerte en combate de igual a igual; era de los que a propósito suben a los puestos más arriesgados para recoger en su armadura la mayor cantidad posible de flechas; y no descendía cuando las piedras de las catapultas sarracenas pasaban sobre su cabeza; acudía a las murallas sin coraza, pretendiendo que tenía mucho calor. Comía carnes estropeadas y aseguraba que eran tan buenas como las otras; olvidaba cubrirse, a pesar de las fiebres intermitentes que le asaltaban en el invierno; en pocas palabras: se gastaba un lujo y una profusión de peligros

inútiles suficientes para hacer perder el sueño a su padre. Y no era por ufanarse de ello, ni por aparecer: al joven le faltaba totalmente la vanidad. Pero era buen jugador y el juego valía la pena.

Sentía por el rey de Inglaterra, su jefe y señor, una adhesión que, mal alimentada, se agotaba poco a poco; quería goces más precisos que el recuerdo de una mirada o el brillo dorado de un yelmo entrevisto a los lejos tras la barrera de cascos y lanzas. Bien pronto tuvo posibilidad de dedicarse de nuevo a las mujeres, más fáciles de hallar desde el término de la escasez. Pero Ricardo seguía siendo su dios y eso le hacía menospreciar a las

mujeres en general: ninguna de ellas era verdaderamente digna de ocupar la atención de un hombre durante más de media hora.

Detestado por los «pollinos», por los franceses, por los alemanes y por buena parte de los marinos genoveses anclados en el puerto, Ricardo se comportaba como si fuera el único jefe de la cruzada y el único rey cristiano digno de tal nombre. Y apenas admitía que el rey Felipe tuviera voz y voto en las decisiones que había que tomar; y Felipe no era hombre que se dejara dominar; a pesar de la extraordinaria despreocupación de su poderoso vasallo, acabó por hacer prevalecer su

modo de pensar y se negoció y decidió la capitulación por mediación del marqués de Monferrato, el peor enemigo de Ricardo.

La ciudad abrió sus puertas entre el enorme clamor de los cruzados y el ruido de tambores y trompas. La mañana era tranquila, el cielo estaba claro. Las viejas murallas agrietadas, derruidas, descansaban por fin y la Torre Maldita, desmantelada y transformada en inmenso montón de piedras, parecía el cadáver de un dragón. Por todas partes, sobre las murallas y las torres, los pendones con la cruz, con la flor de lis, los leones y las barras, aparecían como por arte de magia, saludados por el clamor de los

soldados. El marqués de Monferrato, con una vanguardia de lombardos y francos, fue el primero en entrar en la ciudad; sus barones llevaban tras él las enseñas reales. Aquel día no había enemigos en el campamento; todos lo aclamaban a su paso; enfermos y moribundos hacíanse llevar a las murallas en sus camillas para ver con sus propios ojos cómo la cruz se erguía sobre las murallas que tanto habían maldecido. El emir Karakusch y el comandante de la ciudad, Maschtub, se entregaban con toda la guarnición a los reyes cristianos.

* * *

Pasaban los días, cálidos, ruidosos, desordenados; la victoria y el descanso subíanse a la cabeza; nadie sabía ya qué encontrar para compensar las penas pasadas. Los caballeros bebían en palacios y jardines; los soldados bebían en las calles y plazas. Ni una mujer honesta se atrevía a salir de su casa. En la sala de la comandancia del Temple, donde se había instalado el rey Ricardo, había festines todos los días y como al rey le gustaba la música, se reunían allí grupos de juglares que sonaban sus instrumentos de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Al puerto llegaban continuamente nuevos

cargamentos de mujeres de placer llegadas de todos los puertos de Siria — había bellas georgianas, venecianas, persas, adornadas con sus joyas y acompañadas de sus esclavas y viejas— y las otras, la caza menor, las simples mujercitas para soldados, reclutadas entre las esclavas sirias, francas o hebreas; las había a todos los precios. El puerto rebosaba de sus vestidos abigarrados, de sus velos, sus cabelleras, sus brazos desnudos. En todos los patios, en los rincones de las salas y en las esquinas de las calles, parejas abrazadas se revolcaban, aisladas o en grupos de tres o de cuatro. Los generosos vinos del país, que los

reyes y los barones hacían servir gratuitamente a sus soldados, fluían abundantemente lo mismo en las gargantas que por el cuello: jamás se había visto tanto desperdicio. Tendidos por las calles, soldados embriagados y medio desnudos dificultaban el paso de los caballos.

Ansiau de Linnières no tenía razón alguna para llevar ese nombre, puesto que Linnières estaba lejos, al otro extremo del mundo, enterrado, perdido para siempre. Todos los soldados que han participado en el asalto —pensaba— deberían llevar el nombre de Acre en lugar del propio, pues habían enterrado allí a tantos parientes, amigos y

compañeros de armas que cada uno de ellos tenía su buena porción del cementerio de San Nicolás ante el Torón.

Ansiau no pensaba en su casa; no regresaría más, permanecería en Tierra Santa como Simon. La dama era prudente y sabría educar a sus hijos y gobernar la casa. El barón no tenía obligaciones para con nadie; había hecho de sus dos hijos unos buenos caballeros y ahora no necesitaban de él. André se había alejado. No veía ante sí otra vida que no fuera la de los campamentos; a sus espaldas, sólo tumbas y más tumbas. La de Garnier, la más reciente. Ansiau prefería no pensar

en ello y apartaba de sí todos los recuerdos que pudieran relacionarse con el joven muerto.

Ahora estaba bien instalado en la ciudad, en una casa del barrio pisano que perteneciera a un mercader de paños. La casa tenía dos pisos y un patio interior que fue convertido en caballeriza. Ansiau seguía llevando consigo toda una escolta de hombres que, sin haberle jurado obediencia, le servían como vasallos; a medida que perdía a los suyos, encontraba otros nuevos. Tratábase ahora de Renaud de Hervi con sus escuderos y Sales de Jeugny —ambos parientes políticos de Ansiau—. Contaba también con un

calderero de Reims, un pequeño juglar que había quedado sin trabajo por una fractura de la pierna, dos sargentos sin dueño; en total, unos treinta hombres. Ansiou no los escogía; eran vecinos de tienda o gentes hambrientas con las que había compartido su comida y que, después, quedaron con él. Los aceptaba —un poco contrariado—; se hacía servir, sin pararse a pensarlo siquiera y se ocupaba en hallar algo con que saciar su hambre. Como la mayoría de los caballeros pobres, no tenía escrúpulos; pedía préstamos, no pagaba, vendía caballos que él sabía enfermos y entraba a saco en las reservas de forraje de los alemanes del duque de Suabia, que

acampaban no lejos de los champañeses.

Como servía directamente al conde de Champaña y se hallaba a las órdenes del vizconde Raoul de Provins, consiguió que le otorgaran una buena casa en la ciudad; pero aun así, sus hombres se encontraban un tanto estrechos. Las habitaciones eran pequeñas, bajas y pobremente amuebladas; apenas quedaban algunas arcas vacías, algunas mesas bastante estropeadas, dos lechos sin paja y, en la cocina, una jarra y dos marmitas.

El dueño de la casa había muerto en el asedio, pero su viuda volvió a tomar posesión de sus bienes y se instaló antes de la llegada de Ansiau y sus hombres.

La mujer los acogió con grandes saludos, sonrisas forzadas y miradas empavorecidas. Hablaba un pésimo francés, adornado con exclamaciones de «¡Santa María!», «¡San Giorgio!», «¡San Giovanni!» e innumerable «i signori»; pero hablaba tanto que lograba hacerse entender. Juraba a diestro y siniestro y se santiguaba tres veces por minuto, para probar su sinceridad. Los «signori» franceses no debían creer que ella hubiera escondido tapices o paños: eran los paganos quienes se lo habían llevado todo; estaba arruinada, completamente arruinada; no era más que una pobre viuda. Los «signori» debían excusarla por no servirles mejor, pues no le

quedaba un solo bizantino en sus arcas y ellos bien podían verlo. Les juraba por todos los santos de su piadoso vocabulario que estaba sola, completamente sola, que no tenía hijos, pues los había perdido a todos durante el asedio y ahora se hallaban en el Paraíso... Era una mujer de unos treinta años, oscura de rostro y bastante esbelta de talle. Inmediatamente después de la primera comida, Ansiau hizo una señal a sus hombres para que no lo siguieran y llevó a la viuda al patio para rogarle que le enseñara las demás dependencias de la casa. El patio era muy pequeño y sucio y olía a estiércol y a leche de cabra ya fermentada y el sol caía de

lleno sobre el muro este y sobre la escalera de piedra que subía a lo largo de la pared hasta el primer piso. Ansiau había bebido un poco y se ahogaba de calor; lo que sobre todo le empujaba hacia esa mujer era el atractivo de sus ojos negros, húmedos, brillantes de miedo. Puso su mano sobre los espesos bordados en relieve que cubrían el pecho de la viuda, y la pobre mujer empezó a temblar y a decir: «Signor francese... signor francese» —pero estaba tan asustada que ni siquiera pensaba en defenderse—. Ansiau le dijo: «Vuestra alcoba». Sin decir palabra, la viuda subió por la escalera estrecha y ardiente. La habitación era

muy pequeña y tan baja que Ansiau no podía erguirse y se sentía como en una jaula; todo el espacio estaba ocupado por un gran lecho cuadrado cubierto con una colcha a rayas; en la pared encalada pendía un crucifijo de madera negra y una bolsa bordada en oro. El aire cálido olía intensamente a almizcle y sudor; el sol no entraba más que a través de la oscura cortina de la puerta; a los pies del lecho había un gran recipiente de piedra gris lleno de agua.

Ansiau había pasado tanto tiempo lejos de una mujer que ésta había logrado subírsele un poco a la cabeza. No era bonita; estaba bastante ajada; piel amarillenta, senos y caderas

redondos; pero era suave. Por la noche soltaba su largo cabello negro y lo peinaba con un peine de madera; canturreaba entre dientes; nunca se acostaba sin rezar su rosario a la Virgen y sin besar una a una todas sus medallas —de las que tenía una veintena—. Llevaba una larga camisa azul y un collar de madera de sándalo.

Llamábase María Nicolai y había nacido de padre pisano y madre veneciana. Acre era su ciudad natal y nunca había salido de ella; de Acre no conocía más que el propio barrio y apenas se aventuraba a ir más allá de la iglesia de Santa Ana. La llegada de los infieles la obligó a abandonar la ciudad

y durante cuatro años vivió una existencia de privaciones y de esperanza, con los otros ciudadanos de Acre acampados en las aldeas de los alrededores. Ahora, instalada de nuevo en su casa, apenas se atrevía a creer en su buena suerte. Sometíase a la ley de guerra sin quejarse, satisfecha de no haber sido desollada viva o quemada con hierros candentes: tal era el terror que le inspiraban los hombres de armas. Y dos días después de llegado a su casa, caía en adoración ante su nuevo señor. Pero seguía temblando y no sabía qué hacer para contentarlo.

Al tercer día le confesó, entre sollozos, que le había mentido y que no

todos sus hijos habían muerto durante el asedio; quedaba aún la mayor, una muchacha de catorce años, Pascaline, a la que ocultaba en la bodega por temor a los soldados; no sabía qué hacer, no se atrevía a mantenerla más tiempo oculta porque la joven iba a caer enferma a fuerza de estar inmóvil y encerrada. Ansiau prometió proteger a la muchacha: él mismo tenía una hija de esa edad. La pobre viuda juntó sus manos en arrobado gesto de sorpresa como si no alcanzara a comprender que un hombre de guerra, extranjero por más señas, pudiera tener mujer e hijas. Y dio gritos de alegría cuando supo que Ansiau tenía dos hijos en Acre, en la

compañía del conde de Leicester: esperaba tener el honor de recibirlos en su casa; le gustaría tanto verlos... ¿eran tan guapos como el padre?

Al día siguiente, Ansiau —que no estaba de mal humor aquella mañana— permitió a su compañera conducir ante él a su hija.

—La veré —dijo— y me recordará a mis propias hijas.

Desde que se hallaba en la casa de la viuda, permanecía en la cama hasta tarde, cosa que no entraba en sus costumbres: pero se hallaba muy cansado y por la mañana, en aquella especie de pequeño palomar en el que vivía con María, hacía aún fresco. Unas

blancas palomas torcaces se paseaban en el umbral de la puerta; los almohadones de la cama eran de pluma y resultaba excelente estirarse en ellos. Tamizada por la cortina oscura, la luz matinal no molestaba los ojos. La viuda llevó a su hija, una chiquilla menuda y delicada cuya fina cabeza aparecía sobrecargada de una cabellera rubia y muy rizada. La niña procuraba esconderse y se cogía a las faldas de su madre, lanzando sobre el señor francés miradas de abajo arriba, en las que el temor se unía a una curiosidad divertida. Debía parecerle que un hombre desnudo es algo bastante ridículo de ver. La madre, en un italiano aún más rápido

que su francés, le decía que no escondiera la cara y mostrara mejor continente al señor. Ansiau sonrió:

—Tienes un hermoso cabello, hija mía. Habrá que ocultarlo, porque te traería mala suerte.

El sonido de una lengua desconocida turbó más a la jovencita que, sentada en tierra, escondió completamente el rostro entre las faldas de su madre, cosa que divirtió mucho a Ansiau.

Desde aquel día, la pequeña Pascaline fue para toda la casa la fruta prohibida por excelencia; los soldados corrían al patio en cuanto aparecía su cabeza en una ventana; y cuando subía al tejado para dar la comida a sus palomas,

los hombres se apretujaban en la escalera para ver sus piernas; y los jóvenes chillaban y maullaban a coro, imitando la voz de dama María: «¡Pasca-li-na! ¡Pasca-li-na!». La joven lloraba al principio; después se acostumbró y acabó riendo también. Era una muchacha de humor vivo e inestable; Ansiau reía al ver aparecer su cabeza luminosa tras el hombro de su madre; Pascaline tenía unos ojos de ardilla, un rostro sagaz, y sabía reír. Era un gozo oírla; parecía encontrar la vida prodigiosamente divertida. Ansiau, fiel a la promesa hecha a la madre, no permitía que los hombres se acercaran a la joven; ya había bastantes mujeres

fáciles en Acre para todo el mundo.

Un hombre sobre cuya cabeza pende un roquedal a punto de desplomarse acaba por acostumbrarse a ello y se distrae; pero la angustia persiste en él, dispuesta a despertarse al primer ruido, al primer soplo de viento. En medio de todos los desórdenes de Acre, Ansiau llevaba la vida ociosa y despreocupada de Linnières; cuidaba sus caballos, iba a los festines y a misa, bebía mucho, pasaba las noches con su María y no pensaba en nada. La roca suspendida sobre su cabeza tenía el aspecto de un joven delgado, de cabellos quemados por el sol y rostro marrón y curtido. Ansiau lo encontraba a veces, como por

casualidad, en la calle o en la iglesia; y cada vez, como una bestia que huele al cazador, se endurecía y su corazón se le hacía pesado. Su hijo no le causaba mucha alegría, tenía que reconocerlo.

Ansiet había cumplido sus veinte años y ya no era un niño. Alto, de constitución poderosa, delgado pero musculoso. Tenía un bigote rubio que destacaba sobre su oscura piel y una barba que rasuraba cuidadosamente, pero volvía a crecerle con rapidez. Su mentón era duro y sus orificios nasales demasiado nerviosos. Vestíase con cuidado. Con su largo manto de lana blanca echado al hombro tenía incluso bella apariencia, sobre todo cuando

oraba en la iglesia: tranquilo y digno, con las manos juntas, la mirada firme, era la imagen misma del caballero piadoso.

Ansiau no llegaba a habituarse al hecho de que su hijo se había convertido en un hombre; un hombre entre otros cien, un hombre como él mismo. ¿Cuándo había madurado, dónde estaba el límite? Era otro ser quien le miraba por los ojos claros y vacíos de su hijo; otro, que parecía decir: «Vos no me poseeréis». El padre le hacía reproches —naturalmente, por asuntos de mujeres—; Ansiet no lo escuchaba; mordisqueaba su bigote y fijaba en su padre una mirada extraña, en la que

había desdén, un poco de tristeza y mucha despreocupación. No tenía palabras para contestar, decía parcamente con tono cansado: «Exactamente, barón», o con gesto significativo: «No entendéis nada de esto...». El barón era viejo y ya no entendía qué son las mujeres. Cuando están bien lavadas, mórbidas, blancas, cuando llevan perfumes tan intensos que la cabeza empieza a daros vueltas, cuando tienen unas cejas finas, negras, lisas y bien modeladas, e irnos grandes ojos negros en los que uno se mira como en un pozo... Era tan dulce y tierno un cuerpo de mujer: nada sucio, nada vergonzoso había en tocarlo: el mismo

Dios lo había creado para eso. Durante el asedio, Ansiet había visto a muchos hombres que iban con otros hombres y hasta con mulos y jumentos: cometían la aberración y no habían muerto por ello. Era la vida. Además, pesábale ya la ternura del barón, de la que no tenía necesidad. Ya no era un niño, no necesitaba una nodriza. Nunca hombre alguno había sido más altanero y reservado que Ansiau de Linnières, hijo.

Ansiau no podía seguir viendo con calma cómo su hijo se arruinaba la salud por nada; y acabó diciéndole:

—Hace ya ocho días que estamos en la ciudad y creo que volveremos a partir pronto. Habéis gozado bastante y es hora

de que descanséis.

—¡Descansar! No haré más que languidecer... No puedo quedarme en un sitio...

Mas para contentar a su padre, Ansiet consintió en pasar unos días con él. La primera noche tuvo fiebre y durmió mal. A la mañana, padecía vértigo y le fue imposible levantarse.

—No puedo seguir aquí —dijo al barón—. Me aburro. Esto me pone enfermo.

Y en cuanto pudo vestirse, partió; Ansiau sintió como una herida en el corazón. Siguió al muchacho por doquier; de lejos, a la iglesia, a las salas de fiesta, al puerto. Día y noche tenía

ante los ojos aquel rostro inánime debajo de lo atezado por el sol, aquellos orificios nasales tan móviles, aquella mirada indiferente y dura de hombre que sufre. Ignoraba qué iba a ocurrir, pero sentía frío en la espalda. Una vez más Ansiet pasó ante él sin reconocerlo, moviendo mucho los brazos, con otros jóvenes y dos bonitas muchachas. El mozo echaba hacia atrás su cabellera rebelde. Era una cosa alegre y casi temible de ver; tenía la cabeza como de lobezno hambriento que se arroja sobre una presa y rechina los dientes con impaciencia. Sus ojos echaban chispas; la respiración era ronca. Aunque se le matara allí mismo, no soltaría de la

mano sus goces terrenos. Anshau nunca lo había visto así. Pensó: «Me lo han cambiado», y durante toda la noche sintió su cabeza cargada por más vueltas que diera sobre el lecho; la bondadosa María, medio dormida, suspiraba y preguntaba si ya era la hora de levantarse. Al día siguiente, Anshet fue a verlo y le dijo:

—Me quedaré con vos, si tenéis un sitio para mí.

—¡Toda la casa, si quieres! — exclamó el padre—. ¿Qué te pasa? ¿Has reñido con alguien?

—No —dijo el joven—. Pero voy a caer enfermo..., y entonces, prefiero estar aquí que en ningún otro sitio.

—¿Y lo sabéis ya, anticipadamente?

—preguntó Ansiau. Ansiet estaba muy tranquilo. Parecía cansado, pero se mantenía erguido como siempre.

—He tenido disentería tres veces — dijo—. Y me conozco. Quiero curar lo antes posible, tengo que estar curado para la campaña. Dadme una habitación.

Ansiau hizo instalar un lecho para su hijo en la habitación más grande de la casa, de la que desalojó a Renaud de Hervi y obligó a María a darle todos los almohadones de su cama y la cubierta grande. Ansiet era un enfermo muy suave. Prudentemente echado en su cama, cubierto con una sábana blanca, permanecía con los ojos cerrados y

parecía no sufrir. Cuando comenzaban los cólicos, conformábase con fruncir las cejas, como hubiera hecho para espantar a una mosca posada sobre su frente. El médico —un judío converso— llamado a su cabecera, encontró que no tenía nada grave, aconsejó remedios contra la diarrea y aseguró que lo mejor para reducir la fiebre era la piedra de caimán, que podría dejarles por algunos días un boticario amigo suyo. Ansiau veló a su hilo durante toda la noche. Hacia la mañana aumentó la fiebre; la piedra de caimán nada hacía. Con los ojos inmensos y los labios apretados, el enfermo mantenía sus manos estrechadas sobre el vientre y la cabeza oscilaba

lentamente sobre la almohada, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha... En un joven que soportaba tan fácilmente el dolor, aquellas señales de sufrimiento eran aterradoras. Hacia la hora de tercia, Ansiau fue a la iglesia de Santa Ana para oír misa y prometió ofrecer un cáliz de oro puro si su hijo curaba. Aunque tuviera que quedarse sin comer y beber durante diez años para pagarlo.

Y cuando regresó a casa, Ansiet estaba ya irreconocible: su piel se había puesto gris oscuro, sus mejillas se hundían. El judío, que volvió por la tarde, hizo un gesto grave, declaró que no tenía muchas esperanzas y dio un

brebaje hecho con semillas de adormidera para calmar los dolores.

—El enfermo —decía— estaba demasiado débil y agotado; había que llamar a un médico más hábil.

De hecho, no deseaba ver a un enfermo —sobre todo tratándose de un caballero— morir en sus manos: había recibido el bautismo sólo cinco años antes y no quería responsabilidades. El otro médico, un sirio de bonete amarillo y puntiagudo, declaró que nada podría decir antes de haber examinado los humores y dijo que regresaría al día siguiente.

La bebida de adormideras pareció hacer un buen efecto. El rostro del

enfermo se distendió; cerró los ojos. Sentado al borde del lecho, con la cabeza entre sus manos, Ansiau se esforzaba en no prestar atención al ronroneo de la sangre en sus oídos.

—No os canséis más, barón: estoy mejor.

La voz no era más que un suspiro, pero el rostro del joven estaba tranquilo. A la enloquecida mirada del padre, Ansiet respondía con una sonrisa en la comisura de sus labios, un poco altiva, un poco triste, pero muy dulce. Una sonrisa de hermano mayor, que parecía decir: «Estoy enfadado por vos, pero es preciso...».

Con la cabeza apoyada en el brazo

del joven, Ansiau de Linnières sollozaba ruidosamente. Dejábase llevar por su pasión incontenida; por primera vez en su existencia se atrevía a mostrarla y ni él mismo la había creído tan fuerte. Cubría de besos el brazo, la mano, los cabellos del hijo; hablaba, hablaba sin fin, como si creyera poder exorcizar el mal con sus palabras. No quería más que la vida de su hijo —decía—. Se lo llevaría a la Champaña; el aire puro del país era tan dulce... Ansiet se repondría pronto. Si lo deseaba, podría llevarse a la mujer que amara, nadie se lo impediría —Milessant se casaría con Girard— en cuanto al barón de la dama (si aún vivía), él, Ansiau, se encargaría:

«No soy yo quien yerre un golpe en el torneo, como lo quiero; y poco me importa tener que pasar por el tribunal de los pares... con tal de que tengas a la mujer que amas, y aunque tuviera veinte amantes, la honraré como si se tratara de mi propia madre». Por lo demás, él, Ansiou, no necesitaba de tierras ni de castillos, lo abandonaba todo a su hijo, en nada le incomodaría; aunque los demás quedaran sin herencia, poco le importaba. Él mismo se iría a servir por un sueldo al conde de Troyes.

En los ojos inmóviles y ensombrecidos del joven había una expresión de piedad un poco desdeñosa; como de costumbre, el barón no tenía

que ver; nada había cambiado. Se trataba de dama Orianne y de Linnières. Al atardecer dijo:

—Quiero ver a Herbert.

Herbert, que ya estaba en la casa, acudió a la habitación, pero no se acercó al lecho. Temblaba visiblemente.

—Hermano —dijo Ansiet, haciendo un esfuerzo para sonreír—. Me encuentro muy mal.

Herbert gritó:

—¡No! ¡No es verdad! ¡Estás mintiendo! ¡Todos mienten!

Estalló en sollozos y salió precipitadamente de la estancia.

La noche era cálida y el hedor en la cámara del enfermo era tan fuerte que

creía asfixiarse y sin embargo, Thierry acudía constantemente a vaciar el recipiente de las inmundicias. Por la ventana abierta no entraba el aire tibio e inmóvil y la cortina apenas protegía contra la nube de mosquitos que giraban en derredor de la candela y se posaban sobre el rostro ardiente del enfermo, en su cuello, en sus brazos; Ansiau lo espantaba como podía, y mataba por docenas a los insectos. Ansiet no se quejaba. No abría la boca. Su cara ancha y blanca parecía ahora más infantil. Se agitaba, movía los párpados, estiraba el cuello. Había aceptado su sufrimiento y ahora sólo trataba de hacerlo algo más suave. Toda la noche

luchó y jadeó, sin precipitación, como un hombre que realiza una difícil tarea aunque muy banal; decía tranquilamente: «Barón, mi lienzo húmedo; barón, el recipiente; barón, tengo sed». Después, cuando la luz en la ventana empezó a blanquear, comenzó a mover la nariz y a morderse los labios. Y con voz baja, siempre con la misma calma, dijo:

—Barón, no me gusta quejarme, pero creo que estoy muy mal. Haced llamar al sacerdote.

El barón se echó a tierra y dijo que no lo haría; no quería siquiera pensar en esas cosas. Después se levantó y llamó a Thiéri.

El sacerdote era un anciano de barba

blanca y ojos negros y profundos, un champañés, antiguo capellán del conde de Clermont. Ansiet lo conocía un poco y le sonrió.

—Es una sucia enfermedad —le susurró— a causa del hedor. Decidme, ¿puedo comulgar esta mañana? He bebido agua.

El sacerdote dijo que para un moribundo Dios lo permitía. Ansiet mostró sus grandes dientes blancos, trató de sentarse y volvió a caer hacia atrás.

—Barón, ayudadme —dijo.

El padre se sentó a la cabecera y levantó al joven, sosteniéndolo por los hombros mientras estuvo sentado.

Ansiet, con los ojos muy abiertos,

jadeaba suavemente. Ya no parecía sufrir. Dijo con una voz pastosa:

—Haumette, trae la vela; está muy oscuro —después, su cabeza se inclinó, mientras susurraba—: Ya subo.

Ansiau miró las últimas huellas de pensamiento, de dolor, de vida, que se borraban y paralizaban en aquel rostro afilado y liso; el cambio era tan rápido que resultaba perceptible a simple vista: llenábanse las partes más enjutas, las arrugas se alisaban, el rostro aparecía lleno de espantosa calma, de plena juventud; las grandes pestañas se enroscaban, la nariz se perfilaba recta y dura como un bloque de mármol, los labios, gruesos y suaves, descansaban.

Ansiau lo sostenía en sus brazos; y cuando André y Herbert entraron en la habitación, apenas los oyó. Sentado en la cama, con la cabeza del muerto en su hombro, miraba ante sí sin ver nada; su mandíbula parecía suelta; sus ojos, hundidos: era un anciano. Con ambas manos acariciaba el cabello sobre la frente del muerto; no parecía comprender lo que se le decía.

Las encargadas de lavar el cuerpo, el sacerdote y André consiguieron separarlo del cadáver. Entonces, Ansiau se sentó en el arquibanco más próximo al lecho, apoyó las sienes en las manos y miró con fijeza la cara del hijo. Era una mirada ávida, pesada, ardiente, una

mirada de loco. Y en realidad su razón sostenía duros combates en aquel momento. Todo lo que le quedaba de conciencia había pasado a los ojos y descansaba en aquel rostro puro que ya empezaba a alterarse. Del universo sumido en sombras sólo emergían esos rasgos antaño conocidos, y los estudiaba hasta el menor detalle, hasta el último pelo, hasta la granulación de la piel. Las pequeñas manchas parduscas que iban apareciendo en las mejillas a través del atezado no le sorprendían más que el resto. Creía tener la fuerza de ver cómo todo aquel rostro se hundía y desaparecía. Desde la mañana no había dicho una palabra.

Tres escuderos y André amortajaban el cuerpo —que ya se hinchaba poco a poco— y le colocaban la coraza, la única riqueza que Ansiet poseyera en vida. Era una hermosa pieza, de malla muy fina y pectoral cincelado; sobre la cota quedó dispuesta la túnica larga de lana color crudo, con una cruz de paño rojo sobre el pecho. De rodillas ante el lecho, el fiel Hue, escudero del muerto, ponía apresuradamente en los rígidos pies el calzado de hierro y metía cuidadosamente las correas de las polainas. Bajo las dos manos, colocadas una sobre otra encima del pecho, André dispuso la vaina de la espada cuya hoja, con resguardo de cuero dorado, tendida

a lo largo del cuerpo, llegaba hasta las rodillas.

Era insoportable ver al propio hijo dispuesto de esa manera para la otra vida. La carne mortal de Ansiau de Linnières, hijo, entraba en el último período de su existencia. Cambiaba la materia y sólo permanecía la forma: esas grandes manos tranquilas y resignadas, con los dedos lisos como varas de cera, cruzábanse encima de la vaina de la espada, atadas en las muñecas por una cinta de seda. Ansiau las había visto, blandas y pequeñas, cuando tiraban de su barba o se apoyaban en sus mejillas; las había visto también, delgadas y secas, cubiertas de

arañazos y de picotazos de aves; Ansiau había visto formarse los primeros callos en las riendas del primer caballo, sobre la cuerda del primer arco. Pero ahora todo eso terminaba. No había habido nada de ello. Sobre el lecho mortuario quedaba esta gran estatua de cera que nunca había vivido. El hijo se había marchado para siempre.

En Tierra Santa, los muertos no esperan. No se puede retrasar el entierro. Ansiau tuvo el valor de ocuparse personalmente de su organización, ayudado por André. Podía aún vivir mientras tuviera medio de ocuparse de su hijo. Hizo adornar y disponer la caja; colocó en ella su capa

de paño rojo y todo el pobre lujo del equipo de un caballero pobre —una gualdrapa de caballo con franjas de seda, un cojín de crines con viejos bordados de Damasco, una cubierta de lana blanca bordada con cruces azules —. María, temblorosa y vacilante, se acercó a la puerta y tendió al escudero una pieza de seda roja bordada en oro; si el «signor Ansello» quisiera aceptar ese obsequio para colocarlo bajo la cabeza del señor su hijo..., haría una obra buena aceptándolo.

La capilla lateral de la iglesia de Santa Ana olía a incienso y a cera quemada. La noche era cálida, el joven clérigo que leía en voz alta el oficio de

difuntos se enjugaba continuamente el sudor de la frente y el cuello; las velas crepitaban y se fundían lentamente. El ataúd, colocado en lo alto sobre un catafalco cubierto de paño negro, dominaba las negras siluetas de los hombres arrodillados. Apenas tocado por la incierta luz amarilla, invadido por las negras sombras, el rostro del muerto se borraba, se anegaba en la penumbra; mejillas y ojos parecían retirarse; el labio se retraía en una sonrisa que producía verdadera angustia y que iba alterándose y reproduciendo vagamente las sonrisas humanas. A la mañana, la cara fue cubierta con un paño de tela blanca y comenzó la misa de difuntos.

Cuando llegó el momento de cerrar el ataúd, Ansiau se quitó los anillos y el cuchillo toledano que llevaba a la cintura, broche de cobre cincelado que sujetaba su capa, y lo colocó todo sobre el pecho del muerto, ante las manos. Ya no sabía qué otra cosa darle. No tenía nada más. Hubiera querido meter en el ataúd su espada, sus armas, su caballo, su escudo con los colores de Linnières.

El 28 de julio (dieciséis días después de la caída de la ciudad), el rey de Francia embarcó en su nave, dejando a sus caballeros y sus armas a las órdenes del duque de Borgoña y su puesto en la ciudad de Acre al marqués de Monferrato. Grande fue el dolor de

los cruzados, sobre todo entre los franceses y los partidarios del marqués; y para los demás, el ejemplo no era como para levantar los ánimos. Decíase que el rey estaba enfermo; pero si todos los cruzados enfermos hicieran lo mismo, no quedarían hombres para llevar adelante la guerra. Y los franceses repetían que el rey Felipe se había visto obligado a marchar a causa de la traición de Ricardo, que había jurado envenenarlo, de acuerdo con Enrique de Champaña.

El rey se despidió de sus barones, que lloraban al acompañarlo hasta la orilla. En el puerto, una muchedumbre de caballeros y soldados, abatidos y

silenciosos, miraban cómo se alejaba la nave real; y pocos fueron los capaces de gritar aún «¡Gloria!». Nunca desde el invierno había habido jomada tan sombría para la cristiandad. ¿Cómo iba a conquistarse Jerusalén si los jefes abandonaban así a sus hombres al comienzo de la campaña? No se había devuelto aún la Verdadera Cruz, a pesar de todas las promesas de Saladino; y la partida del rey devolvería audacia a los musulmanes. En la ciudad, trovadores ingleses y normandos cantaban ya en privado una canción sobre la traición del rey francés... Los champañeses, muy ofendidos por ver a su conde injuriado por los franceses, se burlaban de ellos,

diciendo: «Buscad al rey de Francia; ¿dónde está, que no se le encuentra en ninguna parte?», y todos los franceses que se aventuraban en los barrios ingleses de la ciudad recibían ofensas e insultos a causa de su mal rey.

Ricardo quedaba como dueño y señor del terreno y todas las esperanzas se volvían ahora a él. Al menos Ricardo no abandonaría el país antes de la reconquista de Jerusalén y de todo el reino. Pero la Santa Cruz prometida por el acuerdo con Saladino no llegaba nunca. La hueste empezaba a impacientarse. Sin cesar corrían rumores de que la Vera Cruz se acercaba, de que ya estaba en Acre; la

gente corría al castillo y a las plazas para ver si era verdad; poníanse a las puertas de la ciudad para verla pasar; y una y otra vez la espera sufría una decepción y los soldados maldecían la falsedad de Saladino.

En la noche que tan bruscamente había descendido sobre su vida, Ansiou sólo tenía un pensamiento: olvidar. Creían sus amigos que era menester tener un alma carnal y oscura para llevar tal luto por la muerte de un hijo muerto en la cruzada. Él mismo lo sabía; pero era presa de un mal que no perdona y no se hallaba en condiciones de razonar. Sentía hambre y sed de su hijo —de sus ojos, de su voz, de su mechón de pelos

en la frente— y ninguna otra cosa podía llenarle. Prohibió a sus hombres que le hablaran del muerto; evitó a Herbert, al que casi odiaba —le echaba en cara el no haber muerto en lugar de su hermano —; no tenía el valor de romper ni de observar las conveniencias. Bebió mucho; y por la noche María se santiguaba por el miedo al oírle desgranar verdaderos rosarios de palabras acariciantes y llamar entre gemidos, en voz alta, a su hijo. La viuda sólo había conocido noches bastante tranquilas junto a su don Bartolommeo, que le llevaba veinte años de edad. Este nuevo compañero la fatigaba y amilanaba. «¡Estos franceses!», pensaba

la pobre mujer y bien sabía Dios que se le había dado en cuerpo y alma; pero era un ser de otra especie; y apenas se atrevía a tocarle el hombro para rogarle que se calmara. Había momentos en que Ansiau se abrazaba a ella y le decía: «Dama». Hubiera pagado cualquier cosa por tener a la dama a su lado, como si creyera que ella tenía el poder de apaciguar esa tormenta que se abatía sobre él, amenazando continuamente con invadirlo y anegarlo.

Herbert estaba realmente entristecido, pero no tenía suerte: nadie lo tomaba en serio. Era capaz de revolcarse en tierra por un agujero en un guante o porque cojeara su caballo; y se

revolcó en tierra cuando supo que su hermano había muerto; todo el mundo estaba acostumbrado a tales escenas y le dejaron hacer. Se le dijo que su padre estaba muy abrumado por la tristeza, que había que evitar encontrarlo, para no recordarle al hijo fallecido. Herbert obedeció porque conocía bien a su padre. Sabía bien que el barón hubiera preferido verle muerto, y no se lo reprochaba; nunca se le había ocurrido que su padre pudiera ser injusto. Además, no creía amarlo demasiado. En aquellos terribles días, André fue el único que intentó consolar al joven: aquel mozallón pálido y de ojos vacíos tenía un fondo de seriedad que su tío era

el único en conocer y apreciar. Por la noche, Herbert acudía a echarse en el suelo junto al lecho de André y le hablaba de diversas cosas; estaba convencido de que André lo sabía todo y podía darle consejos para las cosas más variadas. Hablaba a menudo de su hermano. «¡Excelente camarada! — decía—. Me daba todo su pan cuando yo tenía hambre. Si hubiera de contaros todos los servicios que me ha hecho, no terminaría ni para la fiesta de Todos los Santos. Y sin pedirme nada a cambio. Nunca hombre alguno ha sido menos interesado. Es curioso: cuando me despierto cada mañana me pregunto dónde puede estar. Era él quien me

despertaba siempre...»

—Decidme, tío: nosotros éramos tres: él, Garnier y yo. ¿No os sorprende que hayan muerto los dos? Puede ser que pronto me llegue el turno...

—Tonterías —decía el tío—. Eso no quiere decir nada: cada uno tiene su hora.

—... Lo que no puedo sufrir es haberle dicho una mala palabra la última vez que lo vi: fue el diablo quien me empujó. Me dijo que se encontraba muy mal y yo... y yo (y su voz se quebró), yo le dije: «Mentís». ¿Creéis que ahora me habrá perdonado?

En otra ocasión, el joven fue a ver a André para decirle:

—Escuchadme, tío: sé bien que mi padre me aborrece, porque cree que la muerte de mi hermano me traerá alguna ventaja. Pues bien, podéis decirle que nada me importa la herencia; puede dejar la tierra y el castillo a Girard; yo me iré a Inglaterra a servir al conde de Leicester.

—Sería una lástima privar a la castellanía de un excelente caballero como sois vos —dijo el tío— y además no debéis renunciar a vuestro derecho.

El mozo se cogía al brazo de André:

—No, no comprendéis. Mi derecho... ¿qué es mi derecho, después de todo? El barón es bastante joven; puede vivir otros veinte años. ¿Y creéis

que puedo estar veinte años esperando una herencia? ¡Veinte años! En veinte años seré un viejo. Prefiero ir a otra parte a buscar fortuna.

—¿Y por qué deseas abandonar a tu padre? —preguntó André.

Herbert movió los hombros.

—También mi hermano lo hubiera hecho, de haber vivido. Era una idea común a los dos. Es verdad que uno ama al barón... pero un hermano cuenta más: hemos salido del mismo vientre y además sentimos más afición a los de Puiseaux que a los de Linnières. Tampoco mi padre se siente atraído a mí. Así pues, prefiero que le digáis esto: que renuncio a mi herencia. ¿Lo

comprendéis, verdad? Eso seguramente le inducirá a pensar mejor de mí.

André halló poco inteligente la ocurrencia, pero prometió hablar de ello al barón.

—Además, tío —añadió Herbert—, decid también a mi padre que quiero el corcel de mi hermano, *Rambaud*. El mismo Ansiet me lo dijo una vez: «Si muero antes que tú, tendrás a *Rambaud*». Sé que el barón entiende de caballos más que nadie, pero creo que está descuidando un poco su caballeriza y *Rambaud* es un animal muy delicado.

—Nunca le diré tal cosa —dijo André riendo.

André transmitió fielmente a Ansiau

la decisión de su sobrino con respecto a la herencia. Ansiau se hallaba precisamente en la cuadra, junto a aquellos mismos caballos de cuyo abandono acusaba Herbert a su padre. La idea de su hijo no le gustó en absoluto. Frunció el ceño y reflexionó un poco.

—No —dijo por fin—, no le dejaré marcharse. No pienso volver a Champaña y aquellas tierras necesitan un hombre. Girard sólo tiene trece años y no sé si llegará a ser un buen caballero. Me gusta que Herbert permanezca al servicio del conde de Leicester hasta el fin de la guerra; pero después volverá al país de Linnières.

—¿Por qué forzarlo, si él no lo desea? —preguntó André.

—No es cosa suya querer o no querer —dijo Ansiau—. Todos ellos no quieren hacer más que su propia voluntad..., ¿acaso un niño puede saber lo que quiere? Si llego a tener algún otro (añadió con mirada sombría) los retorceré como hago con esto.

Y dobló el látigo que tenía en las manos, hizo un lazo con él y lo tiró al suelo.

—Acortaré bien las riendas... He sido demasiado blando con los mayores. —Movi6 la cabeza como para alejar penosos pensamientos—. No, no fue culpa mía. Yo era demasiado joven. Si

llegara a ser papa, prohibiría a los hombres casarse antes de los veinte años.

Después, volviendo a Herbert, dijo a su primo que no permitiría que su hijo se comprometiera por mucho tiempo. Pero experimentaba gran repugnancia en volver a ver a su hijo, que ahora era el mayor de la familia. Seguía teniendo ante los ojos el rostro dulce y altivo del «otro», del cruel muchacho que había escapado de su amor como un pájaro escapa de la jaula, sin pena sin remordimientos. Ansiau sabía que su hijo podía reprochar un gran error: el error de amar demasiado. Ahora — pensaba— ya no amaría. Ya no amaría

más que a Dios, a sí mismo y a sus viejos camaradas de armas. Lo demás no era más que pecado y locura.

El día de la Asunción de la Virgen, un navío que llevaba peregrinos y heridos franceses debía salir del puerto de Acre; y entre los heridos estaba uno de los escuderos del vizconde de Provins. Era una buena ocasión, para quienes servían al vizconde, de hacer llegar noticias propias a sus parientes de la Champaña.

—Pasaréis por Linnières —dijo Ansiau al herido—, no tenéis que dar una gran vuelta: de Sézanne descenderéis a Saint-Florentin, seguís el Armangon y de Flogny a Linnières no

hay más que una legua. Os detenéis allí: estaréis mejor que en una posada. Mi dama os recibirá bien.

Entregó al escudero un pequeño cofre de madera que contenía una carta cuidadosamente enrollada y sellada con cera roja. Ansiau había pasado no menos de dos horas dictándola al clérigo del vizconde.

La carta decía:

«En el año de la Encarnación de 1191, dos días antes de la fiesta de la Asunción de nuestra Gloriosa Señora María, siempre Virgen. En Acre, reconquistada por los nuestros, con la ayuda de Dios, a los infieles malditos.

»Ansiau, señor de Linnières en el

país de Othe, vasallo del conde de Champaña, a Aalais, su dama.

»Bendito sea Dios. Querida dama, por esta carta debo haceros saber que nuestro hijo Ansiau ha muerto, por voluntad de Dios, en la ciudad de Acre, a los catorce días de acabado el asedio. Lo que me ha producido una gran tristeza.

»También he de deciros que Garnier, mi sobrino, ha muerto igualmente. Y lo mismo Thierry, mi escudero. (Y seguía la lista de los nombres de todos los hombres de Linnières muertos durante el asedio.) Todos son mártires.

»Os pido, dama, que me hagáis enviar dinero, todo el que podáis reunir.

Si vendéis Bernon y las viñas podréis pagar el préstamo de Abner y enviarme lo sobrante. También podéis pignorar el collar de vuestra madre, que en gloria esté; humildemente os pido que me hagáis este servicio. Me encuentro sin dinero y mi soldada está comprometida con tres meses de adelanto. También he pignorado mi manto de lana y quisiera rescatarlo antes de la Candelaria, porque es por entonces cuando hacen los mayores fríos en este país. En cuanto recibáis mi carta, procuraos un medio de hacerme llegar cuanto podáis, porque me encuentro en gran dificultad.

»Herbert, nuestro hijo, y André os saludan.»

Al término de la carta, Ansiau trazó una cruz y las tres primeras letras de su apellido: LIN, para que el padre Aimeri no dudara de la autenticidad del texto. Decíase que habría que esperar cuatro o cinco meses antes de recibir respuesta. Por pudor y por no cargar la carta con palabras inútiles, no había preguntado noticias de su casa; pero sentía curiosidad por saber si el último hijo había nacido bien y si era un niño, pero se decía que la dama era lo bastante inteligente para adivinar lo que él deseaba saber.

Ansiau pidió a Herbert que se alistara en las tropas de la Champaña: no quería separarse del último que le

quedaba; velaría sobre él. Herbert no tenía por qué ser inglés; se convertiría en castellano de Linnières una vez acabada la guerra.

—¿Y vos? —preguntó el joven.

—Yo —dijo el padre—, si no muero antes, me quedaré aquí; el país seguirá necesitando caballeros.

—¡Ah! Es verdad. —Los ojos de Herbert se llenaban de admiración—. ¡Un país lleno de mosquitos y serpientes, y tan caliente que os estalla la piel! No me gustaría quedarme para siempre en esta tierra... Además, ¿qué va a decir la dama?

Ansiau frunció el ceño; después echó la cabeza atrás.

—La dama ya no es joven y no necesita marido —dijo—. Y tal vez vos gobernéis el dominio mejor que yo.

Los heraldos del rey Ricardo comenzaron a difundir la orden de partida por las calles y las plazas de la ciudad; pero el rey corría peligro de salir a solas con sus barones, porque el ejército no parecía dispuesto a moverse de la ciudad; no era fácil hacer salir de las casas, de los jardines y de las tabernas a decenas de miles de hombres embrutecidos por el vino, el calor y un mes de inactividad. El rey y sus jefes militares optaron por enviar por toda la ciudad a unos sacerdotes encargados de recordar a los hombres sus deberes.

Vestidos con hábitos de cuaresma y con la cruz en la mano, los sacerdotes recorrieron las calles, entraron en los patios, predicaron por doquier la penitencia y la guerra santa y reprocharon a los cruzados aquella vida disoluta que acabaría llevándolos al infierno. Algunos los recibían muy mal; pero la mayoría los recibían con lágrimas en los ojos, dispuestos a arrepentirse; pero, para abandonar la ciudad en plenos calores tórridos de agosto, cada uno contaba con lo que hiciera el vecino.

El rey Ricardo, que seguramente no debía temer la fatiga, fue personalmente a las plazas y al puerto, seguido por una

pequeña escolta de normandos; los soldados ya se habían habituado a él y le reprochaban no haber obtenido de Saladino la Santa Cruz y Jerusalén. Pero cuando aparecía en persona hacía siempre gran impresión. Estaba ante la casa del Temple, ante la catedral, ante la iglesia de San Marcos, ante la de San Andrés; se le veía por doquier y los caballeros acudían en muchedumbre, atraídos por el sonido de las trompetas. Les hablaba humildemente, con cortesía, como debe hacerse cuando se habla a compañeros de armas. Rogábales que cumplieran con su deber y se prepararan a la campaña, no por amor a él, sino por amor de Dios. Ahora se trataba de

mostrar que Dios es el verdadero Dios y que Mahoma no vale una brizna de paja podrida. Había que reconquistar Jerusalén y expulsar a los paganos de la tierra de Dios. Había que vengar a todos los hermanos y amigos muertos durante el asedio: «Que no nos reprochen nuestra pereza. Por cada uno que los no creyentes nos hayan matado, daremos muerte a diez y a cien».

Poco a poco las armas fueron preparadas; los caballeros se reagrupaban en torno a sus jefes; los patios se convertían en cuarteles. De acuerdo con el duque de Borgoña y el marqués, Ricardo decretó que las mujeres no seguirían al ejército y sólo

hizo excepción para las viejas peregrinas, las encargadas del lavado de cabeza y las lavanderas, puesto que de ellas necesitaba siempre la hueste.

Ansiau debía dejar en Acre a diez de sus hombres, demasiado débiles, demasiado enfermos, o simplemente perezosos para exponerse a las fatigas de la guerra. En el fondo no le disgustaba dejar su casa con buena vigilancia: los nuevos cruzados de Occidente que seguían desembarcando en Tierra Santa en pequeños grupos no debían robarle su casa ni quitarle su mujer mientras él se hallaba en campaña.

María, con los ojos enrojecidos, iba

y venía por la casa, sin saber qué hacer por su «signor Ansello» que, visiblemente, no demostraba tener mucha necesidad de ella; no sabía reparar las armas, ni enjaezar los caballos y hacía tiempo que había cosido y remendado todas las camisas y los calzones del barón y de sus hombres. Ansiau le prometía volver: la amaba. «Podéis contar conmigo —le decía— mientras dure la guerra y no os ocurra mal alguno. Y si me quedo en esta tierra, me gustaría habitar en esta ciudad, ya que mi hijo está enterrado en ella. Si lo deseáis, viviremos como marido y mujer: ya no estoy en edad de correr detrás de las mozas». «¡Ah, santa

María!»), suspiraba la viuda. El «signor» era demasiado bueno con ella y no sabría nunca cómo agradecerse lo bastante por Pascaline y por todo lo demás. Iba a combatir lejos, con tanto calor y con esos paganos que son peores que el demonio: ¿acaso no habían profanado la iglesia de Santa Ana con tanta impiedad? La profanación de la iglesia de Santa Ana seguía siendo para la buena mujer el peor de los crímenes de los sarracenos. Cada día diría un rosario más a la «Madonna» por la salud del «signor Ansello», y haría rezar otro a Pascaline.

—En cuanto a Pascaline —decía el «signor Ansello»— haríais mejor en

casarla: los tiempos no son tranquilos.

María se revolvió: ¡casarla, cuando apenas tenía qué dejarle en dote! Había que trabajar al menos un año para coser y bordar todo lo que faltaba. Pascaline no era la hija de un remendón ni de un carpintero: su padre había sido mercader de paños. Y María era testaruda como un mulo, a pesar de toda su dulzura. Parloteaba en abundancia y sus ideas seguían siendo un enredo. Ansiau se lo explicaba todo por el hecho de que no fuera una mujer noble, y nunca le reprochaba nada. Pero, antes de partir, recomendó a Hue de Linnières, a quien dejaba en la casa, que velara bien sobre la viuda, porque él no creía en la

fidelidad de las mujeres.

La Santa Cruz y los prisioneros cristianos prometidos por Saladino a cambio de la guarnición de Acre no habían sido devueltos todavía y la hueste comenzaba a preocuparse y a decir: se nos paga con falsas promesas. Y cinco días después de la Asunción se difundió por la ciudad el rumor de que los cautivos sarracenos habían sido llevados fuera de las murallas de la ciudad, aunque nadie sabía por qué. Una escolta de ingleses y normandos los conducía hasta aquella misma colina Ayadiya donde Saladino tuviera sus tiendas un mes antes.

Quienes los habían seguido para ver

en qué paraba todo, regresaron a la ciudad unas horas después y a grandes voces decían que el rey Ricardo hacía cortar la cabeza a los paganos y que había que ir a verlo, porque era cosa horrible, como jamás se había visto semejante. Allí estaban, con las manos atadas a la espalda, acercábanse unos tras otros a los tajos y los verdugos los degollaban con sus sables; a otros los habían matado ya con hachetas. Había tanta sangre y tantos cuerpos descabezados, que desde la matanza de los sargentos no se había visto ni oído cosa igual. Unos decían que eran cinco mil los paganos muertos; otros, que tres mil. Y todos coincidían en que Ricardo

había querido vengar a los cristianos muertos por la guarnición de Acre, tanto por sus flechas como por sus máquinas de guerra. Y sin embargo, la mayoría de los soldados cristianos parecían más desconcertados que satisfechos por tamaña venganza. Inmediatamente, la indignación se volvió contra Saladino, que permitía degollar de aquel modo a hombres que habían sostenido semejante asedio por él y que habían combatido valerosamente durante dos años. Decíase que Saladino se había negado a entregar la Santa Cruz y los doscientos mil bizantinos prometidos, sin preocuparse de la vida de sus rehenes. Era un gran pecado abandonar de aquel

modo a unos hombres por pura concupiscencia y por no pagar su rescate. Al fin y al cabo, el rey Ricardo no podía llevar siempre a aquellos paganos entre sus hombres, ni dejarlos en una ciudad desprovista de soldados.

La campaña de Jerusalén

(Crónica)

La campaña. El intenso calor. El sol recalienta los yelmos y las cotas de malla hasta ponerlos ardientes; y la piel bajo las camisas mojadas de sudor cálido se cubre de llagas; la sangre bordonea en los oídos.

Los campos cubiertos de hierba seca, quemados, los bosquecillos de olivos, los caminos polvorientos, todo parece blanco, gris, sin color bajo la luz devoradora; sólo el cielo ostenta un azul que daña a los ojos, un azul profundo, sin nubes. A la derecha se extiende la línea del horizonte del mar. A la izquierda, la sucesión de colinas grises

y azules, con el ejército de Saladino que avanza y se arrastra lentamente como la cola de una gigantesca serpiente y amenaza desplegarse en abanico y cortar el camino a los cristianos.

La gran batalla. En los huertos de Arsuf el enemigo pasa a la acción. El ejército cristiano se ve rodeado por los turcos que lo acribillan a flechazos. Treinta mil turcos se arrojan sobre la hueste, a rienda suelta, levantando torbellinos de polvo. Ante los emires avanzan las trompetas, los portadores de campanas, los tambores, lanzando gritos: con aquel alboroto no se hubiera oído ni el trueno de Dios. Seguían después los negros y los sarracenos de

la tropa ligera, infantes rápidos y ágiles, con arcos y escudos. Del lado de la tierra y el mar atacaban de cerca y con tanta fuerza que hicieron mucho daño, sobre todo entre los caballos. Calor tórrido. Caballos muertos, hombres acribillados de flechas. Pero Ricardo es gran caudillo militar. Los Hospitalarios dicen estar agotados; él les ordena mantenerse firmes y lo hacen. Después pasa al ataque... Cargas en tromba, que todo lo barren. Beha-el-Din, que estaba con Saladino, nos ha dejado una visión de aquel momento: «Entonces la caballería francesa se forma en masa y sabiendo que sólo un supremo esfuerzo puede salvarla, se decide a cargar. Yo

mismo vi a aquellos caballeros, reunidos en torno a un círculo formado por la infantería. Cogieron sus lanzas, lanzaron todos a la vez un grito de guerra; la línea de los infantes se abrió para dejarles paso y se precipitaron en todo sentido. Una de sus divisiones se lanzó sobre nuestra ala derecha; otra contra la izquierda; una tercera contra nuestro centro y todo en nuestras fuerzas fue puesto en fuga...».

«... Los turcos quedaron sorprendidos porque los nuestros cayeron sobre ellos como el rayo, levantando una gigantesca polvareda; y cuantos iban a pie y con sus arcos nos habían hecho tanto mal, todos quedaron

degollados al acto. Cuando los caballeros los derribaban, los soldados de a pie les cortaban la cabeza...» Sólo Saladino conservó su sangre fría. Reúne a los fugitivos al redoble de tambores. So pena de dejarse llevar por todo aquel ímpetu, la caballería francesa da media vuelta. Los sarracenos se reaniman. «Llegan veinte mil, armados de mazas; los nuestros, que volvían hacia la hueste, sufrieron no poco; los sarracenos les lanzaban flechas y los golpeaban con sus mazas, aplastando cabezas y brazos y derribando a los jinetes sobre sus arzones.»

Los caballeros francos, tras haber recobrado el aliento, cargan de nuevo

contra los turcos, que huyen perseguidos por los cristianos hasta las colinas mismas donde se encuentra Saladino. El ejército musulmán se bate en retirada dejando la tierra vacía ante el enemigo.

Descanso sangriento en el calor de la tarde, en los huertos devastados de Arsuf.

Después, dos largos meses en los olivares de Jaffa, en los naranjales, entre los pesados frutos de oro entre follaje negro, entre los cargados racimos azul y ámbar, cálidos y transparentes al sol. Jaffa, ciudad ardiente de piedras colocadas contra el mar azul, rodeada por tantos huertos que todo el ejército halla donde acampar y las tiendas se

alzan entre árboles; a la sombra de los limoneros y en torno a los pozos se está bien descansando del sol y de las fatigas de la batalla. Los albañiles ingleses e indígenas trabajan en la reconstrucción de las murallas de la ciudad, ayudados por soldados. Los caballeros que tienen humor más aventurero que los demás emplean el tiempo en correrías por las aldeas de los alrededores, porque el país no está seguro y los musulmanes merodean en pequeños grupos dispuestos al ataque. Montados en sus pequeños y rápidos caballos, el rostro negro bajo los turbantes blancos, siguen contando con la superioridad numérica; son rápidos, pero fáciles de derrotar:

basta lanzarse contra sus filas, espada en alto; en seguida se dispersan para arrastrarlos lejos de los vuestros; entonces os rodean y atacan con sus lanzas los costados de vuestros caballos. El rey Ricardo formaba parte de todas esas expediciones, exponiendo su persona más que cualquier simple caballero y seguido de una escolta tan reducida que se ponía mil veces en peligro de ser capturado. En desquite, regresaba a la hueste con cabezas de sarracenos alineadas a docenas en su silla, como figuras secadas al sol; y su caballo acostumbrado hace tiempo al olor de la sangre, relinchaba y temblaba al sentir el peso de la carne muerta

sobre su grupa.

Una vez que hubo cedido el calor y las murallas de Jaffa fueron reparadas, la hueste volvió a ponerse en marcha. Era unos días antes de Todos los Santos y los vientos comenzaban a soplar con fuerza. El mar había cambiado de color y de azul iba haciéndose gris y verdoso. Por primera vez la hueste abandonaba la costa y avanzaba hacia las colinas que crecían a medida que iban haciéndose más cercanas. Vastos montones de alturas amenazadoras y desconocidas, amplios cabezos boscosos, con dulces pendientes, tras los cuales iban a surgir otros más altos y sombríos. Hubo batalla en Yazur, con la vanguardia del ejército

del sultán; después llegó Rames, destruida por Saladino, antiguo dominio de los ibelinos, y Lydda San Jorge, donde el santo sufrió el martirio. Y era cerca de San Jorge, en Montgisard, donde Dios había dado al rey leproso la victoria sobre Saladino, con la ayuda del mismo san Jorge, doce años antes. Allí acampó la hueste en tomo a la desmantelada fortaleza de Rames. Hubo que permanecer tres semanas, a causa de las grandes lluvias del otoño. Y a muchos hombres les faltaban vestidos de invierno y cayeron enfermos. El invierno fue más duro de lo deseable. Había que avanzar de Rames hacia el Torón de los Caballeros que Saladino acababa de

destruir; y del Torón, sobre Betenoble, que no estaba más que a cinco leguas de Jerusalén. Tempestades de nieve y ventisca cubrían las tiendas y los almacenes de provisiones con un hielo blanco, endurecido inmediatamente por el viento helado. Las ráfagas se colaban en las tiendas, arrancaban los picos y hasta los gruesos palos de madera. En las cajas, los bizcochos se cubrían de moho y las corazas se oxidaban. Caballos y mulos morían de frío. Más de un hermoso corcel de raza árabe se desplomó ante los desolados ojos de su dueño, que inmediatamente se despojaba de su capa y de su manta de dormir para proteger a la bestia: un caballero no

posee mayor tesoro ni cuenta con más fiel camarada que su buen caballo.

Pero Dios sabe que todas aquellas miserias eran aceptadas de buen grado y con alegría, porque Jerusalén estaba allí, a una jomada de camino a pie. Nunca había sido tan grande la esperanza: Ricardo no encontró obstáculo en el camino; el ejército pagano, derrotado, había huido y la reconquista de la ciudad santa no podía hacerse esperar. Habíamos llegado al fin. Estábamos ante el Santo Sepulcro. Dios nos mostraba el buen camino. Nunca más volveríamos a tener plena ni tristeza a partir del día en que viéramos con nuestros propios ojos el Sepulcro de

Nuestro Señor. Y quienes entren ahora en Jerusalén pueden decir que su vida no ha sido inútil.

Navidad fue un día de gran gozo, de arrepentimiento y de perdón. Y sin embargo, la noche era negra; los horizontes montañosos aplastaban el campamento por todas partes. El viento y la nieve apagaban las antorchas y las velas incluso en las capillas de campaña. Pero los fuegos volvían a encenderse de nuevo y crepitaban y temblaban a la vista de cientos de ojos humedecidos, porque no hubo hombre aquella noche en el ejército, desde el rey Ricardo al último de los soldados, que tuviera los ojos secos y el corazón

triste. Ya no había pérdidas ni duelos. Ni el mismo Dios se había perdonado a sí mismo: y aquí sufrió dolores mucho mayores, por salvar a unos hombres que no valían la pena de ser salvados: tan grande era su piedad. Y puesto que se trataba de liberar su tierra, todos morirían de buena gana.

Pasó la Navidad, y la noche de San Silvestre y la Circuncisión. Pasó la Epifanía y el rey no daba la orden de levantar las tiendas para avanzar contra Jerusalén. Y al decimotercer día del mes de enero se dio la orden de levantar el campo, pero fue para retirarse a Rames.

La noticia cayó como un golpe de maza sobre la cabeza de cada uno. Así

pues, habían sufrido en vano el viento y el frío y la pérdida de los caballos. Habían venido de tan lejos, con tanto trabajo, para retirarse vergonzosamente ante el regocijo de los infieles. A Ricardo no se le perdonó el gesto y los que la noche anterior estaban dispuestos a morir por él volvían a sus viejos rencores: el rey se había vendido a Saladino, negociaba con él desde su estancia en Jaffa y sólo llevaba a la hueste a agotarla y traicionarla. El duque de Borgoña y los barones franceses, descorazonados por la cobardía del rey de Inglaterra, abandonaron el ejército y se retiraron al Casal de Plaines, seguidos por la mayor parte de sus

caballeros. Los templarios y hospitalarios, acusados de haber aconsejado mal al rey, se indignaban con los franceses y eran tal mal considerados por el resto del ejército que se apresuraron a abandonar el campamento. Muchedumbres de caballeros, de soldados, de peregrinos y enfermos, se arrastraban por los caminos en largas y lamentables caravanas. Ya no se pensaba más que en escapar del frío, en llegar cuanto antes a la llanura y a la costa, a Jaffa y a Acre, donde más de uno había dejado una casa, una mujer y unos amigos. Ricardo, que se había retirado a Ibelin, cerca de Rames, sólo había conservado consigo a

sus vasallos ingleses, normandos y gascones y al conde Henri de Champaña con sus champañeses. Y los champañeses debían permanecer, obligados al rey de Inglaterra, para seguir así, sin haberle jurado nada, porque jamás había habido semejante tristeza ni tanta miseria en la hueste. «La hueste —dice el trovador normando Ambroise— durmió en Ibelin triste y pensativa y a la mañana, al alzarse el sol, partieron los que iban adelante a ocupar los puestos. Se retiraron las tiendas y la hueste cabalgó armada; pero nunca hombre vivo alguno podrá contaros una jomada peor que aquélla: la anterior no era nada en su

comparación. Perdieron sus víveres porque los mulos y bestias de carga caían muertos. Así lo quería Dios, que los probó y les mostró claramente que hay que sufrir con Él si se quiere gozar con Él. Algo después de mediodía llegaron a Ascalón, la encontraron derruida y saqueada y hubieron de subir sobre los escombros para entrar en ella, cosa que hicieron con no poco trabajo, de manera que con la dura jomada que habían padecido, apenas quedaba uno que no tuviera necesidad y deseo de descanso. Pero en adelante tuvieron todo el que pudieran querer.»

De nuevo hasta la primavera los trabajos de reconstrucción, las

incursiones en el campo, una vida en la que no se puede pensar gran cosa. Ansiáu de Linnières no encontraba gusto alguno en las historias de traiciones y se contentaba con mover la cabeza cuando sus camaradas se indignaban en su presencia por la conducta del marqués y de los franceses. El marqués negociaba con los musulmanes; el duque de Borgoña se entendía con los genoveses para entregar la ciudad de Acre al marqués; el rey Ricardo era traicionado por todas partes. Ansiáu tenía a sus dos primos al servicio del marqués y lo daba a entender: fuera lo que fuese, aquel hombre era un buen cristiano y un valiente caballero y no podía ser un

traidor.

La primavera cubría la plana de Sefer y las colinas de Judea con una flora resplandeciente, como nunca se había visto en país cristiano. Los prados desbordaban de lirios, de iris amarillas y violetas; los jardines y bosques estaban rojos de rosas, por todas partes los naranjos de flor blanca, los almendros rosa rebosaban de pétalos bienolientes, de tal manera que los árboles parecían doblarse al peso de las flores. La hierba verde debía crecer ya sobre la tumba con una cruz de madera en el cementerio de San Nicolás, delante de Acre. Había allí un par de ojos que nunca verían tanta belleza; eran grandes

y claros, no azules sino grises y con reflejos de azur. Gris más bien que otra cosa. Y sabían abrirse mucho y ponerse casi redondos. El alma estaba con Dios, cerca de Dios, con los bienaventurados; pero el cuerpo había sido del padre y Dios lo había hecho descender a la tierra y corromperse hasta la resurrección de la carne. El muchacho vivía, a lo lejos, una vida exenta de peligros y de miserias, al servicio del más grande de los reyes: mucho más grande que Ricardo Corazón de León; y si había sabido amar a Ricardo, ¡cuánto más amaría a aquel que era mil veces mejor que Ricardo! Mas para un padre que había amado a su raza, su carne, su

sangre, el golpe era cruel. Ni Dios ni el muchacho contaron con él. Habían pasado ya ocho meses y Ansiau tenía aún, en el momento de despertar cada mañana, como una corazonada al recordar que su hijo yacía en el cementerio.

Pero la vida del campamento y la guerrilla iban haciendo su obra. Las preocupaciones de cada día no dejaban tiempo para pensar; y Herbert, había que reconocerlo, era un personaje tan importante que forzaba a las gentes a pensar en él hasta cuando sentía menos deseos de hacerlo. En cuanto se dio cuenta de que su padre le demostraba alguna ternura, aprovechó esa realidad

con un impudor ingenuo, con una despreocupación realmente soberbia. Comenzó a considerar como suyos los caballos del barón, a hablar como dueño a los hombres del barón y a alimentarse exclusivamente a expensas (por cierto muy reducidas) de su padre. Anshiau no se enfadaba por ello. Apenas si llegaba a enterarse. No iba a regañar al joven por un poco de indiscreción en un tiempo en que una flecha, una lanzada, una fiebre podían llevárselo. Pero Herbert no estimaba a los que parecían doblegarse ante él; se hacía insolente; el padre se enfadaba de mala gana y perdonaba pronto, cansado de pelear. Herbert tenía continuamente querellas,

historias de mujeres; y acudía a quejarse a su padre y Ansiau acababa mandándolo al diablo.

Nunca un cruzado había dado menos importancia a la guerra santa, a Jerusalén y al Santo Sepulcro, que Herbert de Linnières. Herbert, desde algún tiempo atrás, había abandonado sus entusiasmos de niño (si es que los tuvo alguna vez) y pensaba que Palestina era un país muy enojoso y lleno de gentes bellacas de todas clases y no se resignaba ni poco ni mucho a los mosquitos. Los barones cruzados se quejaban de tal manera que Herbert decía francamente que prefería los paganos a los franceses. En una guerra

tenía que haber hermosos hechos de armas y desde la gran batalla de Arsuf, la hueste se agotaba en escaramuzas, en pequeños combates de arqueros, en la reconstrucción de plazas fuertes. Es decir, una guerra en la que no había ni gloria ni provecho para nadie. Ricardo parecía querer acaparar para sí todos los beneficios de la campaña: se hallaba en todas partes a la vez, llevaba el terror por doquier, no se hablaba sino de él; casi a solas caía sobre las tropas sarracenas, se encontraba en el asedio de Darum, volvía a Ascalón a dirigir la reconstrucción de las murallas, e inmediatamente partía de nuevo para recorrer los campos y traer trofeos

sangrientos y soldados delirantes de admiración. Pero la guerra no parecía ir adelante y Jerusalén seguía tan lejos como antes de Todos los Santos. Ricardo debía acudir personalmente a Acre para llevarse de nuevo a los desertores a fuerza de reproches y promesas.

Después de la Pascua, todos los barones franceses abandonaron al rey de Inglaterra, que les había suplicado permanecieran con él y no desmembraran el ejército: les propuso quedarse a sus expensas; y al recibir su negativa, los acompañó llorando, rogándoles una y otra vez que no lo abandonaran. Después de su partida, la

hueste quedó más triste y desamparada que nunca; se hablaba de la próxima marcha del rey, que apenas salía de su tienda; numerosos caballeros champañeses y gascones salían de Ascalón para descender a Jaffa o Acre: decíase que los franceses llevaban una vida feliz en Tiro a expensas del marqués.

Entre los fieles del rey Ricardo seguía hablando mal de Conrado de Monferrato; pero cuando el rey, sin saber qué partido tomar, convocó a los barones del país en Ascalón para pedirles que escogieran un jefe que se ocupara de la guerra, todos a una aclamaron a Conrado. Mucho costaba al

rey inglés coronar rey al hombre al que más detestaba: pidió a su sobrino Henri de Champaña que fuera a Tiro con una reducida escolta de caballeros champañeses para buscar al marqués y conducirlo a Acre donde sería coronado.

(Herbert de Linnières, cansado de la prolongada estancia de la hueste en Ascalón, aprovechó la oportunidad para alistarse en la escolta de honor del conde Henri. Sólo Dios puede saber cómo lo consiguió: apenas se dignaba abrir la boca, no pedía nada a nadie; y sin embargo siempre obtenía el mejor puesto. Y lo curioso es que, quien se lo cedía, debía incluso agradecerle el

«favor». Se equipó lo mejor que pudo, contento de realizar un espléndido paseo a lo largo de la costa y ver la ciudad de Tiro que, según todos decían, era tan bella; de asistir a la coronación del marqués y tomar parte en los diversos festines; y ver a sus tíos, André y Simon.)

Una oleada de júbilo rodó desde Ascalón a Tiro, a lo largo de la costa franca, entre las guarniciones y tropas diseminadas en Jaffa, Cesarea, Arsuf, Caiffa, Acre; entre las poblaciones indígenas, italiana y siria, a las que el solo nombre del marqués infundía una sensación de tranquilidad: aquél era el verdadero y grande enemigo de los

musulmanes. Los mismos que habían colmado de maldiciones al marqués, estaban ahora dispuestos a concederle su confianza. Ricardo quería nombrarlo rey, y por lo tanto no era un traidor. Todo se le perdonaba: el hambre durante el asedio, el matrimonio adúltero, las intrigas contra Ricardo e incluso (cosa más difícil de perdonar) la dureza altiva del hombre que se sabía superior a todo y a todos. Al menos, el Estado cristiano contaría con un jefe responsable, porque ya hacía mucho tiempo que nadie tomaba en serio al rey Gui.

Por la llanura de Sarón, caballeros y abanderados de Champaña cabalgaban jubilosamente con los yelmos y las

crines de los caballos adornados con flores de jazmín. El cielo era azul, encima de un mar claro; cuando llegaron a la ciudad de Acre, empavesada y feliz, se detuvieron para que las cabalgaduras descansaran y poder oír misa en la iglesia de la Santa Cruz.

Los primeros mensajeros de Ricardo se había adelantado a Henri de Champaña y dos días después de su elección, Conrado recibió la buena nueva en Tiro, en el curso de una ceremonia. Mostróse solemne, como sabía serlo en circunstancias solemnes; lloró de alegría y levantó los brazos al cielo, rogando a Dios que le arrebatara la vida si se mostraba indigno de

aquella corona que tanto había deseado. Grande fue el júbilo de sus amigos, lo mismo «pollinos» que franceses. La ciudad de Tiro parecía un ascua, iluminada con antorchas y toda la noche las iluminarias sobre las murallas se reflejaron en la superficie oscura y tranquila del mar. Pero el júbilo no duró demasiado: tres días después de la buena nueva, el marqués de Monferrato moría asesinado: era el 28 de abril, por la noche, en plena calle, cuando volvía, solo y sin escolta, de visitar al arzobispo de Beauvais.

Enrique de Champaña, con sus caballeros, se acercaba a Tiro cuando mensajeros salidos de la ciudad

acudieron a anunciarle la muerte del marqués; el conde, desolado, dio la media vuelta y descendió a rienda suelta hasta Ascalón, y de allí a Darón, ciudad a la que se disponía a asediar su tío.

Ocho días después de la muerte de Conrado, su viuda, Isabel de Jerusalén—encinta de cuatro o cinco meses—yacía en el lecho de un tercer esposo (en vida del primero) y Henri de Champaña tomaba así la sucesión del marqués por consejo de Ricardo y a petición de los barones de ultramar. (Debe creerse que el buen champañés acabó por hacerse amar de su mujer, pues cuando murió, cinco años más tarde, su viuda llevó un luto que daba verdadera compasión; por

lo demás, fue obligada por sus barones a casarse casi inmediatamente con Amauri de Lusignan.)

El matrimonio fue celebrado con gran pompa en la catedral de Tiro. Los cruzados mostraban una esperanza tenaz; necesitaban un hombre; si faltaba uno, se le reemplazaba pronto. Tal vez el nuevo fuera tan bueno como el desaparecido. Cuando un hombre fuerte dejaba de existir, era como si el mundo cayese en ruinas o cambiara de aspecto de un solo golpe: ahora se vivía en un mundo donde ya no había más marqués. El marqués había sido como el pilar de granito que sostiene toda la armazón de un palacio; habíase hundido y se le reemplazaba

apresuradamente por el primer cabio que se encontrara. El joven conde, un bayo mozo, no parecía impresionado por aquella corona que tan bruscamente venía a sus sienes: la aceptaba como un deber, sin entusiasmo y sin temor; y sin embargo, la esposa era bella.

Para Herbert de Linnières las bodas fueron una ganga inesperada: de pronto se encontraba como invitado notable en un banquete nupcial, puesto que formaba parte de la escolta del marido y se trataba de las bodas del conde de Champaña con la heredera de Jerusalén. Herbert sentía pasión por los buenos vestidos, los tapices de Oriente, las salas adornadas y la música festiva.

Aplaudía y gritaba concienzudamente «¡Gloria!» al ver aparecer a la joven esposa, pálida y materialmente abrumada por los bordados de oro y las hileras de perlas que adornaban su cabeza, sus velos, su pecho y sus brazos. La catedral aparecía adornada con flores de lis: tantas, que el templo parecía blanco. Y los barones desfilaban graves y solemnes bajo sus pesados mantos de pieles forrados de brocado y echados sobre el hombro izquierdo.

Durante la ceremonia, Herbert se mantuvo en las filas de los champañeses erguido como un cirio, cuidadoso de que los pliegues de su túnica —un tanto gastada ya— se mantuvieran en perfecto

orden. Estaba orgulloso de encontrarse tan cerca del altar; conocía de memoria su propio atractivo y aun bajando los ojos para orar, se preguntaba si las damas de honor de la reina estarían mirándolo. Después de la iglesia, volvió a encontrar en el palacio del marqués a sus dos tíos —el guapo y el feo— André y Simon. Ambos parecían tristes y André propinó a su sobrino el epíteto de «cabeza de chorlito».

—¿Qué honor representa para nuestro conde —le dijo— casarse con una mujer cuyo marido ha sido recién enterrado? Este matrimonio no le traerá mucha suerte.

Y Simon dijo que no quería acusar al

conde Henri, pero que seguramente el golpe había sido maquinado por Ricardo: era él quien había comprado al Viejo de la Montaña^[5] para hacer matar al marqués.

Los dos asesinos pertenecían a la secta que obedece al Viejo de la Montaña y todos sabían que Ricardo había enviado presentes al Viejo.

Herbert no discutía. Sabía bien que Ricardo detestaba al marqués; pero André decía que el Viejo había sido comprado más bien por Saladino, que temía al marqués más que a cualquier otro cristiano.

—Realmente —dijo— no es cosa que deba decirse, pero temo que nadie

pueda reemplazar al marqués. Dios conceda a Henri de Champaña gloria y felicidad en este país. Yo no le deseo mal.

Herbert descansaba sus ojos en las bonitas damiselas que rodeaban a la nueva condesa de Champaña; y las veía bailar en la sala de fiestas con los ojos brillantes de concupiscencia.

—Tío —decía—, siento verdaderos deseos de enamorarme de una de ellas, pero no sé a cuál escoger.

Henri de Champaña y su mujer, «blanca como una perla» —dice Ambroise—, hicieron una entrada triunfal en la ciudad de Acre. Y el mismo Ambroise, que muestra para el

matrimonio del joven conde tanta indulgencia cuanta había sido su severidad para el marqués, cuenta así la acogida al nuevo rey: «Hubierais visto una hermosa recepción, procesiones, calles adornadas con tapices, inciensos aromáticos en ventanas y puertas. Todos los habitantes de la ciudad, cerca de sesenta mil y más, salieron de Acre a su encuentro: los clérigos lo condujeron a la iglesia, le presentaron las reliquias y le dieron a besar la Santa Cruz; y él hizo su ofrenda a muchas gentes».

La jornada era bella y grande la esperanza. De nuevo Jerusalén estaba en todos los corazones; se esperaba poder alcanzarla antes de que empezaran los

calores del estío; Henri de Champaña, con los barones franceses y sirios, descendió a Darón para unirse allí a Ricardo.

En Acre, Herbert encontró en el palacio del conde de Champaña a un champañés de Bar-sur-Aube que le preguntó si era Herbert de Linnières: «Se me había dicho —añadió— que os parecíais a vuestro tío Baudouin de Puisieux». Herbert preguntó: «¡Dios! ¿Acaso traéis noticias de los míos?».

—Noticias no las traigo —dijo el hombre—. Pero un amigo me rogó que os encuentre o, mejor, a vuestro padre, para entregarle el dinero que la dama de Linnières le envía.

—¡Dios sea bendito! —dijo Herbert—. Realmente andamos escasos de dinero.

La dama enviaba veinte marcos de plata en una bolsa de seda verde. Herbert los tomó y se apresuró a adquirir un hermoso caballo de Houma, de pelo oscuro y brillante como si fuera de seda. Y guardó el dinero restante para entregárselo al barón.

Esta vez André salió a la campaña con el conde. ¿Había perdido toda esperanza de éxito con su damisela, o quería hacerse perdonar sus pecados con una peregrinación a Jerusalén? Dios lo sabe. El caso es que ni a su sobrino lo comunicó. Herbert estaba entusiasmado

con su nuevo caballo y no sabía hablar de otra cosa.

—¡Qué planta, qué ojos, qué narices! ¡Miradlo, miradlo cómo se encabrita!

Y para no fatigar a la preciosa bestia, hacía que un escudero la llevara a su lado, mientras él montaba su viejo caballo gris.

Otra vez desde todas las ciudades costeras, muchedumbres de hombres armados y de peregrinos descendían a las llanuras de Sarán y de Sefel para unirse a la hueste que avanzaba hacia Jerusalén.

Y de nuevo se dio el gran impulso hacia la ciudad santa y una vez más el

ejército, acampado en plena montaña, en Betenoble, permaneció estacionado, y se retiró por orden de Ricardo. Los cruzados eran gente de buena voluntad, habían perdido ya demasiado para desanimarse fácilmente; tras haber maldecido al rey Ricardo, a Saladino, a los templarios, a los «pollinos» y a quien quedara por maldecir, se ponían de su parte y aseguraban que el rey sabía lo que hacía y que para reconquistar Jerusalén había que esperar refuerzos de hombres y víveres. Entretanto, Ricardo hacía incursiones en el campo y lograba victoria tras victoria en una guerra de escaramuzas que le proporcionaban los sarracenos.

Por fin, André se había reunido con Ansiou en las filas de los champañeses; hacía diez meses que ambos primos no se veían. Ansiou había cambiado mucho: sus sienes estaban grises, tenía profundas arrugas bajo los ojos y la tez más oscura que nunca. André lo encontró duro e indiferente.

—¿Os acordáis —le dijo André— que quisimos cambiar nuestra promesa de amistad ante el Santo Sepulcro? La otra vez, la muerte de mi padre me impidió acudir a la cita; pero esta vez estamos el uno junto al otro y parece que llegaremos a verlo.

Ansiou suspiró acordándose de las mil velas rojas que ardían sobre los

altares del Santo Sepulcro y de la cara del joven rey Balduino, pálido, hinchado, bajo el dorado yelmo. Todo aquello era ya otra vida. La muerte había venido a llamar a su puerta desde entonces. Pero trató de ser afable con André y preguntó:

—¿Os vais a casar? Al menos eso me han dicho...

André se echó a reír.

—Ya os he dicho que no me casaré jamás. No soy madera para tal palo. Sólo os lo digo a vos, hermano: hice demasiado el imbécil. No es culpa mía, pero quise apuntar demasiado alto... ¡Y pensar que a los veinte años podía tener todas las mujeres que quisiera...! Pero

ya lo veis: no quise ninguna entonces. ¿Os acordáis de la dama de Chalmiers?

—Sí —dijo Ansiau—. Pero no me gusta hablar de eso.

André movió la cabeza.

—Era, con todo, la mejor mujer que haya conocido. Y al menos era franca y sincera: a una mujer, hermano, no debe pedírsele más que placer.

André no tuvo la suerte de ver la Ciudad Santa. Fue herido en la batalla librada cerca de Rames durante una expedición por el camino de Ibelin. Ansiau, sus escuderos y dos caballeros gascones estaban con él. Unos beduinos los habían atacado de flanco. Eran quince, pero mal armados; y los

caballeros cruzados habían conseguido ponerlos en fuga. La mala suerte quiso que André contara sólo con una coraza vieja y poco fuerte, que cedió bajo la fina lanza de uno de los enemigos.

El arma atravesó casi de parte a parte el pecho, entre el corazón y el estómago. André perdía mucha sangre por la herida y por la boca y no se mantenía en su caballo. Ansiau y los dos gascones le ayudaron a descabalar y lo echaron sobre un lecho de hierba seca a la sombra de un espino gris y negro. Ansiau soltó rápidamente el cuello de la coraza del herido y arrancó pedazos de su propia camisa para detener la sangre que manaba de la herida y empapaba la

túnica entre el cuerpo y la cota de malla. El calor era grande y en el cielo azul oscuro planeaban lentamente buitres de vastas alas sin plumas. André comenzó a llorar:

—Hermano: vienen por mí.

La barba de André era roja y estaba húmeda; la espuma rosada de sus apretados labios reaparecía cada vez que Ansiau se la enjugaba. En dos minutos André pareció un anciano, con el rostro descamado y una nariz larga y puntiaguda. Jadeaba con esfuerzo, sus ojos eran vidriosos. Consiguió decir:

—¡La comunión!

Como era costumbre en los casos extremos, Ansiau tomó una brizna de

hierba quemada y la bendijo con una triple señal de la cruz, pidiendo a Dios que consagrara, por su gracia, aquella pequeña cosa creada, para que sirviera de hostia y consuelo a su servidor André, caballero. En tales casos, solía decirse, todo cristiano podía hacer el oficio de sacerdote y toda partícula de materia creada podía reemplazar la hostia, si no enteramente, sí al menos en el espíritu y en la fe. Ansiau besó humildemente, con la punta de los labios, la brizna de hierba consagrada; después la posó entre los labios abiertos de André. El herido pareció aliviado; cerró los ojos y Ansiau lo creyó dormido. Pero André volvió a abrirlos

aún, despegó sus labios y dijo:

—Haréis decir... una misa... allá...

Después, un flujo de sangre lo ahogó.

Fue enterrado en el cementerio de Rames y muy llorado por sus escuderos y por Herbert. Ansiau ya no tenía el valor de llorar. Un golpe más o menos apenas contaba. El mundo se hacía más vacío, más pobre de recuerdos: había un muerto más que encomendar a Dios en las oraciones.

A comienzos de julio, la hueste avanzó de nuevo hacia Jerusalén; esta vez todos creyeron que el fin estaba cerca, pero una vez más Ricardo hizo levantar el campamento por temor al

calor y la sed, porque los pozos, según decían, habían sido envenenados por los enemigos. Los franceses, francamente cansados e indignados por aquella tercera retirada, no tenían ya bastantes burlas e injurias para el jefe incapaz que no sabía más que hacer pequeñas marchas entre Rames y Betenoble y que era el único en temer los peligros que el más simple de los soldados estaba dispuesto a correr por Dios. El duque de Borgoña y sus barones quedaron en adelante apartados del campamento inglés y los franceses cantaban por doquier una canción sobre el rey Ricardo, canción que se decía compuesta por el mismo Hugues de

Borgoña, pero tan injuriosa que el duque nunca reivindicó sus derechos de autor.

No quedaba ya un hombre, lo mismo en el campamento inglés que en el francés, o entre los caballeros sirios, que no estuviera cansado de aquella guerra sin fin y sin continuidad. Los calores volvían con los mosquitos, la disentería, las fiebres. Un año de campaña había agotado a los más resistentes y los refuerzos de cruzados de Occidente no llegaban nunca. Los puertos de Acre y de Tiro estaban llenos de enfermos y mutilados que aguardaban las naves para embarcarse, ya rumbo a Marsella, ya a España e Inglaterra.

El rey Ricardo se ocultaba en su

tienda y recibía diariamente a los enviados de Saladino y los champañeses, e ingleses empezaron a perder confianza y a decirse: «Quiere abandonamos y volver a Inglaterra; vende el ejército a Saladino». Y sin embargo, Ricardo no iba a abandonar la tierra santa sin ofrecer a sus hombres y a los paganos el más admirable espectáculo que Palestina hubiera visto jamás desde que los francos se instalaran en ella. Los hombres que se encontraron aquel verano en Jaffa no olvidarían en su vida lo que era Ricardo Corazón de León.

Esta magnífica e inverosímil aventura nos ha sido contada

detalladamente por Ambroise y es lo bastante bella como para ser leída y recordada: cómo Ricardo, con algunos cientos de hombres, vino por mar para levantar el bloqueo de la guarnición de Jaffa y cómo obligó a los paganos a abandonar la ciudad y los persiguió fuera de las murallas; cómo con sólo dos mil hombres y tres caballos consiguió derrotar a todo el ejército de Saladino; los que lo cuentan no comprenden cómo ha ocurrido todo esto; mas para hacerlo se necesitaba ser Ricardo.

Ansiau de Linnières. Para el humilde champañés de la castellanía de Paiens, esos días de gran sol y de enorme tristeza debían barrer y quemar en su

cerebro todos los recuerdos susceptibles de ser destruidos. No había pensado mucho en cuanto le sucedía, mientras duraba la aventura, ni después de ella. El rey pensaba por todos. Recordaba una cosa: caminaba descalzo, con las piernas desnudas, la cabeza descubierta, en medio de una lluvia de flechas, sin escudo, sosteniendo la espada con sus dos manos; las flechas se clavaban en las mallas de su cota; las había en el pecho, sobre los hombros, en los brazos. Y las sacudía cuando eran tantas que le pesaban. Dos o tres le rozaron la cabeza cerca de la oreja y la mejilla derecha. Hacía mucho calor. Todos gritaban y él gritaba también: «¡Dios y el Santo

Sepulcro!»). Y ante él redoblaban los tambores y los timbales de los sarracenos y sus caballos con los belfos, llenos de espuma se encabritaban a los golpes de las flechas francas.

Después, un dardo le silbó tan cerca que no tuvo tiempo de bajar la cabeza y vino a desgarrarle la carne a la altura de la ceja derecha y atravesándole el párpado se le clavó en el blanco del ojo, aunque sin reventárselo. Ansiau no pensó que aquel dolor pudiera ser otra cosa que un molesto contratiempo y siguió caminando con la flecha clavada de través en su ceja y en el párpado. Y a cada paso que daba, oscilaba el dardo con todo su peso y causaba un dolor

agudo, insoportable, que le arrancaba torrentes de lágrimas. Cogido entre tres infantes y dos caballeros enemigos, Ansiau no tenía tiempo de llevarse la mano al ojo para arrancarse la flecha; las lágrimas le impedían ver con claridad. Con un movimiento brusco de la cabeza se arrancó el dardo, que desgarrando la ceja y el párpado cayó al suelo. Un flujo de sangre cálida inundó el ojo; Ansiau vaciló por el dolor; pero viendo una maza erizada de clavos que alguien blandía sobre su cabeza, volvió a erguirse con las piernas separadas y alzó su espada en el aire.

Y entonces comprendió que era sencillo avanzar y hacer huir ante sí a

hombres y caballos, vaciar la tierra en su presencia, hasta donde alcanzara su espada. Pero no avanzó rápidamente: bastaba con no hacer un solo movimiento para protegerse; bastaba estar dispuesto a recibir todos los golpes y a no prestar atención a nada. Hacía silbar la espada con todo el ímpetu de los brazos y del torso; un golpe a la derecha, otro a la izquierda y todos huían en derredor; veía tan mal que ya no sabía dónde ir. Daba tres pasos a un lado, tres a otro: por dondequiera veía vacilar en medio de una niebla sanguinolenta caballos negros y caballos grises, capas blancas y escudos redondos. Después empezó a

correr con los pies desgarrados por las flechas que erizaban el suelo y las piernas ensangrentadas. Toda la llanada resonaba de gritos: ¡Santo Sepulcro!». Cayó sobre el cadáver de un caballo de piel ensangrentada, echado con las patas al aire y el cuello torcido. Se puso de rodillas, volvió a levantarse. No había un solo pagano ante él. Todos estaban ya lejos. Gritó: «¡Santo Sepulcro!» y de nuevo: «¡Santo Sepulcro!». Y volvió hacia el Torón con sus camaradas de fortuna, sin dejar de gritar.

El sol se ponía.

En pie en la cima del Torón, inmenso, cubierto de flechas, sangrando, con los cabellos rojos de sol y los ojos

llameantes de furia, erguíaase Ricardo, blandiendo al aire su espada negra, con una ancha risa y un enorme grito: «¡Santo Sepulcro! ¡Dios! ¡Dios!». Y abrazó sucesivamente a los compañeros de armas que se mantenían en tomo a él.

Para Ansiau, ésa fue la última visión; y en seguida cayó la noche. Y el dolor. ¡Dios, qué dolor! El ojo derecho; todo su cuerpo se había convertido en un ojo, un ojo que alguien le quemaba y le atenazaba con hierros al rojo vivo; un ojo que se hacía enorme y rompía la frente, la cabeza, envenenaba la sangre. Hasta que un día sintió tal desgarrón que creyó morir, a pesar de los vasos de vino cocido mezclado con opio que le

hacían beber. Se le arrancaban los mismos nervios del cerebro y se los rociaban con pez hirviente. Pero no murió. Permaneció allí durante horas, resignado a no ser más que una carne en un puro grito, sangrienta, sin pensamiento y sin voluntad. Siguió después la fiebre durante las noches, los grandes dolores de cabeza, el delirio. Y siempre esas voces y esos pasos en la oscuridad. Ni un rayo de luz. Una mano, que él sabía ser la de Thierry —del otro, del falso Thierry— se acercaba a su boca con un cuenco de agua fresca; y además estaba allí el acento terrible del médico sirio, cada una de cuyas palabras caía como un martillo sobre su

cabeza.

Y por fin, un buen día, hubo otra voz muy cerca, a la entrada de la tienda. Los labios de Ansiau recordaron que sabían sonreír.

—Oigo hablar de la Champaña — dijo.

—Barón, soy yo: Herbert —contestó la voz.

—Salud, hijo mío; ¿de dónde venís?

—De Cesarea: los malditos paganos nos han retenido.

El padre se irguió un poco, apoyándose en el codo.

—¿Qué hace el rey? —preguntó.

—Se dice que está enfermo; yo no lo he visto.

Ansiau tuvo un sobresalto y se sentó en la cama.

—¿Enfermo? ¿No es cosa peligrosa? ¿Qué se dice por ahí?

—No sé nada: no me he acercado a su tienda.

Ansiau se dejó caer de nuevo, porque estaba muy cansado. Jadeaba.

—Pues bien, conviene que te acerques: pregúntaselo a sus hombres. No me sorprendería que fuera algo grave... tras una jomada... como la del otro día... Ea, ¿a qué estáis esperando?

Y como se impacientaba y estaba irritable, Herbert salió de la tienda, aunque no sintiera deseo alguno, porque hacía mucho calor.

Por la noche acudió a tranquilizar a su padre y le dijo que el rey no estaba herido sino sólo enfermo de fatiga y magullado por los golpes recibidos durante el combate. Anseau respiró un poco; decíase que el rey Ricardo, con toda su fuerza, tenía una salud demasiado floja: se gastaba demasiado. Después preguntó a Herbert:

—Hijo, yo no comprendo..., siguen dejándome los ojos vendados..., ¿no me habré vuelto ciego?

Herbert dijo tranquilamente que no lo creía. El médico que había sacado el ojo derecho había dicho que convenía vendar el izquierdo hasta que se curara la herida; después de la operación, el

ojo izquierdo estaba en peligro de debilitarse y había que salvarlo. Ansiou suspiró: conocía casos en los que el hombre al que se le saltaba un ojo quedaba ciego cuando la potencia visual se extinguía en el cerebro. A medida que recuperaba las fuerzas, comenzaba a aburrirse y a quejarse de estar siempre en la oscuridad; no sabía servirse de su cuerpo desde que lo conocía informe y confuso en las tinieblas; el sonido de las voces le irritaba y le costaba mucho reconocerlas.

—¿Cuándo van a quitarme las vendas? —preguntaba diez veces al día—. No puedo más; prefiero ver el sol ahora aun a costa de volverme ciego

después.

Ocurrió una tarde de estío muy tranquila, a finales de agosto. Al principio no vio nada. Después vio cerca de su rostro un triángulo gris, pero sin conseguir adivinar de qué se trataba. Y tendiendo el brazo vio que el triángulo se alejaba y crecía; y comprendió que era la puerta de la tienda con la cortina levantada de través. Después vio su mano, grande y negra, y las sombras de Thierrí y del médico, del que sólo reconocía la voz. Pidió que lo colocaran cerca de la entrada para respirar el aire de la noche, porque hacía mucho calor en la tienda.

Encima de él, entre la tela oblicua y

negra de la tienda vecina y la pesada cortina de la entrada, se extendía un pedazo de cielo de forma extraña, tan cubierto de estrellas que parecía claro. Había más, cada vez más; bastaba mirar para ver nuevas estrellas. Grandes, como gruesos diamantes; pequeñas, como polvillo de oro; un extremo de la Vía Láctea, como una mancha blanca, emergía de detrás de la cortina. Brillaban y temblaban, no todas a la vez, sino unas tras otras, como en riguroso turno. Ansiau nunca las había visto así: en un cielo nuevo, nuevas estrellas acababan de ser creadas.

No hablaban de alegría y de belleza, como las del tiempo de su juventud, sino

que se limitaban a estar allí. No sabían ya de los sufrimientos de antaño; eran pobres y simples, en un cielo muy grande y muy pobre.

* * *

La guerra había terminado.

El ejército estaba tan cansado que nadie se lamentaba. La paz fue firmada para tres años y tres meses; Jerusalén quedaba en manos de los musulmanes. Ricardo debía destruir las plazas de Ascalón y Darón, que acababa de reconstruir. Henri de Champaña, rey sin corona, y vasallo de Saladino, mantenía la zona costera de Tiro a Jaffa. Juraron

la paz, de parte de los francos, Henri conde de Champaña, Balian de Ibelin y Onfroi de Torón; de parte de los musulmanes, Malik-al-Afdal, Malik-al-Zahir, hijo de Saladino, y Malik-al-Adil, hermano del sultán, al que los cristianos conocían con el nombre de Safadino.

El sultán concedía a los cristianos el derecho de peregrinar a los Santos Lugares. Tras una guerra tan decepcionante, tan agotadora, ese permiso era ya casi un triunfo inesperado.

Cuántos de esos hombres habían abandonado su propio país y atravesado el mar por sólo el deseo de ver la Ciudad Santa. Ahora habían llegado al

fin: poco importaba cómo. Fuera lo que fuese, habían pagado caro aquel favor.

Jinetes, soldados de a pie, peregrinos, enfermos en litera y sobre camillas. De nuevo se ponían en marcha hacia Jerusalén, llorando y entonando cánticos. Ya no había que temer ataques. La guerra había acabado.

Ansiau cabalgaba junto a su hijo; su único ojo se fijaba en un horizonte montañoso, en el camino ocupado por la lenta y abigarrada caravana de peregrinos que ya no eran más que peregrinos. De vez en cuando, las banderas se balanceaban por encima de la muchedumbre. Colores normandos champañeses, pisanos, bretones,

reunidos allí como por azar, entre las altas cruces doradas y las cruces de madera.

Cerca de Rames, padre e hijo se detuvieron para orar sobre la tumba de André; Herbert lloró más de lo que era su costumbre; Ansiau, en cambio, apenas derramó lágrimas. André había ganado ya una Jerusalén mucho más bella que la que quedaba en manos de Saladino. Había que dejar la paz a los muertos y seguir viviendo.

En la montaña, el aire era seco y cortante y el cierzo frío. Ante los peregrinos extendíase la ciudad en medio de las casas rurales de pequeñas formas blancas, entre campos grises y

parduscos, bosques plateados de olivos, hileras de cipreses negros y de naranjos de color verde oscuro. El largo muro gris se arrastraba en tomo a las casitas de piedra y barro amontonadas unas sobre otras; encima de las torres cuadradas flameaban banderas con la media luna.

Inmensa, amarilla y dorada a la luz del sol poniente, Jerusalén ostentaba a los cristianos sus palacios deshonorados, sus iglesias profanadas —la iglesia de la Santa Cruz, y la de Nuestra Señora, y la del Santo Salvador— y la imponente cúpula de la catedral del Santo Sepulcro, dorada por el sol.

Allí estaba el lugar santo entre

todos; allí estaba la Verdadera Cruz. Era suficiente para derramar las lágrimas de júbilo preparadas para la reconquista de la ciudad. Aquella fue una peregrinación realmente apresurada. La muchedumbre desfiló silenciosa y solemne ante Saladino, que asistía a caballo, con su turbante en la cabeza, junto a la Santa Cruz, cuyos honores hacía graciosamente a sus intimidados huéspedes cristianos. Unos monjes vestidos de estameña y descalzos estaban ante el Santo Sepulcro con unas vasijas para recoger las ofrendas.

Los caballeros, que desde lo alto de sus cabalgaduras podían ver la Santa Cruz con sus propios ojos, lloraban

ruidosamente tendiendo los brazos a ella. Los que estaban en pie, tras ellos, lloraban también y se santiguaban sin ver gran cosa.

Ricardo Corazón de León salió de Tierra Santa a primeros de octubre. Embarcó en Jaffa y la muchedumbre de cruzados, en la orilla, lo veía partir, triste, con los ojos enrojecidos por el viento y las lágrimas. El mismo rey llevaba el corazón roto y los sollozos que se le escapaban al despedirse de sus caballeros hacían que se le perdonara su marcha. Pero todos sabían que había prometido quedarse hasta la Pascua y sin él la cercanía de Saladino se hacía mucho más inquietante. En tanto que rey,

Ricardo era la muralla, el escudo, el hombre que nunca abandona a sus camaradas en el peligro. Los sarracenos lo temían como al diablo. Lo que él no hubiera hecho debía darse por imposible; y sabía mejor que los caballeros cómo convenía llevar adelante la guerra.

Ahora se contaba que Ricardo se veía obligado a abandonar el país por la traición del rey de Francia y de su propio hermano Juan, que se habían puesto de acuerdo para arrebatarse el trono y privarle de sus dominios. Pero a pesar de todas las excusas, una gran amargura quedaba en el fondo de los corazones: aquel hombre se había hecho

admirar, adorar, odiar, temer; había hecho que de él se hablara como de ningún hombre en la tierra se había hablado; y cuando alguien preguntaba lo que había hecho por el país y la guerra santa, no se encontraba mucho que decir. Su nave de velas señaladas con cruces se alejaba lentamente hacia el norte, a lo largo de la costa. Con gritos de «¡Gloria!» y «¡Larga vida al rey!», caballeros y soldados siguieron durante mucho tiempo con los ojos la elevada silueta sombría en pie sobre la popa del navío, con el brazo en gesto de adiós. Después, todo se borró en la bruma del mar y la nave siguió disminuyendo sin que pareciera alejarse.

Tras los adioses al rey, Ansiou decidió salir de Jaffa y regresar a Acre, cosa que ahora era muy sencilla y fácil: la costa pertenecía a Henri de Champaña y no había más que temer a los salteadores de caminos. Como de costumbre, Herbert se revolcó en tierra el día de la marcha del rey. «¡Nos ha traicionado! ¡Nos ha vendido! ¡Nos ha abandonado!».

Ansiou declaró que no soportaba que se dijeran tales cosas del rey y Herbert se tranquilizó. El mismo Herbert parecía haber asentado un poco la cabeza, al menos por algún tiempo, y hasta se mostraba triste y pensaba en la muerte. Había perdido a sus tres únicos amigos: su hermano, Garnier y André, y

empezaba a encontrar la tierra un poco vacía y sucia. Tenía entonces dieciocho años. Y dijo una vez a su padre:

—Barón, en el fondo, he hecho mal negocio: no me he convertido en mártir y la guerra ya se ha acabado; seguramente me condenaré.

—Haceos monje, si teméis al infierno —dijo el barón. El joven meneó la cabeza:

—Precisamente es lo que no puedo. Me es imposible vivir sin pecado. Amo demasiado el pecado: no puedo nada contra él.

De regreso en Acre, Ansiau se dirigió inmediatamente a su casa en el barrio pisano. Nada había cambiado de

aspecto; sólo el patio parecía más sucio; allí se amontonaban el heno y el estiércol, por separado y en mezcla, junto a las puertas y cerca de la caballeriza. Dos de los hombres de armas, sentados en montones de heno, gritaron al ver entrar al señor, y la sierva Bemarde salió de la cocina y se puso a llamar a la «donna».

María salió de su alcoba, bajó la escalera corriendo y fue a colgarse del cuello de su señor. Ansiau no se esperaba semejante acogida. La dama sollozaba con el rostro hundido en el pecho de su hombre, después levantaba la cabeza, le ponía las manos en las mejillas y en las sienes, lo miraba y

volvía a llorar, sin dejar de invocar a la Virgen y a todos los santos. «¡Oh *povero!* —decía—. ¡*Poverino!*» Ansiau no gustaba de espectáculos así y se deshizo pronto de los brazos de la viuda.

—Ante todo debo ir al baño —dijo—. Después hablaremos.

María le sirvió la cena. No sabía qué vino o qué golosinas llevarle para darle gusto. Ansiau notó que la mujer estaba más delgada y pálida.

—¿Y Pascalina? —preguntó—. No la veo..., ¿acaso se ha casado?

La pobre viuda estalló en sollozos y le confió su gran dolor: Pascalina había partido hacía ya ocho meses con unos

soldados —creía que de Tours— y unos amigos la habían visto en Ascalón.

—Pero hace tres meses que nada sé de ella, ¡a pesar de todas las oraciones que digo a la Madonna mañana y noche! ¡Ah, Señor Jesús! ¡Me digo que es hora de que la Virgen María se apiade de mí! Pero ella no quiere escucharme.

Ansiau suspiró pensando en lo que nueve meses de convivencia con soldados podían haber hecho de Pascalina y no halló nada que responder a la madre.

A la noche, cuando subió a la alcoba con la viuda, quedó muy sorprendido al ver sobre el lecho una cuna de mimbre; y el rostro de María pasó rápidamente

del llanto a la risa beatífica. El «signor» no había visto aún a su Ansellino; tenía que ver qué cosa tan bonita era y cómo sabía reír y levantar las manos. Levantó al pequeñuelo en sus manos y comenzó a decirle cosas en italiano, al mismo tiempo que le ponía en orden el corto pelo sobre la frente. Era un nene de unos cinco meses, con grandes ojos oscuros y una gran boca. Ansiau, tendido sobre el lecho, miraba al pequeño, que movía los ojos y reía a su madre. Sentíase enternecido, no porque fuera su hijo, sino porque le gustaban todos los niños. El pequeño, ante aquella cara medio escondida en una venda y aquel ojo negro y redondo que se fijaba en él,

comenzó a llorar y a estrecharse al cuello de la madre. María se puso a demostrarle gravemente que era una cobardía tener miedo del «babbo».

—Nació tres semanas después de la Pascua —dijo—. Tiene cinco meses y cuatro días. En el bautismo lo llamé Ansello... no os parecerá mal...

Se puso a amamantar al niño y Ansiou reía de buena gana al ver las pequeñas mejillas flexibles que se hinchaban y descendían para hincharse de nuevo.

—Puesto que aún me queréis —dijo—, no buscaré otra casa. El conde Henri tiene su palacio en Acre y creo que quedaré a su servicio. No os dejaré. No

tengo donde ir.

María suspiró y dijo que era muy bueno, pero que seguramente algún día querría regresar a su país.

Al día siguiente, Ansiau se dirigió a palacio para rendir homenaje al conde, pues tenía intención de alistarse en su guardia. Pero le ocurrió algo que no se esperaba. Se encontró con un tal Jacques de Vanlay, escudero, que acababa de regresar de Champaña. Este Jacques de Vanlay era primo político de los de Puiseaux y había visto a la dama en Troyes.

—Tengo algo que entregaros de parte de vuestra esposa —dijo a Ansiau—. Venid conmigo, vivo en la calle

Montmusart.

Por el camino le contó cuanto sabía de los de Linnières. La dama había estado muy enferma precisamente antes de Navidad; se trataba de una varicela y todos los hijos la habían pasado, excepto Girard y las dos chicas mayores, que por entonces estaban con la priora, dama Hersent, su tía abuela. Habían muerto los gemelos y la pequeña Marie, «y vuestra hija menor y dama Bertrade, vuestra nuera, quedaron muy marcadas, según me dijo la dama». La dama, decía Jacques, enviaba a su señor quince marcos de plata y una reliquia de San Mamed y un cinturón bordado por su hija mayor.

—¡Dios! —dijo Ansiau—, me parece imposible la hayáis visto con vuestros propios ojos... ¿Ha cambiado mucho?

—A fe mía, ha adelgazado y tiene el rostro bastante estropeado y menos mal que el daño no le ha invadido los ojos. Me dijo que aún no se había repuesto y que se cansaba mucho. Aún no ha querido vender Bernon y tiene no poco que hacer con las tierras, los procesos y los plazos, vos sabéis de qué se trata. Me rogó os dijera que no la olvidéis y que os cuidéis por su amor. Y para vuestros hijos es verdadera lástima: sólo vi a vuestro último vástago, que estaba con la dama en Troyes; un

precioso niño que parece tener dos años y medio.

Ansiau lo escuchaba y sentía que su ojo derecho se llenaba de lágrimas y que éstas se desbordaban.

—Sí, todo eso os llega al corazón cuando se está mucho tiempo sin noticias —dijo.

Jacques le entregó la bolsa con los quince marcos, el cinturón y la reliquia. Y Ansiau contempló largamente aquella vieja bolsa gastada que reconoció en seguida, porque él mismo la había regalado a la dama un día en que volviera de Troyes poco después del nacimiento de Marie. Marie, que tenía un limar bajo el ojo derecho y una

boquita siempre abierta. Marie hubiera tenido seis años, y ya no había Marie, ni Geoffroi, ni Garin... y contemplando el cinturón bordado por Mahaut, Ansiau sonrió, dándose cuenta de que la mitad estaba peor bordada que la otra mitad, los puntos eran mayores y menos regulares. «Aquella gran perezosa — pensó—, ha debido hacer que el resto lo bordara una amiga.»

Aquel mismo día, Ansiau declaró al senescal del conde que no pensaba permanecer en Palestina por más tiempo y que no deseaba alistarse en la guardia: había visto Jerusalén, su peregrinación podía darse por concluida y asuntos urgentes lo llamaban a su país. Y en

seguida fue al cementerio y se arrodilló sobre la tumba del hijo.

«Voy a abandonarte —decía—. Tiene que ser así: no puedo hacer otra cosa.

»Dios me ha privado de tu claro rostro y sabes bien que los demás rostros son grises e incoloros para mí.

»Nunca en la vida experimentaré gozos como los que sentí cuando vivía a tu lado. Desde que no te veo, la mitad de mi vida está en el sepulcro contigo. Que Dios me niegue una muerte cristiana si alguna vez te olvido, mi primogénito, mi cordero sin mancha, mi único gozo.»

La luz del día descendía ya cuando Ansiau se alzó de la tumba: el inmenso

cementerio con sus cipreses, sus olivos, sus cruces, sus lápidas sepulcrales, yacía ya en la sombra, y el cielo a la otra parte de la muralla de la ciudad era rojo y amarillo. Lentamente regresó Ansiou a la ciudad, inundada de luz escarlata; las calles, estrechas y ya sombrías, estaban animadas como de costumbre; la suave claridad de las lámparas de aceite vacilaba ante las puertas de las tabernas, de las que salían los juramentos de todos los países cristianos. Ansiou entró en la iglesia de San Leonardo para asistir a las vísperas, pero esta vez no seguía bien el oficio: estaba pensando en la dama.

La veía enferma y triste, abrumada

por las preocupaciones. Sola para gobernar la casa, para mantener las tierras, para pedir prestado, para pagar deudas. Tres hijos, Garin, Geoffroi, la pequeña Marie. Enferma, pensaba. Con el rostro picado por viruelas. Acababa de dejar a María aquella misma mañana y ya no recordaba el color de sus ojos. Pero de la dama lo recordaba todo: las menores arrugas alrededor de los ojos, el matiz de la piel, los pequeños mechones de cabello sobre la frente... Quería saber dónde y cómo las cicatrices habían deformado y marcado aquella piel que era suya. «... Es una suerte que el daño no haya pasado a los ojos...» Jacques de Vanlay había visto

sus ojos. Ansiau los evocaba ahora, hundidos bajo las gruesas cejas, pequeños y derechos.

De regreso, en casa ordenó a Thierry y a sus hombres que prepararan el equipaje: al día siguiente partían para Tiro. Después, lo anunció a María; se esperaba una lluvia de reproches y lamentos, pero la viuda se conformó con sentarse en el arquibanco en un rincón de la sala y allí quedó sin decir una palabra, secándose los ojos con el extremo de la manga.

Ansiau quedó conmovido, porque María no le era indiferente. Dijo:

—¡Loca! ¿Es que una mujer puede atarse a un soldado? Es la vida militar:

dos se aman y se abandonan. En el país no faltan hombres: encontraréis muchos mejores que yo.

María suspiró: no había creído que su «signor» iba a dejarla tan pronto. Ansiou dijo:

—Vamos a acostamos. Tengo que levantarme temprano, si quiero estar en Tiro antes de la noche.

En la cama, la viuda volvió a encontrar su voz para decir que no había en el mundo hombre mejor que su «signor Ansello» y que su esposa debía sentirse feliz; debía ser una bella y noble dama y él estaría contento de volver a encontrarla; pero no debía olvidar á su María, que le había sido tan

fiel.

—Escuchadme, señora —dijo Ansiou—, si realmente me sois tan fiel, voy a pedir os un servicio: mi esposa me ha mandado dinero, pero eso me servirá justo para pagar el viaje y aún me quedan deudas que no podré pagar. Tengo aquí en el cementerio la tumba de mi hijo, no hablo de las otras; si pudierais, una vez que yo me haya ido, cuidar de esa tumba y hacer decir el oficio de difuntos en Todos los Santos, en Navidad y los días de gran fiesta, y dar alguna limosna en su nombre; una vez en Champaña, me las arreglaré para enviaros lo que pueda.

María suspiró, porque no le gustaba

gastar; pero dijo que el «signor» podía contar con ella, que haría todo lo necesario.

Por la mañana estaba más animada y hablaba sin cesar del gran viaje que el «signor» iba a hacer, de las tormentas, del mareo en el mar, de los países francos, cuyas costas son duras en invierno. Abrió su cofre de ropa y sacó un corpiño de mujer ricamente bordado en oro y seda roja y dos cortes de brocado tejido en pájaros y leones.

—Esto es para vuestra dama —dijo—, y los brocados para vuestras damiselas: pueden hacer sus mangas con ellos. Es la dote de Pascalina, pero se sentirá muy contenta de privarse de ello

por vos.

—¿La dote? —preguntó Ansiau muy sorprendido.

—Sí, ¡pobre niña! Imaginaos qué dote se necesitará ahora para casarla. ¡Y con tal de que venga pronto, Santa María! ¡Qué! ¿No le parece al «signor» que estas cosas son lo bastante bellas para su dama? No parece muy contento...

Ansiau tuvo una amplia sonrisa.

—Es muy bello —dijo—. Sólo que... también tengo una joven nuera, la esposa de mi hijo mayor; y quisiera también llevarle algo.

María juntó las manos:

—¡La viuda de... oh, la pobre! Debíais habérmelo dicho antes. Desde

luego que tendré algo para ella.

Y así Milessant recibió como regalo un collar de marfil que, según María, iba muy bien a las viudas.

María puso por primera vez a su Ansellino en los brazos del señor.

—De todas maneras es hijo vuestro —dijo.

Ansiau besó al pequeño en ambas mejillas, se quitó del cuello una medalla con la imagen de san Florentino y la tendió a la viuda.

—Dádsela cuando esté en edad de llevarla —dijo—, que no olvide que ha nacido de un padre champañés.

Y con esto se despidió de María.

Herbert no había esperado una

partida tan brusca, pero a su padre no le gustaba discutir. Arregló sus asuntos de mala gana.

—Pero me habíais prometido dejarme la tierra y el castillo. Y ahora se os antoja volver... ¿qué va a quedarme entonces?

Padre e hijo fueron por última vez al cementerio. Ansiau llevó consigo un pequeño cofre de hierro forjado para llenarlo de tierra cogida de la tumba. Como Ansiet no había sido embalsamado y Ansiau no podía llevarse sus restos, quería al menos conservar aquello que le parecía una reliquia. Y prometió no dormir nunca sin tener el cofre bajo su cabeza o bajo su

almohada.

El reducido grupo —Ansiu llevaba consigo a siete hombres de los veinticinco que vinieran con él— se puso en camino hacia el sur. El viento era fuerte y había que apresurarse para hallar puesto en los últimos barcos de peregrinos que zarpaban de Tiro. En Tiro, Ansiu pensaba vender los caballos que le sobraban y despedirse de Simon y de la tumba de Garnier.

La tumba de Garnier estaba fresca, cubierta por una placa de mármol blanco y adornada con una cruz. Un gran árbol de Judea dejaba caer sobre el mármol sus últimos pétalos rojos. Pero Simon había envejecido mucho; estaba delgado

y amarillento y sus cabellos se habían puesto grises. Había sufrido un corte en la pierna durante la batalla de Arsuf y caminaba con dificultad. Al regreso del cementerio, subió con su primo a las murallas de la ciudad, sobre el mar.

—Bien, querido primo —dijo con voz lenta—, ¿habéis cambiado de idea? ¿Ya no os gusta este país?

—He tenido noticias de los míos —dijo Ansiau—. La dama está enferma y tiene muchas preocupaciones con las tierras. Es hora de que vaya a reemplazarla por algún tiempo. Puede ser que vuelva a este país: tengo demasiados muertos aquí.

Simon se sentó en el pretil de la

muralla, entre dos almenas y ocultó el rostro entre las manos.

—Contadme también entre vuestros muertos —dijo—, pues no creo que me quede mucha vida. No deseo a nadie ver lo que yo he visto. A nadie acuso. Pero tantos caballeros —de entre los mejores— no han muerto para que vayamos a orar a Jerusalén con el beneplácito de Saladino.

—Los paganos son demasiado fuertes —dijo Ansiau.

—Nosotros teníamos la más espléndida caballería que jamás se haya visto. ¿Qué han hecho de ella? ¿Qué es lo que queda? Y los que quedan, ya lo veis: yo con mi pierna, vos con vuestro

ojo; no, no acuso a nadie, pero es duro pensar que tanto sacrificio no ha servido para nada.

—No para nada, querido primo: lo sabéis bien —dijo Ansiau, moviendo la cabeza—. Todos los que han muerto han ganado el Paraíso.

—Conozco a quienes no lo han ganado —dijo Simon, con los ojos blancos de ira—; quienes se fueron dejando a sus hombres que se rescataran por sus propios medios; quienes se han entendido con Saladino.

—Primo —dijo Ansiau—; mientras me queden brazos, nadie hablará mal del rey Ricardo delante de mí. Jamás ha habido mejor caballero. No es él quien

abandona a sus hombres; cuando acudió a salvamos en Jaffa, se expuso por unas pobres gentes; como nadie lo haría por un padre y por un hijo. Después de los santos Apóstoles no ha habido otro hombre como él sobre la tierra.

—No lo acuso —dijo Simon—: ni por lo del marqués, ni por lo demás. Dios nos castiga por nuestros pecados; ha querido humillarnos y cúmplase su voluntad. ¿Creéis que estoy indignado por haber perdido mi tierra y mi fortuna? ¡Como si me importara aún poseer algo! Soy viejo, mi esposa es vieja. Tengo aún mi otro hijo en Champaña, pero no quiero que venga aquí. Estará mejor con vosotros. A

Garnier no le traje suerte...

Ansiau pasó dos días más en casa de Simon. Dama Theodora lloró mucho al verlo. Decía:

—Os parecéis tanto al pobre muchacho... No en la cara, sino en la voz, en el modo de hablar. Decid a vuestra hija Mahaut que la amaba mucho. La llamó tanto en sus últimos momentos que es justo que lo sepa.

El 15 de octubre, Ansiau se despidió de Simon y de su esposa y embarcó con Herbert y los escuderos en la amplia nave genovesa abarrotada de peregrinos y de cruzados que tenían prisa por regresar a sus casas antes de Navidad. El cielo era gris y color acero el mar.

Las grandes velas húmedas y remendadas, de un color amarillo sucio, empapadas en salitre, hinchábanse al viento y los mástiles crujían y oscilaban. El puerto de Tiro empezó a alejarse; después, toda la ciudad se dibujó como un islote de murallas y de iglesias edificado sobre el mar; toda la costa se extendió lentamente en el horizonte, gris, dura, rocosa. Y mirando por última vez aquella tierra a la que se llamaba «santa» y que había sido tan dolorosa, Ansiáu sentía su corazón latir con fuerza y pensaba en las huellas de lobos y jabalíes en la nieve fresca, en los grandes retoños pardos y reventones, en las grandes ramas negras de encinas y

robles, en el fresco verdor, en los muros grises de Linnières, en el Sena, que pasa por Troyes. Y en la suave piel de la dama.

Y él, por toda riqueza, llevaba al país un cofrecillo lleno de tierra. Era pobre —pensaba—, esa tierra se lo había cogido todo. Ahora tendría una dama que había cambiado, otro hijo, otros compañeros. Y se preguntó si él mismo no era ya otro...

LA RECONQUISTA DE JAFFA

(31 de julio — 5 de agosto de 1192)

«... Entretanto, la hueste volvió desanimada a Acre. Todos pensaban irse directamente a las naves. El rey se despedía ya del Temple y del Hospital; procuraba que sus galeras estuvieran preparadas. Deseaba zarpar rumbo a Barut para asediarla. En esto, fondeaba una barca en el puerto y anunciaba la situación de Jaffa.

»El rey decide acudir. Pero los franceses no quieren obedecerle. Entretanto, muchos templarios, hospitalarios y otros, se preparan, montan a caballo y salen hacia Cesarea; el rey embarca en la galera. Se arma ricamente, lleva a André de Chavigni, al conde de Leicester, a Roger de Sacy, a

Jourdain du Homez, Raoul de Mauleon (que lleva un león en su estandarte), Aucon de Fai, los señores de los Préaux y otros muchos. Partieron y con ellos los de Génova y Pisa.

»Los que iban por tierra a Jaffa, convencidos de llegar directamente, se habían detenido en Cesarea y aún no llevaban allí mucho tiempo cuando alguien acudió a decirles que Saladino hacía vigilar los caminos de manera que estaban reclusos en la ciudad: era el hijo de Hansasis quien había avanzado entre Cesarea y Arsuf. Los otros, que iban por mar, quedaron paralizados por el viento contrario, de modo que el rey y los de las galeras no podían moverse de

Caiffa, donde se habían detenido. El rey decía: "¡Dios, ten piedad! ¿Por qué me detenéis aquí? Voy en servicio vuestro...". Y Dios tuvo piedad y les envió un viento del norte que llevó al rey con su flota al puerto de Jaffa durante la noche del viernes. El sábado a medianoche concluía la tregua. Los cristianos estaban perdidos y en vísperas de muerte, de no haberlos liberado el Señor por medio del rey...

»El esforzado rey y sus nobles compañeros habían dormido en sus galeras la noche del viernes; y a la mañana del sábado se armó y con él sus hombres. Escuchad en qué consistía el convenio que se había hecho, y cómo

nuestras gentes estaban bien seguras y qué traición habían tramado los turcos contra ellos, que habían creído estar al seguro con el pago de los bizantinos prometido. Aquella mañana fueron llamados a pagar; y a medida que los cristianos pagaban, los turcos les cortaban la cabeza. Creían proceder bien: y maldita sea semejante fe de perro. Ya habían matado a siete, arrojando sus cadáveres a un foso, cuando los del Torón se dieron cuenta de lo ocurrido. Quienes estuvieron allí cuentan que hubo momentos que daban gran piedad, porque aquellas gentes, viéndose condenadas a muerte, sentían gran temor; poníanse de rodillas,

oraban, se confesaban, se golpeaban el pecho; y quienes estaban fuera se arrojaban al interior para retardar en lo posible su muerte. Porque todo ser, cuando ve la muerte que le persigue, trata de conseguir un poco de tiempo y de espacio... Entretanto, los turcos vieron las galeras que habían llegado al puerto; a pie y a caballo descendieron a la orilla y tanta fue la gente aglomerada que apenas podían tenerse en pie. Llevaban escudos y arcos y disparaban a las barcas y galeras del rey. Los que iban a caballo se lanzaban impetuosamente hasta el mar y disparaban sobre nuestras gentes para impedirles el desembarco.

»El valeroso Ricardo hizo reunir todas las naves, para hablar a los suyos. Y dijo a sus hombres: "¿Qué haremos, gentiles caballeros? ¿Debemos alejarnos o desembarcar? ¿Y cómo podemos hacerlo?". Hubo quien dijo que, a su parecer, desembarcar y tomar el puerto sería cosa inútil, pues con toda seguridad la gente de la fortaleza habría sido asesinada. Y mientras discutían lo que convendría hacer, el rey de Inglaterra vio saltar de la orilla al mar a un sacerdote que a nado se dirigía a la nave del rey y en ella fue acogido. Y dijo: "Gentil rey, las gentes que os esperan aquí están perdidas si Dios y vos no tenéis piedad de ella". "¿Cómo,

amigo! —dijo el rey—. ¿Todavía hay cristianos con vida? ¿Y dónde están?" "Sí, señor. Dispuestos en aquella torre aguardan su muerte." Cuando el rey supo de qué se trataba, no aguardó más. "Dios —dijo— nos ha traído aquí a padecer y sufrir la muerte; y si conviene morir, vergüenza para quien no me siga". Mandó acercar las galeras a tierra y, con las piernas desarmadas, saltó al mar en el nombre de Dios; el agua llegábale a la cintura. En tierra estaba el segundo, o el primero: tal era su costumbre. Joffroi du Bois y el valeroso Pierre des Préaux, compañero del rey, y todos los demás, hicieron lo mismo: se acercaron a los turcos que llenaban la costa y los

atacaron. El mismo valeroso rey los mataba con su espada y sus gentes, ardidadas y dispuestas, le seguían por la playa; los turcos no osaban acercarse y huían en su presencia. El rey desenvainó su espada grande y se lanzó en su persecución con tanta prisa que apenas les daba tiempo de defenderse. Y los turcos no se detuvieron a aguardarle: ni a él, ni a sus valerosos compañeros, que atacaban como enloquecidos. Todos siguieron atacando y golpeando a diestro y siniestro hasta que la orilla quedó libre de enemigos; conseguido lo cual, llevaron toneles, pedazos de madera y viejas barcas y con todo ello hicieron un parapeto para defenderse de los

sarracenos. El rey colocó allí jinetes, lanceros y ballesteros que combatieran a los sarracenos; éstos gritaban y aullaban y, muy a su pesar, seguían alejándose. Entonces el rey subió por una escalera de caracol que lleva a la casa de los templarios; fue el primero en entrar en la ciudad, donde halló a más de tres mil sarracenos, dedicados al pillaje y al robo. Ricardo, el más valeroso rey del mundo, hizo desplegar sus banderas en cuanto estuvo sobre la muralla y mandó que las volvieran hacia donde estaban los cristianos asediados, para que éstos las vieran. Y en cuanto las vieron, todos gritaron: "¡Santo Sepulcro!". Tomaron sus armas y se armaron sin más

aguardar. Cuando la hueste pagana vio a nuestra gente descender de la muralla, sintió gran turbación. Hubierais visto allí a tantos turcos como el rey abatía. Ninguno de aquellos a quienes alcanzaba su espada salía con vida. Y nuestras gentes bajaron a las calles... y la ciudad fue liberada y los sarracenos quedaron en gran vergüenza.

»El rey salió de la ciudad en su persecución, tras haber realizado tantas hazañas. No tenía entonces más que tres caballos y nunca, ni siquiera en Roncesvalles, hombre alguno, joven o viejo, cristiano o sarraceno, se portó como él. Cuando los sarracenos vieron su bandera echáronse a temblar; ningún

cobarde hubiera querido hallarse en tal ocasión, pues no hizo Dios nieve ni pedrisca en tal abundancia que no fueran más los dardos y las piedras que caían en fuerte lluvia entre las filas cristianas. Llegó a Saladino la noticia de que los suyos eran perseguidos por los cristianos y aquel perro pagano, más rabioso que un lobo, cayó enfermo con fiebres por el gran temor. Ni se atrevió a seguir allí, sino que ordenó levantar sus tiendas y pabellones y los hizo trasladar a la llanada que había detrás. El rey con sus bravos compañeros los siguió y estrechó tan de cerca que los dardos herían y mataban a sus caballos. Los sarracenos siguieron retrocediendo dos

leguas. El rey hizo levantar su tienda en el mismo lugar en que Saladino tuviera la suya. Allí acampó Ricardo el Grande.

»Tras esta jomada y la retirada de los turcos, su hueste se sentía avergonzada y confusa por haber sido rechazada por gentes de a pie que eran tan pocos contra tan gran número de sarracenos; pero Dios había intervenido para impedir la derrota de los suyos. Saladino hizo llamar a sus sarracenos y turcos de más alto grado y les preguntó: "¿Quién os ha derrotado? ¿Ha sido la hueste de Acre que ha vuelto y tratado así a mis gentes? ¿Eran de a pie o de a caballo quienes se lanzaron contra vosotros?". Y un traidor que lo sabía y

había visto al rey, respondió: "Señor, no tienen ni caballo ni mula para montar, si no son los tres caballos que el valeroso rey ha encontrado en Jaffa. Eso es lo que tienen y pueden tener, y nada más. Y si alguien quiere adueñarse de él, bien puede hacerlo, puesto que duerme solo en su tienda".

»Según la historia que os cuento, fue un sábado cuando se recobró la ciudad, liberada de sarracenos. En la reconquista de Jaffa se hicieron maravillas, que siempre serán contadas; los musulmanes mataron a cuantos cristianos enfermos hallaron; y es cosa cierta que dieron muerte a todos los cerdos que encontraban, que fue una

infinidad, pues bien sabido es que los musulmanes no comen carne de cerdo y así los matan de buena gana, ya que no hay nada que odien tanto, por aborrecimiento a la fe cristiana. Habían amontonado confusamente a los cristianos asesinados y a los puercos; pero los nuestros se tomaron por Dios el trabajo de enterrar a todos los cristianos y arrojaron fuera a los sarracenos con los puercos, que hedían tanto que no podía soportarse.

»El domingo, lunes y martes el rey hizo trabajar en la muralla de Jaffa, donde había brechas, de manera que pudo rehacerse un poco, tanto como pudiera hacerse sin mortero y sin cal,

para defenderse si llegaba el caso. Pero la hueste permanecía fuera, en las tiendas, donde parecía más necesario vigilar...

»...He aquí que el conde de Champaña vino de Cesarea con los suyos en una galera. La hueste había llegado a Cesarea y allí se detuvo, muy a su pesar, a causa de los sarracenos que custodiaban el río y vigilaban el pasaje, de manera que el rey no tuvo socorro alguno de aquella parte, si no fue el del conde su sobrino. Y para resistir al gran peligro que se le preparaba, no contaba más que con cincuenta caballeros, o a lo más, sesenta, soldados y ballesteros valerosos y hábiles, genoveses y pisanos

que acudían allí al servicio de Dios, y otros hasta dos mil. Y desde la reconquista de la ciudad no pudo reunir más de quince caballos entre buenos y malos. La falta de caballos hubiera hecho perecer a aquella gente si Dios no los hubiera salvado de los turcos y de sus incursiones.

»Escuchad un gran milagro que merece causar maravilla; por el hecho de que nuestras gentes no fueran sorprendidas y apresadas con motivo de la conjura llevada a cabo para adueñarse del rey —de no haberlo protegido Dios—. De noche, a la hora de maitines, los sarracenos montaron a caballo. Pusiéronse sus yelmos,

colocáronse en orden y cabalgaron a la luz de la luna. Y allí hizo Dios una de sus bondades que aumentan su gloria; y cuando Él hace una buena obra es bueno contarla. Los musulmanes cabalgaban por la llanura en línea cerrada. Y Dios mismo hizo surgir una disputa entre Cordinos y Mamelucos para saber quiénes irían a pie e impedirían a los nuestros volver a la ciudad y refugiarse en ella. Decían entre ellos: "Os toca a vosotros descabalar". "No, que os toca a vosotros." "En justicia, a vosotros; nosotros tenemos derecho a seguir a caballo." Y así discutiendo siguieron adelante y la querrela fue tan larga que vieron llegar el día como Dios había

dispuesto. El rey dormía en su tienda. Escuchad una buena aventura de un genovés que precisamente con el alba se había levantado y había ido a sus necesidades. Cuando se disponía a regresar a su tienda, oyó a los turcos que llegaban agachándose y vio el brillo de los yelmos. Inmediatamente gritó sin detenerse para que los nuestros acudieran a las armas sin tardar.

»A los gritos del genovés, el rey se despertó —que no le costaba poca fatiga aquella mañana—. Levantóse del lecho y vistió —supongo— una coraza fuerte y brillante. Ordenó que inmediatamente se despertara a sus compañeros. Y no es de extrañar que en tamaña sorpresa hubiera

no poca turbación mientras se vestían y armaban. Puedo aseguraros que se dieron tal prisa, tanto el rey y muchos con él, que hubieron de combatir aquel día con las piernas al descubierto, amparadas por sólo el cielo. Y hasta los hubo que estaban desnudos, sin calzones, con lo que recibieron golpes y heridas, que les hacían más daño que el resto.

»Mientras se armaban los nuestros acercábanse los sarracenos. El rey monta a caballo. No tenía a su lado más de diez hombres a caballo. Dice la historia que el conde Henri de Champaña cabalgaba en su compañía; el conde Robert de Leicester estaba

también, y era justo. Bartelemi de Mortemer, si no estoy mal informado, montaba a caballo; y Raoul de Mauleon, que se hartaba de combatir, y André de Chavigni, que era fuerte y sólido sobre sus corceles; y Girard de Foumival acompañaba al rey a caballo; y Robert de Sacy, montado en un pobre rucio, y Guillaume de l'Etang, que tenía un caballo bien conservado; y Huon de Neuville, valeroso y arriesgado sargento. Henri le Tiois, en medio de ellos, llevaba el pendón del rey. Y ya estaban nuestras gentes en el orden contra las huestes crueles del enemigo; divididos en cuerpos, cada uno seguía sus órdenes. Los caballeros estaban a la

izquierda, hacia San Nicolás, sobre el río, para detener a los sarracenos. Allí tenían que estar, porque por ese lugar atacaba la mayor parte de los turcos, con gran griterío. Ante las huertas se había puesto a gentes de diversas naciones; había pisanos y genoveses, y sería difícil contaros todos los asaltos que hubieron de soportar. Los turcos empezaron a disparar, con grandes gritos y alboroto; era de ver el calor del ataque y a nuestras gentes en filas cerradas. Se pusieron de rodillas, levantando hacia el contrario los escudos y teniendo las lanzas en las manos. El rey, que era buen estratega, hizo colocar oculto entre cada dos escudos un ballestero y un hombre

que le sostenía la ballesta; de esta manera, pudo defenderse bien la hueste.

»No hay que creer que no sintieran miedo quienes se hallaban en tanto peligro y veían ante sí aquella nube de turcos. Pero, tan verdad como que vos estáis ahí, el rey cabalgaba entre todos, les pasaba revista y los exhortaba; con él iba Jean des Préaux, que les predicaba también. Decían: "Hoy se verá quiénes se esfuerzan por obrar bien, pues Dios preservará sus cuerpos. No hay que pensar en otra cosa que en vender caras nuestras vidas y esperar el martirio, pues Dios nos lo envía. Nos hallamos en el buen camino, puesto que por su bondad nos manda lo que vinimos

a buscar. Aquí nos aguarda nuestro verdadero salario". Una vez establecido el orden, los turcos avanzaban en masa; los nuestros mantenían bien firmes sus piernas en la arena, lanzas en ristre y dispuestos a esperarlos. Los escuadrones de sarracenos se lanzaron con tal ímpetu y ruido que, de haberse movido los nuestros, hubieran quedado destrozados. Si no me engaño había mil turcos en cada escuadrón y cuando estuvieron cerca de los nuestros y vieron que no se movían del sitio, volvieron grupas, alejándose de allí. Entonces dispararon los ballesteros y los turcos no se atrevieron a esperarlos, porque herían sus cuerpos y sus caballos y los

derribaban. Después volvían los escuadrones, se acercaban, deteníanse en seco y se retiraban. Y así lo hicieron varias veces. Y cuando el rey vio que los turcos, que eran tantos a caballo, no procedían de otro modo, dio orden de ataque y cada uno se lanzó con su lanza baja en medio de la gran masa de infieles y los atacaron con tal rudeza que todos los batallones temblaron hasta la tercera fila.

»El rey mira a la derecha y ve caer al valeroso conde de Leicester que, tras haber combatido con denuedo, acababa de ser derribado de su caballo, mientras el rey corría en su ayuda. Hubierais visto allí a tantos turcos lanzarse sobre

el pendón real que llevaba un león. Llevábanse prisionero a Raoul de Mauleon, pero el rey espoleó a su caballo y tanto corrió que logró arrebatárselo de las manos. El esforzado rey estaba en medio de la masa de turcos y persas; jamás hombre alguno, fuerte o débil, hizo tantas proezas en un solo día. Se lanzó en medio de los turcos y les hendía las cabezas hasta los dientes. Y lo hizo tantas veces, les proporcionó tantos golpes y tanto daño se hizo que la piel de las manos le reventaba. Y he aquí que un sarraceno, sobre rápido corcel, se apartaba de los demás turcos. Era el valiente Safadino de Arcadia, el que hacía grandes proezas y

liberalidades. Llegó con gran rapidez, como os he dicho, y con dos caballos árabes que envió al rey de Inglaterra, pidiéndole que los aceptara por sus proezas y en demostración de su gran valor y que los montara, con la condición de que, si Dios lo salvaba, obtendría una recompensa. El rey los recibió de buen grado y dijo que, en la gran necesidad que tenía, recibiría unos caballos aunque vinieran de su peor enemigo. La batalla iba en aumento y jamás se había visto otra semejante. Toda la tierra estaba cubierta por los dardos de los sarracenos; y eran tantos los heridos, que los remeros de galeras huyeron a las naves de las que habían

salido. Huir en semejante momento es gran deshonra. De la parte de la ciudad gritaban que los turcos estaban llegando en grandes masas, pues querían sorprender a los nuestros por delante y por la espalda. El rey acudió con su bandera... y cuando entró se topó con tres turcos que iban en ricas monturas. Los golpeó con fuerza soberana y tal rudeza que los mató allí mismo y ganó dos caballos.

»Expulsó de la ciudad a los otros turcos. Hizo reforzar la puerta por la que habían entrado y puso guardias para vigilarla. Hecho esto, se fue a las galeras donde sus hombres se habían puesto a salvo con gran angustia y

miedo; y Ricardo, varón de proezas, devolvió el valor a todos. Y los decidió a volver a tierra, de modo que no quedaron más que cinco hombres en cada galera. Con los restantes, volvió a donde estaba la hueste, que no había tenido un momento de descanso. Y fue entonces cuando llevó a cabo esa carga audaz, como no se ha visto igual. Se lanzó en medio de los infieles tan a fondo que quedó rodeado por ellos y los suyos no lo vieron más. Poco faltó para que se lanzaran tras él, rompiendo las filas, con lo que todos se hubieran perdido. Pero el rey no se turbaba. Golpeaba delante y detrás con la espada y se abría paso por donde fuera. Fuera

hombre o caballo, lo abatía todo. Y si no me engaño, fue allí donde hirió de un solo golpe en el brazo y en la cabeza a un emir armado de punta en blanco, al que envió al infierno. Y cuando los turcos vieron aquel golpe, se apartaron tanto de él que pudo volver sin daño alguno, a Dios gracias. Pero su cuerpo, su caballo y su coraza estaban tan cubiertos de flechas que parecía un erizo. Así volvió de la batalla, que duró todo el día, de la mañana a la noche, tan cruel y furiosa que, de no haber Dios sostenido a los nuestros, se hubieran perdido; pero estaba con nosotros, y bien lo vimos, puesto que aquel día sólo perdimos uno o dos hombres (?) y los

sarracenos perdieron más de mil quinientos caballos que aparecían tendidos por doquier y con ellos más de setecientos turcos que yacían muertos. Y a pesar de todos sus esfuerzos, no lograron llevarse al rey, que ante ellos hiciera tales proezas. Y se asombraban de los hechos de armas que le veían realizar: a él y a otros que con él se exponían a la muerte.

»Cuando Dios, en su bondad, hubo liberado así al rey y a los cristianos del pueblo pagano, y la hueste se hubo retirado, se contó una frase del sultán Saladino. Preguntó a sus sarracenos, para avergonzarlos de su derrota: "¿Dónde están los que apresaron al rey?"

¿Dónde está el que me lo trae?" A lo que replicó un turco de cierto país lejano: "Señor, os diré sin mentira que jamás se ha visto hombre semejante, tan valeroso, tan astuto y tan experto en las armas. Los suyos lo hallaban dispuesto siempre para cualquier necesidad. Nos hemos esforzado y hemos descargado grandes golpes; pero jamás pudimos cogerlo, porque nadie se atreve a esperar su golpe: hasta tal punto es hábil y valiente". Señores, no dudéis de que los turcos lo conocen bien y que allí lo hubieran cogido sin la ayuda de Dios y el dominio de las armas, puesto que hizo tanto y pasó tantos trabajos, él y los otros excelentes varones, que cayeron

enfermos cerca de nuestros malditos enemigos, tanto por la fatiga de aquella jomada cuanto por el hedor de carroña de que toda la ciudad estaba infestada, y su salud quedó tan mal que poco faltó para que tanto el rey como los otros allí mismo murieran.

»Mientras el rey estuvo en Jaffa, enfermo y en mal estado, Saladino le envió a decir que él con todos sus sarracenos iría a apresarle si se atrevía a quedarse. El rey le hizo responder inmediatamente que si tal creía lo esperaría sin duda alguna y que en ningún lugar, mientras pudiera tenerse en pie, huiría delante de él ni le cedería un palmo de tierra. Así aceptaba la guerra y

Dios sabe en qué estado se encontraba cuando hablaba tan noblemente. Dice la historia que entonces envió al conde Henri de Champaña a Cesarea para buscar a los franceses, los que acababan de llegar y los que ya estaban, haciéndoles decir que acudieran a defender el país...»

(Ambroise, *Historia de la Guerra Santa*, vers. de G. París.)

VII

MILESSANT

En un cielo azul claro se arrastran nubes largas y blancas como algodón. Cornejas y milanos aletean por encima del bosque, todavía negro; en el borde, los arbustos se cubren de pelusa amarilla. El aire es fresco y vienen deseos de cantar y reír aunque se esté en plena Cuaresma.

No había habido joven que mejor

supiera reír y cantar a Aalais de Puiseaux, hija de Joceran. Y ahora está en pie, ante la pequeña ventana de la que acaba de quitar la piel de lobo que la cubre en invierno. La habitación no recibe mucha más luz, pero entra el aire. La pared es ancha y la ventana tan estrecha que apenas pasa la cabeza. Tras el alféizar de piedra gris, los picos de la empalizada y más allá los prados y el arroyo con sus matas ya verdeantes. La Pascua llega tarde este año. Los gritos de las cornejas anuncian la primavera; y el ruido, el aleteo, en el patio bajo, hablan de Dios sabe qué juventud pasada. Las muchachas alborotan inclinadas sobre sus labores. Un gran

mantel de altar que hay que bordar para Nuestra Señora de Hervi, en acción de gracias por el regreso del barón.

Hace tres meses que ha vuelto con Herbert, el hermoso halcón blanco. Tres meses que está ahí, en el gran lecho, cada noche, caliente y pesado, cubierto de Dios sabe qué sudores, sacudido por Dios sabe qué fiebres. Siempre con el cofrecillo bajo su cabeza y Thierrí al pie de la cama. Y ahora tiene un cabello gris en las sienes y algún pelo blanco en su barba corta y rizada. La primera noche, Ansiau lloró; Aalais estrechó aquella cara mojada, aquella barba húmeda, contra el hueco de su hombro, cerca del seno izquierdo. ¡Dios! ¡Qué

pesados tenía ahora los senos! Dos sacos de harina; y los pezones fuertes y firmes como botones. Había que esperárselo también; en las caderas, cerca de los riñones, el nuevo peso empieza a dejarse sentir y da náuseas y dolores en la espalda. Cada año ese dolor se convierte en costumbre. Había habido tres años de descanso y ahora se empezaba de nuevo.

El barón es un buen dueño. Cuando se es mujer, una se deja coger siempre por buenas palabras; por mucho que una tenga treinta y seis años, cuando un hombre os acaricia la cabeza y los brazos y os canturrea y os dice: «Aielot, amiga mía»; la sangre se os calienta en

las venas; ya no es tiempo de hacerse la difícil. Oh, sí: en lugar del ojo derecho, hay bajo la venda como un hueco lleno de carnes en desorden, desgarradas. Y no hay más que algunos mechones de pelo mal dispuesto y negro, en lugar de la ceja. Pero ¿se ha dejado alguna vez de amar a un hombre por una herida recibida en buen combate? Y después, esos cólicos, las fiebres, los acres sudores, ese sueño inquieto... ¿Qué otra mujer podría soportarlo, sino ella que lo ha conocido jovencito, con las mejillas sonrosadas y sin barba? Ea, amigo, no os fijéis en que tengo la cara picada de viruelas. Se os pasó ya el tiempo de pensar en jovencitas... Una de esas no

sabría cuidaros como vos necesitáis.

Cara picada de viruelas. De su manga, Aalais saca un espejo de plomo, no más grande que un huevo, y a hurtadillas lo acerca a sus ojos; la piel es suave, lisa, un poco amarillenta. Hay en las mejillas cicatrices redondas, como pequeños agujeros; y en la nariz tres que se ponen rojas los días de frío y después de las comidas. ¡Qué caros son los ojos, desteñidos, pasados! Y las pestañas gruesas como cuerda. Pero la boca sigue siendo buena para besar, carnosa y dulce; los dientes están amarillos, pero sólidos. Y no falta aún quien pagaría caro el poseer a la dama de Linnières detrás de cierta granja o

debajo de un avellano... Ya no se trata de jugar una travesura así al barón: después de todo, cuánto ha sufrido el pobre. Milon no la tocaría con un dedo, aunque hubiera de morir. Ella ama al barón y ahora los demás pueden irse al diablo. Y aquí está el mal. El barón puede no tener más que un ojo; pero sigue viendo bastante. Y hay en el país jovencitas limpias, con caras sonrosadas: ojalá hubieran cogido todas la viruela; por supuesto, menos Mahaut.

Del patio sube un ruido de palabrotas de soldados, un chapoteo de cascos de caballos en el fango. El corazón late más aprisa por el orgullo tranquilo. Dentro de un instante estarán

en la sala, hambrientos, enfangados, arañados por la ramas secas, y con olor de bosque, sus dos bellos señores, el negro y el blanco, el barón y su hijo. Las mujeres cesan de parlotear para oír la voz de los hombres en el patio. Y Mahaut y Milessant siguen ahí, diciéndose cosas al oído; naturalmente, cosas de muchachos. Lástima: Mahaut está en plena flor de la vida, abierta, pimpante, y enloquece a todos los jóvenes de Linnières y de Hervi. Pero aún no tiene un prometido.

Es una desgracia ser bonita cuando no se posee una dote.

La escalera chirría en el tramo inferior bajo un peso que no es el de un

lacayo. El barón ha tomado la costumbre de pasar sus tardes en la alcoba, junto a las mujeres; la dama no tiene nada que objetar: está satisfecha de verlo, y el barón ama a Hélie; pero cada vez que lo oye subir, tiene como un pequeño sobresalto; le falta el aliento, abre la boca y escucha con el oído tenso. En la época en que ella era joven y bonita, el barón prefería pasar el tiempo con sus tíos y primos. También es verdad que ahora todos sus amigos han muerto.

Hay que hacerle justicia. El barón sigue viniendo a ella; se agacha al pasar bajo la cuerda que sostiene la cortina, pasa por encima de un grupo de niños que juegan con un gran perro; se acerca

a la dama, alto, huesudo, con las mangas recogidas, los cabellos en desorden, rojo por la prisa en subir. Aalais esconde precipitadamente el espejo en la manga y da la espalda a la lámpara.

El barón tiene grandes dientes blancos tras los carnosos labios. Sin bajarse, pasa su pesada y tranquila mano vellosa bajo el velo de la dama, hunde sus dedos en el cabello, le echa la cabeza atrás; nunca mano de hombre fue más hábil para despeinar, para deshacer, para enredar.

—Contenta de verme, ¿eh?

—¡En Cuaresma!

Aalais, con aire de reproche vuelve los ojos; y el barón se echa a reír como

un hombre que ha ganado de una vez por todas el derecho de hacer lo que le parezca.

—No hay Cuaresma que valga.

Nunca antes de la cruzada se había tomado tales libertades en presencia de las criadas. Se ha acostumbrado demasiado a las jóvenes. ¡A su edad!

—¿No habéis terminado, barón?

En efecto, termina bastante pronto; tuerce los cabellos en tomo a su puño; y aprieta duramente con sus labios la boca entreabierta de la dama.

—Ea, os dejo en paz. Llevadme a Hélié... ¡y pronto! Aún no lo he visto hoy. ¿Cómo está su pierna?

—La hinchazón ha pasado —dice la

dama, arreglándose el velo.

Hélie es tan hermoso que a la dama casi le da miedo; porque —jura a quien quiera escucharla— Hélie es una reproducción exacta del barón. ¡Y Dios sabe que no se le parece, si no es porque tiene unos ojos, una nariz y una boca...! Lo lleva, rubio, caliente, pesado —tiene ya tres años menos dos meses—; con las pequeñas mejillas rojas, porque le dan demasiado calor las dos largas túnicas de gruesa lana cruda. Es dulce, un rostro de niño, claro, nuevo. Pero esos labios demasiado pequeños y ya cerrados, esos orificios nasales, fuertemente abiertos, poseen ya dureza, insolencia. El niño es tan mimado como puede serlo el

benjamín de una familia.

—Ea, mi corazón: saluda a tu padre antes de ir a dormir. Dile que tu piececito va mejor; no me mires con esos ojos...

El niño se agarra con sus dos bracitos al cuello del barón y le besa concienzudamente la barba. Después se cree en el deber de levantarle la venda negra del ojo derecho. Dulcemente, el barón aparta las pequeñas manos y las besa una tras otra.

—Devolvédmelo, barón: lo estáis cansando. Ven aquí, pichoncito blanco, mi florecita; venid, que os lavo la naricilla...

Pero Hélie vuelve la cabeza,

frunciendo el ceño.

—¡Ea, damiselas! —dice el barón —, ¿es que nadie va a reír esta noche? ¿No va a cantar nadie?

Están allí, prudentemente sentadas, con sus sencillas túnicas de lana de mangas estrechas, damiselas y criadas, unas quince mujeres en total. Las que tienen que encargarse de niños no pueden seguir hilando después de la hora de laudes. La presencia del dueño inspira respeto; ninguna se atreve a charlar sin el permiso del señor. Sin cumplimientos, el barón se detiene delante de Milessant. La levanta por las axilas y la sienta sobre sus rodillas, en un arquibanco junto a la pared.

—Bien, nuera: enséñame el trabajo que has hecho. Ya me parecía a mí: lo has manchado de sangre. Hija mía, debías haber nacido varón. Tendré que llevarte a los torneos.

—Me gustaría mucho —dice la joven, pensativa.

—Sé que te gusta, sangre de soldado... un día tendrás unos hermosos niños: ¿no te dice nada eso?

—¡Oh, no, señor!

—Niña, ¿qué edad tienes?

—Quince años.

—Bien: es la edad en que se piensa en esas cosas.

El barón bostezó. Y como Milessant hiciera un gesto como para retirarse:

—¡Eh, no! Quédate aquí, canta un poco.

Todos los días, piensa la dama, esa gran puerca que debiera estar casada hace tiempo... no es bonita, y sin embargo a fuerza de frotarse contra él... Es verdad que es fría como una rana. Pero si los cojo por sorpresa, no tendré en cuenta para nada que se trate de una muchacha con herencia... «¡Ah, no! No sería el momento de perder al barón: si pone los ojos sobre una joven, no va a ser para volver después a una vieja. No, que Aalais de Puiseaux sea vieja... ¿dónde encontrar una mujer más cálida y más cortés? Pero los hombres son estúpidos.»

La dama conservaba todavía una vaga ternura maternal para con aquel hombrecito seco que la había seducido con sus ojos azules y sus bellas palabras. Estaba en alguna parte, en el fondo de su corazón, entre sus otros ojos enterrados: fantasmal, desdichado, maligno. Y tan próximo, tan excusable... No estaba enamorada de él; su amor se había fundido como la nieve al sol el día del nacimiento de Hélie. Hubo que olvidar a toda costa que Hélie era realmente un bastardo, que no tenía el mismo padre ni los mismos derechos que los demás. Hélie era un niño delicado y había que preguntarse siempre si Dios no lo castigaba por ser

hijo del pecado. Había que hacer votos, prometer ofrendas... La dama se dedicó a amar a Hélie como se ama a un hijo único. Se resignó por fin a enviar a Girard al servicio a Bar-sur-Aube; y condujo a Mahaut con Milessant a vivir con la tía de Ansiau, la priora de Santa Catalina en Tonnerrois, porque las jóvenes, sobre todo Mahaut, iban haciéndose delicadas de talle y de pechos puntiagudos y en el castillo no faltaban muchachos.

Después, el tiempo duro, la pobreza, las malas noticias de Palestina y, en fin, la carta del barón. Esa carta había dejado muchas viudas. Ansiet, el primogénito, el mayor, el más dulce;

aquel hijo que no había querido decirle adiós... ¿Es que había sido una mala madre? No, no mala, pero sí absorta, cansada, con los pequeñuelos, los embarazos, el cuidado de la casa y un marido fiel; un marido exigente... ¡oh, qué exigente! Dios sólo lo sabía. Y al hijo que no se queja, ni pide nada, se le olvida, con más razón si es el preferido del padre. Haumette, la nodriza, lloró tanto como la dama y tal vez más; pero ni una ni otra tenían tiempo de llorar demasiado.

Después, hubo que reunir dinero para el barón, pedir prestado una y otra vez y regatear con Abner, amontonando juramento sobre juramento. En el

castillo ya no se comía más que de la caza; y cuando la caza era mala, apenas quedaba algo que llevarse a la boca. Se había vendido el trigo, faltaba la cebada; el pan parecía mejor que una tarta de miel. Y después de Navidad vino la enfermedad y los pequeños cadáveres echados en un mismo ataúd, envueltos en un mismo paño. Las largas tardes de invierno, en las que tenía que quedarse sentada junto al fuego, demasiado débil para trabajar, temblando de frío, transida a la menor corriente de aire, con el rostro cubierto de cicatrices rojas; los párpados tan llenos de lágrimas que desbordaban sin cesar. Había que ver a través del fuego

las caras rojas y después azuladas, irreconocibles, de los gemelos y de la pequeña Marie. Y Ansiet y Garnier y Thierr... y el barón y Herbert, que Dios sabe dónde estaban, tal vez mártires también. Guillaume y Alette habían curado, pero seguían muy débiles, desfigurados. ¿Quién iba a casarse con una muchacha sin rostro? Volvió el hambre, la carencia de carne, la ausencia de cazadores. Y estar sola, quizá por tanto tiempo. Girard no era más que un niño. Hubo que hacer volver a las jóvenes: Mahaut era buena y alegre, adoraba a Hélié y no parecía pensar en pretendientes.

Siguió la primavera, el viaje a

Troyes con Hélie, que acababa de cumplir dos años; la estancia en Chaource, donde no había sitio para dormir, sino en una granja, a la intemperie, sobre montones de paja. La noche tibia, el canto de los grillos, el vino joven y agrio que habían bebido. Milon besó a la dama el tobillo y la punta de las sandalias. Y era la primera vez que le pedía... Le consintió que se quedara hasta la mañana cerca de ella, junto a ella, entre dos montones de paja. Al amanecer, cuando los pájaros empezaban a piar en el campo y los cabellos de los viajeros se cubrían de rocío. Desde aquel día ordenó a Milon que fuera a vivir a Seuroi y que

procurara verla lo menos posible. Tenía que defender su honor. Pero resultaba duro vivir y saber que él estaba allí, a una legua, languideciendo. Ella le pertenecía: era su esposa, por el cuerpo y por la voluntad; por muy criado que él fuera. Prometíase casarse con Milon si el barón no regresaba; pero estaba segura de que regresaría.

En Troyes hubo que discutir con dama Béatrix, que estaba empeñada en llevarse de nuevo a Milessant, puesto que su marido había muerto. Aalais se mantuvo firme: la muchacha había sido confiada al barón de Linnières y era él quien debía disponer de la muchacha y encontrarle otro marido. Había muerto

Ansiet, el primogénito, pero quedaba otro menor, sin prometida.

—No es justo —dijo a dama Béatrix — que nos hayamos encargado de la niña inútilmente. La tengo conmigo y la conservaré. Debemos creer que no sois la persona apropiada para tenerla, puesto que el padre no quiso dejárosela.

A decir verdad, Aalais pensaba menos en la joven que en la herencia; pero dama Béatrix pensaba aún menos que la dama de Linnières en su propia hija. Tenía para Milessant un prometido ya dispuesto: un guapísimo bachiller que había sido su propio amante y al que deseaba recompensar por sus servicios. Y así, Milessant y su dote siguieron

siendo propiedad del barón de Linnières.

Había vuelto antes de Navidad, desfigurado, triste, envejecido. Todos lloraron a los muertos. Dios sabe que Aalais lo hizo de todo corazón, porque los de Linnières eran ya su propia carne y sangre. Y lloró por cada uno de ellos como por un hermano. El barón y Herbert dedicaron sus días a la caza y trajeron carne suficiente para asar y poner en sal.

—Ya lo veréis, dama —decía Ansiou—, en Pentecostés iré a Troyes y estoy seguro de hacer prisioneros en un torneo, lo que nos ayudará a pagar a Abner.

Y la dama, con la cabeza apoyada en el hombro del barón, pensaba en que era lo mejor que fueran dos para tirar de la carreta.

Milessant era ahora tan alta como Mahaut. Tenía quince años y Mahaut diecisiete. Mahaut tenía unas piernas largas, caderas redondas y dos pechos grandes como dos manzanas y tan firmes que no temblaban cuando corría. Su cintura era tan delicada y fina que se la rodeaba con las dos manos. Tenía los dedos delgados, los pies estrechos, el cuello largo y blanco. Cuando se miraba en el barreño de agua de lluvia veía una cabeza tan finamente tallada, tan uniforme de color, que no acababa de

reconocerse; los dos diamantes negros, un poco bizcos, inmóviles, estaban ahí en el fondo del barreño, llenos de sombra y acariciadores entre sus párpados de marfil. Y pensaba que Garnier no volvería a ver esos ojos de carne. No verá más, no sabrá más... «Si yo hubiera estado allí —pensaba—, lo hubiera curado. ¿De qué me sirve mi belleza, amigo mío, si debo gastarla con otro que no seáis vos?» Y sin embargo, le gustaba mirar sus manos y sus cabellos y adornarse con cintas bordadas.

El verano que siguió a la partida de los cruzados fue caluroso y monótono. Las damiselas, bien guardadas,

descendían al Armangon para bañarse y descansaban en la orilla verde, con sus camisas blancas y sus cabellos en desorden. Había entre los jóvenes de Beaumont un cierto Aimeri, de veinte años, con un fuerte bigote oscuro, que había conseguido reunirse con Mahaut tras un arbusto, besándola más de diez veces, con lo que ella se puso furiosa, pero se dejó besar todavía más. Después decía a Milessant que lo había permitido por piedad para con el joven. Estaba segura de que el mozo se mataría si no le dejaba besarla. La dama supo lo ocurrido y envió a Aimeri a Bernon. Después de esto, Frahier, hermano menor de Garnier, gustó también los

labios de Mahaut, porque la joven comenzaba a encontrar placer en el juego inocente. Y viéndola llegar todos los días a la sala con las mejillas encendidas y los párpados temblorosos, la dama decidió llevarla al convento de Santa Catalina, junto a la tía del barón.

En el convento, las jornadas eran largas, interminables, tranquilas. Mahaut y Milessant bostezaban inclinadas sobre sus labores y escuchaban el parloteo de las monjas. Se trataba siempre de discusiones por una taza de sopa un tanto vacía, por un rosario rezado demasiado aprisa, comadreo; historias interminables de milagros, en las que los santos no representaban siempre un

papel demasiado edificante. Y hasta algunas monjas contaban cosas tan obscenas que la misma Mahaut, acostumbrada a la vida del castillo, se tapaba los oídos avergonzada. Aparte del sacerdote y dos vigías de noche, las jóvenes no vieron a un solo hombre en todo aquel año. La vieja dama Hersent era muy severa y golpeaba a sus sobrinas-nietas con varas por un trabajo mal hecho o una respuesta insolente. Mahaut no era muy piadosa y se divertía durante los oficios observando el juego de las moscas y las arañas en la bóveda de la capilla. Pero Miessant rezaba de veras y hacía toda clase de votos por la salud de su señor.

Un día dijo a Mahaut que santa Catalina le había pedido que se clavara en ambas manos unas gruesas agujas; si no lo hacía, estaba segura de que alguna desgracia iba a ocurrir al barón.

—Loca —dijo Mahaut—, ¿quieres que le ocurra al barón?

—No lo sé —replicó Milessant—. Pero a mí, qué me importa hacerme una herida en la mano: no voy a morir por eso. En cuanto a él, ¿no piensas que está sufriendo ahora en aquella tierra? Mira lo que te digo: Nuestro Señor se ha dejado clavar vivo en una cruz para salvamos; y yo, una jovencita de nada, ¿he de tener miedo por hacerme daño en ayuda de mi señor?

—Ante todo, no es tu señor —dijo Mahaut, molesta—. Es Ansiet tu señor.

Y Milessant:

—No comprendes nada —dijo.

Pensaba aún en los besos que le diera la víspera de su partida.

—Si un hombre besa a una mujer en la nuca y en el hombro —decía a Mahaut—, es porque la desea: no será por cortesía.

—¿Y con eso, qué? ¿Es que por eso va a amarte?

Milessant movía la cabeza.

—No pido más. No volveré a hablar con él, no tengas miedo. También yo soy de buen linaje.

En invierno, un hombre del castillo

fue al convento para decir a la dama Hersent que rogara por los muertos de Linnières. Las jóvenes estaban en el claustro dedicadas a echar migajas a los gorriones y palomas que se movían con gran revuelo sobre la nieve fresca del patio. La priora llamó a Mahaut, la mayor y más fuerte de las dos.

—Vos misma comunicaréis las malas noticias a vuestra amiga —dijo.

Mahaut perdía un hermano y Milessant un marido, lo que para dama Hersent era bastante. Y sin embargo, de las dos resultaba ser Mahaut la más dolorida, pero no porque pensara en su hermano mayor: a ese hermano lo había amado con la amistad huraña y burlona

que se tiene siempre para con el muchacho que os tira de las faldas y os llama bizca. Desde hacía seis años no había vuelto a verlo. Pero el otro... el otro (Mahaut ni siquiera pudo escuchar hasta el fin lo que decía dama Hersent; se liberó de la horrible nueva corriendo y alejándose, precipitándose sobre Milessant, que esperaba en la galería del claustro).

—¡Mile! ¡Mile! ¡No es verdad... no quiero... no quiero...!, ¿me oyes? Ven, ven conmigo.

Cogió a su amiga por la mano y la arrastró a la celda donde dormían las dos. Temblaba, con los ojos secos.

—Mile, no quiero... Mile, querida...

Lo han hecho a propósito para que no piense más en él: han mentido. No, no ha muerto, no ha muerto, ¿me entiendes?

Milessant adivinó de qué se trataba e intentó tranquilizar a su amiga. Mahaut se había echado en la cama y se mordía los puños.

—¡Oh, los conozco! Pero soy más fuerte que ellos. Iré yo misma allí, a pie, con un bastón; me vestiré de trovador, cantaré por los caminos y lo encontraré, sí, lo encontraré. Le diré que han querido engañarme... ¡Mile, Mile! Estoy loca, no sé lo que digo. Pero tú me entiendes... En tierra, bajo tierra, en un ataúd de madera; y yo que reía, yo que pensaba en tonterías... Mile, querida,

¿cómo encontrarlo ahora? ¿Cómo vamos a hacer? ¡Ayúdame!

Y se puso a sollozar y a gemir como un niño. Milessant colocaba paños con agua fría en la frente y sobre los ojos de Mahaut. Al anochecer, la joven se tranquilizó un poco y decidió que el único medio para volver a encontrar a Garnier era morir también para ir donde él estaba.

—No me mataré, porque me condenaría y él está en el Paraíso. Es mejor dejarme morir de hambre. ¡Ah, seguramente él dirá que tengo razón!

Milessant encontró excelente la idea y los días siguientes ayudó a su amiga a echar a los perros la comida que se le

servía. Pero al cabo de cuatro días de ayuno, Mahaut tuvo fiebre y delirio y cuando estuvo curada no volvió a hablar más de morir de hambre.

Las dos jóvenes habían perdido cada una a su amigo; y decir que Milessant no estuviera triste por la muerte del suyo, sería mentir: guardaba un hermoso recuerdo del muchachote que la había enseñado a orar y a pensar y que era para ella como un hermano mayor. Pero lo había olvidado hasta tal punto que le resultaba difícil representarse su rostro. De todas maneras, era muy duro hallarse viuda a los catorce años: había creído asegurado su porvenir y ahora todo debía empezar de nuevo; ¿iba a ser

obligada a entrar en una nueva familia, con una nueva suegra y un nuevo marido, que ahora lo sería de veras? Sentía mucho miedo.

—Mahaut, querida, no quiero vivir sin ti.

—Será como quieran el barón y la dama —suspiraba Mahaut.

Mahaut se mostraba más tranquila y dulce que antes. Rezaba mucho y lloraba por las noches, en la cama, con los labios sobre la boca de Milessant.

—¿Crees que los muertos lo saben todo? —preguntaba—. ¿Crees que pueden vernos? Dama Hersent dice que pueden verlo todo desde el lugar en que estén. Imagínate: él es tan bueno y yo tan

mala... si me ve, no debe de estar muy orgulloso de mí.

Por un momento pensó en hacerse religiosa; pero como vivía en el monasterio desde hacía más de catorce meses, sentía verdadero disgusto por aquella vida. Y se mostró muy contenta el día en que su madre fue a buscarla. Besó llorando las pobres mejillas hundidas de la dama.

—¡Oh, Dios! ¡Vos tan bella...!
¡Vuestras hermosas mejillas sonrosadas!
¡Madre! Vais a ver cómo os amo... no permitiré que nadie diga mal alguno de vuestro rostro.

Una vez de regreso en el castillo, volvió a su anterior alegría, a correr y a

cantar. Pero no debió olvidar tan pronto a Garnier, porque no permitía que mozo alguno se acercara a ella y aseguraba que jamás se enamoraría de nadie.

En primavera, Milessant se echó a las rodillas de la dama y le suplicó que la retuviera en Linnières.

—No quiero ir a casa de mi madre. No me ama. Tenedme aquí mientras no se me encuentra un marido.

La dama la besó en ambas mejillas.

—Id, gatito mío —le dijo—. Vuestro padre os dio al barón y yo no voy a abandonaros. Si el barón lo desea, os casaréis con Girard en lugar de Ansiet y no saldréis de esta casa.

A Milessant le pareció que la idea

de sustituir a Ansiet por Girard no era mala: le gustaba Girard y estaba segura de que se entendería a la perfección con él.

* * *

En sólo tres años parecía haber envejecido por lo menos diez. Hay heridas tan dolorosas, tan secretas, que no pueden tocarse sin llegar al sacrilegio; el alma desnuda de Ansiau de Linnières se había vestido, armado, retirado tras un muro, por pudor y por un resto de amor a la vida. Había que olvidar y olvidó; había que vivir y vivía. La vida tenía algo bueno, el

pensamiento mismo del hijo ya no despertaba en él sino una tristeza automática, las lágrimas en los párpados; lágrimas, desde luego, abundantes.

Tenía treinta y ocho años, había engordado algo y perdido su gran rapidez de movimientos. Su piel era tostada y oscura y su tez se hacía a menudo terrosa, por las fiebres y los dolores de entrañas que a menudo lo atormentaban. Una venda de tela negra le cubría el ojo derecho y parte de la frente; y el ojo izquierdo, único que le quedaba, parpadeaba con frecuencia y sufría dolores indecibles los días de nieve o de mucho sol. Ese rostro que ya

no era más que una mitad de rostro, conservaba, sin embargo, un atractivo tanto más extraño gracias a una sonrisa bastante joven que dejaba al descubierto una bella hilera de fuertes dientes blancos.

Al regresar al castillo, Ansiau creyó que toda la tierra era gris y falta de color desde la muerte de su hijo; en el patio, sucio y fangoso, unas mujeres tristes y temblorosas de frío lo acogieron. Todas ellas tenían la nariz colorada, los rostros pálidos por el frío y las lágrimas en los ojos. Aquella gruesa joven cuyas mejillas parecían tierra removida debía ser Bertrade, la esposa de Herbert. Aquella vieja, seca,

de ojos salpicados de azul, era Richeut; aquella otra gran perca, roja y huesuda, cubierta con larga capa oscura, era Claude de Linnières. La dama estaba delante de todas, con las manos juntas y crispadas; cubría su cabeza con una cofia blanca que se le ajustaba al cuello y a los hombros; y su rostro —Ansiou temía verlo deformado, afeado— mostraba agrietada y curtida por las cicatrices de la viruela aquella piel antaño tan lisa, pero sin restarle nobleza. Ese rostro envejecido y delgado no mostraba grandes cambios y Ansiou volvía a encontrarlo entero y creía no haberse alejado nunca de la dama. Era la misma que reconocía ya en

las miradas asombradas, tiernas, dolorosas, que dirigía al barón y a Herbert, como vacilando antes de acercarse a ellos; desde el momento en que entraba en el patio, volvía a ser el dueño y ella la sierva. Y Ansiau la tomó de nuevo como cuando se regresa a la tierra natal y se encuentra uno con la propia madre. Pensaba que ambos eran viejos, que tenían un pasado demasiado hermoso a sus espaldas. Ese rostro dulce, largo, de pómulos lisos, sembrados de pecas; esa cabeza rubia y de cabellera suelta, ese gran niño de corazón puro, el fruto de sus primeros amores...

Y el barón se extrañaba de ver en el

castillo a niños y jóvenes que, en lugar de estar marchitos, se abrían y expansionaban como manzanos en abril. El tiempo no parecía haberlos tocado. En cuanto a Hélie —nuevo, inocente, un desconocido—, la cosa parecía menos extraordinaria; estaba allí y Ansiau lo aceptaba. Era una flor de su carne y de su savia, que pedía ser amada y la amaba, pero las jóvenes, a las que también conocía antes de partir y que proseguían su pequeña vida dulce y fútil, llena de cinturones bordados, de pájaros, de canciones, de secretos cuchicheados al oído, como si nada hubiera pasado... estas niñas le divertían y las encontraba encantadoras.

Mahaut era la más hermosa y la dama está desolada, viendo que seguía soltera; ¡diecisiete años!; pronto se habrá marchitado. Pero Miessant no parecía correr aún ese peligro y Ansiau la admiraba sencillamente. No era una belleza y la dama lo decía, viniera o no a cuento: era evidente que tenía una boca grande, una nariz como pico de canario, cejas demasiado claras e irregulares; pero a los quince años estaba ya en plena flor. Blanca, rubia, como un niño pequeño tenía el cabello muy ligero, un poco ondulado, y le caía en largos mechones luminosos en torno al rostro, mientras en lo alto de la cabeza y en la nuca las trenzas le

descendían hasta los hombros. Su piel era muy fina, sus mejillas se ruborizaban fácilmente con una clara tonalidad rosa; tenía anchas pupilas grises con irisaciones de oro, una amplia sonrisa muy simple y dulce, que podía hacerla creer poco inteligente; y sin embargo, estaba muy lejos de ser una chiquilla tonta. Y aunque su rostro no era regular, tenía un cuerpo muy bello, alto, delgado, frágil y ligero, con hombros caedizos, cintura delicada, una gracilidad de bella potranca de raza. Y Ansiau no podía pensar sin enternecerse en que esa chiquilla había sido tan amada por su primogénito y que Ansiet había llorado por ella; y Dios sabe que el joven no

lloraba a menudo. A veces decía a la dama, mirando a la joven inclinada sobre su labor: «¿No creéis que se parece a nuestro hijo?». La dama sabía que para el barón no habría nunca más que un solo hijo y no necesitaba preguntar a cuál se parecía Milessant. «No lo veo, barón... ¡qué ideas tenéis!»

Al principio, Milessant se ponía roja y se escondía detrás de Mahaut cuando la miraba su suegro. Pero acabó por acostumbrarse. Ansiau la tomaba en sus rodillas y le besaba las mejillas, diciéndole que no debía temerle: «No se tiene miedo al propio padre». La joven se volvía y bajaba los ojos. Después decía a Mahaut:

—He debido engañarme. No está enamorado de mí.

—¡Qué bien! —se indignaba Mahaut.

—Está enamorado de la dama, eso es lo que ocurre. Ella sabe hacer... Tiene tal vez un encanto particular.

—Pero, ea, querida —exclamó Mahaut enfadada—. ¡Qué quieres! ¿Convertirte en su manceba?

Milessant se santiguaba:

—¡Oh, Dios, no! ¡Qué loca! No quiero nada. Si me abrazara otra vez como hizo antes de marcharse, creo que me quedaría contenta para toda la vida.

En Pascua, Girard llegó de Bar-sur-Aube para pasar unos días con sus

padres. El día de su llegada, la dama se vistió la túnica roja y el corpiño bordado en Tierra Santa por María. Y se dio colorete en las mejillas. Estaba casi poseída por una ternura de enamorada para con su tercer hijo, su niño mimado, y parecía trastornada por la idea de que pudiera encontrarla afeada. Se perfumó las manos y las sienes y se puso anillos en los dedos. Hizo asar al fuego un cabritillo relleno de champiñón seco, plato preferido por Girard. «Cuánto habrá crecido. ¡Quince años! Catalina, que se caliente bien el baño; mi hijo vendrá muy fatigado después de un viaje tan largo.»

Girard entró al galope en el patio; le

seguían a duras penas sus dos criados. Saltó ágilmente sobre el barro; pasó a zancadas encima de los charcos, salpicando de barro a la criada que acababa de recoger la leche en un cubo; y se encaramó rápidamente por la escalera de madera que conducía a la sala. La dama lo esperaba en la puerta, con la barbilla temblorosa. Él la cogió en sus brazos, le arrugó su hermoso velo, sacudió sus hombros, la besó diez veces. Después se echó al cuello del barón.

No era, desde luego, un hijo respetuoso. El barón le decía: «¡Qué modales!». Pero reía a pesar de todo. Buscaba en el rostro de su tercer hijo la

semejanza con el «otro».

Girard prometía ser bastante alto; era delgado, desmañado, valeroso y rápido en sus movimientos. Menos rubio que los dos mayores, tenía unos ojos color avellana, mejillas intactas, rosadas y redondas. No, no era grande su parecido con Ansiet: tal vez la sonrisa, los ojos hendidos y la manera de echar el cabello atrás, con ese gesto de potro rebelde que todos los hijos heredaran del padre.

Instalado en el puesto de honor, entre el barón y Herbert, ensanchó los codos y hundió los dientes en el muslo del cabritillo, manchándose el rostro de salsa como un niño de cinco años: le

llegaba la grasa hasta la frente y estaba realmente feliz.

Girard miraba a su padre y a su hermano con tímida admiración: dos cruzados de regreso de Tierra Santa, dos hombres que habían visto con sus ojos las cosas en las que él, siendo niño, había soñado tanto: el mar, las naves, las tierras paganas, las ciudades extranjeras. Girard pensaba que debían menospreciar al muchacho que había en él, que nunca había estado más allá de Bar-sur-Aube.

El barón no sabía qué decir a ese hijo que no era ni un hombre ni un niño. Pasada la siesta, lo llevó a saltar, a disparar el arco, a galopar en pie sobre

la espalda del caballo. Ardiente y nervioso, Girard salía bien de todas las pruebas Y se mostraba muy excitado.

Y Herbert, con la mala cara de costumbre, decía:

—A su edad, yo lo hacía mejor.

Estaba celoso de ver cómo la dama se pasmaba mirando a aquel «pico-blanco». A los diecinueve años no iba a dejarse acariciar las mejillas y la barbilla, ni frotar su cabeza entre las rodillas de su madre. No es que le faltaran deseos de hacerlo, pero tres años de cruzada lo habían hecho más reservado, más grave, más digno. Y sentíase más próximo al barón que a Girard.

La misma tarde de su llegada, Girard supo que tendría que casarse con Milessant, para mantener las promesas del hermano mayor, que había muerto. El joven se ruborizó, le avergonzaba oír hablar de matrimonio y de amor. Dijo que no quería casarse antes de haber terminado su servicio, que sus amigos se burlarían de él si sabían que estaba casado. Por lo demás, encontraba a Milessant muy bonita y la noche siguiente se deslizó fuera de su lecho para ir a hablar con ella más de cerca. Las jóvenes lo echaron de la habitación con grandes gritos y Milessant tembló y lloró hasta la hora de maitines en brazos de Mahaut.

—Pero tú lo amas, ¿verdad? Ea, ¿lo amas? —decía Mahaut.

—Tengo miedo, Mahaut querida. No sé lo que me pasa. Claro que lo amo, pero no para acostarme en su cama. Me daría mucha vergüenza...

—¡Tonta, ya os acostumbraréis!

Al día siguiente, Girard pasó el tiempo jugando en el Prado a la sortija y a la gallinita ciega con las jóvenes y los niños; trataba siempre de coger y pellizcar a su futura esposa, Pero Milessant se le escapaba de las manos. Por fin, pudo cogerla por las trenzas; la joven se volvió y le miró a los ojos; Y tantos recuerdos comunes, juegos, escapadas, castigos volvieron a su

memoria que olvidaron los dos años y medio de separación y estallaron en una risa.

—Dime, pues —preguntó por fin Girard— ¿tienes prisa en casarte?

—Yo no —dijo ella—, ¿y tú?

—Yo tampoco.

Reían a más y mejor.

—Podemos esperar —prosiguió Girard—. Iremos al barón y le diremos que somos demasiado jóvenes.

Milessant le besó en las dos mejillas.

—Te amo —dijo.

Por la tarde, los dos muchachos presentaron su petición al barón, riendo y golpeándose con el codo. Ansiau se

echó a reír.

—En efecto —dijo—, sois demasiado jóvenes. Esperaré a que estéis maduros y temo que eso no ocurra antes de la próxima Pascua.

Ya en el segundo día de su vida en el castillo, Girard comprendió que no había lugar para él en la casa. Es verdad que la dama lo adoraba, el barón lo amaba; sus hermanas eran gentiles con él. El malestar procedía del hecho de resultarle imposible permanecer en la sala. La sala se había convertido en feudo de Herbert que, los días en que no cazaba, permanecía allí de la mañana a la noche. Con él, el lugar tenía aspecto de perrera, de pajarera, de taberna. El

barón dejaba hacer a su hijo, primero porque compartía sus gustos y después porque había renunciado a reñir con aquel hombre, soldado experto, camarada de Tierra Santa, a quien ahora tenía por heredero. De una vez por siempre se había resignado a tolerarlo y los dos hombres se entendían a la perfección. Herbert perseguía a las jóvenes en los rincones sombríos y detrás de los arquibancos y la dama se quejaba de ello amargamente. Pero el barón había visto otras cosas durante la cruzada y la edad lo hacía más indulgente. Decía que Herbert era hijo de un señor y que no tenía por qué privarse de aquellos caprichos; podía

divertirse cuanto quisiera mientras no se tratara de sus primas. Y las primas, prudentemente, se mantenían en la alcoba y no atravesaban la sala sino en grupos de tres o cuatro.

Herbert era padre de dos niños: Aalais, que se acercaba a los cuatro años, y Haguenier, que tenía casi dos. Era heredero de las tierras de Linnières y heredero también, por su esposa, de las de Hervi, puesto que los dos hijos del viejo Haguenier habían muerto en Palestina y la herencia recaía en Bertrade. Herbert lo sabía mejor que nadie y decía fríamente que tras la muerte de Bertrade se casaría con otra heredera y así llegaría a ser el

castellano más rico de todo el país. Tenía ya las maneras de rico castellano: sólo hablaba de perros y de caballos de raza; obligaba al padre Aimeri a escribir cartas y a llevar las cuentas para él; quería vender las pieles de animales que mataba; cambiar perros jóvenes por cortes de tela; y sin embargo, Dios sabía que viviendo en el campo, uno apenas se llena de cuentas. Pero Herbert tenía una buena cabeza y calculaba bien; hasta consiguió aprender las letras y leer en el misal del buen padre. Y era tanto su empeño en hacer notar que era el hijo del señor, que no podía hacer un solo movimiento por sí mismo: sus escuderos debían llevarle su

látigo, ponerle el cinturón, recogerle las mangas cuando comía, llevarle su caballo ya ensillado y tenerle el estribo. Y cuando no encontraba el arnés a su gusto, echaba látigo y guantes al rostro del escudero. A mediodía, después de comer, sentábase en un banco cerca de la chimenea, en camisa, con el cuello desabrochado y los brazos medio descubiertos, y se divertía molestando a un gran perro negro, entre cuyos dientes metía un bastón. Si la bestia gruñía, Herbert lanzaba grandes carcajadas. El barón sentábase a su lado y el joven volvía a componerse la camisa sobre el pecho carnosos y sin vello, pasaba sus dedos por el pelo desordenado; sus

tranquilos ojos de ave de rapiña expresaban todo el buen humor de que eran capaces.

—Bien —preguntaba—, ¿novedad?

—Ninguna —decía el barón con su amplia sonrisa maquinal.

Su conversación no iba mucho más allá de estas palabras: y era cuando no hablaban cuando los dos se entendían mejor.

Para Girard, Herbert se mostraba tan duro que la dama llegó a tener miedo. Sin hacerle daño, lo perseguía con sus bromas, observaciones irónicas, silencios malévolos, y le hacía sentir que no era más que un joven ternero que no debía levantar la voz ante un hermano

caballero y cruzado. Y Girard, mimado, exuberante, insolente, no estaba acostumbrado al menosprecio. Lloró y se quejó al barón; el barón lo trató de pollo mojado: «¿Qué es eso de que un muchacho no puede sufrir bromas?» La dama reprochó a Herbert su conducta y éste se indignó: «¿Qué queréis? No lo he tocado con un dedo. Supongo que tengo derecho a hablar... Soy su hermano mayor y puedo ponerlo en el lugar que le corresponde». En Pascua, Girard abandonó el castillo, con el corazón rebosante de rencor contra su hermano. La dama le llenó las bolsas de galletas de harina blanca y lo besó, llorando:

—Es vuestro hermano y no debes

enfadarte con él. No pienses más en eso, mi hermoso halcón; cuando muera Haguénier, Herbert tendrá dinero y vivirá en Troyes la mayor parte del año.

* * *

Pasada la Pascua, el prado ante el castillo se cubrió otra vez de flores y el bosque reverdeció. Hacía tiempo que Ansiau olvidara lo que es la primavera. El canto del gallo, el chapoteo del agua en las charcas, la brisa tibia en el cabello al aire, todo le decía que era bueno vivir. Y se daba cuenta de que aún estaba lejos de ser viejo: los primeros calores de mayo lo acercaron a

Milessant, como la gravedad acerca a tierra los cargados racimos de uva madura. Aun sin darse cuenta la seguía por doquier, la hacía llamar si no la veía, la buscaba con los ojos. Cuando se tomaba un descanso después de la caza, Milessant estaba siempre a sus pies o en sus rodillas, rubia y cálida, sin hablar: así lo prefería él, afectuosa. A la dama no le gustaban esas maneras demasiado libres que su marido se tomaba con la nuera, y decía que era ya hora de casarla, tanto más que hacía daño a Mahaut, pues todos sabían que era viuda y rica heredera. Pero el barón no manifestaba tener mucha prisa en concertar el matrimonio y aseguraba que

los dos eran muy jóvenes. Hasta que la dama insistió tanto que Ansiau hubo de ceder y encargó a su esposa que anunciara a Milessant que debería casarse con Girard antes de San Juan. Y aquella misma noche, la joven fue a su encuentro, sumida en lágrimas, pidiéndole que no la casara.

—¿De veras, hijita? Entonces, ¿es que quieres ser monja?

Entonces Milessant respondió que no se casaría con Girard porque amaba a otro. Esa declaración no gustó a Ansiau. Mandó a la joven que se retirara, tras haberla llamado casquivana, y preguntó a la dama quién podría ser el insolente que se permitía

hacer semejante jugada a Girard. Tampoco la dama sabía nada: Frahier parecía amar a Milessant y además había un joven halconero del conde que pasaba con frecuencia por Hervi y miraba mucho a Milessant al salir de la iglesia.

—En todo caso, lo que la joven merece es una buena corrección, y vos haríais bien en no ocuparos más de sus caprichos.

—Creo que me estima —dijo el barón—. Mañana mismo hablaré con ella y sabré el nombre de ese joven: y si es alguno del castillo lo alejaré cuanto antes.

El día siguiente fue una jomada

bellísima, caliente y clara, y todos los mozos y las jóvenes salieron del castillo para danzar y correr en el prado. El mismo barón bajó hasta el arroyo para huir del calor; y como pensaba hacer unas preguntas a Milessant, la hizo llamar por medio de su escudero.

Sentáronse a la orilla herbosa y a la sombra de un sauce. Milessant un poco nerviosa, con los ojos bajos, deshojaba un ramillete de margaritas; su túnica blanca se ponía amarilla.

—Bien, querida nuera —comenzó el barón—. Ya ves que no me enfado contigo: eres joven y Girard está lejos. Pero tu padre te entregó a mí bajo juramento y no pienso dejarte. Ha

llegado el momento de que mantengas la promesa de tu padre: debes obedecerme y casarte con Girard.

Milessant bajó la cabeza y dijo:

—He reflexionado, señor: me casaré con Girard.

—¡Eso es lo que se llama una buena muchacha! Y ahora, querida nuera, vas a decirme el nombre del joven que te gusta: supongo que no imaginarás que voy a permitir que a mi hijo se le pongan los cuernos.

Milessant le dirigió una mirada asustada y movió la cabeza.

—No, no voy a hacerle daño —dijo el barón—, lo alejaré de aquí y nada más. Ea, es alguno del castillo, ¿verdad?

Milessant no contestó. Seguía mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Sabré hacerte hablar —siguió Ansiou—. Eso es, mírame a los ojos. Iré diciendo nombres y por tu cara comprenderé quién es el que te gusta. Veamos: ¿es Frahier? No. ¿Garin el Rubio? ¿Aimeri..., Geoffroi...?

Y poco a poco fue olvidando los nombres que pensaba decir; no hizo más que mirar aquellos grandes ojos que iban llenándose de lágrimas. Después, bruscamente, la derribó de espaldas sobre la hierba fresca y besó sus ojos, su frente, la raíz de su cabello; ya no reconocía esa cabeza tan próxima a la suya, diáfana, rosa y dorada sobre la

hierba verde, en la sombra irisada de sol; nunca había pensado que fuera tan bella. Estaba radiante. Sus labios eran encarnados y sus ojos muy profundos.

El resto de la jomada fue un delirio. Milessant escapó inmediatamente para reunirse con sus compañeras. Pero Ansiau sabía que estaba tan cogida como si unos hilos invisibles la ataran a él: en las danzas y rondas, la joven perdía su tumor, se dejaba coger y nada veía con sus grandes pupilas deslumbradas. A lo lejos sentíase el estremecimiento de su cuerpo y su risa y su canto no eran más que otras tantas llamadas a Ansiau.

Sopla el viento y crujen las ramas

y duermen apacibles los amantes...

No conseguía abandonar el prado ni dejar de seguirla con la mirada. Giraba en torno a ella y la joven huía siempre, lo esquivaba, mezclábase con las demás muchachas, aun a sabiendas de que no conseguiría evitarlo.

En el patio inundado de sol la vio entrar rodeada de sus compañeras, con el cabello suelto e inflamado, la túnica de oro, luminosa y triunfante como una reina en medio de sus damas. Ansiou estaba a la puerta de la fortaleza; ella no se atrevió a entrar y retrocedió. Ansiou la siguió. Miessant retrocedía aún, pero sin atreverse a apartar sus ojos de él. Pasó tras las caballerizas, se detuvo ante

el almacén del heno, se pegó al muro sin saber dónde ir. Él la levantó del suelo como si fuera una pluma y la llevó al henar. Milessant cerró los ojos y no dijo nada.

Al cabo de un rato, Ansiau no veía a su lado más que a una pobre jovencita rubia y pálida, echada en un montón de heno. Su belleza había desaparecido. Parecía frágil y enfermiza, muy dulce, con los labios hinchados como los de un niño que llora. Ansiau no era hombre que olvidara el precio de cuanto acababa de obtener. Sonreía a la joven con amplia sonrisa de sorpresa, de ternura, de vanidad satisfecha; y no pedía más que verla sonreír también. Y

como ella seguía inerte, trató de animarla haciéndole cosquillas en la garganta; pero en vez de reír, Milessant se volvió y estalló en sollozos.

—Pero, hijita mía... era mejor llorar antes —dijo Ansiau—. Ea, no estropees tus bellos ojos. ¡No seas niña!

Milessant hundió la cara en el heno y sollozó a más y mejor; y el barón se dijo que, en fin de cuentas, no tenía por qué sentirse muy dichosa.

—Vaya, vaya —dijo—, vuelve la cabeza y mírame. ¿Crees que estoy enfadado contigo? Has hecho locuras..., eso puede ocurrirle a cualquiera. No temas nada: lo arreglaremos todo de la mejor manera.

Milessant se volvió lentamente a él y le preguntó con una vocecilla fría:

—¿Queréis que me case con Girard?

—Bueno, creo que no queda otro remedio. Eres la hija de mi padrino: no puedo dejarte así. Haré venir a Girard cuanto antes y estarás casada con él antes de un mes.

Milessant no se movía, firme, crispada, y apenas se atrevía a respirar. Parecíale que ya no tenía derecho a hacer un gesto ni un solo movimiento sin permiso del barón: le daba miedo. Y él dejaba pesar sobre la joven su ojo sombrío y redondo, que Milessant ya no reconocía. Por último, el barón dejó de reír.

Mahaut deshacía sus trenzas, en pie delante del lecho. Y Milessant, sentada al borde de la cama, con la cabeza baja, no parecía querer desvestirse; el cabo de la vela llegaba ya a su fin.

—¿Te has dormido ya? —preguntó Mahaut—. ¿Quieres que te ayude a desnudarte?

—¡No! —dijo Milessant asustada—. ¡No me toques!

—¡Querida! ¿Qué te pasa? ¿Tienes fiebre...?

—Ten piedad de mí, Mahaut. Escúchame: creo que he hecho una locura.

Mahaut la miró fijamente en los ojos y se ruborizó.

—¡Cómo! —gritó—. ¿Con un hombre...? ¿Con el barón?

Temblaba de vergüenza e indignación.

—¡Putá! ¡Asquerosa puta! ¡Toma, toma esto! ¡Toma! ¡Toma! —Y con su pequeña y rápida mano hizo volar sobre las mejillas de su amiga media docena de bofetadas ligeras y sonoras; y Milessant, con la cara vuelta hacia ella ni siquiera pensaba en evitarlo; como un hombre aplastado por una roca no se da cuenta de que unas ardillas lo están bombardeando con avellanas. Dos hilillos de lágrimas deslizábanse por su nariz. Sorprendida ante tanta mansedumbre, Mahaut se detuvo.

—¡Mile! —gritó—, ¿qué te pasa?
¿Estás enferma? ¡Mile, querida, no
pongas esa cara! ¡Mile, mi corazón, mi
vida, perdóname!

Se arrodilló ante la cama y comenzó
a acariciar con ambas manos las
mejillas doloridas de la joven.

—Pobre palomita —decía—. ¡Y
pensar que aún te hago daño, cuando
tienes ya tanto sin mí! Ea, dime qué
ocurre... ya veremos cómo puedes salir
de ésta.

—Quiere que me case con Girard —
dijo Milessant.

Inmediatamente, Mahaut pareció
tranquilizarse.

—Pero eso está muy bien —dijo—.

Es razonable... ¡Qué tonta eres! Es la mejor cosa que puedes hacer, puesto que tenías que casarte con él de todas formas.

Milessant se echó sobre la cama y cerró los ojos.

—¡Ah! ¡Dios! También él me lo dice... Pero con solo pensarlo se me erizan los cabellos. ¡No sé... preferiría morir!

—Sí..., porque amas a otro —dijo Mahaut, apiadada.

—Ya no sé si lo amo. No sé nada. Esto es demasiado feo... ¡Mahaut! ¡Amiga mía! Mantén siempre tu virginidad: es lo mejor que puedes hacer.

A Mahaut le molestaba un poco el oír aquella lección de labios de una más joven que ella. Y dijo con aire de importancia:

—Te falta la costumbre: eso es todo.

Milessant callaba y dirigía los ojos al techo sombrío. Todo era negro: la noche, el día, los cielos, las paredes, el fuego de la vela.

—Mahaut, querida..., siento deseos de dejarle mi dote y entrar en un monasterio... ¿Crees que puedo hacerlo?

Mahaut la abrazó e intentó consolarla.

—¡Vaya! ¡No vas a estropear tu juventud por un hombre! No vale la pena, aunque se trate de mi padre. No

hay un solo hombre que valga la pena.

—No sé —dijo Milessant—. ¿Crees que se lo dirá a la dama? Si la dama llega a saberlo, me mataré.

Al día siguiente, el barón se instaló, como de costumbre, en la sala del piso superior, sobre un banco con almohadones, al lado de las mujeres que hilaban bajo las ventanas. Pero ese día Milessant no levantó los ojos de su labor.

—Vaya —dijo el barón en voz alta—, ¿ya no me quiere mi hermosa nuera? ¿No va a rascarme la cabeza como acostumbra hacer?

—Me encuentro mal, señor —dijo la joven—. Mahaut puede hacerlo muy

bien.

Ansiau se enfadó.

—¿Quién habla de Mahaut? Ven aquí, si no quieres que Thierry vaya a buscarte.

Milessant se puso en pie y se acercó al barón, que la hizo sentar en su rodilla derecha.

—Mala —le dijo en voz baja—: pronto me la pagarás..., ¿por qué me obligas a hacer esto?

—Dejadme —dijo ella—. La dama nos mira.

—Déjala que mire. Escúchame, tengo que decirte algo que no puedo decir en público. Ven pronto a las caballerizas; te espero.

La dama, con el ceño fruncido, se esforzaba por oír las palabras que decían; pero el barón y Milessant hablaban en voz muy baja.

Cuando la dama bajó a la sala para ordenar la comida, Milessant dejó su ruela y se escabulló al patio y a las caballerizas. No se atrevía a desobedecer. El reproche del barón la había herido en lo vivo: temía causarle cualquier tristeza. Pero la poseía una sensación como de ir al suplicio y se imaginaba que todos los criados la miraban y se reían sin disimulo. En el establo, donde la luz entraba por la puerta abierta de par en par, el barón estaba sentado en un escabel cubierto

por una vieja silla de montar, y se entretenía arreglando un freno estropeado. Al oír entrar a la joven volvió hacia ella, no el ojo, sino toda la cabeza, como acostumbraba a hacer desde que era tuerto. Sonrió abiertamente.

—Acércate, tengo que hablar contigo..., ¿estás muy enfadada? No, no es eso lo que quería decir. He estado pensando toda la noche. Bueno, es difícil de expresar. Estoy loco por ti... De lo contrario, no te hubiera tocado.

Los labios de Milessant mostraban dureza.

—No me amáis —dijo.

—¿Yo? ¡Loca! No comprendes nada.

Te adoro. Pierdo el sueño por ti. No sabes en qué consiste... Tú nunca podrás amar tanto.

—Pero queréis darme a otro — insistió ella con tozudez.

—No olvides que ese otro es Girard —replicó él con dulzura—. No lo hubiera hecho por ninguna otra mujer... Y puedes creerme que lo hago bien a mi pesar.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—¡Vaya! Tu padre te confió a mí. No quiero estropear tu vida.

—Ya está estropeada —murmuró Milessant; los sollozos de piedad hacia sí misma la ahogaban.

—¡No, no..., tienes unas ideas! Tú

tienes ahora quince años. Olvidarás. ¡Quince años! No sabes lo que es eso.

Y comenzó a soltar rápidamente el cuello de la tónica y de la camisa que cubría el pecho de la joven; ella echó una mirada asustada al escudero que limpiaba el caballo *Assolant*.

—Tranquilízate: no va a traicionarnos. ¡Qué hermosa eres! ¡La más hermosa que jamás haya visto! ¿Volverás al henar? No te obligo, te lo mego. Seré tu lacayo; haré lo que quieras..., ¿qué quieres que haga por ti?

Durante tres días, Ansiau de Linnières luchó contra la nueva locura que se había adueñado de él, pero no se decidió a llamar a Girard. Al cuarto día

ordenó que le ensillaran sus caballos; se iba a Troyes: tenía que saldar ciertas deudas antes de Pentecostés. Y aquel mismo día, Mahaut vio acercarse a su cama a Milessant, pálida y sombría, pero muy decidida, aunque jadeara aún por lo que había corrido.

—¿Qué te pasa, amiga? —preguntó Mahaut.

Pero su amiga nada respondió; abrió el cofre de sus vestidos y sacó un paño gris que extendió en tierra. Después comenzó a vaciar el cofre y a depositar sus cosas en el paño: camisas, cinturones, mangas, broches, frascos de perfume, guantes, galones: todo fue rabiosamente tirado, en extraña

mescolanza, desbordando el paño. Mahaut, sentada en la cama, miraba asustada a su amiga; nunca hasta entonces había visto esos ojos tan brillantes y esa expresión tan dura de la boca.

—¡Estás loca! —dijo, por fin—. ¿Qué haces ahora?

—Me voy a Troyes —cortó Milessant en un soplo—. El barón me lleva.

Mahaut se puso en pie de un salto.

—¿El barón? ¡Repítelo! ¿Te lleva? ¿Y lo has consentido? ¿Tú...?

Milessant no la miraba.

—Me lleva a ver a mi madre.

—¡Mientes! ¡Mientes! —gritó

Mahaut—. ¡Mientes! Te lleva para hacerte su..., ya lo sabes tú bien. ¡Y lo has consentido! ¡Como una mujerzuela! ¿Es que no ves que te conviertes en la vergüenza de todos nosotros?

Milessant bajó la cabeza y dijo entre dientes:

—No soy de vuestro linaje.

—¡Menos mal! —lanzó Mahaut—. ¿Y Ansiet? ¿Y Girard? ¿Y yo, acaso no soy tu hermana? ¿Es que no duermes en mi cama desde hace siete años? ¿No supone nada todo eso?

Milessant se irguió, terrible; sus ojos lanzaban llamas amarillas, como los de una gata furiosa. Rugió:

—¡Déjame!

Mahaut se mantenía delante de ella, derecha, menuda, con las mejillas enrojecidas, espléndida de cólera.

—¡Me das asco! ¡No mereces más que te escupa! ¡Putas! ¡Basura! ¡Jumenta rijosa!

Milessant se inclinó, cogió un cofre de hierro que había en el fondo del más grande, y lo blandió sobre su cabeza. Mahaut dio un grito y escapó.

Milessant dejó caer el pequeño cofre y miró sus manos con disgusto. De toda su cólera no le quedaba más que un vago espanto y la conciencia de ser definitivamente la última de las jóvenes, la más puta de las putas. No podría tocar a Hélie sin mancharlo, no podría

mostrar su cara a la dama. Y esta certeza era tan absoluta, tan desesperante, que Milessant decidió lo que iba a hacer, ató las cuatro puntas de su paño y ordenó a su criada Sebile que llevara el bulto al patio. Después, bajó a las caballerizas, donde el barón la aguardaba.

Mahaut corrió a la sala, para echarse llorando al cuello de su madre. Era muy culpable, decía, confesaba haber ocultado a la dama una gran traición; lo sabía y no hablaba por piedad para con su amiga. No bastaba al barón haber seducido a Milessant; ahora quería deshonorarla totalmente. La dama debía impedirlo, o ya no sería dama de Linnières.

Aalais no era ciega y había observado que algo ocurría entre su esposo y su nuera; pero siempre se había dicho que el barón no era de los que corren tras las mozas y que Milessant era una joven más bien fría. El modo en que recibió las revelaciones de Mahaut espantó a la joven más que la misma cólera de Milessant. La dama se arrojó al suelo y comenzó a golpear con la frente las losas alfombradas de paja, asegurando que no le quedaba más que morir con el hijo que llevaba en sus entrañas, puesto que su señor le hacía semejante afrenta. Richeut y las demás mujeres la rodearon e intentaron levantarla.

—Dama —decía Mahaut sollozando — no os lo he dicho para daros este disgusto..., pero si queréis impedir que se vayan, daos prisa; ahora están en el patio.

Y la dama se levantó y corrió a las caballerizas. Aún no había tenido tiempo de reflexionar. Pensaba sobre todo en la ofensa que se le hacía y en el modo en que debía comportarse en un caso así. Y la afrenta era terrible, puesto que ella tenía el rostro picado por la viruela y Milessant era una joven de quince años.

En la puerta del establo encontró al barón y a Milessant, que ataban un gran bulto a la silla de un mulo.

Siguió una penosa escena. La dama dijo que arrancaría los ojos a su rival y que le sacaría las entrañas para embadurnar con ellas el rostro del marido; Milessant, aterrorizada, tomaba en serio las amenazas, y, por supuesto, también la dama. Pero el barón, cansado, ordenó a su mujer que callara: no permitía que la hija de su padrino fuera tratada de aquel modo en su propia casa. Era su nuera y podía llevarla a Troyes cuando quisiera: la dama nada tenía que decir a esto. Milessant y él no habían hecho mal alguno y dicho esto, hizo montar a la joven; cabalgó él mismo y ambos atravesaron el patio y se detuvieron ante la puerta cochera,

mientras el portero levantaba los pesados travesaños de madera.

Milessant deseaba estar bajo tierra, pero se mantenía erguida y rígida sobre la silla de montar y mostraba un aire altanero. La dama le gritó:

—¡Adiós, querida nuera! ¡Y dad mis saludos a vuestra madre, pues no habéis aprendido de mí ir a hacer el amor a la luz del día con hombres casados!

La puerta se abrió lentamente; echaron las planchas sobre el foso, el barón pasó, seguido de Milessant y de los dos escuderos de Ansiau y de Sebile, que cabalgaba un mulo.

El camino por el bosque era fangoso y las cabalgaduras avanzaban

lentamente. El barón no hablaba: estaba de mal humor. La dama había sido descortés para con él; Ansiau no había deseado injuriarla, bien lo sabía Dios; ni siquiera le había dirigido una palabra hiriente. Ya era bastante molesto para él no saber qué hacer con Milessant. Y Milessant veía una ancha espalda cubierta con capa oscura que se balanceaba ante ella; las palabras de la dama y de Mahaut sonaban aún en sus oídos. Así pues, ella era eso, una puta. ¡Y pensar que sólo cuatro días antes era una joven como las demás!

Ante la torre Rainard, el barón se detuvo y gritó: «¡Eh, Milon! ¡La puerta!», y descabalgó. Una plancha muy

oblicua y cortada con peldaños de madera fue echada desde la amplia puerta de la torre, para que los caballos pasaran. «Decid a Milon que prepare el lecho lo mejor que pueda —dijo el barón a Sebile— para que la damisela esté cómoda. Que ponga todas las pieles que haya en la torre y una cubierta encima. Y vos, ocupaos de limpiarlo todo de chinches». Después pidió a Milessant que lo acompañara hasta la tumba de Rainard. Milessant caminaba con la cabeza baja, preguntándose qué humillaciones la esperaban aún. Y Ansiau contemplaba sus cabellos claros y flojos y su nuca rubia; él mismo se extrañaba de ser tan rico. Comprendía la

pena de la joven y puso su mano en la cabeza de Milessant.

—Ya verás, hermosa mía, cómo sé guardar tu honor —le dijo—. Ni un solo hombre en todo el país se atreverá a decir una palabra menos respetuosa sobre ti.

Milessant murmuró:

—Eso ya no me importa.

—No, no... Eso no debes decirlo. Yo sabré sacarte de este apuro. Si me amas, lo tendrás todo: haré de ti la más bella dama de Troyes, haré prisioneros en las justas, pediré prestado, irás vestida como una condesa.

En la grande y única habitación de la torre de Seuroi ardía el fuego en el

hogar renegrido de humo; a la entrada, a la izquierda, estaban las caballerizas, donde los soldados se afanaban en tomar a los caballos y llenaban los abrevaderos. En medio, ante el hogar, estaban los bancos y las viejas pieles que servían a la vez de asiento, de lecho y de mesa a los escuderos. A la derecha, una amplia cama un tanto arrumbada, cubierta con pieles y mantas de lana. La única luz del exterior procedía de la puerta. Milon, hombre corpulento, fuerte y no muy alto, de rostro ancho y oscuro, avanzó para saludar a su señor. Era imposible ver lo que pensaba Milon, porque su expresión estaba siempre como petrificada. Pero era seguro que su

gesto no parecía de satisfacción. Cedió al barón y a Milessant su puesto ante el fuego y les trajo una escudilla de sopa de guisantes y ajo.

—¡Ea, vosotras, las mujeres! —dijo el barón tras haber comido, batiendo palmas—, id a instalaros y pronto, porque tengo sueño.

Sentada en la cama, en la oscuridad, Milessant iba soltando su cabello, que parecía rojo a la luz moribunda del hogar. Sus pies estaban helados; tenía miedo a quedar tanto tiempo a solas con él. Toda una noche; sus previsiones no iban más allá. Aún no se había acostumbrado al barón: sentíase torpe, débil. Nada podía ocultarle y estaba

casi como una mujer completamente desnuda expuesta a una luz cegadora; no había noche, ni rincones oscuros en los que una pudiera ocultarse y llorar. Y no estaba aún dispuesta a mostrarse a él: era tan joven, tan loca... Y el barón iba aún a sacudirla, a exigirle, a hacerle reproches: Miessant le hacía languidecer a propósito y él no quería esperar más. La joven no resistió más y se volvió a él: ¿cómo podía creer que lo hacía a propósito? ¡No debía decirlo siquiera! Ansiau la cogió con todas sus fuerzas y la derribó sobre el lecho. Ella tendría que callarse y obedecer. Con vosotras, nunca se acaba... El cuerpo ancho y negro del barón tapó los últimos

resplandores rojizos del hogar, las sombras en las paredes, toda la habitación.

A la mañana siguiente, cuando Milessant despertó casi había luz: la del día empezaba a entrar por la puerta; una marmita hervía, colgada en la chimenea. Milessant se sintió observada por un ojo abierto y curioso y echó la cubierta sobre sus hombros. Siempre había temido pensar que el barón tuviera un cuerpo: y lo tenía enorme y muy velludo, mucho más blanco que su rostro y sus manos; y ante el vello oscuro sobre el pecho sentía deseos de cerrar los ojos. El barón preguntaba:

—¿Cansada, verdad? Tienes todo el

tiempo que quieras para descansar aquí. No es como en el castillo... ¿Ya no tienes miedo? ¿Me amas?

—¡Oh, sí! —respondió ella; y escondió su cara por la vergüenza.

Un instante después había pasado la confusión y miraba gravemente la cadena de medallas colgada al cuello de su amante. Poco a poco se frunció sus cejas y su mirada se hizo inquieta.

—¿No habéis conservado mi medalla? —preguntó.

—¿Qué medalla, querida?

—La que os di, de cobre y azul.

—Nunca me diste una medalla — dijo Ansiau, moviendo la cabeza.

—Sí, sí: la víspera de vuestra

marcha. Os la di y me besasteis, aquí y aquí, muchas veces.

—¿Yo? Imposible —dijo Ansiau—, nunca lo hubiera hecho. Lo habrás soñado.

—Sé perfectamente que no.

Milessant estaba a punto de llorar.

—Era una medalla de mi padre. Con una cruz en esmalte azul, de Siria. Veamos: fue en el patio, yo me había subido a un montón de leña, junto a la cuadra; entonces os di la medalla y la metisteis en vuestra cadena.

—No, querida: no recuerdo nada de eso.

—Y vos me cogisteis en brazos y me besasteis. Durante mucho tiempo.

—Vaya, eres tozuda... Bueno, sí, recuerdo la medalla: se la di a Ansiet.

—¿A Ansiet? ¿Por qué?

—Creí que era para él.

Milessant pensó que su corazón se rompía para siempre. Y Ansiau le reprochaba el llorar por una medalla, ante él, que había perdido algo bastante más importante. Pero, en fin de cuentas, no era más que una niña y él no debía enfadarse.

—Te daré otra medalla, tres si quieres. Ea, no llores más. Te amo. Bésame. No pongas esa cara...

El paso de un caballero resonó en el camino ante la torre. Una voz sonora y llena llamó: «¡Eh, Milon! ¿Está ahí el

barón?».

—Sí está —gritó Milon desde la
caballeriza.

—Barón, deseo entrar —gritaba la
VOZ.

Ansiau saltó en pie y se estiró.

—Es Herbert —dijo—. Debemos
vestimos.

Milessant ocultó la cabeza bajo las
sábanas.

—¡No quiero verlo! Tengo
vergüenza...

—No tengas miedo, paloma.
Quédate ahí. Le diré que no pase.

Se puso los calzones
apresuradamente y se acercó a la puerta,
descalzo y con la capa de cualquier

modo sobre los hombros. Herbert, que había dejado el caballo, se movía impaciente.

—Que bajen la plancha —decía—. Quiero entrar.

—La damisela aún no se ha vestido —dijo el padre— la molestaríais. Haré que lleven heno para vuestro caballo. Herbert parecía tranquilo, pero de mal humor; miraba a su padre con insistencia. Tras un corto silencio, farfulló:

—Me envía la dama.

—¿Para qué?-preguntó el barón.

—Precisamente por la damisela.

Ansiau cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bien, muchacho. También yo quiero decirles algo: a quien hable le cortaré las orejas, lo juro por la verdadera Cruz. Ya me conocéis. Decídselo a la dama y a todos los del castillo.

Herbert se rascó la barbilla.

—Por mi parte, nada digo. Pero está la dote de por medio.

—Id al diablo. Quiero que me dejéis tranquilo.

Ansiau volvió la espalda a su hijo y entró en la caballeriza.

Ansiau estaba más prendado de lo que creía estarlo. Durante ocho días pensó sinceramente que no había en el mundo gozo comparable al amor de una

bella joven. Verdad es que la joven en cuestión tenía aún modales un poco molestos. Pero era algo gentil y grato todo ese mundo de sorpresas, de pudores, de ignorancias. Casi estaba halagado. «Una damisela —pensaba— naturalmente no está hecha para este oficio. Pero se acostumbrará en seguida.» Pero lo que seguía siendo molesto es que se trataba de la hija de su padrino y que le era difícil asegurar su porvenir: una vez muerto Ansiau, ¿qué haría ella, sin parientes y sin amigos? Un hombre de buena raza no querría tomarla nunca por esposa...

Y sin embargo, Ansiau tenía la conciencia tranquila, porque estaba

convencido de que Dios no podía enfadarse con un viejo cruzado: después de todo lo que él había perdido, bien podía permitirse el pobre gozo que se recibe en compañía de una joven.

Milessant había creído morir de vergüenza y de tristeza cuando supo que era la única en conservar un recuerdo que la había hecho soñar y languidecer durante tres años. Un hombre que había podido olvidar semejante cosa no podía amarla; quería gozar de ella como de una muchacha loca a la que se coge y se deja en seguida; por lo demás, no estaba indignada con él. Pero como tal vez era aún más débil de lo que creía ser, se dejó consolar muy pronto. «¿De veras?

—preguntó—. ¿Aún os intereso?»
Ansiou tenía siempre una respuesta a punto: «¿Si me interesas? No puedo vivir sin ti». Para él era todo claro y simple, pero Miessant quería saber más. Nunca la hubiera creído tan charlatana. ¿Cuánto tiempo hacía que la amaba? ¿Y cómo? ¿Estaba seguro de no menospreciarla?

Y Ansiou probaba bien que la necesitaba, puesto que retrasaba un día tras otro su viaje a Troyes; en su propia tierra sentíase más tranquilo para amar a su amiga. En Troyes hubiera sido necesario ocultarse y mentir: y bien sabía Dios que al barón de Linnières no le gustaba sentirse incómodo. En la torre

todo era oscuro y el aire pesaba; los dos enamorados pasaban el día fuera, en el lindero del bosque de Hervi, al borde del riachuelo, en los claros de los árboles. Las jomadas eran soleadas; la hierba, alta, era aún verde; y por la mañana el rocío mojaba tanto los pies de Milessant, que debía quitarse sus zapatitos de color rojo y colgarlos de una rama para que se secaran. La joven corría a más y mejor, se balanceaba en las ramas, se cansaba fácilmente. Le gustaba hacerse llevar con los ojos cerrados, la cabeza acurrucada en el cuello del barón; cuando él se detenía y la echaba en tierra, ella abría los ojos y se sorprendía siempre de estar allí, de

ver el cielo, los árboles y el rostro de su amado. Siempre era como un despertar; sufría vértigo y movía la cabeza rápidamente para jugar a ese juego.

Apenas comprendía lo que él llamaba placer, gozo y otras cosas por el estilo. Pero le gustaba tanto verlo contento que de buena gana lo aceptaba todo. Sólo se pierde el honor una vez; ella ya lo había llorado y no iba a pasarse la vida en un lamento.

—Puesto que os intereso, poco me importa ya la dama, ni las demás: que digan lo que quieran.

Ahora se mostraba alegre, con una alegría un poco febril; reía sin cesar, cantaba, zahería a los caballos. Ansiou

ya no reconocía a su joven nuera: hasta tal punto era viva y versátil. Milessant lanzaba gritos a la vista de una mariposa o una libélula, palmoteaba para asustar a las liebres y descubría una verdadera pasión por las flores. Las cogía a brazadas, las llevaba al barón, cansada y pálida por haberse bajado tantas veces a cortarlas; se echaba sobre la hierba y se ponía a separar unas flores de otras y a reunirías en ramilletes. Conocía el sentido y el lenguaje de cada flor y los explicaba gravemente a Ansiau:

—Ésa cura la herida de ciervo, ésa otra da leche a las ovejas; y la clavelina da mala suerte porque tiene las terminaciones en forma de sierra; se la

conserva para meterla en la cama de un enemigo. La margarita da oro. Y esta gran flor roja, no sé su nombre, creo que es la que ayuda a encontrar los tesoros; Ansiau me lo ha dicho. Y la miosota azul hace que el amigo no olvide a su amiga, y aquí tienes la primavera joven: si os la da una muchacha, quiere decir que sois el primero a quien ama.

Y colocaba primaveras en el cabello, en el cuello, en la barba de su amado.

—Ya os amaba cuando estaba en casa de mi padre. ¿No lo sabíais? Creí que lo sabíais todo.

Cuando lo veía dormido, divertíase trenzando juntos sus cabellos y reía

como una loca cuando él se despertaba y no conseguía levantar la cabeza.

—Estamos pegados —decía—, atados; así no me abandonaréis nunca.

O bien le cogía la mano y la pellizcaba o le pinchaba con la punta de su cuchillo de caza, para ver si podía soportarlo sin moverse: él sonreía y se prestaba de buen humor a aquel juego que una vez le valió un corte bastante profundo en la palma de la mano. Decía:

—Qué niña, qué niña...

Y le parecía un poco caprichosa, porque la dama, aun en plena juventud, nunca había tenido tales ideas ridículas. Pero una amiga no es una esposa y el barón no la juzgaba.

Un buen día decidió marchar a Troyes: tenía asuntos que tratar, no podía demorarlo más tiempo. La partida se decidió en una hora, según la costumbre del barón. Milessant debía arreglar sus cosas y vestirse para el viaje: los caballos esperaban ya fuera. Milessant temía ese viaje; ¿cómo mirar a su madre a los ojos; cómo esconder su loco amor? Sebile la ayudaba a atar su estrecha túnica gris.

—Sebile, tengo miedo de ir a Troyes: habrá tantas cosas que hacer que me olvidará...

El barón acudió a decirle que se diera prisa.

—Ya veis que me doy prisa,

querido. ¡Señor! ¿Por qué hacéis ese gesto malévolo? ¡Sois duro...!

—¿Yo? ¡Oh, no...!

—Sí, estáis enfadado conmigo. Os avergonzáis de mí. Lo veo bien.

—Querida, estás soñando. No sé qué te pasa.

—No sueño. Estáis enfadado porque voy con vos. Pues no iré.

Se echó en la cama y metió la cabeza bajo la manta. Ansiau, sorprendido y apiadado, se sentó a su lado y la consoló lo mejor que pudo. Milessant debía hacer el viaje, porque él no podía estar sin ella. No permitiría que nadie la despreciara. Sería feliz en Troyes en casa de su madre; y él iría a verla todos

los días, le haría hermosos regalos, asistiría a buenos torneos, a representaciones de juglares. Poco a poco, la joven fue secándose las lágrimas.

—¿Cómo haremos? —preguntaba, vacilante—. Las gentes nos abominarán.

—Mientras yo viva, nadie te hará daño, querida mía. Escúchame bien: te he escogido y eres la hija de mi padrino. He cometido errores contigo. Pues bien, te juro que nunca te abandonaré y que velaré por ti mientras viva. Haré cuanto pueda hacer por ti, no te faltaré nunca. Ya lo sabes.

El barón no regresó al castillo hasta San Andrés, a finales de noviembre, en una tarde fría y húmeda. En el patio, los charcos de agua gris y pardusca estaban cubiertos de pequeñas gotas danzarinas del agua de la lluvia. El agua fluía a lo largo de la fortaleza, en la esquina, y la artesilla desbordaba hacía tiempo; el agua abría arroyuelos en el fango oscuro y viscoso; las patas de los caballos se hundían hasta las articulaciones. En la sala ardía el fuego de la chimenea, iluminando las paredes y bóvedas. Herbert, que había vuelto de la caza, se calentaba las manos y dos criados le quitaban las botas y polainas cubiertas

de barro. La dama, en pie ante el fuego, daba órdenes al despensero. Estaba pálida y delgada. Había dado a luz dos meses antes un niño al que hizo dar el nombre de Joceran en honor de su padre y para contrariar al barón. Dios sabía que ese niño no le daba alegría: no tenía más que mirarlo para recordar un embarazo penoso, noches pasadas mordiéndose los puños por la rabia y la vergüenza. No valía la pena tener un hijo caballero si no podía vengaros de una víbora que os quita el marido. Herbert había dicho:

—Conozco bien al barón: si no se le contraría, es suave como un cordero. Si os mostráis agradable con él, hará

cuanto queráis.

—¿Y cómo ser agradable con él si apenas lo veo? ¿Cómo serlo cuando está en Troyes gastando con esa joven el dinero de sus rentas?

No había vuelto en septiembre para saber si el niño había nacido vivo y Aalais lamentaba amargamente no haber muerto. No era mujer que se callara o resignara. Quejábase en voz alta de la traición de su marido y se lamentaba cada vez que daba el pecho al pequeño Joceran:

—¡Pobre huérfano! ¡Pobre niño sin padre! ¡Pobre inocente, mejor hubieras hecho en morir y matarme contigo!

Cuando oyó la voz del barón en el

patio, la dama, mal que le pesara, hizo abrir la puerta. De buena gana hubiera dejado que su marido se calara hasta los huesos en el fango y la lluvia; pero Herbert no se lo permitió.

—No nos lo perdonaría nunca — dijo—, esperad a que yo sea señor de Hervi y entonces hablaré con él a mi manera.

El barón entró, inmenso en su amplia capa que chorreaba agua; tras él venía una frágil jovencita que avanzaba con la cabeza baja y los dos brazos reteniendo sobre el pecho su abrigo de conejo gris. Tras ella, Sebile y Thierry llevaban un gran cofre de madera. El barón no parecía a sus anchas. Se quitó la capa,

pasó sus manos por la barba mojada. Su ojo buscaba, a su pesar, el amplio abrigo y las manos temblorosas de Milessant.

La dama permanecía inmóvil, con los ojos entreabiertos y los labios muy apretados. Decíase que aquella ramera no venía con aire muy orgulloso y que sus libertinajes no le habían aprovechado mucho. Por su parte, el barón parecía muy inquieto y ni siquiera se daba cuenta de la mirada que pesaba sobre él.

—Bien, dama-dijo por fin—, ¿no podéis llevar a vuestra nuera arriba y ayudarla a acostarse? Ya veis que la pobre no está bien...

Entonces contestó la dama que deseaba verla peor y muerta por sus pecados.

—Y aun cuando la viera caer en el fuego, no movería un dedo por sacarla de él.

Ansiau sólo respondió con un juramento desdeñoso; levantó a Milessant en sus brazos y comenzó a subir. La dama escupió en el suelo y gritó:

—¡Ojalá se rompiese la escalera bajo vuestros pies! ¿Acaso creéis que no veo que se halla encinta?

Milessant luchaba contra la náusea y el vértigo y creía morir a cada paso que daba el barón. Por fin se sintió liberada

de su abrigo y echada en una cama. Ansiáu estaba molesto y sólo la cólera que sentía contra la dama lo había impulsado a acción tan inconveniente: no le tocaba a él entrar más allá de la cortina de las jóvenes y acercarse al lecho de Mahaut. La misma Mahaut, sentada en el arquibanco junto al lecho, rígida y dura como la dama, fijaba en su padre unos ojos muy abiertos y llenos de reproches; y como siempre, el ojo izquierdo soñaba.

La pequeña Alette estaba ya en cama y se escondía bajo su cubierta de piel de lobo.

El barón deseaba —y no se atrevía— devolver el ánimo a su amiga con

buenas palabras y caricias. Sólo le pasó la mano por el cabello y Milessant volvió la cabeza sobre la almohada a fin de apretar esa mano con sus labios cálidos y blandos. Ansiau retiró suavemente la mano.

—Tengo que irme —dijo con una voz lo menos tierna posible, a causa de sus hijas.

Milessant abrió los ojos, suplicantes.

—Ansiau.

—Sí.

—¿No olvidaréis...?

—Tranquila... Descansa. Volveré mañana.

Una vez fuera el barón, Milessant se

dejó desnudar por Sebile; pero como estaba pesada y se sentía mal, la criada no conseguía quitarle la túnica de lana, que resultaba demasiado estrecha. Mahaut, sin decir una palabra, se levantó para ayudar a Sebile. Milessant vio que estaba roja y tenía lágrimas en los ojos. Y la joven Alette, desde el escondrijo de su cama, miraba con desconfianza a la compañera que había vuelto a la casa tras una vergonzosa aventura: temblaba disgustada a la vista de aquel vientre hinchado como un balón de tripa de buey.

—Meteos pronto en cama —dijo Mahaut con una voz que quería ser seca—. Entre las tres nos calentaremos, ya

lo veréis. ¡Pobrecita! Venís en buen estado.

Milessant no la escuchaba y se mordía los labios a fin de parecer tranquila; después, inesperadamente, se echó de bruces sobre la almohada y comenzó a morderla sollozando como una loca.

—¡No! ¡No puedo! ¡No puedo más...! ¡No, no, no!

—¿Qué tenéis?

—¡No puedo! Es demasiado duro. Moriré. Él estará a estas horas en la cama de la dama. No puedo. No debe hacerlo. Me había prometido...

—¡Loca! La dama es su esposa y nada puedes oponer.

—Prefiero morir antes que saber que está con ella.

—Eres peor de lo que yo pensaba — dijo gravemente Mahaut—. No debías tener lágrimas suficientes para llorar el daño que has hecho a mi madre.

—¡Es ella quien me hace daño a mí!-gritó Milessant, con los ojos duros.

—Es un pecado oírte —Mahaut sopló en la vela y se deslizó al lado de su amiga. Milessant, más tranquila, sollozaba dulcemente; después, de pronto, cogió la mano de Mahaut y la puso sobre su vientre—. Mirad —dijo en voz muy baja—. Se mueve. Ahí, eso es. Curioso..., es tan curioso...

—¿Cuándo piensas dar a luz? —

suspiró Mahaut.

—En la primera semana de cuaresma, creo. ¡Si supieras! ¡Tengo tanto miedo!

—¿Y qué vas a hacer con el niño?

—No lo sé. El barón lo espera; quiere conservarlo.

Mahaut se estiró y movió lentamente la cabeza.

—¿Y lo amas aún, después de lo que ha hecho...?

—¡Pobrecilla mía! No sabes aún lo que es esto. Cada vez peor. Me siento morir cuando no lo tengo a mi lado. Sabes..., antes, cuando estaba contigo, creía amarlo. Y no era nada. Ahora, es peor que el hambre.

—Pero, él... ¿te ama, al menos?—
preguntó Mahaut.

—¿Él? —Milessant rió dulcemente
—. ¡Y cómo! Está loco por mí. Creo que
se quedaría día y noche acariciándome,
si pudiera.

—¡Oh! No debes dejarle —dijo
Mahaut—. Se cansará pronto de ti.

—Hablas sin ton ni son. Lo he
intentado... No lo entiendes: yo quiero lo
que él quiere. Toda. —Y añadió sombría
—: Si alguna vez se cansa de mí me
mataré: él lo sabe.

Aquella noche la dama se sentía
mortalmente triste, desanimada, más
dispuesta a llorar que a indignarse.
Después de seis meses de ausencia, el

barón ni siquiera se dignaba informarse acerca de su salud y de su nuevo hijo. Había sido una estúpida al creer que Ansiau regresaba de Tierra Santa para reemplazarla en la tarea; nunca había hecho otra cosa que correr en los torneos. Ya se sabe: los hombres que vuelven de Palestina. Unos libertinos sin pudor, eso eran. Pierden el amor a sus mujeres, necesitan jóvenes bonitas. Enguerrand de Coagnecort, a su regreso, había encerrado a su esposa en un monasterio, por adulterio, según decía él, para casarse en seguida con otra, y Jacques d'Ermele vivía ya seis meses con una criada, ante los ojos de su misma esposa y tantos otros... ¿cómo

contarlos? Una mujer de treinta y seis años, con la cara picada de viruelas, que ha parido quince veces, no puede luchar para retener a su lado a un hombre de su edad.

El barón se acostó sin decir una palabra, porque se sentía culpable; pero Aalais, en vena de humildad, veía en ello un menosprecio. Dio de mamar al pequeño Joceran, lo acostó en su propia almohada y se puso a arreglarle el cabello. Preguntábase si el barón llegaría a hablarle; pero Ansiau seguía en silencio. Entonces, la dama fue presa de tal piedad por sí misma que gruesas lágrimas cayeron sobre su pecho y sus brazos.

—Escuchad, barón —dijo por fin—, nosotros no estamos atados ni pegados el uno al otro. Tal vez sea mejor que os deje y entre en un monasterio. Si amáis a esa joven, os casaréis con ella. Eso os evitará vivir en pecado y os asegurará su dote.

El barón se había apoyado en un codo y escuchaba atentamente. El ojo le parpadeaba. «Dama...», dijo. La dama tuvo un sobresalto al oír su voz y su piedad por sí misma aumentó tanto más cuanto que estaba segura de enternecer a su marido. Era una mujer noble y no podía soportar afrentas; lo había amado demasiado y no podía verlo con otra; prefería hacerse monja, se llevaría

consigo a Hélie y al pequeño Joceran, rogaría a Dios por sus pecados y por los del barón, ¡que no era poco! Y acabó imaginando tan detalladamente cómo viviría en el monasterio, que dejó caer la cabeza sobre sus rodillas y sollozó ruidosamente. Después sopló la llama de la vela y se echó bajo las cubiertas. Ansiau callaba, pero la dama notó por su respiración que estaba conmovido.

Por fin habló el barón:

—Dama, no voy a echaros de casa porque otra sea joven y bonita. Quien hiciera tal cosa, sería un cobarde y yo no lo haré.

—¡Pobre de mí! Prefiero ir al monasterio, mendigar por los caminos,

antes de ver cómo traéis al castillo a unas locas mujercitas para acariciarlas ante mis propios ojos.

—Habéis visto —dijo Anseau— que en cuanto me fue posible lo evité. Estuvimos en Troyes, en Provins y hasta en Meaux. Pero tuve que traerla aquí, porque su embarazo empieza a notarse.

—Una joven como ella debiera ser azotada y encerrada en un monasterio —dijo la dama—. Y razones no faltan, aunque ya tiene a quien parecerse... No he oído pocas cosas acerca de su madre; pero no os las contaré. Hasta puede creerse que vuestra joven no es hija del viejo Guillaume, vuestro padrino, aparte de que el pobre ya era viejo cuando

nació su hija.

—Eso no está probado-dijo el barón —. Prometí al padre velar por ella y lo haré. Y no se dirá que he dejado deshonorar a una joven noble.

La dama empezó a cobrar esperanza.

—¿Y qué pensáis hacer con ella?

—Aún no lo sé, dama.

De pronto, la dama olvidó toda prudencia y dio salida a su rencor y a sus celos. Sabía perfectamente que el barón no podía amar a aquella joven — era fea— «no vale para nada; yo era bien distinta a mis quince años, lo sabéis bien». En fin, es una viciosa... y pensar que la he educado como si fuera mi propia hija. Evidentemente, no la

emprendía con el barón; cualquier otro hubiera hecho lo mismo; y si pensaba sobre todo en no deshonrar a la muchacha, ya se encontraría algún medio. Un marido: con su dote, no sería difícil...

Ansiau estaba cansado de tantas palabras.

—¿De qué estáis hablando? No se trata de casarla...

—¿Por qué?

—Dejadlo. Ya veremos.

Aalais no se atrevió a seguir, porque notaba que el marido estaba de mal humor. Pero se prometió dejar las cosas en claro al día siguiente. Nada supo por el barón, que hallaba indecente hablar

de sus amores con una mujer; mas por Herbert supo que su marido quería conservar a Milessant y que la dejaría en el castillo hasta el parto, tras lo cual la llevaría a vivir a Seuroi. La pobre Aalais debió morderse los puños en silencio, porque el barón era irritable e impaciente. No quería confesarlo, sufría por tener que vivir separado de su amiga y no se atrevía a ir a verla, porque estaba muy vigilada por Richeut y Mahaut.

Para toda la casa, Milessant tenía simplemente una enfermedad intestinal; todo el mundo sabía que no había nada de eso, pero Milessant era una joven noble y no debía mostrarse a nadie en el

estado en que se hallaba. Apenas se levantaba del lecho y nunca salía de su rincón. De día, era todo tan oscuro que se acostumbró a ver en la oscuridad, como los gatos. Por la tarde, Mahaut traía su vela y una piedra caliente que ponía a los pies del lecho. Richeut decía que había que comer, comer mucho, puesto que era para dos, pero Milessant no tenía hambre y daba su leche y su carne a Sebile. Era muy duro el pasar largos días en el lecho, las pulgas, olor a humedad y a sudor, el aire helado que os muerde en cuanto sacáis la nariz fuera de las cubiertas. Cerca del fuego debía hacer calor; pero id a presentaos ante el fuego, con la dama y las criadas que

están allí hilando y cantando.

Con el rostro cubierto de manchas parduscas, el cabello lacio y grasiento cayéndole en mechones grises sobre las mejillas, Milessant tenía un aspecto bastante mísero; no le importaba mucho, el barón no la veía nunca. Mediante Richeut le encargaba decir que se cuidara y cuidara al niño; mas para ella ese niño no era más que un tumor que le impedía vivir y amar. Seguía imaginando a su amante en brazos de la dama; la dama lo sabía y podía todo: y al fin y al cabo sería la más fuerte.

A veces Milessant reunía fuerzas para llegar hasta la cortina; allí, por un agujero que había en la tela podía ver, a

la otra parte de los montones de paja y los cofres y bancos, el grupo de mujeres sentadas y la luz rojiza del fuego. El barón no iba a menudo durante la jomada; al anochecer pasaba, inmenso y oscuro, con una candela en la mano y a Milessant se le cortaba la respiración al ver el balanceo de aquellos anchos y rígidos hombros; sentía deseos de tocar con los labios esa nariz mutilada y esas carnes mal cosidas en el lugar del ojo y los callos de las grandes manos, renegridas por el tiempo, pero él ni siquiera sabía que lo estaba mirando.

Mahaut casi había reñido con la dama a causa de Milessant: sabía que todos menospreciaban a su amiga; era lo

que faltaba. Mahaut decía que el único digno de menosprecio era el barón y que el niño no había hecho daño a nadie: hasta que hubiera nacido, la madre debía ser bien tratada. Sentía curiosidad por oír a aquel diminuto ser crecer tan cerca de ella y preguntaba a menudo a Richeut:

—¿Será niña o niño?

—Un niño—decía la anciana—, porque se inclina adelante. Fijaos: tiene el vientre casi en punta... Cuando yo tenía hijos...

Milessant se santiguaba.

—¡Dios quiera que sea un niño! El barón se enfadará si le doy una niña. ¡Ah! —añadía—. ¡Qué tributo, Virgen

Santa! ¿Creéis que quiero a este hijo, Mahaut, querida? No sabría qué hacer con él...

—Y sin embargo, es tan gracioso un niño, tan dulce..., ya lo veréis —decía Mahaut. Y Milessant le dirigía una mirada de soslayo, sorprendida y pensativa.

—Fijaos: acabáis de hablar como él. Vuestra voz se parece a la suya, cuando dice «ya lo veréis». Desea este hijo, lo sabéis: quiere hacer de él un caballero. ¡Oh, Dios!, todo lo que me dijo el día en que supe...; bien: yo quería morir, matarme por la vergüenza, el día en que conocí mi estado..., casi me estrangulo con un cinturón...

—¡Dios! ¡Qué pecado! —Mahaut se santiguó—. Y sin embargo, debe de ser muy dulce llevar un niño dentro...

Milessant alzó los hombros:

—Eso se dice cuando una no sabe lo que es. No hay nada peor.

Mahaut suspiró, porque su pensamiento iba incesantemente al pequeño Garnier, al que ella veía como una bola cálida y rosada alojada en el hueco de su vientre; se estiró y sacudió la cabeza para arrojar de sí los pensamientos tristes. Cada vez con más frecuencia pensaba en su edad. Decía a Milessant:

—Ya tengo dieciocho años; a mi edad, mi madre tenía ya tres hijos. ¡Ah!

Ya no soy la que era (y pasaba sus manos por las caderas, que se habían redondeado). Y mirad mis puños, qué pesados son; y mis cejas, que son cada vez más espesas. Si no me caso este año, ya no habrá quien me quiera. Era triste ser una muchacha sin dote ni herencia; desde la cruzada, los hombres escaseaban y tantas jóvenes se habían convertido en herederas por la muerte de sus hermanos. Pero Mahaut, la belleza del país, no atraía más que a hombres casados y a lacayos.

—Si mi padre me diera a un escudero, no diría que no —proseguía, soñadora.

—Yo preferiría morir —indignábase

Milessant.

—Sí, ahora te las das de orgullosa. Pero ¿crees que no te dará a un vasallo cuando se canse de ti?

—Jamás —decía Milessant—, jamás.

—No conoces a los hombres.

Durante todo el invierno, el señor de Buchie, Garnier, había ido a Hervi a oír misa y dos o tres veces descendió hasta Linnières para comprar heno. Era mayor, tenía una gran nariz roja que le caía sobre la barba gris, pero todavía se mantenía sólido y gallardo; con sus duros ojos pardos os desnudaba y os calentaba las mejillas y las orejas. Mahaut sabía que venía por ella y lo

detestaba.

—Menos mal que está casado — decía a quien quisiera oírlo—. Y espero que su mujer viva mucho tiempo.

Pero al decirlo sentíase un poco embarazada y reía con fuerza.

El invierno era muy duro. Después de los tres años de cruzada, los lobos se habían multiplicado tanto que se enardecían hasta el punto de merodear por la aldea, en pleno día, en grupos; daban vueltas en torno a las chozas, espiaban a los habitantes, saltaban en los fosos del castillo, danzaban en torno a la empalizada, aullaban al oler las cuadras. El barón, con Herbert, acabó por reunir a todos los hombres de la

aldea y del castillo para la gran batida. Los campesinos se armaron de horcas y hoces y los hombres de los señores con sus lanzas y cuchillos de caza. Sobre una nieve que ya tenía cinco días, se entrecruzaban cientos de huellas, que corrían junto al riachuelo y por los senderos; hacía tiempo que las bestias no temían nada y habían abandonado todas sus astucias. Se dispusieron cepos y trampas en los cruces de caminos y en el lindero del bosque, desde el castillo hasta el sepulcro de Rainard. Los perros aguzaban el oído y olfateaban el aire, temblando, con las colas bajas; sentíanse los más débiles.

La cacería duró ocho días. Los

hombres de Linnières regresaron al castillo jadeantes y alegres, trayendo consigo pieles como para hacer cubiertas y alfombras para toda la casa, y cabezas cortadas de lobos, que los criados plantaron entre grandes gritos de júbilo en los picos de la empalizada. Herbert estaba ya tan ejercitado en cortar cabezas de lobos, que lo hacía limpiamente de dos tajos; a falta de guerra, ese juego lo excitaba. Y en el modo en que el joven daba órdenes a su tropa de campesinos, el padre reconocía acentos y gestos hacía tiempo olvidados: la voz agria de Herbert el Rojo, las cejas pesadas del viejo Ansiau, su abuelo. Y Ansiau pensaba: «Debo

tenerlo bien vigilado; no puede haber dos gallos en un mismo corral». Herbert era tranquilo. Hasta parecía indolente: la grasa invadía ya su cuello, su mentón rasurado y los pesados párpados que rodeaban sus grandes ojos azules. Cuando daba una orden, lo hacía sin volver la cabeza, sin bajar los ojos hacia aquel con quien hablaba; cuando se encolerizaba, su rostro se hacía enjuto y sus redondos ojos se encendían con llamas verdes. «Hay que sujetarle las riendas —pensaba el barón—. Los hombres tienen mucho miedo de él.» Al regreso de aquella cacería en la que creía haberse portado tan bien, Herbert fue maltratado y llamado disoluto y

rústico. «El muchacho se cree dueño de la sala —dijo el barón a la dama—, dejadle hacer y dentro de poco en toda la casa no habrá sitio más que para él.»

—No es culpa suya, barón, el que le hayáis dejado morderse los puños en el castillo, sin armas y sin dinero, durante seis meses.

—Después de mi muerte —dijo Ansiou—, tendrá bastantes armas y dinero.

«Ese gran cerdo —pensaba— tendrá todo Hervi y todo Linnières a buen precio, y Bernon y sabe Dios cuántas otras cosas, pues no va a conformarse con tan poco. Mandará a sus hermanos a hacer el servicio en Troyes o en

Tonnerre y casará a sus hermanas con criados; bien tonto sería yo si me privara de algo por él.» La dama hablaba cada noche de Mahaut y de Alette; Mahaut estaba madura y en cuanto a Alette, convenía adelantarse porque la niña tenía ya doce años y con su rostro estropeado por la viruela necesitaba al menos una buena dote.

—Bueno —decía el barón—, dentro de seis meses habrán expirado los cinco años y podré recuperar el bosque y las viñas. Las viñas serán para la dote de Mahaut.

¿Dónde hallaréis el dinero necesario para recuperarlas?

Ansiau suspiraba y decía sin

convicción:

—Abner me lo prestará.

Sabía bien que Abner no le prestaría nada, a menos que ofreciera una prenda o garantía suficiente. Aquel año, los torneos habían sido menos ricos que antes de la cruzada; y él mismo, tuerto y más grueso por la edad, no era tan buen luchador como antes. Había tenido que seguir pidiendo prestado, humillándose ante Abner; y como le había sido imposible devolver en seguida lo pedido, sería necesario contar con triple cantidad en Pentecostés, y todo eso, por Milessant, porque había querido verla vestida con camisas de seda y adornada con pendientes de turquesas. Es un

servicio pesado tener hijas casaderas cuando uno está enamorado. «Mahaut es bella; si Garnier de Buchie fuera viudo, la tomaría sin más dote que su camisa; en cuanto a Alette, corría el riesgo de casarse con un criado... ¡y aun así!, ¿quién iba a quererla con aquella cara?» Pero a Miessant le gustaban las bellas telas, los pequeños espejos, las sortijas cinceladas, sobre todo desde que se hallaba encinta y se creía fea; nunca pedía nada, pero a cada regalo reía como una niña.

Dios sabía que la amaba tanto y más que a sus hijas y desde luego de otro modo. Estaba indefensa, en realidad no tenía a nadie en el mundo, si no era él.

Confiaba. Por supuesto, no tenía las cualidades de la dama; era frívola — pensaba Ansiau—, desordenada, sin seso, un poco inclinada de más al placer, lo que no parece ir bien a una noble dama; y también celosa. No le halagaba inspirar tan loca pasión, pero la excusaba de buen grado: «Es propio de su edad; hay que esperar a que pase la juventud. Necesita un hijo; antes del primer hijo, todas son un poco locas».

La dama decía:

—Tenemos ya muchos hijos propios para llenamos ahora de bastardos.

Pero no tenía ni voz ni voto. El barón la conocía tan bien que la había prohibido acercarse a Milessant; era

Richeut quien se ocupaba de la joven. Y más de una vez la dama había preguntado a Richeut:

—Comadre, ¿podríais echarle en la leche una droga que yo os daré? Nadie se extrañará que aborte a su edad. Y el barón no podría acusaros.

—Pero ella puede morir —decía Richeut.

—Sería lo mejor para ella. No se roba impunemente los maridos a las demás.

Richeut sacudía la cabeza.

—No, no puedo hacerlo. Es una criatura de Dios y no cargaré mi conciencia con eso.

Milessant sabía que la dama la

odiaba y por ello tenía miedo. Ni sentía deseos de salir del embarazo, pues temía el día terrible que se acercaba irremediablemente y cada vez con más rapidez: parecía llevar una montaña y pensaba que nunca podría dar a luz. Había oído hablar de niños sacados con vida de vientres abiertos y veíase ya muerta, con el vientre en canal, como el de un puerco al que se despelleja. Una noche, quince días antes de la Cuaresma, se despertó y lanzó un grito: un cuchillo se hundía en su costado y se revolvía lentamente dentro de su carne. Sacudió a Mahaut:

—Tengo un gran dolor —dijo—. No sé qué puede ser. Por Dios, llama a

Richeut.

Temblando por el frío y la emoción, Mahaut corrió a Richeut. Todo estaba oscuro; tropezaba con los bancos; en la chimenea, unas brasas rojizas iluminaban aún las losas y los morillos del hogar.

Al amanecer, Ansiau iba de un lado a otro, a grandes zancadas en la sala de baños, donde las mujeres entraban y salían con jofainas, jarras, lienzos. El cielo era aún gris encima del bosque. La puerta chirriaba y golpeaba a cada instante. Ansiau creía que eran docenas de mujeres las que iban y venían apresuradamente —en realidad eran siempre las mismas: Sebile, Berta,

Claude— y no se atrevía a preguntar qué pasaba. Hacia la hora de tercia, cuando el sol ya se había levantado, Richeut salió muy pálida y corrió a la sala superior; la dama hilaba con sus criadas.

—Dama, comadre —dijo—, la damisela vuestra nuera está muy mal. Ya la oís gritar. Tenéis en vuestra arca hierbas que mitigan el dolor, dadme algunas para ella, por piedad.

La dama, que precisamente estaba sentada sobre el cofre, se puso rígida y se cogió con las dos manos a la cubierta de madera.

—No daré nada. Que reviente con su pecado. No haré nada por ayudarla.

—Dama —insistió Richeut—, da

verdadera compasión el verla.

—Ella lo ha querido —dijo la dama—. Antes daría mis hierbas a una marrana. No habléis más de eso.

Poco antes de mediodía había nacido el hijo de Milessant Y era una niña. Al saber que la joven había dado a luz, el barón subió a la capilla para ordenar el bautismo. Estaba muy decepcionado. Naturalmente, aquella chiquilla no podía hacer las cosas como se debe: ¿qué necesidad tenía él de una niña? Claude de Linnières sería la madrina y Thierrri-Guiot el padrino. Cuando el padre Aimeri preguntó qué nombre quería dar a la recién nacida, Ansiau escogió el nombre de Aalais, no

para honrar a la dama, sino porque estaba convencido de que ése era el único nombre de mujer. Claude fue a buscar a la niña; pero Milessant, por muy sumisa que fuera a la voluntad del señor, declaró que una hija suya nunca llevaría el nombre de Aalais; y no dejaría a su hija hasta que el barón hubiera prometido ponerle otro nombre... El barón, conciliador, le hizo decir que se avenía a llamarla Milessant, pero la joven halló el nombre demasiado ordinario; deseaba algo más bello. Vaciló un buen rato entre Eglantine y Blancheflor y acabó por escoger Eglantine. Claude tomó a la recién nacida, envuelta en un lienzo de

lana, tal como estaba, y subió corriendo a la sala, porque el viento era glacial. Junto a la cortina de la capilla, el barón aguardaba y decía:

—Aprisa, las velas están casi acabadas.

Tras la ceremonia, Claude presentó a la pequeña Eglantine a su padre.

—Es una niña preciosa —dijo.

Ansiau tomó a la pequeña y la llevó ante la ventana cubierta con vejiga de puerco. A la luz amarilla y pálida distinguió una cabecita alargada y oscura. Los grandes ojos negros, muy alargados, parpadeaban y se volvían de derecha a izquierda. La niña se parecía a su padre, con ese cruel parecido de

todos los recién nacidos que aún no han tenido tiempo de adquirir un rostro propio. Oscura de cabello y de piel, la pequeña era como una copia en miniatura del barón, a excepción de la barba; y Ansiau hizo una mueca, diciendo:

—No será una belleza.

Pero estaba conmovido, pues nunca hubiera creído que fuera posible tanta semejanza. Permaneció un buen rato contemplando los ojos oscuros que se abrían y cerraban, como cargados de involuntarios pensamientos. El barón se rascó la nariz y devolvió la criatura a Claude casi de mala gana.

—Ea, llevádsela a la madre —dijo

—. Debe de estar loca de espanto al ver que no se la devolvemos. Y decidle que quiero verla, que se dé prisa en arreglarse.

Ansiau no pudo entrar en la estancia de los baños hasta muy avanzada la tarde; cada vez que se acercaba a la puerta, Milessant le hacía rogar y suplicar que no entrara y daba gritos diciendo que aún no estaba presentable. Hacía un puntillo de honra del mostrarse como una bella parturienta. Y eso suponía todo un trabajo. Se encontraba muy débil. Las criadas debían lavarla, cambiarla de camisa, poner las sábanas, tender una alfombra sobre el suelo. Milessant deseaba sobre todo que la

peinaran: había que lavarle el pelo, perfumárselo, enroscárselo en varitas para que se ondulara.

—Pero descansad un poco, hija mía —decía Richeut—. Procurad dormir.

Un poco febril, con los ojos brillantes, Milessant no parecía oírla.

—¡Oh, Dios! ¡Berta, me estáis estirando del cabello! ¡Ay! No, yo estoy bien. Oh, no..., decidle que espere; mi cabello aún no está seco. Bastante he esperado yo...

Sebile ordenaba sobre el pecho de la parturienta los pliegues de la camisa de muselina rosa y Berta le ponía los pendientes y arreglaba a los lados de la cara los mechones ondulados, claros

como si fueran de lino cardado. Milessant estaba tan cansada que apenas tenía voz.

—Sí, hacedle entrar. No, aún no. ¿Cómo poner mis manos? Subid más la cubierta.

La cubierta era de bella tela roja, lo que debía dar realce a la blancura de las manos; y la joven las posó prudentemente sobre su vientre, una junto a otra, y cerró los ojos.

No había calculado mal excitando la impaciencia del barón. Cuando por fin entró, estaba medio enfadado, medio enternecido; se enjugó la frente para darse un momento de reflexión y porque tenía calor: la estancia de los baños no

tenía ventanas en invierno, el aire era pesado, recargado de perfumes y unas velas crepitaban junto al lecho.

Se detuvo con la boca abierta, como pasmado, y permaneció largo rato sin poder moverse... No reconocía ese rostro transparente entre los mechones radiantes, mancha de luz sobre la almohada roja bordada en oro oscuro. Por primera vez en su vida, se daba cuenta de que la joven no tenía defecto alguno en el rostro; sus ojos, sombríos bajo unas pestañas casi cerradas, brillaban con una llama dulce como la de los cirios; los labios se distendían en una sonrisa fatigada y tranquila. Estaba tan limpia, olía tan bien, que Ansiau

apenas osaba respirar, como si temiera estropear aquella milagrosa belleza, y ante la mirada interrogadora y tímida de la joven se limpió ruidosamente la nariz y se sentó un poco aparte, en un banco, con la cabeza baja. Y como permaneciera algún tiempo sin levantar la mirada, Milessant dijo, en un suspiro.

—Venid, Ansiau. Venid aquí.

Él obedeció dócil, como un niño; sentóse en el borde del lecho, mirando sin pestañear la sábana roja y las pequeñas manos blancas, tan delgadas, lisas como flores. Los delicados dedos de yemas rosadas se cogieron a la mano izquierda del hombre y la atrajeron lentamente para ponerla entre los dos

senos, y él sentíase avergonzado por aquel cuerpo suyo demasiado grande que olía a cuero húmedo y a estiércol, y por su mano negra de uñas rotas que tan inoportuna parecía sobre esa camisa de muselina rosa.

Pronto perdonó a Eglantine el ser niña. Lo perdonó todo. Milessant era una santa. Ni siquiera le echó en cara el no querer criar a la pequeña: en una muchacha tan joven, todo eso era natural. Pasó la mitad de su tiempo sentado sobre el lecho de su amiga, o a sus pies, mirándola como se mira al Santísimo Sacramento. Apenas se atrevía a tocarla antes de las misas de parida; sólo sonreía con aire un poco

ingenuo y decía de vez en cuando: «Hace buen tiempo» o también: «Hoy llueve»; o bien: «¿Estás mejor hoy?». En pocas palabras, parecía un enamorado de veinte años. Caía en adoración ante Eglantine. «Vaya suerte que tengo — decía—, por una vez que un hijo mío se me parece, es niña, ¡y pensar que tiene una madre tan bonita!». Pero en el fondo, si admiraba tanto a su hijita era porque se le parecía. Milessant, nerviosa y versátil, se reponía con rapidez y volvía a gozar de la vida. Estaba contenta de no tener que criar; estaría más libre; y sentíase feliz a la idea de abandonar el castillo; tras las misas de parida, el barón la instalaría en

Seuroi, donde tendría dos criadas y dos lacayos, como correspondía a una dama. Y no salía de su asombro al ver al barón tan enamorado y llegaba a creerse de veras un personaje importante.

Las misas de parida se celebraron el martes de carnaval, en plena fiesta. Tras haber pasado por la capilla con su cirio y su ofrenda en monedas, Milessant fue instalada de nuevo en la gran mesa, en el puesto habitual que no ocupaba desde hacía nueve meses.

Más corpulenta, delgada, pero extrañamente bella, atraía las miradas de todos los huéspedes y ya no bajaba la cabeza. Mahaut le dijo:

—Eres una desvergonzada;

realmente no tienes de qué estar orgullosa.

—Mahaut, querida —replicó Milessant—. Cuando estuve tan mal que creí morir, Richeut pidió a la dama unas hierbas que me aliviaran, y la dama no quiso dárselas. No lo olvidaré nunca. Que Dios no os conceda nunca sufrir tanto. Estoy contenta de que mi amigo me ame y me siento orgullosa.

Mahaut se enfureció:

—Fui una loca al apiadarme de ti. No eres más que una chiquilla vulgar. ¿Estás contenta de sacar a mi padre el dinero de mi dote, eh?

Milessant, turbada, parpadeó.

—¿Tu dote? No la necesito: tengo la

mía.

—Mi dote, sí; y la de Alette. Lo sabes perfectamente. No creí que te gustara tanto revolearte en el cieno como una puerca. Quedaré bien contenta si no vuelvo a ver tu sucia cara.

Al día siguiente, todos los habitantes del castillo hacían penitencia en la iglesia de Hervi, vestidos con hábitos de cuaresma, los cabellos sueltos y la cabeza cubierta de ceniza. Hombres y mujeres, empezando por el viejo Haguénier, desfilaron ante el sacerdote y el diácono, que los golpeaban con varas en las nuca inclinadas, a modo de penitencia. También el barón y la dama se arrodillaron para recibir el castigo

impuesto. Pero él sabía que volvería a pecar aquella misma tarde y Aalais sabía que no perdonaría nunca.

Milessant seguía el oficio distraída. Estaba segura de que ella y su amigo eran los condenados y los réprobos de quienes hablaba el sacerdote aquel día y se acostumbraba tranquilamente a su condenación. Pero debía morderse los labios para no contestar «Amén».

Ansiou había caído en manos de la joven por su belleza femenina y por el aburrimiento que se adueñaba de él durante las largas semanas de cuaresma en las que se arrastra aún el invierno, cuando los vientos empiezan a oler a primavera, enervan y llaman de lejos.

Cuando se lleva encima el peso de tantos muertos, es hermoso tener contra la propia carne a esta joven que nada sabe y nada recuerda, ese bello cuerpo que hay que guardar y proteger. Milessant se había desarrollado en los últimos meses, había crecido: prometía incluso ser muy alta; seguiría siendo ridículamente delgada de cintura y de cuello, pero sus miembros eran largos, sus articulaciones fuertes y un poco pesadas; tal era la dulzura de ese cuerpo de adolescente, que hasta sus defectos eran otras tantas beldades; la torpeza de sus maneras recordaba la brusca elegancia de la potranca de raza, ese cuerpo era blanco, tibio y relleno a

pesar de su delgadez, como solo pueden serlo los cuerpos de niños; también eran infantiles los huecos que se formaban entre la espada y el cuello, bajo las clavículas, en las caderas: esos huecos eran lo que más sorprendía a Ansiau, de tal manera que sólo con recordarlos perdía la cabeza.

* * *

El más rico ornato del palacio de Auberi Charron era sin duda alguna dama Béatrix cuando aparecía en la sala, blanca, rubia y rosada, con su túnica estampada; una diadema de oro sobre el oro de sus cabellos, un collar

de oro al cuello; parecía toda ella una joya preciosamente trabajada; sus grandes ojos tenían una claridad de agua de hontanar; su boca, muy pequeña, llevaba siempre una sonrisa que abría unos hoyuelos en sus mejillas.

A Auberi Charron le gustaba deslumbrar y tenía medios para hacerlo; pero los apartamentos en que se alojaba con los suyos eran aún modestos, bajos y sombríos; él mismo se acostaba sobre edredones sucios y grasientos, mil veces remendados; y los suyos dormían sobre paja, en el suelo; toda la sala se alumbraba con un cabo de vela de sebo y bajo sus bellos vestidos rojos y sus pieles de cibelina, Auberi llevaba una

camisa agujereada y un cuerpo piojoso. No hacía aún diez años que era rico. Béatrix, con quien se había casado por vanidad, transformaba su fortuna — ganada con Dios sabía qué riesgos de condenación— en vestidos, joyas y regalos para sus amantes. Auberi la menospreciaba, pero era una mujer noble y no le decía nada, por vieja timidez de plebeyo y por cansancio. Se hubiera quedado bien sorprendido si se le dijera que aquella casa en la que tanto empeño había puesto iba a ser motivo de tantos alborotos y de pesado aburrimiento. Béatrix recibía continuamente un montón de amigos y parientes que vivían a expensas de

Charron y lo menospreciaban impunemente. Auberi los detestaba, mas por vanidad de advenedizo los toleraba y no podía menos de mostrarse humilde y obsequioso cuando les dirigía la palabra.

Precisamente uno de aquellos parásitos era Ansiau de Linnières, a quien las propias dificultades económicas no permitían hacer vivir por su cuenta a los cuatro criados, a Milessant y a las dos criadas. Ansiau no estimaba a dama Béatrix y le echaba en cara el haberse casado con un plebeyo; sabía que era liviana y dura. Pero le gustaba aprovechar la hospitalidad de Charron.

Dama Béatrix tenía alrededor de los treinta años y apenas representaba veinticinco. Milessant era su única hija, pero de su segundo marido Enguerrand de Bourgneuf había tenido dos hijos que vivían con la familia del padre. Enguerrand había muerto en Tierra Santa. Mujeriego, jugador, amante del vino, fue en vida el peor de los maridos y naturalmente Béatrix lo adoró. Una vez viuda, huérfana, acribillada de deudas, detestada por su familia política, pareció perder el juicio y dejó que sus hermanos la vendieran a Charron; pero cobró caro al pañero la humillación de haberse convertido en simple burguesa.

Nadie en Troyes encontraba extraña

la aparición de la joven Milessant al lado del barón de Linnières; el barón era de edad madura y conocido por sus buenas costumbres, y la joven era heredera de una hermosa tierra; si su suegro la llevaba consigo, sería para pedir prestado dinero con la garantía de esas tierras. Eso era lo que creía también dama Béatrix. Pero aquella primavera, cuando vio aparecer a su hija más corpulenta que ella, tan suelta de maneras y tan testaruda, no pudo menos de hacer un mohín; más de un joven se moriría de risa si llegara a saber que era madre de semejante puerca. «Esta perra ha cambiado de manera curiosa desde la última vez.» Milessant se instalaba

insolentemente a la mesa de su nuevo padrastro con los codos sobre el mantel, la mirada atrevida, el cabello en desorden como un montón de rayos en torno a su cara; muy a su pesar, Milessant había adoptado un aire altanero, con los labios apretados y el cuello muy rígido sin duda porque seguía sintiéndose culpable. Llevaba vestidos claros, collares brillantes y reía de manera muy provocativa; y dama Béatrix tenía precisamente por amante de turno a un joven de diecinueve años. El barón de Linnières seguía prometiendo que casaría a Milessant con su hijo Girard y a dama Béatrix le hubiera gustado tener dote e hija en su

poder.

Pero pronto tuvo ocasión de adivinar la verdad y por culpa de Milessant: la joven tenía unos modos de abrazarse al cuello de su suegro y de besarle las manos y de suspirar, que su madre acabó por considerar sospechoso todo aquello; llamó a su hija aparte y le pidió explicaciones. Milessant lo confesó todo: era la amante de su suegro, tenía una hija y no se avergonzaba, porque no había en toda la Champaña mejor caballero que Ansiau de Linnières. Dama Béatrix quedó consternada, como cabía esperar.

—Ya veis qué individuo más astuto —dijo a Charron—, ¡hacer semejante

cosa para obligar a la chiquilla a dejarle su dote! Así está bien seguro de retenerla. Pero si se empeña aún en casarla con su hijo, ya me encargaré yo de demostrarle que no se corre a la vez detrás de dos liebres: o la hija, o la dote.

Charron aconsejó a la dama que fuera a los tribunales. Pero los hermanos de Béatrix, los caballeros de Chesley, se pusieron de parte de la sobrina: había que obligar al señor de Linnières —decían— a dejar a su esposa y casarse con Milessant.

—¡Gracias por el consejo! —replicó dama Béatrix—. Para que tenga herederos que nos echen a perder su

dote. Una joven como ella ya no tiene derecho a casarse.

En efecto, la dama se decía que Milessant podía morir joven y así los cálculos del barón de Linnières caerían por tierra.

Ansiau y Milessant hubieron de abandonar el palacete de Charron e instalarse en la casa de un armero al que el señor de Linnières conocía de tiempo atrás y que consintió en alojarlos a crédito. Ansiau estaba muy enojado. Había creído que su aventura quedaría en secreto en Troyes y que nadie hablaría de ella. Acusó a Milessant.

—No sabes hacer nada —le dijo—. ¡Así sois las mujeres! Habría que

cortarte la lengua. ¿Por qué contárselo todo a tu madre?

—Lo adivinó ella misma —replicó Milessant—, y tuve que confesar.

—¡Loca! Debías haberlo negado. Tu madre no me aprecia e irá contando por ahí que te he violado. ¿Es que parezco capaz de eso...?

—¡Y qué! —decía Milessant echándose atrás el cabello—. ¿Creéis que me preocupo de lo que se dice de mí? Estoy orgullosa de que las gentes sepan que me amáis: hay muchas mujeres que me envidiarían. ¡Si supierais cómo le he contestado! Estaba furiosa por la rabia. Si que es ella como para reprocharme lo que hago, cuando

sé que se ha acostado con su capellán, con su paje Raoul y con tantos otros...

—Calla —dijo Ansiau—. No se habla así de la propia madre.

—Vos sois mi madre —dijo Milessant frotando sus mejillas en las rodillas del barón—. No quiero otra.

Ansiau le acariciaba el cabello; la joven tenía la costumbre, exasperante, de cogerle la mano y besársela y estrechársela contra la frente. Él decía:

—Mi mano no es una reliquia.

—Pero la amo tanto. Creo que si estuviera enferma, no tendríais más que poner vuestra mano en mi cabeza y curaría al instante.

El barón suspiraba.

—Pero no te he curado de tu locura.

—¿Locura? ¿Soy una loca...?

Ansiau reía. Pero, en el fondo, estaba preocupado por ella. Él no era ya joven y podría morir; y entonces, ¿quién la defendería, quién la cuidaría? Milessant quedaría a merced del primero que se presentara. Además, estaba Eglantine. «Si muero —dijo en cierta ocasión—, confiarás a Eglantine a la dama; sabrá educarla bien.» «Antes la ahogaría con mis propias manos», respondió entonces Milessant. El barón pensaba que era una mala madre. Se ocupaba muy poco de la niña y se conformaba con ahogarla a besos un rato cada dos días. No era como la dama,

¡ah, no! Las jóvenes de ahora valían bien poco —pensaba—. Y sin embargo, amaba tanto a aquella loca.

Paseándose por la ciudad y el recinto de la fiesta con sus grimas de Chesley, Milessant se vanagloriaba de que su suegro le compraría todo lo que ella quisiera. Las primas sabían de sobra, por dama Béatrix, por qué aquel suegro se mostraba tan generoso; pero Milessant era tan simpática que la trataban como amiga. Y Ansiau gastaba los rescates recibidos de sus prisioneros de los torneos y vendía los caballos que hubiera preferido retener para sí, y con todo ello no conseguía más que contraer nuevas deudas.

Tenía tal modo de ser que no sabía rehusar lo que ella le pidiera como regalo. Y pensar que Ansiet había sido tan poco exigente, que nunca pedía nada por hallarse siempre satisfecho —sobre todo los últimos años— y cuando el padre daba algo se hacía un regalo a sí mismo; y el muchacho quedaba siempre al margen, sonriente, cortés y tan por encima de cuanto el padre pudiera hacer o pensar por él... Miessant era menos elevada y se había acostumbrado a ver en cada regalo una nueva prueba de amor, de manera que resultaba insaciable; ignoraba que el barón hubiera hecho lo mismo por cualquier otra mujer, incluso sin amarla.

Ahora se alojaban en la casa de Audefroi, el armero, en una pequeñísima estancia del desván; por todo mobiliario, la habitación tenía una cama y el cofre que Milessant llevara de Seuroi; Gauchère, la nodriza, se acostaba en el suelo y Eglantine en la almohada de Milessant. Por la noche, después de vísperas, todavía había claridad en la estancia; la ventana abierta daba sobre tejados de almacenes y establos. Milessant hacía encender dos velas ante el crucifijo, lo que daba una doble claridad; la joven se divertía mucho y aseguraba que así parecía de noche y de día. Sentábase en el suelo ante el cofre y se probaba una tras otra

las diversas joyas; Ansiau, tendido en la cama, la contemplaba. ¿Cómo podía decirse que no era bonita? Milessant sabía explotar esa belleza; explicaba gravemente que necesitaba cintas negras para que su cabello pareciera más rubio y su tez más blanca; habíase comprado dos mangas negras bordadas en oro, que solía pegar a una tónica blanca; después metía en el cofre vestido y mangas y se echaba encima una larga camisa de seda violeta, muy amplia y plisada, y entonces su cabecita parecía una flor, pues el color violeta reavivaba su piel.

—¿Me amáis así? —preguntaba—. Mirad mi cabello bajo esta tela; diríase que es oro blanco. Prefiero el violeta al

azul. ¿Y vos? ¿Os gusta con este velo negro? Creo que me achica los hombros.

—Bien sabes que como más me gustas es desnuda —decía Ansiáu riendo, y Milessant se mordía los labios despechada.

—¡Oh! No entendéis nada...

Milessant hubo de experimentar aún sinsabores por su culpa. Se decidió a contar al barón que cierto joven, amigo de sus primas, le hacía la corte. Lo hizo sin pensar en nada malo, riendo, bastante halagada de tener un enamorado.

—No es nada feo —explicaba—; tiene dieciocho años, es rubio como Herbert. ¡Si supierais! Es curioso: ha

llorado cuando le dije que ya tenía un amigo.

Con gran sorpresa suya, el barón no pareció encontrarle la gracia y se puso rojo de cólera.

—Pues dile que si se atreve a insistir rociaré su armadura con su propio cerebro.

Milessant se santiguó, espantada.

—¡Dios! ¿Por qué? No ha hecho nada malo.

—¿Cómo? ¿No es malo el querer acostarse contigo? ¡Qué ideas tienes! En mis tiempos, las mujeres pensaban de otro modo.

Y no habló más en toda la noche, pero a la mañana siguiente ocurrió algo

bastante peor. Quiso saber quién era el mozo, deseaba hablar con él. ¿Era guapo? ¿De buena familia? ¿Cómo había hablado de amor? ¿No la habría tocado de un modo indecente? ¿Y por qué se le había ocurrido hablarle de amor? Milessant tendría que haberle animado, para llegar a eso.

La pobre joven estaba aturdida: jamás había visto al barón tan furioso con ella.

—Pero ¿qué os ocurre? —dijo llorando—. Nada tengo que ver con eso, yo no lo he querido.

—Sí que has tenido que quererlo. A la dama nadie le habló nunca de amor y sin embargo valía mucho más que tú.

Todos esos collares, esas mangas, ese pelo postizo, no te los pones sólo por mí. Yo no necesito de tus falsas trenzas para amarte.

—¡Oh, no entendéis! Todo eso lo llevan las demás mujeres, es la moda. No puede haceros mal alguno. Todos pueden enamorarse de mí: me hace reír y nada más. Ese Geoffroi no es más que un parásito, vos sois cien veces mejor que él.

—No me gusta que me halaguen —respondió él—. Soy tuerto, pero no ciego. Tampoco tú eres ciega. Bien hubiera debido desconfiar: de tal madre, tal hija; y sólo dama Béatrix puede saber quién es tu padre. No vales nada: una

mujer como tú no merecía un marido como mi hijo...

Milessant lo oía con los ojos llenos de terror. Después, con un movimiento rápido, cogió el cuchillo del barón, que había quedado sobre el cofre, y se lo llevó a la garganta; quería realmente herirse, pero tuvo miedo, su mano tembló y no consiguió más que arañarse el cuello; y ya el barón le quitaba el cuchillo de la mano.

—¡Estás realmente loca! ¡No se juega con esas cosas!

Milessant se dejó caer sobre el cofre, sollozando ruidosamente; estaba harta, prefería morir, el barón ya no la amaba. Ansiau, espantado, juró todo lo

que fuera necesario para calmarla. Era la segunda vez que intentaba matarse; Ansiau pensaba que la joven tenía la razón un poco extraviada, pero seguía conmovido. Se hizo la paz, mas a partir de ese día Milessant no tuvo más descanso. Ansiau estaba ocupado toda la jornada, estaba en casa de Abner, o de Mathis, o en el castillo del conde y al regresar por la noche hacía preguntas a Milessant, a Sebile, a los criados. ¿Dónde había ido? ¿A quién había visto? ¿No había hablado demasiado con jóvenes?

—Pero ¿cómo podéis decir tales cosas? —preguntaba la joven—. Bien sabéis que os amo.

—Así pues, me tomas por un imbécil —decía Ansiau—. Bien puedo estar celoso, a mi edad y con mi aspecto. No faltan en Troyes guapos bachilleres. Y estoy ausente todo el día.

—Me río yo de todos los jóvenes; aunque fuera el conde Thibaut en persona quien viniera a pedirme, le diría que no. Os quiero a vos.

Ansiau alzaba los hombros.

—Eso es lo que se dice siempre. Pero entretanto permites que te hablen.

—¡Pero les digo que no! ¡Les juro mil veces que amo a otro!

—¡Loca! Eso es lo que suele hacerse. Hoy dices eso, mañana no dirás nada y pasado mañana cederás a lo que

ellos quieran.

—¡Oh! —Y Milessant volvía a llorar—. ¿Qué os he hecho? ¿Por qué me tratáis como si fuera una mujercuela?

—¿Y qué sé yo? A mí te entregaste sin reparo, me parece... Ni siquiera te lo pedí.

—Porque os amaba tanto...

—¡Bonita razón! También a ellos los amarás. Bien sé que nunca has hecho muchos mohines. Y sé que la dama se portó de un modo más noble y altivo, la primera vez... y sin embargo, estábamos ya casados.

Milessant acabó por quedarse en la pequeña habitación de la mañana a la noche. Hacía un calor insoportable y se

asfixiaba. Pronto sintió disgusto por sus vestidos y ornatos, por habérselos probado tanto: permanecía toda la jomada en camisa, con el cuello abierto y las mangas sin recoger; bostezaba, jugaba con Eglantine, miraba por la ventana. Eglantine era cada vez más bonita, sus mejillas eran rosadas y sonreía a menudo. Tenía más afición a su nodriza que a su madre y Milessant sentía por ello menos celos que tristeza. Sacudía a Gauchère:

—Dile que me sonría. ¿Por qué no quiere sonreírme?

Y cuando la pequeñuela se dignaba descubrir sus pequeñas encías sin dientes, la madre se estremecía de

gratitud y de orgullo.

—Eres realmente mía —decíale—. Es curioso: no llego a convencerme de que es mi hija.

Pero seguía siendo una madre distraída; a veces tenía tristes pensamientos y entonces se paseaba de un extremo al otro de la estancia, como un animal enjaulado; después, se echaba en la cama y dormía. Otras veces, recordaba a Eglantine y comenzaba a acariciarla y besarla hasta hacerla llorar. Después se dio cuenta de que se hallaba de nuevo encinta y eso fue para ella un golpe muy duro. Esa vez no intentó matarse, pero un enorme frío aplastó su corazón y paralizó sus

miembros; se tendió en el lecho sin llorar y cerró los ojos.

Le daban ganas de gritar de vergüenza, de morderse los brazos. Ahora sabía que amar a un guapo caballero no era vergonzoso; pero hincarse, hacerse deforme, bramar y aullar como una bestia a la que se arranca la piel —y eso cada año—, he aquí lo que era realmente vergonzoso; aquí, no hay modo de hacer la orgullosa; las gentes os miran como a una perra rijosa. Eglantine era graciosa y Milessant no lamentaba haber sufrido por ella; pero llevar otro niño, y después otro, y un tercero y un cuarto —unos desconocidos, unos extraños—;

niños que deberían avergonzarse de su madre. ¡Ah! No, eso no. No quería. Además, sabía que el barón no esperaba ese segundo hijo como había hecho con el primero. No se equivocaba, porque Ansiau hizo un mohín cuando supo lo que había. «Esta vez —dijo— darás a luz en Seuroi. No puedo pedir a la dama que te reciba en su casa otra vez. Eso podía pasar con el primer hijo, pero ahora hay que arreglárselas de otro modo.»

—Haced lo que os parezca —dijo Milessant—. En cuanto a mí, preferiría que muriera antes de nacer.

Los calores y su estado la hacían irritable y fácil para las lágrimas.

Dormía poco, comía menos, cada tarde tenía fiebre. A principios de septiembre el barón decidió salir de Troyes y llevar a Milessant a Seuroi. Antes de la marcha, llevó a la joven a casa de Abner, porque necesitaba de ella para un préstamo sobre su dote. Milessant hubo de jurar que no comprometería su tierra con ningún otro y pagaría los intereses en los plazos debidos; hizo como pudo con su mano una cruz al pie de la promesa escrita, redactada por el clérigo del judío.

—No me hagáis perjurar así —dijo a Ansiau—. No entiendo nada. Ahora sois vos quien tiene mis bienes.

—¿Estás enfadada conmigo,

paloma?

—¿Yo? —Los ojos de Milessant parpadearon—. ¿Es que tengo algo mío? Quemad mis viñedos si eso os place.

* * *

La pequeña ventana cuadrada de la torre de Seuroi había sido abierta expresamente por Milessant casi a la altura de su cabeza. Y Dios sabe cuántas mañanas y cuántas tardes había pasado por allí Milessant acechando el caballo del barón por la vuelta del sendero.

Apoyaba las mejillas al reborde de la ventana; creía tener calor, pero la piedra fría hacía correr un

estremecimiento por todo su cuerpo. Sus párpados ardían y el aire frío pegaba al cuerpo la camisa empapada de sudor. La niña había muerto. Sólo había vivido trece días. Y aun era demasiado, si se trataba de sufrir como había sufrido. Milessant no podía más después de cuatro noches en blanco; no se acostumbraba a no oír ya esa tos seca, ese jadeo irregular contra su pecho, en su corazón, dentro de su cabeza. Ahora, el silencio. Milon podía hablar de caballos cuanto quisiera, Gauchère podía chillar a los pequeños: nada de eso era suficiente para romper el silencio enorme en el que Milessant había entrado con su hijita... Habíanla

colocado en el gran lecho, enfajada, rígida, con su carita azulada, casi negra entre la caperuza blanca que la envolvía.

Ese dolor en los párpados, en los pechos, en las piernas; ¿cómo deshacerse de él? Juliane, un bonito nombre, de pronunciación tan dulce. El emperador de los romanos, Julius César. El barón había dicho: «Otra vez una niña». Ahora podía estar contento. Y todo por su culpa. Todo porque él no había llamado al sacerdote a Seuroi. Hubo que llevar a la niña al castillo para bautizarla. No quiso llamar al sacerdote porque en Hervi le habían rehusado la comunión. Y el padre Aimeri, el viejo cerdo, debía estar de

acuerdo con la dama. La niña había nacido fuerte y sana. ¡Gracioso bautizo el hecho en el castillo! Milessant sentía un espasmo que se le ceñía al cuello y una nueva oleada de agua caliente subía a sus párpados; su pobre hijita sola, indefensa, y todos aquellos mayores, todos aquellos seres fuertes reunidos para hacerle daño, para embrujarla; ya no sabía quiénes eran «ellos», ya no tenían rostro, eran la dama, el padre Aimeri, Herbert, Flora, Richeut, Dios y el Diablo. Y un sollozo de odio detenía en su garganta; una niña. ¿Qué les había hecho? Hacer sufrir a una criatura. Sufrir tanto. Sobre todo, que no salgan las dos mayores, también a ellas

se les haría daño.

Hacía diez días que el barón estaba ausente, pero ahora debía venir; Milessant pensaba en ello con una especie de sombrío júbilo: había sido necesaria la muerte de su hija para hacerle venir: el barón no se molestaba por menos. Ah, no volver a dejarlo esta vez, no permitir que vuelva a manos de la dama —¡la dama!—; la dama nunca estaba inactiva, siempre había criado ella misma a sus hijos; la dama sabía preparar el vino caliente, sabía hacer la cama, lavar la cabeza, zurcir las camisas.

—Vos no me habéis contratado para que sea vuestra zurcidora, para que os

lave la cabeza, sino para amaros, y yo he sido fiel a mi palabra, os he amado, os he dado tres hijas; os he entregado mi juventud. Todavía soy bella, mi señor, os basta mirarme; si queréis, tengo aún los senos puntiagudos, como a vos os gusta; y los cabellos claros como antaño. No es culpa mía el que fuera una niña; ¡cómo si la dama nunca hubiera parido hijas! Ha sufrido tanto esa cosa minúscula que nada comprendía; con colores tan horribles que se crispaba, giraba los ojos (muy abiertos), se ahogaba a fuerza de chillar. Juliane, Juliette. Mi único gozo.

El barón llegaba con Herbert y el padre Aimeri. Al verlos rodear la tumba

de Rainard, Milessant dejó la ventana y se acercó al lecho para peinarse de nuevo. Pero no encontró un peine y sus ojos se detuvieron en el pequeño paquete alargado, dispuesto sobre la almohada y cubierto con un lienzo. Se arrodilló junto al lecho y levantó el lienzo. Era frío y duro aquello: un niño Jesús de piedra gris. «También tu pobre madre tiene las mejillas demasiado calientes, mi Juliette.» Un moscardón zumbaba y giraba sobre los pequeños labios negros. Milessant se encontraba como cogida bajo una pesada campana de plomo; se asfixiaba; todos los ruidos llegaban de muy lejos, fortísimos, y despertaban ecos interminables, los

sonidos de voces humanas eran como martillazos en las paredes de la campana; resonaban dentro de sus oídos.

Al alzar los ojos, Milessant vio a tres gigantes en pie ante el lecho; sabía que el más próximo a ella, el tuerto, el barbudo, era el barón, esa cara monstruosa con un solo orificio nasal y un solo ojo, como ella tenía una sola boca, permanecía inmóvil y sólo sus pestañas cortas y desiguales se estremecían sobre el ojo surcado de hilos rojos. La mano derecha se alzó lentamente para hacer la señal de la cruz; después el hombre se arrodilló al lado de la mujer y apoyó la frente en sus manos juntas. Los otros dos hombres, el

uno era blanco y grueso, el otro atezado, enjuto y rapado, dirigían sobre la rubia joven esas miradas de piedad indiferente que suele sentirse por una bestia aplastada, pero Milessant creía ver odio en sus ojos y en sus bocas; estaban henchidos de odio; cerró los ojos, se volvió, se dejó caer sobre la niña muerta. Y entonces vio que los pequeños párpados se abrían y que la boquita temblaba como la de un conejo. Pero no duró más que un segundo.

... Milessant se puso en pie de un salto, con un grito tan atroz que las otras niñas —Eglantine y Andrée—, dormidas en sus cimas, despertaron y se pusieron a chillar aterrorizadas. El barón se

levantó y sujetó a la joven por los hombros. Milessant se debatía y le escupía a la cara.

—¡Vos la habéis matado! ¡Fue por vuestra culpa! ¡Os lo dije! La han envenenado, han echado baba de sapo sobre su cabeza durante el bautismo! ¡Echadlos! ¡Echad a esos hombres de aquí!

Se debatía en sacudidas violentas casi involuntariamente, y su voz, a fuerza de gritar, se hizo ronca.

—Nadie os quiere mal —decía Ansiau abrazándola—, descansad, calmaos.

Pero ella repetía:

—Echadlos, echadlos...

Y cuando el padre Aimeri se inclinó sobre la niña para decir las oraciones de difuntos, la madre lanzó un grito estridente.

—¡No! ¡Él, no! ¡Él, no!

Se arrancó de los brazos que la sujetaban y el buen padre juzgó prudente retirarse.

Milessant se derrumbaba sobre el lecho en medio de convulsiones que le retorcían brazos y piernas hasta desencajarle los huesos; jadeaba pesadamente. No vio que se habían llevado el pequeño cadáver. Las criadas hablaban de llevarla a la iglesia de Hervi para hacer salir el mal de su espíritu; pero la joven no estaba en

condiciones de viajar. No permitía acercarse a nadie más que al barón, que al fin pudo hacer que bebiera una tisana y logró dormirla a fuerza de acariciarle las sienes. Ansiau no pudo siquiera asistir al entierro; se ven tantos entierros de niños, que apenas se les da importancia; además, en aquel caso se trataba de una niña y una bastarda. Milessant estaba un poco loca; la dama —¡y por hijos legítimos!— nunca había hecho semejantes escenas, y nadie podía decir que no fuera buena madre.

Milessant no quería dejarlo; comenzaba a gemir cada vez que quería levantarse. Ansiau permaneció a su lado. Su propia hija nunca había gemido

ni llorado, ni había querido protección. Y Milessant no pedía otra cosa. Ansiau se figuraba a veces que era la otra.

Cómo había cambiado en tres años. Era alta, delgada, huesuda, hacía sentir la raza del viejo Guillaume, tal vez no le quedarán más que uno o dos años de belleza; pero ya no era, en modo alguno, la misma que a los quince. Sus pómulos y sus mandíbulas sobresalían, la piel de las mejillas y del cuello parecía tensa, seca; hubiérase dicho un estuche demasiado delgado para huesos tan fuertes. Pobre joven. Tenía que descansar. En los últimos meses, su vida no había sido fácil: el embarazo, el parto, la enfermedad de la niña.

«La haré engordar —pensaba—, volverá a reponerse.»

Guardábale un poco de rencor porque lo había afrontado públicamente en plena iglesia de Hervi. El padre Bemier le había prohibido acercarse a la sagrada mesa durante la misa de Pascua, dando por motivo el que viviera en adulterio. Bien podía alegar que no había tomado a la mujer de nadie, que la damisela sólo estaba unida a su hijo nominalmente y que, además, era viuda. ¡Pero id a probar vuestras razones con gentes de Iglesia! Acaban siempre por encontraros más pecados que los que podáis reparar: el barón había ofrecido cien sueldos del producto de sus viñas

para los pobres de la parroquia y realmente no podía dar más, pues tenía tantas deudas que ya pensaba ceder su feudo a cambio de dinero constante y sonante. El párroco de Hervi hablaba de excomulgarlo por tres años si no abandonaba a su concubina, pero ¿cómo dejar a una joven que os ama y jura matarse si la abandonáis? Se necesitaba no tener corazón para hacerlo. Ansiau se había resignado a no aparecer más en la iglesia de Hervi y eso le costaba, porque estaba convencido de que los sacramentos impartidos por el padre Aimeri no valían lo que los del párroco de Hervi.

Milessant nunca hubiera sido, desde

luego, una buena dama de Linnières; ¿qué podía esperarse de la hija de una Béatrix de Chesley? Era desordenada, perezosa y exigente más de lo debido. La torre de Seuroi estaba mal cuidada; Milessant dejaba trapos y trastos por todas partes; empezaba bordados que no acababa nunca, dejábase robar por las criadas y reprendía al barón cuando se quedaba dos o tres días en el castillo. Y sin embargo, no tenía por qué estar celosa, porque el barón no sentía frecuente necesidad de la dama. Milessant decía: «Sé que en estos tres años que hace que me amáis, la dama ha tenido dos hijos y dos abortos», como si él le hubiera prometido alguna vez no

tocar a la dama; Ansiau no tenía por qué hacer semejante afrenta a una esposa que le había servido tan lealmente durante veinticinco años. Pues bien: eso era algo que Milessant no podía comprender: Ansiau se lo había dicho claramente una vez: «Deberías lavar los pies de la dama y besar la tierra que ella pisa, por todo el daño que le haces». Y aquella joven estúpida se había echado a llorar —siempre lloraba demasiado por cualquier cosa— diciendo: «La amáis más que a mí», como si no supiera hasta qué punto seguía enamorado de ella, pero con sus arranques de mal humor todo lo echaba a perder.

Milessant se despertó en plena

noche, lanzando un agudo grito; y los pequeños, soliviantados a su vez, comenzaron a chillar de nuevo; Eglantine gritaba: «¡Aucére! ¡Aucére!».

Todo el cuerpo de Milessant temblaba. «Ea, ea, pequeña; no llores, estoy contigo, sé buena. Has asustado a los niños; acabarás volviéndolos tan locos como tú.»

—Escúchame, Ansiau, tengo miedo. Va a sucederme algo malo.

—¿Qué quieres que te suceda?

—Óyeme, he soñado; mira lo que he soñado: estaban aquí todos ellos, la dama, y dama Béatrix, y el padre Aimeri y... los otros... Y después —jadeaba—, después han cogido al niño y lo han

cocido y se lo han comido, ahí mismo, delante de mí... y han hecho un polvo con sus huesos y me han forzado a tragarlo y eso me ha causado tanto daño que tuve que gritar.

Milessant se inventaba siempre sus terroríficos sueños, pero a medida que los contaba iba creyéndoselos; había que apiadar al barón y exponerle los propios temores. Y él la trataba como a una niña:

—Bah, los sueños no significan nada. Estás enferma, eso es todo.

—Escucha, Ansiau. Estoy segura de que ellos me han hecho algo ahora mismo: me han echado un sortilegio. Sebile me contó que la dama usaba el

doble de candelas que antes: ¿qué crees que va a hacer con esa cera? Tengo miedo.

—¿Pero, de qué, paloma? Yo te defenderé.

—Escucha: estoy condenada.

Ansiau sonrió:

—A tu edad no se piensa en eso.

—Por tu amor. Por ti. También a ti he hecho que te condenen.

A Ansiau le costó no poco trabajo obligarla a dormir.

La dama acunaba a su último hijo, Henri, y canturreaba entre dientes. Sentía calor y sólo llevaba sobre el cuerpo su camisa azul ceñida por un cinturón. Sus largos cabellos color

castaño y un poco apagados descendían por su espalda en dos trenzas anchas y flojas; desde su enfermedad había perdido tanto pelo que ya no lo apretaba al hacer las trenzas. Tenía los ojos estrechos, muy estrechos, entre unos párpados arrugados; y sus fuertes cejas, como antaño las de Joceran, se juntaban sobre el arranque de la nariz. En los últimos tiempos había adoptado un aire burlón, con los labios siempre muy apretados. Había que usar todos los resortes: llegaba ya a sus cuarenta años y eso no es poca cosa.

Hacía un mes que el barón no salía del castillo. La muchacha de Seuroi debía estar arrancándose el cabello de

rabia; bueno, podía arrancárselos todos, si le parecía. «Y yo que la he tenido sobre mis rodillas, la he peinado, la he lavado, era dulce y cariñosa: no se me hubiera ocurrido desconfiar; cuando uno ve un huevo no piensa que dentro puede haber una serpiente. Un ser feo. Una chiquilla que no tenía a su favor más que su vicio y su edad. ¡Y aun así! Dejemos lo de su edad; tiene dieciocho años. Debe estar bien desbrozada: el barón se cuida de ello; una de las lavanderas lo ha sabido por Sebile; está adelgazando de brazos y echando buen vientre. Dentro de cinco años estará bien gastada, pero lo más seguro es que el barón no esperaría cinco años.»

La dama sabía perfectamente que su juego no había sido limpio. Cuando el barón llegó al castillo para la fiesta de la Ascensión le envió, para servirle en el baño, a una criadita de catorce años, Gaie, con orden de no gritar si el amo la abrazaba con demasiada fuerza. Realmente, no era una cosa digna; pero cuando se trata de curar a un hombre de semejante lepra, todos los medios son buenos. El remedio había sido eficaz, puesto que el barón permanecía en el castillo. ¡Y aquella loca que se mostraba tan orgullosa y se creía amada por su belleza y su espíritu! Ahora se desengañaría. Gaie era ancha y pesada, como buena campesina; a la dama el

corazón le daba un vuelco de disgusto y vergüenza cada vez que veía pasar por el patio a esa joven de cabello pajizo, con los pies cubiertos de mugre; pero se consolaba pensando que Milessant sabría todo lo ocurrido.

La Flora juraba que Milessant moriría antes de fin de año, pero la dama no estaba segura de ello: cada año lo prometía Flora y quemaba cabellos y cintas de la joven y Milessant seguía viviendo y paría un niño vivo cada año; la última había muerto a los trece días, es verdad, pero la joven estaba de nuevo abultada y podía tener otro hijo. En el fondo, la dama no deseaba su muerte; las penas del infierno son castigo incierto y

vago: era en la tierra donde debía pagar sus culpas —fea, despreciada por todos, desnuda, temblorosa, en las manos asquerosas y viscosas de soldados ebrios—; pero la dama no llegaba a inventar nunca suplicios bastante fuertes para su rival.

Milessant era la única responsable de todas las desgracias de la casa de Linnières y la dama procuraba no contar sus noches solitarias, su fiebre, las sábanas desgarradas por sus dientes. ¡Dios! La joven más baja, de la casa más miserable, tiene derecho a un hombre; y la dama, por culpa de aquella arpía, estaba sin el suyo, pero eso era cuenta aparte y prefería no pensar en

ello. Lo que le desgarraba las entrañas era lo que esa mujer había hecho a sus hijos. Al barón no le preocupaba eso: amaba a sus bastardos y aun en el castillo todo era decir: «Eglantine sabe decir "pan"; Eglantine ya sabe sostener su taza; Eglantine tiene cabellos largos como dos pulgadas». Para Eglantine encontrará una dote, si la niña no revienta antes. Y Mahaut, a los veinte años cumplidos, es una muchacha de pechos fuertes y tersos, como los de una nodriza; su nariz se alarga, sus manos tienen callos a fuerza de hilar. Cuando no está el barón, y no está casi nunca, la dama se lleva a su hija a su lecho, es más seguro. El barón no sabe lo que es

la vida de una joven a la que nadie pide; el día en que la muchacha haga una tontería, será el primero en castigarla. El viejo Garnier de Buchie va a Linnières cada quince días, habla de forraje y de caballos y Mahaut mira suspirando su perfil equino y se pregunta si su esposa vivirá aún mucho tiempo.

Y después de Mahaut está aún Alette, que a los quince años —tan rubia, de cuerpo tan gentil; la joven más dulce que jamás haya habido— tiene una figura encantadora. Pues bien: no la pasará a sus hijos; el hombre que la posea será dichoso, pero falta aún que alguien la tome. ¿Y quién la tomará, sin dote, si la bella. Mahaut sigue soltera a

los veinte años?

Después están los muchachos. El barón sólo había amado al mayor, pero Herbert no deja por ello de ser el heredero y el viejo Hagenier se obstina en no morir. Herbert dice:

—Estoy harto; devolveré a Bertrade a los suyos y buscaré una esposa cuyo padre haya muerto.

Pero no hace nada, sería lástima abandonar una herencia que está tan próxima. El barón había gastado tanto por Milessant que ahora había que empeñar hasta los vestidos y las armas, pues ya no podía pensarse en torneos. Abner era aún un acreedor más indulgente que los otros; pero el

banquero Renier estaba muy protegido y amenazaba con querellarse ante el obispo de Troyes. Ansiau se había atraído las iras del párroco de Hervi, a causa de Miessant y no se trataba de incurrir en excomunión por deudas. La dama sabía que los hijos detestaban a su padre y sobre todo a la concubina de éste, al menos en esto se hallaban unidos. Herbert se quejaba de ver su juventud empleada en perseguir lobos, pero iba creciendo y no era de los que dejaban su presa por una sombra. Y Girard, no habituado a novatadas, lloraba de rabia y amenazaba a la dama con abandonar el país, hacerse caballero andante y reunirse con su tío Simon en

Palestina. Entretanto, su ingreso en la caballería estaba más remoto que nunca; había vuelto al castillo por disgustos en Bar-sur-Aube; por una pelea en la que había cargado la mano más de la cuenta, y amenazado por los parientes del herido, hubo de ocultarse en Linnières. Fue el último en saber que su padre le había arrebatado a su prometida. Nunca estuvo enamorado de Milessant, pero se había acostumbrado a pensar en ella como en cosa propia; y un buen día supo que la joven tenía ya dos hijos del barón; sintió entonces un violento desprecio por Milessant, un rencor irracional; la joven le había mentado y engañado: casi creía haberla querido. Y

su padre que le debía la armadura, no sólo no le daba nada, sino que le soplaba una bonita dote y gastaba su dinero con la misma mujer que le había quitado. Herbert, el gran toro, podía mostrarse indulgente: nada perdía en aquel asunto. Y estaba satisfecho por ver a su hermano en la pobreza.

Ansiau hallaba sosegada la vida en el castillo, después de los sollozos que lo acogían en Seuroi. Además, poco antes de la Ascensión había experimentado de nuevo lo que es una jovencita de catorce años; aunque fuera una criada de pies sucios, esa Gaie, a la que encontraba en la sala de baños o bajo el cobertizo del heno, era sumisa y

no temía a la dama. Además era inerte, muda y fría y Ansiau prefería eso: era como una cosa a su servicio —pensaba—, una bestezuela; con ella no tenía por qué incomodarse como con una mujer noble.

El día en que se dio cuenta de que echaba de menos las quejas de Milessant y las sonrisas de Eglantine, partió para Seuroi sin decir una palabra de adiós a Gaie. Pero ya en camino no dejó de preguntarse por qué era tan fría. ¿No tendría acaso otro amante?

Se esperaba reproches, esta vez bien merecidos. Pero Milessant no salió a su encuentro como solía hacer. Pasó la cortina y la halló en el lecho, tendida

cuan larga era y con las manos bajo de la cabeza. Parecía dormir. Pero al acercarse el barón se estremeció, abrió los ojos con aire asustado y se incorporó con esfuerzo. «¿Sois vos? — dijo—. Buenos días. No estoy vestida, excusadme.» Hablaba con rapidez, jadeaba, ni siquiera miraba al barón; nunca Ansiau la había visto tan indiferente. En efecto, aún no se había vestido, sólo llevaba una camisa gris, abierta del cuello hasta la cintura; sus cabellos mal peinados caían en mechones sobre las mejillas.

—¡Bueno! ¿No estáis contenta de verme? ¿Estás enfadada conmigo?

Cogió su brazo y creyó haber tocado

una sartén por lo caliente que estaba.

—Al menos no tienes frío —dijo.

Milessant se liberó, estremecida.

—Déjame. Me haces daño.

Tosió. Era una tos breve, ni siquiera parecía una tos, más bien era como un jadeo de perro viejo, sin esfuerzo, con un extraño sonido ronco. «Me ahogo», dijo; y se acercó a la ventana. Ansiau la siguió. A la luz del día podía verla mejor. Milessant había cambiado mucho. Las clavículas, las mandíbulas y los huesos de la frente resaltaban, subrayados por sombras duras y angulosas. Los ojos, demasiado grandes, brillaban con fuego seco; en las mejillas había dos placas rojas. Su boca estaba

entreabierta, la nariz, transparente y rojiza, tenía una palpitación convulsa. Ansiau estaba tan impresionado por su aspecto que no dijo nada. Pero Milessant, un poco recuperada, se animó muy pronto y empezó a mirarlo con ojos duros y brillantes.

—Ya lo veis —dijo, en un soplo—. No queríais creerme. Pero bien os lo dije. La dama ha hecho un muñeco de cera con mi imagen y la está fundiendo en el fuego con Flora. No queríais creerme. Miradlo ahora.

Levantó la mano para mostrar su muñeca, cuyos huesos anchos y amarillentos parecían saltar bajo la piel.

—Tocad para ver si está caliente. Ya

veis que es fuego que me funde y quema dentro. Y ese fuego no ha venido por sí mismo. Y vos la dejáis seguir. Estaréis contento cuando me haya fundido del todo: entonces estaréis tranquilo.

—¿Qué decís, querida? Sois muy joven para morir.

Milessant no lo escuchaba.

—Os quedaréis tranquilo con ella. Ya hizo morir a nuestra Juliane y vos nada dijisteis. Os ha separado de mí y ahora va a matarme. Bien os reiréis de mí los dos en su lecho. Me habéis gastado, estropeado: ahora no sirvo para nada. Puedo reventar.

Ansiau estaba acostumbrado a verla llorar, pero esta vez la joven tenía los

ojos secos y la voz ronca. El barón no quiso manifestar su preocupación y farfulló:

—Estás más loca que nunca. Yo no te he hecho nada. Estás enferma: acuéstate.

La joven se arrastró hasta el lecho, tosió, escupió. Debía de escupir mucho, porque la paja próxima a la cama estaba húmeda y pegajosa.

—Ya veis como todo mi cuerpo se va —dijo—, tengo el pecho vacío, como una caverna... Si se le golpea, resuena. Me ahogo aquí. Hace demasiado calor.

Se pasó la mano por la frente, como tratando de recordar lo que iba a decir, y prosiguió:

—Sí, estaréis satisfecho. La dama os permite acostaros con jovencitas: es todo lo que necesitáis. Sólo que..., ya veis: no os dejaré ni a Eglantine, ni a Andrée. Son mías. La dama no las tendrá nunca.

—Pobrecita mía..., ya no razones —dijo Ansiau—. Necesitas una nodriza. No sabes hacer nada. No es extraño que estés enferma, cuando nunca te has dejado sangrar. Es tu sangre la que te envenena: eso es todo.

Milessant alzó la cabeza con una sonrisa vacilante.

—¿Es verdad? —dijo—. Hay que probar.

Milon estaba más acostumbrado a

sangrar a los caballeros que a las personas; y a hombres más que a mujeres. Después de la sangría, Milessant quedó con los labios y las manos azules y tembló de frío durante toda la tarde. Por la noche, volvió a su lecho, jadeante, tan cubierta de sudor que las sábanas se empaparon. Por la mañana fue a buscar agua para el barón y se echó cuan larga era sobre las losas del pavimento, junto al lecho.

Ansiáu, asustado, pensó si realmente se trataría de un sortilegio y dijo a Milessant que llamaría al padre Aimeri para exorcizar la enfermedad, a lo que la joven replicó que el padre Aimeri le daba miedo y que había hecho daño a

Juliane. Entonces Ansiau, con temor mortal, se resignó a ir en busca del párroco de Hervi. Arrodillóse ante él y le rogó que acudiera a exorcizar a su amiga, porque estaba seguro de que le habían echado un sortilegio y los espíritus la hacían languidecer y consumirse. El sacerdote se negó tajante: no quería tener contacto alguno con una libertina. Ansiau pensó que deseaba agradar a la esposa de Herbert. Volvió triste a Seuroi. Milessant se agarró a su pecho.

—¿Y qué? ¿No ha querido? Lo sabía. No debía haberte humillado por nada. Ahora ya lo sé: todos me odian porque te amo. Pero nunca dejaré de

amarte.

A falta de un sacerdote, Ansiau llamó a la cabecera de su amiga a una vidente de Chaource, mujer muy experta, según decían, y que curaba a sus enfermos. Esta mujer, llamada Jehanne la Tortue, obligó a la enferma a meterse hasta el cuello en un barreño de agua fría y le dio para beber cerveza y leche helada para extinguirle el fuego que le ardía dentro. Pero el fuego no quería extinguirse. Con las mejillas ardientes y la boca seca, Milessant permanecía inmóvil horas enteras, tendida en su lecho; a veces tenía breves accesos de tos cavernosa y seca, cosa que la agotaba tanto que llegaba a perder el

conocimiento. Y Jehanne se quejaba al barón: el mal era duro de curar, porque se debía a un sortilegio; además, la mujer estaba encinta y resultaba más difícil curar a una mujer que llevaba dos vidas en sí misma.

—No veo nada; ese niño me lo oscurece todo.

Milessant estaba sólo al comienzo del cuarto mes. No comía, sufría dolores de estómago y soñaba con abortar.

Mahaut acudió desde el castillo a ver a su antigua amiga. El barón, que estaba distanciado de ella, la recibió bastante mal.

—No tenéis más que verla. Lo sé bien: todos vosotros no queréis más que

una cosa: verla morir. Ha vivido sin vos y bien puede morir sin vos.

Pero Mahaut lloró.

—Es mi hermana —dijo—. No volvería a dormir si muere sin haberla visto.

A lo que su padre dijo:

—Id, pero no la canséis.

—Mile, mi dulce Mile, perdóname.

Echada junto a la enferma, Mahaut la estrechaba en sus brazos, como habían hecho durante siete años en su lecho de jóvenes. Junto a ese rostro alargado pero lleno de rasgos dulces, el de Milessant parecía aún mas macilento. Pero la enferma estaba tranquila; era Mahaut quien lloraba.

—Mahaut, querida. Te amo. Cuánto has cambiado. Escúchame: quería decirte algo..., pero he olvidado qué. Sí. Tu dote. Si tengo algo mío, te lo dejo para tu dote..., verás... También habrá algo que pueda venderse... Es necesario que yo repare, pero no me odies. No lo he hecho adrede.

Mahaut gritó:

—¡Mile! —Después cubrió de besos a su amiga—. Mile, estás loca... ¿crees que voy a necesitar de dote cuando hayas muerto? También yo moriré, o me encerraré en un claustro... ¡Ah, no creas que aún voy a pensar en un hombre...! No, no: he acabado con mi vida... He pensado mucho, Mile: ya lo ves, la vida

no es gran cosa. Es la muerte lo que importa. Son siempre los mejores los que mueren jóvenes. Y los niños van derechos al Santo Paraíso. Cuando Dios ama a alguien, lo llama a Sí; es el trigo, y los que quedan no son más que paja.

—Bueno —dijo Milessant—, no creo que Dios me ame precisamente a mí. Y sin embargo, ya ves dónde estoy.

—Te perdonará, Mile; bien dicen que el pecado de amor es el que se perdona más fácilmente; nada importa que un villano sacerdote de Hervi te haya insultado, mi pobre corderito, mi palomita... ¡decir que tus ojos se cerrarán y yo voy a seguir viviendo! No, no quiero que mueras, Mile.

Milessant se apiadaba de sí misma.

—¡Qué vida ha sido la mía, Mahaut, querida! No es que quiera hacerte daño con mis palabras, pero ha sido la dama la causante de todo. Por ella muero. Me ha hechizado, ayudada por Flora.

—También lo creo así —dijo Mahaut tras un breve silencio—. Mira, Mile: estoy harta del castillo, de mis hermanos y de todo. Si fuera un hombre, me iría a Tierra Santa. Oraría sobre la tumba de Garnier. Es verdad que amo a la dama... pero estoy indignada con ella por tu causa. En cuanto al barón, ¡Dios!, no puedo verlo...

—Te equivocas-dijo Milessant—. No hay nadie mejor que él.

—Me disgustas con esa historia, ya lo sabes —replicó gravemente Mahaut—. Mírate: en tu estado ya no se piensa en el amor.

Con la visita de Mahaut, Milessant pareció recobrar fuerzas. Mahaut era excelente enfermera y parecía decidida a no dejar morir a su amiga.

—Ya veréis —decía—, ya veréis: es joven y se recuperará.

Con el barón, la enferma gemía, se enojaba como un niño; pero Mahaut sabía obligarla a comer y a beber sus tisanas.

—Cuando esté más fuerte —decía Mahaut a su padre— la llevaréis a San Mamed, en Langres, para exponerla en

el atrio de la catedral. Sé que la dama de Blaignecor ha sido curada así.

A pesar del calor se decidió no retrasar la peregrinación; febril, animada como estaba hacía meses, Milessant se ponía su cinturón y sus guantes.

—Gauchère, tomad la tuniqueilla bordada de Eglantine; se la pondremos para la fiesta. Poned también ese almohadón en el carro. Mahaut, querida, coge ese cinturón y ese collar y las mangas negras. Quédate con lo que te guste. Y esta túnica blanca, si no te está muy estrecha. Yo no necesito nada; quiero llevar sólo tela de saco, si llego a curar. Barón, ¿estáis dispuesto?, ¡oh!

Nunca lo está... siempre parloteando con Milon. Mahaut, amiga, adiós..., adiós.

Mahaut ocultó el rostro en el hombro de la amiga.

—No llores —dijo Milessant—. Voy a curar. Querida mía, no llores. Que Dios te dé un buen marido y hermosos hijos. Acuérdate de mí.

El barón separó a las dos amigas y llevó a Milessant a la carreta cubierta, en la que ya se había instalado Gauchère con las dos niñas.

Los baches del camino. Cada vuelta la rueda os sacude las costillas, la espalda, el corazón. A través del toldo de la carreta, el sol os aplasta y sofoca; entra por las hendiduras, quema los

ojos, seca la lengua. Las dos niñas, rojas empapadas en sudor, lloraron con vocecillas chillonas e irritadas. Las moscas se pegan a sus narices, a sus brazos descubiertos; Gauchère apenas tiene tiempo de espantarlas. Pero había que llevar a las dos pequeñas. No era posible dejarlas en la torre, con la dama a dos leguas de allí.

Medio desnuda sobre los almohadones mojados y ardientes, Milessant da vueltas y más vueltas, buscando una posición que mitigue el dolor de su corazón. A veces aparta un poco la cortina de lienzo para ver el verde y gris del follaje y los troncos de robles y abedules que se deslizan

lentamente al paso de la carreta. ¡Si al menos los baches y las piedras no la forzaran a vomitar tantas veces! Pero lo más duro es el pensamiento de ese otro niño inútil que no llegará a nacer y que la atormenta y roba sus últimas fuerzas, como si ya no sufriera bastante sin él.

Al atardecer cae el calor, cesan los saltos sobre las piedras; pero no llega el reposo. Gauchère lleva leche para las niñas. Las moscas dan vueltas en derredor. La leche huele mal, un olor agrio, dulzón, que provoca náuseas. El barón levanta el toldo e inclina su fuerte cabeza oscura sobre Milessant. Su aliento es tan pesado, tan fuerte que, de golpe, parece quitar todo el aire bajo el

toldo; la voz del barón, que quiere ser baja y suave, atruena los oídos.

—¿Cómo te sientes, hermosa mía?
(Como si ella pudiera sentirse bien.)

Sus ojos fingen tristeza; pero su cara sólida, tensa, barbuda, parece decir: «El tiempo es espléndido; bella es la vida». «¿Y yo? —piensa Milessant—. ¿Y yo? Para mí todo es feo. Espera mi muerte. Se sentirá liberado.» No contesta. Cierra los ojos. Ansiau dice: «Sólo estamos a tres leguas de Langres. Mañana a mediodía veremos las torres de la catedral». A lo que Milessant contesta:

—Mañana a mediodía habré muerto.
Y sus propias palabras la asustan.

Como si por primera vez en su vida se diera cuenta de que la muerte existe de veras.

No cerró los ojos en toda la noche. Ni siquiera tenía ya pensamientos tristes: sólo el calor, los mosquitos y la tos le impedían dormir. Corrió un poco la cortina y vio un campo de heno segado, estrellas. Todo era tan amplio, tan tranquilo en derredor. Hacia la parte del albergue roncaban los soldados; los perros gruñían en sueños. Cerca de ella, a sus pies, oía la respiración suave y rápida de sus hijitas.

Al llegar la mañana tuvo que ponerse de nuevo en camino. El aire estaba aún bastante fresco. Hacia la hora

tercia el sol, ya caliente, extendía sobre el camino las sombras alargadas de los jinetes y de la carreta. Milessant dijo a Gauchère:

—Decid que detengan los caballos, no puedo más.

El barón se acercó a ella y preguntó qué le ocurría.

—Ya no nos queda mucho; y no conviene detenerse con el calor.

—Ansiau —dijo la joven—, me ahogo; llevadme al aire libre.

Ansiau descabalgó y la tomó en sus brazos. Milessant tenía un rostro terroso y los párpados oscuros. Ansiau pensó que aquello era el fin. No se hallaba preparado a eso: había contado tanto

con san Mamed. Quedó allí, en pie en medio del camino, perdido, sin saber qué hacer con aquel cuerpo que cada vez pesaba más.

—Dejadme en tierra, en cualquier sitio —suspiró Milessant, que parecía apiadarse del embarazo del hombre. Gauchère tendió una manta sobre la hierba fresca.

—Estoy mejor —dijo Milessant—. Estoy mejor; Ansiau, venid más cerca. Os acordáis..., el heno..., la granja del heno...

Sonrió y puso sus manos en la frente del hombre.

—He amado vuestro amor. Ha sido hermoso. Si hay que renunciar a ello,

prefiero morir.

Sus ojos muy negros, muy abiertos estaban anegados en humedad temblorosa que se desbordaba y deslizaba junto a la nariz.

—Estás loca —dijo Ansiau—. Quieres hacerme morir. ¿Por qué me dices esas cosas? Te echaré demasiado de menos.

Milessant le acarició las sienes. Sus ojos estaban perdidos, vacíos; su sonrisa, como petrificada. Tenía que hacer un esfuerzo para hablar.

—Escúchame. Lleva las niñas a la dama. Le perdono todo, si es buena con las pequeñas. Y que nunca les diga que su madre fue una puta. Que te lo

prometa.

—Lo hará —dijo Ansiau.

—Quiero que me entierren en Langres —siguió Milessant—. Que no me arrastren más en esa carreta. Con las niñas. Orarás en san Mamed por mí. — Levantó un poco la cabeza, buscando al barón—. Sujeta mi cabeza..., un poco más cerca..., más fuerte.

Con la cabeza echada sobre la hierba, Milessant recibió los últimos besos prohibidos que iba a gustar en su vida. Después, su mirada se veló con una sombra gris. Su nariz pareció hundirse. Le dolía todo el cuerpo. ¡Si al menos el barón pudiera sostenerla, abrazarla con fuerza para que no se le

escapara! Después, ya no sintió aquellos brazos.

Milessant no era una bella muerta, porque estaba delgada como un esqueleto. Lisa y seca, con su vientre ya saliente y sus largas manos huesudas, dormía echada en la carreta y su cabeza morena y descamada saltaba a cada tropiezo de la carretera y sus párpados se entreabrían. Gauchère cubrió el rostro con un lienzo blanco; las dos niñas, acurrucadas en un rincón, alborotaban y discutían sin prestar atención al cadáver. Pero Eglantine, que ya tenía dos años y medio parecía sorprendida de ver tan tranquila a su madre.

Llegado a Langres, Ansiau hizo abrir una tumba en el gran cementerio junto a la catedral. Al sacerdote que presidió el entierro le dijo que la muerta era su nuera, sin dar más explicaciones. Como había muerto sin Sacramentos, hizo cantar dos misas por el descanso de su alma, hizo ofrendas y prometió otras. No llevaba mucho dinero consigo y los gastos eran grandes, vendió su capa, sus anillos y las pocas joyas que Milessant llevaba consigo. Todo esto lo ocupaba tanto que no podía pensar.

Encargó a un marmolista una placa de piedra gris con una cruz cuadrada esculpida en lo alto y el nombre de Milessant de Nangi, esposa de Ansiau

de Linnières, con letras grandes: MELISANDA NANGI ANSELLIS DE LINNERIIS UXOR ANNO DOMINI MCIVC. Prometió pagar la segunda mitad de la suma en Navidad, cuando volviera para ver la lápida colocada. Y antes de salir de Langres llevó a Gauchère y a las dos niñas a la tumba aún reciente. Sentadas en la tierra todavía húmeda, las pequeñas presentaban al sol sus nuca rubias y sus manitas de dedos abiertos; Eglantine observaba con aire pensativo una lombriz de tierra que se deslizaba entre dos guijarros.

De rodillas ante la tumba, Ansiau no lograba imaginar que Milessant

estuviera allí de veras, en aquella tierra parda, en una caja de madera, negra y viscosa como están los muertos; y toda invadida de gusanos. Su chiquilla. Su loca chiquilla. Su juventud.

VIII

EL TRONCO Y LAS RAMAS

En la ciudad de Chatillon-sur-Seine, entre Langres y Tonnerre, al borde del gran bosque, fue colocado en un pequeño ataúd y depositado en una tumba para ser comido por gusanos y larvas y convertirse en polvo, jugo de plantas y raíces, el cadáver de una niña llamada Andrée. Fue a causa del calor. El regreso había sido duro; en las

posadas, la leche se servía en sucias escudillas. Ambas niñas cayeron enfermas. Pero Andrée sólo tenía un año y cuatro meses; en sólo dos días cambió completamente; no parecía la misma niña. Su cara se había empequeñecido y las ojeras apagaban sus ojos; por el extremo izquierdo de su boca torcida dejaba escapar en convulsos hipos la papilla que se le daba. La última noche gritaba con ayes lastimeros.

Nada pudo hacerse; estaba muerta. Ansiau notó cómo se endurecían los pequeños hombros redondos, las nalguitas rojizas y agrietadas y la carita grisácea, casi transparente. Envuelta como un recién nacido, más larguirucha,

rígida, parecía haber crecido en un momento. En su rostro había la resignada tristeza de quienes han sufrido mucho.

En medio de un calor asfixiante, Ansiau, muy débil también por la disentería, se arrastró hasta el cementerio. «Si al menos estuviera allí la dama —pensaba— para velar por todo... Ella entendía más de entierros de niños.» No tenía dinero con que pagar el embalsamamiento del cuerpecito; todo lo que llevaba lo había gastado en el entierro de Milessant. Mejor era dejar a Andrée abandonada donde había muerto: en Chatillon.

Se había dicho que los niños nacidos

fuera de la ley estaban malditos. Dioses negaba la vida. Gauchère, que tanto los quería, movía la cabeza diciendo: «Marchan donde está su madre»; o también: «Es la madre que los llama». Eglantine, acalorada, muy pálida, se revolvía sobre la almohada que le servía de lecho. A la vuelta del cementerio, Ansiau se acostó a su lado, con su cara junto a la de la niña. Estaban albergados en una pobre posada, cuyas paredes olían mal, como la paja en la que yacían. Ni un poco de aire en la estancia. Gauchère les llevaba agua, pero estaba tibia. Ansiau pensaba que para Eglantine sería mejor morir, volar junto a Dios, que vivir sin madre.

Durante toda la noche, la niña se abrazó a él, impregnándolo de hedores agrios de diarrea y de sudor caliente. No podía estar tranquila; sufría. Gemía suavemente, en una semiinconsciencia; suspirando, acariciaba con su húmeda manita la cara del padre, como hubiera acariciado a su muñeca, tiernamente, para tranquilizarla.

Ansiau, con el corazón y las entrañas revueltos, sólo pensaba en el medio de conservar a la niña a su lado a toda costa; y andaba buscando con la mente qué podría ofrecer a Dios a cambio de la salud de Eglantine.

¡Ah! Dios y Nuestra Señora y santa Colomba y san Mamed, y todos los

santos del cielo, debían saber que era pobre como Job en el estercolero y que no podía costear una peregrinación ni hacer obras de caridad. Pero la niña era una bastarda y no había razón para que Dios se apiadara de ella.

A la mañana siguiente, como Eglantine parecía más débil y más pálida que la víspera, Ansiau se fue a la iglesia, llamó al párroco y al diácono y ofreció a la Virgen un cáliz de plata labrada si obtenía la curación de su hija. Y una vez escrita, jurada y sellada la promesa, se volvió a la hospedería.

Eglantine dormía y se mordía los tiernos labios en sueños. Las moscas se posaban en la nariz y en los párpados.

Gauchère, sentada en el suelo, con la cara entre las manos, lloraba ya a su «Glantine» como si hubiera muerto. Ansiau espantó las moscas y dispuso a la niña sobre su brazo izquierdo.

Para salir de Chatillon fue necesario vender la carreta, las mantas y dos caballos. Gauchère montó detrás de Thierr-Guiot y Ansiau colocó a Eglantine delante de sí —la niña seguía pálida, pero recobraba rápidamente las fuerzas, como suele ocurrir a los niños de corta edad—. La pequeña susurraba y volvía la cabeza de un lado a otro, como un chorlito. Y Ansiau posaba con orgullo sus grandes ojos cansados en la niña recostada en él y pensaba:

«Ardillita mía, mi blanca comadreja, mi pequeño cervatillo. Mírala cómo se mueve: parece no haber sufrido nada». Eglantine tiraba con sus deditos de la orín del caballo y chillaba gozosa: «¡Arre, arre!».

Durante la parada en Laignes, Ansiou vio en sueños a Milessant, débil y pálida, sentada sobre una piedra, con una camisa de sayal, los pies descalzos y el cabello suelto. Lloraba y decía: «Maldito traidor, villano fastidioso: ojalá se hinche tu vientre y revientes, se pudra tu lengua y los diablos te hagan tragar agujas y cuchillos. ¿Así has cuidado a mi hijita? ¿Acaso te la dejé para que la hicieras morir? Es la dama

quien ha hecho que muera, y tú nada dices. Y aún quieres matar a Eglantine». Y se puso a llorar con grandes sollozos y gritos tan lastimeros que a Ansiau se le oprimió el corazón y empezó a decirle: «Eres tan loca como antes. Ven, cabeza dura, ven y acuéstate». Y de pronto apareció ella con una camisa violeta y transparente, que dejaba ver a través de los pliegues el cuerpo de la joven, blanco y redondo como antes de nacer Andrée. En seguida, Ansiau se echaba a su lado y la tomaba por los codos y le besaba el cuello y el hoyuelo entre el cuello, el hombro y la nuca. Milessant se ceñía a él, le hundía las manos en los cabellos y decía: «Ya lo ves, no estoy

muerta; estoy viva, lo ves bien, lo ves...».

Y con la tristeza del despertar, Ansiau comprendió la pérdida que había sufrido. Casi sentía deseos de dormirse y no despertar nunca. Después le remordió la conciencia. Una muerta es una muerta. Se la deja en paz. La pobre muchacha no debía haber encontrado el descanso puesto que volvía a él con deseos lujuriosos. Se hizo la promesa de encargarse de misas por el alma de Milessant de Nangi, su nuera, muerta sin sacramentos, en estado de pecado. Pero del sueño de la víspera conservaba aún en sus labios y en sus brazos el olor de la amiga, el roce de sus cabellos ligeros

y cálidos. «Convendría buscar una muchacha que se le parezca —decíase—, rubia y un poco delgada.» Pero ¿dónde encontrar unos cabellos tan claros, una piel tan blanca? Se necesitaría para ello una mujer noble.

De regreso en el castillo, nada dijo a la dama. Aalais comprendió. Tampoco dijo nada, porque estaba satisfecha de que hubiera desaparecido su rival y no quería fingir tristeza. Mahaut tembló como una hoja y se arañó las mejillas con las uñas. Ansiau dijo:

—Dama, sé que tenéis todo el derecho a estar enfadada. Pero ella ha muerto: todo se acabó. En cuanto a la niña, nada os ha hecho: sed buena con

ella.

—Tenéis bastantes criados — replicó Aalais—. Podéis guardar a vuestra bastarda en Seuroi o en otro sitio. Yo no puedo ocuparme de ella: tengo a mis propios hijos.

Ansiau alzó los hombros y le puso a Eglantine sobre las rodillas.

—Sabré perfectamente si no sois buena con ella. Y si la maltratáis, me lo pagaréis.

Aalais, irritada, apartó las manos de la niña, que ya buscaban su collar de marfil. Después vio que la niña tenía unas costras en tomo a los labios, los párpados amarillentos y la cabeza piojosa. Y dijo al barón:

—¡En buen estado la tenéis!

Y mandó en seguida que le trajeran agua, un peine y pomadas.

Aalais tenía el corazón en la punta de los dedos. Apenas acababa de lavar, limpiar y vestir a la huérfana, cuando ya la amaba tiernamente. Saltaba a la vista que la niña no valía gran cosa; sus piernas estaban torcidas y el vientre hinchado; la cabeza era grande y fea la cara. Tenía a quien parecerse, porque Milessant había sido fea; sólo eran hermosos sus cabellos rubios; y por contraste, la niña había nacido morena. Evidentemente, la dama no podía enorgullecerse de haber adoptado esa cosilla quejumbrosa: era lo único que

Milessant podía producir.

Pero al menos era de buena raza; no era como el hijo bastardo de una criada; no se la debía humillar. Además, alborotaba tanto y parecía tan espabilada, que seguramente se la podría enseñar a obedecer y a ser limpia. Así pues, Aalais se apresuró a encontrar motivos para adoptar a la niña.

Al anochecer, la dama acostó a Eglantine en la cama grande, junto a Joceran, seis meses mayor que ella. Joceran era regordete, rubio y sonrosado; y la dama, viendo a los dos pequeños acostados el uno junto al otro, sentíase orgullosa y pensaba: «Barón,

amigo mío: podéis estar satisfecho de tener una esposa como yo, que trata a vuestro bastardo como a sus propios hijos».

Ansiau no parecía apreciar la bondad de su esposa. Se limitó a mirar a los dos niños en la gran cuna y dijo:

—Mirad qué pestañas tan grandes tiene y qué bellas son sus cejas. ¡Ah! ¡Qué fina es!

Y añadió:

—Andrée tenía los ojos azules.

Aalais pensó: «Sí, tenía los ojos azules. Vos lo sabéis bien, barón. Pero ignoráis de qué color los tiene Garin, nuestro último hijo. No llorasteis mucho cuando nuestro Ibert murió el pasado

invierno». Pero de esto nada dijo en voz alta, porque ya hacía tiempo que no decía al barón lo que pensaba. Había perdido la costumbre de hacerlo. Rezó sus oraciones y se acostó en silencio. Cosa extraña, la muerte de Milessant no le había causado alegría alguna. Una muchachita demasiado tonta; bien, en todo caso era una buena chiquilla; pero muy débil; seguro que no era la primera vez que se dejaba seducir por un hombre que todo lo podía sobre ella. De los dos, el barón era el más culpable.

Y Ansiau, aquella noche, intentó hablar. Dijo que todo aquello era duro, que estaba triste.

—Si vos supierais —prosiguió—.

Era tan dulce...

Estaba enfermo y débil y lloró sobre el hombro de la dama. Aalais lo meció como a un niño y le acarició el cabello, porque no podía hacer otra cosa.

Había que contar con Eglantine de Nangi. Cuando Eglantine lloraba era siempre por culpa de alguien y normalmente ese alguien era Joceran. Lloraba siempre con la boca abierta de par en par, sacudiendo la cabecita con rabia y desesperación y sus lagrimitas se deslizaban por todas partes, inundando sus mejillas, y como nadie hacía caso de esas lágrimas, Ansiau acababa enfadándose y decía:

—Es más fuerte que yo; no puedo

resistirlo. Me conmueve y se me agarrotan las entrañas.

Y una cosa era cierta: Eglantine no podía tener las pestañas mojadas sin que el barón la tomara en sus brazos y la cubriera de besos. Mandaba que le dieran pan con miel y obligaba a Joceran a dejarle sus juguetes. Y decía siempre:

—No tiene madre; soy yo quien tiene que mirar por ella.

Cuando se iba de caza, un gusano le roía el corazón: Eglantine lloraría, Eglantine estaría afligida; a Eglantine la abofetearían, o la morderían los perros; o no le darían de comer... «Nadie se compadece de un bastardo», pensaba al

regreso; y su corazón latía con fuerza.

A la vista de su padre, Eglantine lanzaba un grito agudo, como si se le hiciera algún daño, y estiraba los brazos, lanzándose precipitada a él; se caía del banco y el barón la cogía en el aire. Reía con intensa alegría, manifestada en felices chillidos y sus ojos centelleaban, acariciadores y confiados: era para perder la cabeza. Anseau no sabía lo que podía haber hecho para provocar esa alegría de Paraíso; estaba maravillado. Y ya Eglantine le tiraba del pelo y de la barba y le mordía en la nariz.

Sentíase inclinado a creer que el día de mañana la niña sería fea, porque

todos lo decían así. Tenía el cabello dorado oscuro, que iba haciéndose cada vez más moreno, y la cara irregular. Era una cabecita pequeña, de pajarillo, en la que sólo se apreciaban dos enormes ojos salientes y negros y una gran boca siempre abierta para reír, para llorar o para charlar. El padre pensaba: «Tendrá los ojos bonitos». Por el momento, esos ojos ocupaban mucho espacio, se revolvían, parpadeaban entre sus bellas pestañas, se abrían asombrados y brillaban. Podría comparárseles a dos bestezuelas con una sola vida. Y la boca reía, bostezaba, se abría como un pico de ave, siempre tan movida que nadie sabía cómo era en estado de reposo.

Ansiau no encontraba suficientes golosinas que llevar a esa boca; y la dama decía:

—Acabará con dolores de estómago.

Y era eso lo que sucedía. Pero Ansiau tenía sus ideas: si la niña comía, era porque tenía hambre; si después se encontraba enferma, era porque la gente la quería mal.

Eglantine tenía unos brazos pequeños que se estiraban y cruzaban; su cuello era delgado, con un hoyuelo en la nuca; exactamente igual al de Milessant. También los tenía en los codos. Sus plantas de los pies eran rosadas, y Ansiau no podía contemplarlas tranquilamente. Por la mañana o por la

noche, al saludarla o despedirla, parecía comérsela con voraces besos, besos de amante, a los que la niña reía como una loca. La dama decía entonces:

—Eso está mal: la niña no podrá dormir tranquila.

Aalais pensaba bien lo que decía, pero el barón se empeñaba en no ver más que celos por parte de la dama.

Eglantine era fácil de educar. Empezó a hablar a los tres años. Tenía un espíritu despierto, pero era sucia y desordenada. Cuando el barón estaba ausente, la niña recibía su buena ración de pescozones y bofetadas. No se desanimaba; sólo en presencia de su padre se ponía nerviosa y lloraba por

cualquier pequeñez. Un día, el barón le preguntó:

—Dime, pequeña, ¿te pega la dama cuando no está tu padre?

—Sí.

Ansiau frunció el ceño:

—¿Y quién más te pega?

—No sé... Joceran (Joceran era su gran enemigo).

—¿Y la dama Richeut? ¿Y Mahaut?

Eglantine respondía siempre «sí», sin pensar en lo que decía. A partir de entonces no volvieron a golpearla. Sólo Joceran le tiraba de los cabellos y arañaba sus mejillas. La dama gritaba:

—Déjala, bribón. Tu padre va a llegar esta tarde.

Garin, el hijo menor de la dama, estaba enfermo. Vomitaba su leche y adelgazaba cada vez más. Perder un niño de siete meses es duro. La dama hacía venir al castillo todos los días a Flora, la vieja y enjuta bruja, que bañaba al niño en agua mezclada con sangre de serpiente, le ponía al cuello una medalla con la efigie de un renacuajo para conjurar a los espíritus malignos y lo llevaba dos veces por semana al atrio de la iglesia. Pero de nada le valió al niño. Garin murió y fue enterrado en noviembre, por San Martín, junto a sus hermanos. La dama esperaba otro niño para la Pascua florida.

—No sé qué va a suceder —decía a

Mahaut—, pero creo que tampoco vivirá mucho. Desde Joceran no he podido conservar a ninguno. Lo mismo Ibert que Garin murieron prematuramente.

Y tenía la secreta esperanza de no volver a estar más encinta, pues ya alcanzaba los cuarenta años.

Mahaut nada respondía. En los últimos meses había cambiado mucho: estaba taciturna y triste y lloraba con frecuencia. Por Navidad marchó con su padre a Langres para rezar sobre la tumba de Milessant. Padre e hija no se estimaban mucho; podían pasar días enteros sin decirse una palabra. Pero el largo viaje y el estar los dos juntos tanto tiempo, acabó un poco con aquella

frialdad. La joven se enfrió y enfermó; pero a pesar de todo prosiguió el viaje. En Tonnerre, en una posada frecuentada por peregrinos, Ansiau se instaló en un banco junto al fuego, después de una fuerte discusión, porque no tenía con qué pagar un buen alojamiento y debía procurárselo a la fuerza; pero todo el mundo acababa apiadándose de la joven, aterida de frío y sacudida por los golpes de tos.

—Hija mía —le preguntó—, ¿por qué no me quieres?

Mahaut fijó en él su ojo derecho.

—Mile era mi hermana —replicó.

De regreso en Linnières, Mahaut tuvo que meterse en cama y Aalais creyó

perder la cabeza. Trató a su marido de asesino y tantas cosas le dijo que, más tarde, tuvo miedo a su reacción. Le echó en cara lo de Baudouin de Puiseaux, lo de la dama de Chalmiers y Guillaume, las deudas, la muerte de los niños, la dote de Milessant y, por último, la presencia de una bastarda en su casa.

—He sufrido demasiado por vos, barón —le dijo—, y no puedo más. Si mi hija muere, me iré de aquí.

Mahaut se repuso pronto. Pero la dama seguía guardando en su corazón una oculta amargura contra su marido, a causa de las duras palabras que le dijera.

Pasado el deshielo, el viejo Garnier

de Buchie fue a Linnières a anunciar a su vecino que, por fin, había quedado viudo. Mahaut, todavía muy débil y pálida después de la enfermedad, sirvió la comida y le ofreció la copa de vino, doblando la rodilla al dársela. El hombre era coloradote de cara, pero seco, sus orificios nasales casi se unían al labio superior y la larga nariz caía sobre su corta barba gris, como interviniendo en la comida. Mahaut tenía un gran corazón. El hombre tomó la copa de sus manos y la besó en los labios; Mahaut sintió que estaba temblando toda ella y que tenía fríos los pies y las manos.

—Hija mía —le dijo la dama por la

tarde—. Haced como os parezca, yo no os obligo. El barón lo desea y yo también lo querría, porque ese hombre es un buen caballero y de excelente familia. Y pronto cumpliréis veintiún años.

Mahaut temblaba con tanta fuerza que apenas podía trenzarse el cabello.

La dama dio a luz en Pascua florida y dos semanas después se celebró la boda de Mahaut. La ceremonia tuvo lugar en Buchie, lo que iba contra la costumbre, porque Mahaut era la hija mayor y el barón hubiera debido cargar con los gastos de la fiesta. Pero todo el país sabía que Mahaut de Linnières no tenía otra dote que su honra —¡y aun así

(decían las comadres) a los veintiún años...!—. Garnier de Buchie tenía hijos en edad de merecer, que estaban furiosos por la nueva madrastra y aseguraban bajo cuerda que la bella Mahaut había dado a luz ya varias veces y que estaba en tratamiento de brujerías bajo la guía de Flora. Al viejo Garnier nada de eso le importaba mucho: hacía ya tres años que amaba a la joven tal y como era. La llevó a su casa y puso en sus manos todos los poderes, como esposa suya; instaló en el jardín un columpio para ella y puso a su servicio directo a la mayor de sus hijas. Hizo que la guardaran como se guarda el dinero. Un mes más tarde, Mahaut quedó encinta

y desde entonces sólo pensó en el pequeño Garnier que iba a venir al mundo.

Pasada la boda de Mahaut, Ansiou volvió a Troyes. No tenía dinero para pagar a Abner y contaba con obtener nuevas prórrogas. Necesitaba ahora con qué comprar el cáliz que había prometido a la iglesia de Chatillon. Hizo fundir algunas cadenas que le quedaban y algunos broches: pero eso no le dio más que para la mitad del cáliz; y si no cumplía a tiempo su promesa, ¿quién sabe a qué riesgos estaría sujeta la salud de Eglantine? No había querido apartarse de la niña durante tanto tiempo y así la tenía consigo en Troyes. Durante

el camino, tristes pensamientos le rondaban por la mente: la niña hubiera podido heredar la dote de su madre, con tal de haber casado a Milessant con Girard cuatro años antes: así, estando la madre de Eglantine casada, era más difícil averiguar cuál era el verdadero padre de la niña. Ahora, en cambio, la dote de Milessant había pasado a manos de la dama Béatrix y a los señores de Chesley; a Ansiau no le quedaba otra esperanza que la de no verse obligado a pagar a Abner el dinero que le había prestado sobre la dote.

En Troyes discutió con el judío: Milessant de Nangi, su nuera, había enviudado y quedado libre; había

pedido prestado dinero con la garantía de sus dominios; pero ahora estaba muerta. Sus deudas pasaban a sus herederos. Pero dama Béatrix se negaba a devolver un dinero que ella nunca había tocado; y Ansiau de Linnières había salido fiador de su nuera, por lo tanto, le correspondía pagar. A esto replicaba Ansiau que él había salido fiador de su nuera mientras ésta poseyera sus dominios; pero ahora, la herencia de Milessant volvía a manos de la madre y los tíos de la difunta. Abner, viejo ya, encorvado y tembloroso, se encolerizaba y fingía gemir:

—¡Siempre es el judío quien paga!
Ignoro en qué relaciones está el señor

caballero con la dama Charron; lo que sí sé bien es que presté dinero y esos dominios no me han proporcionado un céntimo: hace tiempo que el señor de Nangi convirtió sus tierras en terrenos baldíos para la caza.

—¿Y las viñas? ¿Y las colmenas? — insistía Ansiau.

El señor caballero debía saber perfectamente que la dama Charron había recibido dichas viñas en feudo y de esto hacía ya diez años.

—Tú sabes bien, perro judío — rebatía Ansiau, acercándole los puños a la barba— que la dama Charron es más rica que tú. Haz que te pague ella: yo no tengo dinero. ¿Quieres mis calzones?

¿Mi camisa...?

Desde hacía veinticinco años tenía que habérselas con este hombre. Servíase de él como se utiliza un lazo de caza, a la vez útil y peligroso, una especie de caja de la que se saca dinero y que, si no tenéis cuidado, sabe sacároslo también del bolsillo. No olvidaba que este hombre conservaba excelente recuerdo de su tío Herbert: detalle que supo aprovechar una y otra vez. Pero, tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe. Y Abner, a quien durante la cruzada tanto diera que hacer la señora de Linnières, resultaba ahora mucho menos indulgente. Estaba cansado. Ante sus ojos de vieja águila

pasaban año tras año todos estos francos tan ávidos de dinero, hombres y mujeres, raza sanguinaria e impúdica, tan semejantes unos a otros, con los bolsillos vacíos, los cerebros vacíos y esas grandes manazas... Abner los despreciaba de todo corazón, y bien sabía Dios que tenía un corazón y era capaz de despreciar. Pero su voz se hacía más meliflua y sólo sus ojos se endurecían.

Ansiau daba puñetazos en la mesa, juraba, amenazaba y decía que prefería verse excomulgado y encerrado en una mazmorra antes que dar un ochavo por la tierra de dama Béatrix. Pero acabó pagando al menos los intereses del

préstamo, porque necesitaba dinero para el cáliz y Abner no se lo prestaba sino con esa condición. Esta vez propuso como prenda a su hijo menor, Joceran: si el dinero no fuera devuelto antes de Navidad, Abner retendría al niño hasta que la deuda fuese saldada: Ansiau contaba con no llevar nunca a Joceran a Troyes y con que el judío no fuera nunca a buscarlo a Linnières. Pero la dama no perdonó a su marido aquel trato en cuanto lo supo.

Aquel año —Ansiau se hallaba todavía en Troyes— la condesa Marie y el conde Thibaut y toda la caballería comarcal y el buen pueblo de las ciudades supieron una triste noticia: el

conde Henri, rey de Jerusalén, había muerto en Acre, a causa de un accidente, cayendo de una ventana de su palacio. Dejaba dos hijos de corta edad, a los que los obispos de Troyes y Reims, por orden del papa, declararon bastardos y desheredados de la sucesión, porque el matrimonio de Henri había causado gran escándalo en Occidente. Thibaut fue conde de Champaña en lugar de su hermano. Y en Troyes se hablaba ya de la nueva Cruzada: tras la muerte de Saladino, su hermano Safadino amenazaba de nuevo el reino; Jaffa había caído en manos de los musulmanes y corría el rumor de que los peregrinos eran maltratados en Jerusalén: había que

empezar de nuevo.

Desde Troyes, donde ya se consideraba extranjero, Ansiau se fue a Chaource y desde aquí a Hervi, a casa del viejo Haguenier que, obeso, con gota, medio sordo, pasaba el tiempo llorando a sus hijos y recibiendo a sus parientes. Allí encontró Ansiau a Manesier de Coagnecort, a los hijos de Hue de Baudemant, a Joceran de Puiseaux, hijo de Baudouin y a Herbert, su propio hijo que, aburrido en Linnières, acudía a saludar a su viejo suegro. Cosa extraña: al viejo Haguenier, que sabía muy bien cómo Herbert trataba a Bertrade, le gustaba mucho su yerno y a menudo le decía:

«Cuando seáis señor de Hervi» o bien: «Cuando la casa sea vuestra» y Herbert suspiraba y decía a todo aquel que quería oírle: «¡Santo Dios! ¿Cuándo veré reventar al viejo?». En casa de Haguénier se habló del conde Henri, de la cruzada, de Tierra Santa y Manesier de Coagnecort preguntó a Ansiau si pensaba tomar la cruz por tercera vez. Ansiau movió los hombros y bajó los ojos hacia Eglantine que, sentada en sus rodillas, jugaba con una sortija. Cuando la niña levantó los ojos, el padre sonrió tímidamente, como hacía siempre que la miraba en presencia de otros hombres.

—¿Acaso puedo dejar a esta criatura? —dijo—. No tiene madre. No

saldré del país antes de haberla casado,
desde luego, no antes de diez años.

* * *

Por qué me pega mi marido:

¡Dejadlo!

Ningún mal le hice nunca

Ni mala palabra le dije,

sino acoger a mi amante

a solas

Por qué me pega mi marido

¡Dejadlo!

Pero sé bien lo que haré

y en qué modo he de vengarme:

con mi amante yaceré

desnuda.

*Por qué me pega mi marido
¡Dejadlo!*

—Dama —dijo Mahaut—. No me gusta esa canción.

—Hay muchas canciones que no nos gustan —respondió la dama—. Y sin embargo, las cantamos.

—Voy a deciros una cosa, dama: nunca tomaré un amante, puesto que no he tenido al que amaba mi corazón.

—Haréis bien: no se gana gran cosa.

La dama levantó la cabeza para enhebrar la aguja. Suspiró:

—Cuando se tienen hijos como los vuestros, es preferible no correr el riesgo. Desde Navidad habéis adelgazado.

—Y sin embargo, me encuentro perfectamente.

Mahaut sacudió su hermosa cabeza y echó atrás sus largas trenzas rojizas. En dos años había adelgazado y estaba más bella y parecía más que nunca una santa de marfil. Sus admirables ojos, no hundidos sino cuidadosamente encajados en los finos pliegues de sus párpados, tenían ahora un brillo más seguro y no desprendían llamas. Hacía dos años de su matrimonio con Garnier de Buchie. «... Y Dios sabe que no quisiera encontrarme tan bien. He intentado el remedio que me disteis, pero nada...»

—¿Todavía nada? Eso me extraña.

Vuestros hijos deben de haberos embrujado, o yo dejo de ser la dama de Linnières... Pero escuchadme: podéis aún hacer esto. Preparad vos misma un guiso de criadillas de jabalí, con unas hierbas que voy a daros y servid el guiso al barón a la hora de cenar, pero, sobre todo, que sea una noche de luna nueva, porque la noche concibe de nuevo a la luna en esas horas y es ése el momento más apto para las concepciones. ¡Oh! Bien sabe Dios que nunca necesité de esas noches ni de tales hierbas. Miradme bien: ya estoy en el quinto mes y nada me gustaría tanto como poder cedéroslo.

Mahaut la miró con envidia.

—Es culpa de mi marido, no mía — dijo—: todavía se acuesta con la Gillette du Loup-Pendu y tampoco ésta espera un hijo. Y ese viejo desdentado, como si entendiera algo de todo esto, jura que es que tengo las entrañas echadas a perder por los partos.

Su labio inferior se estremeció y se contrajo y sus manos volvieron a la labor.

Nueve meses después de su boda había dado a luz con tantos trabajos que su lengua estaba seca y sus ojos parecían ir a salirse de las órbitas. El niño nació muerto, ahogado por el cordón umbilical, azulado por la asfixia..., un niño, un hermoso niño.

Después, nada: como si fuera una chiquilla. El disgusto de tener que soportar al viejo Garnier tres veces a la semana. En cambio, la dama, que tenía ya los cuarenta años pasados, seguía concibiendo: y se hallaba ya en su vigésimo embarazo, por lo menos. Esas cosas ocurren cuando se tiene un marido más viejo que el propio padre.

—Hija mía..., ¿sabéis que Herbert vuelve a casarse en primavera?

Mahaut bostezó:

—Mejor para él. No seré yo quien se lo impida... ¿Y quién es la pobre muchacha...?

—Aelis, la hija de Ansiau de Bercen. Su hermana murió de viruelas el

año pasado y ahora es ella la única heredera de sus padres.

—Bueno: por lo menos no es un mal negocio.

—Pues ahí está el mal —siguió la dama—, porque también Girard quería a la damisela. La había hecho pedir ya por medio de mi sobrino Joceran de Puiseaux. Al padre no le interesa más que un caballero. Pues bien: Bertrade está reventando y ya Herbert envía a Aelis una sortija y otros regalos por medio de Jacques de Vanlay, sin decimos nada ni a mí ni al barón. Ansiau de Bercen dijo que le parecía bien y sin previo aviso nos manda a su sobrino Bemier para hablamos de la boda.

Podéis suponer lo que me ha parecido todo eso, puesto que yo deseaba a la joven para Girard.

—Pero, madre —dijo Mahaut—, Ansiou de Bercen tiene derecho a preferir a Herbert. Herbert es rico. Es ya un hombre: ha estado en Tierra Santa.

Los ojos de la dama se endurecieron.

—Pero podía haber dejado esa muchacha para su hermano. A él no le faltarán mujeres. Girard tenía probabilidades de salir airoso: y creo que Aelis también le amaba.

—¡Como si a un padre le importara algo lo que su hija quiera o no! —dijo Mahaut, con una sonrisa seca—. Girard,

naturalmente estará furioso...

—Ya lo creo que lo está.

A los veinte años Girard era un hombre guapo, pero menos de lo que lo fuera a los dieciocho. Esbelto, alto, con el cuello largo, ojos ardientes, mejillas coloreadas, parecía hallarse siempre en plenitud de facultades, como dispuesto a la lucha; sentábase como un sabueso que se detiene a humear el aire antes de proseguir su carrera. Volvía la cabeza, atropellaba a los criados, subía la escalera de cuatro en cuatro, se lanzaba hacia la dama y la besaba en los ojos.

—Madre, hoy he cazado mucho, he matado al viejo lobo... Guión os traerá la cabeza. Mahaut, querida hermana, sed

bienvenida.

Sentábase en el suelo y la dama empezaba a enredar sus dedos en los largos bucles color castaño de su hijo.

—¡Qué sofocado estás! ¿Por qué corres así? Ya no tienes catorce años.

Girard se estiró y se puso en pie de un salto.

—No, a Dios gracias. Pero me da rabia pensar que el gran cerdo tuvo ya sus espuelas a los diecisiete. Tiene dinero. ¿Por qué no le decís que me equipe?

—Se lo he dicho.

—Bueno: se lo habréis dicho mal. Sé bien que os escucha cuando le pedís algo. Pues atended, madre —paseaba de

un extremo al otro de la sala, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada adelante—, lo que voy a hacer es esto: iré de noche a la casa de Ansiau de Bercen y le arrebataré la hija. Entonces se verá obligado a casarnos.

—¡Dios os guarde! —dijo la dama—. Herbert os mataría.

—No. Lo haré así —prosiguió Girard—. Y aún lo haré mejor. ¿Creéis que me importa esa dote? Haré lo que quiera de la muchacha y se la devolveré a su padre: que se las arregle como pueda. Y veremos si Herbert insiste.

—No estáis en vuestros cabales —dijo la madre—. Id y descansad. Comed algo. Hice guardar para vos un poco de

cabrito.

—¡Dama! —Girard estrujó una vez más los velos de la dama y besó sus pálidas mejillas, ¡Dama! ¡Os quiero de verdad! Sabéis lo que me gusta el cabrito. Sois buena. Escuchadme: cuando sea rico os regalaré un velo bordado todo él en oro y tan cargado que no se verá el tejido.

La dama sonrió feliz a su pesar.

—Id, loco, id abajo; se os enfría la carne.

Girard desapareció tan aprisa como había venido.

Sentada en el arquibanco junto a su cama, Mahaut se deshacía las trenzas; su hermana Alette, de rodillas, rezaba el

rosario. Hersent de Beaumont, su prima, se desnudaba, bostezando.

La dama, en camisón, con una vela en la mano, se acercó a la cortina y la corrió suavemente.

—Mahaut, querida; el barón no está, puedes venir a mi cama; allí estarás mejor.

Mahaut movió la cabeza.

—No, dama; estoy bien aquí. Me gusta este lecho —y rió feliz—, y el cofre y la jarra de agua. Ya veis: es como si no hubiera abandonado nunca la casa.

La dama dejó la vela en el suelo y se sentó en el arquibanco junto a su hija.

—Y sin embargo, fuiste tú quien

quiso marcharse. Yo no te obligué.

—Fue necesario. Madre, querida madre; tomadme, guardadme, no permitáis que vuelva a marchar. Os acordáis..., cuando el gran Auberi me pidió..., vos no quisisteis..., lo expulsasteis a bastonazos. Pero es posible que lo hubiese amado más que a Garnier de Buchie. —Con el rostro oculto en el hombro de la dama, Mahaut sollozaba—. ¿Por qué, madre? Y Hue, el hermano de Aioul. ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

Aalais la estrechaba contra su pecho y la mecía como se hace con un niño.

Alette había acabado de rezar y, sentada en el suelo, las miraba

largamente, con sus ojos grises y tranquilos.

La dama no se equivocaba con respecto a Herbert, pues nunca se hubiera fijado en la damisela de Bercen de haberla pedido su hermano. Desde la muerte de su suegro, Herbert vivía en Troyes y sólo iba a Linnières en la época de caza. Casualmente, por sus primos de Vanlay, supo que Girard quería casarse con la hija de Ansiau de Bercen: al momento, Herbert se sintió celoso; la joven debía ser un buen partido, puesto que la dama la quería para su Girard. Dio algunos puntapiés suplementarios al vientre de Bertrade y la pobre mujer no volvió a levantarse de

su cama. Duró aún tres semanas: muy delgada, con manchas parduscas bajo los ojos se retorció y gritaba durante horas enteras. Herbert pasaba de vez en cuando para ver si aún le quedaba mucho tiempo de vida, y volvía a sus asuntos. Después, Bertrade hizo llamar a su hija Aalais (el pequeño Hagenier estaba lejos, ya en el servicio); entonces, acudió también Herbert y pidió perdón por pura fórmula; Bertrade jadeó:

—Te maldigo.

Y echó la cabeza hacia atrás; su lengua retrocedió hasta la garganta; toda ella se coloreó de azul; después quedó blanca. Herbert la hizo enterrar y envió

regalos a la damisela Bercen.

La mujer que lo había amado mucho y odiado mucho, su esposa hacía diez años, salía de su vida y él apenas se daba cuenta. Había sido la mujer una cláusula bastante incómoda del contrato que lo hacía dueño de Hervi; ya no necesitaba de ella; la había suprimido: ahora se trataba de la nueva.

Seguro de ser aceptado, se hizo preparar anticipadamente un traje de bodas, y se dirigió a Bercenay personalmente el tercer domingo de Cuaresma. Ansiau de Bercen hizo colgar el escudo de su huésped en el puesto de honor, al lado del suyo propio, y ordenó a sus sobrinos que sostuvieran las

mangas de Herbert durante la comida. Era *un* gentilhombre piadoso y valiente, que honraba sobremanera a los cruzados, porque había perdido a su hijo mayor en Tierra Santa.

—Seréis para mí como un hijo — dijo a Herbert.

—No pido nada mejor.

Y comió todo lo que le permitía la Cuaresma. Después de la siesta, realizó una inspección en regla de la mansión, como un hombre que quiere saber lo que adquiere. El buen Ansiau, muy orgulloso, le decía:

—Aquí están las caballerizas; aquí el almacén de víveres.

Herbert lo miraba a hurtadillas,

contando sus cabellos blancos, midiendo su respiración ya un poco corta de hombre de edad: procuraba adivinar cuántos años habría que esperar.

En cuanto a la hija, apenas se fijó en ella; una chiquilla de catorce años. Con el rostro bastante claro, por supuesto, no como las jóvenes que trabajan en el campo. Aun así, por escrúpulo, envió a la sala de las damas de Bercen a la vieja que le rascaba todas las noches: debía procurarle todas las noticias que pudiera acerca de la joven, su salud, su complexión, sus costumbres de limpieza, las buenas y malas señales que pudiera distinguir en ella. Herbert no deseaba casarse al azar.

La vieja le contó al día siguiente que la muchacha tenía el cuerpo bello como ninguna: era delicada y esbelta y tersa, y aunque quisierais pellizcarla, no podríais; está todo henchido de buena savia, es caliente y blanco. Y justo entre los dos senos tiene un limar negro, redondo, no mayor que un guisante.

—Vaya —dijo Herbert—. ¿Un grano...?

Al día siguiente observó a la joven con más atención, de lejos, pues ella permanecía siempre con su madre. Una jovencita con grandes trenzas color castaño, una bonita boca de delgados y blancos labios. Bajo la túnica de gruesa lana no había modo de adivinar el

pequeño lunar negro.

Herbert regresó a Troyes tras haber decidido el matrimonio para el segundo domingo después de Pascua. Hizo que la vieja le repitiera otra vez los encantos de la joven Aelis, y el lunar negro no se le iba del pensamiento.

Poseía todo un harén; nunca había contado con el matrimonio para la satisfacción de sus apetitos, y he aquí que el pequeño lunar negro, no mayor que un guisante, venía a resolverlo todo. «¿Es una señal natural? —preguntaba a la vieja—. ¿Ha nacido con él? ¿Se trata de un buen presagio?»

Y ya no dormía, a la espera del domingo después de Pascua.

Herbert hubiera quedado sorprendido al saber que su prometida no se sentía en absoluto feliz a la idea de convertirse en castellana de Linnières y Hervi.

Durante todo el otoño y el invierno, Girard acudió a Bercen, con su primo Joceran de Puiseaux. Lo hacía por distraerse, ya que encontraba Linnières demasiado aburrido; en casa de Ansiau de Bercen hallaba siempre buen trato y excelente acogida: la mujer de Joceran era pariente de Ansiau. Los hombres pasaban horas enteras a la mesa, organizaban peleas de gallos negros y blancos, contemplaban la lucha de dos muchachos embadurnados de pasta y de

miel, escuchaban a los sonadores de flauta y de cuerno. Joceran, buen narrador, distraía al grupo con historias de guerra y de tabernas. Girard se sabía de memoria las historias de su primo y se iba al rincón de las damas que hilaban y bordaban detrás de un banco cubierto de tapices; Girard sentábase en el suelo, decía dos o tres palabras a la dueña de la casa, se rascaba la cabeza, alzábase, se inclinaba sobre una u otra de las jóvenes para ver su labor. Cada una de las muchachas estaba convencida de que había ido por ella, y Aelis más que ninguna otra, porque sus criadas se lo decían.

Girard sabía jugar con sus hermosos

ojos dorados y los hacía reír y llorar a voluntad o chispear de malicia y brillar de ternura, con ayuda del diablo. Lo hacía sin fatiga y sin propósito en cuanto veía a una joven, simplemente por el placer de verla sonrojarse. Creía sinceramente que a una muchacha le costaba tan poco ruborizarse como a él guiñar un ojo.

Ya no estaba en edad de divertirse con jovencitas. Pero un día vio a Aelis sola en la pajarera, en el momento en que ataba su halcón a la barra; la pajarera estaba separada de la perrera por un enrejado de mimbre y Girard se volvió para ver a la joven a través del enrejado. Aelis se volvió también y

dijo:

—Señor bachiller, ¿os gustan mucho los halcones?

—Me gusta cogerlos con red —
respondió Girard riendo.

—¿Y qué hacéis con ellos?

Girard guiñó un ojo.

—Cosas bonitas. Si venís conmigo al jardín os lo mostraré.

Ella se echó a reír:

—Yo no soy un halcón.

Pero estaba roja como la cinta de su cabello. Girard puso los ojos tiernos y dijo:

—Sois graciosamente bonita, ¿sabéis?

Poco tiempo después, Joceran de

Puiseaux, que tenía artes de entrometido y casamentero, dijo a Girard:

—La hija de Bercen parece estar enamorada de vos. Tendríais que arreglaros para conquistarla.

Girard no era de corazón tierno: para él, una mujer era una dote, los medios de equiparse y ganar, por fin, su caballería en la corte del conde o donde fuese. Se puso a reflexionar.

Vio de nuevo a la jovencita a través de la reja y le dijo que moría de amor. Ella le prometió decir a su padre que no se casaría con otro que con Girard de Linnières. Pero Ansiau de Bercen, interrogado por Joceran, contestó:

—No antes de que sea caballero.

Después surgió la oferta de Herbert y no volvió a hablarse de Girard. Y Aelis lloró.

Aquel año, en Linnières, apenas se celebró la fiesta de Pascua por falta de dinero. La caja estaba sin fondos y apenas quedaba ganado en el establo; unas veces vacas flacas y un ternero que la dama se resignó hacer poner en el espetón para el domingo de Pascua. La casa estaba despoblada: las viudas de los cruzados se habían casado de nuevo en otros lugares; los mozos habíanse ido a servir a otros señores. Girard el joven murió a primeros de noviembre, a los sesenta años; Richeut no se había rehecho de ese golpe; lloraba

incesantemente y empezaba a chochear; la dama ya no podía contar con su ayuda para llevar la casa. Y había que limpiar la vajilla y poner la casa en orden para la boda de Herbert. «Podía haber festejado su boda en Hervi —pensaba la dama—, está mucho más cerca de la iglesia y no le faltan criados.» Pero Herbert no quería casarse sino en casa de sus padres. Prometía proporcionar la carne para el banquete, los tapices, el vino y los regalos para los invitados: desde la muerte de Hagenier vivía como un gran señor, el dinero del viejo suegro estaba gastado hacía tiempo, pero Herbert tenía suerte en los torneos y en el juego de los dados.

No había más que una mesa en la gran sala y aún no estaba llena. De los hijos del barón, sólo Girard, Alette y Hélie comían en la mesa grande; Joceran y Eglantine seguían aún en el ángulo de las mujeres. A mitad de la comida, Eglantine se deslizó entre las piernas de su padre, se encaramó a sus rodillas y le cogió de las manos el hueso que estaba mondando con los dientes. El barón reía y la pequeña estallaba en carcajadas y golpeaba con el hueso en el mantel blanco para ver cómo se extendían las manchas de grasa. La dama apretaba los labios y Richeut suspiraba. Ansiau decía:

—Basta, hija mía, mi florecilla, mi

paloma.

Pero la niña le prestaba la misma atención que si estuviera hablando a la pared.

Girard, en presencia de su padre, se ponía lúgubre como una lechuza y se quedaba en un rincón afilando cuchillos o reparando arneses; ni siquiera se dignaba apartar los ojos de su trabajo. A la dama no le gustaba verlo así y se las arreglaba siempre para persuadir al barón a bajar a los establos: un caballo coleaba, el otro tenía pústulas en el hocico. Ansiau refunfuñaba, se levantaba, distendía sus anchos hombros encorvados.

—Voy a ver, voy a ver. Ven con tu

viejo padre, paloma, vamos a ver el rocín.

Y cuando padre e hija habían salido, Girard comentaba:

—Simiente de puta...

Herbert llegó cuatro días después de Pascua, con criados, pájaros, animales de corral y perros: fue un alboroto como para resucitar a un muerto. El señor de Hervi subió la escalera, entró en la sala, rojo, soplando y jadeando de calor: siempre estaba muy acalorado. Se quitó de los hombros la capa de piel, que recogió inmediatamente su escudero, se soltó el cinturón y el cuello de su tunicilla de lana y se secó la frente. La dama se adelantó hacia él, conmovida, a

pesar de todo, al verlo de nuevo; esperó pacíficamente a que hubiera acabado de soplar. Después le dio en las mejillas dos largos y sonoros besos. Ansiau, sentado junto al fuego, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ya está aquí el casado!

Sonrió, pues estaba contento por ver de nuevo a su corpulento hijo. Pero Herbert creyó que se burlaba de él.

—¡Casado! —dijo—. Vos sí que habéis casado a Mahaut cuando Garnier de Buchie sólo llevaba seis semanas viudo.

Herbert trataba a sus padres como a campesinos y no se dejaba servir más que por sus propios criados; hizo

calentar los baños, se dejó frotar y perfumar durante seis horas y ordenó que le llevaran allí la comida.

—Cree que la boda es mañana — dijo Girard en son de burla.

De hecho, en la familia todo el mundo se burlaba de la pasión de Herbert por los baños. Subió a la torre a última hora de la tarde; su rubio cabello, mojado y brillante, caía en pequeños anillos dorados a los lados de su rostro, limpio y rosado. La dama suspiró, pensando que su hijo dejaba a otros el cuidado de lavar aquel hermoso cabello que a ella misma tanto le hubiera gustado frotar. Herbert ya no necesitaba de su madre. Ni siquiera para servirle.

Era bello —pensaba—, menos guapo que Girard, pero hermoso hombre también; su madre podía estar orgullosa de él. Contaba ahora veinticinco años y era tan alto como el barón y casi tan ancho de hombros. Era obeso. Su espalda, su pecho, su vientre, sus muslos soportaban imponentes volúmenes de grasa, de modo que sólo su armoniosa estructura impedía que pareciera deforme. Su tez era blanca y limpia como la de una mujer; sus manos, pequeñas, regordetas, cubiertas de anillos, tenían unas falanges cuadradas y uñas largas y duras. Su rostro, de palidez natural y siempre bien afeitado, era ancho, surcado de pliegues. Los ojos

redondos y azules, hundidos ya en grasa, tenían una mirada pesada y ardiente, inmóvil. Aalais no lograba hacerse a la idea de que tanta carne hubiera podido salir de ella, ¡qué pequeña se veía al lado de su hijo! La madre pájaro y el polluelo del cuclillo.

Naturalmente los dos hermanos no podían vivir dos días bajo un mismo techo; la discusión estalló al día siguiente de la llegada de Herbert. Como éste se gozara hablando de su prometida, Girard cometió la torpeza de decir:

—¡Vuestra futura! Para lo que vale... Yo, si me lo propusiera, la haría mía, sin necesidad de matrimonio.

Herbert se puso rojo y lo llamó cachorro, a lo que Girard replicó tirándole un cuchillo a la cara. Herbert esquivó el golpe, pero no pudo evitar un roce en la oreja. Aalais se interpuso entre sus dos hijos; pero Herbert la cogió por los hombros y la empujó contra la pared, con tal fuerza que ella lanzó un grito de dolor; Herbert, avergonzado, retrocedió; y Girard, furioso al ver a su madre maltratada, corrió hacia su hermano y le descargó un puñetazo en plena nariz. De nuevo la madre tuvo que cogerse al brazo de Herbert. Cuando supo lo ocurrido, el barón ordenó a Girard que ensillara su caballo, se fuera a Seuroi y

permaneciera allí hasta la boda. Por la noche, Herbert se quejó amargamente a la dama:

—Vos lo protegéis aún contra mí; soy yo el que siempre se equivoca. Me ha herido una oreja, me ha golpeado en el rostro y no permitís que me vengue.

—Es un niño —dijo Aalais—. Además, ¿por qué lo llamasteis cachorro?

—No tiene por qué decir suciedades de mi prometida.

—Precisamente quería hablaros de vuestra prometida —dijo la dama, irritada—. No teníais por qué pedirla sabiendo que yo la quería para Girard.

—¡Eso es! Para Girard todo y para

mí nada.

A la dama le sangraba el corazón cuando pensaba en su Girard, encerrado en Seuroi, humillado, mordiéndose los puños de rabia. Pero aun así se entregó celosamente a los preparativos de la boda. Herbert hizo llevar a Linnières, a pesar del mal estado de los caminos, bastante ganado y vino como para atender a toda una guarnición. También había comprado en Troyes con qué adornar la cámara nupcial; y la dama, maravillada por telas tan hermosas, tapices de seda y sábanas de fino lienzo, no pensó más que en arreglarlo todo de la mejor manera. Envió ella misma dos criados y una costurera a la dama de

Bercen para informarse de que flores y colores gustaban a la bella Aelis; y mandó a su futura nuera un mirlo hablador y unos lazos bordados por Alette. Instaló en la alcoba de los nuevos esposos veinte candelas de cera blanca, roció el lecho con agua bendita, puso flores secas de pastinaca bajo la almohada y bajo el colchón una piedra extraída de la matriz de una cierva maravillosa, a la que Flora había atraído con sortilegios. Esa piedra debía procurar amor e hijos a los jóvenes esposos. El matrimonio no es una tontería; la dama no olvidaba que el primer matrimonio de Herbert había sido desgraciado.

El jueves de la semana «In Albis», Herbert de Linnières, rodeado de sus pajes de honor, acudió a Bercen en busca de su prometida. Con ello quería honrarla de modo especial. Realmente, su porte y su aspecto eran de gran belleza; en pie sobre la alfombra formada de flores, con un gorro de marta sobre el cabello de oro, una túnica de paño rojo que caía en amplios pliegues a lo largo de su cuerpo, el ancho mentón levantado, las manos enguantadas en piel de marta, cogidas a su cinturón dorado... hubiérase dicho que se trataba, por lo menos, de un conde o de un duque; Ansiau de Bercen podía estar orgulloso de semejante yerno.

Rodeábanle sus pajes de honor: Jacques de Vanlay, Garin de Linnières, sus primos, su amigo Aimeri du Bamage y también Girard, su hermano menor, vestidos todos con túnicas verdes o azules, erguidos y graves: parecían niños al lado del imponente novio. Herbert no vio aún a su prometida aquel día: la joven no se presentó en la sala. Ansiau de Bercen había reunido en su casa a todos sus parientes y retuvo a su futuro yerno en la mesa durante toda la velada. Se vaciaron copas a la salud de los esposos y se cantaron muchas canciones en su honor. Girard, triste, con la cabeza baja, bebía mucho y sentía deseos de llorar.

No sabía que Aelis en la pajarera, en pie, apoyada en la verja de mimbre, esperaba ver abrirse la puerta de la perrera: su madre y sus tías la buscaban por todas partes y no se movía, seguía agarrada a la verja y su corazón latía con fuertes golpes lentos y se detenía por la angustia; por fin la encontraron y condujeron a la sala de las damas, donde la lavaron, le dieron masajes, la atiborraron de leche, patata y queso y la metieron en cama —sola por primera y última vez en su vida—; y las jóvenes, sus amigas y parientes, no acababan de desearle las buenas noches; debía formular deseos, debía recordar el sueño que tuviera esa noche. Después, la

dejaron sola con su gran pena.

Por la mañana se celebró una misa en la capilla del castillo y el cortejo se puso en camino y cabalgó sin apresurarse hasta Puisieux: la jornada era tibia, con aguaceros intermitentes; y los campos verdegueaban a lo largo del estrecho camino interrumpido por barrizales y charcos; los bosques estaban cubiertos de nevadillas y anémonas. Joceran de Puisieux dio a sus parientes asilo para aquella noche; Aelis durmió en el lecho de las hijas del barón. Era un viernes; los hombres sólo bebieron cerveza y se acostaron temprano; llovió toda la noche; desde el tejado caían las torrenteras en los

ángulos del torreón; los establos quedaron inundados. Girard esperaba que los aguaceros duraran por lo menos tres días más; pero al día siguiente, el cielo estaba despejado; gorriones y palomas paseaban alegremente al borde de los charcos.

Hubo que cabalgar lentamente, para no salpicar de fango los vestidos de fiesta; la novia, que iba junto a su padre sobre palafrén blanco, arropada en sus capas y velos, permanecía muda y rígida como una santa en la procesión.

El sábado por la tarde, Ansiau de Linnières recibió a su futuro consuegro y a su parentela en el castillo de Hervi; los festejó y los hizo acostarse en

yacijas de paja fresca en el tinell; las damas subieron y las criadas de Herbert les prepararon el baño en grandes tinas de madera.

Llegó después el gran día, la iglesia y los cirios; y la novia fue llevada con gran pompa sobre la alfombra roja. Su vestido estaba tan cubierto de bordados que apenas se veía el tejido; sus cabellos, bajo un velo tejido en oro, caían en largos bucles a los lados del rostro; sus mejillas ardían y los labios se le habían hinchado un poco; parecía muy niña junto a aquel hombre inmenso sentado junto a ella y que la devoraba con los ojos: desviaba la mirada y sólo podía ver sus pequeños párpados

abombados.

Aelis fue recibida en Linnières por sus nuevos parientes: el suegro, gigante tuerto y moreno; y la suegra, mujer enjuta, delicada y encinta, de ojos claros y grandes labios tristes; y la cuñada, la bella Mahaut de Bouschie con su viejo esposo; y la anciana dama Richeut, y Alette, rubia y dulce, graciosa a pesar del rostro abatido, y que fue la primera dama de honor de la novia. (La dama Aalais había adornado a su hija con las más bellas cintas y le puso su último vestido de seda azul, con la esperanza de que uno de los invitados la encontrara bonita.

Comenzó un largo festín; los

hombres hablaban en voz alta y ponderaban la belleza de Aelis; los asados llevados en espetones y platos llenaban poco a poco la gran mesa; los dos prometidos, solemnes y quietos, en su puesto de honor, respondían a los saludos con sonrisas y gestos.

Ansiau iba y venía, ocupábase de que subieran el vino y de que los músicos se pusieran en el centro de la sala; estaba alegre, porque le gustaban las fiestas —recordábanle los viejos tiempos—; como buen matrimonio, aquél lo era, sin duda alguna. Y sentíase enternecido al ver a la nueva pareja instalada bajo los escudos de Linnières; él, tan grande, tan rubio y tan fuerte; ella,

tan menuda y sonrosada. Y los músicos cantaban una bella canción, acompañada por la vihuela:

*Vienen las bellas Pascuas en abril;
Florece el bosque, los prados están
verdes*

*vuelven las dulces aguas a su cauce
cantan las aves durante todo el día.*

*Quien amor tiene
que no lo olvide:*

*tal como viene,
amor se va.*

*Únense ya el conde Gui y Aiglina
¡Gui ama a Aiglina y Aiglina ama a*

Gui!

*En el castillo de Biancler llamado
gran baile se prepara en poco*

tiempo:

*van damiselas por hacer su danza,
los escuderos van por conversar
van caballeros a mirar las damas
van las damas para hacerse ver;
la bella Aiglina,
para aquella fiesta
túnica viste
de cendal y seda;
dos bellos pajes
al prado la llevan.*

—¡Vaya! —gritó Ansiau—. Cambiad
eso: a cada uno su nombre y sonará
mejor.

Y los cantores:

Ámanse y a Herbert y Aelis...

... Herbert ama a Aelis

Aelis ama a Herbert...

Herbert puso su regordeta mano, toda vibrante, sobre la mano de la joven, y Aelis inclinó su cabeza.

Girard, como primer paje de honor, sirvió el vino a los esposos. Aelis, al recibir el vino de sus manos, estalló en sollozos; cosa que turbó un poco a las damas. La madre de la joven corrió a ella, la sacudió, le enjugó el llanto y dijo que la muchacha estaba cansada. Mahaut, que había bebido un poco más de la cuenta, comenzó a sollozar ruidosamente, la cabeza echada sobre el mantel.

La alcoba de los recién casados, iluminada por veinte velas, parecía una

capilla ornada para una fiesta. Los dos padres de los jóvenes, embriagados, suspiraban, hablaban de Tierra Santa y de los viejos tiempos; cada uno de ellos tenía un hijo en el cementerio de Acre y eso los acercaba más entre sí. Y Aalais, ajetreada, rendida, no recordaba ya todo lo que en aquella misma cámara había ocurrido su noche de bodas; todo aquello estaba muerto y enterrado; ahora había un Girard desgraciado, y unos huéspedes a los que había que llevar de nuevo a la sala, y las damas, a las que tenía que acomodar aquella noche...

Adornados con coronas trenzadas de anémonas y violetas, vestidos con blancas camisas bordadas en rojo, los

dos recién casados yacían por fin en su cama boca arriba. La dama les llevó la copa de vino que debían beber juntos; después, la estancia quedó vacía poco a poco y Ansiau salió el último y cerró la puerta con llave.

Ya muy entrada la noche, los jóvenes que salían al patio veían aún luz por las hendiduras de la puerta de los baños. Girard, que estaba borracho, fue a dar golpes en la puerta y a gritar:

—¡Eh, puerco gordinflón! ¡Ábreme!
Yo lo haría mejor que tú.

Los amigos lo arrastraron al fondo del patio. Llovía. El viento apagaba las antorchas. En la alcoba del castillo, la dama, tendida sobre la paja al lado de

Mahaut, se esforzaba por dominar los movimientos del niño en su vientre. Mahaut lloraba.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, dama? No puedo sacarme los ojos. Dice que miro a los criados. Y ya veréis cómo cuando estemos de vuelta, volverá a pegarme, porque en la fiesta habrá caballeros... Ya lo sabéis, eso me provoca más deseos; no se ocupará más que de mí.

—No hagáis tonterías, hija mía — dijo la dama.

—No voy a hacerlas, dama; hablo y eso es todo... ¡Madre! Me siento languidecer... Me ahogo, no duermo en toda la noche, por más que me haga

sangrar. ¡Dama! Quiero un hijo...

Herbert había descubierto y besado más de cien veces el pequeño limar negro y lo que había alrededor; y estaba orgulloso de tener una mujer dotada de lunar tan bonito en el pecho. Además, tenía otra cosa, por supuesto; Herbert lo sabía bien, pues no había en todo el país mayor arremangador de faldas que él. Hubiera pagado mucho por la joven, de haber tenido que adquirirla; y recibía con ella una hermosa dote y un dominio en herencia. Pero, aun con todo, lo mejor era su pequeño lunar.

Se despertó a la mañana blando y tierno, cosa que no solía ocurrirle; y pasó a la curtiduría, ahora desocupada,

para hacerse lavar y dar masaje. Estaba sentado en un banco y dos escuderos le derramaban sobre la espalda y el vientre cubos de agua de lluvia y le azotaban salpicando a cuantos estaban en tomo a él. Apenas había pasado media hora y ya le urgía volver a su esposa; y poco faltó para que corriera a ella desnudo como estaba, pues era grande su impaciencia.

Y durante ese tiempo, las damas de Linnières y Berceu examinaban a Aelis y le hacían tomar bebidas reconfortantes, porque estaba casi inánime: apenas podía tenerse en pie. La dama de Linnières la llevó a la fortaleza y la acostó en el lecho de Alette, con unas compresas frías en la frente y una piedra

caliente a los pies.

Los recién casados permanecieron unos días en Linnières, al cabo de los cuales Herbert ordenó a sus hombres preparar el equipaje: llevábase a su joven esposa a Troyes para las fiestas de la Ascensión. Antes de la partida, Girard acudió a verle y le dijo:

—Querido hermano, no penséis que os guardo rencor, ni por vuestro matrimonio ni por nada. Si me compráis una coraza, un arnés y un buen caballo os serviré fielmente; aun por diez años, si queréis.

—Nada tengo que hacer con vos — dijo Herbert.

Girard se echó atrás la cabellera

color castaño y alzó la barbilla.

—¡Me lo figuraba! Os aterra pasar por cornudo.

La cara de Herbert enrojeció.

—¡Imbécil! —dijo.

—¡Verraco! —gritó Girard—. ¿Es que crees que me apasiona tanto tu chica? Me bastaría guiñarle un ojo para que viniera tras mí como una perra.

Herbert se remangó y retrocedió unos pasos para coger carrerilla. A Girard no le quedó tiempo de levantar un brazo.

Un crujido de huesos llenó la cabeza de ruido y su boca rezumó un líquido caliente; aturdido se tambaleó y cayó en el barro del patio.

El barón se ponía habitualmente de parte del mayor, pero esta vez se encolerizó francamente: Girard tenía rotos los cuatro dientes de delante y casi partido en dos el labio inferior. Herbert tendría que pedir perdón y ofrecer reparación a su hermano. La dama lloró cálidas lágrimas y aseguró a Herbert que no volvería a dirigirle la palabra. Ante tamaña tempestad doméstica, el señor de Hervi se rascó la nuca perplejo y avergonzado, y acabó por ir al encuentro de Girard.

Girard tenía fiebre. Acostado al borde del lecho paterno, con la cabeza envuelta en un paño húmedo, gemía e inclinaba de vez en cuando la cabeza

para escupir en tierra la saliva sangrienta que le llenaba la boca. Herbert apenas lo reconocía, porque tenía hinchada la parte inferior de la cara; los ojos, con los párpados pegados, turbios y febriles, parecían no ver. La dama, sentada a su cabecera, sollozaba, con la cabeza apoyada en las rodillas. Herbert pensó: «Cuánto alboroto por unos dientes rotos»; y dijo: «¡Hem! Girard».

La dama se irguió sobresaltada.

—¿Qué vienes a hacer aquí? ¡Asesino, sucio animal! ¡Tú lo has matado! Morirá sin remedio.

Y siguió sollozando a más y mejor. Herbert se fue y volvió a la mañana

siguiente con el barón. Girard había delirado toda la noche y ahora estaba sumido en un sopor y gemía en sueños como un niño.

—Girard, hijo mío —dijo el barón—, despertad, aquí tenéis a vuestro hermano que quiere hablaros.

El enfermo abrió los ojos con gran esfuerzo.

—Girard —dijo Herbert—, os pido perdón. Os doy un caballo y una cota de placas de cuero y una túnica de lana blanca.

Girard parecía no escuchar. Sólo dijo:

—La cota.

—Acepta lo que te doy —dijo

Herbert—, y agradécelo. Fuiste tú quien me provocó y soy yo quien debe pagar.

Girard cerró los ojos y murmuró:

—La cota.

—Delira —dijo la dama.

Herbert se fue a la mañana siguiente, tras haber prometido al barón enviar a su hermano el equipo prometido.

—Con lo que va a tener —dijo—, puede entrar al servicio del conde o de otro señor; y acabará ganándose su cota.

Había que ver con qué gesto llevaba Herbert a su joven esposa a través de la sala; hubiérase dicho un vencedor llevando las armas del enemigo, con los ojos modestamente bajos y el pecho henchido de orgullo; o también una

nodriza que muestra a los presentes los primeros pasos del niño y no le quita los ojos de encima por temor a que se caiga. Aelis se despidió de sus suegros (hubiera preferido quedarse en su compañía, pues la dama era buena con ella). Después, Herbert la tomó en sus brazos y la llevó al patio, mordiéndole los pechos y el vientre a través de la túnica.

Contra todo lo previsto por la dama, Girard se levantó al cabo de ocho días, flaco, débil, con una gran cicatriz en el labio inferior. Su estropeada boca cambiaba mucho su aspecto y cuando sonreía daba compasión. Los niños — Joceran y Eglantine— decían:

—¡Oh! Girard se ha hecho viejo.

—Hijo mío —decíale la dama—, no es la belleza lo que importa en un hombre. A vuestro padre le destrozaron la nariz a los dieciocho años y siempre ha pasado por hombre guapo; y a vuestro abuelo Joceran, mi difunto padre, tuvo la cara rajada de arriba abajo: y nunca hombre alguno tuvo en tomo a sí tantas mujeres.

—Pero conservaban sus dientes —replicaba Girard—. Y eran caballeros.

Al principio, le costaba hablar. Balbucía. Después, fue acostumbrándose.

Y una tarde, tres días antes de la Ascensión, mientras el barón se hallaba

en Seuroi, Girard fue a ver a la dama y le dijo que deseaba hablar a solas con ella. Aalais lo condujo a la capilla, se sentó en un banco apoyado a la pared y aguardó, temblorosa. Girard, en pie, jugaba con la punta del velo de su madre entre los dedos. Por fin, dijo:

—Dama, no quería hablaros de esto, pero tengo que hacerlo. No puedo resistir. Me voy.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —exclamó la madre—. ¿Por qué?

—Mañana, al amanecer. Sacaré mi caballo del establo, pondré en la silla lo necesario para el viaje y me iré.

—¿Dónde? ¿A Troyes?

—No... No lo sé. No importa dónde.

Pero a Troyes no, seguramente. No quería decirlo, para que el barón no hiciera buscarme. Pero vos no se lo diréis, ¿verdad?

—¿Por qué os vais? Es una locura —dijo la dama—. Además, cuando uno se va, siempre sabe a dónde se dirige.

—Tal vez vaya a Acre —dijo Girard—. O a Chipre. O a Constantinopla.

La dama gritó:

—¡Girard! ¡Por Dios! (Girard guardaba silencio). Oh, no... estáis hablando por despecho. No lo haréis... además, necesitáis dinero para ese viaje.

—Siempre hay buenas gentes en un país cristiano. Soy joven; tengo brazos.

Lo he preparado todo: una lanza pequeña y cuchillo. Puedo encontrar en el camino a algún caballero que vaya a Tierra Santa y ponerme a su servicio: al menos me dará de comer.

—No, no —decía la dama, cogida realmente por sorpresa—. Ésa no es manera de viajar: hay bandidos en los caminos y en seguida notarán que sois noble; además, no podéis mendigar... y el mar es muy peligroso: hay tempestades, piratas; vuestro padre remó durante ocho meses en una galera turca y es un milagro que haya salido de ella. Sois demasiado joven, no sabéis lo que es eso.

—No dama: conseguiré salir

adelante.

Sentado en el suelo, Girard acariciaba las temblorosas manos de su madre. Aalais no dejaba de hablar:

—Además... además, en Tierra Santa se muere de calor, el sol es demasiado ardiente. Así murió mi hermano Thibaut. Y sabéis cómo murió vuestro abuelo: los paganos lo desollaron vivo, le cortaron la cabeza y lo arrojaron en un foso maloliente, donde fue encontrado después. Y vuestro hermano Ansiau, y Garnier... Es una tierra maldita.

—No tengo miedo —dijo Girard—. Si uno muere allí, se convierte en mártir.

—No, no —repetía la dama—. No lo haréis, hijo mío.

—Dama —dijo Girard—, no puedo quedarme aquí. Ya sé que me amáis. Pero quien manda en esta casa es el puerco. El barón le permite hacer lo que quiere. Sé que tiene dos armaduras: una para la guerra y otra para los torneos. Y escuderos y caballos y una pelliza de marta y tres espadas... ¡todo! Me he humillado, he prometido servirle; y lo hubiera hecho: os lo juro, madre. Le hubiera servido. Pero él no lo quiere. Por esa mujer que me ha robado, porque estaba celoso. No es culpa mía que sea más atractivo que él... Y ahora me ha desfigurado. Me avergonzaría mostrarme a mis conocidos con una boca sin dientes; las jóvenes se burlarán

de mí. Pero una vez allí, cuando haya ganado mis espuelas, regresaré; lo verá. ¡Oh, sí, lo verá y no volverá a reírse de mí!

—No digas eso, hijo mío —dijo la dama—. Ya verás: Herbert cambiará de idea, no es malo. Reparará su falta.

—¡Ah, no! —exclamó Girard—. No aceptaré nada de él. Ya lo veis: también lo defendéis vos. Es rico, es el dueño: cuando escupe, es plata lo que escupe; y si orina, es oro. Es un cruzado, ha visto Jerusalén y todo lo demás; ¡y para lo que han hecho en Tierra Santa esos malditos cruzados que ni siquiera reconquistaron Jerusalén a los paganos y ahora se pavonean de lo que hicieron allí! En

cuanto a mí, no tengo la culpa de no haber tomado la cruz. Era demasiado joven. El barón me quitó a la puta de Nangi y no pude decir nada; ahora, Herbert me ha robado a la joven de Berceu, y tampoco he dicho nada, como habéis visto. Pero ya basta. No quiero deber nada ni al uno ni al otro. Me voy. El mundo es grande; no quiero pudrirme en este sucio bosque, en este asqueroso patio; no puedo verlos más, tengo ganas de marcharme. ¡Madre! Mañana me hallaré en camino. Iré hacia Tonnerre. En dos días llegaré a Vézelay.

—¿Y yo, Girard? —dijo entonces la dama—. ¿No os importa dejarme?

—Sí, dama..., eso es lo que me

entristece. Y lo siento por Hélie y por primo Joceran. Pero tengo que marcharme: aquí no me queda sitio.

—Hablaré con el barón, le diré tanto que lo hará todo —dijo la dama—. Girard, mi sol, mi vida, ya veréis como todo se arregla. Tendréis lo que se os debe. Pero quedaos.

Pero Girard no cedía: a la mañana siguiente saldría del castillo.

—Si me retenéis por la fuerza, me mataré —dijo—; no me quedaré un día más, ni una hora. Esto me produce náuseas. Me ahogo aquí.

La dama lloró.

—Tened piedad de mí, al menos —dijo—. Esperad a que dé a luz: no son

más que tres meses; vais a matarme.

Pero a Girard le importaba poco el niño y, en su pensamiento, su madre no podía morir.

La dama pasó la noche cosiendo en los vestidos de su hijo reliquias de san Fiacre y de san Mamed, que ella misma llevara hasta entonces al cuello. No tenía dinero, pero puso entre las cosas de Girard un cinturón bordado que el joven podría vender; pensaba bordar otro para Alette. Peinó por última vez los largos cabellos de su hijo, le puso el cinturón, ató sus polainas; arrodillada delante de él, con la frente apoyada en la cabeza del joven, lloraba en silencio, con breves y secos sollozos.

—Dama —decía Girard—, dama, no lo hagáis: los otros pueden darse cuenta.

Aalais se puso en pie y secó sus ojos.

—Venid más cerca —dijo—, para que os bendiga; nadie nos mira; aquí, en vuestras manos y en la frente y en el pecho; sobre todo guardaos de los vientos fríos. Os esperaré cada día. ¡Girard! Si me amarais, no partiríais.

Girard la besó con arrebató.

—¡Sí, sí, sí! Ya veréis: volveré rico. Se hablará de mí en todo el país. Os llevaré a vivir conmigo y el barón y el otro no tendrán más remedio que morderse los puños. Ya lo veréis. Adiós, dama. Decid al barón que estoy

en Puiseaux. Y dentro de ocho días podréis decírselo todo a Alette; y añadiréis que voy a traerle de Tierra Santa un buen caballero para que se case con él.

Sin Girard, la vieja mansión quedó aún más solitaria y silenciosa. Cuando Ansiau supo lo que ocurría, fingió desdén y alzó los hombros. Pero, en el fondo, sentía remordimientos: no había sido justo con su hijo menor; ¡y Girard era un muchacho tan alegre, tan vivo y tan dulce con quien sabía comprenderlo!

—Volverá —decía el barón—. Antes de la Asunción estará de regreso. Y desde luego antes del invierno. Y yo le enseñare qué es hacer llorar a su

madre.

La dama dio a luz pasado Pentecostés y el niño no vivió más de tres días; Aalais, muy débil, ni siquiera pensó en lamentarlo.

Sabía que le esperaba aún un nuevo golpe: la marcha de Hélié. Y una vez repuesta, no se ocupó más que del pequeño que iba a separarse de ella. Hacía cuatro años que estaba decidido que Hélié iría a aprender latín, la misa y los oficios en el convento de los monjes de San Florentino.

Hélié tenía ahora nueve años. Cuatro tenía cuando cayó por primera vez, rompiéndose una pierna. A fuerza de grandes cuidados, la fractura se arregló

pronto; pero tres meses después volvió a caer y se rompió la misma pierna, además del brazo izquierdo. Después se rompió la otra pierna, en dos puntos. Era un niño muy inquieto, que se encaramaba a todas las escaleras, sobre todo los tejados y se empeñaba siempre en montar los más fogosos caballos. Después un buen día se rompió un hueso de la cadera y tuvo que permanecer inmóvil durante tres meses.

El barón estaba preocupado, pues ninguno de sus hijos había tenido los huesos tan frágiles. «Es porque ha venido cuarenta días antes del término», pensaba. Pero la dama, que sabía bien por qué Hélie había venido al mundo

cuarenta días antes, decíase que no había remedio. Dios aborrecía a la criatura por ser fruto de adulterio; a cada nuevo accidente de Hélie inclinaba la cabeza y apenas se atrevía a quejarse por temor a que ocurriera algo peor.

Suponiendo que un niño tan delicado no podría soportar el oficio de las armas, Ansiau decidió consagrarlo a Dios. «Será al menos lo bastante fuerte para cantar misa —dijo—, y para escribir en pergaminos. Los monjes le impedirán subirse a los tejados.» A la dama pareció excelente idea; y el niño, llevado a la iglesia de San Florentino fue dedicado a Dios y presentado al prior del convento. El abad quería que

inmediatamente comenzara el noviciado, pero la dama pidió un plazo de cinco años, porque el niño podía enfermarse de tristeza lejos de su madre.

Y desde entonces, el padre Aimeri se encargó de enseñar al pequeño a leer y escribir.

A los nueve años Hélie era un niño alto, delgado y muy rubio, un poco pálido, porque no salía mucho y, en el patio, permanecía en la sombra: fácilmente cogía insolación y sufría fuertes dolores de cabeza. Miraba con ojos envidiosos a los jóvenes que corrían sobre los tejados de las caballerizas: él no podía hacerlo porque su pierna derecha se había soldado mal

y cojeaba; además, le dolía la espalda en cuanto levantaba las piernas más de lo normal.

De niño, Hélie fue irritable y violento: golpeaba a sus compañeros, abofeteaba a Alette y a Aalais, la hija de Herbert; era capaz de estar gritando y pataleando durante horas enteras si se le negaba un juguete: y aún lo recordaba. Después, tuvo que estar echado durante días enteros, con la pierna apretada por dos planchas; y sentía gran dolor si trataba de moverse. ¡Sentíase tan dichoso por haber curado, lanzábase con tanto entusiasmo a sus juegos, a hacer volteretas en el patio! ¡Y zas! Otra caída, y vuelta a empezar, y otra vez con

un brazo o una pierna entre las dos malditas planchas, la piel se ponía negra, gris; se cubría de granos y de postillas. Hélie ya no sentía ni ganas de llorar: de nada servía hacerlo. Pegaba sus flacas manos a las mejillas de su madre, cuando ella acudía a darle su bendición cada noche preguntaba — como quien propone una adivinanza—: «Madre, ¿podré levantarme mañana? Dama... si al menos pudiera levantarme mañana...». Y cuando por fin se levantaba era para caminar cojeando, lentamente, pues se necesitaba tiempo para curar del todo. Y cuando se encontraba lo bastante fuerte para salir al prado y coger flores, era dichoso

como un rey y reía y aplaudía con gozo.

Después, su gran distracción fueron las letras: primero, se sintió orgulloso de conocerlas, porque la dama le había dicho que se necesitaba ser mejor que los demás para aprenderlas. «Hay que pensar que Dios te ama, puesto que debes aprenderlas.» El mismo barón apenas sabía leer su propio nombre; y la dama no veía diferencia entre *a* y *b*. Al principio Hélié tuvo miedo; después vio que era fácil: en sueños, veíase combatiendo con la *i*, mientras ejércitos de *m* avanzaban contra una inmensa *D* adornada de cuernos y de rizos. Y mejor fue cuando conoció las palabras: *Dominus, miles, eques, puer, ara, ave;*

el padre Aimeri guiaba su mano para hacérselas escribir en la arena extendida sobre las losas de la capilla; Hélie no salía de su asombro cuando lograba escribir por sí mismo las palabras. Ignoraba su significado y por más que se lo explicara el padre Aimeri, Hélie no llegaba a creerlo: seguramente esas palabras eran bonitas cosas que el padre Aimeri no se decidía a explicar a un niño tan simple como Hélie y entonces decía que *Dominus* era simplemente «señor», y *Avis* «pájaro». Y lo que sobre todo gustaba a Hélie era el *Ave María*: la *A*, al principio, y después las tres palabras con otra *A* al extremo de la derecha —*María Gratia Plena* como

tres lanzas junto a tres redondos escudos; y el *Dominus* a continuación, como un rastrillo y el *Tecum*, más corto, como una doble horca—. En seguida, las tres *A* se convirtieron en tres bellas damas que avanzaban a pasitos cortos, danzando; y *Dominus* era una iglesia con bóvedas y pilares y el *Tecum*, los monaguillos; más allá, *Benedictus* tenía sonido de campanitas y vibraciones de voz; y cuando escribía esa palabra, Hélie canturreaba siempre; tenía una bonita voz y era el único en no saberlo. Hacía siempre muy grande la palabra *Ave*, la tomaba por un pájaro que abre sus alas. ¡Y cuánto le gustaban esas *a* y *b* que podía redondear, doblar en sus

junturas, adelgazar en su trazos más finos! El padre Aimeri quedaba sorprendido por la belleza de sus letras: ignoraba que el niño veía en ellas flores y estrellas.

Hélie tenía una nariz muy fina y recta, con orificios amplios y transparentes, labios de límpido trazado y ojos grandes y muy azules. El padre Aimeri, que lo adoraba, decía a la dama:

—¡Una cara de ángel! Es la gracia de Dios que está sobre este niño: ningún otro muchacho del país ha sido tan bello.

Y la dama no se atrevía a decir nada, pues hallaba en el chiquillo una delatora

semejanza con cierto cuñado del barón; Erard había muerto en Palestina, lo sabía; y cosa extraña: recibió la noticia de su muerte sin emoción alguna; pero algunos amigos suyos podían aparecer por Linnières, por ejemplo, Manesier de Coagnecort; y el rostro de Erard no era de los que se olvidan fácilmente. Peinaba a Hélie de manera que la frente quedara al descubierto, porque Erard había llevado siempre flequillo.

La dama no cabía en sí de orgullo cuando veía a su pequeño, en pie sobre un escabel deletreando las palabras latinas del gran misal dispuesto sobre el alto facistol de hierro forjado. A veces ella misma volvía las páginas al azar,

para asegurarse de que el niño no se había aprendido de memoria lo que leía; y quedaba pasmada, conteniendo el aliento, al verle leer sin vacilaciones. Al barón le gustaba exhibir los conocimientos de Hélie; ante los invitados, movía la cabeza y decía:

—Es magnífico. Un don de Dios. Seguramente llegará a abad o a prior.

Y se frotaba la nariz o el ojo.

Hélie era un muchacho encantador—todos lo querían—; tenía sus pequeñas cóleras, sus pequeñas impaciencias; pero, cómo echárselas en cara a un niño que no puede correr ni agacharse bruscamente sin palidecer por el dolor...; estaba tan acostumbrado que

sonreía siempre en tales casos, como queriendo excusarse. Era de humor un tanto bromista y le gustaba poner mote a todo y a todos. Había para él una dama Nariz-larga y una dama Rosario, y una niña Nariz-al-aire y otra Pata-de-ganso; y palafreneros Cereza y Grano-de-Salvado y Temblor; la gran caballeriza se llamaba Baronía, porque el barón iba a ella a menudo; a los establos los llamaba Lechería; al pozo, Torre de las Pías, por las criadas que allí se detenían a conversar. Por las tardes, Hélie contaba feliz: «Madre, he encontrado un mote para el grueso Garin y para mi primo Joceran; lo llamaré Joceran el Negrodo, como al jumento negro,

¿verdad que se le parece?» Y reía ruidosamente. La dama decía: «Qué locura». A veces, la risa de Hélie la estremecía; volvía a ver a Erard sentado a sus pies con la cabeza sobre sus rodillas, en Troyes... jera tan joven entonces! Hélie no se parecía a Girard —era menos brusco, más fino—, pero los dos eran hijos muy tiernos. Por lo demás, la dama estaba un poco celosa de Hélie, porque el chiquillo se mostraba igualmente tierno con el barón, con Alette, con el padre Aimeri —buscaba las caricias como los pequeños pordioseros buscan el sol— se acurrucaba contra el barón, se frotaba en su cinturón, con gran despecho de

Eglantine.

Además, Hélie tenía sus novias: todas las niñas del castillo, incluida Eglantine, eran sus prometidas; pero la preferida era Margarita, una de las nietas de dama Richeut (dama Nariz-larga, como la llamaba Hélie). Margarita tenía ocho años, sus cabellos eran casi blancos, llevaba una túnica de tela azul, y como corría mucho por el campo tenía las mejillas curtidas y pecas; toda su cara era una serie de manchas rosadas y de oro. Cuando Hélie podía salir al prado, jugaba a menudo con Margarita; su juego consistía en representar unas bodas; trenzaban coronas de flores y follaje, se

asperjaban con agua que Hélie bendecía gravemente, diciendo: *Vobiscum tecum quidquid benedictus spiritus*. Margarita abría la boca, admirada. Después se echaban en un lecho de hierba junto al arroyuelo y las amigas de Margarita echaban flores sobre ellos y se besaban a más no poder.

Pero cuando Hélie decía a la dama: «Cuando sea mayor me casaré con Margarita», ella volvía la cabeza y suspiraba.

—Y también me casaré con Perronelle y con Eglantine —decía el niño, pensativo.

—¡No! Eglantine es tu hermana.

—Pero es guapa y me gusta besarla

en los ojos. Sólo que es muy pequeña.

—Además, uno no puede casarse con tres mujeres —reía la dama.

—Bueno, pues seré sacerdote y escribiré en un papel que uno puede casarse con tres mujeres. Y hasta con cuatro, porque también me gusta la Gillette de Grelot.

Y un día hubo que decir a Hélie que debería ir a San Florentino y quedarse allí. La dama le contó que allí había grandes y hermosos libros con imágenes pintadas y que los cantos de la iglesia eran más bonitos que en Hervi y que los monjes tenían una huerta, un jardín y una fuente de piedra con figuras talladas, una estatua de la Virgen y otra de san Juan,

pintadas en oro y en bellos colores; y cuántas maravillas más imaginó la dama para probar al niño lo feliz que iba a ser en el monasterio. Hélie le acariciaba las mejillas con sus manos suaves.

—Sí, sí, me gusta —decía—. Pero tenéis que estar conmigo.

Y la dama no tuvo ánimo para decirle que no podría quedarse con él.

Tampoco el barón deseaba separarse del niño. Temía por él:

—Los monjes le pegarán —decía—; y aún es muy débil. Podemos esperar hasta la próxima Pascua.

Después, por la Asunción, Hélie volvió a caerse mientras corría y se dio con tal fuerza con la cabeza en una

esquina del muro, que estuvo varios días entre la vida y la muerte; tenía convulsiones y vómitos tan violentos que todo el mundo se extrañaba de que un niño tan débil pudiera soportarlos. La dama, enloquecida, decía a su marido:

—Esto ocurre por haber querido jugar con Dios: hagamos voto de llevarlo al monasterio en cuanto se haya curado. Puede ser que Dios tenga piedad de él.

Hicieron la promesa y Hélie fue curándose poco a poco. Los padres no se atrevían a demorar más la partida y en cuanto el niño estuvo en condiciones de moverse, el barón hizo ensillar los caballos y la dama reunió en un bulto las

cosas del pequeño.

Apenas había dos horas de caballo entre Linnières y San Florentino. Sentado a la grupa detrás de su padre, Hélié se cogía cuidadosamente al cinturón del barón y volvía la cabeza a un lado y otro. El camino seguía paralelo al Armangon; a la otra orilla, hayas, abedules y avellanos se reflejaban en las aguas del río; la frescura que subía de la corriente dilataba placentemente los orificios nasales de Hélié, que aspiraba el aire a plenos pulmones y parpadeaba a causa del sol. Las altas hierbas del talud temblaban y se balanceaban por el calor; en los meandros del Armangon, el agua

se cubría de irisaciones de luz que hacían daño a los ojos. La espalda del barón estaba caliente y olía a cuero. De los prados de los monjes, a la otra parte del río, las cigarras cantaban su cri-cri continuo y al escucharlas Hélie sentía deseos de dormir y no oír ninguna otra cosa. Sentíase un poco fatigado, pero dichoso. La dama cabalgaba a pocos pasos de él; no había más que volverse para verla sonreír.

El prior de San Florentino conocía bien al señor de Linnières y a su esposa: vendíales normalmente trigo y forraje desde que se hipotecaran las tierras de Ansiau; éste nunca podía pagar en dinero constante, arrastraba

interminables atrasos y enviaba a sus granjeros a trabajar para los monjes. A pesar de todo, las relaciones entre los dos hombres eran buenas; el señor de Linnières era cortés y de maneras afables; desde la muerte de su concubina iba a la iglesia, recibía los sacramentos y nadie podía quejarse de él. Hélie fue bien recibido. El prior —un hombrón vestido con largo hábito marrón y una cruz de plata sobre el pecho— dio unos suaves cachetes con su pesada mano roja en las mejillas del niño, que se cogía a las rodillas de su madre.

—Es guapo como una jovencita —dijo el prior—. Tengo una sobrina que se le parece; se llama Agnés. Bien,

nuestro sacristán se ocupará de él. Tenemos otros seis niños de esta edad, uno de ellos es hijo del vizconde.

Después se puso a hablar con Ansiau de las cosechas y la caza. Hélie, con el brazo en torno al cuello de la dama, parpadeaba y pensaba en el mote que debía encontrar para el prior.

Después, la dama dijo:

—Hélie, Joceran está un poco descompuesto de vientre; debo ir a verlo. Temo por él. Volveré a Linnières y mañana mismo estaré aquí si todo va bien.

—¡Oh! ¿Y si va mal? —preguntó el niño, desolado.

—Entonces, vendré dentro de dos

días. Pórtate bien, para que tu madre no tenga que avergonzarse.

Y se despidió de él tan alegremente, que el niño no sospechó nada. Era feliz y balbucía de júbilo:

—Venid, madre: hay unas cosas tan bellas aquí. El padre Odoul me ha mostrado su libro y mañana me enseñará la capilla. Decidle al padre Aimeri que aquí hay una D con san Lorenzo dentro, en su parrilla, y estrellas azules y llamitas rojas. Y veré la sacristía cuando me toque...

Apenas se dio cuenta de la marcha de su madre: hasta tal punto estaba seguro de volver a verla al día siguiente.

De regreso en Linnières, Aalais se

paseó un buen rato por la gran alcoba, sin saber por qué trabajo empezar; todos los días lo tenía abundante, pero ahora le parecía completamente inútil. De todos sus hijos, no conservaba más que a Joceran, al que amaba menos que a los otros, y Alette, a la que bien hubiera preferido no conservar: la joven tenía ya diecinueve años. Los nietos, Aalais y Haguenier, estaban el uno en Troyes y la otra en Normandía, al servicio de un alto barón del país. Herbert no se dignaba educar a sus hijos como su padre y su abuelo hicieran antes que él.

Por la noche discutió con el barón. Naturalmente, por Eglantine. La niña era difícil. Desde hacía algún tiempo se

despertaba por la noche con gritos agudísimos, llorando y diciendo que tenía miedo. Había que pasarla a la cama grande y mecerla, tranquilizarla — el barón lo hacía mejor que una nodriza —, y así la pequeña se ponía a conversar y canturrear y ya no se dormía hasta bien entrada la noche. Al principio el barón no se había fijado mucho en esto. Después, la cosa se repitió casi cada noche y cada vez era más difícil calmar a la niña. Hasta solía tener miedo en pleno día. Aseguraba ver al diablo. Entonces, el barón perdió los estribos, habló de sortilegios y, naturalmente, la primera acusada fue la dama.

Como aquella noche Eglantine tenía una crisis de terror más fuerte que de ordinario, Ansiau estaba de un humor de perros. Dijo a la dama:

—¿Qué habéis hecho a mi hija?

—Nada, barón: lo sabéis bien.

—¿Qué le habéis hecho? —insistía Ansiau—. ¿Cómo la habéis embrujado? Bien veis que no es como antes. Va cada vez peor. Habéis jurado matarla...

—Me ofendéis, barón: bien sabéis que la trato como a una hija.

—Sé que hicisteis morir a la madre —dijo Ansiau—, y a Juliane y Andrée. Y queréis matar a ésta...

—Os juro, barón, que nada he hecho. Si llamé a Flora, fue para curar a mis

hijos y para Mahaut. ¡Envíeme Dios la lepra si alguna vez he querido mal a la niña!

—De sobra recuerdo cómo la recibisteis cuando nació —dijo el barón, sombrío—. Sé qué bien amasteis a Milessant. Decidme, dama: ¿os he injuriado o golpeado alguna vez? ¿Os he hecho mal? Vos me preguntasteis entonces si no pensaba separarme de vos para casarme con ella: ¿lo hice acaso? Y hubiera podido hacerlo. Hubiera conservado la dote y Eglantine no sería una bastarda. Pero no quise. Y ahora me lo pagáis de modo bastante curioso.

—¿Qué queréis, barón? Hago lo que

puedo. Si la niña ha nacido con un defecto, no es cosa mía.

—Os aseguro que no nació así: me la habéis estropeado. Vos y Flora me la habéis estropeado.

La dama se esperaba una crisis de cólera, pero observó que la voz del barón se hacía ronca y se perdía en frases entrecortadas, como aullidos sordos; en la almohada a su lado, lo sentía sacudido por sollozos tan violentos que todo el colchón temblaba. Le tocó en el hombro, pero él la rechazó. Sentía deseos de consolarlo, de acariciarle como a un niño; pero estaba cansada, tenía sueño y cerró los ojos.

Al día siguiente dijo que había

soñado con Mahaut y deseaba ir a verla; ensilló sus caballos, tomó consigo a Milon y Sillette y salió para Buchie.

A Aalais le parecía extraño ser la suegra de un hombre que tenía diez años más que ella. Garnier de Buchie pasaba ya de los cincuenta; pero los llevaba muy bien. Cazaba el ciervo, acudía a los torneos, pasaba la vida en viajes y justas en su tierra. Esta vez la dama lo encontró en su casa. Recibía a sus bailíos y hacía el balance de la cosecha de trigo y avena; cuando la dama lo supo, pensó inmediatamente en pedirle prestados dos o tres sacos de trigo. El señor de Buchie era cortés; condujo a su suegra al castillo entre grandes saludos

y ordenó a su hija Marsan que llevara a la dama al baño y la ayudara a cambiar de vestido.

La dama halló a Mahaut tendida en un lecho, pálida y languideciente.

—¡Dios te bendiga! ¿Estás enferma?
— exclamó.

Mahaut movió la cabeza y besó a su madre en la boca. Parecía preocupada.

—No —dijo—. No es nada...
¡Madre! Qué buena eres... me gusta que hayas venido. Háblame de la casa. De todos. ¿Qué hace Alette? ¿Y Hélie...? Y... Oh, no, no puedo escuchar; no quería decirlo, pero... bueno, creo que ha llegado el momento.

Su pequeña cara estaba luminosa y

en la penumbra que rodeaba al lecho, tras la cortina, parecía como alumbrada desde dentro.

—Dios te guarde, hija... ¿es seguro?
—dijo la dama.

—Todavía no. No lo sé... tengo miedo de engañarme. Por eso me quedo echada; dije a Garnier que me dolía la cintura. Creo que vuestro último remedio ha sido el bueno.

Dejó caer la cabeza entre las manos de la dama y se frotó en ellas como cuando era niña.

—Dama, irá bien. No me gusta hablar de eso... no se lo diría a nadie antes del cuarto mes: de lo contrario, mis hijastros se apresurarán a echarme

un sortilegio. ¡Tengo tanto miedo! —Y apretaba sus sienes entre las manos—. Tengo miedo a que me hagan algo. Aunque saben que no será mi hijo quien herede el dominio. Pero son malos. Thomas, el mayor, quisiera que yo me acostara con él; y por eso me persigue y maltrata; y su mujer está celosa y envía a sus hijos a que se orinen en mi cofre: lo han ensuciado todo.

—¿Cuándo crees que darás a luz? —preguntó la dama; y la cara tensa de Mahaut se iluminó de nuevo con una sonrisa dichosa.

—¡Silencio! No lo digáis. Creo que en mayo: no antes. ¿Decís que vendréis? Seréis la primera madrina.

Al regreso, la dama pasó por Sainte-Anne-en-Forêt y puso un cirio por Mahaut y volvió a Linnières un poco menos triste.

Para la santa Cruz después de agosto, el catorce de septiembre, Herbert fue a Linnières con su joven esposa, que estaba encinta; creía firmemente que nadie podría cuidarla mejor que la dama. Los jóvenes esposos formaban una pareja bastante unida. Herbert parecía hinchado de orgullo, sus gruesos labios y su doble barbilla parecían a punto de estallar. Se pavoneaba al lado de la joven Aelis, le cubría los hombros con un pañuelo, le palpaba los pulsos, la besaba en la boca

continuamente; y era un perpetuo decir: «mi mujer esto, mi mujer lo otro...»; hasta el punto que parecía convencido de que sus parientes ignoraban quién era su esposa. Aelis era afectuosa con su marido, se apoyaba en su brazo y respondía a sus sonrisas; pero en el fondo de sus ojos había miedo.

Herbert esperaba ser padre a finales de enero.

—Os la dejo, dama —dijo a su madre—, cuidadla bien. Tengo que hacer en Troyes, pero volveré para Todos los Santos. Y sobre todo que no hable demasiado con mozos, ¿eh? Si observáis algo, corregidla y castigadla... pero no en el vientre, porque está el

hijo.

Ansiau no sabía qué hacer: había llevado a Eglantine a Hervi, a San Florentino y a Bar-sur-Seine para exorcizarla y creía haberla curado; pero un día, la fiesta de la Natividad de la Virgen, acudió a él llorando y le contó que un diablo la acechaba en la escalera para hacerla caer: no se atrevía a bajar al patio. El padre intentó tranquilizarla: no había diablo alguno; él no lo veía, nadie lo había visto; eran tontas imaginaciones suyas. Pero la niña insistía:

—Está lleno de pelos. Y de cuernos. Y de ojos. Es amarillo...

Ansiau cogió a su hijita en brazos y

la bajó al patio; al pasar por la puerta, Eglantine dio un grito:

—¡Ay! ¡Me ha pellizcado!

Y Ansiau se sentó en el patio, al pie de la escalera, con los codos sobre las rodillas y las manos en los cabellos.

A los cinco años y medio, Eglantine entraba en conocimiento del diablo. El demonio se hallaba en todas las escaleras, en todos los rincones oscuros, en el agua, cerca de la chimenea, y sobre todo en la noche. No sabía cómo podía ser, porque cambiaba siempre de figura; unas veces sólo tenía un ojo, otras tenía cien. Por la noche, en su camita cerca de Joceran ya dormido, y de día durante la siesta, pasaba el tiempo pintando ante

sus ojos cerrados las diversas formas del diablo: hocico de cerdo, lenguas hinchadas, ojos sanguinolentos, mejillas despellejadas, cuernos en el vientre, orejas en los brazos; y a fuerza de imaginárselo delante, empezaba a gritar. Ya no pensaba en otra cosa. Y cuando la llevaban a una iglesia para curarla del diablo, con sólo mirar fijamente ante sí veía salir al demonio de la boca del sacerdote o de detrás del altar; lo decía en voz alta, todo el mundo se santiguaba con horror y Eglantine seguía repitiéndolo, porque se sentía orgullosa de poder asustar a la gente.

Ni ella misma sabía cómo comenzaba a golpear con los pies y

manos y a gritar y castañetear los dientes sin quererlo. Cuando eso ocurría, su padre la abrazaba con fuerza para impedir que la niña se debatiera y con ello lograba calmarla: los demás no conseguían más que hacerla gritar con mayor fuerza y producirle convulsiones.

Para ella el mundo era el barón, que debía ocuparse de ella continuamente. De lo demás, nada comprendía ni sabía; si besaba a Hélie o Joceran era para molestarla, y además no podía sentir placer alguno en besar a Hélie o Joceran. Y cuando Ansiau hablaba con la dama o con Milon, la niña sentía deseos de tirarle de la manga: ¿por qué hacía cosas tan enojosas? Eglantine y el

barón pasaban juntos su tiempo cuidando los caballos, preparando a los perros; y ella estaba convencida de que trabajaba tanto como su padre, aunque la mayoría de las veces permaneciera tranquilamente sentada en el suelo, con las manos sobre las rodillas. Y después decía a Joceran:

—He vendado la pata a la *Courante*.

Lo que hacía que la trataran de mentirosa.

Cuando el barón no estaba, Eglantine sentía deseos de ser como las demás niñas. Le gustaba correr y chapotear en los charcos o bailar en las rondas. Muy a menudo, en los juegos resultaba derrotada y excluida, y entonces se

quedaba como muda de indignación. ¡Si el padre supiera qué malos son todos con su Eglantine! No se fijaba en que siempre se hacía con la mejor parte y empujaba a los demás. Es verdad que los quería; y nada deseaba tanto como ser simpática con todos. Después, poco a poco, empezaron a llamarla mala, mentirosa, fea y bastarda. Y ella respondía: «¡La fea serás tú! ¡La bastarda serás tú!». Y cuando el barón regresaba, Eglantine recordaba bruscamente todos los insultos y se ponía a llorar. Si el barón estaba en el castillo, el diablo acudía más a menudo; Eglantine no lo hacía a propósito. Sólo que cuando el padre estaba a su lado,

sentíase tan pequeña, tan débil; y los diablos eran tan fuertes, que no podía menos de compadecerse a sí misma.

Cuando Ansiau supo que llamaban bastarda a su hija, fue presa de una cólera negra e hizo saber a la dama que no sufriría que tal palabra se dijera ante Eglantine; y castigaría personalmente a quien la repitiera.

—Padre —preguntaba la niña—, ¿qué quiere decir «bastarda»?

—Nada, paloma mía. Una palabra bellaca, eso es todo.

Y se preguntaba: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?». La niña estaba enferma, la habían estropeado; no acusaba a la dama, pero miraba con

desconfianza en derredor, para dar con el oculto enemigo. Y entretanto, Eglantine hacía lo que quería; su enfermedad lo excusaba todo. Con los años, Eglantine perdería su miedo al diablo, pero nunca perdió la costumbre de llorar y de decir que tenía miedo, porque sabía que ése era un medio legítimo para obtenerlo todo de su padre.

Herbert regresó después de Todos los Santos para anunciar que el rey de Inglaterra había muerto. Al oír la noticia, Ansiau se echó por tierra y dijo que también él quería morir y que no sobreviviría al mejor caballero de la cristiandad.

—¿Por qué no entraría en su servicio! —dijo—. Me hubiera puesto delante de él, habría recibido la flecha que lo ha herido... Seguramente lo habrán traicionado: sé muy bien que no hay hombres que le sean tan fieles como sus compañeros de Tierra Santa... ¿Por qué no lo seguí? Todos preferimos volver a nuestras casas, a nuestras mujeres: y olvidamos al que nos había salvado. Bien merecimos el castigo. No volveremos a tener felicidad en esta tierra, puesto que él ha muerto.

—Un día tenía que morir —dijo Herbert.

—Vos lo habéis dicho bien, hijo mío: tenía los mismos años que yo, ni

más ni menos. Y yo vivo. Y os diré que no pienso conocer más alegrías en esta vida, porque yo sigo viviendo y un hombre que valía mil veces más que yo ha muerto. Sabed, hijo mío, que la tierra de Francia se ha empobrecido con su muerte, mucho más que si hubiera perdido a cien mil hombres. Nunca más habrá proezas ni tanta cortesía en la cristiandad, hasta el fin del mundo.

* * *

1209.

La dama tenía cincuenta y dos años y

su marido cincuenta y cuatro. De sus hijos nacidos después de Joceran, sólo uno vivía, una niña llamada Marie, de cinco años. ¡Dios! ¡Qué llenos de vida para Aalais habían sido esos diez años, tan pesados y vacíos para el barón! La dama no había tenido tiempo de aburrirse ni de dormitar. Ahora, pensando en el pasado, movía la cabeza y se preguntaba cuándo y cómo podría descansar.

Hélie, que estaba enfermo y al que había que ir a ver cada ocho días; por el momento, ésa era su gran preocupación: sentía desfallecer su corazón cada vez que, desde el fondo de la galería del claustro, veía venir hacia ella esa larga

y enjuta silueta vestida con hábito marrón; con ese paso penoso, renqueante y esos hombros encorvados; y el cabello rubio muy cortado y afeitado en lo más alto de la cabeza... en el hermoso rostro, demasiado delicado, la dama reconocía los ángulos puntiagudos de los orificios nasales, el corte de los labios, la curva y el frunce de las cejas —la bella cabeza del caballero que la había amado— y ahora ni siquiera conservaba el recuerdo; no sabía ya que lo había amado. Era el padre de Hélie, y eso era todo. Y Hélie llevaba en la frente la señal de la falta; y el pobre ni siquiera lo sabía. Nadie lo sabía ahora, porque ¿quién iba a recordar el rostro del bello

Erard de Baudemant?

Hélie tenía una sonrisa muy fina, que le abría en las mejillas anchos hoyuelos y llenaba sus ojos de maliciosas irisaciones; era alegre en sus bromas, siempre hallaba alguna cosa graciosa que decir; era el niño mimado del convento. Hacía diez meses que unos dolores en la espalda y unas jaquecas le impedían trabajar —apenas podía asistir a los oficios—; y sin embargo era una lástima —decía el prior—, porque el hermano Hélie tenía dotes para la escritura y ya se le confiaban los más bellos pergaminos; hubiera podido ser un buen miniaturista. Antes, el padre Arnoul, el que pintaba las letras grandes

y las primeras páginas, confiaba al niño los colores. Hélie los preparaba mejor que nadie; y después, sobre una hoja de pergamino estropeado, Hélie se aplicaba en trazar letras y figuras, a comprender por qué tal rojo va con tal azul y cuáles son los colores que se atraen y los que se repelen; por la noche permanecía horas despierto, pensando en los pliegues de la túnica de la Virgen o en los rizos y mechones del cabello de un ángel; y de día trataba de dibujar hopalandas, manos y cuerpos inclinados; no siempre llegaba a trazar las líneas que quería y volvía a empezar veinte veces; ¡como para llorar de rabia! Un buen día, el padre Arnoul puso sus ojos

sobre su hoja, abarrotada de líneas y colores, y exclamó:

—¡Bendito sea Dios! ¿Quién os ha enseñado todo esto?

—Vos, padre.

—Yo no lo hago así —dijo el padre—; habrá sido un ángel de Dios quien ha guiado vuestra mano, hijo mío; esto es muy bello. Un día trabajaréis para la gloria de Dios y del monasterio. Tengo que mostrar esto al prior.

Y Hélie pasó sus días y sus noches en las flores, las estrellas, los paños y las coronas de los santos; los colores que hacía eran tan puros que los hermanos más simples acudían a admirarlos y movían la cabeza,

diciendo: «Esto es el Paraíso». Mas para Hélie era un duro trabajo; pronto hubo de agotarse. Y ahora no podía permanecer sentado con la espalda encorvada; echado sobre el lecho, abría mucho los ojos para ver en las paredes de su celda grandes letras adornadas con animales y peces; S formadas por serpientes, leones alados y pájaros con cabeza de mujer; san Pedro y san Pablo, Adán y Eva; con el ceño fruncido, Hélie intentaba aclarar la línea, hacer más vivos los colores —y a veces jadeaba por el gran esfuerzo que tenía que hacer — no tenía bajo las manos ni pergamino ni pinceles, y todas sus visiones se borraban poco a poco y acababa

olvidándolas; y sin embargo, estaba seguro de no haber visto nunca cosa tan bella.

La dama creía que todo su corazón pertenecía a Hélie, su hijo enfermo. Al regresar al castillo se encontraba con sus nietos —los hijos de Herbert— y la pequeña Marie; uno estaba resfriado, otro tenía fiebre; y ella creía enloquecer, rezaba el rosario, preparaba hierbas y su corazón se hacía más grande, más pesado aún, y no podía más.

Diez años de vida. Cumplidos los cuarenta, creyó que no le quedaba mucho que hacer en la tierra. Casados sus hijos —o lejanos, o muertos—; distraído su marido en otra parte (tenía

sus concubinas entre las criadas, y sobre todo existía Eglantine), la dama se creyó libre e inútil. Hasta hizo volver a Milon al castillo; ya no tenía a su lado ni a Mahaut ni a Girard que la juzgaran; estaba cansada y sola y necesitaba de un amigo. El corazón suele jugar esas partidas: no amaba a Joceran, su hijo más pequeño.

Milon tenía un poco la cara de un jabalí; pero Aalais, que lo conocía desde hacía veinte años, no lo notaba. Fue un amante exigente y celoso: hubiérase dicho que quisiera recuperar el tiempo perdido. Era cuatro años más joven que la dama; era ella, ahora, quien temía perderlo, porque era muy celosa;

se las arreglaba siempre de algún modo para enviar al barón a Seuroi, o a San Florentino, o a Hervi; y entonces la dama tenía a su disposición la cama grande para ella y Milon.

Éste permanecía mudo, grave como un papa, tenía su orgullo de viejo criado, no aceptaba regalos, se hacía de mármol al menor reproche, se mostraba muy celoso del barón y la dama debía sostener una verdadera batalla, cada vez que su esposo venía a pasar la noche en la cama grande: en general, se acostaba en otra parte, estimando que seguía siendo señor aunque durmiera en la paja; nunca temía comprometer su dignidad. Tenía una amiga llamada

Bruñe, que cada año tenía bastardos vivos y fuertes, cosa que humillaba no poco a la dama. Sus propios hijos no vivían. Y acabó por no tener más; ocupábase en repasar los vestidos de Milon, en prepararle túnicas limpias, en cuidarle sus heridas —era muy imprudente en la caza—. Y si eso fuera bien... Pero Milon se hacía rogar para aceptar aquellos pequeños servicios; decía: «No tenéis por qué pagarme». Aalais se reía un poco de sus manías, pero lo hacía por afecto; quedaba tranquila, plácida, engordaba un poco, dormitaba durante la siesta —cosa que nunca había hecho antes— y hasta hallaba tiempo para salir y pasear por el

prado con sus mujeres. Su trabajo no padecía por ello: al contrario. Era algo que daba verdadero descanso, el contar con un hombre que tuviera dos ojos, dos orificios nasales, sin fiebres; un hombre que no tuviera sobre sí el peso de Mahaut mal casada, de Girard alejado, de Alette soltera, de Milessant y de sus dos hijas muertas; un hombre que nada os reprochaba y al que nada teníais que reprochar. Tuvo dos hijos, que la misma dama creía ser de Milon; uno de ellos vivió once meses; cuando el pequeño murió, Milon tuvo los ojos enrojecidos durante tres días.

Naturalmente, el barón nada sospechaba: creía que su esposa era ya

demasiado vieja. Además, él era Ansiou, señor de Linnières; lo conocían en el país desde hacía treinta años; y nadie iba a quitarle su mujer, como nadie le quitaría su vieja espada, colgada bajo el escudo. La dama, como la espada, no podía servir más que para un solo hombre.

Esta amistad demasiado íntima entre la dama y su intendente, fue aceptada en el castillo sin demasiada extrañeza, casi sin reproche; la dama era tan respetada que sus gentes la trataban como si hubiera recibido licencia del papa para vivir con Milon du Cagne. Nadie hablaba de ello, pero todos sabían con certeza absoluta que para la dama no

había ley ni pecado: sabía mejor que ningún otro lo que debía hacer.

Por lo demás, también estaba Mahaut, que acabó por enterarse del asunto. Mahaut era ahora una gran dama, una vez desembarazada de sus hijastros; tras el nacimiento del pequeño Garnier, hizo tanto que el viejo señor de Buchie echó a sus propios hijos del castillo y ahora reinaba en él Mahaut y hacía temblar en su presencia a criados y vasallos. Había ido a Linnières vestida de marta y de fino paño de Flandes, sobre un palafrén persa de color cobre, como sus cabellos. Corrió al encuentro de la dama, la cogió por los hombros, la abrazó:

—¿Es verdad, dama? ¿Es verdad?
¿Y Herbert no ha matado con su propia
mano a ese hombre? Entonces tendré que
hacerlo yo. ¡Vos, dama...!

Aalais juró que no entendía nada.

—Pues bien, se cuentan cosas por
ahí. Dama, echad a Milon; no quiero que
siga aquí.

—Pero, hija: no voy a echar a un
hombre que me sirve desde hace veinte
años. Os ha acunado a todos en sus
rodillas.

—Entonces se lo diré al barón. Y a
mi marido, para que lo mate. ¡Lo
detesto!

Y lloró con la cabeza sobre las
rodillas de su madre. Al día siguiente,

Milon salió de nuevo para Seuroi, donde Aalais no lo veía más que dos o tres veces al mes.

Después de Garnier, Mahaut no tuvo más hijos, ni los quería. Garnier era la única belleza, no podía haber nada semejante a él; los otros hijos que pudiera tener no serían más que pequeños abortos; los veía ya sin vida, sin calor: Garnier había cogido de ella todo lo que Mahaut podía dar: y no salía de su asombro por haber hecho semejante maravilla. Hubiera querido hacerlo príncipe o duque y ni siquiera era heredero de Buchie: pero Mahaut sabría arreglárselas para procurarle al menos eso: y no sería la bella Mahaut de

Linnières si no conseguía hacerse obedecer por un viejo marido. Ya había logrado que su esposo dirigiera una súplica al obispado de Troyes: su primera esposa era pariente suya en cuarto grado y por lo tanto sus hijos eran simples bastardos; quería que se reconociera como único hijo suyo a Garnier, el más pequeño. Sólo que los hijastros no pensaban dejarse tratar como bastardos, y Mahaut iba sin cesar a Troyes, hablaba, perdía la paciencia, discutía con clérigos y abogados, daba puñetazos en la mesa, vigilaba; y de regreso en Buchie lloraba de cólera. El pequeño Garnier era delicado; a los cuatro años no representaba tres; lloraba

a menudo y tenía caprichosas cóleras. Mahaut enviaba todos los meses un mensajero a Linnières para que acudiera la dama: Garnier no estaba bien, Garnier se moría. La dama perdía la cabeza y llegaba al galope, con el caballo sin aliento y el vestido perdido de barro. Mahaut, tendida en el suelo junto a la cuna del niño, golpeaba con la cabeza las losas. «¡Dama! ¡Si muere me mataré!» La dama tomaba al niño, lo acunaba, lo acariciaba y por fin lo curaba siempre. Después volvía a irse, porque siempre tenía qué hacer en el castillo; pero no dejaba de pensar en el pequeño; tenía los ojos velados y las piernas arqueadas; por lo demás, era

bonito, todo un retrato de Mahaut. Cuando el niño cumplió cinco años, la dama convenció a Mahaut a ir en peregrinación para presentar al pequeño Garnier a Nuestra Señora de Vézelay; desde entonces el niño pareció ir mejor.

Después se presentó un marido para Alette: un escudero del vizconde de Bar-sur-Seine, joven, prudente y ordenado, viudo desde hacía dos años. Alette tenía entonces veintitrés y la dama ya no esperaba verla casada. Y he aquí que aquella loca de su hija había declarado que no se casaría nunca: respetaba mucho a sus padres, sólo que no le gustaba el estado de matrimonio y prefería quedarse soltera. El barón gritó,

la dama lloró; pero Alette seguía tranquila y sonriente, decidida en su idea. En el matrimonio no hay más que pecado y dolor y ella era feliz tal como estaba. El barón pasó por encima de tales negativas y la boda se decidió para el domingo de Quasimodo. La víspera de la ceremonia, Alette desapareció. No se encontraron más que sus zapatos, su túnica de lana y su cinturón a orillas del arroyo. Durante tres semanas el barón recorrió la campiña con sus hombres y no encontró huella alguna de su hija. Era de creer que se hubiera ahogado en el Armangon, pero la dama estaba segura de que no había ocurrido tal cosa y preguntaba a todos los peregrinos y

viajeros que pasaban por Linnières y Hervi si habían visto a una joven corpulenta y rubia con el rostro picado de viruelas. A veces le contestaban que sí, pero cuando entraba en más detalles, veía claramente que no se trataba de Alette.

Aquel estío, en el bosque de Traconne, cerca de Sézanne, a quince leguas de Troyes, leñadores y braceros empezaron a encontrar cruces en todas partes: cruces hechas con ramas, talladas en las cortezas de los árboles, dispuestas en la hierba, grandes, pequeñas, en los senderos, en la linde y en los claros del bosque. Un pastorcito que buscaba una vaca perdida vio un día

en un claro del bosque a una bella damisela con trenzas rubias, camisa blanca y descalza, que oraba arrodillada ante un árbol en el que había colgada una gran cruz hecha con dos ramas y ornada de flores. El chiquillo se puso de rodillas para adorarla y la damisela permaneció allí sin moverse, como una estatua. El pastor salió corriendo y encontró su vaca casi inmediatamente.

Desde entonces, nadie volvió a ver a la joven, pero se habló mucho de ella. Decíase que era una santa; otro pensaban que se trataba de una loca. El caso es que la leyenda de la damisela que vivía en el bosque de Traconne se difundió por los alrededores y algunos

sacerdotes llegaron desde Sézanne y Nogent para intentar ver a esa extraña muchacha que sembraba de cruces el bosque. Los lobos y los osos no la tocaban, porque nuevas cruces reaparecían continuamente. Y hacia Navidad, un día de mucha nieve, un leñador encontró a diez pasos de su cabaña a una mujer desvanecida, en camisa y descalza. Estaba delgada, menos exhausta por el frío que por el hambre. Llevada al castillo de Montgenest, cerca de Villenauxe, fue acogida por el señor, muy halagado de recibir en su casa a la famosa reclusa del bosque; pero como la joven se negaba a revelar su identidad, se

encolerizó y la trató de loca, expulsándola de su casa. La joven acudió en demanda de pan a la vecina aldea y a cambio de la manutención trabajó. No sabía moler el grano, ni hacer la sopa, pero era buena costurera y la aconsejaron que fuera a la ciudad. En Villenauxe no encontró trabajo y tampoco quería mendigar; fue a pie hasta Nogent. Allí cayó enferma y fue recogida por la priora del convento de San Nicolás.

La priora nunca pudo saber nada de la joven, sino que había jurado no revelar a nadie su nombre. La desconocida pasaba el tiempo de rodillas, orando ante un crucifijo. En

cuanto estuvo mejor, trabajó en el obrador del convento. Era excelente trabajadora, humilde, tranquila; la creían una simple de espíritu porque no hablaba nunca: a todo lo que se le decía respondía con amplias sonrisas y gestos de la cabeza. Después, la priora supo que un señor de Linnières, del país de Othe, de la castellanía de Paiens, buscaba desde hacía ocho meses a una hija que había escapado de la casa la víspera de su boda. Decíase que la damisela de Linnières era rubia, delgada y con el rostro picado de viruelas. Entonces, la priora y sus religiosas se dieron cuenta de que la desconocida tenía huellas de viruela en la cara: hasta

ese momento, no habían reparado en ello. La joven tenía cara delgada, estropeada por la enfermedad, no muy bonita, pero sí como modelada, esculpida, con perfiles claros y sobrios de línea. Sólo que ahora las trazas de la viruela ya no engañaban y todas las monjas de San Nicolás sufrieron una decepción al saber que su protegida no era más que una damisela del país de Othe, que había escapado de la casa paterna. Le preguntaron si era Alette de Linnières; ella se negó a responder. Después, hacia la cuaresma, la dama de Linnières acudió en persona y Alette se echó a su cuello gritando: «¡Madre!».

La dama besó las manos rugosas y

los pies cubiertos de costras; había encontrado a su hija. Estuvo un buen rato a su lado, sin hablar, sentada en el bajo escabel de madera. Por fin dijo:

—¡Qué habéis hecho de mi! Os creía ya muerta.

—Perdón, dama —dijo Alette—. Me he portado mal, pero no me obliguéis a volver al castillo: soy feliz aquí.

—¿Es que he sido una mala madre con vos? —preguntó la dama.

La muchacha dijo:

—No quiero casarme. Madre, el día que tratéis de darme un marido, si no puedo huir, me cortaré la nariz y los cabellos para que nadie pueda

enamorarse de mí.

—Hija mía, es vergonzoso para una damisela quedar tanto tiempo sin marido; tengo los dedos gastados por el rosario, de tanto como he pedido a Dios un esposo para vos. Es contra la naturaleza no querer marido ni hijos.

—Pero hay muchas que son monjas y ruegan a Dios toda su vida —dijo Alette—. Hay que pensar que Dios las ama más que a las otras. Son como ángeles.

—No sabéis nada —dijo la dama—. Son siempre las feas y las que han perdido la razón... Pero vos, mi cordero, vos no tenéis nada que reprocharos. Alette, miradme: mis cabellos han perdido el color, mis ojos están sin vida,

voy envejeciendo: he sufrido mucho por todos vosotros. Entonces, ¿por qué sois tan dura conmigo? ¿No me habéis hecho bastante daño?

Alette obedeció. Regresó al castillo y se mostró dulce y buena con todos. Pero pronto cayó en tal languidez que fue la misma dama quien entonces persuadió al barón para que la enviara de nuevo a Nogent, con la priora de San Nicolás.

La condujo ella misma; le dio su bendición y prometió volver a verla. Y se marchó, envuelta en su pesada capa de pieles. Hacía frío, llovía, Aalais sentíase desorientada en aquel camino desconocido y no lograba apartar sus

ojos de esas largas murallas grises tras las cuales quedaba encerrada Alette.

Y aquel año trajo al mundo a Marie, que vivió.

Esos años fueron señalados de nuevo por el signo de la cruz. La caballería champañesa se dispuso otra vez para la gran partida. Las oriflamas con cruces rojas pasearon de nuevo sus franjas doradas por las calles de Troyes y por el camino de Vézelay. El joven conde Thibaut dirigía la cruzada en nombre de los reyes y de los barones de Francia y de Inglaterra. Para Aalais, como para tantas otras mujeres de la Champaña, de Francia, de Normandía, de Aquitania y Provenza, de Inglaterra y

de Bretaña, la cruz roja no era más que una inmensa cruz de fuego y de sangre que les oscurecía la vista cuando levantaban sus ojos hacia las banderas y las corazas. Todas temblaban por su propia carne, por sus hijos y sus maridos. No había una que no hubiera perdido a más de un hombre. Herbert había partido, pero era tan grueso que el calor le causaba fatiga. Detestaba la Tierra Santa, pero era algo más fuerte que él aquella oleada de sangre, de lujuria, de exaltación, que lo arrastraba como a los otros. Y recordaba a su hermano y a Garnier y todas aquellas ciudades quemadas por el sol, a la otra parte de un mar demasiado azul; y

recordaba también la sangre pagana.

Herbert se había hecho rico y el barón, con aquel ojo que ya empezaba a ver mal, devoraba a aquel hijo cada vez más grueso, duro, envejecido, que conservaba en sus grandes ojos apagados los esplendores de la Constantinopla violada. ¡Ah! No, Herbert ya no admiraba nada: ahora, menos que nunca. Llegado al Paraíso de Dios, podría decir: «He visto otros muchos Paraísos». La Champaña era pobre y campesina con sus castillos de piedra caliza, sus empalizadas y sus iglesias con torres cuadradas; llevaba como botín bellas telas, copas, jarros, joyas de mujer, ornamentos de iglesia,

tanto que la dama creía que por sí solo había desvalijado a toda Constantinopla. Y él, volviendo a sus treinta años ya cumplidos a las mismas bravuconadas de muchacho, decía moviendo los hombros:

—¡Oh! ¡Si vierais! Allí había otro tanto y mucho más para cada soldado.

Desde entonces, Herbert vivía en Troyes con gran amplitud. La dama sólo lo veía vestido con pieles de petit-gris, adornado con cadenas de oro, sortijas y pendientes. Cada mes hacía regalos a todos sus vasallos y amigos. Tenía una casa propia, daba fiestas, mantenía a cuatro concubinas a las que adornaba con joyas como a reinas y no montaba

más que corceles de Persia y Arabia. De su segunda esposa, a la que todavía amaba, tenía cuatro hijos y manifestaba gran empeño en que vivieran en Linnières. Estaba seguro de que nadie sabría educarlos como la dama.

El año del regreso de Herbert, la dama tuvo por fin noticias de Girard. Un caballero alemán que volvía de la peregrinación pasó por Linnières dando un rodeo; dijo a la dama que Girard de Linnières, su hijo, estaba en Venecia al servicio del dux. Había sido armado caballero en Acre por el viejo Balian de Ibelin, señor que había sido del ya fallecido Simon de Linnières. Después de su estancia en Acre, se instaló en

Constantinopla, pero en la ciudad sólo estuvo poco tiempo, porque el emperador no sentía simpatías por los franceses. Alcanzó a los cruzados en Venecia y casi inmediatamente se puso al servicio del dux, porque andaba escaso de dineros. Había hecho la cruzada, pero sin entrar en contacto con los champañeses: tal era la razón de que la dama no tuviera noticias de él. El alemán le transmitía toda clase de respetuosos saludos de su hijo, que hacía votos por ella; pero, cosa extraña, quedó muy sorprendido al saber que el padre de Girard vivía también.

—Nunca me habló más que de su madre —explicó—. Realmente, os creía

viuda.

La dama lloró. Ahora tenía la costumbre de llorar por cualquier cosa; apenas se daba cuenta de ello. Y pidió al caballero que permaneciera con ella al menos por tres meses.

—Creeré que sois mi propio hijo; os acostaréis donde él dormía; os lavaré los pies y el cabello como hacía con él.

El joven se quedó en el castillo. Llamábase Federico de Saint-Ulrich. Era rubio y tranquilo. La dama se aficionó a él como a un hijo y lloró el día en que hubo de marchar.

El barón iba quedando ciego lenta pero seguramente. Poco a poco fue renunciando a la caza, a los caballos, a

los halcones. Permanecía días enteros sentado en su banco; se hacía más grueso y pesado, envejecía. La dama lo veía convertirse en un hombre irritable, caprichoso. La obligaba a servirle como lo hiciera en su juventud. Nadie como ella le cuidaba los callos y durezas de los pies o lo limpiaba de pulgas. Debía estar a su lado continuamente; y apenas podía prescindir de ella cuando la dama iba a dar a luz. Recibía con frecuencia a vecinos y viajeros: ésa era su mayor distracción. Muy experto en cuestiones de caza y de caballos, hablaba de ello con verdadero gusto, lentamente, como un viejo, sin terminar nunca sus argumentos. Sus oyentes se dormían, sin

que él lo viera; y seguía hablando monótonamente. La dama decía: «Mandad que traigan de beber. Vuestros huéspedes tienen sed».

En esas recepciones, Eglantine se mantenía en pie junto a la butaca de su padre, digna, un poco rígida, con los ojos bajos, adornada con collares de bolas de madera; morena, fresca de mejillas como una manzana dorada, senos insolentes, vientre musculoso, todo bien subrayado por su túnica de lana. Llegó el día en que Eglantine no apareció en la sala junto a su padre. A los trece años tuvo un aborto, al cabo de una larga carrera a caballo. La cosa ocurrió en el bosque durante una caza;

los únicos testigos fueron una prima de Eglantine y un joven escudero que prometieron guardar silencio. Pero hubieron de llevar a Eglantine desvanecida al castillo y la dama comprendió inmediatamente de qué se trataba. El responsable, un joven palafrenero de dieciséis años llamado Pierre, fue muerto y arrojado al Armangon. El barón no bromeaba con esas cosas. Eglantine tuvo la suerte de estar enferma y próxima a la muerte, con lo que se libró del castigo del barón, pero el padre no volvió a mostrarla a sus invitados como hasta entonces, ni a dirigirle la palabra. Todo aquello le causaba demasiado dolor.

* * *

Entre las altas hierbas calientes al borde del camino, la joven espera apoyada de espaldas a una vieja cruz de madera. Ante ella, el bosque de Hervi; detrás, un claro con pinos recientes, matas y hierba seca; más allá, el campo de avena de Linnières. Es la época de la siega, el mes de oro, todo en oro: el sendero, las altas hierbas secas, la cruz, los saltamontes, los campos y los segadores. La túnica gris de la joven parece blanca a la intensa luz del sol; los mechones lacios, quemados, de su cabello oscuro, caen sobre la frente y

sobre los enormes ojos negros y redondos. También es de oro el caballero rubio y atezado que se inclina hacia Eglantine desde lo alto de su silla de cuero cordobés. Eglantine se encarama al talud, levanta los brazos y los pasa en tomo al cuello del jinete. Está deslumbrada, abre mucho los ojos, aspira el aire, deja escapar un gran suspiro tranquilo, como quien se siente perfectamente y no puede más de bienestar. Cuando el joven descabalga, ella está abrazada a su cuerpo; lo devora con sus ojos, hasta el menor pliegue de la piel, hasta la más reducida gota de sudor de su frente. Es hermoso, corpulento, con anchos hombros y

cabello rizado; y no le basta con dejarse mirar. Se suelta el cinturón y derriba a la joven sobre las altas hierbas. Eglantine suspira de felicidad y cierra los ojos.

Se llama Thierrí de Chasserícourt. Es cazador en el bosque condal de Hervi. Hace ocho días que se aman y es algo tan bello que Eglantine olvida peligros y vergüenza. Es verdad que Thierrí no es el primero, y él lo sabe. El primero fue Pierre, a quien el barón había matado después de lo sucedido en el bosque. La muchacha se repuso pronto; era vivaz como los escaramujos. Pero entonces los jóvenes de Linnières no se atrevieron a acercarse más a ella. En la iglesia de Hervi, Eglantine veía

muchas veces a los cazadores del conde, entre los que no faltaban los guapos mozos. Así fue Eudes de Montmartin quien la llevó durante un descanso a los matorrales que hay junto a la tumba de Rainard. En esa ocasión, Eglantine no quería hacerlo; pero el joven la venció por astucia; y después de aquello, Eglantine lo amó de veras, sólo que Eudes tuvo que marchar a Reims quince días después. Más tarde fue Jacques de Vanlay, primo de Herbert. Jacques ya no era un jovenzuelo: había cumplido los treinta años. Se encontraba con Eglantine en los rincones oscuros, detrás de las camas, siempre apresurado y con miedo a ser descubierto; de todas

maneras, se imponía a la joven por su edad y su condición de caballero... Y ahora, Thierrí. Para verlo, Eglantine tiene que salir del castillo durante la siesta, a escondidas; cambiar sus vestidos por los de Bone, la hija de Gauchère; y caminar casi media legua por el sendero de la Loge Borgne.

Thierrí de Chasserícourt había visto a Eglantine en una fiesta en el castillo de Herví el día de San Pedro «ad Vincula». El muchacho, en aquella ocasión, había conseguido un premio de tiro con arco y ofrecido su recompensa, un ramillete de flores en una larga varita, a la muchacha que por el momento le parecía más acogedora. Eglantine rió como una niña.

Thierri no ignoraba que era una hermana bastarda del señor de Hervi y se expuso al peligro de conversaciones atrevidas, cuando por la tarde una criadita acudió a decirle que estaban esperándolo en el jardín bajo el escaramujo. La damisela lo recibió con ardor de bestezuela hambrienta. Estaba muy vigilada —le decía—, apenas la permitían ver a los jóvenes; y como él permanecería en el castillo unos días, decidieron verse en el bosque de Linnières. Nunca había visto a una muchacha más fácil para la risa ni más acariciadora; Thierri era tranquilo y le gustaba vivir. No pedía más que poder reír un poco. Cuando volvió a montar el caballo, besó los

grandes ojos de Eglantine y prometió volver al día siguiente. En realidad, sabía que no volvería más.

Con cardos en la túnica, hierbas en el cabello, Eglantine descendía lentamente por el sendero a lo largo del campo y ante sus ojos todo se fundía en una niebla de luz roja. El sol quemaba sus brazos bajo las mangas. En el bosque, las ramas crujían a su paso; las cigarras hacían estallar los oídos con su cri-cri continuo y agudo; las voces de los segadores resonaban como si estuvieran muy cerca. Era seguro que la dama estaría buscándola ya por todo el castillo: pero no le importaba. Aunque la encerraran, nunca le faltaría astucia

para volver al bosque al día siguiente y ver a Thierry. Tranquilizada por este pensamiento, se echó en tierra, se puso a mirar las nubes que pasaban y se durmió.

En la sala, sobre la pared encalada, el gran escudo de Ansiau de Linnières aparecía colgado sobre la gran espada de vaina de cuero dorado. El escudo, que no había sido pintado de nuevo desde hacía cuatro años, estaba borroso; el fondo rojo aparecía oscurecido por la humedad y los dos lobos azules apenas se destacaban. Pero la espada permanecía intacta en su rica vaina y Ansiau la mostraba a veces, por un favor especial, a sus invitados. La hacía traer

por dos escuderos; él mismo la desenvainaba lentamente, procurando no tocar el puño si no se había lavado las manos. Esa empuñadura, de diez pulgadas de largo y de respetable grosor, tenía dentro reliquias de san Jorge y una piedrecita del Santo Sepulcro. La hoja era clara y brillante como un espejo de acero de dos facetas.

Es duro tener todavía tanta sangre en las venas y nervios tan sólidos y no poder servirse de su propio cuerpo. A Ansiau no le gustaba permanecer en la sala; descendía al patio y se instalaba en el banco de piedra junto al pozo. Allí pasaba el tiempo. Había hecho disponer un pequeño baldaquino de tela que lo

protegía del sol y a menudo de la lluvia. Aspiraba el familiar olor de las caballerías y los olores de sangre y de carne fresca de los cazadores que volvían al atardecer y el cálido olor de las jóvenes que acudían allí a sacar agua. Cuando abría su ojo, veía ante sí pequeñas rayas sanguinolentas, un hilillo rojo que unas veces crecía y otras se paralizaba y con mucho esfuerzo llegaba a distinguir más allá del hilillo formas sombrías y manchas claras. Para distinguir un rostro tenía que mirarlo fijamente durante mucho tiempo; después, el ojo le dolía y se le enturbiaba durante horas. Todo había sido culpa de la nieve: un día nevado,

de mucho sol, Ansiau cabalgó de un solo tirón de Linnières a Troyes. Entonces le ocurrió el percance: como unas agujas ardientes en el fondo del ojo y unas manchas, manchas por todas partes; por unos momentos no vio más que un velo rojo; después no volvió a restablecerse.

La disentería casi permanente y las fiebres tercianas que desde casi veinte años atrás hacían presa en él, ya no parecían tener en ese cuerpo más presa que la segur en un tronco de árbol; los cabellos y la barba crecían fuertes y rizosos; las sienes eran grises, pero en la barba apenas había canas; los músculos se hinchaban bajo las mangas de lana, como los de *un* luchador o un

buen arquero. Los dientes eran aún blancos y fuertes como siempre, pero no los mostraba a menudo.

Con el ojo cerrado, la espalda encorvada, las manos juntas entre las rodillas, puede permanecer allí horas enteras sin hablar, sin moverse. Siente el sol a través del toldo, la frescura del pozo; las bocanadas de aire llevadas por el viento, el susurro de las hojas del gran tilo a diez pasos del foso, gentes que van y vienen, formas tibias y pesadas sin forma y sin rostro, voces, risas; para él está todo tan vacío de sentido como el susurro de las hojas. A veces cree distinguir el sonido de la lanza contra un escudo, un chirrido de

hierros, voces lejanas que gritan: «¡Santo Sepulcro!». De todos sus sueños, éste es el más tenaz. A veces también cree sentir a su lado a Garnier y oye su voz un poco grave y cálida: «Sí, tío...». Y también: «Santo Sepulcro». Y llega a decirlo él mismo en voz alta. Es una costumbre. No piensa en nada.

El tiempo ha pasado con tanta rapidez que ni siquiera lo nota. De Pascua a Pentecostés, de Pentecostés a la Asunción, de Todos los Santos a Navidad. El año da saltos; no se distingue ya la Navidad del año pasado de la de hace dos años. Lo único que cambia son las jóvenes. Si al menos Dios les impidiera crecer... Y cómo, y

por qué haberse adherido a una cosa tan frágil como una jovencita...

Los días de sol, el ojo le duele. Es mejor no abrirlo demasiado; y entonces empieza la sed, los vómitos, el peso en el estómago, las moscas. En momentos así es bueno tener a la dama cerca, siempre dispuesta, porque tiene la mano suave y dedos que hacen bien. Sólo que ella no puede alejar los tristes pensamientos de su cabeza. Y esas ideas vienen y dan vueltas y más vueltas en el cerebro. Matar a un palafrenero que ha abusado de vuestra hija: es algo que debe hacerse y se hace. Pero en ciertos momentos, Ansiáu desea matar a todos los hombres de la tierra. De lo

contrario, nunca podrá estar tranquilo. A un ciego puede engañársele con facilidad. En la cabeza de Eglantine no caben más que esas cosas, no es culpa suya, pues su madre era también así. Y es fácil decir que se la encierre: no puede pasarse la vida en una bodega.

Se creía dispuesto a perdonarlo todo; lo creía cada día. Y siempre, al volver a ver a su hija, siente que la sangre se le sube a la cabeza y no puede decir una palabra; ni siquiera un saludo de buenos días o buenas tardes. Después, una noche supo que Eglantine no estaba en el castillo; la dama le dijo: «Nadie la ha visto salir; no entiendo nada...» Entonces el barón enrojeció de

rabia y hubo que desabrocharle el cuello. Envió a tres hombres a caballo al bosque, para buscar a Eglantine. «La mataré; le cortaré la nariz.» Iba de un lado a otro de la sala, tropezando con todo lo que hallaba a su paso.

Eglantine abre los ojos; sus párpados le pesan; sus piernas están blandas; se encuentra un poco entumecida. Siente deseos de volverse de lado y seguir durmiendo, se está tan bien entre la menta y la mejorana y las altas hierbas finas y secas, y de pronto ve que todo el cielo más allá del campo y del bosque de Hervi tiene color de oro que tiende al rojo y las nubes son como copos de lana que arden en pleno

incendio. En el campo ya no hay segadores. Las campanas de Hervi tocan a vísperas.

Eglantine piensa primero en lo que le aguarda en el castillo. La cólera del barón, los correazos de la dama. Las burlas de los niños. La bodega, el pan seco. Nadie desea ser humillado. Eglantine se echa sobre el vientre y comienza a frotarse las mejillas con hojas de menta. Siempre regresará demasiado pronto. Allí se está bien, tranquila. Sólo que una ligera angustia se os mete en las entrañas cuando se piensa que hay que volver. En el fondo, Eglantine no está del todo segura de verse libre de golpes y de encierro. ¿Y

si el barón le arranca el corazón o le corta la lengua? ¿Y si la ata a la cola de un caballo? ¿Y si la ponen desnuda en un poste, porque ha deshonrado a la familia? Pensativa, sacude la cabeza. Todo puede ser. Es mejor no regresar; de todas maneras, si vuelve tan tarde, está segura de no poder ver a Thierry a la mañana siguiente. Es mejor esperarlo en el bosque.

De pronto su pensamiento se desvía. Thierry, con Thierry se está bien; es cálido, luminoso, como un gran sol, con sólo pensar en él le parece tener el sol en la sangre. Es bueno. Cuando vuelva, le pedirá que la lleve a su país y se case con ella. Es tan sencillo... Thierry es un

escudero sin fortuna, pero Eglantine está segura de que en su país —está en la parte de Nogent— la vida no es como en Linnières. Thiéri tiene un castillo pintado de blanco, con un escudo rojo y oro sobre la puerta y alfombras de color por los suelos y en las camas; ventanas con vidrieras como en las iglesias y tantas velas encendidas que de noche se ve como de día. Además, toma a Eglantine y la lleva hasta su banco bajo los escudos y le pone una corona de flores en las sienes y una sortija de oro en el dedo, una sortija que brilla como una gran estrella. Eglantine cierra los ojos. ¿Dónde encontrar el valor para esperar aún horas y horas, toda una

noche, toda una mañana? ¿Cómo estar tan lejos de Thierrí cuando tiene su amor en cada gota de su sangre? Eglantine seca sus lágrimas, levanta de nuevo la cabeza. Cae la noche.

Echada de lado, con los ojos muy abiertos, sus pesadas trenzas echadas atrás, escucha cómo el bosque se despierta a su vida nocturna; las liebres salen de sus escondrijos, los ciervos bajan a beber al riachuelo, la lechuza llora al otro extremo del campo. Eglantine no tiene miedo: la reliquia de santa Colomba que lleva al cuello la protege de todo mal. Ni tampoco la preocupan los lobos y jabalíes. «Para una joven noble no hay nada más sucio y

feo que ese maligno calor en la sangre», eso se lo han repetido hasta la saciedad la dama y el padre Aimeri y la dama Richeut. Eglantine lo sabía bien sin que se lo dijeran. ¿Y qué?

Fea, bastarda, mentirosa: eso era. No ha conocido a su madre, pero no resulta agradable oír que le dicen a una: «Tal madre, tal hija», o también: «Tan puta como su madre y su abuela», eso lo había dicho el barón después de lo de Pierre. ¡Y ella que había creído que el barón la amaba! Después todo cambió —precisamente por Pierre—; Eglantine no podía saber nada, era una niña estúpida, lo mismo que Pierre. No sabían que esas cosas eran las que

hacían tener hijos. El barón mató a Pierre; cuando la joven lo supo sintió frío en las manos y en los pies, pero no dijo una palabra. A ella, el barón no la castigó; estaba demasiado enferma. Pero nunca pudo creer que estuviera tan encolerizado con su hija; dijo cosas horribles: su ojo estaba encamado y su barba temblaba; entonces Eglantine comprendió que no la amaba y empezó a temerlo.

No es culpa de Eglantine el que se ponga roja de alegría cada vez que un mozo la mira —no lo hace a propósito—, se encuentra tan tranquila, tan satisfecha, tan segura cuando está cerca de un joven que le guste... Es como el

Paraíso. Y quieren obligarla a vivir sin eso. ¡Ah, no! Es mejor estar muerta.

Al despertarse de mañana, Eglantine se frota los ojos y se estira con placer recordando que es libre y que nadie le impedirá encontrarse con Thierry a mediodía ante la cruz de madera. Está mojada de rocío, fresca, sus cabellos húmedos ondulan en pequeños rizos en tomo a su frente. Deshace sus trenzas y sacude la cabeza; su cabello oscuro y ondulado la cubre con un velo flexible; se ríe, porque sabe que pueden llamarla fea: es todo lo bonita que quiera y Thierry lo sabe, puesto que la ama. El sol echa sobre el campo largos rayos oblicuos y pálidos; la sombra del

bosque cubre la mitad de las tierras. Los segadores vuelven con hoces y segaderas, hombres como de barro cocido; Eglantine se esconde entre las matas, después comienza a bajar por el sendero del bosque, cogiendo flores para hacerse una corona. Está tranquila, porque su vista no alcanza más que hasta el mediodía. Thierry la acariciará entre las hierbas, detrás de la cruz. Eso es todo. No hay nada más. Poco importa que la lleve consigo o no; en el fondo, Eglantine sabe bien que no hará nada; se divierte imaginando que va a hacerlo. Lo importante es que venga; no desea más.

El sol empezaba a bajar hacia el

bosque de Bernon. Eglantine, sentada al pie de la cruz, lloraba; con la cabeza sobre las rodillas; tenía hambre, la cabeza le daba vueltas, sus piernas le dolían. ¡Oh! ¡Nunca hubiera creído que Thierry fuera tan perverso! Había prometido volver sólo para engañarla, para burlarse de ella. Y no había venido. Lo hacía adrede. ¡Lo detestaba! El sol era feo. Todo, todo era feo...

Dejó dócilmente que Raoul la pusiera a la grupa en el caballo. El viejo escudero lo había encontrado al borde del camino. Hubo que pasarlo todo hasta el fin; no se había producido ningún milagro para salvarla; el regreso al castillo, las miradas de las criadas, las

sonrisas de los lacayos y el silencio que la recibió a la puerta de la sala. La dama estaba en pie junto a la chimenea, erguida, con las manos en la cintura. Los escuderos y mozas de la cocina, inmóviles, habían dejado en el suelo sus cazos o sus sopletes; y estaba allí ese imbécil de Joceran, que gesticulaba como si jamás hubiera hecho una tontería.

—Eglantine —dijo la dama—, venid aquí.

Eglantine se acercó y se puso de rodillas. La dama la cogió por el cabello y la obligó a levantarse.

—Ya tendréis tiempo de estar de rodillas —dijo—. Venid primero, que os

lleve ante vuestro padre en el estado en que estáis. Está ahí, al pie de la ventana.

Allí estaba. Inmóvil, con las manos agarradas a los brazos de su sillón. Nunca hombre alguno había parecido tan enorme; sus hombros tapaban toda la anchura del dosel de madera; sentado era tan grande como Eglantine en pie; su viejo abrigo de lana oscura parecía estrecho para aquel pecho que se elevaba rápidamente, como a saltos. El ancho rostro moreno y rol o rodeado de pelo gris, el ojo cerrado, la boca apretada: todo él era una inmensa cicatriz. El cuello y las orejas se hacían cada vez más rojos.

El barón callaba. Por fin dijo con

voz ronca, ahogada:

—El cuello.

La dama le aflojó el cuello y le colocó una gran llave sobre la vena de la sien izquierda para enfriar un poco la sangre. El barón respiró y abrió lentamente el hinchado párpado. Eglantine, extenuada, temblándole las piernas, se sentó en el suelo y bajó la cabeza como una bestia apaleada que espera el golpe de gracia. Sabía que no era el momento de sentarse en el suelo, pero eso no la preocupaba. No se atrevía a levantar los ojos por temor a ver algo demasiado espantoso. Sentía deseos de dormir.

Oía la respiración silbante y rápida

del barón.

—Bribona... ¿con quién?, ¿dónde...?
-y siguió un rugido—: ¡Respóndeme,
perra!

Eglantine se oyó contestar:

—Me perdí en el bosque.

—¿Con quién?

—Con nadie.

—Hija —dijo el barón—, voy a
matarte.

Eglantine no dijo nada y bajó aún más la cabeza; sus cabellos sueltos se extendieron a los pies del barón. Prefería que la mataran. Ese hombre la había traicionado. Lo creía bueno y he aquí que la odiaba, que era su peor enemigo, él, tan grande y tan fuerte y

ella, tan débil... Era mejor morir que vivir encerrada.

—Te mataré, ¿entiendes? —repitió el barón.

—Sí... —sollozó Eglantine.

—Has jurado encolerizarme.

Levántate y habla de otro modo.

Y al oír aquella voz más suave, Eglantine recordó cómo su padre la reprendía cuando robaba manzanas y sin querer comenzó a sollozar y a decir:

—¡Padre! ¡Padre!

Y entonces ocurrió una cosa extraña. No la mató. La tomó en sus rodillas y se puso a consolarla.

—Te he asustado, hijita... Eres tonta... No habrás creído que tu viejo

padre iba a matarte... ¡Loca! Ea, dama: yo hablaré con ella, no os preocupéis más...

La dama alzó los hombros y se alejó.

Ansiau se esforzaba por distinguir, a través de los hilillos sanguinolentos que le cruzaban el ojo, la cara de su hijita: los ojos enrojecidos y apagados, los labios hinchados, las mejillas sucias por las lágrimas, los largos mechones de cabellos en desorden —la adivinaba, aunque la veía mal— y las pecas en su pequeña nariz roma y el lunar claro en la mejilla. No decía nada. Su ojo empezaba a hacerle daño y se le llenaba de lágrimas, de dolor o de tristeza, no sabría decirlo. Seguía mirando,

parpadeando. La chiquilla se sorbía las lágrimas y frotaba los ojos con las manos.

—Hijita —dijo el barón—, no creas que voy a matarte... Eres tú la que me matarás.

Eglantine no comprendió; era demasiado absurdo. Seguía allí, torpe, inmóvil, sin saber aún lo que pensaba su padre; había pasado el tiempo en que ella creyera que su padre quería lo mismo que Eglantine; ahora desconfiaba.

—Escucha, hijita —siguió Ansiau—, cuando un huevo se rompe, que le vamos a hacer: roto está. Ha terminado. Ya no vale para nada. Pues bien, lo mismo te digo a ti. No vales ya. No eres

una niña; una nada, un huevo roto, eso eres. Y no es bonito...

La joven suspiró, atenta a la voz baja, rota, pero acariciante del viejo padre; hacía tiempo que sabía que no valía nada y eso no la afligía.

—Yo pensaba casarte con un caballero. Estaba orgulloso de ti. Cuando hiciste la primera locura creía morir de dolor. No era culpa tuya: eras demasiado joven. Pero ahora vuelves a las andadas. Es una vergüenza para mí. ¿Qué quieres que haga?

Eglantine no contestaba. ¿Qué quería? Quería a Thiéri de Chassericourt.

—Te llevaré al monasterio —siguió

el padre— para que no me avergüences más. Allí estarás con tu hermana Alette y te guardarán bien; no harás más tonterías.

Entonces Eglantine comprendió: eso es lo que el barón quería. Había fingido ser bueno para engañarla mejor. Del claustro ya no puede salirse para correr por los campos. Y para toda la vida. Y todo estaba dispuesto, seguro: el barón lo quería. ¡A ella! ¡Para toda la vida, una prisión!; ¡a los quince años! Sentía frío. Gritó:

—¡Matadme! ¡Prefiero la muerte! ¡Cogedme, arrojadme al pozo, con eso ya no os avergonzaré más! Sé que me odiáis.

Iba a arrojarse a tierra para llorar, pero algo la detuvo: vio a su padre palidecer y volver a ponerse rojo y temblar con tanta fuerza que sus dientes castañeteaban ruidosamente. Asustada, lo miraba con los ojos entreabiertos y después fue él quien se abatió, con la cabeza entre las rodillas, los brazos caídos, con un rugido, un gruñido de oso moribundo. Eglantine lo sacudía:

—¡Padre! ¡Padre...!

—¡Vete! —dijo el barón. Pero ella no lo escuchaba y repetía sus llamadas. El barón lloraba. Eglantine se puso de rodillas delante de él y apoyó la cabeza del anciano en su hombro.

—Me has dicho algo que no

olvidaré nunca, hija mía. Por mi barba te lo juro: no irás al convento. Mientras yo viva seguirás aquí y nadie te hará daño. Te defenderé. No se burlarán de ti. Ha sido culpa mía... No te castigaré por mi propio pecado. También tu madre tenía un padre anciano, pero ha muerto, por bondad de Dios, y yo no la respeté. Merezco lo que me sucede. Vete..., encontraremos algo..., no serás desdichada. Mi florecita de escaramujo... No volverás a decir que tu viejo padre te detesta.

La joven le acariciaba las mejillas como si el anciano tuviera diez años. Sentíase de nuevo firme; la vida era buena y el padre no la había engañado.

El barón mantuvo su palabra. No la castigaron por su desaparición y se presentó a la mesa, lavada y peinada, junto a su primita Huguette de Beaumont. La miraban con sorpresa. Pero ella mantenía erguida la cabeza, segura de sus razones. Nunca joven alguna tuvo aspecto tan cándido y tan digno. El barón, desde su puesto en la cabecera de la mesa, buscaba a su derecha en el caos danzante de manchas claras y oscuras la túnica azul de Eglantine, y parpadeaba. Y cuando adivinaba una sonrisa en las mejillas rosadas de la joven, olvidaba dolor y vergüenza.

Pero a la noche, tras haber bebido tres buenas copas de Borgoña, se sintió

incómodo y rogó a la dama y a Thierrí que lo sostuvieran: no podía subir la escalera a solas. Y en cuanto llegó a la alcoba, cayó como un peso y quedó inmóvil.

Era un enorme peso; se necesitaron cinco hombres para levantar ese cuerpo lleno de plomo, que de pronto parecía más grande que de ordinario. «La sangría. Pronto. La sangría..., las sanguijuelas.» Como siempre, la dama sabía lo que debía hacer; ayudó a desnudar al enfermo tendido en el lecho y preparó la palangana para la sangría; pero no veía nada. Sentía un profundo frío en el corazón. Ese rostro rojo, violáceo, hinchado, entre los cabellos en

desorden y grasientos ya no era el rostro del hombre al que había amado. No lo reconocía. ¿Cómo podía cambiarlo tanto la vida? No era verdad. Un hombre no cambia así. Un hombre no se va de esa manera. «Barón, hermano, si creéis que he deseado vuestra muerte, es que nada sabéis. Barón, amigo mío, prefiero morir..., a mi edad una no vuelve a casarse..., menosprecio a Milon. Pero ante todo la sangría y pronto. Ya fluye la sangre negra, se desliza en una taza roja. Nuestra propia sangre, barón. No lo olvidéis. No me dejéis...»

Sentada en el lecho, la dama velaba y rezaba su rosario. En el cofre al lado de la cama, Joceran estaba sentado,

absorto, pálido, con los párpados como de piedra. También estaba allí la pequeña Marie, dormida en el regazo de su nodriza. Una niña enfermiza, Marie, delgada, siempre cubierta de granos y postillas; durmiendo, temblaba y plegaba su boquita. «Nacida de madre demasiado vieja», pensaba la dama. ¡Ah, Dios! ¿Por qué traer durante tanto tiempo unos hijos de los que nadie necesita? ¿Acaso Él se cuida de su pequeña Marie? ¿Se acuerda al menos de que existe? Es la otra la que se lo ha llevado todo, la mujerzuela, la joven, que había tenido un cuerpo tan bonito — ¿y quién no lo tiene a los quince años? —, y por la hija de aquella mujerzuela

había olvidado a sus hijos, nacidos en el matrimonio. Y ahora es ella misma, esa perra, quien lo mata; había que esperárselo. Un día tendría que recibir el castigo de su pecado. Por algo la hija nació viciosa. Bien empleado le está..., pero, que viva, que siga aquí: ya está bastante castigado...

—Dama.

Al pie del lecho una gran forma blanca se yergue, con dos trenzas que caen a lo largo de sus brazos. De ese rostro la dama no ve más que tres manchas negras dispuestas en triángulo, los ojos y la boca, abierta.

—Tu sitio no está aquí, basura — dice la dama.

La otra no oye.

—Dama, castigadme.

—Sí, es el momento.

—Entonces, ¿no queréis?

—Vete.

Eglantine no se va; queda al pie del lecho, secándose suavemente la nariz. Después, pone sus brazos en tomo a sus rodillas y se pone a escuchar la respiración jadeante del enfermo. En la sala, el mudo de pasos y voces no termina. El anciano padre Aimeri se acerca al lecho, mueve la cabeza; echado de lado, el barón tiene ahora el cuello menos rojo, el rostro más regular, pero sigue sin oír lo que se le dice.

—Otra sangría —dice la dama—, y

unas piedras calientes a los pies.

Thierri baja corriendo a calentar las piedras. La dama contempla esa enorme cabeza posada en la almohada, más inhumana que una cabeza de cadáver, con su lengua hinchada y su ojo entreabierto e inexpresivo; en la nuca, aún roja, dos enormes sanguijuelas negras se hacen cada vez más redondas. Eglantine, desde el puesto que ocupa, no ve nada y no oye más que el respirar sonoro que surge del lecho. Al pasar, Thierri tropieza con ella; el padre Aimeri le roza la cara con su amplio hábito. Después, Thierri vuelve a echarse en tierra y se duerme.

La noche es larga. La dama enciende

una segunda vela. Al pie de la cama sigue la joven, con la barbilla entre las rodillas y los brazos en torno a las piernas. Cosa extraña: Aalais nunca ha podido detestar a esa niña. Y sin embargo, no le faltaban razones. Pero la dama tiene aún en sus rodillas, en sus brazos, el recuerdo de una pequeña Milessant cálida y confiada, una Milessant torpe, que se pinchaba continuamente los dedos, cogía hilo rojo cuando se necesitaba azul, y se equivocaba siempre de estribillo al cantar: era una muchacha que había sabido hacerse amar. Eglantine sólo conservaba de ella un poco de su candor, verdadero o falso. Y sin

embargo, la dama sentía a veces deseos de llamarla «gatita» y ponerla sobre sus rodillas. Esa chiquilla era demasiado estúpida para saber lo que hacía.

Sin ruido, Eglantine se acercó a la dama y se sentó a sus pies. —Dama.

—¿Qué, tontuela?

—Dama, decidme. Cuando se hace «eso», ¿debe una ser castigada?

—Claro que sí —dijo la dama.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Lo quiere Dios?

—Lo quiere Dios.

Eglantine suspiró. Un instante después la dama ya no la vio. La muchacha se había ido.

Volvió en seguida. Pero la dama, al levantar la cabeza, sintió miedo, porque no supo quién era el que estaba ante ella. Un muchacho: hubiérase dicho que era el mismo Ansiau otra vez joven. La pesada cabeza oscura estaba erizada de cortos rizos mutilados, cortados apresuradamente con un cuchillo de caza. Los grandes ojos brillaban.

—Ya está —Eglantine echó la cabeza atrás, triunfante—. Me he castigado.

La dama lanzó un grito, un «oh» silencioso y se santiguó: nunca había visto semejante vergüenza; ¿cómo iba a aparecer en la iglesia o en cualquier fiesta una joven así desfigurada? Eso

estaba bien para las criadas. Eglantine la miró con rostro serio, de joven prudente.

—Así, ¿se curará ahora? —preguntó con una voz confiada y tímida—. Dama, ¿puedo quedarme aquí? ¿Puedo mirarlo?

—Sí, pero pronto.

Eglantine se acercó al lecho, se arrodilló y juntó las manos. No comprendía. Tuvo miedo. ¿Aquello era su padre? ¿Para castigarla se había puesto así, sin ojos, sin boca, sin cara, una cosa que no oye nada? Era demasiado cruel. Ella se había castigado bastante... ¿qué podía querer aún? Gritó:

—¡Padre, padre! ¡Soy yo, padre!

La ceja izquierda del barón se

movió y la boca se abrió de par en par. La dama se cogió al hombro de Eglantine.

—Lámalo, llámalo otra vez.

Y la joven gritó de nuevo:

—¡Padre! ¿Me oís?

La ceja se estremeció de nuevo.

—¡Dama! ¿Me oye! ¡A mí, a mí! ¿Me ha oído! ¡Dama!

A estos gritos, Joceran, la nodriza y Marie se despertaron en un sobresalto. La dama temblaba.

—Iros, iros pronto, que no os vean cómo os habéis puesto; cubríos la cabeza, al menos.

Eglantine, olvidando todo respeto, la ahogaba de besos.

—¿Dama! ¿Es verdad? ¿Es verdad que ya no va a morir?

—Dios lo quiera —dijo la dama.

—¿Es por mí! ¿Por mí! ¿Lo habéis visto..., yo lo sabía!

—Id a dormir en seguida, loca...

Eglantine besó la mano del padre y corrió a su cama. La dama la siguió con los ojos, moviendo la cabeza.

Ahora está crispada, con los ojos pegados al ojo, a la nariz, a la boca del hombre.

—Barón, barón... Ea, moveos..., no me dejéis esperar así.

El grueso párpado hinchado de sangre se estremeció, tembló; una gruesa lágrima llenó el ojo y el ojo se abrió,

doloroso y resignado como el de un caballo herido. La boca se movió con esfuerzo: «Dama...» La dama lo comprendió sin oírlo; la boca se abría con gran trabajo, como si estuviera pegada por dentro.

La dama dio un grito: «¡Ansiau!», y cayó con la cabeza contra el brazo del barón, la respiración entrecortada, la voz ronca.

—¡Que pueda teneros de nuevo..., que podáis estar conmigo...! Iré a pie hasta Roma...

Ansiau no sabía qué le pasaba. Sentía las sanguijuelas en su nuca y oía ruido. Estaba acostumbrado a no ver nada. La voz de Eglantine lo llamaba de

lejos, quejumbrosa: «¡Padre, padre...!».

Creía que la niña tenía cuatro años y bendecía a Dios por haberla hecho pequeña de nuevo. Sentía deseos de decir: «Voy». Pero no lo conseguía.

Después, abriendo el ojo, empezó a distinguir manchas de luz, y vio a una mujer en camisa sentada en el lecho, a su lado. No tenía nada en la cabeza y sus dos trenzas descendían a lo largo de la camisa, como dos cuerdas. Era extraño que fuese la dama esa mujer con la cabeza descubierta. Esa mujer sencilla, en camisa, con el cuello abierto. Distinguía ahora los mechones grises que caían sobre el rostro, las pequeñas arrugas bajo los ojos, una mujer vieja.

Simplemente una mujer vieja como las que repasan la ropa, como las que hilan junto al fuego y rezan el rosario.

Ya no recordaba el tiempo en que ella no estaba con él. Ese lecho grande, esa ala, esta casa, era ella. Estaba enfermo, ahora lo comprendía, estaba enfermo y ella estaba a su lado. Con ella estaba seguro de curar. Sólo que era penoso no poder hablar. Quiso levantar la mano derecha, pero era tan pesada que no pudo mover un dedo. La otra mano estaba más ligera. La levantó y la posó lentamente sobre la mano de la dama, abandonada sobre la cubierta.

En su rincón, Eglantine, un poco más tranquila y de nuevo en un mundo en el

que tenía un padre, sollozaba sobre su almohada pensando en las pestañas de oro de Thierry: «¡Mi pelo! ¡Oh, mi pelo! ¡Oh, mi hermoso pelo...!».

Herbert llegó a Linnières cuatro días después del accidente del barón: un criado pagado por él le había hecho advertir que el viejo estaba muriéndose y Herbert acudía a recibir la bendición y la herencia. Pero una vez allí vio que su padre no estaba dispuesto a morir y casi quedó decepcionado: había hecho el viaje inútilmente, con un calor asfixiante y mientras le esperaban unos negocios en Troyes.

Como de costumbre, hizo su entrada en el castillo ruidosamente. Llevaba a su

mujer, sus concubinas y sus eternos compañeros, Jacques de Vanlay y Aimeri du Bamage, además de otros dos caballeros de Troyes; habíase hecho toda una corte de hombres a los que alimentaba, vestía y trataba como a iguales; los llamaba sus amigos. Con los años, esos satélites se hacían cada vez más opacos, cada vez más grises; apenas podía distinguirse ya al uno del otro: hasta tal punto eran todos iguales. Herbert se movía en ese círculo como un sol entre nubes.

Cuando él entraba no había más sitio en la sala. Era obeso o, mejor dicho, cuadrado en todas sus partes, enorme; los niños no conseguían en modo alguno

ver su rostro, desde abajo no veían más que las largas hopalandas de su vestido y la pendiente redonda de un enorme pecho, ancho, liso y avanzado. La cabeza, sobre unos hombros macizos y redondos, caía siempre hacia atrás para dejar paso a la sotabarba, siempre cuidadosamente rasurada. Los rasgos eran grandes, gran nariz, gran boca, grandes ojos; hasta las bolsas de grasa sobre las mejillas daban impresión de fuerza, no de blandura. Los cabellos rubios y sin brillo estaban bien ordenados y formaban un cerco regular en torno al cuello.

A los treinta y seis años, Herbert representaba cuarenta y cinco; no podía

sentarse en un sillón, aplastaba los bancos con su peso y era difícil encontrarle un caballo. La mayoría de las veces viajaba en carreta de ruedas arrastrada por dos caballos. Apenas podía agacharse y la dama no sabía qué hacer para llegar con los labios a esas mejillas rugosas y pálidas. La dama reía y él gruñía como un jabalí porque ya no sabía reír ni cómo mostrar que estaba contento; amaba a su madre.

—¡Qué! ¿Venís a ver a la vieja dama? —decía Aalais—. ¿Cómo supisteis que el barón estaba enfermo? Yo no quise deciros nada por no asustaros. No es nada grave.

—Creí que se moría —dijo Herbert

—, de lo contrario no habría venido. Ya sabéis: esas enfermedades de viejos pueden ser fatales. La sangre se sube al cerebro y después no queda más que cantar la misa de difuntos. Incluso a mi edad pasan esas cosas. Y es que tengo la sangre caliente. Mirad qué rojo es mi cuello.

—No tenéis más que hacer que no llevar pieles en pleno verano —suspiró la dama.

Herbert no contestó. Sentía siempre demasiado calor, pero no salía de sus pieles de petit-gris y de marta, por vanidad y por afición al lujo. Siempre tenía la frente cubierta de gotitas de sudor; exhalaba calor como un horno; y,

como un cofre de especias, olía a perfumes raros y muy fuertes. Siempre que venía al castillo la dama encerraba a todas las jóvenes de la casa en la alcoba de las criadas, en el desván.

—En fin, estoy contento de que el viejo haya salido del aprieto —dijo Herbert, suspirando—. Me hubiera disgustado no volver a verlo. Hemos combatido juntos en Tierra Santa. Era un buen compañero.

—Id a verlo —dijo la dama—. No se mueve mucho. Thierrí tiene que ayudarlo para caminar. Arrastra un poco la pierna derecha. Pero ya veréis cómo vive otros veinte años.

—Hum —hizo el hijo. Y calculó que

dentro de veinte años, él, Herbert, tendría cincuenta y seis y ya sería un poco tarde para recibir el feudo.

La dama no se detenía en consideraciones así: estaba convencida de que nadie podría desear otra cosa que la vida del barón—incluso Herbert—. Después de todo, el viejo padre no lo molestaba.

—Lo pongo cerca de la ventana— siguió diciendo Aalais—, así toma un poco de aire y ve el patio y lo demás. Eso lo distrae; ya veréis, está bien ahora. Le hago beber tisanas. Y mañana le daré un pollo.

Parecía rejuvenecida y más animada que lo que solía ser desde hacía unos

meses. Condujo a Herbert junto al sillón en el que estaba instalado el barón, sobre pieles de lobo y con un cojín a sus pies. Dormía. En uno de los brazos del sillón sentábase Eglantine, con la cabeza cubierta por un pañuelo blanco; cosía una camisa.

Dirigió a Herbert una mirada medrosa; en general, el primer sentimiento que inspiraba Herbert era el miedo y posó su labor en las rodillas del padre. En seguida se puso en pie y saludó a su hermano, bajando la cabeza con respeto; todo el mundo en el castillo lo trataba ya como señor: sabíase que una vez señor de Linnières, no sería hombre que olvidara insolencias

pasadas; y Eglantine sabía que una hermana bastarda es a veces menos que una criada.

—¡Vaya, jovencita! ¿Todavía sin casar? —dijo Herbert—. Y se cubre como una monja... Por el vientre de san Pedro, que es bonita. ¡Lástima que seas mi hermana, querida!

Eglantine se ruborizó y fue a esconderse tras el sillón. Las lágrimas le salían. El barón roncaba. La dama le tocó dulcemente la mano.

—Barón, barón: hoy tenemos visita...

Él estiró lentamente los hombros y el cuello y después levantó la mano izquierda.

—¿Dónde está la niña? —preguntó con una voz vacilante—. ¡Niña! ¡Hem..., niña! ¡Glantine!

La joven se instaló de nuevo en el brazo del sillón y se puso a acariciar las sienes del viejo. Ansiau jadeaba un poco.

—Hijita..., ¿dónde estabas? No me gusta eso. Me engañas. Duermo demasiado. Eso es, duermo demasiado.

—Acababa de bajar para saludar a Herbert —intervino la dama—. Barón, aquí está Herbert, que viene a saludaros.

Ansiau hizo un esfuerzo para abrir el ojo. Apenas comprendía lo que estaba diciendo la dama. Por el tono de la voz adivinaba que se trataba de un visitante

«Sí, que un hombre estaba con la dama. Herbert. Recordaba. Sí, sí, Herbert. Herbert el Rojo, mi tío, Ha muerto. ¡Ah, es Herbert, mi hijo! ¡Salud! Vendrás a ver si he reventado... Una vez muerto yo, entregaré a mi hijita al placer de sus caballeros. Pero aún tengo vida. Herbert ya no será joven el día en que herede. Buen mozo, Herbert. Fuerte como nadie. En Tierra Santa nunca estuvo enfermo, salvo una vez en invierno, cuando se pasaba hambre. Sí, hambre, tengo demasiada hambre...»

La dama creyó que su marido se había dormido de nuevo y le dijo:

—Estáis fatigado; mañana vendrá Herbert a hablar...

—No —dijo Ansiau—. No. Salud, hijo.

Se esforzaba en mirar; tenía ante sí una montaña. Pielés cálidas, manos cargadas de sortijas. Herbert se arrodilló. Aquel hombre grueso —de rodillas era más ancho que alto— jadeaba. Ansiau miraba con un esfuerzo ese rostro cargado de brumas, ese rostro desconocido de hombre casi viejo; apenas lo distinguía y no reconocía ninguno de los rasgos de antaño. Recordaba un corpulento mozallón blanco, rubio, rosado, con dos piedras redondas y azules en el lugar de los ojos. Ahora lo miraba un extraño y no sabía qué decirle. Volvió la cabeza

hacia la ventana.

De lejos veía un poco mejor. Tras la empalizada, el bosque de Linnières se extendía tranquilo e inmóvil, negro y cálido; y el cielo era amarillo. Los milanos planeaban encima de las cumbres.

La dama suspiró y tomó asiento en un escabel junto al sillón. Estaba cansada. Era duro cuidar a aquel enorme niño, tan pesado y tan quieto. Recordaba a Guillaume, que se había hecho tan grueso y pesado los últimos años, que no podía levantarlo en brazos. Y no se movía más que un leño. También estaba en el cementerio de Hervi y nadie más que ella lo había llorado. Había tenido

tantos hijos a los que sólo ella lloraba... Pero ahora todo ha concluido: no volverá a tener hijos. No dará más su leche. Sus pechos pesados van secándose ya y sus pezones duros, largos y oscuros, que han pasado por tantas bocas, que tanto han tirado de ellos, chupado, mordido, descansarán para siempre.

Pero el corazón no descansará nunca. Latirá siempre a la llegada de cada extranjero, porque creará locamente que le traen noticias de Girard; sangrará cada domingo en San Florentino en el locutorio del convento; se hará pesado como piedra de molino a cada enfermedad de sus nietos.

Movió la cabeza y apoyó su mejilla
en el hombro del barón.

Un sol muy grande y rojo se ponía en
la otra parte del bosque.

Contracubierta.



Zoé Oldenbourg

Barro y cenizas es una novela que nos hace revivir la fecunda y heroica historia del siglo XII francés. La acción tiene por marco un castillo en los confines de la Champaña y la Borgoña; las pequeñas ciudades turbulentas; las aldeas y los campos; y, también, Tierra Santa y sus riberas inhospitalarias, Jerusalén y el Santo Sepulcro. La intriga se desarrolla a lo largo de la vida conyugal de la hermosa Aalais y de Ansiau, barón de Linnières: su amor, su separación, los numerosos hijos que les proporcionan alegría y preocupaciones a la vez, su senectud y su muerte.

Pero sobre todo, esta novela es la iniciación, para el lector, a un modo de

vida y a una moral que nos parecen extraños al principio, pero que conforme vamos leyendo se nos revelan justos y profundamente naturales, y en los que nos reconocemos, en fin, porque en *Barro y cenizas* se exaltan y apaciguan las pasiones humanas que comparten todas las épocas.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
01/11/2012*

Notas

[1] Hoy, domingo siguiente a la Pascua; llamado también de «Quasimodo» y de «los velos blancos» por las túnicas que llevaban los neófitos al bautismo en ese día. (*N. del T.*)<<

[2] La fiesta de San Martín —hoy en noviembre— se celebraba en pleno verano: de ahí su nombre de «ardiente» o canicular. (*N. del T.*)<<

[3] El bizantino era una moneda de oro del Imperio de Oriente; en Francia, conocido en el siglo XII, recibió también el nombre de sou d'or. (*N. del T.*)<<

[4] Es decir, desde mediodía hasta las tres. (*N. del T.*)<<

[5] Personaje fabuloso, frecuente en la literatura medieval. (*N. del T.*)<<